

UNA PERFECTA EDUCACIÓN

Curtis Sittenfeld

Siruela Nuevos Tiempos




UNA PERFECTA EDUCACIÓN

CURTIS SITTENFELD

Curtis Sittenfeld

Una perfecta educación

Traducción del inglés
de Virginia Maza

 **Siruela**

Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: febrero de 2018

Título original: *Prep*

En cubierta: fotografía de © Jacqui Miller / Stocksy United

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Curtis Sittenfeld, 2005

© De la traducción, Virginia Maza

© Ediciones Siruela, S. A., 2018

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-17308-45-2

T.L.2

Conversión a formato digital: María Beloso.

*Para mis padres, Paul y Betsy Sittenfeld; mis hermanas, Tiernan y Josephine,
y mi hermano, P. G.*

1

LADRONAS

OTOÑO DE PRIMERO

Creo que todo, o al menos todo lo que me sucedió a mí, comenzó con el malentendido de la arquitectura romana. A primera hora tenía clase de historia antigua, nada más terminar la capilla[1] de la mañana y el pase de lista, que a pesar del nombre no era un pase de lista en sí, sino una especie de asamblea para dar avisos. Nos reunían en una sala enorme con ventanas venecianas de seis metros de altura, filas y más filas de pupitres con el tablero abatible —que podías levantar para meter los libros dentro— y paredes cubiertas con paneles de madera de caoba en los que estaban grabados los nombres de todos los que se habían graduado en el colegio —había un panel para cada promoción desde la fundación de Ault, en 1882—. Los dos delegados de último curso[2] dirigían el pase de lista y, junto a una mesa en lo alto de la tarima, iban diciendo los nombres de los que se habían apuntado para decir algo. Los de primero y segundo nos sentábamos en pupitres por orden alfabético, el mío quedaba cerca de la tarima, así que, como mientras esperábamos no hablaba con los compañeros que se sentaban cerca, me dedicaba a escuchar lo que hablaban los delegados con los profesores, con otros alumnos o entre ellos. Los delegados se llamaban Henry Thorpe y Gates Medkowski. Yo solo llevaba cuatro semanas en el colegio, así que no sabía mucho sobre Ault, pero sí sabía que Gates era la primera chica de su historia

en haber sido elegida delegada.

Los avisos de los profesores eran escuetos y directos: «Recuerden que deben entregar los formularios para solicitar tutor antes del jueves a mediodía». Los avisos de los alumnos eran prolijos (cuanto más durase el pase de lista, más corta sería la primera clase) e iban cargados de dobles sentidos: «Hoy, el entrenamiento de fútbol de los chicos va a ser en el campo de Coates Field. Por si no lo sabéis, queda justo detrás de la casa del director y si tampoco sabéis dónde está eso, preguntadle a Fred. Fred, ¿dónde estás? ¿Qué tal si levantas la mano, hombre? Ahí está Fred. ¿Podéis verlo todos? Vale, pues ya está, Coates Field. Ah, y recordad: hacen falta pelotas».

Cuando terminaban los avisos, Henry o Gates pulsaban un botón que había en un lado de la mesa, una especie de timbre, empezaba a sonar la campana por el edificio y nos marchábamos todos a clase de mala gana. En historia antigua teníamos que hacer presentaciones sobre diversos temas, y a mí me tocaba ese día. Había fotocopiado unas imágenes del Coliseo, del Panteón y de las Termas de Diocleciano de un libro de la biblioteca; las había pegado en una lámina de cartulina y había perfilado los bordes con rotulador de color verde y amarillo. La noche de antes estuve practicando lo que iba a decir ante el espejo de los baños de mi residencia, hasta que entró alguien, hice como que me estaba lavando las manos y me marché.

Iba la tercera, y justo antes que yo hablaba Jamie Lorison. La señora Van der Hoef había colocado un atril frente a la clase y Jamie estaba tras él, con unas fichas en las manos.

—Un auténtico testimonio de la genialidad de los arquitectos romanos —comenzó diciendo— es que muchos de los edificios que diseñaron hace más de dos mil años siguen todavía en pie, para que el hombre moderno pueda seguir visitándolos y disfrutando de ellos.

Se me puso el corazón en la garganta. Era yo quien tenía que hablar sobre la genialidad de los arquitectos romanos, no Jamie. Pero siguió hablando y yo no conseguía enterarme de nada, aunque me sonaban algunas frases: «... construyeron acueductos para transportar agua... el Coliseo, que se llamaba en realidad Anfiteatro Flavio...».

La señora Van der Hoef estaba a mi izquierda, me incliné hacia ella.

—Disculpe —le susurré.

Al parecer, no me había oído.

—¿Señora Van der Hoef?

Entonces, con un gesto que luego me parecería demasiado humillante, extendí la mano para tocarle el antebrazo. Llevaba un vestido de seda granate con cuello y un cinturón de piel del mismo color, y, aunque solo rocé la seda con los dedos, ella se echó atrás como si le hubiera dado un pellizco. Me lanzó una mirada fulminante, sacudió la cabeza y se apartó unos pasos.

—Me gustaría repartir algunas imágenes —le oí decir a Jamie, y levantó una pila de libros del suelo. Cuando los abrió, vi imágenes en color de los mismos edificios que yo había fotocopiado en blanco y negro y había pegado en una cartulina.

Luego terminó la presentación. Hasta ese día no había sentido nada hacia Jamie Lorison, un chico delgado y pelirrojo que hacía ruido al respirar, pero, al verlo sentarse, con una relajada expresión de alegría en la cara, lo oí.

—Lee Fiora, creo que es usted la siguiente —dijo la señora Van der Hoef.

—Verá, pasa algo —empecé a decir—, creo que hay un problema.

Noté que mis compañeros me miraban cada vez más interesados. Ault se enorgullecía, entre otras cosas, por su ratio de alumnos por profesor, así que solo éramos doce en clase, pero, al mirarme fijamente todos a la vez, aquel número no parecía pequeño ni mucho menos.

—No puedo hacer la presentación —dije por fin.

—¿Disculpe?

La señora Van der Hoef era una mujer de cincuenta y muchos, alta, delgada y de nariz aguileña. Se rumoreaba que era la viuda de un famoso arqueólogo, aunque yo nunca había oído de ninguno que fuera famoso.

—Verá, mi presentación es... es decir, que iba a ser... Yo creía que tenía que hablar sobre... pero es que, como Jamie...

—No se le entiende, señorita Fiora —dijo la señora Van der Hoef—. Intente explicarse mejor.

—Si hago la presentación, voy a decir lo mismo que Jamie.

—Pero su presentación es sobre otro tema.

—Bueno, la verdad es que yo también iba a hablar sobre arquitectura.

Se acercó a su mesa y pasó el dedo por una hoja de papel. Yo había estado mirándola mientras hablábamos, así que, cuando me dio la espalda, no

sabía adónde dirigir los ojos. Mis compañeros seguían observando. En lo que llevaba de curso, solo había hablado en clase cuando me habían preguntado, lo que no pasaba muy a menudo: en Ault todos estaban deseando participar. En mi instituto de South Bend, en Indiana, muchas clases habían acabado siendo una especie de conversación privada entre el profesor y yo, mientras los demás alumnos soñaban despiertos o garabateaban cualquier cosa. Aquí, sin embargo, haberme leído el tema no me hacía destacar. De hecho, nada me hacía destacar. Nunca había hablado tanto como ahora desde que llegué y me estaba comportando como un bicho raro sin demasiadas luces.

—Su trabajo no es sobre arquitectura —dijo la señora Van der Hoef—. Nos tenía que hablar sobre atletismo.

—¿Atletismo? —repetí.

Ni en sueños me habría ofrecido para hacer ese tema.

Me plantó la hoja de papel delante y allí estaba mi nombre «Lee Fiora: atletismo» con su letra, justo debajo de «James Lorison: arquitectura». Para elegir los temas, habíamos ido levantando la mano; estaba claro que me había entendido mal.

—Podría hablar sobre atletismo —dije vacilante—. Mañana, si eso.

—¿Sugiere acaso que los alumnos que presentan mañana sus temas dispongan de menos tiempo para dárselo a usted?

—No no, claro que no. Igual otro día, o igual... Puedo hacerlo cuando sea. Pero hoy no. Hoy solo podría hablar sobre arquitectura.

—Entonces, hablará sobre arquitectura. Diríjase al atril.

La miré con los ojos abiertos de par en par.

—Pero Jamie acaba de hablar de lo mismo.

—Señorita Fiora, está haciéndome perder el tiempo.

Me levanté, cogí el cuaderno y la cartulina, y me dije que venir a Ault había sido un error garrafal. Nunca haría amigos; lo más que podía esperar era que mis compañeros se compadecieran de mí. Siempre había estado claro que no era como ellos, pero había imaginado que podría pasar un tiempo desapercibida para conocerlos y luego reinventarme a su imagen y semejanza. Ahora, me habían descubierto.

Me agarré al atril con las dos manos y miré hacia mis notas.

—Uno de los ejemplos más célebres de la arquitectura romana es el

Coliseo —empecé a decir—. Los historiadores creen que el Coliseo se llamó así por una enorme estatua, el Coloso de Nerón, que había cerca.

Levanté la vista. Las caras de mis compañeros no eran agradables ni desagradables, ni simpáticas ni antipáticas, ni atentas ni aburridas.

—En el Coliseo se celebraban los espectáculos que ofrecían el emperador u otros nobles. El más famoso de estos espectáculos era... —Me interrumpí. Desde niña, sé cuándo voy a echarme a llorar porque la mandíbula empieza a temblarme, y había comenzado a hacerlo. Pero no iba a ponerme a llorar delante de extraños—. Perdón —dije, y salí de clase.

Había un baño de chicas al otro lado del pasillo, pero si hubiera entrado allí me habrían encontrado enseguida. Corrí hacia las escaleras, bajé a toda prisa hasta la primera planta y salí por una puerta lateral. Fuera, el día era fresco y soleado, y con casi todo el mundo en clase daba gusto estar en el campus vacío. Eché a correr hacia mi residencia. ¿Y si me marchaba? Haría dedo hasta Boston, allí cogería un autobús y volvería a casa, en Indiana. El otoño en el Medio Oeste sería bonito, pero no para volverse loco —nada que ver con Nueva Inglaterra, donde decían «follaje» en lugar de «hojas»—. Allí en South Bend, mis hermanos pequeños se pasarían las tardes jugando al fútbol en el patio de atrás y llegarían a cenar oliendo fuerte a sudor; habrían decidido de qué disfrazarse para Halloween y, cuando mi padre tallara la calabaza, levantaría el cuchillo por encima de la cabeza y avanzaría tambaleándose hacia mis hermanos con cara de loco, ellos saldrían gritando hacia la otra habitación y mi madre diría «Terry, deja de asustarlos».

Llegué al patio. La residencia de Broussard era una de las ocho que había en el lado este del campus: cuatro residencias de chicos y cuatro de chicas dispuestas alrededor de una plazoleta con algunos bancos de piedra en el medio. Al mirar por la ventana de la habitación solía ver a parejas en los bancos, el chico sentado con las piernas abiertas y la chica de pie entre ellas; quizá ella apoyaría las manos un instante en sus hombros, luego se echaría a reír y las apartaría. Ahora solo estaba ocupado uno de los bancos. Había una chica con botas camperas y falda larga tumbada bocarriba, con una rodilla doblada y un brazo echado sobre los ojos.

Al pasar por delante de ella, levantó el brazo. Era Gates Medkowski.

—Hola —dijo.

Estuvimos a punto de mirarnos a los ojos, pero no sucedió. Eso me hizo dudar de si se dirigía a mí, una inseguridad que solía sentir cuando alguien me hablaba. Seguí andando.

—Hola —repitió—. ¿Con quién crees que estoy hablando? Aquí no hay nadie más.

El tono era amable. No me estaba vacilando.

—Perdona —le dije.

—¿Eres de primero?

Asentí.

—¿Vas a tu residencia?

Volví a asentir.

—Supongo que no lo sabes, pero no puedes ir a la residencia en horario de clases. —Dejó caer las piernas para incorporarse—. Nadie puede. Por motivos arcanos que ni siquiera me molestó en averiguar. Los de último curso podemos estar por ahí, pero «por ahí» es por fuera, en la biblioteca o en la sala del correo. Es de coña.

No dije nada.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí —respondí, y rompí a llorar.

—Ay, vaya —dijo Gates—. No te disgustes. Ven, siéntate.

Dio unos golpecitos sobre el banco a su lado; entonces, se puso en pie, se acercó a mí, me pasó el brazo por la espalda (se me sacudían los hombros) y me llevó hasta el banco. Una vez sentadas, me entregó un pañuelo azul que olía a incienso; a pesar de estar empañada en lágrimas, me llamó la atención que llevara algo como eso. No me atreví a sonarme la nariz (para no manchar su pañuelo con mis mocos), pero era como si me goteara toda la cara.

—¿Cómo te llamas? —dijo.

—Lee —solté en voz alta y entrecortada.

—Y bien, ¿qué te pasa? ¿Por qué no estás en clase o en la sala de estudio?

—No me pasa nada.

Se echó a reír.

—No sé por qué, pero me cuesta creerte.

Le conté lo que había pasado.

—A Van der Hoef le gusta hacerse la arpía —me dijo—. Vete a saber por

qué. Igual tiene la menopausia. Pero en realidad suele ser bastante simpática.

—Creo que no le caigo bien.

—Bah, no le des más vueltas. El curso no ha hecho más que empezar. Para noviembre se le habrá olvidado todo.

—Pero he salido corriendo a mitad de clase —dije.

Gates hizo el gesto de apartar el asunto con la mano.

—No pienses más en eso —respondió—. Aquí los profesores han visto de todo. Creemos que somos piezas únicas, pero a sus ojos nos fundimos todos en una masa informe de adolescentes con algún tipo de carencia. ¿Sabes a qué me refiero?

Asentí, aunque estaba convencida de que no tenía ni idea; nunca había oído hablar así a alguien de una edad parecida a la mía.

—Ault puede ser duro —dijo—. Sobre todo, al principio.

Al oírlo, noté que las lágrimas volvían a caerme a borbotones. Me comprendía muy bien. Pestañeeé varias veces.

—Nos pasa a todos —añadió.

La miré y, al hacerlo, me di cuenta de lo atractiva que era. No es que fuera guapa, era deslumbrante, hermosa a su manera. Medía casi uno ochenta y tenía la piel clara, facciones delicadas, los ojos de un azul tan clarito que parecía gris y una tupida melena de abundante pelo castaño claro, recio y a capas; y, donde le daba la luz del sol, tenía reflejos dorados. Mientras hablábamos, se lo había recogido en un moño alto y flojo, y unos mechones cortos le caían por la cara. Yo tardaba por lo menos quince minutos de complicadas operaciones delante del espejo en hacerme un moño con un despeinado tan perfecto. Pero todo lo que tenía que ver con Gates parecía sencillo.

—Soy de Idaho, cuando llegué aquí era una auténtica paleta —iba diciendo—. Casi vengo en tractor.

—Yo soy de Indiana.

—Entonces debes de molar mucho más que yo; para empezar, Indiana está más cerca de la Costa Este que Idaho.

—Pero los de por aquí han estado en Idaho. Van a esquiar.

Lo sabía porque en la mesa de Dede Schwartz, una de las dos chicas con las que compartía habitación, había una foto enmarcada de su familia a los

pies de una ladera cubierta de nieve, con gafas de sol y bastones en la mano. Le pregunté dónde se la habían hecho y ella me respondió que en Sun Valley; lo busqué en el atlas y descubrí que estaba en Idaho.

—Es verdad —dijo Gates—. Pero yo no soy de la montaña. Bueno, es igual, lo que tienes que recordar aquí en Ault es por qué pediste entrar. Fue por los estudios, ¿verdad? No sé dónde estarías tú antes, pero Ault le da mil vueltas al instituto público de mi ciudad. En cuanto al politiquero, ¿qué se le va a hacer? Hay mucha pose, pero luego se queda todo en nada.

No sabía muy bien a qué se refería con eso de la pose. Me imaginaba a un montón de chicas puestas en fila, vestidas con un camisón blanco, muy estiradas y manteniendo en equilibrio unos libros de tapa dura sobre la cabeza.

Gates se miró el reloj, uno masculino de deporte con una correa de plástico negra.

—Oye —dijo—. Me tengo que ir. Tengo griego a segunda hora. ¿Qué clase tienes ahora?

—Álgebra. Pero me he dejado la cartera en historia antigua.

—Recógela cuando suene el timbre. No hace falta que hables con Van der Hoef. Ya arreglarás las cosas con ella más adelante, cuando se os haya pasado un poco a las dos.

Se puso en pie, y yo también. Echamos a andar hacia el edificio de las clases; parecía que no iba a volver a South Bend después de todo, al menos no aquel día. Pasamos por delante de la sala del pase de lista, que durante las clases hacía de sala de estudio. Me pregunté si alguno de los alumnos habría estado mirando por la ventana, viéndome hablar con Gates Medkowski.

Dede se dio cuenta por la noche, después de la recogida. Acababa de preparar la ropa para el día siguiente. Cada noche, la extendía sobre el suelo con la forma de una persona: primero los zapatos, luego los pantalones o una falda y medias, luego la camisa y, para terminar, un jersey o una chaqueta por encima de la camisa. Nuestra habitación no era grande —aunque la compartíamos tres, decían que otros años había sido una doble—, pero Dede no dejaba que eso la afectara en nada. Nuestra compañera Sin-Jun Kim y yo teníamos que esquivar la ropa dando saltos, como si hubiera un cuerpo de

verdad tendido sobre el suelo. Pero, como no nos habíamos quejado a comienzos de curso, ya no había forma de acabar con la rutina de Dede.

La noche en que Dede hizo el descubrimiento, nuestra habitación estaba en silencio; solo se oía su minicadena sonando a bajo volumen y el ruido que hacía al abrir y cerrar los cajones de la cómoda. Sin-Jun estaba leyendo en el escritorio y yo ya me había echado en la cama. Siempre me acostaba cuando me cansaba de estudiar (no se me ocurría qué otra cosa podía hacer) y me quedaba tumbada bajo las sábanas, de cara a la pared, con los ojos cerrados. Si venía alguien para ver a Dede, entraba hablando a volumen normal, pero, al verme, susurraba «Ay, lo siento» o «Uy», y yo tenía una extraña sensación de halago. A veces, imaginaba que estaba en mi cama de South Bend y que los ruidos de la residencia eran los de mi familia: la cadena que sonaba en el baño era mi hermano Joseph, y las risas del pasillo, mi madre hablando por teléfono con su hermana.

Desde que habláramos una semana antes, había pensado mucho en Gates Medkowski. Antes del pase de lista, me dedicaba a observarla y, algunas veces, me había mirado ella. Cuando nuestras miradas se encontraban, me sonreía o decía un «Hola, Lee»; luego, se daba la vuelta y yo solía ruborizarme, con la sensación de que me había pillado *in fraganti*. No es que estuviera deseando volver a hablar con ella, porque seguramente habría resultado forzado, pero sí quería saber más cosas de su vida. Justo cuando me estaba preguntando si Gates tendría novio, Dede gritó: «¡Pero bueno, ¿y esto?!».

Ni Sin-Jun ni yo dijimos nada.

—A ver, esta mañana había cuarenta dólares en el cajón de arriba y ahora no están —dijo Dede—. No los habréis cogido ninguna, ¿verdad?

—Claro que no. —Me di la vuelta—. ¿Te has mirado en los bolsillos?

—Estoy segura de que estaban en el cajón. Alguien me ha robado dinero. No me lo puedo creer.

—¿No en cajón? —dijo Sin-Jun. Ella era coreana y yo aún no tenía muy claro cuánto inglés comprendía exactamente. Como me pasaba a mí, Sin-Jun no tenía amigos y, al igual que a mí, Dede solía ignorarla. A veces íbamos juntas al refectorio, porque era preferible a hacerlo solas.

Aunque Dede se dejaba la piel intentando marcar distancias con Sin-Jun y

conmigo (se marchaba antes que nosotras a la capilla o a las comidas), tampoco era precisamente popular. En mi instituto habría sido de la flor y nata, pero aquí, al parecer, no era ni lo bastante rica ni lo bastante guapa para ser popular de verdad. Incluso yo me daba cuenta de que, si comparabas a Dede con las chicas más guapas de Ault, su nariz era algo ancha, sus pantorrillas algo rechonchas y su pelo algo, en fin, marrón. Era una seguidora, literalmente: solía verla correteando detrás de dos o tres chicas. Se esforzaba tanto que me daba pena.

—Ya os he dicho que no están en el cajón —dijo Dede—. ¿No los habrás cogido prestados tú, verdad, Sin-Jun? En plan cogerlos para devolverlos luego. No pasa nada si lo has hecho. —Una observación francamente amable por parte de Dede.

Pero Sin-Jun sacudió la cabeza.

—No cojo prestado —dijo.

Dede resopló, indignada.

—Genial —dijo—. Hay una ladrona en la residencia.

—Igual alguien te ha cogido el dinero —dije yo—. Pregúntale a Aspeth.

Aspeth Montgomery era la chica a la que Dede seguía con más fervor. Vivía al final del pasillo y yo tenía la sensación de que para Dede había sido un golpe demoledor que la hubieran puesto a vivir con Sin-Jun y conmigo en lugar de con Aspeth.

—Aspeth nunca me cogería dinero sin pedirlo —dijo Dede—. Voy a tener que contarle a Madame lo que ha pasado.

Entonces fue cuando de verdad pensé que habían robado el dinero o, al menos, cuando pensé que Dede lo creía. Al día siguiente, a la hora de la recogida, cuando terminó de decir nuestros nombres y de tacharlos en la lista de la residencia, Madame Broussard nos dijo:

—Siento enormemente tener que anunciarles que ha habido un robo.

La encargada de nuestra residencia y directora del departamento de francés, natural de París, lanzó una mirada por la habitación a través de sus gafas de ojos de gato, que o bien estaban pasadas de moda o bien eran lo último en estilo *vintage* (no tenía claro el qué). Tenía cuarenta y pocos y llevaba medias con costura, zapatos de tacón de piel sujetos al tobillo con una tira acabada en un botón forrado en piel, y faldas y blusas que le marcaban la

pequeña cintura y el trasero no tan pequeño.

—No voy a decir cuánto dinero era ni a quién se lo han quitado —siguió diciendo—. Si saben algo sobre lo sucedido, les pido que den un paso al frente. Les recuerdo que robar es una infracción grave y que, en consecuencia, puede acarrear la expulsión.

—¿Cuánto ha sido? —preguntó Amy Dennaker. Amy era una alumna de tercero de voz ronca, pelo rojo y rizado y espaldas anchas, y me asustaba un poco. Solo había hablado con ella una vez: yo estaba en la sala común esperando para utilizar el teléfono público cuando entró ella, abrió el frigorífico y dijo: «¿De quién son esas galletas *light*?», yo dije: «No lo sé», Amy cogió una y se marchó escaleras arriba. Pensé que ella podría ser la ladrona.

—Lo relevante no es cuánto dinero ha sido —dijo Madame Broussard—. Solo les estoy informando de lo sucedido para que tomen precauciones.

—¿Como qué? ¿Que cerremos la puerta con llave? —dijo Amy, y la gente se echó a reír. Las puertas no tenían cerradura.

—Les recomiendo no guardar sumas importantes de dinero en su habitación —dijo Madame Broussard—. Con tener diez o quince dólares es suficiente. —Tenía razón, en Ault no hacía falta llevar efectivo. Había dinero por todo el colegio, pero solía ser invisible. A veces lo atisbabas en cosas brillantes, como el capó del Mercedes del director, la cúpula dorada del edificio de las clases o el cabello liso y rubio de alguna chica. Pero nadie lo llevaba en la cartera. Cuando tenías que comprar un cuaderno o unos pantalones de chándal en la tienda del colegio, anotabas tu número de alumno en un formulario y la factura les llegaba luego a tus padres—. Si ven por la residencia a alguien que no conozcan —continuó—, avísenme. ¿Alguien quiere decir algo más?

Aspeth, la amiga de Dede, levantó la mano.

—Solo una cosa. ¿La que está dejando vello púbico en el lavabo del baño podría limpiarlo? Es asqueroso.

Aspeth decía lo mismo cada pocos días. Es cierto que solía haber unos pelitos cortos, negros y recios en uno de los lavabos, pero estaba claro que las quejas de Aspeth no servían de nada. Era como si solo lo hiciera para dejar claro que estaba rotundamente en contra del vello púbico.

—Perfecto, si no hay nada más —dijo Madame Broussard—, con esto termina la recogida.

Todas se levantaron de los sofás, de las sillas y del suelo para ir a darle la mano, un ritual al que a esas alturas ya me había acostumbrado.

—Si pusiéramos en marcha una patrulla, ¿nos financiaría el Comité de Actividades Estudiantiles? —preguntó Amy en voz alta.

—No lo sé —dijo Madame Broussard con desgana.

—No se preocupe —dijo Amy—. Seríamos patrulleras pacíficas.

Ya había visto a Amy en acción antes (solía imitar a Madame Broussard llevándose la mano al pecho y gritando algo así como «*Zut alors!* ¡Alguien se ha sentado en mi cruasán!»), pero su capacidad para bromear siempre me sorprendía.

En la capilla, el director y el capellán nos hablaban de civismo, de integridad y del precio que teníamos que pagar por los privilegios de los que disfrutábamos. En Ault, no solo no debíamos ser malos o inmorales, sino tampoco por supuesto mediocres, y robar estaba por debajo de lo mediocre. Era algo indecoroso y carente de finura, que mostraba el deseo de tener lo que todavía no tenías.

Mientras subía por las escaleras al primer piso, me pregunté si no sería yo la ladrona. ¿Y si había abierto el cajón de Dede estando dormida? ¿Y si era amnésica, o esquizofrénica, y no me daba cuenta de lo que hacía? Creía que no había robado el dinero, pero tampoco me parecía imposible del todo.

—Llegaremos al fondo de esto *tout de suite* —le oí decir a Amy al llegar al último peldaño.

—Qué loca está la tía —dijo alguien que tenía mucho más cerca.

Me giré. Little Washington subía detrás de mí, hice un ruidito discreto para darle la razón, aunque no sabía bien si se refería a Amy o a Madame.

—Qué bocazas es —añadió Little, y entonces supe que hablaba de Amy.

—A Amy le gusta bromear —dije yo. No me habría importado compartir un momento con Little a expensas de Amy, pero me daba apuro hacerlo en medio del pasillo, donde podía oírnos cualquiera.

—No tiene ni pizca de gracia —dijo Little.

Quería decirle que estaba de acuerdo, no tanto porque lo estuviera de verdad como porque llevaba un tiempo planteándome la posibilidad de

hacerme amiga de Little. La primera vez que me fijé en ella fue una noche en que volvimos al mismo tiempo de una cena de gala; nada más entrar en la sala común dijo, sin dirigirse a nadie en particular: «Qué ganas de quitarme los zapatos; los pies me están matando». Little era de Pittsburgh. Era la única chica negra de la residencia y decían que era hija de médico y de abogada. Era una estrella en *cross* y, por lo que se decía, todavía era mejor en baloncesto. Estaba en segundo y tenía una habitación individual, lo que solía estigmatizarte (si estabas en una individual, significaba que no tenías ninguna amiga que quisiera compartir la habitación contigo), pero el color negro de Little la dejaba al margen de las jerarquías de Ault. Aunque no automáticamente, ni en sentido negativo. Más bien, le daba la opción de quedarse fuera sin tener que ser una perdedora.

—Qué raro lo del robo, ¿verdad? —dije.

Little hizo un ruido de desdén.

—Apuesto a que está encantada con lo que ha pasado. Ha conseguido ser el centro de atención.

—¿Quién?

—¿Cómo que quién? Tu compañera.

—¿Sabes que el dinero era de Dede? Vaya, imagino que en la residencia no hay secretos.

Little guardó silencio unos segundos.

—No hay un solo secreto en todo el colegio —dijo.

Me angustié y noté un pinchazo en el estómago; ojalá se equivocara. Estábamos delante de su habitación y se me pasó por la cabeza que quizá me invitara a entrar.

—¿Te gusta estar aquí? —pregunté. Ese era mi problema: no sabía hablar con nadie sin interrogarle. Creo que algunos me encontraban rara y otros estaban tan encantados de hablar que ni siquiera se daban cuenta de ello; pero, en ambos casos, hacía que las conversaciones me resultaran agotadoras. Mientras mi interlocutor movía la boca, yo tenía que decidir qué iba a preguntarle a continuación.

—El colegio tiene cosas buenas —dijo Little—. Pero te diré algo: a todo el mundo le gusta husmear en la vida del resto.

—Me gusta tu nombre —dije—. ¿Te llamas así de verdad?

—Puedes averiguarlo tú misma —dijo Little—. Así demostrarás mi teoría.

—Vale —dije—. Cuando me entere, vendré a decírtelo.

No se opuso; era como si me estuviera dando permiso para volver a hablar con ella, algo que esperar con anhelo. Aunque parecía que no iba a invitarme a su habitación: había abierto la puerta y se disponía a entrar.

—Recuerda esconder bien el dinero —dije.

—Claro, claro. —Sacudió la cabeza—. Estáis chaladas.

Todo esto sucedió al comienzo del curso, al comienzo del tiempo que pasaría en Ault, cuando la necesidad de mantenerme siempre alerta y el deseo de pasar desapercibida me tenían continuamente agotada. En el entrenamiento de fútbol, me preocupaba perder el balón; al subir al autobús para ir a ver un partido a otro instituto, me preocupaba sentarme al lado de alguien que no quisiera sentarse conmigo; en clase, me preocupaba decir algo equivocado o alguna bobada. Me preocupaba comer demasiado en la comida o no despreciar la comida que se supone que debía despreciar (los *tater tots* y la tarta de lima merengada) y, de noche, me preocupaba que Dede o Sin-Jun me oyeran roncar. Constantemente me preocupaba que alguien se fijara en mí, pero, cuando nadie lo hacía, me sentía sola.

Ir a Ault había sido idea mía. Me informé sobre internados en la biblioteca pública y escribí yo misma para pedir las guías. En sus páginas de papel cuché se veían fotografías de adolescentes vestidos con jerséis de lana cantando himnos en la capilla, agarrando palos de *lacrosse* o examinando con atención una ecuación matemática que cubría toda la pizarra. Había cambiado a mi familia por el lustre del cuché. Fingía que era por los estudios, pero nunca había sido por eso. El Marvin Thompson High School, mi instituto en South Bend, tenía pasillos de linóleo verde y descolorido, taquillas mugrientas y chicos de pelo enmarañado que escribían los nombres de grupos de *heavy metal* en la espalda de sus chaquetas vaqueras con un rotulador negro. Pero los chicos de internado, al menos los que salían en las guías con palos de *lacrosse* y sonriendo tras protectores bucales, eran espectaculares. Además, y por el mero hecho de ir a un internado, también debían de ser listos. Imaginaba que, si me marchaba de South Bend, conocería a un chico

deportista y sensible al que le gustaría leer tanto como a mí, y que los domingos en que estuviera nublado iríamos a pasear juntos vestidos con jerséis de lana.

Mientras estuve presentando solicitudes, mis padres fueron espectadores desconcertados. En mi familia solo conocíamos a una persona que hubiera ido a un internado: el hijo de uno de los agentes de seguros de la oficina donde mi madre trabajaba de contable había estado confinado en lo alto de una montaña de Colorado, un sitio para los que la habían fastidiado bien. Mis padres sospechaban, de corazón y desde luego no para desanimarme, que jamás me aceptarían en los centros a los que escribía; además, para ellos mi interés por el internado era comparable a otras aficiones de corto recorrido, como la calceta (en sexto había llegado a tejer la tercera parte de un gorro). Cuando me aceptaron en algunos centros, me dijeron lo orgullosos que estaban de mí y cuánto lamentaban no poder pagarlo. El día en que llegó una carta de Ault para ofrecerme la beca Eloise Fielding Foster, que cubría más de tres cuartas partes de la matrícula, me eché a llorar porque entonces tuve claro que iba a marcharme de casa y, de repente, dejé de tener tan claro si era buena idea... También comprendí que, al igual que mis padres, nunca había creído que llegaría a marcharme de verdad.

A mediados de septiembre, cuando hacía semanas que mis hermanos y mis antiguos compañeros habían comenzado las clases en South Bend, mi padre me llevó en coche desde Indiana hasta Massachusetts. Cuando cruzamos las puertas de hierro forjado del campus, reconocí los edificios de las fotografías —ocho edificios de ladrillo y una capilla gótica alrededor de una glorieta con césped que, como sabía ya, tenía un diámetro de cuarenta y cinco metros y que, como también sabía ya, estaba prohibido pisar—. Por todas partes había coches con los maleteros abiertos, chicos saludándose y padres cargando cajas. Yo llevaba un vestido largo con flores de lavanda y melocotón, y el cuello de encaje, y enseguida me di cuenta de que casi todos los alumnos iban con camisetas desteñidas, pantalones holgados de color caqui y chancletas. Entonces fue cuando comprendí cuánto trabajo me esperaba en Ault.

Cuando dimos con la residencia, mi padre se puso a hablar con el de Dede, que dijo: «¿Así que South Bend? Imagino que dará clases en la Notre

Dame[3]», y mi padre respondió de buen humor: «No, señor. Lo mío es el negocio de los colchones». Me dio vergüenza que mi padre llamara «señor» al padre de Dede, me dio vergüenza su trabajo, me dio vergüenza nuestro Datsun viejo y oxidado. Quise que mi padre se marchara del colegio lo antes posible, para así, tal vez, poder echarlo de menos.

Cada mañana, mientras me daba una ducha, pensaba «llevo veinticuatro horas en Ault», «llevo tres días en Ault», «llevo un mes en Ault»... Me decía lo que pensaba que me diría mi madre si venir aquí le hubiera parecido buena idea de verdad: «Lo estás haciendo muy bien; estoy muy orgullosa de ti, LeeLee». A veces lloraba cuando me lavaba el pelo, pero, y este era el problema, el sempiterno problema con Ault: en cierto modo, no me había equivocado al imaginar cómo iba a ser. El campus era en verdad bonito, con las colinas borrosas a lo lejos, que se volvían azules por la noche, los campos perfectamente rectangulares y la catedral gótica (si la llamaban capilla solo era por la modestia nortea), con sus vidrieras policromadas. Esta belleza le confería un dejo de distinción y glamur incluso a la más prosaica de las morriñas.

Varias veces reconocí a algún alumno de las fotografías de la guía. Fue desconcertante, como imaginaba que sería ver a algún famoso por la calle en Nueva York o Los Ángeles. Eran personas que se movían y respiraban, que comían *bagels* en el refectorio, que iban cargadas de libros por el pasillo y que no llevaban la misma ropa con la que los recordaba. Pertenecían al mundo físico y real; antes era como si solo me pertenecieran a mí.

Escritos con grandes letras en la parte de arriba, los carteles decían: «¡¡¡Sacad todo del armario!!!», y debajo, en pequeño: «¿Para qué? ¡Para bailar! ¿Dónde? ¡En el refectorio! ¿Cuándo? ¡Este sábado!».

La cartulina era de color rojo y habían fotocopiado una fotografía del señor Byden, el director, con un vestido.

—Es una fiesta *drag*. —Oí que le decía Dede a Sin-Jun una noche—. Hay que ir travestidas.

—Travestidas —dijo Sin-Jun.

—Las chicas van vestidas de chico, y los chicos, de chica —dije yo.

—Aaah —dijo Sin-Jun—. ¡Muy bien!

—Devin va a prestarme una corbata —dijo Dede—. Y una gorra de béisbol.

«Pues vale», pensé.

—Dev es muy gracioso —dijo. A veces, Dede me contaba cosas de su vida, pero solo lo hacía porque estaba allí y porque, a diferencia de Sin-Jun, hablaba bien inglés—. ¿A quién vas a pedirle tú la ropa? —me preguntó.

—Aún no lo he pensado.

No le iba a pedir la ropa a nadie, porque no iba a ir. Apenas era capaz de hablar con mis compañeros de clase y, además, no tenía ni idea de bailar. Una vez lo había probado en la boda de una prima y no había podido dejar de pensar «¿Es ahora cuando tengo que levantar los brazos por el aire?».

El día de la fiesta (los sábados por la mañana también había pase de lista y clases, un detalle que, como descubrí muy pronto, para los de casa habría sido motivo más que suficiente para darse a la fuga y reafirmaba sus sospechas de que había muy pocas diferencias entre el internado y una cárcel) ni Gates ni Henry Thorpe estaban en la mesa cuando sonó el timbre para anunciar el comienzo del pase de lista. Otra chica de cuarto (yo no sabía cómo se llamaba) tocó la campana y luego se bajó de la tarima. Entonces empezó a sonar la música y todos dejaron de hablar. Era música disco. Yo no reconocí la canción, pero mucha gente sí, y hubo risas. Me giré sobre mi asiento y vi que la música venía de dos altavoces que sostenían en alto sendos alumnos de cuarto —no había pupitres para todos en el pase de lista, así que había alumnos de tercero y de cuarto de pie al fondo de la sala—. Los mayores parecían estar vigilando la puerta de atrás. Al cabo de unos segundos, hizo su entrada Henry Thorpe. Llevaba una combinación de seda negra, medias de rejilla y zapatos de tacón negros, y se acercó bailando a la mesa donde se solía poner con Gates. Muchos alumnos, sobre todo los de último curso, lo vitorearon, llevándose las manos en forma de altavoz junto a la boca. Y otros cantaban y aplaudían al compás de la música.

Henry señaló con un dedo y luego lo dobló para apuntarse al pecho. Me fijé para ver adónde había señalado. En una puerta, al otro extremo de la sala, la que quedaba más cerca de los profesores, había aparecido Gates. Llevaba puesto un uniforme de fútbol americano, con hombreras por debajo de la camiseta y marcas negras que le cruzaban las mejillas. Pero nadie la habría

tomado por un chico: llevaba el pelo suelto y las pantorrillas —no llevaba medias— se veían suaves y esbeltas. Ella también bailaba, con los brazos en alto y sacudiendo la cabeza. Para cuando Henry y ella se subieron a la mesa de los delegados, el jaleo en la sala era total. Los dos se juntaron y empezaron a dar vueltas. Miré hacia los profesores; casi todos estaban de pie, de brazos cruzados y con caras impacientes. Gates y Henry se separaron, se dieron la vuelta y quedaron mirando en direcciones opuestas. Gates movía las caderas y chasqueaba los dedos. Su espontaneidad me dejó atónita. Ahí estaba ella, delante de más de trescientas personas, a plena luz del día, por la mañana, y bailando.

Apuntó hacia el fondo de la sala y se paró la música. Henry y ella bajaron de un salto de la mesa y tres alumnos de último curso, dos chicas y un chico, subieron los tres escalones de la tarima.

—Hoy, a las ocho en punto en el refectorio... —dijo una de las chicas.

—... Se celebrará el undécimo Gran Festejo Drag anual —dijo la otra.

—¡Preparaos todos para la fiesta! —gritó el chico.

Toda la sala estalló en gritos y aplausos. Alguien volvió a encender la música y Gates sacudió la cabeza con una sonrisa. Paró la música.

—Lo siento, pero el espectáculo ha terminado —dijo, y los alumnos la abuchearon, pero incluso los abucheos sonaban cariñosos. Gates se dirigió a los tres veteranos que tenía al lado—. Gracias, chicos. —Cogió la carpeta con los nombres de los que se habían apuntado para anunciar algo y continuó—: ¿Señor Archibald?

El señor Archibald subió a la tarima.

—Gates, ¿me concederás un baile? —gritó un chico desde el fondo de la sala justo cuando iba a empezar a hablar.

Gates sonrió, una sonrisa de esas sin separar los labios.

—Adelante, señor Archibald —continuó.

Dijo algo sobre unas latas de refresco que habían dejado en el ala de matemáticas.

Gates le pasó la carpeta a Henry.

—Dory Rogers —dijo Henry, y Dory contó que la reunión de Amnistía Internacional se había pospuesto del domingo a las seis al domingo a las siete.

Hubo cinco o seis avisos más, y yo estuve esperando todo el tiempo a que el espectáculo continuara (quería ver bailar a Gates otra vez), pero, al parecer, se había terminado de verdad.

Cuando Henry hizo sonar la campana, me acerqué a la tarima.

—Gates —dije. Ella estaba guardando un cuaderno en la cartera y no levantó la vista—. Gates —repetí.

Esta vez, sí me miró.

—Bailas muy bien —dije.

Entornó los ojos.

—Siempre es gracioso ver a alguien haciendo el ridículo.

—Oh, no; no estabas haciendo el ridículo. Para nada. Les ha encantado a todos.

Sonrió y comprendí que ya sabía que les había encantado a todos. Pero no es que buscara un cumplido, como sí hacía yo cuando fingía modestia. En realidad, y caí en la cuenta en cuanto la miré, era como si quisiera ser normal. Aunque era especial, fingía ser como nosotros.

—Gracias —dijo—. Eres muy amable, Lee.

Por la noche, el patio se llenó de una efervescente alegría que también se coló como revoloteando en la residencia. Chicos de las residencias cercanas se presentaban en nuestra sala común (los chicos solo podían subir a la primera planta durante unas horas especiales de visita) y llamaban a algunas chicas. Aspeth, como no me sorprendió comprobar, era muy popular entre ellos, y Dede bajó un montón de veces correteando con ella por las escaleras. Bajaban bolsos, esmalte de uñas y sujetadores que les abrochaban a los chicos sobre las camisetas entre gritos y risitas. Yo estaba haciendo la colada y, en mi deambular entre el sótano y la segunda planta de la residencia, observaba cómo se desarrollaba la celebración. La imagen de un chico con un sujetador puesto por encima de la camiseta me pareció espantosa (las copas estaban vacías y flácidas y la tira tensa, o peor aún sin tensar, alrededor de su caja torácica; luego, cuando se lo quitara, podría ver el tamaño exacto y quizá lo dejaría tirado en el suelo de su habitación y pasaría por encima al echarse a la cama). Sin embargo, pronto empecé a comprender que tal vez ese espanto se debiera en realidad a que yo no tenía ningún sujetador especialmente

bonito. Los míos eran todos de algodón beis con la tira también beis; mi madre y yo los habíamos comprado ese verano en JCPenney. Aquí, sin embargo, todos los sujetadores que iban aflorando eran de seda o de encaje, negros, rojos o de estampado de leopardo, sujetadores de esos que yo pensaba que solo llevaban las mujeres adultas.

Cuando se despejó la residencia —hasta Sin-Jun fue a la fiesta con un bigote postizo—, me puse a estudiar vocabulario español un rato y luego bajé a la sala común para leer los viejos anuarios. Llenaban todo un estante y me encantaban, eran como un atlas del colegio. Los que había en nuestra sala común se remontaban a 1973, y, en las últimas semanas, casi había llegado hasta el momento presente. El formato no había cambiado con los años: fotografías improvisadas al principio, luego los clubs, equipos deportivos, residencias y promociones. Por ejemplo, había un informe acerca del curso de segundo de aquel año con todas las cosas importantes que habían sucedido ese curso entre septiembre y junio, seguido de comentarios jocosos sobre cada alumno: «¿Os imagináis a Lindsay sin su rizador?». Luego, venía lo mejor: los alumnos de último curso, con una página dedicada a cada uno de ellos. Aquellas páginas, además de recoger las muestras habituales de agradecimiento a familiares, profesores y amigos, y citas a veces nostálgicas, a veces literarias y a veces indescifrables, estaban llenas de fotografías. Los chicos solían aparecer en fotos jugando algún partido, y las chicas, abrazadas unas a otras, sentadas sobre una cama o de pie en la playa. A las chicas también les encantaba incluir fotos de la infancia.

Con algo de tiempo y ganas, podías deducir quién había sido amigo de quién, quién había salido con quién, y quién había sido popular, deportista, el raro o un *margi* aquel año. Empecé a ver a los antiguos alumnos como una especie de primos lejanos —me sabía sus nombres, a qué deportes jugaban y qué jersey o peinado se ponían según la ocasión—.

En los tres anuarios más recientes, encontré varias fotos de Gates. Jugaba a *hockey* sobre hierba, baloncesto y *lacrosse*; en primero y segundo había vivido en la residencia de Elwyn; y en tercero, en la de Jackson. Su bromita de segundo había sido: «Según la bola de cristal, Henry y Gates se comprarán una casa con una valla blanca y tendrán 12 hijos». El único Henry que había en Ault era Henry Thorpe y yo sabía que estaba saliendo con una chica de

segundo, de aspecto remilgado, llamada Molly. Me pregunté si Henry y Gates habrían salido juntos de verdad y si, de ser así, quedaría algo de tensión, ya fuera buena o mala, entre ellos. Cuando bailaron juntos en el pase de lista, no pareció que fuera el caso.

Me topé con la fotografía al final del anuario del tercer curso de Gates, que era el más reciente. En la última parte, justo después de las páginas de los alumnos de cuarto, había fotos de la graduación: las chicas con vestido blanco y los chicos con pantalones blancos, americanas azul marino y canotier. Había imágenes donde se les veía sentados en fila durante la ceremonia, una fotografía del orador (un juez de la Corte Suprema) y fotografías de abrazos. Entre todas aquellas imágenes (no la estaba buscando, así que se me podía haber escapado fácilmente) había una de Gates. Se la veía de cintura para arriba, con una camisa blanca de manga corta. Llevaba puesto un gorro de vaquero, y su brillante pelo le caía por debajo del ala, desparramado sobre los hombros. En la fotografía salía de perfil, pero era como si el fotógrafo, quienquiera que fuese, hubiera dicho su nombre justo antes de disparar y ella hubiera empezado ya a girar la cabeza. Puede que hubiera reído y protestado al mismo tiempo, diciendo algo como «¡Oh, venga ya!», pero de esa forma en que lo dices a alguien que te cae muy bien.

Estuve mirando la fotografía tanto tiempo que, cuando volví a levantar la vista, me sorprendió ver los sofás naranjas y peludos, y las paredes de color crema de la sala común. Me había olvidado de mí misma y me había olvidado de Ault, al menos, de la versión tridimensional en la que yo, también, era una entidad real. Acababan de dar las diez. Decidí recoger los anuarios, pasar a ver a Madame un poco antes para que me tachara de la lista y acostarme.

En el baño de arriba, Little estaba de pie frente a uno de los lavabos con un albornoz rosa y frotándose el pelo con aceite.

—Hola —dije—. ¿Qué tal la fiesta?

Hizo una mueca.

—Ni se me ocurriría ir a la fiesta *drag*.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no has ido tú?

Sonrió y yo también sonreí.

—¿Lo ves? —dijo—. Pero tu compañera de habitación seguro que estaba

entusiasmada. Si viviera con esa chica, ya le habría dado una torta.

—No está tan mal.

—Ya, ja.

—Juegas a baloncesto en la liga de secundaria, ¿verdad? —dije.

—Sí.

—Entonces estarás en el equipo con Gates Medkowski, ¿no?

—Claro.

—¿Cómo es Gates? Me lo pregunto porque es la primera delegada de cuarto que ha habido, ¿verdad? Eso es importante.

—Es como todos por aquí.

—¿En serio? A mí me parece distinta.

Little dejó el frasco de aceite en el lavabo y se acercó al espejo, para examinarse la piel. Luego dijo:

—Es rica. Así es Gates. Su familia tiene un montón de dinero.

Se echó para atrás y puso una mueca mirando al espejo, mordiéndose los carrillos y arqueando las cejas. Era de esas cosas que yo habría hecho a solas, pero jamás delante de otra persona. Sin embargo, me gustaba que Little me prestara atención de forma intermitente; me hacía sentir menos cohibida.

—Creía que Gates venía de una granja —dije.

—Una granja que ocupa la mitad de Idaho. Cultivan patatas. Seguro que no sabías que un tubérculo tan pequeño y repugnante pudiera valer tanto.

—¿Gates juega bien a baloncesto?

—No tan bien como yo. —Little sonrió al espejo—. ¿Has descubierto algo sobre mi nombre?

—Todavía no —dije—. Estoy investigando, pero todas mis pistas terminan en callejones sin salida.

—Claro, vale. Te lo voy a decir. Es porque tengo una gemela.

—¿En serio?

—Sí. Yo soy la pequeña, así que ya podrás imaginarte el nombre de mi hermana.

Se quedó callada y me di cuenta de que debía intentar adivinarlo.

—Puede que sea demasiado obvio, pero ¿Big?

—A la primera —dijo Little—. Un premio para la niña. Ahora soy más grande que Big, pero estas cosas te acompañan toda la vida.

—Es una pasada —dije yo—. ¿Dónde estudia Big?

—En casa. En Pittsburgh. ¿Has estado alguna vez en Pittsburgh?

Dije que no con la cabeza.

—No se parece a esto, puedes creerme.

—Debes de echar de menos a Big. —Ahora que sabía que Little tenía una hermana gemela, y sobre todo que estaba tan lejos, me pregunté si no necesitaría una amiga.

—¿Tienes hermanas? —preguntó Little.

—Solo hermanos.

—Ajá, yo también tengo un hermano. Somos tres. Pero no es lo mismo.

—Guardó el frasco de aceite en su cesta (la primera noche al llegar a la residencia, Madame Broussard nos dio una cestilla a cada una para nuestros artículos de aseo) y se volvió para mirarme—. No estás mal —dijo—. Aquí hay muy poca gente auténtica. Tú eres de verdad.

—Oh —dije yo—. Gracias.

Cuando se marchó (al salir dijo «“nas” noches»), saqué el cepillo y la pasta de dientes de mi cesta. Al meter el cepillo bajo el grifo, advertí que en el lavabo que había a mi lado, en el que había estado Little, había unos cuantos pelitos cortos, negros y recios. Así que eran de la cabeza, pelos de la cabeza de Little. Cogí un trozo de papel del dispensador y los quité.

La siguiente vez, le robaron a Aspeth un billete de cien dólares que su abuela le había enviado por su cumpleaños. Lo había dejado en el monedero, y el monedero, sobre la mesa. Lo supimos el domingo, la noche después de la fiesta *drag*. Si me enteré de la cantidad y de a quién pertenecía el dinero no fue por lo que Madame Broussard dijo en la recogida (estuvo de nuevo imperturbable y circunspecta) sino por Dede, que estaba completamente indignada.

—Es como si fueran a por mis amigas y a por mí —dijo Dede cuando volvimos a la habitación—. Nos tienen fichadas. —Se agachó y puso un jersey de cachemira en el suelo, por encima de unos pantalones negros. Cuando volvió a incorporarse, arrugó la nariz—. Aquí huele mal.

Olfateé el aire, haciéndome la sorprendida. Tenía razón... apestaba. Apestaba desde hacía días. Al principio pensaba que serían imaginaciones

mías, pero el olor cada vez era más fuerte. Cuando Dede y Sin-Jun estaban fuera, me olía bajo los brazos y entre las piernas, olía las sábanas y mi ropa sucia. Ninguno de esos sitios olía más que el resto, pero tampoco menos.

—Sí, huele raro —dije.

—Eh, Sin-Jun —dijo Dede—. Huele un poco. Menudo tufillo, ¿no?

—¿Tufillo?

—El olor —dije yo. E hice el gesto de aspirar profundamente—. Nuestra habitación huele raro —dije—. No bien.

—Ah —dijo Sin-Jun. Volvió a mirar los papeles que tenía sobre el escritorio.

Dede me miró y entornó los ojos.

—Igual sale del baño —dije yo. Parecía improbable.

Dede abrió la puerta de la habitación y salió al pasillo. Volvió al rato.

—No. Es en esta habitación —dijo—. Está claro que es en esta habitación. ¿Qué tenéis por aquí de comida?

—Solo eso. —Señalé al estante que había sobre mi mesa, donde tenía un bote de mantequilla de cacahuete y una caja de galletitas saladas.

—¿Y tú, Sin-Jun? —dijo Dede.

Sin darle tiempo a responder, dije:

—¿Por qué das por supuesto que somos nosotras? Podría ser cosa tuya.

—Yo no tengo una tienda de ultramarinos aquí metida —dijo Dede, y lo cierto era que Sin-Jun tenía varios paquetes y cajas debajo de la cama, en su mesa y en el armario.

—Pero no sabes si eso es comida —dije—. Igual son todo zapatos.

Cogí mi cesta.

—¿Qué haces? —dijo Dede.

—Prepararme para ir a la cama.

—¿No vas a ayudarme a buscar? —Dede abrió la boca de par en par de la sorpresa, o de la indignación, y tuve la extraña tentación de meterle algo dentro... el mango del cepillo de dientes o mi dedo.

—Lo siento —dije.

—Y voy yo y me lo creo. —La oí decir cuando salí de la habitación, antes de cerrar la puerta.

Llegó diciembre («llevo setenta y ocho días en Ault»). Una vez, cuando todos habían salido, Little y yo pasamos la noche del sábado jugando a *boggle* en la sala común, con Sin-Jun mirando. Otra vez, estuvimos viendo una serie de detectives en la tele; hizo palomitas y se le quemaron, pero nos las comimos de todas formas. («Pues yo aún tengo un poco de hambre», dije al terminar, y Little dijo: «¿Hambre? A mí se me ha puesto el estómago del revés»). Hubo otros dos robos y Madame los anunció en la recogida. No supe de quién era el dinero, pero no era de ninguna amiga de Dede. En nuestra habitación cada vez olía más fuerte, era una auténtica peste y me preocupaba que, aunque no fuera cosa mía, el olor se me quedara pegado a la ropa y a la piel. A veces, en clase e incluso fuera, al salir de la capilla, me venía una ráfaga. Cuando alguien se pasaba por la habitación, Dede hacía bromitas abochornada o se deshacía en disculpas.

Cuando quedaba una semana para las vacaciones de Navidad, pasé una mañana por la sala del correo a la hora del recreo y vi a Jimmy Hardigan, un alumno de cuarto, dando puñetazos a la pared. Mary Gibbons y Charlotte Chan, también de cuarto, estaban fundidas en un abrazo. Charlotte lloraba. La sala del correo solía ser un hervidero a la hora del recreo, pero ahora estaba en completo silencio. Igual había muerto alguien, pensé. Un profesor no, ni un alumno; puede que alguien de administración.

Me acerqué a la pared donde estaban los buzones dorados, con pequeñas ventanitas. Si tenías correo, se veía la carta caída de lado, sobre la pared de tu buzón; años después de haberme marchado de Ault, seguía soñando a veces con esa sombra fina y alargada.

Mi buzón estaba vacío. Miré hacia la derecha y vi a Jamie Lorison, de historia antigua. Oí su respiración pesada.

—Jamie, ¿por qué están todos tan callados? —pregunté.

—Los de cuarto acaban de recibir respuesta de Harvard. Pero este año se están quedando todos fuera.

—¿No han cogido a nadie? —Hace mucho, antes de que Ault admitiera a chicas, los chicos se pasaban por la casa del director el día antes de la graduación y cada uno escribía en un trocito de papel «Harvard», «Yale» o «Princeton». La universidad que anotaban era también a la que acababan yendo.

—Por ahora solo a dos —dijo Jamie—. Nevin Lunse y Gates Medkowski. Al resto los han rechazado.

Sentí un hormigueo en el pecho y se me llenaron los pulmones de aire fresco. Barrí la sala del correo con la mirada deseando felicitar a Gates, pero no estaba por ningún lado.

Finalmente la vi por la noche en el comedor. Era una cena normal, no una de las cenas de gala para las que había que arreglarse y sentarse en la mesa que te hubieran asignado. Cuando dejé mi bandeja en el carrito de los platos sucios, la vi en la cola de la comida. El corazón me empezó a latir con fuerza. Me limpié la boca con el dorso de la mano, tragué saliva y eché a andar hacia ella.

Estaba a menos de tres metros cuando, por la otra dirección, apareció Henry Thorpe.

—Chócala, Medkowski —dijo.

Gates se volvió.

—Eso es —dijo Henry. Tenía una mano levantada—. Choca esos cinco, superestrella.

Gates chocó la mano con él.

—Eh, gracias.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó él.

Gates sonrió.

—Con una potra de narices.

—Qué dices de potra. Estaba claro que te iban a coger.

Su conversación era tan natural que comprendí que no podía acercarme a ella tan a la vista de todos. Aunque estuviera felicitando a Gates, sería mi vulnerabilidad la que asomaría. Decidí hacerle una tarjeta en su lugar y meterla en su buzón o dejarla en su habitación.

De vuelta en la residencia, alternando el rotulador rojo y el azul para cada letra, escribí: «¡Enhorabuena, Gates!», y luego añadí: «¡Buena suerte en Harvard!». Con un rotulador morado dibujé estrellas. Como la hoja de papel seguía quedando un poco vacía, añadí unas enredaderas en verde, entretejiendo las palabras con ellas. Luego tenía que ir la firma. Quería escribir «Con mucho cariño, Lee», pero ¿y si le sonaba raro? Solo mi nombre quedaba demasiado seco y un «Cordialmente» o «Atentamente» era

demasiado formal y torpe. Sostuve un rato el rotulador azul sobre el papel, sin decidirme, hasta que firmé: «Con mucho cariño, Lee». Lo dejaría en su residencia, en un sobre junto a la puerta de su habitación. Así, lo más seguro es que estuviera sola cuando lo encontrara.

La siguiente cena sí era de gala y casi todo el mundo se duchó en el gimnasio después del entrenamiento para dirigirse luego directamente al refectorio. Calculé que, si me daba prisa, tendría tiempo para volver a mi habitación, coger la tarjeta y dejarla en su sitio; además, no me entusiasmaba la idea de llegar demasiado pronto al comedor y tener que estar por ahí esperando.

Justo antes del patio, eché a correr. Anocheceía tan pronto que nadie me vería ni se extrañaría de que fuera corriendo por ahí con falda y manoleínas de color azul marino. La residencia de Broussard estaba tranquila. Subí a zancadas las escaleras hasta la segunda planta. Cuando abrí la puerta de la habitación, Dede cerró de un golpe un cajón y se dio la vuelta como un rayo; entonces me di cuenta de que no estaba delante de su cómoda, sino de la de Sin-Jun (yo estaba tan nerviosa que jamás lo habría advertido de no ser por lo crispado del gesto).

—No es lo que estás pensando —dijo.

Di un paso atrás y ella otro hacia delante.

—Solo intento averiguar de dónde sale ese olor —dijo—. Tiene que ser Sin-Jun, porque nosotras no somos, ¿no?

—Si crees que es ella, deberías haberle pedido permiso para rebuscar entre sus cosas.

—No quiero ofenderla. —La voz de Dede sonaba irritada—. Lee, está claro que no soy la ladrona, fui la primera a la que le robaron.

Nos quedamos observando la una a la otra.

—Ah, venga ya —dijo—. ¿Crees que me robaría a mí misma?

Seguí yendo hacia la puerta.

—¿Vas a contárselo a Madame? —dijo—. No hay nada que contar. No te estoy mintiendo, Lee. ¿Es que no confías en mí?

Seguí sin decir nada, ella se abalanzó sobre mí y me agarró por los brazos. El corazón se me iba a salir del pecho. Estaba tan cerca de ella que

olía su perfume y le veía los pelitos de las cejas que le volvían a salir. Pensé que, de haber sabido que se arreglaba las cejas, le habría pedido que me enseñara a hacerlo. Luego pensé que no, que nunca habíamos sido esa clase de compañeras de habitación.

—Suéltame —dije.

—¿Qué vas a hacer? —Aunque se notaba que intentaba sonar firme, le temblaba un poco la voz—. ¿Vas a decir algo?

—No lo sé. —Intenté zafarme, pero me agarraba con fuerza.

—¿Qué quieres que haga para demostrarte que estoy diciendo la verdad?

—Déjame —volví a decir.

Por fin soltó las manos.

—Yo misma le contaré a Madame que estaba mirando en la cómoda de Sin-Jun —dijo—. ¿Así me creerás?

Cerré la puerta sin responder.

Todavía no había salido de la residencia cuando me di cuenta de que había olvidado la tarjeta de Gates. Decidí saltarme la cena: podría esconderme en el locutorio de la sala común hasta que Dede se marchara al refectorio y luego colarme escaleras arriba. Además, así también tendría tiempo para decidir qué hacer después de haberla pillado.

En el locutorio hacía mucho calor y olía a calcetines sucios, y el corazón me iba a mil por hora. Estaba tan agitada que me habría puesto a dar saltos de tijera para calmarme. Pero, en lugar de eso, me senté en la silla que había en medio del locutorio, con los pies pisando el asiento y las rodillas plegadas delante del cuerpo y cogidas entre los brazos.

Cuando de pronto pensé en la fotografía, fue como cuando estás sentada en el cuarto de estar y recuerdas que hay una tarta en la cocina. Si la quieres y vas a por ella, es tuya. «No lo hagas», me dije. «Dede podrá oírte». Y luego: «Pero no sabrá quién es». Me asomé por la ventanilla del locutorio, que estaba llena de huellas de dedos, empujé muy despacio la puerta y crucé lentamente la sala común hasta la estantería. Con las manos temblorosas, saqué el último anuario y volví con sigilo al locutorio.

La foto era exactamente como la recordaba: el sombrero de vaquero, el pelo revuelto y su rostro perfecto e inteligente. Pero abrir aquella página era

como dar solo el primer bocado a la tarta sabiendo que tienes toda una porción para ti sola. Se me ocurrió que podría subir el anuario a la habitación, si es que Dede se marchaba de una vez. No es que quisiera estar mirándolo todo el día. Solo quería saber que era mío y que podía verlo cuando me apeteciera. Quería acostarme y apagar las luces; en la oscuridad, estaría a solas con mis pensamientos y podría tener conversaciones imaginarias en las que diría cosas graciosas y Gates se echaría a reír, pero no con su estilo «vamos a ser amable con la nueva»: sería una risa de respeto y con la que dejaría claro que sabe que soy como ella.

Oí que bajaba alguien por las escaleras, así que esperé y luego me acerqué a la ventana, me agaché y miré por encima de la repisa. Por fin, era Dede. Me levanté la blusa y me metí el anuario por dentro de la cinturilla de la falda; me pregunté seriamente si alguien llegaría a echarlo en falta alguna vez, porque nunca había visto a nadie más mirando los anuarios. Una vez arriba, lo guardé en una balda del armario, debajo de un jersey. Por mucho que me apeteciera, no tenía sentido acostarme aún, porque Dede y Sin-Jun iban a volver de cenar en una hora, se pondrían a hablar y darían las luces. Además, aún tenía que entregar la tarjeta.

Estaba doblada dentro de mi diccionario, donde la había dejado la noche anterior. La desdoblé y la dejé extendida sobre el escritorio. La segunda «N» de «enhorabuena» se había corrido. Me chupé el dedo y lo puse sobre la mancha, pero solo empeoré las cosas. Me pregunté por qué había escrito «¡Buena suerte en Harvard!». Era una bobada, era como si se fuera a marchar enseguida, pero todavía le quedaban siete meses en Ault. De pronto, las estrellas y las enredaderas me parecieron obra de una niña de nueve años. Y lo de «Con mucho cariño»... ¿Mucho cariño? ¿A quién quería engañar? Apenas nos conocíamos. Cogí la tarjeta y la rompí en unas tiras largas y luego rompí las tiras en tres. Los trozos de papel cayeron balanceándose en el cubo de basura, hasta posarse en el fondo.

Me acordé de Dede, de lo angustiada que estaba cuando decía que no había sido ella, de cómo me había agarrado por los brazos. Quería hablar con alguien sobre lo que acababa de pasar, pero estaban todos cenando. Cogí una revista de cotilleos de Dede, me tumbé en la cama e intenté leer. El mundo fuera de Ault me parecía extraño y banal, y no conseguía concentrarme en los

artículos. Poco después dejé la revista, saqué el anuario del armario y me puse a mirar la foto de Gates. Al oír voces fuera, corrí al baño para no encontrarme con Dede cuando volviera y me quedé diez minutos escondida en una cabina. Luego, fui directamente a la habitación de Little.

—¿Te molesto? —pregunté cuando abrió la puerta.

—Aún no lo sé. —Llevaba puestas unas gafas y un chándal gris.

—¿Puedo pasar?

Se echó a un lado y me dejó entrar. Me senté en la silla de su escritorio, aunque no me había invitado a hacerlo, y ella se sentó en la cama, con las piernas cruzadas delante de un montón de libros y de cuadernos abiertos. Nunca había estado en la habitación de Little. Era austera, sin pósteres, pañuelos colgados de las paredes ni fotografías. Los únicos toques personales, aparte de la colcha y los libros, eran un radiodespertador en la repisa de la ventana, una botella de plástico de loción sobre la cómoda y un osito de peluche a los pies de la cama. El oso llevaba puesto un jersey lila claro; al mirarlo, sentí una tristeza punzante que eclipsó por completo la desconfianza y el enfado que sentía hacia Dede. Pero la tristeza era tan grande que no pude comprenderla, y se fue igual que vino.

—No te vas a creer lo que ha pasado —dije—. Sé quién es la ladrona.

Little arqueó las cejas.

—Es Dede.

Las cejas de Little se hundieron y se apretujaron.

—¿Seguro?

—La he pillado con las manos en la masa. Estaba rebuscando en la cómoda de Sin-Jun.

Little dijo por lo bajo «Dede Schwartz» y asintió.

—Me lo creo.

—Es espantoso —dije yo—. Es como si fuera una mentirosa patológica o algo así; me dijo que fue la primera a la que le robaron dinero.

—Ya sabía yo que no me gustaba esa chica. ¿Qué ha dicho Madame?

—Aún no se lo he dicho. Dede me pidió que no lo hiciera.

—Pero la viste rebuscando en la cómoda de Sin-Jun, ¿no?

—Eso es.

—Si no dices nada, lo seguirá haciendo.

—Ya lo sé. Es que no me entra en la cabeza por qué iba a robar. Sus padres le dan una buena paga.

—Si intentas entender a los de aquí, lo único que sacarás es un buen dolor de cabeza.

—¿Puedo dormir en tu habitación esta noche? —pregunté.

Little tardó en responder.

—No pasa nada —dije—. No hace falta. —Me puse en pie, avergonzada—. Tengo que ver a Dede tarde o temprano, ¿no?

Salí de la habitación y Little no hizo ningún esfuerzo por detenerme.

Volví a esconderme en el baño, esta vez en la ducha del rincón. Como todas sabíamos que tenía poca presión, nunca la usaba nadie. Todavía no me había quitado la ropa de gala y, al estar allí sentada sobre el suelo de azulejos azules con mi falda, me sentí rara y sucia. Luego oí abrir la puerta del baño y a Dede llamarme: «¿Lee? Lee, ¿estás aquí?».

Antes de la recogida, bajé las escaleras y fui a ver a Madame. Estuve a punto de contarle lo de Dede, pero, al estar allí, en la entrada de su apartamento, comprendí lo grave que era la acusación y cómo cambiaría mi vida y la de Dede. Todavía no estaba preparada.

—Voy a acostarme —dije—. ¿Puedo despedirme un poco antes?

Le di la mano y volví al cuarto de baño.

En la enfermería, seis habitaciones en las que solo había camas alineadas a cada lado del pasillo. También estaba la habitación donde esperaba la enfermera y donde te tomaban la temperatura nada más llegar, la sala de televisión y una pequeña cocina, con un póster de curiosidades sobre nutrición. Entre otras cosas, el póster informaba al lector de que al comer chocolate se liberaban las mismas sustancias químicas en el cerebro que cuando estás enamorado. De vez en cuando, durante los años que pasé en Ault, cuando estabas en el almuerzo, mientras charlabas o escuchabas hablar sobre cualquier cosa, siempre había alguien que decía: «¿Sabíais que al comer chocolate se liberan las mismas sustancias químicas en el cerebro que cuando estás enamorado?», y los demás respondían: «Creo que yo también lo he oído» o «Sí. Lo he leído en alguna parte». Pero no recordabas dónde hasta que volvías a la enfermería. Cuando estabas enferma o haciéndote la enferma,

el rigor de un día ordinario cedía el paso a un despliegue lento, tenue y vaporoso de las horas: dormías, comías pudín y tostadas, y veías la programación diurna de televisión con otros alumnos que también habían acabado en la enfermería ese día, entre los que podías tener algún amigo o con los que jamás habías hablado.

Esa era mi primera visita a la enfermería. La noche anterior, volví a mi habitación pasada la medianoche, cuando sabía que Dede y Sin-Jun estarían ya dormidas. Al amanecer, me levanté, me puse unos vaqueros y salí de la residencia sin tan siquiera cepillarme los dientes. Si tuviera un día más para aclarar las cosas, pensaba mientras caminaba en esa mañana fría y aún oscura, podría decidir cómo decir que ha sido Dede.

La enfermera me tomó la temperatura, me asignó una habitación y me quedé profundamente dormida. Al despertar, la mañana ya estaba avanzada y su luz amarilla brillaba a través de la persiana, se oía la televisión. Salí al pasillo en calcetines.

En el salón había una chica tímida de segundo llamada Shannon Hormley y, con ella, un chico de cuarto, Pete Lords, uno de los dos que sostenían en alto un altavoz el día en que Gates bailó en el pase de lista. Los dos levantaron la mirada cuando entré en la habitación, pero no saludaron, y yo, tampoco. Me senté. Estaban viendo una telenovela. En la pantalla, una mujer con un vestido azul de lentejuelas decía al teléfono: «Pero ahora que Christophe está en Río, me parece completamente imposible». Me pregunté quién de los dos habría puesto ese canal. Quería levantarme y marcharme, pero pensé que si lo hacía tan pronto parecería rara. Eché un vistazo por la habitación. En la mesa que había junto a mi silla, vi varios folletos abiertos en abanico. «Pienso en el suicidio», decía el que estaba arriba. El siguiente decía: «Me drogaron y me violaron», y el tercero: «¿Soy homosexual?». Sentí una punzada en el estómago. Aparté la vista y miré hacia Shannon y Pete para ver si me habían estado observando mientras hojeaba los folletos. Parecía que no.

Hice como si estuviera absorta en la televisión y esperé a que se marcharan. En cuanto lo hicieron (Shannon se fue a la media hora y luego Pete se marchó pesadamente hacia la cocina), cogí el tercer folleto y salí como una flecha hacia mi habitación. «Las mujeres que se consideran

lesbianas se enamoran de otras mujeres y se sienten atraídas sexualmente por ellas», decía el folleto. «Consideran normales y adecuados sus sentimientos sexuales hacia las mujeres. Estos sentimientos afloran en la infancia o la adolescencia, y se extienden hasta la madurez». Había algunas preguntas que podías hacerte: «Cuando sueño o tengo fantasías sexuales, ¿es con chicos o con chicas? ¿Alguna vez me ha gustado o me he enamorado de una chica o de una mujer? ¿Me siento distinta de las demás chicas?».

Intenté imaginar cómo sería besar a Gates: estaríamos de pie, la una frente a la otra, y yo me adelantaría un poco. Puede que tuviera que ponerme de puntillas porque era más alta que yo. Echaría a un lado la cabeza para que no chocaran nuestras narices y pondría mi boca sobre la suya. Ella tendría los labios secos y suaves; cuando abriera los míos, ella también abriría los suyos y nuestras lenguas resbalarían hasta acabar juntas.

La situación ni me disgustó ni me excitó. Pero tal vez fuera porque no estaba intentando excitarme. Seguí leyendo en el folleto: «Cuando le toqué por primera vez los pechos a mi novia, me pareció lo más natural del mundo (Tina, 17 años)». Pensé: «Tina de diecisiete años, ¿dónde estás ahora? ¿Sigues teniendo diecisiete o ya eres una mujer adulta? ¿Tus vecinos y compañeros de trabajo conocen tu secreto?». Me la imaginaba en Arizona, por ejemplo, o en Oregón, pero dudé mucho que viviera en Nueva Inglaterra. Por lo que sabía, no había homosexuales en Ault. De hecho, solo había conocido a un homosexual en toda mi vida y había sido en casa. Era el hijo de nuestro vecino, un treintañero que se había mudado a Atlanta para trabajar de auxiliar de vuelo.

Me imaginé poniendo los dedos sobre los pechos de Gates. ¿Y luego? ¿Los estrujaría? ¿Los sacudiría? La imagen me pareció absurda. Pero, si no quería tocarla, no estaba segura de lo que quería hacer. Me metí el folleto en el bolsillo del abrigo, escondido, y me arrepentí de haberlo cogido.

Volví a mi habitación al caer la tarde; Dede estaba sentada sobre la cama, cortándose las uñas. Se puso en pie de un salto nada más verme.

—¿Dónde te habías metido? Tengo que enseñarte algo. —Me tiró del brazo y me volvió a sacar de la habitación. Nos detuvimos delante del enorme cubo de basura que había en el pasillo y el aire rezumaba la misma

peste de nuestro cuarto—. Mira —dijo mientras señalaba con el dedo. Había una plasta seca y acartonada sobre unos periódicos, una bolsa de patatas fritas vacía y los restos de una planta en un tiesto. La plasta era de un color naranja amarillento y mediría unos treinta centímetros. Añadió—: Es calamar. Calamar seco. Eso es lo que apesta. Estaba en el armario de Sin-Jun. ¿No es lo más asqueroso que has visto nunca? —Dede parecía contenta; ya no sonaba desesperada—. Le pedí permiso a Sin-Jun para echar un vistazo, me lo dio y encontré esa cosa. Ya te dije que no buscaba nada más.

—¿Es comida? —pregunté. Dede asintió—. ¿Dónde está Sin-Jun ahora?

—Hablando por teléfono con su madre, me parece. Se siente fatal, pero con razón, porque esto es repugnante.

—¿Le dijiste que habías estado buscando antes en su cómoda?

—Lee, déjalo ya, por favor. Si dices algo, quedarás en ridículo. ¿Por qué no esperas a ver si Sin-Jun echa algo en falta? Si no dice nada, mi reputación quedará limpia.

—No le va a faltar nada —dije—. Estoy convencida de que lo habrás puesto otra vez en su sitio.

Curiosamente, ahora que empezaba a creer que Dede era inocente, me resultaba mucho más fácil echarle la culpa.

—Muy bien, Nancy Drew. —Se echó hacia delante—. Te voy a decir una cosa. No tienes que ser tan rara. Es todo culpa tuya. Si no hicieras cosas como estas, quizá hasta podríamos ser amigas.

—Venga ya, Dede. —Me puse muy seria, como una chica salida de una de esas comedias de los cincuenta—. ¿No me digas? —Me sentí bien siendo tan desagradable; me alegró saber que esa capacidad seguía ahí, por debajo de la sensiblería y la mansedumbre inferidas en Ault.

Dede sacudió la cabeza.

—Das pena.

Se marchó por el pasillo, con el cortaúñas en la mano, y supuse que iría a contarle a Aspeth lo rara que era. Colgué el abrigo y me eché en la cama sin retirar la colcha. Entonces me acordé del folleto que seguía en el bolsillo. Lo saqué y, al ver la estupidez de título («¿Soy homosexual?»), me sentí furiosa. «No. No eres homosexual», me dije. «Eres un folleto». Me entraron ganas de quemarlo.

Oí girar el pomo de la puerta, abrí el cajón de arriba de mi mesa y lancé el folleto dentro. Imaginé que Dede venía de vuelta con nuevos insultos, pero solo era Sin-Jun.

—Siento el calamar —dijo.

—No pasa nada.

—Fui mala compañera de habitación.

—De verdad que no pasa nada —dije—. No te preocupes.

—Hoy no estás aquí —dijo.

—He estado en la enfermería.

—¿Tú enferma?

—Algo así. Sí.

—Te hago té.

—No te molestes —dije—. Gracias de todas formas.

—¿Té no?

—Ahora no.

Pareció ponerse triste y pensé que debería haber aceptado su oferta, pero ya era demasiado tarde.

Me acordé en clase de español, nada más terminar el almuerzo. Me entró pánico. El folleto estaba en mi mesa, en el cajón de arriba, ¡el lugar más obvio que cabía imaginar! La ladrona iría buscando dinero, pero eso era mucho más succulento, de lo más comprometedor.

Quedaban veinte minutos para que acabara la clase. Intenté tranquilizarme haciendo cálculos: si en la residencia de Broussard éramos diecinueve y se habían producido cuatro robos en seis semanas, la probabilidad de que hubiera un nuevo robo desde ese momento hasta que acabara la clase de gimnasia, cuando yo volviera a la residencia, era mínima, casi ínfima. Pero ya habían robado en mi habitación. Y, además, ¿de verdad podía fiarme de la estadística y de su fría imparcialidad? Cuando todo Ault creyera que era lesbiana, ¿qué más daría la estadística?

Quedaban quince minutos para que acabara la clase, y luego diez, ocho, cinco, cuatro, dos. En cuanto sonó el timbre, salí disparada del edificio de las clases. Llegaría tarde a biología, si es que no me la saltaba del todo, pero que le pasaran mi nombre al decano me pareció un precio muy bajo que pagar por

esconder el folleto.

Mientras corría a toda velocidad por el campus, en el exterior, cuando casi todos los demás estaban en clase, me acordé del día en que salí de historia antigua y sentí cierta ternura hacia mi yo del pasado: aquello no había sido para tanto. Por lo menos, no había sido tan complicado.

Atajé por el patio y dejé atrás los bancos de piedra vacíos donde encontré a Gates. Hacía viento y estaba nublado, y, cuando abrí la puerta de la residencia de Broussard, la manija estaba fría.

Esta es la parte en la que más pienso, en que fue en el momento justo. A veces pienso en los accidentes que les suceden a algunas personas (coches que chocan, ramas que caen, incendios nocturnos...) y me pregunto si se podrían haber evitado o si estaban marcados por el destino. Una vez está decidido que van a producirse, ¿los infortunios van a la caza a por ti, cambiando de forma, pero manteniendo inmutables sus consecuencias? Puede que ni siquiera se transformen, sino que se mantengan a la espera, aguardando tu llegada, tan pacientes como tortugas.

Little salió de nuestra habitación justo cuando me disponía a entrar. Fue como si hubiera presentido mi llegada y me estuviera abriendo la puerta, salvo que, cuando estuvo abierta, no se echó a un lado educadamente y estuvimos a punto de darnos de bruces.

Nos quedamos ahí plantadas sin decir nada tanto tiempo que me pareció que no llegaríamos a hablar. Pero ese tipo de silencio solo se da en las películas; en la vida real, es muy difícil contenerse para no echar a perder los momentos importantes con la palabra.

—Sus familias están forradas —dijo por fin—. No les hace falta el dinero.

—Pero es suyo. No tuyo.

—Ya, y también veo cómo lo despilfarran. Si no les gusta la cena, se piden una *pizza*. ¿Que esos calentadores para *cross* cuestan setenta dólares? Estupendo, aquí tienes.

—Pero robar está mal.

—¿Vas a hacer como que no lo entiendes? Jamás pasarías por una de ellos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que se nota a la legua que tú no pagas por estar aquí.

—Eso no lo sabes.

—Claro que lo sé.

—Si yo tuviera una beca —dije—, y no estoy diciendo si la tengo o no, ¿cómo podrías saberlo tú?

Se encogió de hombros y dijo:

—Tu sobrecama.

—¿Mi qué?

—La colcha. Como la llames. No es de flores.

No tenía claro cómo sabía qué cama era la mía, pero no se equivocaba. Mi colcha era reversible, roja por un lado y azul por el otro. Así que esa era una de las pistas... Había que tomar nota.

—Pero tú no estás con una beca, ¿no? —dije yo.

Se me quedó mirando.

—Claro que sí. Cuesta veinte de los grandes al año estar aquí.

—Pero... pero ¿tu padre no es médico, y tu madre, abogada?

Estuvo a punto de sonreír, pero acabó en una risita burlona.

—¿Qué? ¿Como en *La hora de Bill Cosby*?

Hundí la mirada en el suelo y me pregunté si me odiaba. Quería preguntarle «¿Pensabas que no iban a pillarte o esperabas que lo hicieran?», pero nada indicaba que fuera así.

—Mira —dijo, y levanté la vista—. Voy a dejarlo. Solo necesitaba algo de calderilla hasta las vacaciones de Navidad, ¿vale? Además, al final la cosa nos va a venir bien a las dos.

No entendía nada.

—¿Cómo me va a venir bien a mí?

—Tu compañera —dijo, pero seguí sin entender—. Se habrá largado antes de que acabe el día.

Así que esta vez, Little le había robado a Sin-Jun; la verdad es que su plan no estaba mal. Y se suponía que yo iba a ayudar. Hasta entonces lo había estado haciendo sin darme cuenta, cuando acusé a Dede pensando que había sido ella. Ahora, sin embargo, sería a sabiendas, porque sabía que no había sido Dede, pero podía fingir que tenía pruebas.

—No pensarías que te iba a quitar algo a ti, ¿no? —dijo Little.

Miré a otro lado.

—Nunca te cogería nada, petarda. —Por su voz parecía de buen humor, y quizá me habría tragado que lo estaba si no la hubiera estado mirando, porque sus ojos estaban llenos de una nostalgia y de una tristeza inenarrables.

Mientras estábamos allí de pie en el umbral, mirándonos fijamente, me sentí tan profundamente identificada con ella que estuve a punto de creer que iba a guardarle el secreto.

2

FUERA DEL COLEGIO TAMBIÉN HAY QUE SEGUIR LAS NORMAS

INVIERNO DE PRIMERO

Tras la recogida, cuando Madame Broussard terminó de pasar lista, solo nos quedamos en la sala común Dede, Amy Dennaker, que estaba en el locutorio, y yo; Amy no paraba de reír y de decir «¡Ay, cállate!».

Miré el cuaderno.

—Vale —le dije a Dede—. ¿Cuál es el modelo reproductivo del protista *Euglena*?

—Fisión binaria —dijo Dede.

—Bien. —Y repetí por dentro: «fisión binaria, fisión binaria, fisión binaria».

Me parecía asombroso que Dede, quien parecía emplear casi toda su energía en ponerse guapa y en intentar congraciarse con los que eran más populares que ella, retuviera tanta información sin ningún esfuerzo mientras que yo tenía una media de suficiente en biología. No tenía muy claro cómo había llegado a esta situación tan crítica con las notas, porque antes de venir a Ault nunca había bajado de notable alto en ninguna asignatura. O bien Ault era mucho más difícil que mi instituto o me estaba volviendo tonta... Tenía la sensación de que era por una mezcla de las dos cosas. Aunque no me estuviera atontando en sentido literal, sí era consciente, al menos, de que

había perdido el fulgor que te rodea cuando los profesores te tienen por una de las listas y responsables, ese halo que se va volviendo cada vez más brillante cuando levantas la mano en clase para dar la respuesta exacta o cuando se te acaban las hojas del cuadernillo azul del examen y tienes que pedir otro. Incluso dudaba de que en Ault me fuera a hacer falta nunca un segundo cuadernillo porque me había cambiado hasta la forma de escribir: antes tenía una letra desordenada y llena de vida, y, en cambio, ahora mi caligrafía estaba encogida y contraída.

—¿Y qué pasa con las bacterias? —dije—. ¿Cómo se denomina su modelo reproductivo?

—En el caso de las bacterias, hablamos de fisión binaria y conjugación. Puede ser...

—Chicas, ¿qué estáis haciendo? —Amy Dennaker había salido del locutorio y nos miraba con más interés de lo normal. El mes anterior, en febrero, Amy había marcado un triplete en el partido de *hockey* sobre hielo contra el St. Francis, y luego, en el tercer tiempo, se rompió la nariz. Después de eso, me parecía aún más temible—. Si estáis estudiando para mañana, ni os molestéis —dijo Amy.

Dede y yo nos miramos.

—Tenemos examen de biología —repuse.

—No, no lo tenéis. —Amy sonrió entre dientes—. Yo no os he dicho nada, pero mañana es el festivo sorpresa.

—¿Y eso qué es? —dije yo.

—Pero eso es genial. ¿Estás segura? —respondió Dede al mismo tiempo. Me volví hacia Dede.

—¿Qué es eso del festivo sorpresa? —dije.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Dede a Amy.

—No puedo revelar mis fuentes, y nunca se puede estar segura del todo. A veces, si el señor Byden sospecha que lo saben demasiados alumnos, lo cancela. Pero mira: no puede ser un miércoles, por los partidos; tampoco suele ser los lunes ni los viernes, porque sería un rollo que estuviera pegado al fin de semana; y casi siempre es antes de las vacaciones de primavera. Eso nos deja el martes y el jueves, pero han pasado el partido de baloncesto de los chicos contra el Overfield al martes que viene. El próximo jueves va a venir

no sé qué redactor de discursos del presidente para hablar a cuarta hora. Y la otra semana es justo antes de las vacaciones. No es seguro hasta que no aparece la chaqueta verde, pero, por descarte, tiene que ser mañana.

Dede asentía. Al parecer, ya había oído hablar de la chaqueta verde.

—Y aún hay más —dijo Amy—. Alex Ellison tiene que presentar un trabajo de historia mañana, pero en la cena ha dicho que aún no se había puesto.

—¿Y eso qué más da?

—Alex comparte habitación con Henry Thorpe y, como Henry es delegado de cuarto, seguro que lo sabe. Los delegados son los únicos alumnos que lo saben antes. Y está claro que Henry se lo diría a Alex.

—¿Y Henry podría contarlo? —pregunté. Dede y Amy se volvieron a mirarme, como si hasta ese momento se hubieran olvidado de mi presencia.

—No —dijo Amy—. Pero ¿y qué? —De pronto, pareció acordarse de a quién tenía delante: una pringada de primero a la que apenas conocía y su compañera de habitación, que solo era un poquito más guay que la primera. Estaba claro que no había tenido la intención de ser tan generosa ni con su tiempo ni con su información—. Haced lo que queráis —dijo—. Podéis pasar la noche estudiando si os hace felices.

Esperé a que desapareciera escaleras arriba y me dirigí a Dede:

—Bueno, ¿me lo vas a explicar o no?

Dede todavía no me caía especialmente bien, pero era la persona de la que me sentía más cerca en Ault. En diciembre, después de hablar con Madame Broussard, le dieron a Little Washington veinticuatro horas para que se marchara; cuando nos reunimos en la sala común para la recogida, se notaba que había algo diferente, un hueco nuevo. Little se había marchado (sus padres habían venido a por ella y, en un abrir y cerrar de ojos, su habitación quedó vacía) y, con ella, la incertidumbre de quién había estado robando o de cuándo volvería a pasar. Esa noche, a eso de las dos de la mañana, me dolía tanto el estómago que tuve que ir al baño, me senté en el suelo junto al retrete y me metí el dedo en la garganta. No salió nada, tuve un par de arcadas y me eché sobre la taza para examinar el retrete desde ese ángulo, con el agua en calma y la porcelana en curva. Cuando debía de llevar allí unos veinte minutos, Dede abrió la puerta de la cabina, que estaba sin el pestillo. «¿Me

puedes dejar sola?», dije, y ella respondió: «Has hecho lo correcto. No te quedaba otra opción».

Ahora, en la sala común, Dede me contó:

—El festivo sorpresa es una tradición de Ault. Una vez al año, suspenden las clases y nos dan el día libre.

Pensé en mi suficiente en biología y no tuve muy claro si merecía un día libre.

—Si en el pase de lista aparece alguien con la chaqueta verde, es que es el día —siguió diciendo Dede—. Puede que el señor Byden suba a hacer un aviso y que, al quitarse la chaqueta, lleve otra verde debajo, o que alguien salga de debajo de la mesa de los delegados con ella puesta. Algo así.

—¿Así que no hay examen?

—Supongo que no. Por lo menos, hasta el viernes.

—Entonces no hace falta seguir estudiando.

—Bueno. —Dede se mordió el labio—. Lo mejor sería hacerlo, por si acaso.

—Estoy cansada —dije.

—Si estudiamos ahora, no tendremos que hacerlo mañana.

La miré, qué responsable era. Era como estar viendo una versión de mí misma un año atrás, la versión que había convencido a mis padres para que me dejaran venir a Ault, a pesar de todos sus reparos, diciéndoles que iba a recibir una educación de primera. Ahora era otra persona, una que no se parecía a Dede. Ella podía estudiar porque abordaba su vida sin ambages. Yo, sin embargo, estaba viviendo la mía de soslayo. No actuaba como quería ni decía lo que pensaba, y estar tan reprimida y tensa todo el tiempo me tenía agotada; hiciera lo que hiciera, siempre me imaginaba haciendo algo diferente. Las notas no me importaban demasiado, pero el verdadero problema era que nada me importaba demasiado.

—Me voy a la cama —anuncié, y dejé a Dede en la sala común, con la mirada clavada en los apuntes de biología.

En el desayuno, Hunter Jergenson nos contó que había soñado con extraterrestres, Tab Kinkead le preguntó si, en lugar de un sueño, no habría sido una abducción de verdad; luego, Andrea Sheldy-Smith, la compañera de

habitación de Hunter, nos relató con todo lujo de detalles cómo había utilizado por error el cepillo de dientes de la primera, a lo que Tab repuso: «Eso es como si os hubierais enrollado, ¿no?». No dejaba de sorprenderme lo absurdos que eran los temas de los que hablaban los demás, especialmente las otras chicas, y me sorprendía en igual medida el gran interés que despertaban aquellas tonterías; aunque, tal vez, el sentido de todo estuviera precisamente en que fueran así, en la forma en que no transmitían la dolorosa sensación de que había algo en juego.

Como en la mesa nadie hizo mención al festivo sorpresa, empecé a sospechar que o bien Amy se había equivocado (la idea me había asaltado en mitad de la noche) o nos había tomado el pelo. En la capilla, mientras el señor Byden hablaba de lo importante que es la humildad, yo examinaba su expresión en busca de algo que dejara entrever que no iba a haber clases. Nada. Por norma general, me gustaba la capilla, con las desvencijadas sillas de anea, la luz tenue, los techos arqueados de una altura imposible, el sonido del órgano cuando cantábamos himnos y el muro con los nombres de los chicos de Ault que habían muerto en alguna guerra grabados en piedra. Pero aquel día mi cabeza estaba en otra parte.

En el pase de lista, se respiraba en el ambiente la expectación y una especie de euforia parlanchina. En lugar de estudiar, como solían hacer antes de los avisos y durante ellos, estaban todos hablando en las mesas y se oían risas por todas partes. Aspeth Montgomery, la chica rubia y antipática a la que Dede servía de acólito, estaba sentada sobre el regazo de Darden Pittard, que era el chico negro guay de nuestro curso. Darden era bueno en baloncesto, venía del Bronx y llevaba una cadena de oro y polos de rugby que le quedaban tirantes por los hombros que tenía anchos y musculosos (el otro chico negro del curso se llamaba Kevin Brown y no era guay; Kevin era un as del ajedrez, flacucho y con gafas, y sus padres daban clase en una Universidad de San Luis). Vi que Darden le puso boquita de piñón a Aspeth, como para besarla, y que ella le cogió la cara con el pulgar en una mejilla y el dedo índice en la otra, como para regañarlo; en ese momento, por lo que estaba viendo, tuve claro, casi sin rastro de duda, que era el festivo sorpresa. ¿Cómo no iba a ser?

Henry Thorpe tuvo que hacer sonar el timbre tres veces para que se

callaran todos y pudiera empezar el pase de lista. El primer aviso lo hizo la señora Van der Hoef, para recordar a los que iban a viajar a Grecia en junio que sus padres tenían que enviar quinientos dólares de señal. Luego, tomó la palabra un chico de tercero de nombre desconocido para decir que se había olvidado el cuaderno de matemáticas en la biblioteca y que, si alguien lo encontraba, se lo devolviera. El tercero en hablar fue el decano Fletcher, que se acercó lentamente a la tarima donde estaban Henry y Gates tras la mesa. Después de la expulsión de Little, mi interés por Gates se había extinguido casi por completo. No fue por nada que hiciera Gates sino porque, me parece, la asociaba con Little y con lo incómoda que me sentía yo por todo lo sucedido. Pronto, Gates pasó a parecerme alguien por quien una amiga, en lugar de yo misma, hubiera estado obsesionada en su día. Aún sentía un destello de interés cuando la veía, pero solo era un destello.

—Un par de cosas —dijo el decano Fletcher—. Lo primero: el desayuno termina exactamente a las ocho menos cinco. Me han informado de que algunos de ustedes se han quejado a los empleados del comedor porque algún día se quedaron dormidos y no les sirvieron tortitas. —La gente se echó a reír, el decano Fletcher le caía bien a casi todo el mundo—. Si los empleados les dicen que ya no se sirve, tienen que salir pitando hacia la capilla. ¿Entendido? Lo siguiente. La sala del correo está hecha una pocilga. Qué vergüenza para sus madres. —Cogió una caja de cartón que había en la mesa de los delegados; no me había fijado en ella—. Pieza A —dijo, y se me aceleró el pulso, pero lo que sujetó en alto no fue más que un ejemplar arrugado de *The New York Times*—. Los periódicos van a la papelería de reciclaje. —Lo siguiente que sacó fueron unas orejeras—. ¿Son de alguien? ¿No? Pues tendré que quedármelas yo. —Se las puso en la cabeza y, entonces, me quedó claro—. Oh... —dijo y nos miró a todos los que estábamos en la enorme sala, expectantes. Sonrió—. ¿Y esto qué es?

Lo único que vi antes de que la sala se desatara en gritos fue el centelleo de una tela de color verde camuflaje. Todos estallaron de alegría. Las chicas se abrazaban y los chicos se daban palmetazos en la espalda.

Yo no grité ni me abracé a nadie. De hecho, cuanto mayor era el alboroto, más me apagaba. Pero no acababa de relajarme, seguía con el cuerpo agarrotado y alerta, y, curiosamente, estuve a punto de romper a llorar. No

fue porque estuviera triste, sino porque no estaba contenta y porque, aun así, me sentía tan llevada por la emoción como el resto de mis compañeros y necesitaba dejarla salir. La sensación de estar arrebatada por un sentimiento desbordante que no tenía nada que ver con lo que sentían todos a mi alrededor también la había tenido en la presentación de un equipo, con las animadoras y todos gritando: me hacía sentir incómoda, porque no quería que nadie se diera cuenta de que no estaba saltando ni dando gritos; pero al mismo tiempo me resultaba fascinante, porque con ella el mundo parecía estar lleno de posibilidades por las que conmoverse. Volviendo la vista atrás, creo que eso era lo mejor de Ault, la sensación de que podían pasar cosas. La convivencia era muy estrecha, pero aun así había muchos secretos (estábamos en un lugar regido por el decoro y la contención y, además, éramos todos adolescentes). Luego, nos reorganizaban, nos juntaban a todos y nos volvían a reorganizar en residencias y cursos, en equipos, en cenas de gala y grupos de tutores, así que siempre era posible que parte de aquella información oculta saliera a la luz por pura casualidad. Por eso, era tan emocionante cuando la vida no seguía su curso habitual y sucedía algo: nieve, simulacros de incendio, capillas nocturnas o misas de vísperas, con el cielo negro al otro lado de las vidrieras. Según como fueran las cosas, podía revelarse algo sensacional o podías enamorarte perdidamente de alguien. De todos los lugares en los que he estado a lo largo de mi vida, Ault ha sido en el que había una mayor densidad de personas de las que enamorarse.

Gates hizo sonar el timbre para que la gente se sentara. El decano Fletcher se llevó dos dedos a la boca y silbó muy fuerte.

—Ya vale, chicos —dijo, y movió las manos en el aire para que se calmaran—. Ya basta. Escuchen. Saldrá un autobús para Boston a las diez en punto, y otro hacia el centro comercial de Westmoor a mediodía. Los que quieran ir que se apunten en mi despacho, y no necesito recordarles que fuera del colegio también hay que seguir las normas. —Eso era lo que decían siempre los profesores cuando salías del recinto.

Al terminar el pase de lista, los alumnos se agolparon en la salida, directos hacia el despacho del decano Fletcher o afuera, hacia las residencias. Yo me dirigí al sótano, a la sala del correo, y vi por la ventanita que mi buzón estaba vacío. No sabía muy bien qué hacer. Hasta aquel momento, había

concentrado toda mi energía en librarme del examen de biología y, ahora que lo había conseguido, estaba desorientada. El problema era que no tenía a nadie con quien ir a Boston o al centro comercial; seguía sin tener amigos. Sorprendentemente, no era algo que me afectara mucho en el día a día, al menos no en cuestiones prácticas. En las comidas, el comedor estaba dividido de manera extraoficial por cursos, y dentro de tu curso (lo que era asombrosamente democrático) podías sentarte en cualquier mesa donde hubiera un asiento libre. En las cenas de gala todavía era más sencillo, porque teníamos asignado el asiento. En la capilla también podías sentarte donde quisieras. Y el resto del tiempo, al ir por el pasillo de una clase a otra o al cambiarte en el vestuario antes de entrenar, podías estar sola sin llamar la atención. Bastaba con ir unos pasos por detrás de un grupo de gente o cambiarte un poco apartada del resto.

En cambio, cuando las cosas dejaban de ir tan rápido, en las partes en las que se suponía que había que divertirse, era cuando más se dejaba notar mi falta de amigos: los sábados por la noche, cuando había fiestas a las que yo no iba, o cada tarde en las visitas, cuando se suponía que debías ir a la habitación de los chicos o que ellos vinieran a la tuya. Yo pasaba esos ratos escondida. Casi todas las demás chicas dejaban la puerta de su habitación abierta de par en par durante las visitas, pero la nuestra se quedaba cerrada; a Sin-Jun no parecía importarle, y Dede iba a la habitación de Aspeth al final del pasillo.

Sin embargo, había ocasiones en las que no podía ocultar que no tenía amigos. Una vez, en una excursión a la colonia Plimoth Plantation, tuve que sentarme en el autobús con Danny Black, un externo que no paraba de sonarse la nariz por la alergia; le pregunté si podía sentarme a su lado y él me respondió con voz nasal: «Vale, pero yo me quedo en el pasillo», y se levantó para dejarme pasar. Otro sábado, los delegados de primero organizaron una fiesta de patinaje sobre hielo en la pista de *hockey*; yo fui porque aún no sabía que el que fuera de noche y el que lo llamaran «fiesta» no quería decir que fuese más fácil hablar con alguien. Las chicas se deslizaban de un lado para otro sobre el hielo en vaqueros y jerséis de lana rosas o grises, y los chicos intentaban tirarse al suelo a base de empujones. Los que no sabíamos patinar o no teníamos patines esperábamos de pie junto a las gradas, tras la barrera de

plástico. De estar allí parada, sin patinar y con el frío que hacía, se me quedaron los pies como dos témpanos de hielo. De cuando en cuando, intentaba entablar conversación con Rufina Sánchez, que había sido elegida para venir a Ault en un instituto público de San Diego y que era tan guapa que no me habría atrevido a hablar con ella si hubiera sido blanca; pero, en realidad, mi atención estaba puesta en los patinadores. Al observarlos, sentía esa mezcla bien conocida ya de tristeza y alegría. Cuando habría pasado un cuarto de hora, Rufina le dijo a María Oldego, una chica gorda de Albuquerque: «Esto es un aburrimento. Vámonos de aquí». ¿«Aburrimento»? No me lo podía creer. Después de Rufina y María, se fueron marchando los demás, hasta que las gradas quedaron vacías y me quedé sola, así que me tuve que ir también yo.

Puede que mi vida hubiera sido mucho más fácil si hubiera intentado engancharme a Dede, pero me lo impedía el orgullo. A veces iba con Sin-Jun, pero después solía sentirme deprimida y con la sensación de que, a pesar de haber hablado un montón con ella, no me había entendido del todo por la barrera del idioma. Además, Sin-Jun había empezado a juntarse con Clara O'Hallahan, una chica regordeta e insufrible de nuestra residencia.

Cuando fue apareciendo más gente por la sala del correo, decidí pasar todo el día en la residencia. Se me ocurrió que podría estudiar mientras mis compañeros se gastaban el dinero en ropa o casetes. Quizá sacara buena nota en el examen de biología, después de todo. Salí del edificio de las clases. Fuera había empezado a llover y un grupo de chicos jugaba al fútbol en la glorieta, deslizándose y rodando sobre la hierba. Al oír sus gritos, sentí la acostumbrada envidia hacia los chicos. No es que quisiera lo que ellos tenían, pero me habría gustado querer lo que ellos querían; era como si les resultara más fácil ser felices.

Al acercarme a las residencias, oí música. Me di cuenta de que sonaba la misma canción en todas, aunque venía de muchas partes y sin sincronizar. Era «Holiday», de Madonna, y la letra decía: «If we took a holiday / Took some time to celebrate / Just one day out of life / It would be / It would be so nice» (Ojalá estuviéramos de vacaciones y pudiéramos romper con la rutina). Llegué al patio y vi que en las ventanas de las residencias (pero solo en las de las chicas, no en las de los chicos) había altavoces hacia la calle, puestos en

equilibrio contra las mosquiteras, lanzando la música al aire. ¿Cómo se habrían puesto de acuerdo? Debía de ser una especie de instinto animal, igual que los elefantes de la sabana saben, generación tras generación, el lugar exacto donde encontrar agua.

También había altavoces en nuestra habitación, los de Dede; sus padres le habían enviado una minicadena cuando llevábamos dos semanas de curso. (La madre de Dede además le había hecho llegar cajas de provisiones con jerséis de cachemira y bombones franceses en forma de concha o de medallón que iban metidos en bandejitas con huecos de la misma forma; Dede nos regaló los bombones a Sin-Jun y a mí porque siempre estaba a dieta. En cuanto a las cajas de mi madre, aprendí a esperar hasta estar de vuelta en la residencia para abrirlas. Una vez me había enviado tres cajas de color rosa brillante de compresas de tamaño maxi, junto con una nota que decía, literalmente: «Estaban de oferta en Kroger. Te echo de menos. Te quiero, Mamá»). Al entrar en la habitación vi que Sin-Jun no estaba y que Dede se había puesto en modo trabajo, correteando del baño a la habitación, llenando la botella de agua, haciendo la mochila y hablando con Aspeth: a voces. Desde el umbral de la habitación gritó por el pasillo: «¿Va a ir Cross?», Aspeth dijo algo que no pude oír, Dede suspiró y gritó: «¿Por qué no?»; Aspeth no respondió. Al cabo de unos segundos, Dede dijo: «Cross ha estado raro últimamente» y, como había bajado el volumen, me pareció que esa vez estaba hablando conmigo.

—Desde que Cross sale con Sophie está amargado —añadió.

Cross Sugarman era el chico más alto y más guay de nuestro curso, un tipo blanco que jugaba mejor a baloncesto que Darden Pittard. Aunque Cross era de primero, estaba saliendo con una chica de tercero llamada Sophie; lo había leído en «Crónicas». «Crónicas» venía en *La voz de Ault*, el periódico del internado; eran comentarios jocosos y maliciosos sobre nuevas parejas, parejas rotas y gente que se había enrollado hacía poco, escritos en clave para que los profesores no se enterasen. Se escribían las iniciales y luego algún juego de palabras con los nombres. Con Cross y Sophie habían puesto: «S. T. y C. S.: Ya es SUFIciente, el amor no entiende de cursos ni de palos de *LaCROSSe*». Al parecer, el que Cross tuviera una novia no impedía que Dede estuviera colada por él, lo que me parecía predecible y lamentable a partes

iguales: estaba claro que Dede iba a obsesionarse por el chico más popular del curso. Que te gustara él era como decir que Grateful Dead era tu grupo favorito, que la capilla era aburrida o que la comida del comedor era un asco. Pero sabía que Dede no tenía ninguna posibilidad con Cross. Es verdad que era rica, pero también era judía y con esa enorme nariz y el apellido Schwartz no podía disimularlo. Se cuidaba, siempre llevaba las piernas recién depiladas y el pelo le olía bien todo el tiempo pero, sencillamente, no era lo bastante guapa.

Una vez vi a Dede y a Cross Sugarman con unos cuantos más en la sala del correo. Dede se reía a carcajadas, miraba a Cross y le tiraba del brazo con las dos manos; él me pareció tan indulgente y tan poco impresionado por Dede que me llegué a conmovir por ella.

—Si Cross pensara que Sophie le amarga, imagino que no saldría con ella —dije.

—Ha estado a punto de cortar con ella unas cinco veces —dijo Dede—. Solo sale con ella porque es de tercero.

Me eché a reír.

—Dicho así, Cross parece un petardo. —Decirlo era como una blasfemia y me hizo sentir de maravilla.

—No lo conoces tan bien como yo.

—Nunca he dicho tal cosa. La verdad es que no he hablado jamás con él.

—Justo. —Dede estaba frente al espejo que había sobre su tocador. Se puso brillo y se frotó un labio con otro sin dejar de mirar su reflejo con los ojos muy abiertos y la mirada grave—. Está atrapado en una relación tóxica —dijo—. No le gusta mucho, pero se siente en deuda con ella.

—Quizá deberías ir detrás de alguien que no tuviera novia.

—Oh, a mí no me gusta Cross. Solo somos buenos amigos. —Dede dejó de mirar al espejo—. Tú no vas a Boston, ¿verdad?

—No.

—Yo sí.

—Lo imaginaba.

—Aspeth y yo vamos de compras a Newbury Street. Luego comeremos en ese tailandés que dicen que está tan bien. ¿No te gusta la comida tailandesa?

Nunca había comido en un tailandés, y Dede seguramente lo imaginaba.

—Por ejemplo, el *pad thai* —dijo—. El que más me gusta es el *yum*. ¿Has visto mi diadema de carey?

—No.

—¿No te irás a pasar aquí todo el día, Lee? —dijo—. Deberías hacer algo divertido. El festivo sorpresa solo es una vez al año.

—No, claro que no me voy a quedar aquí —dije.

—¿Vas a ir al centro comercial?

Asentí sin pensar.

—Es bastante cutre —dijo—. ¿Recuerdas cuando fui en taxi con Aspeth? No hicimos más que perder el tiempo. Es mucho mejor ir de compras a Boston. Ah, aunque igual quieres ir al cine, ¿no?

Asentí otra vez.

—¿Qué película vas a ver?

No supe qué responder.

—En realidad —dije—, yo es que voy al centro comercial para... bueno, para que me pongan pendientes en las orejas. —En cuanto lo dije, noté que me había ruborizado. Nunca había pensado en ponerme pendientes y no tenía claro si mis padres lo aprobarían.

—¡Ay, Lee! Eso es genial. Te quedarán muy bien. Y llevarás pendientes grandes, ¿verdad? No de esos de botón.

—Imagino, sí.

—Menudo cambio, te vendrá muy bien.

Por un instante me pregunté si debería tomármelo como una ofensa, pero era evidente que Dede solo estaba intentando ser amable. Había algo ingenuo en ella... Todo lo que tenía de antipática estaba pegado a la superficie, como la corteza de la Tierra. En cuanto traspasabas esa capa, era extrañamente cándida.

Dede tenía razón, era un centro comercial bastante cutre. La luz era blanca y brillante; y el suelo, de baldosines naranjas y resplandecientes que parecían de plástico. Varios de los locales donde antes había habido tiendas estaban cerrados con persianas cromadas; tras las persianas, todo era oscuridad y vacío, salvo por unas cuantas cajas o alguna silla de oficina

solitaria. Pasé por delante de una tienda que vendía ropa de mujer de tallas grandes, por una tienda de música y luego, por una serie de restaurantes: un puesto de bocadillos, una pizzería y un restaurante con paneles luminosos de hamburguesas relucientes. No paraba de cruzarme con otros alumnos de Ault, en grupos de dos o de tres. Cuando nos dejó el autobús (no iba lleno y nadie se había sentado a mi lado), tuve la esperanza de poder mezclarme entre una multitud de desconocidos, pero el centro comercial estaba casi vacío. Me consolé pensando que seguramente los demás irían a ver alguna de las películas que empezaban en menos de media hora y que luego podría dar vueltas por ahí tranquila. Pero antes, tenía que ir a ponerme los pendientes.

En todo el centro comercial no había ni una de esas tiendas para chicas que venden pasadores para el pelo y bisutería barata. Por lo que parecía, no tenía más opción que ir al equivalente masculino: una tienda con una motocicleta en el escaparate, llamas subiendo por los paneles de atrás y un montón de ropa de cuero.

Detrás del mostrador había un tipo de treinta y muchos, con una larga coleta y una chaqueta vaquera con las mangas recortadas.

—¿Necesitas ayuda, señorita? —dijo.

—Solo estoy mirando. —Necesitaba un par de minutos, me dije. Me acerqué a un perchero con chaquetas de cuero y las toqué por los hombros. Las chaquetas eran muy suaves y desprendían un olor intenso y agrio.

—¿Necesitas ayuda? —dijo el tipo, y me volví. Pero esta vez, a quien se dirigía era a Cross Sugarman, que estaba de pie en la entrada de la tienda, echando un vistazo. Volví a girarme hacia las chaquetas y no pude reprimir una sonrisilla de satisfacción. No me importaba la presencia de Cross; lo que me puso tan contenta fue lo que su ausencia le importaba a Dede. En ese momento recordé lo afectuosa que había sido Dede cuando le conté lo de los pendientes y me pregunté si no debería sentirme mal por ser tan hostil.

Me acerqué al mostrador.

—Quiero perforarme las orejas. —Hice una pausa—. Si es tan amable.

—El agujero es gratis —dijo el hombre—. Hay pendientes desde 6,99.

Abrió una puertecilla del mostrador, sacó una bandeja forrada de terciopelo llena de pendientes y la deslizó hacia mí. Había lunas, cruces y calaveras, todas de oro y plata. Por un instante me sentí intensamente sola;

perforarse las orejas era algo que tenías que hacer con otra chica, con alguna amiga, para que te ayudara a elegir. Señalé un par de bolas plateadas, la pareja más sencilla que vi.

—Siéntate ahí. —El hombre levantó la barbilla hacia un taburete que había a este lado del mostrador. Salió de detrás y vi la pistola, un objeto anguloso y de plástico blanco bastante anodino, con una varilla plateada que saldría disparada hacia delante y me atravesaría la oreja.

—¿Alguna vez ha fallado? —pregunté. Me eché a reír y la risa sonó alta y nerviosa.

—No —dijo el hombre.

—¿Duele?

—No. —Puso la pistola sobre el lóbulo derecho.

Pensé que, si tuviera una amiga, aunque fuera Dede, le estrujaría los dedos de la mano. Sentí un pellizco y luego una quemazón.

—Ayyy —dije.

El hombre se rio entre dientes.

Tuve ganas de ponerme en pie y salir corriendo. Pero si me marchaba, solo llevaría pendiente en una oreja. Me sentí atrapada y no podía respirar. Noté la pistola tocándome el lóbulo izquierdo y los dedos del hombre en el pelo. Tiró del gatillo, me estremecí y subí los hombros de golpe.

—¡Pero qué narices! —Se dobló hacia mí, mirándome de frente, y quedamos cara a cara—. ¿Quieres que lo haga o no?

—Lo siento. —Mientras lo miraba, las facciones de su cara se me iban descolocando. Una mancha brillante, verduzca e intermitente, como cuando miras un rato a una bombilla y luego apartas la vista, le cubría la punta de la nariz y parte de una mejilla. Se me revolvió el estómago—. Ay, Dios —dije en voz baja.

Salió de mi campo visual y me volvió a poner la pistola sobre el lóbulo. La mancha verde permaneció en el aire, justo donde había estado su cara, expandiéndose cada vez más, como en un estallido. Cerré los ojos.

Después, seguía oyendo, pero ya no veía nada. Me sentía como si estuviera echada en el suelo junto a unas vías, con las ruedas del tren rechinándome al oído. El mundo entero pasó rodando a mi lado, todo lo que había sucedido alguna vez entró en barrena, y la culpa era mía.

—¿La conoces? —dijo una voz cavernosa.

—No sé cómo se llama, pero es de mi curso —respondió otra voz.

—¿Se mete algo? —dijo la voz cavernosa—. ¿Qué se ha metido? ¿Por qué no estáis en clase vosotros dos?

—Tenemos el día libre. ¿Tiene una toalla?

—La pila está al fondo.

—Si va a buscarla, me quedo con ella.

Sentí la humedad sobre la frente y luego empecé a sentir también mi propio cuerpo. Luego los vi a ellos, aunque todavía me sentía arrastrada entre el mundo verde giratorio y el mundo estático de las caras que tenía delante.

—Ya vuelve —dijo la otra voz—. Eh, hola, ¿cómo te llamas?

Parpadeé. Intenté decir «Lee», pero no me salió más que un graznido sostenido.

—Te has desmayado. —Era Cross Sugarman; él me hablaba—. ¿Eres diabética?

No podía responder.

Se giró y le dijo al hombre de la coleta, el de la voz cavernosa:

—¿Tiene un caramelo o un refresco?

—Esto no es un 7-Eleven.

—Ya, ya lo veo. —Cross me volvió a mirar—. ¿Eres diabética?

Tragué saliva.

—No.

—¿Quieres que pidamos una ambulancia?

—No.

—¿Te habías desmayado alguna vez?

—No lo sé. —Las palabras iban saliendo poco a poco. El mundo verde giratorio había desaparecido del todo. Estaba agotada.

—¿Cómo te llamas?

—Lee.

—Vas a Ault, ¿verdad?

Asentí.

—Yo también —dijo—. Me llamo Cross.

Aunque estaba como estaba, me pareció muy modesto por su parte que se presentara. Por supuesto que sabía su nombre.

Intenté sentarme (estaba echada sobre el suelo), Cross se inclinó hacia mí y me levantó por las axilas.

—Con calma —dijo, y luego se dirigió al hombre—: ¿De verdad no tiene nada de beber?

—Los restaurantes están por ahí. —El tipo sacudió la cabeza hacia la puerta de salida.

Me puse de pie y Cross se me quedó mirando fijamente a la cara.

—¿Qué día es hoy? —dijo.

—Festivo sorpresa —dije yo.

Sonrió.

—Haz así. —Se pasó el dorso de la mano por la boca. Repetí su gesto y se me quedó pegado un hilillo de saliva a los nudillos—. Vamos a buscar algo para que comas.

Fuimos lentamente hacia la puerta de la tienda.

—Espera —dije—. No he pagado.

—Yo no me molestaría. Menudo gilipollas —dijo cuando volvimos a estar bajo el brillo y el zumbido de la luz del centro comercial. Al cabo de lo que sería un minuto, me dio un codazo—. Aquí.

Entramos en el restaurante, una camarera nos llevó hasta una mesa y nos sentamos frente a frente. Tener a Cross delante en carne y hueso era desconcertante: tan alto, con la piel pálida y el pelo castaño rapado, y unos ojos azules que parecían encerrar inteligencia y aburrimiento por igual. Jamás habría imaginado que Dede y yo tuviéramos los mismos gustos, pero lo cierto era que nunca había estado sentada así de cerca de un chico tan guapo como Cross Sugarman. Y eso al mismo tiempo me resultaba apasionante y me daba vergüenza. Era como si, en un sueño, lo hubiera arrancado de su propio mundo, el mundo de los partidos de *lacrosse*, de los veleros y de las chicas de pelo largo y rubio con gafas de sol, y lo hubiera arrastrado al mío: un restaurante mugriento en un centro comercial en decadencia un día de lluvia.

—Perdona —dije—. Por lo de... bueno... no sé...

—No pasa nada.

—Pero estás siendo muy amable conmigo.

Miró a otro lado y soltó un gruñido, como refunfuñando; al instante supe que no debía haber dicho eso.

—¿Nunca te había pasado eso? —dijo cuando volvió a mirarme.

—Una vez, hace algunos años. Después de un partido de fútbol, cuando estaba en sexto.

—Mi hermana se desmaya a veces —dijo.

El que Cross tuviera una hermana me pareció fascinante. Me pregunté si a ella también le parecería tan guapo o si se sentiría afortunada de vivir bajo el mismo techo que él.

—Una vez, se desmayó en el avión cuando volvíamos de California. Las azafatas le preguntaron si quería que el piloto aterrizara, pero no quiso. Me pareció que debería haber aceptado.

—Ostras —dije. Había algo en el tono y en las expresiones de Cross, una suavidad, que me hacía dudar de cómo responder a lo que decía.

Normalmente, con solo observar al otro sabías si debías asentir, reír o fruncir el ceño en muestra de duelo. Pero sus expresiones eran tan contenidas que habría dicho que apenas prestaba atención a lo que decíamos. Solo sus ojos lo delataban; estaban atentos, pero no como imaginaba que estarían los míos: la suya era una atención distendida y espontánea.

Apareció la camarera y Cross pidió un batido de vainilla. Yo abrí la carta y me abrumó ver tanto texto. La cerré.

—Yo también tomaré un batido de vainilla —dije. Cuando se marchó la camarera, seguí hablando—: No sé si me sentará mal tomar ahora algo de leche.

Cross se encogió de hombros.

—Te sentará bien. —Su gesto tenía algo envidiable, como si pudiera hacer que la mala suerte no lo tocara tan solo con dejar de prestarle atención.

Miré a la mesa y lo volví a mirar a él.

—No hace falta que te quedes conmigo —dije—. Seguro que querías ir a ver una película. Estaré bien. No es que no te agradezca que... —Lo único que se me ocurría decir era «cuides de mí» y eso sonaba aún más penoso que «estás siendo muy amable conmigo»; así que, sin mucha convicción, opté por fin por decir—: Pero te puedes ir si quieres, de verdad.

—¿Y mi batido?

—Oh, puedo pagarlo yo. Y más después de cómo me has ayudado.

—Pero ¿y si me apetece el batido?

—Bueno, puedes quedarte si quieres. No digo que te vayas; solo pensaba que...

—Relájate —dijo, y luego añadió—: Lee.

En aquel momento, por primera vez en mi vida, supe lo que era sentirse atraído por alguien. No que me pareciera ocurrente o que me gustara estar con esa persona, ni siquiera que tuviera algo que me resultara bonito, como los hoyuelos o las manos, sino sentir una tensión física. Solo quería cerrar los ojos y tener el cuerpo de Cross pegado al mío.

—¿Eres de primero? —dijo Cross.

Asentí.

—Yo también —dijo.

Me parecía mucho mayor, un hombre... de dieciocho, veinte quizá.

—Creo que ya te había visto. ¿Vives en la residencia de MacCormick?

—No, en la de Broussard. —Yo no le pregunté en qué residencia vivía porque ya lo sabía. En el curso éramos menos de setenta y cinco y me sabía el nombre de todos, hasta de aquellos con los que nunca había hablado.

—Madame Broussard me da francés —dijo—. Es bastante dura.

—¿Conoces a Amy Dennaker?

Asintió.

—Pues verás, Amy siempre imita a Madame. Hace algo así... —Hice una pausa. Tenía que poner el acento; no tendría gracia sin el acento—. Así: «¡Hay fuagrás en mi bidé!». También se ha inventado que Madame tiene un caniche llamado Oh-la-la y empieza a decir: «Oh-la-la, si no dejas de ladrar, ¡te mandaré guillotinar!».

Miré a Cross, no parecía muy impresionado.

—Supongo que hay que verlo —dije. Pero casi no importaba que no se hubiera reído, porque había dicho algo completamente superfluo. Había contado una anécdota. Por un momento, me había sacado de encima mi personalidad apagada de Ault—. ¿De dónde eres? —pregunté.

—De la ciudad.

—¿De Boston?

—Nueva York.

—¿Y cómo has acabado en Ault? —Sin duda, algo había cambiado; por lo que parecía, yo llevaba la conversación y no me resultaba extraño. Cuando

estaba en South Bend, en clase o en casa con mi familia, había sido curiosa, indiscreta y testaruda. Había hablado tanto como cualquiera, si no más.

—Era esto u Overfield —dijo Cross—. Los profesores de aquí parecían menos estirados. En Overfield eran todos viejos con pajarita.

—Entonces, ¿siempre supiste que vendrías a un internado?

—Prácticamente.

—Imagino que en la Costa Este es así —dije—. Allí en casa es distinto.

—¿De dónde eres?

—De Indiana.

—¿En serio? ¿Eres una *hoosier*^[4]? —Puede que lo dijera de broma, pero no estaba segura—. ¿Te gusta el baloncesto?

—La verdad es que no me va mucho el deporte —dije—. No te lo tomes a mal.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, como eres tan deportista... ¿no? —Mientras lo decía, me di cuenta de que estaba poniendo al descubierto que había fingido cuando nos habíamos presentado en la tienda; yo sí sabía quién era.

—Me gusta hacer deporte —dijo lentamente.

—Eso quería decir.

—¿Y crees que por eso tengo que ser un musculitos descerebrado?

—Yo no...

—No pasa nada. —Levantó las manos con las palmas hacia mí. Eran enormes—. Creo que nos entendemos.

—No he dicho que fueras un descerebrado.

—Yo uso cubiertos —dijo—. Al menos en público.

Cada vez me latía el corazón más rápido. No soportaba ese tipo de coqueteo, cuando los chicos te tomaban el pelo dando por supuesto que no podías responderles de la misma manera, dando por sentado que ellos eran graciosos, y tú, pasiva y remilgada.

—También sé leer —dijo—. Leo el periódico.

—Enhorabuena —dije yo—. ¿Y qué tal en el baño? ¿Ya has aprendido a usar el retrete?

Nos miramos. Me había puesto roja.

—Sé que tiene su complicación —seguí diciendo—, pero hace la

convivencia mucho más agradable para todos.

Nos quedamos callados. Al cabo de un rato, dijo:

—Vaya vaya. —Y por el particular tono de su voz (la voz, tal vez, de una dicharachera abuela sureña) supe que, si se estaba riendo de mí, también se estaba riendo de sí mismo. Sus tonterías me dejaron desarmada, no era «el estilo Ault»—. Así que de Indiana... —dijo—. ¿Cómo es Indiana?

—Es muy grande, no te falta espacio. Y la gente es amable. Sé que es un tópico del Medio Oeste, pero es así.

—¿Y por qué te has ido?

Lo miré de reojo, pero solo parecía tener curiosidad, sin rastro de sarcasmo.

—No lo sé —dije yo—, pensé que mi vida sería más interesante si venía a Ault —añadí luego.

—¿Lo es?

—Supongo. Lo que está claro es que es diferente.

Desde que llegara a Ault seis meses antes, nunca me había hecho esa pregunta. En realidad, mi vida sí era más interesante que antes. Yo era menos feliz y mi vida era más interesante. Quizá no fuera el peor cambio del mundo.

—Mi vida aquí es mejor —dijo Cross—. En Nueva York iba a un instituto de chicos; era una porquería.

Reí.

—¿Te gusta ir a clase con chicas?

—Claro.

Entonces, para no dar la impresión de que quería llevarle a decir que le gustaba ir a clase conmigo, añadí:

—Estás saliendo con Sophie Thruler, ¿verdad?

—Por Dios —dijo él—. ¿Es que eres espía?

—Pero ¿a que tengo razón?

—¿Trabajas para la KGB o para el FBI? Responde.

—Para la KGB. Están muy pero que muy interesados en tu vida amorosa.

—Lo siento, la respuesta es no. Tendrás que desilusionar a tu *apparátchik*.

—¿Cómo que no? Sé que salís juntos.

—Quedamos a veces.

—¿Es amor verdadero? ¿Quieres casarte con ella?

Sacudió la cabeza.

—Estás loca —dijo, pero sabía que, por alguna razón, no le estaba molestando.

La camarera dejó los batidos sobre la mesa. Venían con cucharas largas y en vasos altos que se estrechaban hacia el fondo. Al ver lo grandes que eran, pensé que íbamos a tardar horas en beberlos; puede que tuviéramos que pasar toda la tarde en la mesa, hablando y hablando. El primer sorbo fue cremoso y dulce, y me pregunté por qué no bebía batidos normalmente.

—No voy a casarme con Sophie —dijo Cross—. Y podría decirte por qué, pero entonces tendría que matarte.

—No digo que vayas a casarte ahora —dije—, pero algún día. El reverendo Orch podría celebrar la ceremonia.

—Sophie y yo no vamos a casarnos ni en un millón de años —dijo Cross. Dejó la cuchara sobre la mesa, levantó el vaso y lo volcó hacia él; al ver cómo caía el batido en su boca, sentí esa ternura que sientes por los chicos cuando les ves hacer las cosas de una manera diferente y bonita. Cuando volvió a poner el vaso en la mesa, quedaba menos de una tercera parte (estaba claro que él no había sentido el impulso de hacer que nuestros batidos duraran todo lo posible) y tenía un bigote blanco sobre el labio. Por un instante fui presa del pánico; tener a Cross enfrente de mí con pinta de bobo era como si el orden natural se hubiera invertido. Pero, entonces, se limpió la boca. Por supuesto, no era de esas personas que se quedan con comida en la cara sin darse cuenta—. Te daré una de las razones —dijo—: Sophie fuma.

Lo primero que se me pasó por la cabeza fue «Pero eso va en contra de las normas del colegio». Me mordí la lengua.

—Además, cuando llueve no sale a la calle por el pelo. Dice que se le riza, o qué sé yo.

—¿Y si está en clase?

—Si no le queda otra, sí que sale. Pero prefiere no hacerlo. —Cross volvió a echar hacia atrás el vaso y tragó lo que quedaba de batido—. Aunque puede ser genial. ¿Sabes qué es lo que me gusta de ella? Bueno, déjalo.

—Oh, venga.

—Igual te molesta.

—Ahora sí que tienes que decírmelo.

—A casi todas las chicas os parece asqueroso.

—No me molestará.

—Le gusta chuparla.

Lo miré perpleja.

—Sabía que no tenía que decírtelo —dijo Cross.

—No. —Bajé la vista—. No pasa nada.

Por mi mente pasó como un destello la imagen de Cross sentado en el colchón de una litera y Sophie arrodillada delante de él, los dos desnudos. La imagen era demasiado adulta y demasiado ajena. Todo lo que no conocía y de lo que no formaba parte en Ault se alzó y se cernió sobre mí, como los edificios de una ciudad; sentí que me encogía, convertida en una figura diminuta y encorvada que tuviera que caminar contra el viento. Cuando volví a levantar la mirada, supe que mi capacidad para hablar con él con espontaneidad había desaparecido. ¿Quién era yo para estar charlando y bromeando con Cross Sugarman?

—Yo no... —comenzó a decir.

—No, no. Está bien. —Lo interrumpí en voz demasiado alta.

Nos quedamos mirando unos segundos más.

—¿Y tú? —dijo—. ¿Tienes novio?

Sacudí la cabeza muy rápido.

Hubo más silencio. Parecíamos estar atrapados dentro de él.

—Mira —dijo por fin—. La verdad es que quería ir al cine. Iba a ir con John y con Martin, ¿los conoces?

Asentí. También eran de primero, jugaban a baloncesto con Cross; John Brindley iba conmigo a biología.

Cross miró la hora.

—Llego un poco tarde, pero...

—Vete tranquilo —dije—. De verdad que deberías irte.

Deseaba tanto que se marchara que casi estaba desesperada. No entendía cómo la situación se había vuelto incómoda tan de repente, pero sabía que era culpa mía. Ahora que habíamos hablado y ya no era una chica anónima con la que se cruzara por los pasillos, le parecería aún más rara.

Dejó unos billetes de dólar en la mesa y se levantó. Alcé la vista para

mirarlo. «Intenta ser normal un solo minuto», me dije. «Vamos, Lee». Intenté sonreír y sentí mi cara como si fuera una calabaza pasada.

—Espero que la película esté bien.

—Nos veremos por ahí. —Levantó una mano, como para decir adiós, pero no la movió. Luego, se marchó.

Por primera vez, eché un vistazo al restaurante. No vi a más alumnos de Ault. Al quedarme sola, sentí vergüenza y alivio. Cuando volvió la camarera, pensé en pedir más comida, algo para almorzar de verdad... Lo ideal sería algo enorme y sedante, como una hamburguesa con un pan bien esponjoso y un montón de patatas fritas. Saqué la carta de detrás del servilletero y, cuando estaba eligiendo entre una hamburguesa con queso o un sándwich mixto, Cross volvió a aparecer.

—Oye —dijo—. ¿Por qué no te vienes?

—¿Cómo? —Cerré la carta.

—¿Por qué no te vienes al cine? No tienes nada que hacer, ¿no?

—Oh, no te molestes. Es decir, gracias, pero no hace falta que...

—No, no es que...

—No pasa nada —dije yo—. Casi no conozco a John y a Martin.

—Lee. —Me miró fijamente—. Solo es una película. Vamos.

Noté que tenía prisa: la película estaba a punto de empezar, si no había empezado ya.

—Estoy bien. —Hice un gesto señalando la mesa—. No me importa estar sola. —Nada más decirlo me di cuenta de que con ese eran ya demasiados reparos: la cantidad que yo necesitaba para que me convenciera de que podía ir con él, de que quería que lo acompañase, superaba a la cantidad de reparos que a él le interesaba—. Bueno, espera. Voy con vosotros.

Solo llevaba encima dos billetes de 10 dólares; en ese momento, la prisa por ir al cine era demasiado apremiante para esperar al cambio. Dejé un billete de 10 sobre la mesa, junto a sus billetes de dólar; aunque se me pasó por la cabeza cogerlos, también me pareció que podría parecer agarrada, así que nos fuimos del restaurante, conmigo dando saltos para ir al ritmo de sus zancadas. Salimos del centro comercial, estaba lloviendo, cruzamos corriendo un aparcamiento (normalmente no me gustaba correr delante de los chicos, pero sabía que no me estaba mirando) y terminamos delante de la puerta de

cristal del cine. Cross sujetó la puerta para dejarme pasar y por un momento me pregunté si me pagaría la entrada; luego, cuando no lo hizo, me pareció una tontería que se me hubiera pasado la idea por la cabeza. La película ya había empezado; entramos en la sala a oscuras, yo tras él, con la pantalla brillante y chillona sobre nosotros. Cuando avanzábamos por el pasillo, alguien susurró: «Eh, Sugarman», y Cross me tiró del brazo para meternos en esa fila.

Cuando nos sentamos, yo estaba sin aliento y noté que él también. Tenía la ropa empapada por la lluvia. La imagen de la pantalla (dos hombres de pie en una cocina mugrienta, uno de ellos con una pistola) me resultaba incomprensible e irrelevante. Nunca entraba en el cine si la película ya había empezado, porque no entendías nada y además te perdías los tráileres. Pero además aquella película, una película sobre mafiosos que jamás habría ido a ver por mi cuenta, no me interesaba lo más mínimo.

No dejé de mirar hacia delante, sintiendo cada cambio de postura y cada suspiro de Cross, y cada risa, aunque hasta su risa era contenida; al otro lado él tenía a John y a Martin, que no paraban de reírse a carcajadas. Cross olía a jabón y, como la lluvia de la que veníamos, a lo que huele la tierra en primavera. Nuestros cuerpos no llegaban a tocarse, pero a veces la ropa, sí; las mangas, las perneras del pantalón. No sabía si era una de esas cosas que solo yo notaba.

Durante toda la película, tuve esa sensación de alerta exacerbada que se parece a la incomodidad, pero sin llegar a serlo: una atención agotadora y placentera. No me enteré de la trama de la película ni del nombre de ningún personaje. Cuando terminó, se encendieron las luces y me sentí cohibida; en la oscuridad, podía ser cualquier chica, con las piernas cruzadas y media melena, pero con luz, era yo, sonrojada y nerviosa. Como había estado sentada al extremo de la fila, tuve que ir por delante de los chicos mientras recorríamos el pasillo hacia la salida. No me había levantado hasta que ellos se levantaron y, mientras avanzábamos, no me atreví a mirar atrás para ver si todavía me seguían. Puede que fuera el momento de separarme de Cross. Puede que ni siquiera nos despidiéramos, ahora que volvía a estar con sus amigos. Puede que fuera una de esas cosas que debía saber, sin más.

En el vestíbulo, me paré en la fuente para beber agua y miré hacia atrás

con disimulo. Aún seguían detrás de mí. Pasaron por delante de la fuente y se pararon a unos tres metros, como esperando. Di un trago, me incorporé y me acerqué despacio hacia ellos.

Martin estaba recreando una parte de la película en la que un hombre había estrangulado a otro; estaba haciendo la recreación con John, que sacaba la lengua y hacía como si se le salieran los ojos de las órbitas.

—Y va y dice: «¿Te acuerdas ahora? ¿Ahora te acuerdas?» —dijo Martin.

John hizo ruidos guturales, como de estertores, y los tres se partieron de risa. Yo estaba un poco apartada del grupo y hacía como que me hacía gracia.

—¿Te ha gustado, Lee? —dijo Cross.

No sabía si se refería a la película, al estrangulamiento de la película o a la recreación del estrangulamiento que acababa de hacer Martin.

—Ha estado muy bien.

—Algunas partes eran un poco fuertes, ¿no? —dijo John y, por el tono cordial, supe que mi presencia no le importaba. No nos habíamos presentado nunca y estaba claro que tampoco íbamos a hacerlo ahora.

—Aparté la vista —dije yo—. Lo del contenedor... creo que de eso no vi casi nada.

—La escena del contenedor ha sido una pasada —dijo Martin—. Deberías volver ahí dentro ahora mismo y ver el siguiente pase.

—¿Tenéis hambre, chicos? —dijo Cross—. Me apetece comer algo.

—Yo estoy que me muero —dijo Martin.

Así que volvimos a salir al aparcamiento hacia el puesto de bocadillos (había dejado de llover, aunque el cielo seguía gris y encapotado), y yo seguía con ellos. Al parecer, no les importaba que siguiera allí; no parecían preguntarse por qué no los dejaba solos ni por qué no iba con más chicas. Cada uno de ellos se pidió un bocadillo, y yo, una bolsa de *bretzels*. En la mesa, siguieron hablando de la película y repitiendo frases; Martin intentó hacerle lo del estrangulamiento a Cross, pero este se echó a reír y se sacudió a Martin de encima. Decidí que, si Martin quería probarlo conmigo, le dejaría, pero no lo hizo.

La siguiente parada fueron unos recreativos. De camino hacia allí, pensé que quizá era el momento de separarse (apenas sabía jugar a videojuegos), pero me pareció que resultaría un poco raro y forzado si, de pronto, dejaba de

andar y me despedía de ellos. Además, en los recreativos había una máquina de *pinball* y sí sabía jugar al *pinball*. Pedimos cambio, de veinticinco centavos, me planté delante de la máquina, con las luces parpadeantes y el soniquete, y la sacudía cada vez que perdía una partida.

Acababa de dar a los *flippers* para lanzar la bola hasta el fondo cuando alguien dijo a mi lado: «No está mal».

Me giré, era Cross, y al girarme oí cómo la bola bajaba rodando hasta la boca de la máquina. «Ay», dije. Nos quedamos los dos mirando el sitio por el que la bola había desaparecido.

Mientras se sumaban los puntos y sonaba la máquina, dijo él:

—Casi se te da mejor que a mí.

—¿Casi?

—No te lo tomes mal.

—Estoy segura de que soy mejor que tú. —Y sin pensar añadí—: Soy campeona del estado.

Me miró con escepticismo.

—Fui una niña prodigio —dije—. Viajé por todo el país, pero luego me harté.

—Me estás tomando el pelo, ¿no?

—Por eso estoy en Ault. Ya sabes cuánto les gusta la gente con talentos únicos.

—No te creo —dijo, pero yo sabía que sí, un poco; si no, no hubiera tenido que decir eso.

—A los nueve años, me nombraron Princesa *hoosier* del *pinball* —dije—. Mis padres se sintieron muy orgullosos.

Al mirarlo, me di cuenta de que empezaba a dibujar una sonrisa. Entonces, me dio un golpecito en la cabeza con la palma de la mano, y me despeinó un poco.

—Estás como una cabra.

—Pero te he hecho dudar —dije.

—Lo tenía claro.

—No. No es verdad. Lo sé. No estabas seguro.

Nos sonreímos. Pensé que era muy guapo y, al tiempo que lo pensaba, el instante empezó a resquebrajarse. En cuanto lo veía como Cross, como una

parte de Ault, se complicaba todo. La cosa solo iba bien cuando nos limitábamos a hablar.

Me sentí aliviada al ver aparecer a Martin.

—Chicos, ¿queréis *pizza*?

—¿Tenéis hambre? —dije—. ¿Otra vez?

Se pidieron una *pizza* extragrande y esta vez comí un poco, aunque llevaba *pepperoni*, y no había vuelto a probar el *pepperoni* desde que Dede me dijo que lo ahumaban con semen de jabalí. Cuando se estaba comiendo la cuarta porción, Martin la soltó sobre el plato de plástico y se llevó las manos al estómago.

—¿De quién fue la idea? —dijo.

—De Lee —dijo Cross.

—¡No es verdad! —Oí en mi propia voz un falso empeño, ese tono de coqueteo tan femenino.

—Ha sido una mala idea, Lee —dijo Martin—. Una idea penosa.

—¿Algo para el estómago, Marty, un antiácido? —dijo John—. ¿Alguien sabe qué hora es? —continuó diciendo, y nos volvimos todos a mirar el reloj de la pared. Eran las seis menos cinco, y el autobús de vuelta al colegio había salido a las cinco y media—. Mierda —dijo John—. Ya estoy castigado el sábado por haberme saltado la capilla dos veces esta semana.

—¿Llamamos a Fletcher? —propuso Martin.

—Podemos coger un taxi —dijo Cross—. No pasa nada. —Al oír la tranquilidad con que lo dijo, me pregunté si ya se habría dado cuenta de que habíamos perdido el autobús... si se habría dado cuenta en su momento y se limitó a dejar que sucediera.

Cross fue el encargado de llamar desde una cabina mientras los demás esperábamos. Martin seguía quejándose de lo lleno que estaba, y John no paraba de decir: «¿Cómo narices se nos ha podido pasar?». Me quedaban menos de cinco dólares, y la escuela estaba a media hora en coche, pero nadie más parecía preocuparse por el dinero, así que no dije nada.

—Nos recogerá un taxi en la puerta del cine —dijo Cross al colgar.

En el camino de vuelta, lloviznaba y el cielo estaba oscuro. Mientras esperábamos en el vestíbulo, ninguno hablamos mucho, pero no era un silencio incómodo, sino cansado. Me dio por pensar que unas chicas no

hubieran parado de hablar.

Solo había ido en taxi una vez en toda mi vida, cuando mi madre acababa de dar a luz a Tim y fui con mi hermano Joseph al hospital para reunirnos con nuestros padres y conocer a Tim. Era una tarde soleada; yo tenía diez años y Joseph, siete. Me pasé todo el viaje pensando que el conductor iba a secuestrarnos, y me veía abriendo la puerta con el coche en marcha, saltando fuera y arrastrando a Joseph conmigo de un tirón. Pero el conductor nos dejó en la puerta del hospital, donde esperaba ya mi padre para pagar.

En este taxi sabía que no nos iban a secuestrar; no solo porque fuera algo más lista que cuando tenía diez años, sino porque éramos demasiados para raptarnos a todos a la vez y porque Cross era alto y fuerte. Era un taxi de color granate. Martin se sentó delante, John dio la vuelta al coche para sentarse detrás, Cross entró por la puerta que teníamos más cerca y yo lo seguí. Me sorprendió que se sentara en el centro; en casa, todos los chicos lo llamaban el asiento de las nenas desde que íbamos a cuarto.

Los asientos eran de escay azul, y por dentro el taxi olía a humo de cigarrillo reseco y a ambientador de pino. Había un arbolito de papel colgando del retrovisor. La radio estaba encendida a bajo volumen, con una emisora de *big-band* sintonizada, y había muchas interferencias. Las escobillas del limpiaparabrisas se movían de un lado para otro y, entre pasada y pasada, todo lo que se veía al otro lado del cristal se volvía borroso.

Igual que en el cine, sentía la presencia de Cross a mi lado intensamente, pero esta vez, en lugar de ponerme nerviosa por lo que iba a hacer cuando terminara la película, estaba triste, porque sabía que el día estaba a punto de terminar. Enseguida estaríamos de vuelta en el colegio, ¿y luego qué? No me imaginaba pasando de no tener ningún amigo a ser amiga de Cross Sugarman. Era un salto demasiado grande. Además, no estaba comprobado que le cayera bien de verdad a Cross. Me había desmayado y él había sido amable conmigo. Eso era todo. No quería ser como Dede y hacer como que éramos uña y carne, y cogerle el brazo entero cuando solo me ofrecía la mano.

John se echó hacia delante y me miró por encima de Cross.

—¿Crees que biología será difícil? —preguntó.

El examen... me había olvidado completamente de él durante todo el día.

—Seguramente —dije yo—. Casi no he estudiado.

—Yo iba a estudiar anoche, pero me enteré de que era festivo sorpresa y pasé del tema.

Sonreí.

—Yo también.

—Lo del festivo sorpresa crea falsas ilusiones. —John volvió a recostarse y su voz sonó lejana—. Te hacen sentir que tienes todo el tiempo del mundo pero, antes de que te des cuenta, el día se ha terminado. Deberían darnos una semana sorpresa.

—Te aburrirías —dijo Cross.

—Qué va. Tengo un millón de cosas que hacer.

Cuando John aún no había terminado de hablar, Cross levantó el brazo izquierdo. Al principio, pensé que iba a ponerlo sobre el respaldo, por detrás de mi espalda y sentí un hormigueo impaciente en el pecho; y entonces noté que lo apoyó sobre mí. La mano me cubrió todo el hombro y sentí un ligero tirón, un tirón hacia él. Me dejé llevar. Mi cuerpo se recostó sobre el suyo: mi pierna puesta junto a la suya, mi brazo ocupando todo el hueco que nos separaba y mi cabeza justo por debajo de su clavícula. Este giro de los acontecimientos me pareció tan admirable (ahí estaba yo, bajo el brazo de Cross, con John y Martin, que podían girarse y vernos en cualquier momento) como natural. En el restaurante, unas horas antes, no paraba de pensar cuánto me gustaría estar en contacto con Cross, y ahora lo estaba; podía sentir cómo le subía y bajaba el pecho. Encajábamos bien el uno con el otro, nuestros cuerpos se ajustaban entre sí. Por entonces aún no era muy consciente de que eso no siempre pasa, de que a veces no puedes adoptar cualquier posición con el otro, que el peso no se compensa y se clavan los huesos.

Cada vez que Cross respondía a John, lo hacía siempre con absoluta tranquilidad. Una vez dijo: «Vale, bien, pero entonces ¿cuándo serían las vacaciones de primavera?». Seguían hablando de la semana de vacaciones sorpresa, como si estuvieran en una mesa del comedor, diciendo las tonterías de siempre después de comer. Decidí que me gustaba ese abismo que había entre la normalidad del tono de Cross y lo excepcional de la situación; convertía en secreto lo que estaba sucediendo entre nosotros.

Me tocó el pelo, al principio por encima, como por descuido; luego, metió

los dedos, y empezó a subir y bajar la mano. Cada vez que llegaba al principio, me acariciaba el cuello con el pulgar. Se me derritió todo el cuerpo como un líquido caliente; me sentía rendida a él y dolorosamente feliz. En la radio sonaban trompetas. Fuera, la lluvia lo suavizaba todo, el rodar de los neumáticos sobre la calzada, las luces borrosas de los coches y, al otro lado de Cross, John, que no paraba de hablar mientras yo deseaba que siguiéramos en aquel coche la noche entera y que todo fuera como en aquel instante durante todo el viaje.

Y duró, pero solo un poco. Luego, cruzamos las puertas de Ault. Cross se puso entre los dos asientos delanteros y, sin más, su brazo dejó de rodearme y sus dedos dejaron de estar entre mi pelo.

—A la izquierda —le dijo al conductor—. Pasada la capilla.

El taxi paró delante de un grupo de residencias (no de la mía, porque la de Broussard estaba al otro lado de la glorieta) y el conductor encendió la luz de cortesía. Parpadeé como si acabara de despertar. No me atreví a mirar a Cross, así que me giré y miré por la ventana, pero no se veía más que oscuridad. Si alguien pasaba al lado, sí podrían vernos dentro, pensé, y esperé que no pasara nadie. No quería que nadie se preguntara qué estaba haciendo yo metida en un taxi con Cross, John y Martin.

—Muy bien —dijo Cross, y me di cuenta de que estaba hablando conmigo. Me volví hacia él y nos quedamos mirando unos segundos. Martin y John bajaron del coche—. Nos vemos, Lee. —Cross se despidió con la cabeza.

—Pero ¿qué...? —dije yo y él se giró. Pero no supe qué más decir y, al cabo de unos segundos, volvió a darse la vuelta.

Durante mucho tiempo me pregunté si las cosas no habrían sido diferentes si hubiera sabido qué decir, la frase perfecta, como una regla: recta, rectangular y marcada; a mí no se me había ocurrido, es cierto, pero estaba ahí, en algún lugar del mundo. Cross cerró la puerta tras él, se apagó la luz interior del coche y los vi a los tres alejarse andando. Cuando el coche arrancó, oí unas risas.

Miré al conductor por el retrovisor. Hasta aquel momento no lo había mirado. Era un hombre de mediana edad, fornido, con barba de varios días y una gorra de tartán.

—¿Adónde vamos ahora? —dijo con un marcado acento de Boston—. ¿A qué edificio?

—A ese. —Señalé.

Volvió a parar el taxi y me horroricé al ver «48,80» en el taxímetro.

—Tengo que ir adentro a por dinero. Le prometo que volveré —dije.

El hombre sacudió la cabeza.

—Ya ha pagado tu novio.

—¿Mi novio?

—Pero puedes pagar otra vez si quieres. No te lo voy a impedir. —Su risa era estrepitosa.

—Gracias. —Tiré de la manija.

—¿Qué universidad es esta? —dijo el taxista.

—Es un instituto. Se llama Ault.

—¿Todo esto es para un instituto? —Silbó impresionado.

—Lo sé —dije yo—. Tenemos suerte.

Cuando entré en la habitación, Sin-Jun y Dede levantaron la vista de sus escritorios.

—Lee volvió —dijo Sin-Jun.

—Ya pensábamos que habías muerto —añadió Dede.

—Perdí el autobús del centro comercial —dije—. He tenido que coger un taxi.

—Vale, ¿y bien? —dijo Dede—. ¿Lo has hecho?

—Oh —dije yo—. Sí, sí.

Me retiré el pelo y les mostré las orejas, primero la derecha y luego la izquierda. Vinieron hacia mí y pensé que habría sido mejor coger unos pendientes más interesantes. La verdad es que no había mucho que ver.

—Ah —dijo Sin-Jun—. Muy excelente.

—Tienes la oreja izquierda un poco roja —dijo Dede—. Pero con un poco de agua oxigenada se pondrá bien.

—¿Para qué tengo que darme agua oxigenada?

—¿No te lo han explicado cuando te pusieron los pendientes?

—Me los puso un hombre —dije yo—. No fue muy amable.

—Tienes que limpiarte por la noche, para que no se infecten. Y, a la vez

que te limpias, gira el pendiente.

—¿Que gire el pendiente?

—Por Dios, Lee, ¿no te han explicado nada? Espera.

Dede se acercó a su cama, se agachó, sacó una caja de plástico transparente de debajo y volvió a donde estábamos Sin-Jun y yo con un bote marrón y varias bolas de algodón.

Me dirigí a Sin-Jun.

—¿Qué tal Boston?

—Boston es bien, pero llueve día todo.

—Sí —dije yo—. En el centro comercial también.

—Toma —dijo Dede—. Siéntate.

Me senté en su silla. Sin-Jun se sentó en el escritorio de Dede y apoyó sus pies descalzos en el respaldo de la silla. Dede se quedó de pie a mi lado y me puso un mechón de pelo detrás de la oreja izquierda. Estábamos como cuando me puse el pendiente en la tienda y pensé que podría contarles que me había desmayado. Pero no sabía si era una historia divertida o solo estafalaria; además, si mencionaba el desmayo también tendría que mencionar a Cross.

Dede abrió el tapón del agua oxigenada, puso una bola de algodón sobre la boca del bote y lo colocó bocabajo. Luego, dejó el bote sobre el escritorio y presionó la bola de algodón contra el lóbulo. Suavemente, frotó el pendiente con ella.

Decidí que no podía contarle lo de Cross. No podía contárselo porque a Dede le gustaba y porque no se lo creería ni lo entendería. Tampoco podía contárselo porque no estaba segura de qué había que creer o que entender. No me había besado ni me había declarado su amor. ¿Qué podía pedirle? Durante años me sentí así, no solo por Cross, sino también por otros chicos: si no te besaban, no había significado nada. Su interés por ti había sido tan insignificante que bien podían haber sido todo puras imaginaciones.

Recordé cómo me había sentido al estar sentada tan cerca de Cross en el taxi, con el peso de su brazo sobre mis hombros y el calor de su cuerpo a través de la ropa. Pensé que podría ser feliz solo con eso: con tener a Cross a mi lado, nada de flores, ni de poemas, ni la aprobación de los demás alumnos, ni unos padres ricos, ni buenas notas, ni una cara más bonita. Eso era lo único que necesitaba y, si lo tuviera, dejaría de estar ausente o deseando estar en

cualquier otra parte; solo con eso, todo estaría bien. Y, mientras lo pensaba, también pensé que no lo tendría, por supuesto que no. Y se me empañaron los ojos. Parpadeé y me cayeron las lágrimas por las mejillas.

«Oh, Lee», dijo Dede. «Ay, cielo». Sin-Jun se inclinó hacia mí para darme palmaditas en la espalda, y Dede añadió: «Vuelvo en dos segundos». Apartó el algodón de la oreja y me di cuenta de que creían que estaba llorando de dolor.

3

ASESINATOS

PRIMAVERA DE PRIMERO

Conocí a Conchita Maxwell en primavera, en el primer entrenamiento de *lacrosse*. La señorita Barrett nos dijo que nos pusiéramos por parejas para pasarnos la bola, y todas las demás chicas se juntaron haciéndose señas con la cabeza o diciéndose alguna cosa en voz baja. Ya era un ritual en los entrenamientos y en clase: cada vez que nos dividían por parejas, yo no tenía a nadie con quien ponerme. Al rato, el profesor o el entrenador preguntaba «¿Alguien está solo?», y un par levantábamos la mano.

—Hola —dijo una voz a mi espalda. Me volví y vi a Conchita—. ¿Nos ponemos juntas?

No supe qué decir.

—Tenéis diez minutos —gritó la señorita Barrett—. Pasaos la bola para soltaros un poco.

—Nos pondremos por ahí. —Conchita señaló una esquina del campo, a unos metros del bosque. Aunque aún no había respondido a su oferta, las dos teníamos claro que no me iba a llegar otra—. Por cierto, me llamo Conchita.

—Yo soy Lee.

—Nunca he jugado a *lacrosse* —dijo de buen humor.

Yo tampoco. De hecho, me acababa de comprar el palo hacía poco menos de una hora, en la tienda del colegio, y olía a cuero y a metal nuevo... pero

no dije nada.

Aunque nunca había hablado con Conchita, ya la conocía. En realidad, estoy segura de que todo Ault la conocía, sobre todo por su forma de vestir. Era muy delgada; tenía el pelo negro, abundante, corto y rizado; y la piel, morena. La había visto por primera vez unos meses atrás, en el comedor; llevaba zuecos morados, unas mallas con rayas horizontales moradas y rojas, una falda pantalón morada (también podrían ser unos bombachos; no lo tenía claro) y una blusa roja con un enorme cuello de volantes. El conjunto se cerraba con una boina morada que se había colocado con gracia sobre la cabeza. Cuando la vi, pensé que parecía la integrante de un grupo de teatro para niños. Para el entrenamiento de *lacrosse* había elegido un conjunto algo más discreto: camiseta de tirantes verde lima, pantalones cortos blancos y calcetines altos también verde lima que se había subido hasta la rodilla. Al parecer, le encantaban los gorros y lucía una gorra de Ault con la visera rígida; al verla, me pregunté si no intentaría encajar, en lugar de llamar la atención.

De camino, Conchita estornudó tres veces seguidas. Pensé en decirle «Jesús», pero no lo hice.

Sacó un pañuelo del bolsillo de los pantalones y se sonó la nariz haciendo mucho ruido.

—La alergia —dijo ella. Estábamos a comienzos de abril, acababa de empezar la primavera y era una tarde perfecta de cielo azul cobalto y sol radiante—. Cualquier cosa que digas me dará alergia.

No intenté decir nada.

—La hierba —dijo Conchita—, el polen, el cloro, los champiñones...

—¿Los champiñones?

—Si me comiera uno, estaría una semana entera con sarpullido.

—Qué asco —dije, y el tono no fue realmente hostil, pero sí algo despectivo.

Nos pusimos a unos diez metros del resto. Conchita metió la bola, una esfera blanca de goma semejante al huevo de alguna criatura exótica, en la redcilla del palo y la lanzó hacia delante. La bola acabó en la hierba, unos pasos a mi izquierda.

—No digas que no te lo avisé —dijo.

Cogí la bola y se la lancé; acabó aún más lejos que la suya.

—Supongo que eres fan de Dylan —dijo Conchita.

—¿Cómo?

—Por la camiseta.

Miré hacia abajo. Llevaba puesta una vieja camiseta de color azul claro de mi padre, con las palabras «The Times They Are A-Changin'» escritas sobre el pecho en color blanco. No tenía ni idea de dónde la había sacado, pero me la ponía para salir a correr y, cuando vine a Ault, la traje conmigo; era muy suave y guardó el olor a casa durante semanas.

—Sabes que es una de sus canciones más famosas, ¿verdad? —me preguntó Conchita.

—Sí —dije yo—, claro.

En Ault había muchas cosas que no sabía. Casi todas tenían que ver con el dinero (qué era una debutante o cómo se pronunciaba Greenwich, Connecticut) o con el sexo (que el francés y el griego no siempre eran idiomas), pero a veces eran cosas más generales, como de ropa, comida o geografía. Una vez en el desayuno, estaban todos hablando de un hotel del que nunca había oído hablar y alguien dijo: «Está en la esquina de la 47 con Lex»; a mí no solo no me decían nada las calles, sino que pasé un buen rato sin saber muy bien de qué ciudad estaban hablando. Desde septiembre, lo que sí había aprendido era a disimular lo que no sabía. Confiaba en que mi ignorancia pasara por falta de interés.

—Seguro que has oído la canción alguna vez —dijo Conchita, y empezó a cantar—: «Come gather round people wherever you roam, and admit that the waters around you have grown and...». No sé cómo sigue... no sé qué, no sé cuántos... «... if your time to you is worth saving». —Para mi sorpresa, tenía una voz preciosa, alta, clara y sin complejos.

—Sí que me suena —dije. No me sonaba de nada.

—Qué pena en lo que se ha convertido Dylan. En los sesenta, su mensaje tenía mucha fuerza —dijo Conchita—. No solo era música para enrollarse.

«¿Qué tiene de malo la música para enrollarse?», me pregunté.

—Tengo casi todos sus discos —dijo Conchita—. Si quieres, puedes pasarte por mi habitación para oírlos.

—Oh —dije yo. Y, como no quería ni aceptar ni rechazar su invitación,

grité: «¡Ahí va!», y le lancé la bola. Fue a parar muy lejos de donde estaba ella—. Lo siento.

Eché a correr a por la bola y la lanzó de vuelta.

—Seguramente no vayamos a jugar fuera de casa. Dicen que, si el equipo es lo bastante grande, la señorita Barrett deja quedarse en casa a las que no juegan bien. No es por ofender, claro.

—Yo no había oído nada.

—Igual solo me hago ilusiones. Pero ese tiempo me vendría muy bien para hacer cosas.

«¿Para hacer el qué?», me pregunté. Sabía que Conchita no tenía novio (de los setenta y cinco que éramos en la promoción, solo habían salido con alguien doce y siempre quedaban entre ellos) y tampoco pensaba que tuviera muchas amigas. Solo recordaba haberla visto una vez con alguien, Martha Porter, una chica pelirroja que venía conmigo a latín. Como nos sentábamos al lado, en el último examen me fijé en que el profesor le había escrito: «¡Saluto, Martha! ¡Como siempre, muy buen trabajo!». Yo saqué un suficiente bajo y venía con una nota que decía: «Lee, estoy preocupado. Hablamos al terminar la clase».

—El *lacrosse* lo inventaron los indios hurones —dijo Conchita—. ¿Lo sabías?

—Sí.

—¿En serio? ¿Ya lo sabías?

La mentirijilla se me había escapado sin pensar, pero, cuando estaba bajo presión, me resultaba difícil mentir de forma deliberada.

—No, la verdad es que no.

—Se juega desde el siglo xv. Una se pregunta cómo ha acabado siendo el deporte favorito de los colegios privados de la Costa Este. Eres de Indiana, ¿verdad?

¿Por qué sabía de dónde era yo? Es cierto que yo sabía que ella era de Texas, pero solo porque, además de los anuarios viejos, también solía estudiar la guía docente del centro, donde al final aparecían los nombres completos y las ciudades de origen de todo el mundo: «Aspeth Meriweather Montgomery, Greenwich, Connecticut», «Cross Algeron Sugarman, Nueva York, Nueva York», «Conchita Rosalinda Maxwell, Fort Worth, Texas». O

en mi caso: «Lee Fiora, South Bend, Indiana». Entre otras cosas, yo no tenía segundo nombre.

—Seguro que en Indiana nadie juega a *lacrosse* —dijo Conchita—. Pero aquí hay gente que lleva jugando desde primero de primaria —dijo, señalando con la cabeza hacia nuestras compañeras de equipo.

—La Costa Este es diferente. —Intenté sonar neutra.

—Eso es quedarse corta. —Conchita se echó a reír—. Al llegar aquí pensé que había aterrizado en otro planeta. Una noche, sirvieron comida mexicana para cenar y me emocioné, hasta que vi la salsa, una especie de, no sé..., ketchup con cebolla.

Yo también recordaba bien aquella noche, pero no por el sabor de la comida, sino porque aquella misma salsa se me cayó por la camisa y me tuve que pasar toda la cena con una mancha roja justo a la altura de la clavícula.

—Mi madre es mexicana —dijo Conchita—. Me mima mucho con la comida.

Eso sí que era interesante.

—¿Tu padre también es mexicano? —le pregunté.

—No, es estadounidense. Se conocieron en el trabajo, cuando mi madre ya había venido al país. Tengo dos hermanastras, pero son bastante mayores. Son, en fin, adultas.

Por primera vez, atrapé la bola en la red.

—Eh, no está mal —dijo Conchita—. ¿Te gusta estar aquí?

—Sí, ¡claro!

—¿Y qué es lo que te gusta?

—¿Qué pregunta es esa? —dije yo—. ¿Es que a ti no te gusta?

Fui desagradable, pero Conchita ni se inmutó.

—Ummm... —Puso la punta del palo sobre la hierba y se apoyó como si fuera un bastón—. No sé si estamos siendo sinceras. Tenía la impresión de que no eras como los demás, pero igual me equivocaba. —No parecía enfadada en absoluto; en todo caso, un poco triste. Era mucho más lista de lo que había pensado.

—No nos conocemos de nada —dije yo—. No sé cómo podrías tener ninguna impresión de mí.

—Vamos, Lee. No irás a hacer como si aquí nadie pensara nada sobre los

demás, ¿no?

El comentario me dejó de piedra. Por supuesto que pensaba cosas sobre los demás, pero Conchita era la primera persona que parecía pensar cosas sobre mí. Además, a pesar de mi insaciable deseo de obtener información sobre los demás alumnos, jamás les habría revelado lo que sabía sobre ellos; era lo bastante lista para saber, por ejemplo, que, si en la cena le decía a un chico con el que nunca había hablado: «Oye, tu hermana también estuvo en Ault, ¿verdad? Se llamaba Alice, ¿no? Se graduó en 1983», solo conseguiría aterrorizarlo. Pero a mí la investigación de Conchita no me hacía sentir miedo, sino curiosidad.

—Vale —dije yo—. ¿Y qué piensas tú sobre mí?

En ese momento, se podría haber metido conmigo como yo me estaba metiendo con ella, pero no lo hizo.

—Me cuesta mucho creer que te guste estar aquí —dijo—. Eso lo primero. —Volvió a levantar el palo en el aire y lanzó la bola hacia delante; fue a parar a medio camino entre las dos—. Siempre vas por ahí mirando al suelo. Y, en la capilla, no haces más que estudiar, sin hablar con nadie.

De pronto, cambié de humor. No fui a buscar la bola, sino que me quedé allí parada, con el extremo del palo apoyado en la cadera derecha (luego aprendí que no era la forma de agarrarlo, ni siquiera del lado por donde se agarraba), con la mirada perdida en el logotipo del fabricante que había pintado sobre el aluminio.

—Pareces reflexiva —dijo Conchita—. Y me parece bastante dudoso que alguien así se sienta realmente cómodo en este colegio.

Cuando otra persona ve cómo soy, me resulta extrañamente triste. Sospecho que el patetismo de esos momentos reside en su rareza, en que son completamente distintos al resto de encuentros cotidianos. Te recuerdan que la vida puede ser de otra manera, que no tienes que pasar por ella sin que te conozcan, aunque seguramente terminará siendo así... Y esa última parte es casi insoportable.

—Igual nos parecemos —dijo Conchita.

Levanté la vista. No sabía si quería dar ese gran paso.

—Supongo que siempre he pensado que podríamos ser amigas —dijo Conchita—. Tengo esa sensación, sin más, ¿sabes? Pero si me equivoco,

puedes decírmelo.

Pensé en el día en el que llevaba puesta la boina y en su tela lanosa de color morado claro. Si yo me había fijado, seguro que también se habían fijado otros. Entonces pensé que mi vida en Ault era una sucesión de interacciones y de rehuidas de interacciones en la que fingía que no me importaba estar siempre sola. No podía seguir mucho tiempo así, desde luego, no tres años más. Solo llevaba siete meses en Ault y mi soledad ya me resultaba agotadora físicamente.

Pero entonces sonó el silbato, la señorita Barrett nos estaba llamando y, con todo el jaleo, no pude responder a Conchita.

Al día siguiente, Gates estuvo sola en el pase de lista hasta que, casi al final, apareció Henry Thorpe y subió a la tarima. Gates se echó a un lado para que Henry pudiera ponerse delante de la mesa. Aunque todavía no había abierto la boca, la gente se empezó a reír: era como si se estuviera imitando a sí mismo. Muchas veces, en el pase de lista la gente hacía bromas en lugar de anunciar algo y, si los de cuarto tenían algún examen importante, se dedicaban a perder el tiempo haciendo el tonto o con avisos de broma; una vez, subieron uno a uno casi veinte alumnos de la clase de los mayores para desearle feliz cumpleaños al decano Fletcher.

—Bien, supongo que eso es todo por hoy —dijo Henry—. Ahora, voy a tocar el timbre.

Con gestos exagerados, casi a cámara lenta, se acercó hacia el lado izquierdo de la mesa, donde estaba el botón de la campana pero, antes de llegar a pulsarlo, emergió una figura de la chimenea que había casi al comienzo de la sala. Llevaba una túnica negra con capucha y una enorme pistola de agua con la que apuntó directamente a Henry, trazando un arco de agua por encima de todos los que había sentados entre la chimenea y la tarima. El agua le dio a Henry cerca del corazón y le empapó la camisa.

—¡Ah! —gritó—. ¡Me han dado! ¡Me han dado! ¡Me han eliminado! — Se llevó la mano al pecho y fue dando tumbos por la tarima.

Miré a Gates, que sonreía detrás de Henry, como una hermana mayor indulgente. Henry dio un paso al frente y acabó desplomándose con la cara sobre la mesa y los brazos inertes por delante.

La gente se puso a gritar fuera de control. No tanto los que estaban conmigo en las primeras filas, que eran de primero y casi todos parecían tan desorientados como yo, pero cuanto más al fondo estaban sentados, con más fuerza gritaban y aplaudían. La persona de la túnica se quitó la capucha (era Adam Rabinovitz, de cuarto) y levantó el puño en alto. Dijo, o al menos me sonó así: «La victoria es mía».

Sabía tres cosas sobre Adam Rabinovitz y las tres me parecían fascinantes, aunque no despertaban mi interés por hablar con él. La primera era una historia que, al parecer, había sucedido dos años antes de llegar yo a Ault. En el pase de lista, mucha gente avisaba de que había perdido un cuaderno o algo de ropa («El lunes por la tarde me dejé un forro polar verde en la biblioteca»). Una mañana, cuando Adam estaba en segundo, subió a la tarima y anunció con un tono de voz completamente anodino que «Ayer por la noche, Jimmy Galloway perdió la virginidad en el ala de música; si la encuentra alguien, que haga el favor de devolvérsela»; luego, se bajó de la tarima ante la mirada perdida del señor Byden y los cuchicheos entre perplejos y divertidos de los demás alumnos. Jimmy compartía habitación con Adam y era guapo y rubio; aunque el dato no estaba incluido en la historia, me preguntaba quién habría sido la chica.

Lo segundo que sabía de Adam también estaba relacionado en cierta manera con el sexo. En otoño, había habido una exposición de figuras de escayola en el ala de dibujo, un proyecto conjunto de dos chicas de cuarto que llevaban pañuelos transparentes en el cuello y pendientes de aro plateados, que casi siempre iban vestidas de negro y que seguramente fumaban ya o empezarían a hacerlo nada más poner un pie en la universidad. Se tomaban su arte muy en serio y seguramente por eso les habían permitido exponer distintas partes del cuerpo en escayola, entre ellas, un pecho y un pene; el pecho no se supo nunca de quién era, pero, después de mucha especulación, en el colegio se impuso la teoría de que el pene pertenecía a Adam Rabinovitz. La tercera cosa que sabía sobre él, y que hacía más fascinantes todavía las dos anteriores, era que, al parecer, tenía la mejor media de su promoción. En todo caso, iba a ir a Yale.

En la tarima, Henry resucitó y Adam se puso a su lado.

—Vale, escuchad —dijo Adam—. El asesino vuelve a empezar y este año

vamos a hacerlo de la siguiente manera: si sois alumnos, damos por sentado que queréis jugar, así que, si no queréis, tachad vuestro nombre de la lista que hay en la sala del correo antes de mediodía. Si son profesores, damos por sentado que no quieren jugar. —En este punto, el decano Fletcher dejó oír su inconfundible grito de alegría y se oyeron risas—. ¿Eso significa que se apunta, señor Fletchy? —dijo Adam—. Muy bien, si pilláis a Fletchy recordad que el juego le vuelve loco.

La gente rio aún más y Adam siguió adelante.

—Repararé las reglas, para los novatos y las novatas. El objetivo del juego es asesinar a todos vuestros compañeros. —Volvieron las risas, risas que hoy hacen que parezca que el día y el juego sucedieron hace mucho más tiempo del que ha pasado en realidad; aunque en aquel momento hubo profesores y alumnos que se mostraron en contra del asesino, se les consideró una minoría de aguafiestas.

—Matar es bastante fácil —dijo Adam—. El juego empieza mañana a la una de la tarde. A eso de las doce, encontraréis en vuestro buzón una hoja de papel con un nombre y unas cuantas pegatinas naranjas. El nombre es el de vuestra víctima, que no sabrá que lo es. Para asesinarlo, tenéis que pegarle una pegatina sin que nadie se dé cuenta. Si hay un testigo, tendréis que esperar veinticuatro horas para intentarlo de nuevo. Cuando vuestro objetivo haya muerto, os quedáis con el suyo y con sus pegatinas. Y no olvidéis que alguien estará yendo también a por vosotros. ¿Alguna pregunta?

—¿Cuántas veces hay que chupar para llegar al palo de una piruleta? —gritó una chica.

—Depende de tu lengua —dijo Adam—. ¿No se os ocurre nada mejor?

—¿Cuál es el sentido de la vida? —gritó otro.

El señor Byden, que estaba de pie junto a Gates, tocó en el hombro a Henry, que se echó hacia delante y le susurró algo a Adam al oído.

Adam asintió.

—Me dicen los de arriba que debemos ir terminando. Bien, en resumen, tened los ojos bien abiertos y no confiéis en nadie. Si tenéis alguna pregunta, hablad conmigo, con Galloway o con Thorpe. —Bajó de la plataforma y Henry, tras él.

—Deberías haberles dicho que el ganador se lleva el título de gran

maestro asesino. —Le oí decir a Henry cuando pasaron por delante de mi pupitre. El siguiente aviso ya había empezado, pero yo seguía observándolos a ellos dos.

—O que te la chupen —dijo Adam—. Lo que prefieran. —Rieron disimuladamente y yo sonreí, como si la broma también hubiera sido para mí.

Mientras los escuchaba, no pensaba mucho en el juego del asesino. Lo que sentí al oír el aviso (en ese momento no lo habría sabido expresar y, si alguien lo hubiera sugerido, no lo habría tomado en serio) era que quería ser Adam Rabinovitz. Por entonces, la curiosidad que sentía por algunos chicos me resultaba desconcertante, porque no era algo romántico, pero tampoco sabía qué otra cosa podía ser. Ahora sí lo sé: quería hacerle perder el tiempo a la gente con mis bromas, tomarle el pelo al decano delante de todo el colegio y llamarle con un apodo. Lo que quería era ser un chico de instituto engreído y seguro de cuál era mi lugar en el mundo.

Cuando salía del gimnasio después de entrenar, oí que me llamaba Conchita. En las últimas veinticuatro horas, no había dejado de pensar abochornada en lo arrogante que había sido con ella. La esperé y, cuando llegó a mi lado, echamos a andar juntas por el sendero adoquinado que llevaba a la glorieta.

—Qué duro ha sido hoy.

Me había dado cuenta de que Conchita era una de las que se quedaban rezagadas mientras dábamos vueltas hasta el hangar de remo; cuando casi todas empezábamos ya a volver, de espaldas al río, todavía iba ella hacia allí, caminaba en lugar de correr y respiraba por un inhalador. Durante una fracción de segundo se me ocurrió parar, pero Clara O'Hallahan estaba ya con ella.

—Cuando estaba en el río pensé en unirme al equipo de remo —dijo Conchita—. ¿Has visto a los timoneles? No hacen nada más que ir sentados gritando órdenes.

—Pero he oído que los remeros te tiran al agua cuando ganan una regata. Imagínate acabar en el río Raymond. Tendrías un hijo con dos cabezas.

Conchita se rio.

—No voy a tener ningún hijo, a no ser que sea por immaculada

concepción. Es que soy virgen —añadió, como si no la hubiera entendido.

Tuve que dominarme para no girarme y quedarme mirándola. ¿Quién iba por ahí aireando su virginidad?

—Oye, ¿quieres que vayamos a mi habitación para escuchar a Bob Dylan? —preguntó.

Habíamos llegado al final del sendero y nuestros caminos se separaban: su residencia quedaba en el lado oeste de la glorieta, y la mía, en el este.

—¿Ahora? —dije yo. Una cosa era salir del gimnasio con Conchita porque íbamos en la misma dirección y otra muy distinta acompañarla a su residencia, ir al sitio que fuera con ella.

—No pasa nada si no puedes.

—No, no. Supongo que puedo —dije—. Pero solo un ratito.

—¿Con quién estás en la habitación? —pregunté mientras subíamos por las escaleras hacia la habitación de Conchita.

—Tengo una individual.

—Creía que eras de primero. —Nunca se asignaban habitaciones individuales a los de primero; además, tampoco las quería nadie.

—Y lo soy —dijo ella—. Pero tengo insomnio, así que hicieron una excepción. Paso noches enteras sin pegar ojo.

—Qué horror. —Nunca había conocido a nadie de mi edad con insomnio.

—Echo alguna cabezadita cuando puedo.

Al entrar en su habitación, lo primero que pensé fue que quien la había decorado había intentado hacer una habitación para una adolescente sin haber tenido nunca a ninguna delante. Tenía algo que resultaba turbador, como si fuera obra de un decorador profesional, como si fuera el plató de un programa de televisión, con las cortinas rosas de volantes (normalmente, en las habitaciones había estores), el tapete azul claro sobre la moqueta de color neutro, el póster enmarcado con una foto de la torre Eiffel y el espejo en forma de corazón dentro de un marco en forma de corazón de mimbre blanco. Había una mesa baja de plástico blanco con una enorme fuente llena de caramelos y un jarrón con flores de plástico azules y rosas, y pufs blancos a cada lado. (En cierto modo me impresionó toda aquella blancura, porque en casa mi madre nunca compraba nada blanco, ni muebles, ni sábanas, ni ropa. Cada año, hasta que cumplí los doce, le pedía unos zapatos blancos de charol

para Pascua y, cada año, mi madre se negaba diciendo que «se manchan tan rápido que te marearías al verlo»). El nombre de Conchita estaba sobre la cama en letras de neón color rosa, como escritas a mano; ver el neón encendido en una habitación vacía y a plena luz del día me resultó desolador. Sobre la cómoda había una minicadena que, por extraño que parezca, también era rosa. Pero lo más destacable de la habitación, aún más que la decoración, era su tamaño. Estaba claro que no era una individual. Era una habitación doble con una sola cama.

—Siéntate donde quieras —dijo, y me senté en uno de los pufs—. ¿Tienes hambre? Tengo cosas de comer.

—No, estoy bien.

Como si no me hubiera oído, se puso de puntillas y cogió algo que tenía en el armario. Lo sacó y vi que era una enorme cesta con bolsas sin abrir de patatas fritas, pipas, nueces de macadamia, galletas con pepitas de chocolate, galletas saladas en forma de animales y varios sobres de cacao en polvo. También las bolsas parecían ordenadas por un decorador y, de repente, tuve la sensación de estar en una fiesta de pijamas a la que había faltado todo el mundo menos yo.

—Solo quiero un par de caramelos —dije, señalando hacia la mesa—. Pero gracias por bajar eso.

Mientras volvía a guardar la cesta, me eché hacia delante para coger un caramelo. Vi que los envoltorios estaban cubiertos por una fina capa de polvo.

—Tengo que hacer una cosa —dijo Conchita—. ¿Puedes guardar un secreto?

Aquello me volvió a animar.

—Claro.

Apartó la colcha de la cama y sacó un teléfono.

—No sabía que en las habitaciones hubiera tomas —dije, aunque no me pareció un secreto de los importantes. Prefería los que eran sobre alguien en concreto.

—Lo hemos hecho instalar. El decano Fletcher y la señora Parnasset han dado el visto bueno, pero se supone que no se lo puedo decir a nadie. Mi madre los convenció de que lo necesitaba por si tenía un ataque de asma en

mitad de la noche.

—Pero si tuvieras un ataque de asma, no podrías hablar por teléfono.

—Podría llamar a emergencias. —Conchita hizo una pausa—. La verdad es que mi madre es un poco sobreprotectora. Cuando llegué, intentaba llamarme al teléfono público, pero siempre estaba ocupado o no lo cogía nadie y no podía dejar ningún mensaje. Bueno, pondré la música enseguida. Solo tengo que llamarla un momento.

Marcó el número y poco después dijo en español: «Hola, mamá». Aunque yo iba a clase de español, no entendí nada más de lo que dijeron, salvo lo que podría ser mi nombre (aunque tampoco estaba muy segura). Pensé en cuánto debía de haber costado decorar la habitación así; tenía que ser algo cultural: aunque su familia no tuviera mucho dinero estaban dispuestos a gastar todo lo que tenían en cosas llamativas y tangibles. Hacía poco había leído un artículo sobre las fiestas «quinceañeras» y pensé que seguramente Conchita también tendría la suya al cumplir los quince. Puede que hasta me invitaran y, como es algo tan fascinante y sucedería lejos de Ault, yo no me la perdería. Les podría pedir a mis padres un billete de avión como regalo de cumpleaños y de Navidad juntos.

—¿Hablas con tu madre todos los días? —le pregunté a Conchita cuando colgó.

—Sí, al menos una vez. Lo pasa muy mal desde que me marché.

Yo solo hablaba con mi madre los domingos, cuando los minutos eran más baratos, y hablábamos poco tiempo, porque siempre que llamaba tenía que hacer la comida o acostar a mis hermanos. A veces, después de colgar (aunque hubiera otras chicas esperando, y eso solía ser lo habitual), me quedaba un rato en la cabina sin hacer nada. Pensaba en que mis padres no habían querido que viniera a un internado, en cómo habían llorado mis hermanos el día que me marché y en lo rápido que parecían haberse acostumbrado todos a mi ausencia. Sabía que me echaban de menos, pero parecía que, en el tiempo que había pasado, el que no estuviera yo en casa les resultaba menos extraño que a mí.

Conchita se acercó a la minicadena.

—Te lo había prometido —dijo—. Señoras y señores, es un placer presentar al señor Bob Dylan.

Cuando empezó a sonar la guitarra, Conchita giró el control de volumen hacia la derecha. Se escuchó una voz suave y profunda cantando «Lay, lady, lay». No era como había imaginado, era más suave y más nasal. Y lo más sorprendente es que sí sonaba a música para enrollarse, o para acostarse con alguien: Dylan cantaba acerca de un hombre que tenía la ropa sucia pero las manos limpias, y decía que lo mejor que había visto nunca era una mujer que había tumbada sobre una cama.

—Me gusta —dije.

Conchita bajó el volumen.

—¿Qué?

—Que me gusta.

—Ah. A mí también. —Volvió a subirlo.

«Why wait any longer for the world to begin? Why wait any longer for the one you love, when he's standing in front of you?», cantaba Dylan (por qué seguir esperando al mundo, por qué esperar a la persona que amas cuando ya la tienes delante).

Al otro lado de la ventana, la luz estaba pasando del amarillo brillante de la tarde al tono más mortecino del anochecer. Era la hora en la que más triste me sentía, cuando más convencida estaba de que mi vida debería ser de otra forma, y aquella música me hacía sentirlo aún más; de pronto, tuve el deseo de estar dentro de la canción, tumbada sobre unas sábanas blancas con un hombre tímido y con la ropa sucia viniendo hacia mí. «Podría amar a un hombre como ese», pensé; él llevaría puesta una camisa de franela y yo lo traería hacia mí, abrazándolo con fuerza entre mis brazos y sintiendo el calor de su piel a través de la tela.

Entonces, terminó la canción. No quería levantar la vista y tener que mirar a Conchita; ni siquiera me apetecía estar en la misma habitación que ella.

—Esta también es buena —dijo—. Se llama «Subterranean homesick blues».

Me las prometí al oír la palabra *homesick*, la nostalgia del hogar, pero era una canción sesuda —parecía de política—, cuando lo que a mí me apetecía escuchar era otra canción de añoranza. Conchita puso algunas canciones más, cambiando de CD y saltando a veces de una canción a otra sin que llegara al

final. Cuando terminamos, la que me parecía mejor seguía siendo «Lay, lady, lay».

—Si quieres, te dejo el CD —dijo Conchita cuando me marchaba.

—No hace falta.

—Me gustaría, si tú quieres.

—Es que no tengo dónde ponerlo —dije yo.

—¿Y tus compañeras? Estás en la habitación con Dede y Sin-Jun, ¿verdad?

Había hecho una buena investigación.

—Dede tiene minicadena —dije yo—, pero no nos llevamos muy bien.

Ya tenía puesta la mano en el pomo cuando dijo:

—¿Quieres que vayamos a cenar a la ciudad? Hoy en el comedor hay fletán; solo si te apetece, si no tienes nada que hacer.

Si la cena no era de gala, podías salir del colegio, pero yo nunca lo había hecho. Solo había estado una vez en la ciudad, un fin de semana en que le pedí prestada la bici a Sin-Jun y fui al supermercado a comprar pasta de dientes y unas galletas saladas.

—Podríamos ir a por una *pizza* o a cenar en el chino —propuso Conchita.

No había estado en ninguno de los dos sitios. De alguna forma, cuanto más tiempo pasaba sin ir, más tenía la sensación de que no podía ir sin una invitación de por medio. Era como si aquellos lugares pertenecieran ya a otra gente, a los de tercero y cuarto, a los alumnos ricos o a los alumnos con amigos, por ejemplo. Pero allí, en aquel momento, me estaban invitando. Tenía la impresión de que le caía bien a Conchita. Era amable. Si aceptaba su oferta, podría hacer las mismas cosas que los demás.

—Vamos a por una *pizza* —dije—. Voy a por una bici, nos encontramos aquí.

—Espera.

Me di la vuelta.

—Yo no tengo bici —dijo ella.

—Yo tampoco. Me la deja Sin-Jun.

Tardó en responder.

—Bueno, en realidad lo que pasa es que no sé montar en bici.

La miré perpleja.

—He ido andando alguna vez —dijo—. No se tarda mucho.

Salimos de su residencia, cruzamos las puertas del campus y nos metimos por la carretera de dos carriles.

—¿Nunca has aprendido a montar en bici? —le pregunté. Esperaba que no se diera cuenta de lo asombrada que estaba. Nunca había conocido a nadie mayor de cinco años que no supiera montar en bici.

—No fue por ningún motivo en especial, si es eso lo que preguntas.

—Pero, cuando eras pequeña, ¿no iban en bici los demás niños del barrio?

—No iba mucho con los demás niños.

Me acordé de mi barrio y de las pandillas de niños de entre ocho y doce años que corrían en bici por todas partes. Yo también lo había hecho. Íbamos hasta el parque y luego volvíamos, justo antes de que anocheciera; cuando se encendían las farolas y se hacía fuerte el cántico de las cigarras, volvíamos a todo pedal a casa, sudorosos, con las caras con churretones de mugre.

—¿Te gustaría aprender? —le pregunté.

—No he pensado mucho en eso.

Nos quedamos calladas.

—Si quieres, puedo enseñarte. O intentarlo, al menos —dije al rato.

Tardó en responder y yo noté que se ponía contenta, pero sin atreverse a mostrar su emoción. No le podía ver la cara, porque íbamos caminando una al lado de la otra, pero sospeché que estaba sonriendo.

—¿No crees que ya es tarde para que aprenda? —preguntó.

—Claro que no. Es una de esas cosas que en cuanto sabes hacer no puedes ni imaginar que en algún momento no fuera así. Nos bastarán un par de días. —Se me ocurrió que seguramente Conchita no querría que la viera nadie—. Podríamos practicar en el camino que hay detrás de la enfermería —dije—. Estaría bien hacerlo por la mañana, antes de la capilla.

Mi primera víctima del asesino fue Devin Billinger, un chico de mi curso que por entonces me era indiferente. En mi buzón encontré una nota a mi nombre con el suyo escrito a máquina y, sujeta con un clip, una hojita con pegatinas redondas de color naranja. Todos los que había conmigo en la sala del correo estaban mirando también sus nombres y hablando entre ellos en

voz alta. Acababa de empezar la sexta hora y al salir de allí me dirigí directamente al refectorio para comer. Para mi sorpresa, justo al lado de las escaleras que subían del sótano a la planta baja, me topé de frente con Devin. Él también iba solo. Nos miramos sin saludarnos y se metió por las escaleras.

Aún llevaba en la mano la nota con el nombre y las pegatinas. Despegué una pegatina con el dedo índice y el pulgar y la dejé puesta en la punta del dedo. Al momento, me empezaron a temblar las manos. Me metí por las escaleras. Lo llamé:

—Devin.

Se detuvo unos escalones más arriba y miró hacia atrás.

—¿Sí?

Sin decir nada, recorrí el espacio que nos separaba. Cuando estábamos en el mismo escalón, extendí la mano y le puse la pegatina en el brazo izquierdo.

—Estás muerto —dije, y me mordí el labio para evitar sonreír.

Se miró el brazo como si le hubiera escupido encima.

—¿Pero qué narices haces?

—El asesino —dije yo—. Eres mi víctima.

—Si todavía no ha empezado.

—Sí que ha empezado. —Le enseñé la muñeca para que pudiera ver mi reloj: la una y diez.

—Esto es una mierda. —Sonaba más que enfadado; seguramente estuviera furioso, aunque no lo conocía lo bastante bien para estar segura. Se me quedó mirando y se dio la vuelta, como para seguir subiendo las escaleras.

—Espera —dije yo—. Tienes que darme tu objetivo.

—No tengo por qué hacerlo.

Nos miramos y me eché a reír. En teoría, debería haberme puesto nerviosa por estar tocándole las narices a Devin Billinger. Era uno de los «minibanqueros», un grupo de seis o siete chicos de la promoción. Casi todos eran de Nueva York y casi todos sus padres tenían trabajos relacionados con inversiones, Bolsa y otros asuntos de dinero que no entendía (técnicamente, no era obligatorio que los «minibanqueros» fueran de Nueva York ni que tuvieran padres banqueros... solo que lo parecieran). Pero en realidad, ver a Devin enfadado daba más risa que miedo: me recordaba a un niño de seis

años enfurruñado.

—¿No irás a hacer trampas? —pregunté.

—No seas tan quisquillosa. Solo es un juego.

—Y yo sigo las reglas.

Devin me miró fijamente y sacudió la cabeza. Se metió la mano en el bolsillo, sacó unos trocitos de papel arrugados y me los tiró encima.

—Toma. ¿Ya estás contenta?

—La verdad es que sí —dije—. Muchas gracias.

A la mañana siguiente había quedado con Conchita para su primera clase de bicicleta. El cielo estaba cubierto de nubes grises y tronaba a lo lejos. Pensé que tal vez Conchita no aparecería; parecía de esas personas que cambian de planes ante la simple amenaza de mal tiempo. Sin embargo, nada más entrar por el camino de detrás de la enfermería, la vi esperando con un chubasquero transparente de color fucsia y un sombrero a juego, un sueste como el de los pescadores, aunque me costaba imaginar a ningún pescador vestido de rosa transparente.

Iba montada en la bici de Sin-Jun, poco a poco fui frenando hasta quedar parada a su lado y me bajé.

—Lo primero que harás será aprender a subir —dije.

Pasó una pierna al otro lado y se quedó a horcajadas sobre el tubo, con los pies plantados en el suelo.

—Ahora, siéntate —dije.

Se sentó con cuidado hacia atrás.

—Pon los pies en los pedales.

—¿Me sujetas?

—Claro. —Estaba sujetando la bici por el portaequipajes, y pasé una mano al tubo, y la otra, a la parte de atrás del asiento—. ¿Así se mueve menos?

Levantó el pie derecho y lo apoyó sobre el pedal; a continuación, levantó el izquierdo. Como los pedales tenían estribos, Conchita no encontraba la abertura y le dio una patada al pedal, que se puso a girar.

—Perdón —dijo.

—Inténtalo otra vez.

A la segunda, consiguió meter el pie.

—Muy bien —dije—. Ahora, empuja hacia abajo. Para hacerlo... no sé, creo que tienes que hacer fuerza con los muslos.

Empujó. El pedal derecho bajó y subió el izquierdo; luego, no pasó nada más.

—Tienes que seguir haciendo lo mismo —dije—. Así es como avanza la bici. —Empezó a pedalear de nuevo. Sus movimientos aún eran torpes, pero fluidos, y empezó a moverse. Corrí a su lado.

—Tengo la sensación de que voy echada hacia un lado —dijo.

—Es que es así. Cuanto más rápido vayas, más suave será la marcha.

—La bici es de Sin-Jun, ¿verdad? —preguntó—. Debes de llevarte mejor con ella que con Dede, porque a Dede no querías pedirle la minicadena.

—Sin-Jun es bastante maja —dije—. Dede no está mal del todo, pero es más estirada.

—El problema que tiene Dede es que le gustaría ser Aspeth Montgomery.

La observación había dado en el blanco. Pero también sonaba raro... Conchita hablaba como si conociera a Dede, pero yo sospechaba que jamás habían conversado.

—¿Crees que Dede y Aspeth se pondrán en la misma habitación el año que viene? —preguntó Conchita. Aunque las solicitudes no se tenían que presentar hasta finales de mayo, el reparto de habitaciones se había convertido en un tema de conversación muy popular desde las vacaciones de primavera.

—Lo dudo. —Sabía que nada le gustaría más en el mundo a Dede que eso, pero seguro que Aspeth se echaría para atrás en el último momento.

—No sé quién querría compartir habitación con Aspeth —dijo Conchita—. Es muy antipática.

—¿La conoces?

—Oh, la conozco de siempre.

Me parecía imposible. Aspeth vivía en mi residencia, no en la de Conchita, y no iban a ninguna clase ni estaban en ningún equipo juntas; además, Aspeth iba siempre rodeada por un enjambre de chicas como Dede que la aislaban, literalmente, del resto de Ault. Pensé en el pelo largo y claro de Aspeth, en su ropa (ahora, en primavera, camisas abotonadas en tonos

pastel, faldas de color caqui y alpargatas blancas o azul marino), en sus piernas delgadas y bronceadas y en las pecas que le cubrían la nariz (siempre parecía que acabara de pasar la tarde jugando al tenis bajo el sol). Y entonces miré a Conchita montada en bici a mi lado, con el impermeable de color rosa brillante, el gorro y el pelo de escarola.

—No sabía que fuerais amigas.

—La conozco desde que nací. Nuestros padres trabajaban juntos. Hemos ido juntas a clase desde la guardería.

—Creía que Aspeth era de Connecticut.

—Se mudaron hace un par de años. Antes vivían en Texas.

—¿Y soléis quedar?

Conchita se volvió a mirarme, con una expresión irónica.

—Sí, todo el rato. ¿No nos has visto? Lee, ¿cuándo vas a dejar de hacerte la tonta conmigo? Aspeth y yo éramos amigas de pequeñas, pero dejamos de hablarnos en quinto de primaria, porque se volvió demasiado guay. —El tono de Conchita era imparcial, sin resentimiento. Creo que había aceptado que era una marginada, quizá incluso antes de venir a Ault, mientras que yo mantenía la esperanza de que las circunstancias cambiasen y me convirtiese en una celebridad.

—¿Y qué hay de Sin-Jun? —preguntó Conchita—. ¿Os pondréis juntas?

—Puede ser.

Estaba convencida de que Sin-Jun querría mudarse con la cotorra regordeta de Clara O'Hallahan. Seguro que no les importaría que nos pusiéramos en una triple, que siempre era algo mejor que una individual, aunque tampoco mucho. De la misma forma que Dede quedaría consagrada como persona popular si compartía la habitación con Aspeth, compartirla con Sin-Jun y con Clara significaría, al menos para mí, quedar encasillada en el grupo de las chicas modositas, aburridas e irrelevantes.

Habíamos dejado la enfermería atrás hacía mucho.

—Vamos a volver —dije—. Daremos vueltas.

El miércoles, después de asesinar a Devin, maté a Sage Christensen (una chica de segundo que estaba en el equipo de *lacrosse*) y, en la cena, a Allie Wray, de cuarto. Las dos gritaron sorprendidas cuando les pegué la pegatina,

pero no pareció que les importara demasiado. «No se me dan bien estos juegos», dijo Allie de buen humor cuando me pasó las pegatinas y su objetivo.

Yo, sin embargo, parecía tener talento para el asesino y me pregunté (cómo no hacerlo) si tendría alguna posibilidad de ganar el juego. ¿Y si los sorprendía a todos? ¿Y si los chicos (sin duda, los chicos eran los más entregados al juego) estaban tan preocupados por matarse entre ellos que se olvidaban de mí y daba esquinazo a su radar? Las cualidades de las que solía lamentarme (mi invisibilidad y la atención que prestaba a los demás) me estaban sirviendo ahora de mucho. Quizá me acabaran llevando a una victoria tan inevitable como inesperada, como cuando jugaba a los corazones con mi familia y, muy de vez en cuando, hacía un pleno de dama.

Aun cuando no ganase el asesino, me gustaba el suspense que creaba en el comedor y en el edificio de las clases. Había gente que te decía quién era su objetivo y otra que no dejaba caer ni una pista (era como con las notas). Por lo que se decía, unos alumnos de segundo habían hecho una tabla enorme, una especie de árbol genealógico intrincado que conectaba en espirales a todos los jugadores. Por supuesto, era imposible que algo así estuviera siempre al día, porque el estado de los jugadores cambiaba a cada hora. También había oído que la señora Velle, de secretaría, les había dado el horario de otros alumnos a Mundy Keffler y Albert Shuman, de cuarto, pero después no había querido hacer lo mismo con nadie más. Mientras estaba esperando para el desayuno, Richie Secrest, otro de primero, me contó que casi la mitad de los alumnos habían muerto en las primeras veinticuatro horas. No me sorprendió: Dede y Sin-Jun estaban muertas ya la primera tarde.

—Si oigo una palabra más sobre este puñetero juego, te juro que me pondré a gritar. —Oí que le decía Aspeth a Cross Sugarman cuando estaba tostando mi *bagel*.

—Claro, porque ya te han eliminado —dijo Cross—. No seas aguafiestas.

Estaba muy cerca de Cross y clavé la mirada en el suelo con timidez; después de haber estado fuera con Conchita, me sentía sudada y hecha un asco.

—No —dijo Aspeth—. Es porque es una bobada. Y porque ya hay

suficientes casos perdidos en el colegio.

—Claro claro —dijo Cross—. Te creo.

Los tenía a un metro más o menos, luego sus *bagels* estuvieron listos y desaparecieron. Así que Cross seguía jugando, me dije, y entonces se me ocurrió la idea: si yo también me mantenía viva, el juego me acabaría llevando hasta él en algún momento. O a él hasta mí, lo que me parecía aún mejor. Me imaginé a Cross con un papelito con mi nombre, recorriendo el colegio en mi búsqueda, estirando la mano y pegándome una pegatina. Al pensar en aquella posibilidad, en la esperanza que suponía, me puse triste, pero también ansiosa. Por primera vez desde hacía casi un mes, desde que fuéramos juntos en el taxi, tendríamos que hablar. Si eso pasaba, no podría ignorarme.

Cuando más clara resulta la vida es cuando está guiada por propósitos superiores y, de camino a la capilla, sentí que tenía una misión. Tenía que asesinar a McGrath Mills, un alumno de tercero de Dallas que me había pasado Allie Wray. Decían que McGrath era bueno en *lacrosse* y pensé que quizá fuera más difícil acabar con un deportista...: era más probable que estuviera atento al juego.

La noche anterior, había decidido que lo mejor sería hacerlo después de la capilla, aprovechando un momento de confusión. Así pues, me marché del desayuno pronto sin esperar a Conchita, y me busqué un sitio en la capilla, casi al fondo. Normalmente me sentaba por delante, pero sabía que la parte de atrás era el territorio de los más perezosos de tercero y de cuarto, que aprovechaban esa hora para terminar las tareas. A medida que los sitios se iban llenando, yo estaba muy atenta por si veía aparecer a McGrath. A las 07:58, se sentó dos filas por delante de mí. Mientras el señor Coker, un profesor de química, nos explicaba cómo había trabajado la paciencia de niño observando a su padre cuando iban juntos de pesca a Wisconsin, no dejé de mirar ni por un instante la nuca de McGrath.

Aunque podías marcharte de la capilla después del himno, yo solía esperar a que terminara la última canción. Aquella mañana, sin embargo, antes de que sonaran las últimas notas de «Jerusalén», ya estaba siguiendo a McGrath hacia la salida. Se había formado un atasco en las puertas (por eso solía esperar) y todos se empujaban entre bromas. Parker Farrell, uno de

cuarto, dijo: «Oye, Dooley, ¡cúbrete la espalda!», y otro gritó: «¡Eh, deja en paz a mi asesino!».

A McGrath y a mí nos separaban dos personas, así que me colé entre ellas. Llevaba la mano derecha metida en el bolsillo y me puse una pegatina naranja en el dedo. Cuando llegamos al umbral de la capilla, McGrath estaba a solo unos centímetros; tener el tejido de su polo rojo tan pegado era como cuando tienes a alguien tan cerca que le ves los poros de la cara.

Saqué la mano del bolsillo y le puse la pegatina en la parte baja de la espalda, pero todavía no había separado la mano cuando Max Cobey, un alumno de tercero que tenía a la izquierda, dijo:

—Lo he visto, señorita de primero como te llames. La has cagado. Eh, Mills, mírate la espalda.

McGrath miró a Max, y Max me señaló a mí.

—Acaba de intentar asesinarte —dijo Max.

McGrath se dio la vuelta. Yo tenía la mirada clavada en el suelo y estaba completamente roja; miré hacia arriba sin levantar la cabeza y vi que sonreía con ironía.

—¿Tú? —dijo.

La masa siguió avanzando y, sin darnos cuenta, nos había arrastrado con ella hasta acabar fuera, a las puertas de la capilla.

—La has cagado —volvió a decir Max en alto y señaló hacia abajo, donde estaba yo; era bastante más alto. Pero no parecía hostil como Devin; más bien estaba entusiasmado. Se pusieron alrededor de nosotros algunos chicos de tercero, amigos de Max o de McGrath.

—¿Cómo te llamas? —dijo McGrath. Tenía acento sureño, un suave gangueo, y se pegó la pegatina naranja que llevaba en la camiseta en la yema del dedo corazón.

—Me llamo Lee.

—¿Has intentado asesinarme ahí dentro, Lee?

Miré de reojo a los demás chicos y luego volví a mirar a McGrath.

—Algo así —dije, y se echaron a reír.

—Escucha, voy a decirte una cosa —dijo McGrath—. No pasa nada por intentarlo, pero conseguirlo sería un error, ¿lo pillas?

—Díselo —dijo otro chico.

—Lo resumiré. —McGrath tenía en alto la mano derecha, la de la pegatina—. Intentar, bien —dijo, y levantó la mano izquierda—. Conseguir, mal. —Sacudió la cabeza—. Muy muy mal.

—A ver si se me queda.

—Vaya vaya —dijo Max—. Es respondona.

Ya empezaba a perder la cabeza por él y por McGrath.

—Muy bien, Lee —dijo McGrath mientras se alejaba—. Te estaré vigilando.

—Y yo —dijo uno de los otros e hizo como si estuviera mirando por unos prismáticos. Y luego, me sonrió antes de volver con sus amigos («Simon Thomworth Allard, Hanover, Nuevo Hampshire»: por la tarde, en la residencia, me leí la guía del colegio hasta que averigüé quién era).

Esa misma noche, cuando salí del refectorio después de cenar con la bici de Sin-Jun al lado para volver a practicar con Conchita, me di cuenta de que me estaba siguiendo Edmundo Saldana, un chico de segundo con quien jamás había hablado.

—¿Quieres asesinarme? —le pregunté.

Frunció el ceño y me miró inexpresivo.

Se me aceleró el pulso.

—Si lo intentas, me pondré a gritar —dije—. Se darán todos la vuelta. — Señalé hacia delante. Estaba faroleando un poco, seguramente no me echaría a gritar porque resultaría demasiado melodramático. Aunque igual sí, porque quería seguir jugando a toda costa.

—Menuda estupidez de juego —masculló Edmundo. Habló entre dientes, pero yo estaba muy atenta—. A mí esto ni me va ni me viene, ¿sabes?

—Así que querías matarme, ¿eh? —No podía creer que hubiese acertado, porque, en cuanto me puse a hablar con él, me di cuenta de que también podía estar yendo hacia la biblioteca.

—Todo esto me da igual —farfulló—. Si quieres seguir viva, no te mato. No entiendo por qué os hace tanta gracia.

Casi ni me miraba a la cara y me pregunté si no sería una táctica: iba a hacer como que le daba igual mientras se acercaba y, en ese momento, atacaría. Pero, entonces, recordé las demás veces que lo había visto.

Edmundo era de Fénix y tenía una beca (estaba casi segura); él y su compañero de habitación (un chico de Boston, blanco, rico y lleno de granos llamado Philip Ivers) se pasaban todo el día jugando al *backgammon* en su cuarto, y me daba la sensación de que Edmundo debía de ser siempre tan tímido y evasivo como ahora. Definitivamente, era una persona aún más tensa que yo.

—Si no te importa, ¿me podrías dejar viva? —dije—. ¿Te das la vuelta, o te quedas aquí y me marcho yo?

—Lo que quieras —dijo Edmundo—. Vete tú si quieres.

Cuando le conté a Conchita lo que me acababa de pasar, dijo:

—¿Eres el objetivo de Edmundo? ¿Edmundo Saldana?

—Sí, ¿por qué?

Se había montado en la bici y pedaleaba mientras yo la sostenía. Estaba haciendo muchos progresos, aunque solo habíamos dado una lección.

—No, por nada —dijo—. Estoy en la UME con él, nada más.

UME eran las siglas de la Unión de Minorías Escolares. Yo no sabía casi nada del grupo, salvo que se reunían los domingos por la noche.

—No será que te gusta, ¿no? —pregunté.

—¿Edmundo? ¿Estás de broma?

—Te has puesto nerviosa cuando lo he nombrado.

—No tengo ningún interés en que me guste nadie —dijo Conchita—. ¿Para qué sirve?

No podía responder a esa pregunta. ¿Para qué servía ser humano? ¿Para qué servía respirar?

—No me digas que a ti te gusta alguien —dijo. Giró la cabeza para mirarme y, sin darse cuenta, movió también el manillar. La bicicleta giró bruscamente hacia la izquierda, pero rápidamente la volvió a enderezar—. ¿Quién es? —preguntó—. No diré nada, te lo prometo.

—No se lo voy a decir a alguien a quien le parece una tontería.

No le había hablado a nadie de Cross. Ni siquiera había dicho su nombre en voz alta desde el festivo sorpresa. Pero había pensado tanto en él que a veces me resultaba extraño verlo, ver al Cross real, al Cross que iba de acá para allá, al Cross que hablaba con sus amigos. ¿Era ese en quien no dejaba yo de pensar?

En parte, no había hablado sobre él para conservar la magia, pero, por otro lado, tampoco había aparecido nadie dispuesto a escuchar.

—No se lo puedes contar a nadie —dije—. Te lo digo muy en serio.

—Pensaba que ya sabías que puedes confiar en mí —dijo Conchita, y sonó dolida.

—Es Cross —dije yo—. Era el día del festivo sorpresa...

—¿Cross? ¿Te gusta Cross?

—Conchita, ¿quieres que te lo cuente o no?

—Perdona.

—Bueno, era el día del festivo sorpresa —continué—, y acabamos en un... ¿Qué pasa porque me guste Cross? ¿Acaso lo conoces? —Me recordé a alguien, pero tardé un par de segundos en darme cuenta de que ese alguien era Dede.

—Vamos juntos a matemáticas —dijo Conchita—. No está mal, pero imaginaba que te gustaría más alguien como... no sé, como Ian Schulman, por ejemplo.

—Ni siquiera sé quién es.

—Va a segundo y se le da bien dibujar. Hace cómics y cosas así. Lleva unas Converse negras.

—¿No será que te gusta a ti?

—No tengo tiempo —dijo Conchita—. Sobre todo, ahora que Edmundo y yo estamos perdidamente enamorados.

Me tuve que echar a reír.

—Bien, sigue contando —dijo—. Era el día del festivo sorpresa... ¿Cómo sigue?

Le conté todo (lo del centro comercial, lo del taxi, lo de Cross acariciándome el pelo).

—¿Te dio un beso? —me preguntó al terminar.

—John y Martin lo habrían visto —dije; y sonó como si las circunstancias hubieran impedido que nos besáramos y pensé que quizá por eso nos gusta contar las cosas a otras personas: porque, al hacerlo, se amplía el mundo de las posibilidades.

—Un momento —dijo Conchita—. Cross tiene novia.

—No la engañó —dije yo mientras dábamos la vuelta (había perdido la

cuenta de todas las veces que habíamos subido y bajado por el camino) para que pudiese mirarme sin miedo a caerse—. De verdad que no —dije—. Besar a otra es engañar. Ir con alguien en un taxi, no.

—¿Pensarías lo mismo si fueras Sophie Thruler?

Había terminado de girar la bici y mirábamos otra vez hacia el norte.

—Venga, vamos —le dije—. ¡Dale a los pedales!

Verdaderamente, no solía pensar en Sophie. Era guapa, iba a tercero y salía con Cross, era cierto, pero a ella nunca le gustaría tanto como a mí. Si rompían, seguro que empezaría a quedar con otro en menos de una semana. No obstante, la verdad es que no quería que rompieran: si Cross no salía con nadie, sería un peligro cualquier mirada, cualquier chica que se sentara cerca de él en la capilla o cualquier risa en una conversación. Mientras estuviera fuera de mi alcance, también estaría fuera del alcance del resto de la población femenina.

—Qué más da Sophie —le dije a Conchita—. Lo que me importa ahora es que Cross sea mi asesino, o yo el suyo.

—Pensaba que no podías elegir quién te tocaba.

—Es verdad, pero el juego se hace exponencialmente más pequeño cada vez. —Por un momento se me ocurrió que podría estar utilizando mal la palabra «exponencial», pero delante de Conchita daba igual; ella no te juzgaba—. Cuanta más gente mate, más oportunidades tendré de que me toque.

—Eso suponiendo que no lo maten a él.

—Creo que tiene cuidado. Pero, dime, ¿no te impresiona cómo utilizo el asesino para mis propios fines? Soy maquiavélica. —En otoño, todos los de primero tuvimos que leer *El príncipe*.

—El señor Brewster estaría orgulloso de ti —dijo Conchita—. ¿Y si al final te casas con Cross? Igual te dan puntos extra.

La miré, estaba sonriendo. Las dos estábamos sudando y me di cuenta de que me había rendido a Conchita. Éramos amigas. Ella debió de tener la misma sensación, porque me dijo:

—Me gustaría preguntarte algo.

Sabía lo que iba a venir ahora, pero me hice la despistada.

—¿El qué?

—Estaba pensando que podríamos compartir habitación el año que viene.

Podía imaginarlo. De hecho, ya lo había hecho: nuestra habitación tendría cortinas rosas de volantes, me tendría que comer todas aquellas chucherías y escucharíamos a Bob Dylan para estudiar. Podía imaginar cosas peores, pero me inquietaba un poco. A eso había que sumar también lo que teníamos en común: las dos éramos unas pringadas con beca. Y a mí me daba miedo lo influenciable que era yo. Nos veía a las dos quedándonos en la residencia el sábado por la noche, poniéndonos el pijama temprano, pidiendo comida china y lanzándonos globos de agua... haciendo el imbécil, en resumidas cuentas, y yo no tenía muy claro si quería hacer el imbécil. Quería salir con chicos, estar compungida, tener problemas y hacer cosas malas, aunque solo fuera un poco.

—Caramba —dije—. No se me había ocurrido. Antes de decirte algo, tengo que aclarar un par de cosas.

—¿Con Sin-Jun?

Asentí.

—¿Y qué hay de Martha Porter? —dije yo—. ¿No sois buenas amigas?

—Martha es genial. Pero Elizabeth, su compañera de habitación, tenía bulimia y no ha vuelto después de Navidad. Martha me ha dicho que se ha acostumbrado a estar sola en la habitación y que seguramente se pedirá una individual para el año que viene.

Así que no era la única que tenía sentimientos contradictorios ante la idea de compartir habitación con Conchita. No me sorprendió.

—Tú dímelo cuando lo sepas —dijo Conchita—. Aún queda mucho para entregar los formularios. Ah, y otra cosa. Mi madre va a venir a Boston este fin de semana, me gustaría que comieras con nosotras el sábado, si te apetece. También he invitado a Martha.

Parecía extraño, pero nunca había estado en Boston, aunque estaba a menos de una hora. Solo había pasado con el autobús, camino del aeropuerto. Ahora, cuando fuera a casa y me preguntaran si me gustaba la ciudad, por fin podría responder.

—Le he hablado mucho a mi madre de ti —dijo Conchita y sin darme cuenta me pregunté por qué le caía tan bien, especialmente cuando no le caía bien a nadie más. ¿Me la había ganado sin darme cuenta, casi sin querer?

¿Sería todo por mi falta de interés? ¿Sería de verdad la explicación así de sencilla y de evidente?

—Intentaré no decepcionarla —dije.

Estaba pasando el rato en la habitación, esperando a la recogida. Sin-Jun había salido y Dede estaba echando una cabezada (seguramente tuviera pensado quedarse a estudiar hasta tarde). Al pasar por delante del espejo de su tocador, vi fugazmente mi reflejo y me sobrevino la sensación de que esa no era la imagen de alguien que pudiera ganar un juego de todo el colegio. No es que supiera cómo sería esa persona; lo que tenía claro es que no sería como yo. Tenía el pelo castaño y ondulado, los labios finos y las cejas pobladas (no tan gruesas como las de un hombre, pero demasiado para una chica), y sabía que tenía una mirada bastante penetrante. «¿Por qué me miras así?», decía mi madre cuando iba conduciendo, o «¿Qué pasa?, ¿tengo algo entre los dientes?», en la mesa de la cocina. A veces me daba cuenta de que estaba mirando fijamente a alguien, como examinándolo, pero no podía evitarlo. Si estábamos cerca, ¿dónde se supone que debía mirar? Aún quedaría más raro si apartaba la vista, me decía.

Me acerqué al espejo de Dede y me miré la piel, en busca de imperfecciones. Acababa de girar la cabeza para examinarme el lado izquierdo de la mandíbula cuando dijo ella con la voz apagada:

—¿Qué haces?

—Nada.

—Si no termino latín —dijo—, me va a dar algo.

—Estás dormida, Dede —le dije—. Sigue durmiendo.

En la recogida, Sin-Jun y yo nos pusimos a comer masa cruda para galletas en la zona de cocina. Para cuando Madame Broussard terminó de pasar lista y todas habían hablado, solo nos quedaba una tercera parte de la bolsa y yo empezaba a sentirme mal. Amy Dennaker se acercó al frigorífico, cogió un refresco sin azúcar y dijo sin mirarme:

—A McGrath le hizo mucha gracia que intentaras matarlo hoy en la capilla. Es un creído. —Había algo extraño en el tono de Amy. Era desenfadado, casi amistoso—. ¿Sabías que su habitación está justo debajo de la de Alexis y Heidi? —añadió y su voz dejaba entrever un destello de

felicidad que no dejaba lugar a dudas: le gustaba McGrath.

Le pasé la masa para galletas a Sin-Jun.

—Creo que no como más —dijo un poco a la defensiva.

Amy nos observaba.

—¿Quieres tú? —Le ofrecí el paquete, aunque era de Sin-Jun.

Amy cogió un poco de masa con los dedos y me dio por pensar que quizá no se lavaba las manos después de ir al baño.

—Estoy contigo —dijo Amy—. En lo de matar a McGrath, me refiero.

Así tendría algo para meterse con él, me dije. Podía entenderlo, entendía los tejemanejes, la necesidad de buscarse una excusa.

—El problema es que ahora sus amigos lo protegen como si fueran sus guardaespaldas —le dije.

—Cierto. —Amy asintió.

—Puedes subir por ventana, cuando duerme —propuso Sin-Jun—. De noche, no guardaespaldas.

Me reí, pero Amy y yo nos miramos.

—Eso iría contra las reglas de las visitas —dije—. Acabaría en la Junta Disciplinaria.

—Pero no te hace falta ir de verdad... —empezó a decir, y entonces lo vi claro.

—Oh, ¿dices que meta en su habitación algún tipo de amenaza?, ¿que descuelgue algo?

—Exacto, para ponerlo nervioso.

—Sé algo —dijo Sin-Jun radiante—. ¡Usamos caña de pesca!

—¿Y de dónde narices vamos a sacar una caña de pescar? —Amy sonó desdeñosa, pero entonces recordé que era ella quien se había acercado a hablar con nosotras.

—Hay en sótano —dijo Sin-Jun—. He visto en almacén.

—Sé a lo que te refieres —dije yo—. Al fondo, junto a esa taquilla de metal. —El sótano unía bajo tierra varias residencias, y se rumoreaba que algunos lo utilizaban para hacer visitas nocturnas no autorizadas a personas del sexo contrario—. Pero no podemos bajar ahí después de la recogida.

—Preguntamos a Madame —sugirió Sin-Jun.

—¿Que le preguntemos? —dijo Amy.

—No pasa nada por intentarlo —dije.

Madame Broussard nos abrió la puerta nada más llamar. Amy y Sin-Jun se quedaron calladas, así que comprendí que estaba al mando.

—Hola —dije—. Queríamos preguntarle algo. Igual parece raro, pero ¿le suena el asesino? ¿Y McGrath Mills? Es mi víctima y quiero asustarlo. Solo de broma, claro. Sé que ya son más de las diez, pero habíamos pensado que...

—Tenemos que bajar al sótano a por una caña de pescar —dijo Amy—. Serán solo un par de minutos. ¿Podemos?

—¿Y para qué necesitan una caña? —preguntó Madame. No parecía tan sorprendida por la visita como había pensado.

—Queremos descolgar algo en la habitación de McGrath, una nota o algo así —dije yo—. Vive debajo de Heidi y Alexis. Pero no haremos ruido y tampoco tardaremos mucho.

—Pero si hace eso —empezó a decir Madame, y pensé que iba a decir «se saltará la recogida», pero lo que dijo fue otra cosa—, McGrath sabrá que va a por él.

—Ya lo sabe —dije—. Intenté asesinarlo al salir de la capilla, pero me vieron unos amigos suyos.

—¿Otros alumnos de tercero? Lo vi; no sabía qué pasaba. —Madame parecía interesada de verdad.

—Exacto —dije yo—. Casi todos eran del equipo de *lacrosse*.

—Vale. —Madame asintió una vez con decisión—. Creo que deberíamos darles una lección a esos chicos.

Al rato, Amy, Sin-Jun y yo íbamos siguiéndola a través de la sala común y escaleras abajo, hacia el sótano. Las cañas no estaban donde recordábamos y por un momento no supimos qué hacer, hasta que dije: «No nos hace falta una caña. Nos bastaría con una escoba o algo así», así que volvimos a subir escaleras arriba, rebuscamos en el armario de la sala común y luego bajamos corriendo a la habitación de Heidi y Alexis. Cuando les contamos la idea, con Madame de cómplice, pasaron en un instante de la confusión al entusiasmo, un entusiasmo, por cierto, que parecía tan espontáneo y sincero como el nuestro.

—Podrías hacerlo con una funda de almohada —propuso Heidi—. Así podrías escribir algo muy grande.

Hurgó en la bolsa de la colada para sacrificar una funda de almohada por el bien de una broma, un gesto que ahora me parece típico de Ault. A nadie parecía importarle demasiado que las fundas de almohada costaran dinero, como cualquier otra cosa. Heidi me la tiró y Alexis me puso un rotulador negro en la mano.

Quitó el capuchón y me quedé parada.

—¿Qué escribo?

Nos quedamos todas calladas, en un silencio tenso y electrizante.

—Sé dónde vives —propuso Alexis.

—Te veo mientras duermes —dijo Heidi.

—Huelo tu sangre —dijo Amy—. Y huele *très délicateuse* —añadió, mirando de reojo a Madame.

—No metamos el francés en esto —dijo Madame.

—Por ahora, lo que más me gusta es «Te veo mientras duermes» —dije—. Pero ¿no suena a Papá Noel?

—Te vigilo —dijo Sin-Jun.

Todas nos miramos, las seis (éramos tantas que se parecía bastante a una reunión para decidir algo importante); Heidi y Amy asintieron, y yo dije:

—Me gusta. Sencillo pero inquietante.

Amy apartó unos libros de la mesa para extender la funda encima. Entonces escribí en letras mayúsculas «TE VIGILO».

—Dibuja un ojo —dijo Heidi.

Hice la forma almendrada, el iris, la pupila y las pestañas arriba y abajo.

—Ahora, firma —dijo Madame.

Vacilé.

—¿Con mi nombre? O no, ¿qué tal quedaría esto?

Escribí: «Un fuerte abrazo, tu asesina». Sin-Jun empezó a aplaudir.

—Es perfecto.

Pegamos la funda con cinta adhesiva a la escoba y nos dimos cuenta de que haría falta otro palo más para sujetarla como si fuera una pancarta y que se pudiera leer. Alexis salió corriendo y volvió con una fregona. Heidi levantó la persiana, y Amy y yo (sabía que querría tomar parte activa porque estaba loca por McGrath) sacamos la parte superior del cuerpo por la ventana, a oscuras en medio de la noche. Yo sujetaba la escoba del revés, justo por

debajo del cepillo, y Amy, la fregona. Salía luz de la ventana, lo que quería decir que no habían bajado las persianas. Amy se echó hacia abajo y dio unos golpecitos con el palo de la fregona contra la fachada de ladrillo.

—Yujuuu, chicos —gritó—: entrega especial.

Pasaron diez segundos. Ya empezaba a temer que ni McGrath ni Spencer, su compañero de habitación, se dieran cuenta; y no me preocupaba tanto por ellos como por nosotras (¿qué haríamos si todo nuestro plan no servía para nada?). Pero, entonces, se oyó revuelo, voces masculinas.

—Mira, Mills —dijo alguien, y, un par de segundos después, sonó la risa de McGrath. Asomó la cabeza por la ventana y la giró hacia arriba para mirarnos.

—Hola, monada —gritó Amy (jamás se me habría ocurrido decirle a Cross «Hola, monada»).

—Hola, McGrath —dije yo.

—¿Qué narices está pasando aquí? —dijo McGrath—. Estáis como una cabra.

Otro chico asomó la cabeza y dijo (no a nosotras, sino a otra persona que había en la habitación): «Esto sí que es fuerte». Alexis, Heidi, Sin-Jun y Madame se apiñaron detrás de mí. Heidi abrió la otra ventana y, enseguida, se asomó también.

Entonces salió un tercero (al parecer, también había un grupo en la habitación de los chicos; eran por lo menos tres o cuatro) y agarró la funda.

—¡Eh! —dijo Amy—. ¡No se toca!

—Eso no es lo que les dices a los chicos, Dennaker —dijo el que estaba agarrando la funda. Era Max Cobey.

—Que te den —respondió Amy.

—¿Quién más hay ahí abajo? —preguntó Heidi.

—¿Quién más hay ahí arriba? —dijo Max—. Suena como si hubiera una manada de elefantes.

—En realidad somos un montón, estamos todas buenísimas y solo llevamos puesto un tanga y lápiz de labios —dijo Amy—. Por solo noventa y nueve centavos al minuto podéis llamar por teléfono y hablar con quien queráis. Las líneas están abiertas...

—Ya basta, Amy. —Le escuché decir a Madame, y me sentí medio

aliviada y medio decepcionada—. Dejemos a los chicos en paz ya.

—Tenemos que irnos —gritó Amy hacia abajo—. Que os vaya bien, chao, *auf Wiedersehen*, hasta luego.

Empezamos a subir la fregona y la escoba, y McGrath, que se había metido en la habitación, volvió a asomar la cabeza.

—¿No me la puedo quedar después de que me hayáis molestado tanto? —preguntó.

—Sí puedes —dije yo, como si la funda fuera mía—. Pero solo si me prometes usarla esta noche.

—La usaré «todas» las noches —dijo McGrath, y eso fue lo último que oí antes de volver a la habitación y dejar la oscuridad otra vez fuera.

El viernes por la mañana al acabar latín, cuando estábamos recogiendo los libros, le dije a Martha:

—Vendrás mañana, ¿verdad? Con Conchita.

Apenas había hablado con Martha hasta aquel momento y me puso nerviosa tener que romper el hielo, pero habría sido muy raro ir juntas hasta Boston sin haber hablado antes con ella de verdad, sobre todo, teniendo en cuenta que llevábamos siete meses sentadas una al lado de la otra en clase de latín. Además, tenía la sensación de que había sido así por mi culpa. El primer día de clase, cuando estaba tan aterrada por estar en Ault que apenas podía mirar a nadie a la cara, Martha me había preguntado: «Nunca he dado latín, ¿y tú?», a lo que le respondí: «No», miré hacia otro lado y me crucé de brazos. Unos meses después, a Tab Kinkead se le escapó un pedo cuando estaba en la pizarra traduciendo la frase «Sextus vive al lado de Claudia». No se enteró casi nadie, pero vi que Martha intentaba sin mucho éxito reprimir la risa; en aquel momento, supe que me había equivocado con ella: podríamos haber sido amigas.

—La madre de Conchita es supersimpática —me dijo Martha cuando salimos al pasillo.

—¿Sabes dónde vamos a comer? —pregunté. Las preguntas de organización eran las mejores, porque eran también las más inocuas.

—Nos encontraremos en el hotel de la señora Maxwell, así que imagino que nos quedaremos por allí cerca —dijo Martha—. Estás en el equipo de

lacrosse con Conchita, ¿verdad? Le caes muy bien.

Sabía que debería responder algo como «Conchita es fantástica» o «A mí también me cae muy bien», pero no me salieron las palabras. Martha hablaba como una terapeuta de grupo, pero no en el mal sentido: era amable y alentadora, y se alegraba de que la gente se llevara bien.

—¿Qué deporte practicas tú? —le pregunté.

—Remo, y me temo que este será mi único sábado libre en lo que queda de primavera; por eso estoy tan contenta de ir a algún sitio.

—¿Remar es tan duro como dice todo el mundo?

—Es bonito verlo, pero, cuando estás en la embarcación, lo único que haces es sudar y resoplar todo el tiempo.

—Cuando veo a alguien remando, no puedo evitar pensar en Jonas Ault —dije—. Me lo imagino en 1880 más o menos, con uno de esos maillots raros y luciendo un bigote inglés.

Martha se rio. Luego siempre bromeábamos diciendo que era de risa fácil, que su risa era un poco de fulana. Pero una de las cosas que más me gustaban de ella era que te hacía sentir ocurrente.

—Oh, por supuesto —dijo, con voz remilgada—. El remo es muy civilizado.

—Un deporte de caballeros —dije yo, y no entendí por qué nunca había hablado con ella.

Por una lista que había colgada delante de la oficina del decano Fletcher, me enteré de que McGrath servía esa semana en la mesa de la señorita Prosek; a las cuatro de la mañana, mientras estaba en la cama sin pegar ojo, esa información me sirvió para urdir el plan de su asesinato. Como todos los que tenían servicio de mesa, McGrath llegaría al comedor veinte minutos antes de que empezara la cena de gala. Decidí esperarlo bajo la mesa y pegarle la pegatina en la pernera (y la decisión fue tan emocionante, y la idea, tan perfecta que no me pude volver a dormir antes de que el despertador sonara a las seis y media).

Después del entrenamiento de *lacrosse* salí corriendo hacia el refectorio y llegué a las cinco y media, diez minutos antes de la hora en que se suponía que llegaría McGrath. Solo había cinco o seis alumnos en el comedor, entre

ellos el delegado de comedor de aquella noche, un alumno de cuarto llamado Oli Kehlmeier (ser uno de los tres delegados de comedor estaba muy solicitado; eran los encargados de vigilar a los camareros en las cenas de gala, así que podían incordiar a los chicos y flirtear con las chicas). Oli estaba cubriendo las mesas con manteles blancos (me sorprendió ver trabajar al delegado), así que fui a por uno de los manteles que había apilados junto a la puerta de la cocina.

Lo extendí sobre la mesa de la señorita Prosek y miré con disimulo alrededor. No había nadie observando. Aparté una silla, me agaché, me deslicé bajo la mesa y volví a colocar bien la silla. Me senté sobre los talones, con el peso hacia atrás y las rodillas dobladas, pero enseguida me sentí incómoda y cambié al estilo indio. No tenía mucho espacio para moverme. Di un golpe con el codo en una silla, me quedé inmóvil, pero no oí nada fuera (nadie dijo que había habido un *poltergeist* ni se asomaron para preguntarme qué leches estaba haciendo allí), así que volví a relajarme. Vi que bajo la mesa había pegados algunos chicles y notaba el olor de la mesa y del suelo, aunque ninguna de las dos cosas olía verdaderamente a madera; olían más bien a zapatos, a zapatillas de deporte no excesivamente sucias o a sandalias de niño.

A las seis menos veinte, me puse en tensión, McGrath iba a llegar en cualquier momento. Cada vez que llegaba alguien para el servicio, estaba segura de que eran sus pasos. Ya había gente en todas las mesas que había alrededor de la de la señorita Prosek y estaba segura de que me iban a ver, que notarían la tela azul claro de la falda (¿era una ordinareiz estar sentada en el suelo con una falda?) o que me verían las sandalias. Pero no se acercó nadie. En la mesa de la derecha estaba sirviendo Clara O'Hallahan, la reconocí por la voz, iba canturreando la canción de Jim Croce «I got a name». Al poco rato oí a un chico decir: «Reed estaba hoy de mal humor, ¿verdad?», y a una chica contestar: «Como siempre». Me habría gustado oír a alguien hablar del asesino, pero nadie lo mencionó. Poco a poco, las voces se fueron entremezclando en un bullir cada vez más sonoro, tan solo interrumpido por el tintineo de los vasos y los cubiertos. Quedaban diez minutos para las seis. McGrath no se perdería una cena de gala en la que tuviera servicio, ¿no? Solo por faltar a la cena, tenías que limpiar las mesas,

pero, si además tenías servicio, estaba segura de que te ponían un castigo.

Entró a las seis menos cuatro minutos; oí su alegre gangueo mucho antes de que llegara a la mesa. Alguien debía de haberle dicho que llegaba tarde, porque mientras se acercaba iba diciendo: «Es el método de los dos minutos. Mira y aprende». Por encima de mi cabeza, dejó algo sobre la mesa que sonó a fuentes, y luego, los cubiertos. Volvió a marcharse sin darme tiempo a ponerle la pegatina y al rato regresó con una bandeja llena de vasos. Tenía sus pantorrillas a unos centímetros, llevaba calcetines de color caqui, el vello de sus piernas era rubio y grueso, e iba silbando.

En aquel momento, tuve dos sentimientos totalmente contradictorios. El primero fue un regocijo escéptico, al comprender que estaba a punto de asesinar a McGrath Mills. Cuando estás acostumbrada como yo a fracasar y a recibir calabazas (o al menos así me veía), el éxito puede resultar desconcertante. No sabes qué hacer con el respiro que te da. A veces, en esos momentos de éxito, me dedicaba a contarme a mí misma lo que estaba pasando, solo para convencerme de que todo era real. Y eso no solo lo hacía en los grandes triunfos (aunque sería discutible si alguna vez había tenido alguno, aparte de haber sido admitida en Ault), sino también en los más pequeños, ante cualquier cosa que hubiera estado esperando o con la que hubiera contado: «voy a comer *pizza*», «voy a bajar del coche» (y luego: «estoy besando a este chico», «se está echando sobre mí»). Lo hacía porque me costaba creer que estuviera logrando lo que quería; siempre era más fácil sentir la carencia de algo que ese algo en sí.

Lo segundo que sentí en aquel momento fue melancolía y una desgana repentina. Creo que fue por el vello que tenía McGrath en las piernas. Y por cómo silbaba. McGrath era una persona. No quería que lo asesinaran y no sabía que lo estaba esperando bajo la mesa. Me pareció muy injusto pillarlo desprevenido. De pronto, supe que no quería ganar el juego. Quería admiración, sí, los aplausos de todo el colegio, pero no podría superar tantos encuentros a solas con mi víctima. Con Devin no había habido ningún problema porque se había portado como un idiota; lo mismo con Sage y Allie, que no tenían ningún interés por seguir en el juego. Pero McGrath era simpático y parecía que le importaba seguir vivo, al menos un poco. Sin embargo, habría sido ridículo que no acabara con él teniendo esa

oportunidad, en sentido literal, al alcance de los dedos. Tampoco era que no quisiera hacerlo. Solo que me resultaba difícil. A partir de entonces, me dije, iba a hacer todo lo que hiciera falta para conseguir a Cross. Pero sin obcecarme ni pensar que lo hacía por el juego. Lo decidí mientras estiraba el brazo y ponía la pegatina en la pantorrilla de McGrath; la coloqué justo al lado de la tibia, casi en el centro exacto entre el tobillo y la rodilla. Luego, empujé la silla y salí de debajo de la mesa a gatas. Al mirar a McGrath en aquella posición, me sentí un poco como un perro.

Como había temido, puso cara de sorpresa manifiesta. Creo que incluso tardó un rato en reconocermelo. Me puse de pie y dije, con voz vacilante: «Acabo de matarte». McGrath rompió a reír, pero creo que solo lo hizo por deportividad.

—Vaya vaya —dijo con su acento sureño—. Me has pillado. Bien jugado. ¿Cuánto tiempo llevabas ahí metida?

Me encogí de hombros.

—Es una victoria merecida. Oye, Coles, mira quién estaba debajo de la mesa. ¡Ya sabía yo que me estaba vigilando! —McGrath se volvió hacia mí.

—Lo siento —dije.

—No deberías. ¿Qué sientes? Ha sido una victoria en toda regla. Tengo que darte mis pegatinas, ¿verdad? Pero una cosa. —Rebuscó en el bolsillo trasero de sus pantalones y en los dos bolsillos de la camisa—. Me las he dejado en la habitación. ¿Puedo dártelas luego? Subiré a tu residencia y te las entregaré en mano.

—Vale —dije yo—. Como quieras.

Claro que no llevaba las pegatinas encima; en el fondo, el juego no le importaba.

Inmediatamente supe que lo había echado a perder. Si había existido alguna complicidad entre nosotros con la que bromear, le había dado el golpe de gracia. Pensé que McGrath seguiría siendo amigable conmigo (y no me equivoqué, McGrath fue simpático en el año y medio que siguió en Ault hasta que se graduó), pero que, a partir de aquel momento, sería una afabilidad hueca, sin nada detrás. Al asesinarlo, había terminado con nuestro único punto en común. «¿Has asesinado a alguien últimamente?», me preguntó meses después cuando nos cruzamos a solas por un pasillo de la

tercera planta, entre la quinta y la sexta hora. O me decía un «¿Qué tal están tus fundas de almohada?», y yo me reía o le decía: «Bien, bien», sin alargarme. No es que McGrath quisiera hablar conmigo, claro; no teníamos nada que decirnos. Yo lo sabía, comprendía las reglas, pero aun así nada me partía más el corazón que la muerte lenta de una broma compartida que en su día había parecido realmente graciosa.

El sábado por la mañana me puse a esperar fuera de la residencia, en el patio; Conchita había dicho que su madre iba a enviar un coche para que nos recogiera a las once. Había 21 °C, hacía sol y corría viento, y recordé lo contenta que estaba Martha por tener algún sitio adonde ir. Yo también estaba contenta. Vi una limusina negra al otro lado de la glorieta y, dentro de la glorieta, a dos chicos lanzándose una bola de sófbol. Levanté la cara hacia el cielo y cerré los ojos. Cuando volví a abrirlos, un minuto después más o menos, la limusina estaba parada delante de mí y Conchita asomaba la cabeza por la ventanilla de atrás.

—Hola, Lee —gritó—. Sube.

De camino hacia el coche, intenté quitar la cara de sorpresa. Nunca me había subido a una limusina. Por dentro, asientos grises de piel puestos a los lados y al fondo; una ventanilla de cristal tintado separaba la parte de atrás de la zona del conductor. Vi que Conchita llevaba una camiseta morada, un peto vaquero con enormes botones naranjas, mallas blancas y unas sandalias de cáñamo de cuña alta y con la puntera abierta; esta vez no parecía tanto la actriz de un grupo de teatro para niños como una niña de cuatro años a la que hubieran dejado vestirse sola por primera vez. Martha iba vestida normal y, para alivio mío, no llevaba falda.

—Estábamos decidiendo qué música poner —dijo Conchita—. Las únicas emisoras que se oyen bien están poniendo *reggae* y... ¿Cómo lo has llamado, Martha?

—*Jazz* de ascensor —dijo Martha.

—Voto por el *reggae* —dije yo.

—Habíamos imaginado que dirías eso, pero queríamos asegurarnos. — Conchita pulsó un botón y la ventana que nos separaba del conductor se bajó unos centímetros—. ¿Puede poner la primera emisora? —dijo—. Gracias.

Sin esperar a que respondiera, volvió a pulsar el botón y subió la ventanilla. Entonces supe, por fin lo entendí, que Conchita era rica. Y esta comprensión desbarató todo lo que sabía sobre ella. ¿Por qué hacía cosas tan raras? ¿Por qué decía tantas veces que tenía sangre mexicana? ¿Por qué decía que se sentía como un bicho raro? Si era rica, su lugar era Ault. La ecuación era así de sencilla. Al final, ser rica era lo que más pesaba, más incluso que ser guapa. Sin embargo, pensando en ello me daba cuenta de que Conchita nunca me había ocultado nada. Su habitación profusamente decorada y su ropa que, aunque era rara, no parecía barata, eran pistas inequívocas que no había querido ver. Me di cuenta de que suponer que tenía una beca era un prejuicio y resultaba embarazoso. Lo era, pero... pero ahora que sabía que me había equivocado, podía compartir habitación con ella. Podía sucumbir, no pasaba nada. Y pensar esto fue como cuando te haces pis en los pantalones a los cinco o seis años: un alivio confuso que lo mejor es ignorar en el mismo momento que pasa.

—Vale, oíd esto —iba diciendo—. Estaba esperando a estar con las dos para decíroslo a la vez... Me han dicho que el señor Byden y Madame Broussard estuvieron saliendo juntos.

—Imposible —dijo Martha.

—¿El señor Byden, el director? —dije yo—. Pero si está casado.

—Fue hace mucho —dijo Conchita—, pero ¿y si aún siente algo por Madame?

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Me lo ha contado Aspeth. Su padre y el señor Byden fueron juntos a Harvard en los años sesenta. Imagino que Madame viviría en Boston.

—Imaginaos dándole un beso al señor Byden —dije—. Tendríais que tener la puerta medio abierta. —Esa era la regla para las visitas; además, las parejas tenían que dejar la puerta abierta. Luego añadí—: Y lo que da repelús de verdad es imaginarse al señor Byden empalmado.

—Lee —dijo Conchita, y pensé que podría haberla ofendido.

—Pues erecto —dije—. Lo que sea.

—Déjalo ya. —Se tapó los oídos.

—Seguro que tenían motes cariñosos —dijo Martha.

—Bizcochito —sugerí.

—Cacahuetito —replicó Martha.

—Tartita de queso —dije yo y, sin más ni más, soltamos una carcajada.

—¿Qué? —dijo Conchita. No es que no lo hubiera oído, para entonces ya se había destapado los oídos.

—No es... —empecé a decir, pero entonces, Martha y yo volvimos a mirarnos y rompimos a reír otra vez.

—¿Qué? —Conchita nos miraba—. ¿Qué significa «tarta de queso»?

Martha se secó las lágrimas.

—No significa nada. Se lo ha inventado Lee.

—¿Y por qué es tan gracioso?

—No sé... —Martha hacía serios esfuerzos por mantener la compostura —... Es que es muy... tarta de queso.

—Cacahuetito —repetí, y las dos resoplamos de la risa.

—Martha dejó que un chico le tocara las tetas —dijo Conchita.

—Gracias, Conchita. —Martha no parecía alterada.

—Yo no haría eso nunca —dijo Conchita—. Al menos no antes de casarme y, cuando esté casada, solo me acostaré con mi marido con la luz apagada.

—Sí, ya lo sé —dijo Martha en tono cariñoso.

—¿Tú lo has hecho con alguien? —dije y, en cuanto salió por mi boca, me encogí. En realidad, casi no la conocía; había olvidado lo poco que la conocía.

—No, por Dios —dijo Martha—. Mi madre me mataría. —No parecía que le hubiera molestado la pregunta—. Conchita, cuando un chico te toca por debajo de la camiseta, solo es piel. Y la verdad es que me gusta —dijo Martha.

—¿Dejarías que un chico te tocara las tetas, Lee? —preguntó Conchita.

—Dependería del chico. —Pensé en la canción «Lay, lady, lay» y en el hombre de la ropa sucia.

—Menuda sorpresa —dijo Conchita—. No pensaba que tú también fueras promiscua.

Por tercera vez, Martha y yo nos echamos a reír.

—Ojalá fuera promiscua —dije yo.

—No digas eso. —Conchita parecía afligida.

—Solo es una broma —dije, y pareció aliviada, pero no pude reprimirme —, más o menos. —Volvió a parecer afligida—. Vamos, Conchita.

Me deslicé a su lado, le pasé un brazo por el hombro y la mecí un rato. Me pareció muy joven y muy dulce en ese momento. Ya habíamos llegado a la 128 y puede que fuera por la velocidad a la que iba el coche, por el hecho de que el coche fuera una limusina, por el sol o por la conversación... pero me sentí feliz de verdad. La sensación que siempre había tenido en Ault de que lo que yo tenía que ofrecer no era adecuado, la necesidad de estar en guardia constante, se iba desvaneciendo, desapareciendo a toda velocidad por el techo solar abierto.

El hotel quedaba cerca del Boston Common; era el hotel más selecto en el que había estado nunca, pero, a esas alturas, no me sorprendió. La entrada al vestíbulo estaba flanqueada por columnas corintias, y el suelo y los techos, recubiertos de mármol verde. Conchita se acercó a la recepción y preguntó por el restaurante; Martha y yo la seguimos. Las tres seguíamos con las tonterías del viaje y noté que el personal del hotel y los huéspedes que había en el vestíbulo nos miraban como mirarían a tres chicas cualesquiera, que éramos ordinarias y que serlo no estaba nada mal en ese momento. Al contrario, al ir mal vestidas, hacer ruido e ir en grupo, estábamos respondiendo a su cliché del adolescente, y me sentí orgullosa de nosotras.

En el restaurante, Conchita gritó: «¡Mamá!», y se lanzó a los brazos de una mujer muy guapa y muy gorda. La señora Maxwell besó a Conchita por toda la cara, empezaron las dos a llorar y a hablarse en español, y se disculparon con nosotras por llorar. La señora Maxwell estaba sentada y no se levantó para saludarnos, aunque nos tendió el brazo. Estaba bronceado y llevaba muchas pulseras de oro colgando de la muñeca.

—Es un placer conocer a las amigas de mi hija —dijo. Cuando Conchita me presentó, la señora Maxwell soltó—: Ah, la fan de Bob Dylan. —Llevaba unos pantalones de seda anchos de color verde claro y una camisa de la misma tela, con el cuello redondo y las mangas anchas. Su perfume podía olerse incluso a lo lejos, tenía la piel suave y morena, más oscura que la de Conchita, y llevaba el pelo negro recogido en un moño flojo.

—Gracias por invitarnos a almorzar —dijo Martha.

—Sí, es muy amable —añadí yo.

En todo el restaurante solo había unas cuantas mesas más ocupadas además de la nuestra; a nuestro lado, un hombre corpulento comía solo. Un camarero nos trajo las cartas, en unos rectángulos de piel alargados con las descripciones de los platos en bonita caligrafía. Solo había un plato —un entrante— que costara menos de veinte dólares: eran unas verduras a la parrilla. Curiosamente, me resultó liberador recordar que solo llevaba quince dólares en el bolsillo, porque no iba a pagar; como no podía permitirme nada, no me iba a hacer falta ni hacer el ofrecimiento. En la parte inferior de la carta estaba la fecha y me pareció impresionante que imprimieran una nueva carta cada día. Ya había sospechado alguna vez, y ese día no había hecho más que reforzar mi sospecha, que el dinero podía hacerte la vida más agradable, que podías desear tenerlo no solo por codicia, sino también por comodidad, porque con él podías mandar una limusina a recoger a tu hija y a sus amigas, comer comida que sabía realmente bien en un lugar precioso, o tener ropa bonita aun estando gorda. Una de las amigas de mi madre estaba casi tan gorda como la señora Maxwell, pero tenía que vestirse con pantalón de chándal y blusones de flores.

—Me gustaría que me contarais vuestra vida. Lee, tú primero —dijo la señora Maxwell.

Me reí. Pero luego hice lo que me había pedido: empecé por mi madre, que se puso de parto en una piscina, le conté que cuando iba a la guardería me empeñaba en llevar el mismo par de botas camperas de goma marrón todo el año, que había tenido un amigo imaginario llamado Pig y la edad que tenía cuando nacieron mis hermanos. Le conté todo hasta llegar a Ault. Me hicieron algunas preguntas, pero ninguna indiscreta; entonces, llegaron los entrantes (todas habíamos pedido entrantes; al parecer era lo propio) y Martha empezó a contar su historia: que cuando perdió su primer diente pensó que se estaba muriendo, que ganó el certamen de ortografía en segundo y cuánto nevaba en Vermont cuando era niña. Entonces llegaron los platos principales. El mío era pollo asado con puré de patatas y arándanos rojos; parecía Acción de Gracias.

También pedimos postre, cada una elegimos una tarta o una *mousse* diferente, y nos dedicamos a meter los tenedores y las cucharas en los platos de las demás, para probar. La madre de Conchita nos habló de cosas que

habían pasado en casa, de gente a la que conocía y de una boda a la que había asistido la semana anterior con el padre de Conchita.

—Tengo que contarte algo muy divertido, *mi hija* —dijo—. Hemos contratado a una persona más para que ayude a Miguel en el jardín y se llama Burro.

—¿Es su apodo o se llama así de verdad? —preguntó Conchita, y Martha y yo nos dijimos con la mirada «¿Una persona más para que ayude a Miguel en el jardín?».

Todas nos pedimos café, incluso yo, aunque nunca bebía café en el colegio, y seguimos hablando. Pasó una hora más y llegó el momento acordado con el conductor para que nos viniera a buscar a Martha y a mí. Conchita iba a pasar la noche en el hotel con su madre. Nos levantamos y abrazamos a la señora Maxwell al despedirnos. Al estar aplastada entre sus enormes pechos, respirando su perfume, sentí que la quería de alguna forma; qué contenta estaba por haber conocido ese mundo.

Una vez en la limusina, en cuanto el conductor cerró la puerta, Martha y yo nos miramos.

—¿A que la señora Maxwell es genial? —dijo Martha.

—Parecía que de verdad le interesaran nuestras cosas.

—Estoy muy llena. La *mousse* de lima estaba increíble.

—Y la cosa esa de chocolate... si hubiera comido un solo bocado más, me habría tenido que desabrochar el pantalón.

—¿Y lo del guardaespaldas? —preguntó Martha—. Qué pasada, ¿no?

—¿A qué te refieres?

—El hombre que había en la mesa de al lado. El del pinganillo.

No había visto el pinganillo, pero era cierto que el hombre se había quedado en el restaurante el mismo rato que nosotras; yo había pensado que nuestra conversación le hacía gracia.

—¿Para qué necesita la madre de Conchita un guardaespaldas? —pregunté.

—No sé si lo necesita, pero el caso es que lo tiene. ¿No sabes quiénes son los Maxwell?

Sacudí la cabeza.

—El padre de Conchita es el director general de Tanico.

Había una estación de servicio Tanico a tres manzanas de la casa de mis padres, en South Bend. Al parecer, cuando aún no nos conocíamos, la vida de Conchita y la mía tenían un punto en común.

—Cuentan un millón de historias sobre los Maxwell —dijo Martha—. Para empezar, la boda de sus padres fue, por lo que dicen, todo un escándalo en su tiempo. Su madre limpiaba la oficina de su padre. Así se conocieron.

—¿Qué dices!

—Sí. Por aquel entonces, él estaba casado con otra mujer. La madre de Conchita tenía diecinueve años o así, acababa de llegar de México y casi no hablaba inglés. A comienzos de los setenta eso era muy fuerte... La primera vez que les hablé de Conchita a mis padres me dijeron algo así como «¿No será la hija de Ernie Maxwell?!».

—¿Por qué? ¿Cómo es su padre?

—Hace poco publicaron un artículo sobre él en *Fortune*. Había un ejemplar en la biblioteca, pero alguien se lo llevó. Al parecer, lo llaman «el rey del crudo». Viene de una familia que lleva muchísimo tiempo en el negocio del petróleo, pero dicen que él no tiene escrúpulos y que ha tenido muchísimo éxito en los negocios. Además, es muy viejo. Por las fotos de la revista, tendrá setenta y tantos, y es bajito y calvo. Conchita se le parece bastante. Y encima llevaba calentadores de color naranja en las piernas.

—¿En serio?

Martha se echó a reír.

—No, Lee. Salía con traje.

—Conchita nunca me ha contado nada de esto.

—A veces se le escapa algo, pero siempre le resta importancia. Creo que por eso ha venido a Ault, para encajar. Pero no ha sido como pensaba que sería.

Volví a sentir esa especie de irritación que sentí cuando Conchita apareció en la limusina. Podría encajar si quisiera.

—Echa mucho de menos a su madre —dijo Martha—. Aquí no la consiente nadie. Seguramente por eso es hipocondriaca.

—¿Es hipocondriaca?

—Bueno, lo que está claro es que no tiene insomnio: mi habitación está al lado de la suya y ronca como un camionero. Pero no digo que esté mintiendo.

Vive en otra realidad, pero me encanta justo por eso.

—Si no tiene problemas de salud, ¿cómo es que le dejan tener teléfono, una habitación tan grande y todo eso?

—Vamos, Lee —dijo Martha. Levantó una mano y se frotó el pulgar con el índice, haciendo el gesto del dinero—. En Ault estarán salivando al pensar en todas las alas de ciencias y los estudios de arte que pueden sufragar los Maxwell.

Me sorprendió entonces lo abiertamente que hablaba Martha del dinero de los Maxwell. Tiempo después, visité la casa de los padres de Martha en Vermont y me quedó claro que ellos también eran ricos. Pero también descubrí con el tiempo que había diferentes tipos de riqueza. Estaba la riqueza normal, la riqueza solemne, de la que no se hablaba, y luego había una riqueza extrema, hilarante y descarada (como que la habitación te la decore un profesional o ir en limusina a Boston para ver a tu madre), y de esa sí se podía hablar.

—¿Compartirías habitación con Conchita? —pregunté.

Martha hizo una mueca, pero no de fastidio, sino de culpabilidad.

—Me lo preguntó, pero es que no me lo imagino.

Miré por la ventanilla; había un taxi a nuestro lado, en el otro carril. Cuando volví a mirar a Martha, dije:

—Puede sonar raro, pero ¿te imaginas compartiendo la habitación conmigo?

—¡Oh, Dios! Llevo todo el día pensando en eso.

Martha me sonrió, y yo a ella. Y no solo lo hice porque ya no tendría que compartir habitación con Conchita sino porque, en aquel momento y en la limusina que habían pagado los Maxwell, supe que a partir de entonces y en todo el tiempo que estuviera en Ault ya no volvería a estar sola. Martha y yo nos entenderíamos bien y nuestra amistad iba a perdurar. Me sentí segura y liberada. Años después, cuando en una boda el pastor decía que el matrimonio dividía en dos las penas y doblaba la felicidad, nunca pensaba en el chico con el que estuviera saliendo en aquel momento, ni en el marido imaginario y perfecto que conocería algún día, sino que pensaba inmediatamente en Martha.

Aquella noche, de vuelta en el colegio, me crucé en la glorieta con Edmundo y con Philip, su compañero de habitación.

—Hola, Edmundo —dije—. Hola, Philip.

Intenté sonar segura, con la situación bajo control. No quería que me hicieran alguna jugarreta como la de Jasdip Chowdhury y su compañero Matt Relman. Jasdip Chowdhury había cerrado los ojos mientras Matt asesinaba a Laura Bice.

—Hola —dijo Edmundo, como siempre, sin apenas mirarme a la cara.

Me animé al ver su timidez.

—Hace buena noche, ¿no? —dije.

—Ya no eres mi víctima —dijo él—. Me mataron hace unos días.

—¿Quién? —Se me aceleró el pulso. Había ido por ahí totalmente despreocupada cuando, en cualquier momento, me podría haber eliminado una persona que no era Edmundo (evaporando así mis oportunidades de conseguir a Cross).

—No te lo puedo decir —dijo Edmundo y, si hubiera sonreído, aunque fuera un poco, quizá lo habría podido sonsacar con mis encantos (¿no es cierto acaso que los chicos tímidos y desmañados están esperando a que los engatuse una chica atrevida?), pero hablaba y me miraba con gravedad. De hecho, no parecía tener ningún interés especial en hablar conmigo. Philip me transmitía esa misma falta de interés; incluso se estaba impacientando. ¿Es que mi reputación había caído tan bajo que incluso los frikis reales y oficiales intentaban evitarme?

—¿Por qué no puedes decírmelo? —pregunté.

—Porque no. —Edmundo se encogió de hombros.

Nos quedamos los tres allí parados, yo mirándolos a ellos y ellos sin mirarme a mí. La piel de Philip era realmente horrible, totalmente cubierta de costras y pústulas blancas, sobre todo en el mentón. Si yo tuviera una piel así, me dije, no me atrevería a salir de la residencia. Se me ablandó el corazón con él, aunque no le cayera bien, y con Edmundo, por ser algo bueno en la vida marcada por un abominable acné de Philip.

—Vale —dije—. No pasa nada.

Ya estaba abriendo la puerta de la residencia de Broussard cuando oí que Edmundo me decía algo que no entendí hasta el final. Lo que me dijo fue:

«Le das demasiada importancia».

Conchita y yo quedamos para su clase de bici el domingo por la tarde, cuando volvió de Boston. Cuando terminamos de practicar, la acompañé hacia su residencia, llevando la bici de Sin-Jun a mi lado. Martha pensaba que lo mejor sería esperar un tiempo para contarle nuestra decisión, al menos hasta que ella sacara el tema, pero no estaba tranquila ocultándole la noticia. Cuando estábamos pasando por la biblioteca, le dije:

—Quiero decirte una cosa. No es nada del otro mundo, pero Martha y yo compartiremos habitación el año que viene.

Conchita se quedó parada y vi que se le llenaron los ojos de lágrimas. Le puse una mano en el hombro.

—No llores.

Se puso los antebrazos por delante de la cara, como para levantar una barrera entre nosotras. Se acercaban unos chicos desde la dirección contraria.

—Vamos a ponernos ahí. —Señalé un banco de mármol circular que había junto a la biblioteca; era un regalo de la promoción de 1956; tenía un querubín de piedra en el centro y, que yo supiera, nunca se sentaba nadie en él—. Ven aquí. —Di unos golpecitos en la superficie de mármol—. Lo siento mucho, Conchita. De verdad que sí. Pero tienes que calmarte.

—¿Y lo de ponernos juntas? —Su cara parecía una pasa roja y viscosa.

—¿Te refieres a las tres, Martha, tú y yo?

—Solo tú y yo.

—Te considero una buena amiga. Solo me parece que sería complicado compartir un espacio tan pequeño.

—Pero Martha y tú vais a compartir un espacio pequeño.

—Sí, pero... tú tienes muchas cosas.

—Es por el decorador de mi madre. A mí no me gusta ni la mitad de lo que hay.

—Además, Martha y yo tenemos muchas cosas en común. Nos entendemos bien.

—No habías hablado con Martha hasta que os presenté.

—Habíamos hablado alguna vez. En latín. —Debería haber reconocido que ella tenía razón, pero me justifiqué con lo que era cierto solo

técnicamente.

—¿Cuándo lo habéis decidido?

—Ayer. Además, tú tienes insomnio, Conchita.

—¿Lo decidisteis en el viaje de vuelta al colegio? ¿Te lo preguntó ella o fuiste tú?

—Fue cosa de las dos. Llegamos a esa decisión.

Hasta aquel momento, parecía que Conchita estaba tranquila, pero, al volver a hablar, le tembló la voz. Creo que le temblaba de esperanza.

—Podríamos vivir las tres juntas —dijo—. Podríamos pedir una triple.

Podría haberle dicho que sí. Sabía que Martha prefería una doble, pero estaba segura de que podría convencerla para pedir una triple.

—No funcionaría —dije—. Los grupos de tres no paran de discutir.

—En Boston no hemos discutido.

—Porque solo ha sido un día. Pero esto no cambia nada, Conchita. Quiero que sigamos yendo juntas. Este curso nos hemos hecho amigas sin estar en la misma residencia.

—No somos amigas. —Se limpió la nariz con un pañuelo de color lavanda que acababa de sacarse de un bolsillo, pero no se sonó. Alrededor de los agujeros de la nariz se le quedó todo lleno de mocos.

—Claro que lo somos. —Nunca pensé que me vería intentando convencerla—. Estás haciendo un drama. Mañana no le darás la mayor importancia. Te acompañaré hasta la residencia.

Me puse de pie y vi cómo se le sacudían los delgados hombros. Mientras la luz de la tarde se iba extinguendo, me fijé en que llevaba cordones de rayas amarillas y naranjas en las zapatillas.

—Conchita, no sé qué puedo hacer.

—Déjame sola.

Las campanas de la capilla sonaron una vez: las ocho y media. Cuando alguien dice «Déjame solo» nunca lo dice de verdad, y yo lo sabía.

—Vale —dije—, si es lo que quieres...

Cuando asesiné a McGrath, me dijo que su objetivo era Alexander Héverd, un chico de segundo. Alexander venía de París, era (había oído) un fumeta y tenía una belleza delicada, aunque sin resultar femenina. Era de

altura media, bastante delgado y estrecho de caderas. Cuando llevaba vaqueros (las noches que no teníamos cena de gala), no se ponía zapatillas de deporte, como casi todos los chicos de Ault, sino unos zapatos de cuero que hubieran parecido de pringado o incluso ortopédicos (tenían una gruesa suela de goma), pero que, al llevarlos él, sabías que debían de ser geniales en extremo. De hecho, para saberlo no hacía falta ni verlos. Nunca había hablado con él, aunque había estado una vez detrás de él en la cola de la cocina, y su voz, solo modulada por un ligero acento, me pareció muy segura, casi condescendiente. Pero tal vez solo pensara eso porque era francés.

El problema era que, aunque McGrath me había dicho que ahora mi víctima era Alexander, no me había dado el papelito que lo probaba ni las etiquetas. Me quedaban etiquetas más que de sobra (de hecho, había acumulado varias hojas), pero me parecía importante tener el papel donde iba escrito el nombre de Alexander. Aunque nadie, ni siquiera Devin, me había pedido que demostrara que era mi objetivo, yo necesitaba tener esa prueba. ¿Y si McGrath se había confundido y en realidad tenía que matar a Alex Ellison, de último curso?

El lunes, McGrath seguía sin darme el papel. Aunque había estado casi todo el sábado fuera del colegio, había tenido el domingo, podría haber aprovechado la capilla o la hora del almuerzo (en teoría, el almuerzo del domingo era el mejor de la semana, por lo que solía ser el peor de todos y, muchas veces, servían carne de cordero sanguinolenta), o podría haberse pasado por la residencia. Al final, fui a buscarlo yo el lunes, en la cena de gala, en el escenario de nuestro último y cruel encuentro; se dio un palmetazo en la frente y dijo que me lo daría luego, que no se le olvidaría, seguro que no. Y ciertamente no lo hizo. Al día siguiente, seguí a Alexander a la salida del pase de lista y lo asesiné. Su víctima era Riley Haddix, también de segundo. Mientras esperaba a que Alexander encontrara sus pegatinas (habían pasado unos segundos y ya era tarde para decirle que no las necesitaba, porque podría pensar que le había hecho perder el tiempo), me sentí como una matona, muy americana y sobreexcitada.

Pero tenía que seguir jugando, no había otra forma de conseguir a Cross. Cada día que pasaba tenía menos claro cuántas personas quedaríamos en el juego, cómo estaría de cerca y cuánto tiempo nos quedaba. Desde que

Edmundo me había dicho que estaba muerto, nadie había intentado asesinarme, que yo supiera. Pero, aunque la persona que lo había asesinado no intentara matarme a mí, sí lo haría su asesino, el asesino del asesino, o el asesino del asesino del asesino. Al quedar tan pocos jugadores (¿seríamos quince?, ¿tal vez cincuenta?), había que ser muy cuidadosa. Siempre iba atenta al andar por ahí y procuraba no salir nunca sola. Pero lo que más me inquietaba no era que me asesinaran a mí, sino que asesinaran a Cross. Igual se había aburrido ya del juego. Podría cansarse. Antes, cuando lo veía por el colegio, solía observarlo de lejos. Ahora, sin embargo, me acercaba discretamente y me sentaba en la mesa de al lado en el desayuno y luego en el almuerzo, para ver si le oía decir algo sobre el juego. Incluso me marchaba tras él al terminar de comer (si hubiera prestado atención, le habría parecido que ya era mi objetivo), hasta que al final conseguí lo que había estado buscando. Lo tenía a cinco metros, hablando con John Brindley y Devin Billinger y, aunque me había perdido el comienzo de la conversación, estaba diciendo algo así: «... a no ser que intente pillarme en la ducha». Se echaron los tres a reír. «Aunque si viene a por mí cuando estoy en la ducha», siguió diciendo, «le diré “Vale colega, si tanto te importa...”».

Bingo, me dije. Cross seguía vivo.

En latín, Martha me dijo que Conchita había ido a la enfermería antes de desayunar. No acudió al entrenamiento de *lacrosse* y tampoco apareció en lo que quedaba de día. En todo aquel tiempo, Martha y yo nos encontramos para hablar muchas veces o, al menos, yo fui a hablar con Martha. El domingo por la tarde, cuando dejé a Conchita en el banco, lo primero que hice fue llamar a Martha desde el teléfono de la residencia (si me hubiera acercado a verla, podría haberme cruzado con Conchita). Fue raro (y, para ser sincera, emocionante) llamar a alguien que también estaba en el colegio.

—Está muy enfadada; eso está claro —me dijo Martha el lunes.

—¿Con las dos o conmigo? —respondí.

—Sobre todo contigo. No puede pensar claro porque está dolida, pero lo superará. —Como siempre, en boca de Martha no sonaba cruel.

Al día siguiente, cuando Conchita faltó por segunda vez al entrenamiento, fui a verla a la enfermería, pero me dijeron que ya había regresado a su

habitación. Delante de su puerta, oí una música que me pareció de Dylan. Llamé y Conchita respondió:

—¡Pasa!

Claramente, debía de estar esperando a alguien que no era yo; cuando me vio, apretó los labios y frunció las cejas, como una niña furiosa.

Señalé la minicadena.

—Buena canción.

—¿Qué quieres?

—Me tenías preocupada.

—¿Antes o después de robarme a mi mejor amiga? Aunque lo que debería preguntar es si me utilizaste para llegar a Martha desde el principio o si solo aprovechaste la oportunidad cuando se presentó.

—Conchita... —Sonreí sin querer.

Me miró fijamente.

—Esto no es una telenovela —dije yo—. En la vida real no se roban las amigas.

—¿Y tú cómo lo sabes? No tenías ninguna amiga hasta que llegué yo.

—Eso no es verdad. —Pensé en Sin-Jun. Luego pensé en Heidi y Alexis, con las que no había vuelto a hablar desde la noche de la funda de almohada colgante; estaba segura de que no contaban.

—Te sobrestimé —dijo Conchita—. Pensaba que eras lista y buena. Pero en realidad eres superficial y conformista. No tienes personalidad, así que te defines según la gente con la que pasas el tiempo y te angustia pasar el tiempo con las personas equivocadas. Lo siento por Martha, estoy segura de que no sabe cómo eres. Si Aspeth Montgomery te dijera que quiere ser tu compañera de habitación, no tardarías ni un minuto en mandar a Martha a paseo.

Al oír el análisis de Conchita, volví a sentir el dolor de la verdad entremezclado con una liberación rayana en la gratitud hacia alguien que me había reconocido. Alguien sabía quién era yo, con todas mis debilidades.

—¿Por qué no pruebas a dar el brazo a torcer? —me dijo—. Aún podemos ponernos juntas. Te perdonaría.

—¿Y no aceptarías mis disculpas si no comparto la habitación contigo?

—Si lo único que quieres es que las acepte, lo haré. Ya está. Aceptadas.

—¿Vas a volver a *lacrosse*?

—Si he faltado a *lacrosse*, no ha tenido nada que ver contigo. Había mucho polen. —Dejó de mirarme—. Tengo que ir a la ducha.

Cuando estaba en el pasillo, volví a oír su puerta, al instante sentí su mano sobre la espalda y pensé que quería darme un abrazo (incluso pensé que el abrazo podría tener un tinte sexual: puede que Conchita estuviera enamorada de mí), aunque también supe, desde el rincón más recóndito de mi mente, que me estaba asesinando.

—Estás muerta —dijo cuando me di la vuelta.

Su voz sonó apagada, sin rastro de satisfacción. Recordándolo ahora, creo que no me asesinó porque le fuera a dar ningún placer, sino porque le habría pesado no hacerlo (y concederme a mí una dispensa, después de cómo la había tratado). Más tarde intenté atar cabos, pero, al no poder hablar con ella, jamás pude saber cómo se habían sucedido los acontecimientos. Llegué a la conclusión de que su objetivo había sido Edmundo desde el principio y de que, al enterarse de que él era mi asesino, lo mató para protegerme. Lo tuvo que matar antes del fin de semana, porque iba a estar fuera del colegio y así nadie podría asesinarla a ella. Quería ayudarme a ganar y no se le había ocurrido otra forma mejor de hacerlo. Aunque también puede que la historia fuera más complicada, tal vez había matado a mucha gente hasta conseguir mi nombre para poder protegerme. En ese momento, me parecía muy importante averiguar cuáles habían sido los nexos y cómo había sucedido todo, pero luego dejó de tener importancia. Después de primero, no volví a jugar al asesino, aunque la gente siguió jugando durante todo el tiempo que estuve en Ault. No sé cuándo acabaron con el juego o si lo continuaron con otro nombre, como cazapeginas o a por todos. Es una de esas cosas cuyo rastro pierdes cuando te vas de un sitio, aunque yo había perdido el interés ya estando allí. Me convertí en una de esas personas a las que el juego les parecía ridículo o insoportable.

Pero entonces, cuando seguíamos en el pasillo, miré a Conchita a la cara, en busca de alguna señal que me dijera que todo era una broma o que iba a echarse atrás. Esa posibilidad debía de existir porque, para mí, era un error que me hubiera matado. El juego no tenía nada que ver con nosotras dos. Tenía que ver con Cross. ¿Qué clase de corazón tenía Conchita si podía

boicotear la historia de amor de otra chica de forma tan despiadada? Algo así solo estaría justificado si a ella también le gustaba el chico; si no, era algo que no se hacía bajo ningún concepto.

Y lo cierto es que encontré señales (en sus ojos y alrededor de la boca) de que podía anular lo que había hecho, pero solo a cambio de una cosa: que compartiera la habitación con ella. Aun así, no me dolió porque no era un chantaje de verdad. Lo más seguro es que ella no fuera consciente de que podía echarse atrás o, aunque así fuera, sabía que yo no cedería. Nuestra amistad había terminado. Tal vez la hubiéramos podido recuperar si ella hubiera tenido un motivo para estar enfadada conmigo sin que yo tuviera ninguno para estarlo con ella. Una falta de simetría como esa habría creado un desequilibrio, y para superarla habría bastado con que una de las dos cediera, aunque fuera un poco. Sin embargo, su rencor se sustentaba en el mío, como un muro sostenido en pie por fuerzas opuestas.

Hoy en día, creo que le debía mucho a Conchita porque, aunque no fue su intención, me regaló a Martha. Literalmente, creó las circunstancias que me permitieron conocerla, pero, además, hizo algo más grande y más difícil de medir: me recordó que sabía hacer amigos. Solo por eso, le debía mucho; en aquel momento, sin embargo, creí que al asesinarme se había cobrado venganza, estaba convencida de que las deudas estaban saldadas.

Pero en aquella semana tan extraña, todavía pasó algo más. Sucedió el domingo por la noche, antes de contarle a Conchita que iba a compartir habitación con Martha, antes de que me «asesinara» y de que nos dijéramos cosas espantosas que no se podían borrar: Conchita aprendió a montar en bici.

Aquella tarde, cuando asomé por detrás de la enfermería, vi a Conchita sentada en la hierba con las piernas cruzadas. Me bajé de la bici para que se montara ella. Agarré bien el manillar.

—Muy bien —dije—. ¡En marcha!

Avanzamos y tuve que empezar a correr. Ella volvió la cabeza para mirarme.

—Ahora papá también quiere conocerte —dijo.

Me imaginé a Ernie Maxwell bajito y calvo (aún no había visto ninguna

foto suya) y pensé en lo raro que era que al decir «papá» se estuviera refiriendo a alguien famoso.

—Me encantará —dije yo.

Un mechón de pelo me tapó la cara, lo aparté con una mano y me lo metí detrás de la oreja. De pronto, Conchita se había adelantado mucho, nunca se había apartado tanto, y me sorprendí al notar que ya no la estaba sujetando. Seguí corriendo, intentando acercarme, pero, ahora que no tenía mi peso en el portaequipaje, había cogido velocidad.

—Oye, Conchita —dije—. No te asustes, pero ya no estoy tocando la bici. Estás yendo sola.

Nada más oírlo, frenó y echó los pies al suelo.

—Ibas muy bien —dije yo—. Deberías haber seguido. Te volveré a poner en marcha. —Se me pasó por la cabeza que quizá no le volviera a salir, al menos no inmediatamente. Pero, aun así, estaba bien. Había mejorado. Ahora que había ido sola, sabría que podía hacerlo.

—Pero vas a agarrarme, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, yo te agarro. Pedalea.

Estaba sujetando de verdad, aunque flojo, pero levanté la mano en cuanto ganó impulso. Dejé que siguiera, me paré y se alejó de mí.

—¡Lee! —gritó—. ¡Me has soltado! ¡Lo noto!

—Ya lo sé, pero vas bien. ¿Lo ves?

—Voy a parar, ¿vale? Voy a parar. —Se paró y dio la vuelta como siempre hacía, bajándose del sillín y colocando la bici hacia el otro lado.

—Ahora, vuelve conmigo —grité. Estaba a unos veinte metros y pensé que alguien podría oír nuestros gritos. Pero me dije «¿y qué más da?».

—¿Arranco yo?

—Sí —dije yo—. Como si estuviera contigo.

Aunque estaba lejos, la vi coger aire y soltarlo varias veces y, luego, se puso bien derecha.

—Tú puedes —grité.

Y, entonces, vino hacia mí. Estaba radiante. El viento le echaba hacia atrás el pelo negro y, al acercarse, pude ver que tenía los nudillos blancos. Me puse a aplaudir.

—¡Viva! —grité—. ¡Lo estás haciendo! ¡Estás que te sales!

Pasó a toda velocidad a mi lado.

—¡Mirad todos! —volví a gritar—. ¡No hay quien pare a Conchita Maxwell!

Levantó la mano derecha, quizá para saludarme, pero la bici se tambaleó y volvió a agarrar el manillar rápidamente. Por un instante, contuve la respiración, pero enseguida recuperó el equilibrio. Estaba bien, mejor que bien, estaba genial. Mientras veía cómo su espalda encorvada se iba haciendo cada vez más pequeña, me alegré tanto por mí como por ella. Había enseñado a Conchita a montar en bici. Era increíble. Y tal vez ese sea el único sentimiento de nuestra breve amistad que nunca se volvió amargo.

4

CRÍPTICA

OTOÑO DE SEGUNDO

Para matar el rato en clase de inglés de segundo, me dedicaba a examinar el broche de la señorita Moray y a pensar de dónde lo habría sacado. Era de plata y tenía la forma de un libro abierto, con las páginas cayendo a cada lado como si fueran densas melenas de ondulante cabello. Se lo ponía dos o tres veces a la semana y me preguntaba si eso respondería a alguna lógica. Quizá fuera un regalo de sus padres, en especial de su madre, o de algún profesor de la universidad o del instituto que quisiera desearle suerte en la dura pero meritoria profesión que había escogido. Tal vez había pertenecido a alguna vecina o tía anciana. En cualquier caso, estaba casi segura de que no se lo había regalado una amiga o un novio (cuando la señorita Moray llegó a Ault para su curso en prácticas, tenía veintidós años y aunque para mí, que tenía quince, no era precisamente una niña, sí me parecía que alguien de su edad era joven para regalarle un complemento tan anticuado). Los broches eran para mujeres de cuarenta, incluso de treinta, pero hasta cumplir esa edad no debían ir más allá de los pendientes y los collares.

El primer día de clase con la señorita Moray en septiembre, en lo primero que me fijé fue en que no estaba allí Cross Sugarman, en quien había pensado horas y más horas durante todo el verano. Tenía inglés a última hora y no había coincidido con él en ninguna otra asignatura, así que su ausencia me

hizo temer que ese curso no lo vería, que no llegaríamos a hablar y que, en consecuencia, jamás se enamoraría de mí. Lo segundo que vi nada más entrar en clase fue la frase «Un libro debe ser el hacha que rompa el mar helado que llevamos dentro. Franz Kafka» escrita a tiza en la pizarra. Y lo tercero que observé fue que había barullo al fondo, cerca de una de las ventanas venecianas que estaban abiertas. Darden Pittard sostenía en alto una zapatilla deportiva, y los que había sentados en la gran mesa rectangular le decían qué debía hacer.

—¡Aplástala! —dijo Aspeth Montgomery.

—Pero se cabreará —repuso Dede, mi compañera de habitación en primero.

—Bobadas. Estará muerta.

—Déjala en paz, Darden. No hace mal a nadie —dijo Norie Cleehan, una chica delgada y pálida de Colorado, con el pelo castaño, largo y lacio, y una voz delicada.

Me senté al lado de Norie. Vi una abeja y comprendí que esa era la causante de todo el alboroto.

Dede, que estaba sentada al otro lado de la mesa y se había dado la vuelta para mirar hacia Darden, se giró y nuestras miradas se encontraron.

—Hola, Lee —saludó—. ¿Qué tal el verano?

Titubeé. No sabía si lo había preguntado con sarcasmo u hostilidad.

—Bien —dije despacio—. ¿Y el tuyo?

—Fantástico. Estuve en... ¡Aajjj! ¡Quítamela! ¡Quítamela! —La abeja acababa de zumbar junto a la oreja derecha de Dede, que empezó a sacudir las manos. El insecto salió volando por detrás de ella y Dede se puso a gritar —: ¿Dónde está? ¿Adónde ha ido?

A su lado, Aspeth reía de forma descontrolada.

—Ya es mía —dijo Darden, pero cuando se echó hacia delante, la abeja salió huyendo a toda velocidad, directa hacia mí. Era un punto borroso que volaba hacia mi cara. Instintivamente, di una palmada delante de la nariz, noté una picadura y algo pegajoso, y supe que la había cogido. Lo que no sabía era si de verdad había querido hacer eso. Todos se quedaron callados.

—Joder, Fiora. No está nada mal —dijo Darden al cabo de unos segundos y, en ese mismo instante, la profesora entró por la puerta.

—Haré como que no he oído nada.

Después de decir eso, sonrió y era palpable la impresión que dejaba a su paso. Se notaba que todos pensamos lo mismo: «Guau. Tenemos a la profe de prácticas en inglés y es genial». No era realmente guapa —su nariz era respingona y un poco de cerdito, y sus cejas marrones parecían más pobladas y más oscuras por el contraste con su media melena rubia—, pero iba muy bien conjuntada y con un toque deportivo. Vestía camisa Oxford, falda vaquera y zuecos sin medias. Tenía las piernas fuertes y bronceadas, las piernas de alguien que hubiera jugado a *hockey* sobre hierba en Dartmouth. Cada otoño, llegaban a Ault tres o cuatro profesores en prácticas para pasar el curso entrenando y dando clases.

Se acercó al extremo de la mesa y sacó una carpeta de un bolso de ante de color azul claro.

—Soy la señorita Moray —dijo—. Ni se les ocurra llamarme señora Moray, porque esa es mi madre.

Hubo risas.

—Voy a dar inglés de segundo —continuó—. Así que si no quieren aprender inglés de segundo, les recomiendo que aprovechen la oportunidad para irse y no perder el tiempo.

Darden se puso en pie y volvieron a escucharse risas. Entonces se sentó.

La señorita Moray echó la cabeza a un lado.

—Muy bien, chico listo. Es usted la primera persona cuyo nombre me gustaría conocer.

—Soy Darden Pittard.

Repasó la lista de alumnos.

—Aquí está. Un nombre con aliteraciones. ¿Alguien sabe lo que es una aliteración?

Dede levantó la mano.

—¿Algo así como en «la espera me desvela» o «siempre en septiembre»?

—Casi, pero eso son rimas, que es cuando se repiten sonidos al final de las palabras. En las aliteraciones se repiten sonidos dentro de la palabra o de la frase, como en *Darden Pittard*. En resumen, señor Pittard, lleva la poesía con usted a donde quiera que vaya.

—Guau, tengo un nombre con aliteraciones —dijo Darden—. No está

mal.

Me pregunté si ganarse la confianza de Darden habría sido una jugada estratégica por parte de la señorita Moray, ya que Darden era uno de los chicos más populares de segundo. A todo el mundo le caía muy bien y aún gustaba más el hecho de que el chico que tan bien caía fuera negro, enorme y del Bronx.

—Muy bien —dijo la señorita Moray—. Vayamos con los demás...

Ya no aguantaba más. Me incorporé un poco sin dejar de apretar las manos y pregunté:

—Disculpe, ¿puedo ir al baño?

—¿Por qué no ha ido antes?

—Necesito lavarme las manos —dije, y todos se echaron a reír.

No creo que se rieran de mí, no exactamente, pero, aunque no me dio vergüenza, sí la sentí cerniéndose sobre mi cabeza. Matar una abeja con las manos podía resultarles raro y asqueroso a los demás. Era como untar las tortitas con queso fresco en el comedor o llevar las compresas usadas metidas todo el día en el bolsillo para tirarlas por la noche al llegar a tu habitación: las dos cosas que se rumoreaba que hacía una chica de tercero que tocaba el violonchelo llamada Audrey Flaherty. Yo no quería convertirme en la Audrey de mi promoción.

Mis compañeros no paraban de reír y la señorita Moray miraba desconcertada a todas partes. Durante un par de segundos pareció que no sabía qué hacer hasta que, de pronto, se armó de determinación:

—Puede esperar a que haya pasado lista. —Volvió a mirar la hoja de papel—. Bien, Oliver...

—Lo siento, pero de verdad que no tardaré nada. Además, todavía no ha sonado el timbre. —Me levanté del todo. Necesitaba tanto lavarme las manos, deshacerme de las pruebas, que casi era una necesidad física.

Nos miramos otra vez a los ojos. Por su expresión, me di cuenta de que se estaba haciendo una idea completamente equivocada de mí, de que pensaba que había dado con la bromista o con la alborotadora de clase... Y, mientras nos mirábamos, sonó el timbre.

—Sí que ha sonado —dijo la señorita Moray—. Siéntese. Los demás recuerden mear antes de entrar en clase.

Todo el mundo soltó una risita (una profesora había dicho «mear») y yo me enfurecí.

—Muy bien —estaba diciendo la señorita Moray—. Oliver Amunsen... ¿Dónde está usted?

Oliver levantó la mano.

—¿Lo he pronunciado bien?

Oliver asintió.

—¿Norie Cleehan?

—Presente —dijo Norie con su voz delicada.

Cuando la señorita Moray dijo mi nombre, dije «Aquí». Nos miramos a los ojos y movió la cabeza, como si estuviera guardando información importante: «La chica esa tan repelente se llama Lee Fiora».

—Levanta la mano, Lee —susurró Aspeth.

Hice como que no la había oído. Seguía sin separar las manos que tenía bajo la mesa apoyadas en el regazo, calientes y pegajosas.

—Venga —dijo Aspeth—. Enséñanosla.

—¿Pasa algo? —La señorita Moray nos miró a Aspeth y a mí, hasta que terminó quedándose conmigo.

—No —dije yo.

—¿Hay algo que quiera compartir con el resto de la clase?

Todos guardaron silencio y comprendí que aguardaban mi respuesta. Así que dije: «Bueno, sí, esto de aquí». Levanté los brazos y abrí las manos para mostrar un potaje de líquido oscuro que empezaba a cuajar, con pedacitos de alas y diminutos penachos de pelo negro y amarillo; también tenía un bulto rojo e hinchado en la palma izquierda, donde me había picado la abeja. Normalmente, hubiera preferido pasar desapercibida, pero el gesto llevaba consigo una teatralidad irresistible y era, hasta cierto punto, inevitable. A veces, sientes la llamada de lo que los demás esperan de ti y te sacrificas, te arriesgas a parecer desagradable o un bicho raro, en aras de su diversión.

Como si estuviéramos en una serie cómica, hubo resoplidos y risitas nerviosas entre el público.

—¿Qué es eso? —preguntó la señorita Moray.

—He matado una abeja.

Hizo un ruido que me costó un rato identificar como un suspiro de

enfado.

—Vale —dijo—. Vaya a lavarse las manos y vuelva enseguida.

Me sorprendió verla enfadada; pensaba que lo entendería todo en cuanto supiera qué había pasado.

Frente al espejo del baño, mi nerviosismo por haber enfadado a una profesora el primer día de clase se entremezcló con una felicidad difusa y sorprendente, que no me conseguía explicar. Repasé mentalmente lo que había pasado: maté la abeja, Darden Pittard me llamó por mi apellido y dijo: «No está nada mal». Lo había dicho como si nada, como si yo fuera una chica más con la que podría llevarse bien. Era uno de esos cuasicumplidos que guardaba como auténticos tesoros.

Cuando volví a clase, Dede estaba diciendo: «... y mi libro favorito es *Marjorie Morningstar*^[5], porque me identifico mucho con ella. Ah, y soy del condado de Westchester». Mientras Aspeth decía cuál era su libro favorito y de dónde era, intenté decidir qué iba a decir yo cuando me tocara. Quizá *Jane Eyre*. Cuando volví a South Bend en verano, lo leí en menos de veinticuatro horas, aunque lo cierto es que fue más por aburrimiento que por el libro en sí. Pero Aspeth fue la última. O bien la señorita Moray se había olvidado de mí o no tenía intención de dejarme hablar.

—Muy bien —dijo—. Ahora, les pediría que presten atención a...

—¿Señorita Moray? —dijo Dede—. Disculpe pero, antes de continuar, ¿podría decirnos de dónde es usted y cuál es su libro favorito?

—¿Por qué lo quiere saber? —Sonó a coqueteo, si es que eso era posible, entre complacida y reticente al mismo tiempo.

—Nosotros se lo hemos dicho.

—Ajá —dijo la señorita Moray—. Revancha.

—Queremos conocerla mejor —dijo Darden.

—Me crie en Dubuque, Iowa, que está muy al norte, e hice la carrera en la Universidad de Iowa, ¡vamos Hawkeyes! —Levantó un brazo, y un par de chicos rieron. Al final resultó que no había jugado a *hockey* sobre hierba en Dartmouth. Ahora que sabía que era de Iowa, percibí algo del Medio Oeste en ella. Lo reconocí en su ropa, sobre todo en la falda vaquera, y en sus gestos. Me di cuenta de que no estaba relajada. «Por supuesto que no», pensé. No solo era su primer día de profesora en Ault: era su primer día de profesora

en todos los sentidos. Y ese fue el momento en que vi su broche, lo llevaba en el lado derecho de la camisa, justo a la altura de la clavícula—. Me especialicé en Literatura —continuó—. Phi Beta Kappa... Ya saben, alardeando un poco para acabar. —Se echó a reír, pero nadie más se rio con ella. En Ault nadie se jactaba y tampoco entendíamos que, por reconocer abiertamente que lo estabas haciendo, pasara a ser algo admisible—. Es difícil elegir un libro —siguió diciendo la señorita Moray—, pero seguramente mi favorito sería *Mi Antonia*.

Vi que Dede apuntó *Mi Antonia* en su cuaderno.

—¿De quién es? —preguntó.

—¿Quién quiere decirle a...? —La señorita Moray miró la lista de alumnos—. ¿Quién quiere decirle a Dede quién escribió *Mi Antonia*?

Nadie dijo nada.

—Lo saben, ¿verdad?

Silencio de nuevo.

—¿No irán a decirme que los alumnos de un centro de élite como Ault no conocen a Willa Cather? Pensaba que iba a encontrarme con los mejores alumnos, con los más brillantes. —La señorita Moray volvió a reír y, aunque no me caía demasiado bien, me sentí realmente mal por ella. Había vuelto a pisar en falso al hablar de Ault como lo haría una revista o alguien de la ciudad (el dependiente del supermercado o un peluquero).

—¿Willa Cather fue quien escribió *Pioneros*? —dijo por fin Jenny Carter—. Creo que mi hermana tuvo que leerlo en Princeton.

—Querrá decir que su hermana necesitaba leerlo —dijo la señorita Moray—. Cather es una de las escritoras más importantes de este siglo. Todos ustedes deberían haber leído como mínimo un libro suyo.

Señaló la pizarra que tenía a mi espalda, con la cita de Kafka. Entonces se me ocurrió que tenía que haber entrado a clase para escribirlo y que después se habría vuelto a marchar antes de que llegáramos nosotros.

—¿Cuántos se han fijado en esa frase al entrar aquí? —preguntó.

Unos cuantos levantaron la mano, pero yo no.

—¿Quién quiere leerla en voz alta?

Dede siguió con la mano levantada. Cuando acabó de leer, la señorita Moray preguntó: «¿Quién está de acuerdo con Kafka?», y yo desconecté. En

Ault, nunca había participado demasiado en los debates en clase. Siempre había alguien que decía lo mismo que estaba pensando y que lo decía mejor que yo; además, con el tiempo, cuanto menos hablaba menos tenía que decir. Casi al final de la clase, la señorita Moray nos dio tareas: leer las treinta primeras páginas de *Walden* y, para el lunes siguiente, escribir doscientas palabras sobre el lugar en el que más nos gustaba reflexionar acerca de la vida.

—Intenten ser tan creativos como... —dijo y, mientras hablaba, sonó el timbre—. ¡Au! ¿Es que creen que tenemos problemas de oído? Como iba diciendo, den rienda suelta a su imaginación para esta tarea. Si no van a ningún sitio en concreto, invéntense uno. ¿*Comprende*[6], chicos?

Algunos asintieron.

—Entonces, son libres hasta mañana.

Nos levantamos, empezamos a guardar nuestras cosas y yo miré bajo la silla para asegurarme de que no me dejaba nada. Me aterrorizaba la idea de perder un trozo de papel donde estuvieran escritos todos mis deseos y humillaciones más íntimos. El hecho de que aquel papel jamás había existido, de que ni siquiera tenía diario y de que solo le escribía cartas a mi familia (unas cartas, por lo demás, insulsas, formales e impostadas: «Hemos perdido el partido de fútbol contra el St. Francis, pero creo que este sábado ganaremos. En dibujo estamos haciendo autorretratos y lo que peor me sale es la nariz») no paliaba ese terror lo más mínimo.

Fui una de las últimas en salir de clase y, cuando llegué al pasillo, vi que Darden, Aspeth y Dede iban charlando un par de metros por delante. Frené el paso para distanciarme del grupo. Desaparecieron entre risas por la escalera y esperé a que la puerta terminara de cerrarse para abrirla yo.

Cuando ya estaba en pijama y calentando una sopa de fideos frente al fuego, apareció Tullis Haskell en la sala común. Era sábado por la noche, acababan de dar las nueve y todas las de la residencia (en realidad, todos los del colegio) estaban en la primera fiesta del curso. Había estado charlando con Martha mientras terminaba de cambiarse, de abrocharse la pulsera y ponerse brillo de labios. No había intentado convencerme de que fuera, y eso fue como una pequeña gota de desilusión dentro de un mar de respiro; tuve la

sensación de que por fin tenía en Ault una amiga que me comprendía. Cuando Martha se marchó, me quedé escuchando los ruidos de la residencia —los grifos abiertos, las radios y las voces de las demás chicas—, que se fueron amortiguando hasta apagarse por completo. Entonces, me puse el pantalón del pijama de algodón azul claro y una camiseta vieja, bajé a la sala común, encendí la tele y eché una lata de sopa a la cacerola. No estaba mal pasar una noche de sábado sola. En realidad, todo era cuestión de expectativas y, a esas alturas, en mi segundo año en Ault, ya había aprendido a no esperar demasiado. En primero, a veces pensaba que, si estaba lo bastante triste, una fuerza de atracción mágica arrastraría a un chico guapísimo directamente hasta mi habitación para que me consolara, y eso había sido un acicate para quedarme sola en la habitación lloriqueando. Como todos mis esfuerzos no sirvieron de nada, llegué por fin a la conclusión de que el tiempo pasaba más rápido si te ponías a hacer algo, como ver la televisión o leer alguna revista. Además, mi anhelo impreciso por un chico se había concretado en la figura de Cross Sugarman, que estaría en la fiesta y que, por mucho que yo me muriera de pena, me lamentara o invocara su nombre, seguiría estando en la fiesta.

Mientras removía el caldo, oí una voz masculina decir «Hola», me volví y vi a Tullis de pie junto a la puerta de la sala común.

—Hola —dije yo también.

Tullis era de cuarto y en el concurso de talentos del invierno anterior había tocado «Fire and rain» a la guitarra. Yo estaba entre el público (había ido porque podía ser una observadora pasiva y ver a otras personas haciendo cosas con pasión, sin tener que mostrar emoción yo también, como sí sucedía en las fiestas o en las presentaciones para animar a los equipos), y mientras lo observaba fui sintiendo cosas muy diferentes y poderosas hacia ese chico (Tullis) en el que jamás me había fijado. Primero puso un taburete sobre el escenario, luego desapareció y reapareció al momento con la guitarra colgando de una correa azul y amarilla. Mientras avanzaba por el escenario, un chico gritó: «Canta para mí, Haskell», y Tullis hizo como si nada (estaba serio y parecía algo vulnerable, como si se acabara de despertar de una siesta; tenía rasgos amables y llevaba una coleta de unos quince centímetros, algo nada habitual en Ault). Mientras lo miraba sobre el escenario, me pregunté si

les caería bien o no a sus compañeros y, con esa pregunta, lo primero que sentí hacia él fue la misma afinidad que sentía por todos los marginados que lo eran sin merecerlo, no por los torpes redomados ni por los espantosos sin remedio (de los que tampoco había muchos en Ault), sino por aquellos que, me parecía a mí, habían tenido tantas posibilidades de llegar a ser populares como impopulares y que habían acabado al margen —¿por voluntad?, ¿podría haber jugado algún papel en eso la voluntad?—. Tullis se sentó, hizo sonar la guitarra un par de veces y comenzó a tocar sin decir nada. Reconocí la canción antes de que empezara a cantar y, entonces, la afinidad creció para convertirse en algo diferente, en algo que estaba más allá de la simpatía y cerca ya del cariño. Estaba claro que comprendía la tristeza, porque nadie que no lo hiciera hubiera elegido «Fire and rain». Intenté decidir si era guapo; cuando siguió tocando, pensé «igual sí», y al poco lo que pensaba era ya «desde luego que lo es». Cuando llegó a la segunda estrofa, ya estaba imaginando yo cómo comenzaría nuestra historia: nos encontraríamos por casualidad en la sala del correo, yo le diría con timidez algo bonito sobre su actuación (que todavía iba por la mitad) y él me daría las gracias también con timidez, nos pondríamos a hablar y, antes de que nos diéramos cuenta y de forma inevitable, estaríamos saliendo. Sucedería así sin más y a partir de ese instante nos tendríamos el uno al otro y el resto de Ault quedaría muy lejos: nos sentaríamos juntos en la capilla, nos enrollaríamos por la noche en el ala de música, yo iría a su casa por Acción de Gracias —tenía la vaga idea de que era de Maine— y, al terminar la sobremesa, iríamos paseando hasta una playa, yo llevaría puesta la chaqueta de caza de su difunto abuelo, nos cogeríamos de la mano mirando al mar y él me diría por primera vez «te quiero». Sobre el escenario, Tullis mantenía la mirada baja, pero, al llegar al verso «Sweet dreams and flying machines in pieces on the ground», la levantó con solemnidad y noté la emoción del público. Miré a uno y otro lado, y vi que todas las chicas de mi fila y las de todas las demás filas estaban embelesadas. Empecé a sentir pánico. Si los dos éramos unos solitarios, la cosa estaba bien, pero, si había una horda de chicas disputándose su atención, no tenía ninguna esperanza. ¿Qué tenía yo que ofrecer para aventajar al resto sin parecer un bicho raro? No tenía nada; era imposible. La canción terminó y, cuando el público estalló en gritos y aplausos, las voces que más se oían

eran inconfundiblemente femeninas. Tullis se levantó, inclinó una vez la cabeza, hizo un leve saludo con la mano y abandonó el escenario entre aplausos. Delante de mí, Evie Landers se volvió hacia Katherine Pound para decirle: «No me había fijado en lo bueno que está Tullis». «¡No puede ser!», me dije, «¡no!». Pero enseguida pasé a pensar: «Muy bien, como quieras, Tullis. Sal con otra si eso deseas. Yo podría cuidarte, podría hacerte feliz, pero, si no quieres nada de eso, no puedo convencerte». Esa noche en la recogida, seguían hablando de él y alguien dijo: «Qué suerte tiene Isabel», con lo que recordé que Tullis efectivamente era de Maine y que estaba saliendo con una chica guapa y bajita que se llamaba Isabel Burten. Para entonces, aunque solo habían pasado unas horas, el torbellino de emociones que había sentido me parecía ya ridículo. Era como si hubiera visto a un desconocido en el aeropuerto y lo hubiera abrazado creyendo que era un pariente: jamás hubiera podido amar a Tullis ni él a mí. Por favor, ¡si ni siquiera habíamos hablado! Curiosamente, a la semana siguiente nos encontramos por casualidad en la sala del correo, no había nadie y podría haberle dicho algo sobre su actuación sin sentirme cohibida, pero, en lugar de eso, no dije ni sentí absolutamente nada.

Al verlo en la sala común siete meses más tarde, tampoco sentí nada, o casi nada —en realidad, lamenté no llevar puesto sujetador—. Me alegré de estar preparando sopa de fideos, que era algo bastante inocuo. Pensaba que, cuanto más contundente o picante fuera una comida, más embarazoso era para una chica (por ejemplo, un bocadillo de carne con queso y cebolla como el que podía pedir, pero nunca pedía, cada vez que alguien de la residencia llamaba a Raymond's House of Pizza un domingo por la tarde... Eso sí que hubiera sido terriblemente embarazoso).

—¿Sabes cortar el pelo? —preguntó Tullis.

—¿Cómo?

—El pelo —dijo Tullis, extendió el dedo índice y el corazón, y empezó a abrirlos y cerrarlos, como una tijera.

Lo miré boquiabierto. Había pensado que me pediría que fuera a buscar a alguien a la planta de arriba, aunque estaba segura de que la residencia estaba vacía, así que me había preparado ya para ir a echar un vistazo para ser amable.

—¿Tu pelo? —pregunté—. ¿O el de otra persona?

—El mío. Creo que... —Se encogió de hombros, se llevó la mano atrás y se tiró de la coleta—. Creo que me he hartado de esto.

Repasé mentalmente mi experiencia previa: en la guardería le había cortado el pelo a una muñeca y me resultó muy gratificante, aunque la muñeca quedó horrible y mi madre se enfadó mucho. Cuando tenía nueve años, mi madre no quiso que la señora de Easy Cuts me cortara el pelo a capas, diciendo que eso era para mayores, así que cuando llegué a casa me encerré en el baño y me lo corté yo. Tampoco esa vez me quedó muy bien. Pero cortarle el pelo a Tullis era otra cosa... era una situación tan extraña que me encantó.

—Claro —dije—. Te cortaré el pelo.

—Fantástico. —Sonrió y, de haber sabido que me iba a sonreír, le habría dicho que sí desde el principio, sin darle tiempo a terminar la pregunta.

—¿Quieres que nos pongamos aquí? —Señalé alrededor; en la sala común había una chimenea, un televisor, dos sofás de color naranja con pelusilla, cinco o seis sillas de color azul también con pelusilla, algunas estanterías de obra para libros y, junto a la zona de cocina, una mesa redonda con varias sillas de madera.

—Aquí está bien —dijo Tullis—. ¿Tienes tijeras?

—Sí. Pero no son tijeras de peluquería.

—No pasa nada. También nos hará falta una toalla, ¿no? Si quieres voy a por una. Estoy aquí al lado, en la de Walley.

Así que por eso se había presentado en nuestra sala común, porque la nuestra era la residencia de chicas que le quedaba más cerca. Se me ocurrió que cortar el pelo era una de esas cosas que todos los chicos pensaban que todas las chicas saben hacer, como hornear galletas con pepitas de chocolate o coger a un bebé en brazos... y yo no quería ser la que le rompiera el mito.

—Puedo ir a buscar una de arriba —dije.

Yo solo tenía mis toallas y las lavaba en las lavadoras del sótano, pero Martha, como casi todos los demás alumnos, recurría al servicio de lavandería. Todos los martes por la mañana, antes de la capilla, dejabas las toallas usadas, con el resto de ropa sucia, en las escaleras de la residencia dentro de un saco amarillo con tu nombre. Al salir de la capilla, te esperaba

otro saco con toallas lavadas y la ropa de la semana anterior, ahora totalmente limpia. Esta transformación mágica costaba tres mil dólares al año. Cuando mi padre vio ese precio en una de las muchas cartas que Ault me envió el verano antes de matricularme, dijo que, aunque solo le pagaran la mitad de eso por alumno, abandonaba a mi madre y a mis hermanos y se mudaba conmigo a Massachusetts para hacerles la colada a todos los críos de Ault, aunque fuera con una tabla de lavar y una pastilla de jabón.

Quitó la sopa del fuego y corrí escaleras arriba. En la habitación, cogí una toalla que seguía en su funda de plástico (a Martha no le iba a importar que la cogiera prestada; nunca llegaba a utilizar todas las toallas de la semana), saqué las tijeras del cajón y me llevé el cepillo del tocador. Además, antes de bajar me puse un sujetador. Pensé en cambiarme de camiseta, pero Tullis se habría dado cuenta y pensaría que estaba intentando impresionarle; seguro que le parecería una tonta que creía que podía conseguir algo con solo cambiarse de ropa. Bajé las escaleras de dos en dos.

—¿Por qué no te sientas aquí?

Puse una de las sillas de madera de la cocina frente al televisor, para que pudiera ver algo mientras le cortaba el pelo. Se sentó y, puesta a su espalda, le coloqué la toalla sobre los hombros; después di la vuelta, me puse por delante y tiré de las puntas de la toalla hasta dejarlas una sobre la otra, sin ningún hueco entre la toalla y su cuello.

—Suéltate la coleta —dije, y lo hizo.

Lo miré de arriba abajo. Nuestras caras estarían a poco más de medio metro, la mía algo más alta que la suya; normalmente me daba mucha vergüenza estar tan cerca de un chico (imaginaba que mis poros le parecerían enormes, y mi cara, llena de manchas), pero esta vez no era yo la protagonista. Estar de pie delante de Tullis me resultaba imparcial, casi profesional.

—¿Quieres que te lo corte igual pero más corto o quieres algo más de chico, igual de corto por todas partes?

—¿Qué harías tú?

—No creo que te vaya a gustar supercorto. —«Porque no sé cómo se hace eso», pensé, pero no lo dije—. Aunque puedo darle algo de forma.

Volví a ponerme a su espalda y empecé a cepillarle el pelo. Era castaño

claro, con mechones más claros y, aunque no era tan suave como el de una chica, era bonito. Le pasé el brazo sobre el hombro derecho y le di un golpecito suave con la punta de los dedos en la barbilla.

—Mantén la cabeza recta. —Como un resorte, levantó la cabeza y enderezó los hombros. Levanté las tijeras y le corté un mechón. Tenía algo de placer físico el pelo contra el metal, el sonido y la sensación del corte. Me di cuenta de que no sabía qué hacer con el pelo que había cortado—. Espera un segundo —dije, saqué unos periódicos de la basura y los extendí junto a la silla. Solté el mechón, que cayó sin hacer ruido, y agarré otro.

—¿No deberías mojarme el pelo? —dijo.

No se me había ocurrido (¿cómo es que no se me había ocurrido?), pero pensé que, si le decía que sí ahora, echaría por tierra mi credibilidad.

—No, está bien —dije—. Puedo hacerlo así.

—Siempre me he preguntado por qué te mojan el pelo en la peluquería. Quiero decir, ¿para qué sirve? —dijo al cabo de un rato.

A su espalda, intenté que no notara que estaba sonriendo.

—Es cuestión de gustos —dije—. A algunos les parece más fácil así. Pero en realidad puede liarte. —Me iba creciendo—. Porque el pelo parece más largo cuando está mojado, así que puedes cortar más de lo que pretendes. —De hecho, eso era cierto, pero no tenía ni idea de dónde lo había sacado... de alguna revista, seguramente.

Pasamos unos minutos sin decir nada. Al principio, cortaba poco más de un centímetro, repasaba que todo estuviera igual y, entonces, cortaba otro centímetro más. Pero lo quería corto, estaba harto de llevarlo tan largo... y mi método no resultaba demasiado eficiente. Así que corté de golpe diez centímetros y, al hacerlo, sentí el escalofrío de lo irreversible. Noté que Tullis estaba absorto en el programa de televisión, que hablaba de la búsqueda de la isla perdida de la Atlántida. Pasaron algunos minutos. Solo le quedaba una pequeña parte del pelo con el que se había levantado esa mañana. Pensé en lo drástico que era, en que los demás notarían el corte de pelo y en que él diría que se lo había cortado yo. «¿Lee Fiora?», dirían. «¿Y eso por qué?» o quizá solo «¿Quién es?». Incluso era posible que la noticia llegara a oídos de Cross Sugarman.

—¿Por qué no has esperado al lunes para ir a la ciudad? —pregunté.

—¿Sabes cuando se te ocurre algo y te preguntas para qué esperar? Pues así ha sido, justo así.

No supe qué más decir. Al rato, pregunté:

—¿Por qué no has ido a la fiesta?

—¿A la fiesta?

—La del centro de alumnos.

Se echó a reír.

—Sé dónde son las fiestas. Es solo que no me van esas cosas, ¿sabes?

—Entiendo. —Y, tras una pausa, añadí—: A mí tampoco.

—Al principio sí que iba, pero es lo mismo cada semana.

—Imagino.

No había ido a ninguna fiesta, así que no podía saberlo, pero me pareció que estaría de acuerdo.

—Muy bien —dije—. Ahora está bastante corto.

Se llevó la mano a la nuca y juntó el pulgar con el dedo índice, como para agarrar la coleta... solo que esta vez no encontró más que aire.

—Ostras.

—¿Está bien?

—Sí, sí, está genial. —Pasó las puntas de los dedos varias veces por la línea donde comenzaba a crecerle el pelo en el cuello—. Es justo lo que quería. Es solo que no estoy acostumbrado.

—Aún tengo que dar los últimos retoques. Ponte recto otra vez.

Hizo lo que le había dicho y seguí cortando. Lo que menos claro tenía era qué hacer en la coronilla, ¿cómo de largo le dejaba ahí el pelo? Volví a ponerme frente a él, por delante de la televisión, y le eché hacia atrás el pelo que le caía sobre las sienes.

—Quieres flequillo, ¿verdad?

—¿Tú qué dirías?

—Creo que quedaría raro sin flequillo.

—Vale, muy bien.

—Cierra los ojos.

Lo hizo y me quedé mirando su cara unos segundos. Sobre la nariz y en las mejillas tenía unas pecas que no se veían desde más lejos y, a la derecha del mentón, un grano que se habría apretado haría tres o cuatro días y que

estaba casi curado. También tenía barba incipiente y dorada sobre el mentón y un poco más encima de la boca. De repente y por sorpresa, me invadió una ternura casi maternal por él. Me resultaba raro recordar que un día pensé que había sentido un flechazo; aunque sabía también que un flechazo como ese, un falso flechazo (si es que había flechazos que no lo fueran), podría reaparecer en cualquier momento si la distancia entre los dos era la adecuada. En ese instante, sin embargo, estando tan cerca el uno del otro, me recordó a mí misma: se parecía tanto a mí que no podía enamorarme de él.

Seguí cortando y, cada vez que cerraba las tijeras, me separaba unos pasos para examinar mis avances. Me pareció que no estaba mal del todo. Quizá sabía cortar el pelo al fin y al cabo.

—Abre los ojos. Creo que ya está —dije por fin.

—¿Hay algún espejo por aquí?

—En el baño. —Señalé hacia la puerta que había junto a la cabina, lo acompañé hasta allí y me quedé a su lado.

—Hala —dijo, y a mí se me paralizó el corazón, pero entonces sonrió. Se pasó una mano por la cabeza—. Caramba, está muy bien —volvió a decir—. ¡Muchas gracias!

Le devolví la sonrisa.

—Ha sido un placer.

—¿Quieres que te pague algo?

—Por favor. —Sacudí la cabeza—. Claro que no. —La idea me resultó humillante, tan incómoda como que otra chica de la residencia te pagara por pasar el aspirador por su habitación, o algo así.

—Oye, una cosa —dijo Tullis—. ¿Te importaría raparme la nuca? ¿Te parecería asqueroso?

En realidad, me sentí halagada.

—Puedo traer una cuchilla —añadió.

—Cogeré una mía. No pasa nada.

Fui a buscar una cuchilla de color rosa de mi cesta. Llené un vaso de la cocina con agua y lo puse junto a una pastilla de jabón sobre el televisor. Tullis se sentó a horcajadas en la silla, de espaldas al televisor. Mojó los dedos en el agua, los frotó sobre el jabón y se los pasó por la nuca. En aquel instante, mientras le tocaba la piel sin que él pudiera verme, volví a tener la

impresión de que podía colarme por él. Le extendí la espuma por la nuca, apoyé la cuchilla y la deslicé hacia arriba, la enjuagué en el vaso de agua y volví a pasarla por la nuca, todo sin decir una sola palabra. «La teoría de que la Atlántida pudo haber estado en la isla de Tera», iba diciendo el locutor, «se ve apuntalada por las pruebas de una erupción volcánica en Tera en el año 1500 a. C., que hundió en el mar gran parte de la isla». Me pregunté en qué estaría pensando Tullis. ¿Qué sentiría al notar mis dedos? Pero no creía que los chicos me mirasen de esa forma. Solo me había parecido posible una vez y fue estando en el taxi con Cross.

Cuando me pareció que la nuca estaba bien rapada, le pasé los dedos por la piel y estaba muy suave.

—Vale —dije controlando la voz—, ya estás listo.

Se llevó la mano a la nuca.

—Gracias —dijo—. Podría haberlo intentado yo, pero me habría cortado por lo menos diez veces.

Se levantó y volvió a poner la silla junto a la mesa; mientras tanto, yo recogí los periódicos llenos de pelo y los aplasté dentro de la basura. Sabía que iba a marcharse ya. Hasta ese momento, había estado cruzando los dedos para que no volviera nadie a la residencia, porque no tenía ganas de explicar lo que estábamos haciendo; además, si alguien hubiera puesto en duda la idea, puede que Tullis se hubiera echado atrás. También tenía la sensación de que él y yo estábamos congeniando —muy sutilmente, eso sí; no es que fuéramos a salir de allí siendo grandes amigos—, y no quería que nadie nos interrumpiera. Me imaginaba a alguna de las chicas de la residencia metiéndose entre los dos y gritando algo así como: «Ay, Tullis, ¡no puedo creer que te estés dejando cortar el pelo tanto! ¡Tullis, estás loco!». Sin embargo, ahora que el corte estaba acabado y que iba a irse, lamenté en parte que no lo hubiera visto nadie. Me había gustado hacer de peluquera y no me hubiera importado tener público. Era como cuando nació Tim, mi hermano pequeño, y mi madre me dejaba sacarlo a la calle en el carrito. Yo pensaba —tenía once años— que, si me veían los chicos de clase que vivían cerca, se volverían locos por mí porque parecía muy guay y muy mayor. Ahí estaba yo, cuidando sola de mi hermano pequeño.

Eché el agua con jabón por el desagüe y dejé el vaso en el fregadero. Aún

llevaba la cuchilla en la mano. Pensé que debería guardarla, sin usarla ni hacer nada con ella: la metería en la caja de cartón que tenía debajo de la cama, junto a unos viejos cuadernos, trabajos de clase y los programas de las actuaciones del colegio. Pero, si no la tiraba, Tullis se daría cuenta y le parecería raro, una de esas cosas «audreyflahertísticas». Así que la tiré a la basura.

—Gracias otra vez —dijo Tullis.

—No hay de qué.

Se había acercado también al fregadero, así que estábamos frente a frente. Me tendió la mano y le di la mía.

—Te espera un gran futuro —dijo—. Con salones por todo el país. La peluquera de los famosos.

Entorné los ojos.

—Qué mejor forma de aprovechar mi educación en Ault.

—Podría ser peor. Pues bien, ya nos veremos. —Se volvió cuando estaba a unos pasos de la puerta—. Lo siento, esto es muy embarazoso, pero... ¿cómo te llamas?

—Lee —dije—. Lee Fiora.

—Ah, genial. —Asintió—. Ault es pequeño, pero cuando vas a cuarto...

—No pasa nada —dije yo.

—Muy bien. Entonces gracias, Lee. —Sonrió y volví a pensar que tenía la sonrisa más bonita del mundo. También pensé que le había cortado el pelo de primera. No tenía ni idea de cómo lo había conseguido.

Cuando ya se estaba dando la vuelta, se me escapó:

—Esto, oye...

—Ay, perdona, yo soy Tullis... —dijo él.

—Sí, ya lo sé. Quería decirte otra cosa. Fue hace mucho, pero, bueno... cuando tocaste la guitarra en el concurso de talentos del año pasado me gustó mucho.

Siguió sonriendo. Me encantaban los chicos, me dije. Todos.

Cuando se marchó, me saludó con la mano como cuando bajó del escenario después de cantar «Fire and rain».

Según su trabajo de inglés, Dede reflexionaba sobre la vida en un

banquito junto a la ventana del descansillo entre las dos primeras plantas de la casa de sus padres en Scarsdale. Darden dijo que a él le gustaba pensar en el metro, en las líneas 2 y 3, y Aspeth, en verano, cuando bajaba por el estrecho de Long Island en el velero de su abuelo (me creí que Aspeth pasara el verano en Long Island y que su abuelo tuviera un velero, incluso que fuera a navegar en él, pero no que lo hiciera sola: había observado que las personas guapas y populares no pasaban mucho tiempo a solas). Martin Weiher elegía para reflexionar el retrete, y hubo muchas risas, pero cuando Jeff Oltiss dijo lo mismo, no fue recibido con el mismo entusiasmo, porque no era tan guay como Martin y porque había sido el segundo en decirlo.

La señorita Moray había pedido voluntarios para leer el trabajo, pero, como no los hubo, se lo pidió directamente a Dede; entonces Darden, que se sentaba a su lado, dijo que él lo leería después y así fueron siguiendo todos espontáneamente el orden alrededor de la mesa. Después de Jeff, me tocaba a mí. Cuanto más se acercaba el turno, más rápido me latía el corazón y ya debía de tener la cara al rojo vivo. Al pensar en mi trabajo, se me cerraba el estómago, no creía que estuviera muy bien escrito ni que fuera especialmente divertido, pero lo que me angustiaba sobre todas las cosas era pensar que enseguida me estarían todos observando y escuchando. Cuando llegó el momento, supe que no podía hacerlo. Imposible. Me temblaría la voz, me quedaría sin aire y, al ser consciente de todo eso, me iría poniendo cada vez más nerviosa hasta que me resultara físicamente imposible aguantar un segundo más. Sería como si el momento fuera a deshacerse por implosión en pedacitos que fueran réplicas de él mismo, aunque en ese momento no tenía muy claro qué era eso de la implosión (¿algo así como la combustión espontánea?, ¿o se hundiría el suelo y nos enrollaríamos sobre nosotros mismos como los ingredientes de un kebab?).

—Paso el turno —dije yo—. Se puede, ¿verdad?

—¿Por qué quiere pasar el turno? —preguntó la señorita Moray.

—Preferiría hacerlo.

La señorita Moray suspiró, como si le estuviera haciendo perder el tiempo con mis dudas (y como si no hubiera dado a entender ella misma que leer era voluntario).

—Todos los demás han leído —dijo—. No sería justo para el resto.

En Ault no había oído a ningún adulto sostener un argumento que aludiera a la justicia. Lo que me quedó claro era que, si volvía a cuestionar a la señorita Moray, el problema (cualquiera que fuese) pasaría a ser tangible y real, algo de lo que hablarían todos al terminar la clase.

Miré la redacción que había escrito por la noche en el ordenador de Martha.

—Reflexionar sobre la vida es muy importante para tomar decisiones y poder definir los valores y principios de cada uno. —Empecé, y noté que mi voz no era más que un hilillo—. Muchas personas, como Henry David Thoreau, se retiran a un lugar en calma y silencio. Mi lugar está... —Me interrumpí. Comprendí de pronto por qué no había querido—... No puedo leerlo.

—Lo está haciendo bien —dijo la señorita Moray.

No la miré ni a ella ni a mis compañeros, aunque sabía que me estaban mirando todos.

—Puede volver a empezar desde el principio, si quiere —dijo la señorita Moray, con una amabilidad en la voz que no había mostrado antes.

—No —dije.

—Lee, nadie va a juzgarla. Debe acostumbrarse a leer su trabajo en clase, porque va a tener que hacerlo muchas veces en esta asignatura.

No dije nada.

—¿Puede decirme por qué no quiere leer?

Noté que podría suceder que me pusiese a llorar, aunque no necesariamente. La posibilidad había cobrado cuerpo. Lo mejor sería hablar lo menos posible.

La señorita Moray suspiró de nuevo pero esta vez fue distinto: no estaba impaciente como antes.

—No tiene que hacerlo hoy —dijo—, pero a partir de ahora deberá estar preparada para leer lo que haya escrito. Y eso va para todos, sin excepciones. Norie, su turno.

Al terminar la clase, la señorita Moray dijo que me quedara para hablar con ella.

Recogí los libros y me quedé sentada en la silla, con la cartera cerrada sobre la mesa. Tenía la redacción sobre las piernas, lista para entregársela. En

realidad, no me importaba demasiado lo que pensara ella: para mí, el juicio de los profesores era tan imparcial como el de los médicos.

Cuando salieron todos de clase, la señorita Moray se sentó frente a mí. Llevaba un jersey de cuello alto de color lavanda, chaqueta negra —ya empezaba a hacer frío— y el broche del libro en la solapa izquierda de la chaqueta. Por debajo del pecho izquierdo tenía una raya corta y horizontal de tiza, de unos diez centímetros; seguramente no se hubiera dado cuenta de ello. Tenía la piel algo grasa, sobre todo en las aletas de la nariz.

—Quiero que lea el trabajo —dijo—. Ahora. Para mí. Entiendo que le cueste leerlo delante de toda la clase, pero debe superarlo.

No dije nada.

—Voy a leerlo de todas formas —dijo—. A menos que no lo entregue, claro, pero entonces tendría que ponerle un cero.

Lo dijo dejando claro que no le parecía ni remotamente posible, aunque en realidad no era tan mala idea. Generalmente, mi miedo respondía a algo hipotético y cualquier consecuencia concreta y real, fuera la que fuera, casi siempre parecía más soportable que la imprecisa sucesión de acontecimientos de la que debía protegerme. Así visto, sacar un cero en una redacción que seguramente no supondría más de un cinco por ciento de la nota del semestre no me parecía gran cosa.

—No me importaría sacar un cero —dije. Desde luego, era la mejor opción. Llegadas a ese punto, había llamado demasiado la atención con la redacción, ella podría hacer preguntas y perder imparcialidad. Por muy corriente que fuera mi trabajo, a esas alturas ya era un escándalo.

Me miró incrédula.

—Pero la tarea está hecha.

—Sí, pero he cambiado de idea.

La señorita Moray abrió la boca como para decir algo, la cerró y la volvió a abrir.

—Quiero que lea su trabajo —dijo—. No le doy elección.

Siempre rindo las armas a lo incontestable.

—Vale —dije y se sorprendió—. ¿Empiezo ya?

—Sí, ahora mismo. ¡Adelante! —Su voz sonó repleta de entusiasmo y yo me dije: «Oh, no. El momento sigue siendo el de antes».

Puse la hoja sobre la mesa. «Reflexionar sobre la vida es muy importante para tomar decisiones y poder definir los valores y principios de cada uno. Muchas personas, como Henry David Thoreau, se retiran a un lugar en calma y silencio. Mi lugar está en la tienda de mi padre. Mi padre tiene una tienda que se llama La Central del Colchón, en South Bend, Indiana. Cuando vivía con mis padres, no iba a la tienda entre semana porque tenía clase. Iba los fines de semana. En la trastienda hay una oficina y, detrás de la oficina, un almacén con muchos colchones. Suelo ir a pensar allí porque es un sitio tranquilo y cómodo, y porque puedo echarme sobre los colchones, que están apilados y a veces llegan hasta el techo. Lo mejor del almacén es que oigo hablar a los demás, sobre todo a mi padre, que siempre habla muy alto. Puedo oír a mi padre, a los clientes y a los vendedores, así que sé que no estoy sola, pero no me hace falta participar en la conversación. En ese lugar, pienso sobre muchas cosas, por ejemplo, en qué me gustaría trabajar, sobre el instituto y sobre política. Creo que reflexionar es muy importante para crecer como persona y para saber qué cosas te importan de verdad».

Levanté la vista.

—Ya está.

—No entiendo por qué te daba tanta vergüenza. Es justo lo que quería. Y no lo has pasado tan mal leyendo, después de todo, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—Lo que más me ha gustado ha sido cuando decías que podías oír a tu padre.

La amabilidad de la señorita Moray, una amabilidad compasiva, indicaba que, a pesar de su primera impresión, se había dado cuenta del tipo de persona que era, de que no era ni mucho menos una listilla.

—No entiendo por qué no has querido leerla antes —dijo.

Esa precisamente había sido mi mayor preocupación: que lo entendiera de inmediato. Cuando no lo hizo, me sentí aliviada, aunque también tuve peor opinión de ella.

—Quizá te parezca que has empezado con mal pie en mi clase —dijo—, pero quiero que sepas que no tengo ningún prejuicio. En esta asignatura, solo hace falta estar dispuesto a trabajar para estar tranquilo. Además... —añadió y, para mi espanto, me guiñó un ojo. ¡Si estábamos solas! ¿Qué tenía que

hacer yo ahora? ¿Es que no se daba cuenta de que esto no era una película sobre un internado en la que profesora y alumna tuvieran de pronto una unión mística y en la que, tras un fundido a negro, fuera a salir la misma alumna jugando al fútbol o la profesora volviendo en bici a su casita en la otra punta del colegio? No, aquí seguiríamos las dos metidas en la misma clase y tendríamos que seguir respirando y hablando después del guiño—, voy a contarte un pequeño secreto, compañera del Medio Oeste —continuó diciendo—. Creo que aquí en Ault no somos muchas.

Intenté sonreír.

—Has dicho que eres de Indiana, ¿verdad?

—Sí —dije yo—. De South Bend.

—Pues verás, estuve saliendo con un chico de allí —dijo—. Evan Anderson. No lo conocerás, ¿verdad? —Se rio de sí misma, como para demostrar que sabía lo improbable que era.

—Creo que no. —Deslicé mi redacción por encima de la mesa, me puse de pie y cogí la mochila.

—Oye, Lee —me dijo cuando ya iba a salir por la puerta.

Me di la vuelta para mirarla.

También se había levantado, echó los hombros para atrás, dobló los brazos, cerró los puños y lanzó los puños hacia delante:

—¡Confía en ti! —dijo.

Intenté sonreír de nuevo. No supe si había quedado muy convincente. De camino hacia la residencia, por el edificio de clases vacío, pensé que Ault era agotador, con todas las charlas y las expresiones que debías ir adoptando a lo largo del día: ¡Ahora, atenta!, ¡ahora, deseando aprender! Al llegar al patio, dejé que mi cara se entristeciera, pero entonces vi que venía alguien de frente, a unos diez metros. Era Charlie Soco, de cuarto, otra persona con la que jamás había hablado. Lo miré de reojo y vi que no me estaba mirando, bajé la vista, a medida que seguimos acercándonos, me saqué una de las asas de la mochila y, cuando lo tuve justo delante, abrí un bolsillo e hice como que buscaba algo dentro. Así no tuve que saludarlo cuando nos cruzamos.

Bastante gente me comentó lo del corte de pelo de Tullis y, un día, oí a Aspeth y a Dede hablando del tema a la hora del almuerzo. Esperé para ver si

me nombraban, pero no lo hicieron.

—Está diez veces más guapo —estaba diciendo Aspeth.

—Lee —dijo Emily Phillips, que estaba a mi lado—, ¿no se lo habías cortado tú?

—¿Tú? —dijo Dede al verme asentir.

Asentí de nuevo.

—Pero si ni siquiera conoces a Tullis.

Desde comienzo de curso, cada vez que nos veíamos en clase de inglés, Dede había sido muy correcta, a veces incluso simpática, es cierto. Pero, aun así, me encantaba verla histérica. No lo podía evitar.

—Me lo pidió él —dije yo.

Dede entrecerró los ojos.

—¿Es que sabes cortar el pelo?

Sabía lo que estaba pensando: si le había ocultado esa habilidad durante todo el curso que compartimos habitación, ¿qué más podía estar ocultándole? Me hubiera encantado decirle: «Además, soy trapecista y hablo suajili».

—Por supuesto.

—¿Me lo puedes cortar a mí? —preguntó Nick Chafee, que estaba sentado en la otra punta de la mesa.

—Sí, claro.

Como siempre que estaba desconcertada o furiosa, Dede tenía la boca abierta de par en par. Nick Chafee no era mono, pero sí era particularmente rico y Dede dudaba claramente de mi capacidad para estar con él a solas y sin supervisión.

—¿Qué te parece hoy después de cenar? —dijo Nick—. Me pasaré por tu residencia.

—Si quieres voy yo a la tuya.

Nunca había puesto un pie en la sala común de una residencia de chicos. Pero soné espontánea y desenfadada gracias a que Dede estaba observando y a lo irresistible que era enfrentarme a sus expectativas. Si la miraba a los ojos, lo más seguro es que me echara a reír y que todos se dieran cuenta de que iba de farol. Así que me concentré en masticar mi sándwich de atún.

—¿Me lo puedes cortar a mí también? —dijo Emily Phillips.

—¿Estás loca? ¡Cortarle el pelo a una chica no es como cortárselo a un

chico! —dijo Dede, sin darme tiempo a responder.

—Solo quiero cortarme las puntas abiertas —dijo Emily.

—Sin problema —dije. En realidad, era mucho más fácil que lo de Tullis —. Puedo cortártelo también esta noche.

—Es que mañana tengo examen de francés, ¿te viene bien el miércoles por la noche?

En ese caso, era yo la que tenía examen al día siguiente, de español. Pero no importaba mucho: no sacaba muy buenas notas en nada, así que mejor aprovechar el tiempo cortando el pelo que estudiando.

—No me lo puedo creer —dijo Dede.

—¿Te lo corto a ti?

—¡No! —respondió y todos los de la mesa se echaron a reír.

Semana a semana cada vez le cortaba el pelo a más gente, llevaría unos veinticinco a finales de octubre. Algunas cosas que había hecho con Tullis se habían convertido ya en costumbre —no les mojaba el pelo y siempre les hacía cerrar los ojos cuando me ponía por delante; eso, por supuesto, no lo iba a cambiar—. De pronto, me hablaba más gente al ir por el colegio, sobre todo profesores y chicos. Para empezar, Tullis me saludaba siempre cordialmente y por mi nombre; un día, pasé corriendo por el gimnasio para ir al campo de fútbol y oí gritar al delegado de cuarto, Reynolds Coffey: «Oye, Lee, ¿dónde te has dejado las tijeras?»; y, otra vez, al salir del comedor después de una cena de gala, el reverendo Orch —era el capellán y estaba completamente calvo— me cogió por el antebrazo y dijo: «Por lo que he oído, señorita Fiora, es una verdadera lástima no poder recurrir a sus servicios».

Siempre me daban mucha vergüenza esas situaciones y no sabía qué responder. Sin embargo, cuando estaba cortando el pelo, sentía una confianza que no había sentido jamás desde que llegara a Ault. A veces, no les cortaba el pelo como me pedían sino que improvisaba algo completamente diferente que me parecía que les sentaría bien —un par de centímetros más corto, por ejemplo— y, aunque al principio parecían confundidos (enfadados no, jamás se enfadaban, solo confundidos), todos decían que les encantaba. Aprendí a utilizar la maquinilla eléctrica que llevaba números según el largo y, aunque

era algo que los chicos podían hacer sin ayuda, algunos querían que lo hiciera yo en su lugar. Oliver Amunsen me dijo incluso: «Confío más en ti que en mí mismo».

En mis manos, bajo mis dedos, sentía sus cabezas cálidas y vulnerables, y tenía la sensación de que podría cortarles el pelo con los ojos cerrados, guiándome solo por el tacto. Nunca me ponía nerviosa; de hecho, era como si en aquellos momentos mi conciencia hiciera un paréntesis. Solía hablar con ellos un poco, muy poco rato del tiempo que pasábamos juntos, y no me importaba si les parecía que hablaba mucho o si los silencios les resultaban incómodos. Después, cuando se marchaban y me quedaba sola pasando el aspirador o barriendo los pelos, me sentía realizada. Estaba orgullosa de lo que sabía hacer. Aunque normalmente detestaba cualquier tipo de orgullo, este me parecía aceptable porque cortar el pelo era algo neutro, nada de lo que se pudiera fanfarronear. Era como si se me diera bien deshacer nudos o leer mapas.

Tuvimos que presentar el trabajo en grupo poco después de terminar de leer *La cabaña del tío Tom*. Había que elegir una escena significativa del libro, decir por qué nos parecía importante y representarla. Yo iba en el grupo con Norie Cleehan y Jenny Carter, y elegimos la parte en la que Cassy y Emmeline se esconden en el ático y asustan a Simon Legree haciéndose pasar por fantasmas. Yo hacía de Legree.

Después de nosotras iba el grupo de Darden, Aspeth y Dede.

—Tenemos que disfrazarnos —anunció Dede.

—Fantástico —dijo la señorita Moray. A nadie más se le había ocurrido caracterizarse.

Salieron de clase y, con la espera, se dejó sentir lo entusiasmados que estábamos todos. Después de cada actuación, nos levantábamos del asiento, hablábamos con exagerado acento sureño y nos aplaudíamos unos a otros. Una vez, aplaudimos de tal forma que pensé que estábamos haciendo tanto ruido como esas clases que oyes riendo y gritando al otro lado del pasillo, como si estuvieran de fiesta (normalmente cuando a ti te toca hacer un examen de matemáticas).

—Admito que no pensaba que hubiera tanto talento para la interpretación

en esta clase —dijo la señorita Moray.

Aspeth asomó la cabeza por la puerta.

—Antes debería saber una cosa —dijo—. Es una interpretación actual. Está bien, ¿verdad?

La señorita Moray asintió.

—Por supuesto.

—Es la parte en la que los esclavos de los Shelby se reúnen en la cabaña del tío Tom y de la tía Chloe. —Solo podíamos ver la cabeza de Aspeth—. Mientras el señor Shelby está en la mansión firmando el contrato de venta del tío Tom y Harry a Haley.

—¿Y por qué les parece importante? —preguntó la señorita Moray.

—Queremos mostrar el sentimiento de unión que comparten los esclavos y que el tío Tom es su líder, la figura en torno a la que se unen cuando saben que se va a marchar.

—Fenomenal. Adelante.

—Solo un segundo.

Aspeth desapareció y se cerró la puerta. Al cabo de un minuto, Darden irrumpió estrepitosamente en clase, dando enormes zancadas; Aspeth iba tras él y lo agarraba por la cintura, y Dede, tras ella, como si estuvieran bailando la conga. Darden llevaba un sombrero gacho puesto de lado y unas gafas de sol enormes, varios collares de oro, plata y perlas y un chubasquero rojo, largo y brillante, que era de Dede. Con la mano derecha, sujetaba un bastón. Dede se había puesto una combinación de seda de color crema que le llegaba hasta la rodilla y Aspeth, un sujetador de bikini a rayas (de color rosa, verde menta y azul claro) y una falda de tenis. Las dos chicas llevaban zapatos de tacón.

—¡Chu-chuuu! —gritó Darden. Levantó el puño y lo bajó varias veces, luego señaló hacia Aspeth y Dede con la cabeza—. Eh, troncos, ¿a que es el tren de fulanas más guapo que hayáis visto nunca? —Escuché risas y resoplidos desde distintos puntos de la mesa, y alguien (quizá fuera Oliver) gritó: «¡Oh, sí, hermano!». Como para responder, Aspeth y Dede levantaron bien alta la barbilla, se contonearon y pestañearon varias veces.

Los tres pasaron bamboleándose y serpenteando por delante de la pizarra, hasta quedar entre el extremo de la mesa y las ventanas. Darden se echó hacia

delante y pegó la mejilla a la de Jenny Carter.

—Dale amor a papi Tom, pequeña.

Jenny lo miró entre atónita y divertida. Miró hacia la señorita Moray, yo también lo hice y la vi con los ojos entrecerrados, como si estuviera totalmente confundida. Lo mismo que estaba yo. No podía entender qué estaban haciendo Darden, Aspeth y Dede, qué sentido tenía esa ropa tan rara, sus gestos ni la forma de hablar de Darden. Sin embargo, casi todos los de clase los entendían. Jenny juntó los labios y le dio un beso a Darden.

—Gracias, muñeca —dijo Darden. Dio un paso atrás y Aspeth y Dede se pusieron una a cada lado de él, lo cogieron del brazo, lo miraron fijamente y empezaron a acariciarle el hombro o la frente—. Fulanas mías, ya sabéis por qué estamos aquí esta noche —dijo Darden—. Puede que papi se vaya, pero siempre cuidará de vosotras. No es nada fácil si el amo Shelby...

—Dejadlo —dijo la señorita Moray, alto y rotundo. Resultó raro oír a alguien hablando normal—. Ya basta. Sentaos los tres. Pero, antes, cambiao de ropa.

Darden, Aspeth y Dede se quedaron callados. En un pestañeo, habían cambiado de postura (Aspeth había cruzado los brazos y ni siquiera tocaba a Darden) y ya no sonreían.

—Solo queríamos... —empezó a decir Dede.

—Marchaos ya —dijo la señorita Moray—. Rápido.

Salieron a toda velocidad al pasillo. Mientras estuvieron fuera, los demás nos mirábamos, mirábamos a otra parte y volvíamos a mirarnos. Chris Graves apoyó la cabeza sobre la mesa. Darden, Aspeth y Dede regresaron y se sentaron sin decir nada.

—¿Alguien sería tan amable de explicar de qué iba todo eso? —dijo la señorita Moray.

Nadie respondió. No sabía si nos preguntaba a todos o solo a ellos, y tampoco sabía si estaba pidiendo de verdad una explicación (es decir, si no había entendido nada como yo) o si lo que pedía era más bien una justificación.

—En serio —dijo la señorita Moray—. Tengo curiosidad... no entiendo qué les ha hecho pensar que era pertinente o adecuado presentar al tío Tom como si fuera un chulo y a los demás esclavos como prostitutas.

Claro. Qué tonta.

—El tío Tom es una especie de Cristo —dijo la señorita Moray—. Es un héroe.

Darden tenía la mirada clavada en el suelo y Aspeth miraba hacia el frente, con cara inexpresiva y los brazos todavía cruzados. Ver cómo alguien reprendía a Aspeth resultaba extraño y no tan divertido como habría imaginado. De hecho, creo que me habría llegado a dar lástima si no hubiera parecido completamente ajena a los comentarios de la señorita Moray... Era como si le aburrieran. La única de los tres que miraba a la señorita Moray era Dede.

—Queríamos ser creativos —dijo Dede.

—¿Y cómo querían serlo? —preguntó la señorita Moray con una sonrisa desagradable.

—Bueno, pues... con un paralelismo de nuestro tiempo... Es que nos pareció divertido.

—Les diré una cosa —dijo la señorita Moray—. Y esta lección les servirá algún día no muy lejano, cuando hayan salido al mundo real. La próxima vez que intenten ser «creativos», la próxima vez que quieran «divertirse», párense a pensar en la impresión que dejará en los demás su comportamiento. Porque, por mi parte, lo que han hecho me resulta racista con todas las letras.

Cuando dijo eso la miraron todos, incluso Darden y Aspeth. En Ault no había racismo. Mejor dicho, por supuesto que lo había, pero no así. Había chicos de todas las culturas, con padres que habían emigrado de Pakistán, Tailandia o Colombia, e incluso niños cuyos padres vivían muy lejos (en mi residencia, por ejemplo, había chicas de Zimbabue y Letonia). Nunca se oían insultos ni se marginaba a nadie por no ser blanco. El racismo me parecía una reliquia de la generación de mis padres, algo que no había desaparecido del todo, pero que ya no estaba en boga (algo así como los corsés o el pastel de carne).

—No estábamos siendo racistas —dijo Aspeth. No mostró rastro del celo de Dede ni de su necesidad angustiada por arreglar las cosas. Aspeth se sentía en posesión de la verdad, y lo único que debía hacer era demostrárselo a una mente inferior como la de la señorita Moray—. Eso es imposible. Darden es negro.

Lo que dijo era insolente y posiblemente también inadecuado: en nuestro medio posracista, la negrura de Darden era algo que no se mencionaba.

—¿Esa es su defensa? —dijo la señorita Moray—. ¿Que Darden es...? — Al parecer, ella tampoco era capaz de decir que era negro, lo que reafirmaba el poder de Aspeth. Pero, enseguida, la señorita Moray pareció recobrar el control—. Escuche —dijo—, el racismo interiorizado sigue siendo racismo. El autodesprecio no sirve de excusa.

Darden había vuelto a hundir la mirada en el suelo. Cogió aire, infló los mofletes, volvió a soltar el aire y sacudió la cabeza. No me parecía que se odiara y desde luego yo no quería que se odiase. Ya me odiaba yo. ¿Es que no bastaba?, ¿de verdad era necesario que fuéramos tantos?

—Además, está lo del... —empezó a decir la señorita Moray, pero la interrumpió Darden.

—Nos hemos equivocado —dijo—. ¿No podemos dejarlo ya? —Estaba mirando a la señorita Moray fijamente, con los labios apretados. En aquel momento, me pareció un adulto: con su altura, la voz grave y su buen juicio, era como si prefiriese resolver la situación a justificarse. Me hubiera gustado ser amiga suya para poder decirle al salir de clase cuánto me había impresionado su comportamiento sin dar la impresión de que quería regalarle los oídos.

La señorita Moray tardó en responder. Al principio había ido encendiéndose cada vez más, pero esta salida que le ofrecía Darden facilitaba las cosas.

—Vale —dijo por fin—. Pero me gustaría aclarar un punto. Su representación no solo era ofensiva por los estereotipos raciales. También estoy profundamente consternada por su sexismo. Y que sean ustedes dos mujeres no justifica su cosificación. Nuestra cultura nos enseña a las mujeres que nuestro principal valor es el aspecto, pero no tenemos por qué aceptar esa idea. Podemos ostentar nuestros cuerpos, o podemos elegir actuar con integridad y amor propio.

Lo dijo alzando la voz, hablaba casi con demasiado fervor, y vi que Aspeth miró a Dede y entornó los ojos. Pensé que no debería haber empleado la palabra «mujeres». Todas las que estábamos en aquella habitación, a excepción de la señorita Moray, éramos prácticamente niñas.

Aquel mismo día en el vestuario (la noticia de lo sucedido en clase se extendió como la pólvora, incluso Martha intentó sonsacarme todo tipo de detalles), oí a Aspeth hablar del tema. «¡Mujer que se organiza...», dijo, «no plancha más camisas!».

Al día siguiente, mientras esperábamos a que sonara el timbre, la señorita Moray dijo: «¿Quién se muere por aprender?», y, como si fuera una animadora, levantó las manos en el aire y se puso a gritar: «Dame una I, dame una N, dame una G, dame una L, dame una E, dame una S: ¡INGLÉS!». En Ault no había animadoras. Hizo esa broma para darnos a entender que nos había perdonado. Al parecer, no se dio cuenta de que a ella no la habían perdonado.

Una tarde de sábado, a principios de noviembre, estábamos Martha y yo leyendo en la habitación. Ella, sentada en su mesa y yo, tumbada en la litera de abajo; sujetaba en alto el manual de historia de Europa Occidental y, cuando se me quedaban las manos dormidas, cerraba los ojos, me dejaba el libro abierto sobre la cara, con las páginas cayendo sobre las mejillas, y esperaba a que se pasaran el entumecimiento y los pinchazos. Cuanto más avanzaba la tarde, más cortos eran los intervalos de lectura, y más largos los de descanso. En uno de estos últimos, oí que Martha se levantó y, por lo que me pareció, se puso una chaqueta. Aparté el libro.

—Voy a la ciudad —dijo—. ¿Necesitas algo?

Me incorporé.

—¿Puedo ir contigo?

—Solo voy a hacer un par de recados.

Aunque parecía que no quería que la acompañara, me resultaba inconcebible. Martha me transmitía la sensación, una sensación que solo había llegado a tener con mis padres, de que no podía imaginar una compañía mejor que la mía y de que no había prácticamente ninguna situación que no pudiera mejorar con mis comentarios perspicaces y mi graciosísimo ingenio.

—Martha, no pasa nada si tienes que ir a comprar pomada para las hemorroides, no sufras en silencio —dije yo.

Sonrió.

—Te prometo que, si alguna vez tengo hemorroides, serás la primera en

saberlo. —Cerró la mochila.

—Martha, ¿por qué te...? —empecé a decir, pero ella empezó a hablar al mismo tiempo.

—Voy a cortarme el pelo. ¿Qué ibas a preguntar? —dijo.

—Nada —dije yo—. ¿Vas a la peluquería?

—No te enfades. Creo que eres muy buena peluquera. De verdad que sí.

—No me enfado. —Aunque no estaba segura de que fuera verdad—. Pero ¿por qué estás tan rara?

Suspiró y se sentó otra vez en la mesa sin quitarse la mochila.

—¿Lo estoy? —preguntó compungida.

—Sí.

—Es que me parece raro —dijo—. Quiero decir, ¿cómo es que te ha dado por cortar el pelo a la gente?

—¿Que por qué les corto el pelo? No lo sé. ¿Por qué me lo preguntas?

No estábamos discutiendo. La verdad es que la idea de discutir con Martha era impensable, porque era la persona más pacífica que había conocido nunca. Incluso en aquel momento, en todo caso, parecía triste. Aun así, noté una extraña tensión entre las dos.

—Solo te lo pregunto porque... bah, no sé.

—Dilo —dije yo—. Di lo que ibas a decir. No importa.

Vaciló.

—Tengo la impresión de que le cortas el pelo a la gente, sobre todo a los chicos, para tener algún tipo de contacto con ellos sin tener que acercarte de verdad.

—¿Hablas de contacto físico o solo personal?

—Bueno... —Pensó—. Supongo que de los dos.

—Así que te parezco una perversa.

—¡No! No no, Lee. No es eso lo que quería decir. Es completamente normal que quieras acercarte a la gente. —Martha quería estudiar Filología Clásica, pero me la imaginaba mejor de terapeuta o, quizá, de directora de una escuela de primaria—. Pero es que les haces un favor, y ¿qué te dan ellos a cambio? Ni siquiera te ayudan a recoger. No me parece justo. Creo que te mereces algo más.

Me miré los muslos, tendidos sobre el colchón.

—Podrías hacerte amiga de Nick Chafee, por ejemplo —dijo Martha—. Si quieres, claro. No es que Nick me parezca alucinante, pero no creo que debas conformarte con cortarle el pelo.

Creí que Martha lo creía. El que Nick Chafee también lo creyera era otra historia.

—Quizá le doy demasiada importancia —dijo Martha.

—No, gracias por decírmelo. —Tragué saliva—. En serio.

Martha volvió a levantarse.

—En cualquier caso, me sentiré mejor si voy a cortarme el pelo a la ciudad. No te hace falta hacer nada por mí.

—Pero me encantaría cortarte el pelo —dije yo.

—Ya lo sé. —Estaba junto a la puerta, con las llaves de la bici en la mano—. Gracias.

—Martha —dije cuando ya estaba en el pasillo. Se dio la vuelta—. ¿Todo el mundo piensa eso sobre mí? ¿Que corto el pelo para...? —Estaba pensando «para poder hablar con chicos, aunque sea un cero a la izquierda», pero Martha se enfadaba cuando me insultaba a mí misma.

—Claro que no. —Sonrió—. Están todos demasiado ocupados pensando en sí mismos.

Nadie como Martha para hacerme creer en mí misma. Antes de un examen, me hacía creer que podía aprobar; antes de una cena de gala, me hacía creer que iba con la ropa perfecta; antes de volver a casa por Navidad o en verano, me hacía creer que el avión no se estrellaría. Me hacía creer que nadie se había dado cuenta de que había tropezado al salir de la capilla, que estaría contenta en la universidad, que daba igual que se me hubiera caído un refresco de cola sobre el sofá cama y que no me olía mal el aliento; si dudaba de ella, se echaba un poco hacia delante y decía: «Vale, échame el aliento a la cara. Vamos. No te preocupes». Todavía me pregunto a veces qué le di yo a cambio de todo eso.

—Volveré en un par de horas —dijo Martha—. No vayas a cenar sin mí, ¿vale?

Asentí.

—Me habría dado cuenta de que te habías cortado el pelo. Aunque no te hubiera visto marchar, lo habría notado cuando volvieras.

—Sí, es verdad. —Sonrió—. Recuérdame que no me haga espía.

Mientras la veía alejarse, mi mente se proyectó al día en que no compartiéramos habitación y en que nuestras vidas diarias dejaran de tocarse. Sentí como si alguien me estuviera sujetando la cabeza debajo del agua. Pero me dije: «No pienses en tonterías; os quedan casi tres años juntas», y pude volver a respirar. Pero sabía, y siempre lo tuve claro, que nuestras vidas en Ault tendrían que acabar en algún momento (y, a pesar de lo infeliz que era allí a veces, la idea no me hacía sentir mejor, sino que, más bien, me parecía lo peor de todo).

La señorita Moray estaba en la pizarra enseñándonos a dividir los versos de un poema en sílabas tónicas y átonas, cuando Dede me dio un golpecito en el muslo. Me giré, pero ella tenía la mirada fija al frente.

Unos segundos después, sentí un pellizco. Miré hacia abajo y vi que intentaba pasarme un papel. En la parte de arriba reconocí la letra de Aspeth: «valoración de estilo, 08 de nov.». Por debajo, había dibujado una tabla con las categorías «Ropa», «Calzado» y «Maquillaje» en un lado y, en el otro, los nombres «Aspeth», «Dede» y «Lee».

En los recuadros que había junto a su nombre, Aspeth había apuntado 3,4 en «Ropa», 6,0 en «Calzado» y 0,8 en «Maquillaje». Además, había anotado el siguiente comentario en letra diminuta: «¿Alguien puede decirle a esta mujer que la edad de oro del delineador líquido terminó hace SIGLOS?». Por su parte, Dede había dado 2,8 a «Ropa», 6,2 a «Calzado» y 1 a «Maquillaje». Debajo del comentario de Aspeth había escrito: «¡Cierto!», que era la definición más sucinta y acertada de su relación que podía imaginar.

La señorita Moray regresó a la mesa y dejé el papel sobre el regazo, a modo de servilleta. No había llegado a tocarlo, pero me sentía acorralada por él. Claro que había cosas de la señorita Moray que no me gustaban, pero no tenían mucho que ver con su ropa. Además, ¿no sabían Aspeth y Dede que poner algo por escrito era como atarse la soga al cuello? Un papel podía caerse del cuaderno o salir volando por una ventana, o alguien podía sacarlo de la basura, mientras que los comentarios, por muy incriminatorios que fueran, no eran algo que se pudiera ver o tocar, y se podían negar en cualquier momento.

Pero no tenía más opción que participar. Me habían extendido una invitación y, si la rechazaba, no llegarían más. En el mismo instante en que Jeff Oltiss empezó a leer en voz alta el poema de Emily Dickinson que empieza diciendo «The most triumphant Bird / I ever knew or met / Embarked upon a twig today»[7], puse el boli sobre el papel y escribí sobre los recuadros vacíos a la espera de mis puntuaciones: «Todo eclipsado por el broche, ¡menudo joyón!». Antes de darle más vueltas, le devolví el papel a Dede.

Al terminar la clase, me quedé remoloneando como siempre. En las escaleras, Aspeth se volvió hacia atrás (iba con Dede unos cuatro metros por delante) y nuestras miradas se encontraron.

—Bien visto lo del broche, Lee —dijo. Se detuvo y Dede con ella, así que las alcancé—. ¿A qué pobre anciana se lo habrá robado? —siguió diciendo—. A partir de ahora, añadiremos la categoría «Complementos».

—Desde luego —dijo Dede.

—Por cierto, Lee —dijo Aspeth—, quería preguntarte una cosa.

Me encogí de miedo. Quizá quería preguntarme si había besado a algún chico o algo así como «¿Qué coche tienen tus padres?».

—¿Me puedes cortar el pelo? —me preguntó.

—Oh —dije—, claro.

Sentí tanto alivio al oír la pregunta que solo recordé lo que había estado hablando con Martha cuando ya había contestado. No es que fuera nada definitivo, pero sí había marcado un punto y aparte.

—Como esta noche no hay cena de gala, podemos quedar a las seis —dijo Aspeth—. Así nos quedará tiempo para ir a cenar antes de que cierren.

Cuando no había cena de gala, Martha y yo íbamos al comedor a las seis, en cuanto abrían las puertas, normalmente me estaba muriendo de hambre desde las cinco y cuarto. Nos sentábamos con otros alumnos de segundo que también acudían a primera hora. Eran casi todos unos pringados y yo estaba empezando a llevar la iniciativa de la conversación en lugar de esperar a que alguien dijera algo que exigiera una respuesta. Pero es que... era Aspeth.

—A las seis está bien —dije.

Llamé a su puerta tres minutos después de las seis. Había llegado a menos

cinco, pero esperé a que fueran las seis en punto y entonces me pareció que llegar a las seis en punto era peor incluso que llegar algo antes, así que esperé unos minutos más. Al otro lado de la puerta retumbaba la música y tuve que llamar varias veces para que me respondiera Aspeth. Llevaba puesta una camiseta, una chaqueta de punto roja con diminutos botones de color perla en forma de estrella e iba en ropa interior, sin pantalones. Tenía el pelo mojado y peinado hacia atrás, con las marcas del peine como surcos. Puso una cara divertida, como para disculparse, salió corriendo hacia la minicadena para bajar el volumen y me enseñó su trasero dorado en todo su esplendor: unos muslos tersos y aterciopelados coronados por las curvas gemelas del culo que iba dentro de unas braguitas blancas de algodón (por un momento me sorprendió que algo tan clásico fuera tan sexi, aunque lo comprendí al momento). Lo que sonaba eran los Rolling Stones y pensé que Aspeth era la clase de chica de la que hablaban las canciones de *rock*. ¿Cómo podía soportar Dede estar siempre con ella? Aunque estábamos solas en la habitación, me sentí como su dama de compañía.

—Dame un par de segundos. Creía que los pantalones estarían secos ya, pero me parece que aún no lo están... —dijo cuando terminó de ajustar el volumen. Tocó por varios sitios unos pantalones que había colgados de una silla—. Tendré que ponerme los otros.

Cogió otro par de vaqueros de la cesta de la ropa sucia, metió dentro los pies, se los subió y los abotonó sobre su vientre plano. Al ver el gesto, fui consciente de mi insignificancia. Delante de mí podía ir brincando en ropa interior y echar mano de ropa sucia, pero no lo hacía porque tuviéramos confianza, sino porque le daba completamente igual lo que me pareciera a mí. Yo, por el contrario, no paraba de pensar en cosas que podría comentar («Es increíble el frío que hace hoy, ¿no?») para luego no decir nada, porque quedaría forzado o aburrido o del tipo de cosas que un chico que estuviera coladito por ella diría para intentar sacar un tema de conversación.

Miré alrededor. Aunque Aspeth y yo habíamos estado en la misma residencia el curso anterior, nunca había entrado en su habitación. Este año, Aspeth compartía habitación con una chica de Biloxi llamada Horton Kinnelly (Dede había deseado tanto ser la compañera de Aspeth en segundo que llegó a convencerse de que lo conseguiría, pero creo que fue la única), y

sobre las dos camas, que estaban sin hacer, había colchas de flores (cuando veía edredones de flores no podía evitar pensar en Little Washington). Por las paredes había pegadas con cinta adhesiva unas luces blancas de Navidad, que estaban encendidas, y en la pared orientada al norte, un pañuelo enorme de color naranja y verde. Sobre uno de los escritorios había un montón de postales y un mapa del Tíbet y sobre el otro, una banderola de fieltro azul que llevaba escrito «Ole Miss»[8] en letras blancas. En las otras dos paredes había varios pósteres gigantescos en blanco y negro (entre ellos, uno de John Coltrane y otro de Jim Morrison, delgado y sin camiseta, mirando fijamente a la cámara; casi todas las chicas tenían pósteres de naturalezas muertas del Museo de Bellas Artes de Boston) y *collages* de fotografías, un elemento básico en toda habitación de señoritas de Ault: tú con tus amigas llevando gorros de lana, esquiendo o en traje de baño en la playa; tú con tus amigas vestidas de gala antes de un baile; o tú con tus amigas con el uniforme deportivo de Ault, agarradas del hombro después de ganar un partido. Había un ordenador en cada mesa y dos minicadenas, y todas las superficies visibles estaban cubiertas de libros, cuadernos, catálogos y una mezcla de cosméticos caros y baratos: un bote alargado de plástico blanco con loción de manos, polvos de talco, varios tubos dorados de pintalabios, enjuague bucal, un frasco de Chanel (nunca había visto Chanel en la realidad) y una caja de tiritas de marca blanca; tirado en el suelo, delante de la puerta, había un chaquetón gris con forro de raso que Aspeth pisó (literalmente, con los zapatos) al salir de la habitación. También dejó las luces encendidas, las navideñas y todas las demás, lo mismo que la música. Mientras la seguía por el pasillo (antes de cortarle el pelo, teníamos que ir a buscar a alguien, no sabía si no me había dicho a quién o si no me había enterado), estaba entusiasmada y enfadada a partes iguales. La habitación que compartía con Martha me pareció demasiado tranquila y anodina; nuestras vidas me parecieron demasiado tranquilas y anodinas. ¿Aspeth habría sido así de genial desde que nació o se lo habría enseñado alguien, su hermana mayor o una prima, por ejemplo?

—¿A quién vamos a buscar? —pregunté. Aspeth andaba bastante rápido y yo iba un par de pasos por detrás de ella.

Dijo algo, pero me pareció que no había entendido bien.

—¿A quién? —tuve que decir.

Se volvió.

—¿Qué pasa? ¿Te cae mal o algo?

—No —dije—. Es que no... ¿Has dicho Cross? ¿Te refieres a Cross Sugarman?

Sonrió.

—Ha sonado a «el único e irrepetible Cross Sugarman». ¿Qué pasa, es que te gusta?

—No —dije, pero recordé que cuanto más vehemente fuera, más se notaría que estaba mintiendo—. Casi no lo conozco —añadí.

—Cuando le conté que ibas a cortarme el pelo, no quiso perderselo. Así que quedé en pasar a buscarlo por su residencia.

En los últimos meses, había estado en las salas comunes de casi todas las residencias de chicos. Solían oler raro y estaban llenas de cajas de *pizza*; cuantos más chicos había, más huraños eran, se dedicaban a dar vueltas con las manos metidas en los bolsillos, a hacer comentarios jocosos que seguramente, aunque no estaba claro del todo, serían sobre sexo y a mirarme de reojo para ver si había entendido o no sus dobles sentidos y si me había ofendido o no. A veces también podían estar jugando a algo, como a lanzarse una pelota de baloncesto que de vez en cuando iba directa hacia mi cabeza y me obligaba a apartarme justo cuando iba a cerrar la tijera. El juego también podía ser algo más elaborado, como darle patadas a una caja de *pizza* que se iba desintegrando poco a poco sin dejar que tocara el suelo. La televisión estaba encendida sin descanso y siempre tenían puesto algo absolutamente delirante, aburrido de muerte o una mezcla de las dos cosas, como el domingo que le corté el pelo a Martin Weiher mientras veía un espectáculo de *monster trucks*. Siempre me arreglaba antes de aparecer por una residencia de chicos, y a veces incluso le cogía perfume a Martha, pero, en cuanto entraba, me sentía completamente insignificante o, peor aún, como una intrusa. A las chicas nos gustaba estar cerca de los chicos, pero yo tenía la sensación de que los chicos preferían estar solos, hablando sobre chicas con esa avidez que, a mi entender, les resultaba más gratificante que la presencia real de una chica. Sin embargo, a pesar de que me sentía como un pez fuera del agua, cuando llegaba el momento nunca quería marcharme de las guaridas

hostiles, apestosas y bulliciosas de mis compañeros. A veces, alargaba todo lo que podía el corte de pelo y me ponía a cortar mechones sueltos, uno a uno, como si estuviera dando retoques (en cuanto terminaba el corte, hubiera sido impensable que me quedara a pasar el rato; quizá las demás chicas pudieran, pero yo necesitaba tener un motivo). Creo que quería seguir allí porque la forma de ser de aquellos chicos, su llaneza, su gusto por lo físico, como las peleas o los eructos, el que todo fuera tan ruidoso y desordenado que no había forma de mostrarse tímida... todo eso, creo, era preferible, más auténtico y más lleno de vida que la forma de ser de las chicas. Al menos, me parecía preferible a mi propia forma de ser, a mis intentos por ser guapa y por parecer lista, cuando mis necesidades y mis deseos eran exactamente igual de repulsivos que los de cualquier chico.

En la sala común de la residencia de Cross había unos cuantos chicos sentados en los sofás, comiendo hamburguesas con patatas fritas y bebiendo de enormes vasos de plástico (alguno debía de haber convencido a un profesor para que lo llevara a McDonald's con un pedido para toda la residencia). Normalmente, al entrar en una de sus salas comunes, me quedaba junto a la puerta hasta que alguien me veía y me preguntaba si necesitaba algo. Esta vez, cuando entré con Aspeth, Mike Duane, un alumno de cuarto que jugaba muy bien al fútbol, se puso en pie nada más vernos y vino hacia nosotras.

—¿Qué hay? —nos preguntó, y tiró de Aspeth hacia él para darle un abrazo. A mí nunca, literalmente nunca, me había abrazado un chico de Ault.

—Dile a Sug que mueva el culo —dijo Aspeth.

—Voy a buscarlo —dijo otro chico, que desapareció por el pasillo.

—Caramba, Aspeth, ¿cómo es que siempre vienes a buscar a Sug? —dijo Mike—. ¿Por qué no vienes a por mí?

Aspeth se rio.

—¿Te sientes solo?

—Solo me siento solo cuando pienso en tías buenas.

Seguía agarrando a Aspeth por el hombro y empezó a pasarle la mano por la espalda. A mí no me habría gustado que Mike Duane me tocara así. Era tan fuerte, tenía la cara tan roja y le crecía una barba tan tupida que me daba algo de miedo.

—Tendrías que haber estado aquí... —empezaba a decir Mike, cuando oí la voz de Cross diciendo: «Hola, Aspeth», y luego: «Lee». Se me iba a salir el corazón del pecho.

—Acabemos con esto —dijo Aspeth—. Me muero de hambre. —Y yo también. Toda la sala común olía a comida y, en lugar de cortarle el pelo a Aspeth, de lo que tenía ganas era de agarrar una bolsa de patatas fritas, salir corriendo y comérmelas por ahí. Pero Cross acababa de aparecer, y estar con él me apetecía más que cualquier otra cosa.

—Lee, ¿adónde vamos? —preguntó Aspeth.

—Donde tú quieras. —No era mi yo cortador de pelo, sino mi yo normal, el inseguro y tembloroso—. Podemos quedarnos aquí mismo.

—Aquí apesta —dijo Cross—. Vamos al sótano.

Mike Duane le robó otro abrazo a Aspeth y las dos salimos de la sala común en compañía de Cross. En el sótano, nos metimos en una habitación enorme con suelo de hormigón, luces fluorescentes y ventanas horizontales y estrechas pegadas al techo. No había nada más que una máquina de refrescos ruidosa, dos lavadoras y dos secadoras.

—Acabo de caer —dijo Cross—. Necesitarás una silla, ¿verdad? —Se dio la vuelta y desapareció inmediatamente escaleras arriba.

También necesitábamos una toalla para cubrirle los hombros a Aspeth y periódicos para el suelo, pero ya se había ido.

Aspeth bostezó.

—Estoy hecha polvo. Esta noche me habré despertado tres veces.

—Vaya —dije. Cross me demandaba tanta atención y tanta inquietud que no me quedaba nada para Aspeth. Lo único que marcaba para mí ese momento, hasta que regresara con la silla, era su ausencia.

—Y la noche anterior, estuve despierta hasta las dos.

Me estaba preguntando cuánto profundizaríamos en sus hábitos de sueño cuando Cross volvió. Llevaba una silla de madera con patas de metal agarrada por el respaldo, con las patas por el aire y el asiento echado al hombro. Me pareció una forma enternecedora, muy de chico, de llevar una silla. La puso delante de la máquina expendedora y Aspeth se sentó.

—Te caerá pelo encima —dije—. Igual es mejor si te quitas la chaqueta.

Hizo lo que le había sugerido (así que tenía esa autoridad incluso con

Aspeth) y se la pasó a Cross.

—Qué bonita —dijo con una voz aguda y femenina, y se anudó las mangas sobre los hombros. El gesto me espantó.

—El rojo te sienta de maravilla —dijo Aspeth.

—Gracias, cariño —dijo, con la misma voz que antes.

Por favor, ¡que se quitara la chaqueta y dejara de hablar así! No estaba siendo gracioso, y el tipo de gracia que quería hacer era ordinario, patético incluso. Además, sabía que Cross no habría hecho eso si estuviéramos los dos solos y que estaba actuando para Aspeth. Hasta entonces, había albergado en secreto la esperanza de que quisiera estar presente no por ella, sino por mí. Creer que Cross sintiera lo mismo por mí que yo por él era más fácil de lo que debería. No lo creía siempre, claro está, pero sí de vez en cuando. Entre clases, por ejemplo, cuando estábamos a punto de chocarnos en las escaleras y nos quedábamos unos segundos en el descansillo, frente a frente y sin movernos, antes de seguir en direcciones contrarias. Si todo hubiera sido normal, le habría dicho algo como «hola». ¿No significaría algo que él tampoco dijera nada?

—Quiero el mismo largo, pero un poco más corto —dijo Aspeth.

Cross rio, una risa normal y masculina, gracias a Dios.

—¿Cómo va a ser más corto si es el mismo largo?

—Ahí reside la paradoja —dijo Aspeth. Todo el mundo decía la misma frase, una especie de latiguillo que ya se usaba en Ault antes de que llegáramos nosotros el curso anterior.

Tom Lawsey fue el primero de mi promoción en usarla y al hacerlo transmitió la misma sensación de novedad embarazosa y artificial que si le hubieran hecho una rinoplastia e intentara negarlo. Pero a esas alturas, la expresión era tan habitual que ya no reparaba en ella y una vez la dije yo misma (no en Ault sino en casa, en las vacaciones de verano, cuando mi madre me preguntó cómo iba a terminar la masa para las galletas con pepitas de chocolate si no tenía huevos; por supuesto, no era una paradoja en absoluto, y para resolverla bastó con ir a pedirles un par de huevos a los Orschmidt). Durante un tiempo también estuvo de moda decir la palabra «pátina», en mi clase, más que en el resto del colegio. Se hizo popular en la clase de historia antigua y pasó de ser un término para designar la fina capa

de color verde que se formaba sobre el bronce o el cobre a referirse a cualquier cosa vagamente sucia. Por ejemplo, los chicos movían las cejas o se chupaban los labios y decían (a mí no, claro, a otras chicas): «Menuda pátina me llevas». Sin embargo, «pátina» no tenía la capacidad para trascender de «Ahí reside la paradoja».

—Lo que dice es que quiere llevar el pelo igual de largo por todas partes, pero más corto que ahora —le dije a Cross.

Cross me observó con la mirada perdida. Seguramente seguía sin entenderlo del todo.

—Exacto —dijo Aspeth—. Ya lo ves, Sug. Manos a la obra.

De la bolsa de plástico que llevaba en la mano desde que había salido de mi habitación, hacía ya casi media hora, saqué las tijeras y el cepillo (no era el mío, al poco de cortarle el pelo a Tullis me había comprado uno que nunca limpiaba y nadie me preguntaba si lo hacía). Me puse detrás de Aspeth y le cepillé el pelo, que aún seguía húmedo. El champú olía a nuez y a flores, y otra vez entendí por qué a los chicos les gustaban las chicas como ella.

—¿Cuántos centímetros? —pregunté.

—Diez o doce.

—¿Estás segura? —Normalmente, me gustaba cortar todo lo posible, me gustaban los cambios radicales, pero el cabello de Aspeth era tan extraordinario que me pareció que le haría un flaco favor a todo Ault—. Empezaremos con ocho y entonces vemos qué te parece.

—Pero, cuando está largo, se enreda mucho. Igual deberías raparme y listo.

—Estarías genial con la cabeza rapada —dijo Cross.

Eso se parecía más a lo que yo recordaba, ese flirteo con un tono de voz completamente corriente, el que el flirteo consistiera precisamente en la discordancia entre el tono tranquilo y franco y las cosas tan absurdas que decía.

—Vale —dijo Aspeth—. Fuera con todo. Al cero.

Levanté un mechón y lo corté, miré alrededor y, como había temido, no había papelera. Tiré el cabello directamente al suelo.

Cross se puso a mi lado.

—¡Mierda, mierda! Te vas a quedar calva, Aspeth. —No había cortado ni

ocho centímetros, pero Cross quería tomarle el pelo. No sentía nada por mí.

—Anda, calla —dijo Aspeth. Seguramente a ella también le gustaba. La versión oficial que me contó Dede el año anterior era que Cross y Aspeth eran «buenos amigos» y, de hecho, habían salido con otra gente en primero, pero ya lo habían dejado. Cross y Sophie Thruler habían roto en octubre. Si Cross y Aspeth se gustaban, debían salir juntos. Sería un giro asombrosamente previsible.

—No estoy muy convencido —dijo Cross—. Te pones en manos de Lee con los ojos cerrados, pero dime, Lee, ¿cuáles son tus referencias?

Estaba echada hacia delante y volví la cabeza para mirarlo. Se le veía contento. Pasé unos segundos sin decir nada y tuve la sensación de que borró un poco la sonrisa, como si hubiera visto y asimilado mi gesto, como si hubiera comprendido («Soy alguien, existo; no soy el tablero de una canasta en la que encestar tus chistes»), pero no podía estar segura. Igual pensó que no se me había ocurrido nada que decir.

—Lee le ha cortado el pelo a un montón de gente —dijo Aspeth—. Fue ella quien se lo cortó a Tullis.

—Qué dices. —Cross se había vuelto a poner delante de Aspeth.

Aspeth levantó la cabeza sin darse cuenta para mirarlo a los ojos. Podría haberle empujado la cabeza hacia abajo, pero no lo hice. La dejé hacer, incluso sentí el perverso deseo de favorecer su unión. Casi ni me importaba que Aspeth hiciera como si fuéramos aliadas, las dos contra Cross, las chicas contra el chico.

—El corte de Tullis fue una pasada. Chúpate esa —siguió diciendo.

—¿Chúpate esa? Dios mío, Aspeth, deberías pensar seriamente en hacerte abogada. ¿Qué viene ahora, «chinchu rabiña, que tengo una piña»?

Me resultaba incómodo ver flirtear a Cross, era un acto íntimo, como verle sacarse comida de entre los dientes.

—Con muchos piñones y tú no los comes —dijo Aspeth, y se echaron a reír los dos—. ¿No es así como sigue? «Chinchu rabiña, que tengo una piña con muchos piñones y tú no los comes». —Esta vez, lo dijeron los dos a la vez.

Oír a dos personas decir lo mismo al unísono me daba escalofríos, lo mismo que cuando alguien me guiñaba el ojo. Tuve que contenerme para no

salir corriendo del sótano. ¡Qué petardos eran! ¡Eran más pringados que yo! La cuestión era si podría recordarlo cuando los viera sentados a lo lejos en el pase de lista, tan fríos e inalcanzables.

—Aspeth —dije. Seguían riendo e intenté cambiar de tema—, ¿crees que la señorita Moray llevará esas botas mañana?

—¿También os da clase la señorita Marinada? —dijo Cross.

—Lee y la señorita Moray se odian —dijo Aspeth—. Han tenido varias broncas.

¿En serio?

—¿Tuviste algo que ver con lo del chulo? —preguntó Cross.

—No, eso no, pero ya habían tenido varios encontronazos —dijo Aspeth.

—Lee, no sabía que tú... —Cross hizo una pausa y nos miramos a los ojos; pensé que, según lo que dijera, podría ser un destello del otro Cross, del que pensaba que me gustaba—. No sabía que tú te enfadabas tanto —dijo. Nada de destellos.

—Y no me enfado. —Seguramente soné enfadada, pero me daba igual.

—Aunque la Marinada no era la primera opción, ¿verdad? —dijo Cross.

—Calla —dijo Aspeth.

—Pensaba que lo sabía todo el mundo.

—En serio, ¿quieres callarte? —Entonces pareció reconsiderar algo (a mí, al parecer) porque dijo—: Vale, Lee, no se lo puedes contar a nadie, pero la señorita Moray fue una incorporación de última hora. Tengo entendido que habían contratado a otra para hacer las prácticas de inglés. Era superlista, había ido a Yale y encima era negra, así que se morían por ella, pero en el último momento, ya en agosto, a su prometido, que vive en Londres, le diagnosticaron cáncer de testículos y se marchó para estar con él. Se volvieron locos buscando una sustituta hasta que apareció la señorita Moray que, menuda casualidad, quería dar clase y no tenía trabajo en otoño. Así que la contrataron y dos días después llegó de Dakota del Sur.

Nos quedamos callados. Yo incluso había dejado de cortarle el pelo a Aspeth.

—Cáncer en las pelotas, ay —dijo Cross por fin.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté a Aspeth.

—Me lo dijo Renny. —Renny Osgood era el profesor de carpintería, un

tipo de treinta y pocos que había estudiado en Ault y que era el único miembro del cuerpo docente sin título universitario. En la revista de los alumnos solían aparecer comentarios sobre lo guapo que era, y se rumoreaba que había tenido una aventura con una alumna de cuarto hacía algunos años, aunque nadie sabía quién había sido la chica. En cualquier caso, sí era «amigo» de algunas alumnas, una de las cuales era Aspeth—. Ella no encaja aquí —dijo Aspeth—. Ni como profesora ni como entrenadora... Es verdad que el atletismo no se le da mal, pero nunca ha jugado a *hockey* sobre hierba. Ni siquiera conoce los nombres de las jugadas.

Por supuesto que la señorita Moray no había jugado a *hockey* sobre hierba... En el Medio Oeste casi nadie jugaba. De pronto, me la imaginé en septiembre, cuando se enteró de que la habían contratado en Ault, empaquetando sus cosas a toda prisa y poniendo rumbo al este. La imaginé sola en el coche, cambiando de emisora de radio cuando empezara a entrecortarse, pasando la noche en un motel, de pie en la puerta de su habitación, y viendo un campo de soja infinito solo interrumpido por alguna torre de agua o por una valla publicitaria provida. Desde Iowa (no Dakota del Sur), cogería la Interestatal 80 hasta Cleveland, y luego la 90, la misma ruta que recorrí con mi padre cuando me trajo hasta Ault en primero.

—Ha tenido suerte —dijo Aspeth—. Es una profesora lamentable, pero Ault estaba entre la espada y la pared.

Pero no era una profesora lamentable cuando la contrataron, porque nunca había dado clase. ¿Y quién era Aspeth para decidir que ahora no valía? Todavía estaba aprendiendo. Pocas veces quería perderme algún cotilleo, pero esta vez habría preferido no enterarme de que la señorita Moray había sido el segundo plato.

—Vale —le dije a Aspeth—. Ya estás.

Aspeth se levantó y se pasó los dedos por el pelo, con una mano a cada lado de la cabeza. Me enfadé un poco conmigo misma por haber tenido tanto cuidado (aunque el suelo estaba cubierto de pelo por debajo de la silla, ella no tenía prácticamente nada sobre la camiseta). Se volvió hacia Cross.

—¿Qué tal estoy?

—Espantosa —dijo él.

Aspeth le sacó la lengua, ni siquiera ese gesto le hizo parecer ni

remotamente espantosa. Miró la hora.

—Joder —dijo—. Solo tenemos quince minutos para la cena.

Fue hacia la escalera y Cross, tras ella. No supe si podía ir con ellos. Además, había que recoger.

—Oye, Aspeth —grité.

—¿Qué? —dijo ella, sin siquiera volverse.

—Hay mucho pelo en el suelo.

Lanzó una mirada furtiva.

—Tampoco es tanto.

Había tal cantidad que se podía hacer una peluca.

—¿Podrías al menos llevaros la silla? —dije.

—Ah, claro. —Cross se dio la vuelta y volvió a echarse la silla al hombro; esta vez, el gesto había perdido todo su encanto.

—Un millón de gracias, Lee —dijo Aspeth, y desaparecieron los dos.

Dejé vagar la mirada entre el suelo y las escaleras. Aunque fuera el pelo de Aspeth, era un poco asqueroso dejarlo allí. Al final, volví a la sala común, cogí una escoba y un recogedor, lo barrí, lo llevé hasta la basura (mientras lo hacía, tuve la fantasía de llevarlo hasta la otra punta del colegio y echárselo a Aspeth sobre la cama, pero seguramente sería una falta de conducta y, en cualquier caso, era algo demasiado «audreyflahertístico») y devolví la escoba al armario de la residencia. La sala común ya estaba vacía y solo quedaban algunas patatas fritas olvidadas en la mesita de los sofás. Se me pasó por la cabeza comérmelas —después de todo, me había perdido la cena—, pero aquello también sería muy «audreyflahertístico». «Martha llevaba razón», me decía de camino a mi residencia. Se acabó; era la última vez: me retiraba de cortar el pelo.

La tarea sobre *Canto a mí mismo* consistía en escribir una redacción sobre un tema que fuera importante para nosotros, cosas que nos definieran, pero no se me ocurría nada y quedaba poco para presentarla. De camino a la cena de gala, Martha me sugirió hablar sobre la pena de muerte.

—¿Y hablaría a favor o en contra?

—¡Lee!

—Supongo que en contra.

—Hablarías en contra, porque discrimina a las minorías y a los pobres. La abrumadora mayoría de los condenados a muerte son hombres negros sin estudios. Además, muchos de los que acaban en el corredor de la muerte resultan ser inocentes. —Martha sabía tanto sobre esas cosas porque su padre era abogado y porque era más concienzuda y estaba mejor informada que yo. Las noticias por las que me interesaba giraban en torno a cosas del estilo de cómo se llamaba el shihtzu de tal actriz (Petunia) o por qué habían mandado a rehabilitación a aquella otra modelo (por anorexia, pero además se rumoreaba que esnifaba coca).

—La pena de muerte es un buen tema —dije—. Pero creo que no va conmigo.

—También puedes hablar sobre la asistencia social o sobre el aborto.

—Dede va a hablar del aborto.

—Vale, ¿y qué tal «Pintarse las uñas de los pies: a favor o en contra»?

—Eso es perfecto —dije—. Eres un genio.

Pasamos en silencio por delante de la capilla. Ahora que compartía habitación con Martha estaba mucho menos sola y las cosas me iban mucho mejor.

—Oye, ¿y si hablo sobre la religión en los colegios? —le dije—. Podría comparar los centros públicos con los privados. Diría que aquí no pasa nada porque todos estamos aquí porque lo hemos elegido, pero en los centros públicos realmente no es justo: ¿qué pasa si eres judío?, ¿o budista?

—Suena bien —dijo Martha—. No es genial porque tampoco es que te apasione el tema de verdad, pero está bien.

Cuando entregamos las redacciones, la señorita Moray no nos hizo leerlas, para alivio mío. Tenían que tener más de ochocientas palabras, y la mía tenía ochocientas dos contando mi nombre y el apellido, la fecha, las palabras «Inglés de segundo, Srta. Moray» y el título. Pensé que eran demasiado largas para leerlas todas, pero, para mi sorpresa, sí las hizo leer cuando nos las devolvió a la semana siguiente.

—Me gustaría que supieran qué es importante para sus compañeros —dijo—. Norie, empiece usted misma.

Al parecer, había olvidado devolverme mi trabajo, así que levanté la mano, pero no dijo mi nombre y la bajé. Como no quería interrumpir, decidí

esperar a que fuera mi turno. Chris habló sobre lo importante que es el deporte en el instituto, Aspeth sobre cómo viajar amplía tus horizontes y Dede nos explicó por qué estaba a favor del derecho al aborto (desde que Dede me pasó la hoja con las valoraciones de estilismo, no había vuelto a sentarme a su lado, a propósito, pero estuve atenta para ver si Aspeth y ella volvían a hacerlo, y así fue, lo hacían todos los días. Estaba tan lejos que no podía leer lo que escribían, pero el día que la señorita Moray se puso una falda escocesa con un imperdible de tamaño gigante supe que la habrían destrozado: una falda escocesa era otro de los clichés sobre un internado que solo un extraño tendría). En su trabajo, Jenny contaba que su mejor amiga de segundo de primaria murió de leucemia; aunque no sonó muy creíble era tan triste que me pareció que se merecía un diez de todas formas.

Yo estaba sentada junto a Jenny y, cuando terminó de leer, la señorita Moray dijo:

—Jeff, su turno.

—¿Señorita Moray? —dije yo.

—Usted no va a leer —dijo—. Y sabe muy bien por qué.

Se puso roja. Todos los demás me miraron, y yo me volví hacia Jeff, como si le estuviera dando permiso para seguir y supiera lo que estaba pasando. Lo único que se me ocurría es que estuviera relacionado de alguna forma con mi negativa a leer a comienzo de curso.

Cuando sonó la campana, la señorita Moray dijo:

—Seguiremos mañana. Darden y Martin, recuerden traer sus trabajos mañana. Lee, quédese un momento. Los demás pueden irse.

Cuando se habían marchado todos, sacó algo (mi trabajo) de debajo de su cuaderno de calificaciones y lo empujó hacia mí. Se quedó a mitad de camino, fuera de mi alcance. Antes de echarme sobre la mesa para cogerlo, miré de reojo a la señorita Moray y en su expresión vi algo que me dejó paralizada.

—Si quisiera, podría suspenderte este semestre —dijo—. Tu falta de respeto hacia mí como profesora y hacia toda la clase es... No tengo palabras, Lee. No sé si podemos resolver esto.

Esperé por si quería añadir algo más y, cuando pareció que no iba a hacerlo, dije muy rápido:

—Lo siento, pero no la comprendo.

Arqueó las cejas como con desconfianza, pero no aparté la mirada. Pensé que, cuanto más aguantara, más la convencería de que de verdad no la entendía. Al final, fue ella quien dejó de mirar y al instante cogí la redacción. Se titulaba «Rezar en los centros públicos no es una buena idea», y por encima del título había un cero rodeado con un círculo de color rojo. Junto al título, yo había puesto un asterisco, que llevaba a una nota al pie, al final de la página, con asterisco, en la que yo había escrito: «No es un tema de mi interés realmente, pero me parece adecuado para el trabajo». La frase estaba envuelta por un revoltijo de garabatos de color rojo. Aunque intenté leerlos, no conseguí descifrar todas las palabras: «¡¿Y entonces para qué escribes sobre esto?! No entiendes que __ esa insolencia y la falta total de respeto hacia __ porque esta tarea solo era para __».

Levanté la vista.

—No quería decir que no me interese en plan no me interesa en absoluto, sino solo que no es de mi interés, es decir, que no me afecta de verdad.

—Eso que dices no tiene sentido.

—Estoy diciendo la verdad.

—Entonces, ¿por qué no escogiste otro tema?

—No se me ocurría ninguno.

—¿No hay nada que te emocione, que te haga sentir de verdad? Estás aquí, en este fantástico colegio, te ponen todo en bandeja... y a ti no se te ocurre nada que sea importante. ¿Qué quieres hacer en la vida? —Esperó, y me di cuenta de que debía responder algo.

—¿Se refiere al trabajo? ¿En qué quiero trabajar? Pues quizá... —Había pensado en ser profesora, pero parecería sospechoso—. Quizá me gustaría ser abogada —dije.

Resopló.

—Los abogados tienen causas. Creen en algo. Al menos, los buenos. —Cruzó los brazos de nuevo—. No sé qué hacer contigo, Lee. No te entiendo. Eres críptica. ¿Te sirve de algo venir a mi clase?

—Claro que sí.

—¿De qué?

—No sé qué me pregunta exactamente.

—Te pregunto si te sirven de algo mis clases. Es una pregunta bastante fácil de entender.

Nos quedamos calladas y, cuanto más se alargaba el silencio, cada vez más lejos me veía de sus últimas palabras. Quizá podría cambiar de tema, responderle una cosa totalmente distinta, podría decirle «... y, por eso, los loros son mascotas maravillosas» o «porque siempre he querido visitar Nuevo México». Y es que, bien mirada, la conversación que estábamos teniendo era absurda y artificiosa; discutir con la señorita Moray tenía algo de impostado.

Pero no podía decir esas cosas. Habría sido muy raro. Habría pensado que no estaba bien de la cabeza, mucho peor de lo que ya se imaginaba.

—Me gustan las lecturas —dije—. Me parecen interesantes.

—¿Qué libro es el que más te ha gustado? —Casi no me daba tiempo a acabar antes de lanzar la siguiente pregunta.

—Me ha gustado, ummm, *Canto a mí mismo*.

—¿Y qué es lo que te ha gustado?

—Yo... —Tragué saliva haciendo ruido. No estaba a punto de llorar, pero parecía que sí y, nada más oírlo, la señorita Moray suavizó el gesto—. No lo sé —dije—. Las palabras.

—A mí también me gusta Whitman —dijo—. Por eso os lo estoy enseñando.

Me miraba fijamente, menos hostil que antes, pero sin apartar la mirada. Yo miré al suelo, a la pizarra, la ventana y la mesa. Cuando volví a mirarla a ella, ahí seguía, impertérrita.

—Puedes pasar por la vida con desapego —dijo—. Puedes ser una de esas personas que dicen que no a todo, a las que todo les da igual, que no se entusiasman por nada o que son demasiado guays para tomar parte de nada. Pero también, en algún momento, puedes decir que sí. Puedes interesarte por las cosas, tomar partido, abrirte a otras personas. No se me ha pasado por alto que no hablas con nadie ni antes ni después de clase. Los demás quieren ser tus amigos. Dede y Aspeth quieren ser tus amigas y espero que algún día les des una oportunidad.

Noté las ganas de sonreír, pero hacerlo en aquel momento habría sido la peor idea: se habría puesto furiosa. Pero se equivocaba. Se equivocaba en

todo; sin embargo, por muy absurdo que fuera su error, también resultaba halagador. No era desapego, no era desinterés, Aspeth no quería ser mi amiga, y yo era la persona menos guay que conocía —no hacía otra cosa que observar a mis compañeros, querer saber de ellos, admirar su despreocupación y sentirme sacudida por la distancia imposible de salvar que nos separaba, por estar tan terriblemente reprimida y por mi incapacidad para ser normal—. ¿Y lo de que no sentía? Yo lo sentía todo... no solo las reacciones de los demás, sus gestos o la entonación de la voz, sino también el mundo físico, el olor del viento, las luces del techo en el ala de matemáticas y el volumen exacto al que sonaba la radio del baño si estaba encendida cuando me estaba lavando los dientes. Todo lo que me gustaba o me disgustaba en el mundo, todo aquello de lo que quería más o menos, todo lo que quería que terminase o que continuara para siempre. Que no tuviera ninguna opinión sobre las relaciones entre los Estados Unidos y China, por ejemplo, no significaba que no me importaran las cosas. Lo que no tenía muy claro es si era crítica, porque no sabía qué significaba esa palabra, pero la buscaría en el diccionario en cuanto llegara a la residencia.

—¿Me estás escuchando? —preguntó la señorita Moray.

—Sí.

—Lo que quiero decir es si entiendes lo que te estoy diciendo.

—Sí. Lo sé. Yo... lo entiendo. —Quería que le dijera algo más. Quería que hablara tanto como ella, que me abriera. Pero no tenía nada que decir. No era como ella pensaba. La persona de la que hablaba solo existía en ese instante, allí con ella, su creadora—. ¿Quiere que vuelva a escribir el trabajo? —pregunté.

—El trabajo no es lo importante aquí. Me cabreó mucho, es cierto, pero de lo que estamos hablando ahora es de la vida. Sé que suena dramático, pero hay mucho en juego. Lo importante es que hagas algo con tu vida. Me gustaría que esta conversación se te quedara grabada.

Me pregunté por qué me había elegido a mí. ¿Qué había hecho yo para provocar todo esto?

—Me gustaría que hoy fuera el día en que decidieras decir que sí. —Dio un palmetazo sobre la mesa. Estaba eufórica, sin rastro de enfado, y tuve que pensar en Aspeth: si ella hubiera presenciado esta escena, no pararía de imitar

el gesto con ese mismo acaloramiento. Aunque no sabía a qué se debía, estaba contenta de que la señorita Moray me hubiera elegido a mí para perder los papeles, porque yo solo se lo contaría a Martha y no se enteraría todo el colegio—. ¿Ha llegado el día? —preguntó.

—Vale —dije, tragando saliva.

—No pareces muy convencida.

Se suponía que debía decir «¡SÍ!» —más que decirlo, gritarlo—, pero no fue así. No es que no quisiera seguirle la corriente, pero aún menos quería mentir. ¿En serio pensaba que si me ponía a dar gritos fuera de mí la cosa cambiaría? ¿No era un poquito mayor ya para pensar que una persona podía cambiar de actitud en cuestión de minutos? Antes, sus comentarios parecían partir de una concepción equivocada de mí, pero al menos guardaban cierta relación, aunque errada, con mi vida. Pero esta parte del discurso no tenía nada que ver conmigo. Estaba actuando como una entrenadora de fútbol o como la oradora de una charla motivacional. Ya lo había pensado alguna vez, pero nunca con tanta claridad. Y no lo pensé con desprecio, sino con tristeza: «No eres tan lista como crees».

Esa misma noche se pasó por la residencia y llamó a mi puerta a eso de las nueve. Martha estaba en la biblioteca y yo me había quedado comiendo galletas integrales y leyendo *Glamour*. Sin esperar a que le abriera, giró el pomo y entró en la habitación. Verla de pie en la puerta fue tan sorprendente como lógico: desde que saliera de clase, no dejaban de rondarme por la cabeza partes de nuestra conversación, así que su presencia no fue más que la manifestación física de lo que ya estaba en mi imaginación.

—No molesto, ¿verdad? —preguntó.

—No —dije dejando de masticar.

—Voy a hacerte una propuesta. —La energía emanaba de su cuerpo (tenía una idea, había tomado una decisión y había atravesado con férrea determinación el gélido campus) y noté el contraste con mi inercia, mi mala postura y mi camiseta llena de migas. Me senté bien—. Quiero que me cortes el pelo —dijo—. Te pondré nota. Sustituiré la del trabajo. En lugar del cero, te pondré lo que saques con el corte.

La miré y me sentí de pronto tremendamente cansada.

—Bueno, ¿hay trato? —dijo.

—Esto... vale.

Claro que iba a romper mi promesa de no volver a cortar el pelo a nadie. Era una profesora y no tenía alternativa, pero, aunque hubiera sido cualquier otra persona, cualquier otro alumno, tampoco me habría negado, como no lo hice en los meses siguientes. Durante un tiempo seguí aceptando directamente, luego algunas veces empecé a decir: «¿Qué tal en un par de días?», y no volvía a recordárselo, y otras: «Tu pelo parece complicado; no quiero meter la pata». Aun así, mi último corte de pelo fue cuando ya estaba bien avanzado el tercer curso.

La señorita Moray sonrió.

—Ya verás que no te estoy haciendo ningún favor. Este pelo necesita un corte urgentemente.

Titubeé.

—¿Lo quiere ya mismo?

—Estaría genial. He traído todo. —Metió la mano en el bolso, sacó un cepillo y un par de tijeras (era la única persona que se había traído sus cosas) y me las pasó—. Supongo que valdrán. ¿Pasamos al baño?

No se me había ocurrido, pero su propuesta me gustó. Estar con ella en mi habitación me resultaba incómodo.

Llevé una silla al baño y la puse sobre el suelo de azulejos, entre las cabinas de los retretes y los lavabos. La señorita Moray se sentó. Me puse tras ella con una de las toallas de Martha en las manos. Ponérsela y tocarle el cuello o los hombros sería raro, así que me puse otra vez delante y le entregué la toalla.

—Tome —le dije—. Para que no le caiga el pelo por encima.

—Ah —dijo—. Muy considerada. Excelente atención al cliente, señorita Fiora. ¿Me mojo el pelo?

—No hace falta. —A su espalda, me dije que no era más que pelo. Que podía imaginar que era otra persona.

Agachó la cabeza. Vi que tenía una verruga en la nuca, una bolita marrón y diminuta en el nacimiento del pelo, y sentí repugnancia. Podía olerle el pelo, era un olor inconfundiblemente humano y no el aroma a champú de Aspeth. En la coronilla, la señorita Moray tenía el pelo apelmazado en unos

mechones más oscuros y que parecían húmedos. O bien llevaba un tiempo sin lavarse el pelo o lo tenía graso (lo más probable, en honor a la verdad, es que lo tuviera graso, igual que la cara). Empecé a cepillarlo. Era un cabello mucho más abundante de lo que parecía, así que iba a tardar más en cortárselo. Pero iría con cuidado; nada de prisas. En una situación como esta había que ir con esmero: el hecho de que pudiera hacerlo bien me obligaba a hacerlo bien.

No intercambiamos una palabra. Creo que le hubiera gustado, pero no le di pie y a medida que pasaban los minutos noté que se iba apaciguando, que se iba acomodando en el arrullo de su propio silencio. Le corté el pelo por detrás, por la derecha, por la izquierda y me aseguré de que estuviera muy bien cortado por delante. Le cepillé todo el pelo una vez más, para ver si había algún mechón más largo que el resto. Dieron las 21:45. Luego, las 21:50 y oí que la gente volvía a la residencia para la recogida de las diez. ¿En qué estaría pensando la señorita Moray mientras le cortaba el pelo? Tenía veintidós años (de esto me enteré más tarde, porque en marzo nos compró magdalenas para celebrar su vigésimo tercer cumpleaños) y su mente era un universo que yo aún no era capaz de concebir.

Con el tiempo sí que pude. Entendí que estaba en una etapa claramente identificable de su vida. Era una mujer joven que se había mudado sola a la otra punta del país y que debía de tener muy presentes todos esos factores: que era joven, que era mujer y que estaba sola. Su felicidad, si es que era feliz (no tengo ni idea de si lo era), debía de ser muy endeble. Por eso hoy, al mirar atrás, estoy casi segura de que se compró el broche ella misma. Si fue así, fue el gesto de una persona con la firme decisión de darlo todo. Pasé muchas tardes mirándolo abrochado en sus camisas abotonadas o en sus jerséis de cuello alto, con ella de pie en la pizarra o sentada al otro extremo de la mesa, y se me ocurrieron mil y un sitios de donde podía haberlo sacado, pero esa opción jamás se me pasó por la cabeza. Habría sido insoportablemente deprimente, me habría dado una gran lástima (que el esfuerzo denodado me pareciera tan triste, como si no hubiera pena mayor en el mundo, habla, claro está, de lo joven que era yo entonces) y quizá me habría hecho sentir una simpatía sincera y permanente, en lugar de remordimientos de conciencia pasajeros.

Cuando el corte estuvo terminado, la señorita Moray se miró desde todos los ángulos posibles en el espejo.

—Está fantástico, Lee. Ahora entiendo todo el alboroto —dijo.

Antes de marcharse, nos quedamos frente a frente en el pasillo, a la puerta del baño, y me dijo:

—En serio, no sé cómo darte las gracias.

Me di cuenta de que estuvo a punto de abrazarme y yo rogué al cielo para que no lo hiciera.

No querría volver a verla, ni querría disculparme, ni tampoco darle las gracias. No creo que dejara una huella perdurable en mi vida, como se supone que hacen los grandes profesores. Sin embargo, hay algo suyo que todavía me persigue: puede que su mezcla de bravuconería y sinceridad, o el no saber lo que fue de ella (por lo que sé, no mantuvo contacto con nadie de Ault después de marcharse) o quizá sus errores, que fueron muchos.

Por el corte de pelo me puso un diez, como sabía que iba a hacer desde el principio.

5

FIN DE SEMANA EN FAMILIA

OTOÑO DE TERCERO

Cuando entré al comedor, estaba tan vacío y silencioso que parecía domingo por la mañana, aunque eran poco más de las seis de la tarde del viernes. En la zona donde nos sentábamos los de tercero solo había una mesa ocupada, y estaba a la mitad. Coloqué mi bandeja entre Sin-Jun y Nick Chafee —el chico rubio no muy guapo, nieto de los fundadores de los museos Chafee de Filadelfia y San Francisco—. Al otro lado de la mesa estaban Rufina Sánchez y María Oldega, que eran las únicas chicas latinas de nuestro curso —además de Conchita— y que compartían habitación porque estaban muy unidas. Rufina tenía el pelo largo, negro y rizado, los labios carnosos, las cejas finas y arqueadas y unos ojos enormes. Siempre vestía vaqueros y camisetas entallados. María no era ni de lejos tan guapa y, aunque estaba más rellena, también llevaba ropa ceñida. Además, no era muy respetuosa con Rufina y al estar en grupo no hablaba menos, cosa esta que siempre me llamaba la atención en ella.

Me senté y me dirigí a Sin-Jun.

—¿Tus padres no vienen este año?

Sacudió la cabeza.

—Muy lejos.

—Claro, y más después de haber venido ya una vez —dije yo.

Los padres de Sin-Jun habían venido desde Seúl cuando estábamos en primero y me invitaron a cenar con ellos en el Red Barn Inn, al parecer, el único restaurante entre el campus de Ault y Boston que era aceptable para la mayoría de los padres. Cuando fuimos, el restaurante estaba lleno de familias de Ault y parecía que muchos padres ya se conocían de antes; se acercaban a otras mesas y bromeaban entre ellos en voz alta. Cuando el señor o la señora Kim se dirigían a mí, tenía que hacer un esfuerzo para abstraerme del bullicio y concentrarme en sus palabras. La señora Kim tenía una de las palas ennegrecida, llevaba brillo de labios de color rojo, comió aproximadamente la décima parte de lo que le sirvieron y no pidió que se lo pusieran para llevar. El señor Kim tenía entradas y olía a perfume y a cigarrillos. Los dos hablaban un inglés fluido y con el acento muy marcado, y eran bajitos. Como casi todos los padres de Ault, eran ricos (el padre de Sin-Jun era el dueño de varias fábricas de calzado deportivo) pero eran ricos de Corea, ricos del extranjero, lo que no era ni parecido a ser ricos de Nueva Inglaterra o de Nueva York. Casi todos los demás padres se parecían entre sí. Eran altos y delgados, tenían canas y una sonrisa triste, y vestían traje. Las madres tenían el cabello de color rubio ceniza y llevaban diademas, pendientes de perlas, pulseras de oro y chaquetas de punto de color negro con botones dorados y faldas plisadas largas o (si estaban delgadas) trajes sastre de color beis o gris oscuro, con pañuelos de seda al cuello. (Además, las madres tenían nombres que hacían bastante inconcebible que alguna vez hubieran tenido un trabajo de verdad, como Fifi, Tinkle o Yum). Además de cenar en el mismo restaurante, también pernoctaban en el mismo hotel, un Sheraton de postín en la Interestatal 90, y reservaban habitaciones independientes para sus hijos; por lo que decían, todos los chicos que pasaban la noche en el hotel (la mayoría del colegio) acababan borrachos y nadando desnudos en la piscina cubierta o enrollándose con alguien en el vestíbulo, junto a la máquina de hielo. Los Kim no me invitaron al Sheraton, pero, sinceramente, no habría querido ir (seguro que Sin-Jun y yo nos habríamos acostado pronto y, una vez en la cama y con la luz apagada, habríamos tenido que escuchar la diversión, los ruidos y los gritos de los demás). En segundo, Martha me invitó a cenar en el Red Barn Inn con sus padres y fui; pero cuando me invitó a ir este año, rechacé la invitación y, al hacerlo, comprendí cuánto odiaba la ocasión.

—Padre quiere venir, pero madre dice que avión cansa mucho —dijo Sin-Jun.

—Cuando vienes de Asia, es peor volar hacia el Este —dijo Nick—. Al volver de Hong Kong, me pasé una semana durmiendo.

Ni yo ni nadie respondimos al comentario de Nick. Corté los espaguetis en pedacitos pequeños, dejé el cuchillo sobre la mesa y enrosqué la pasta en el tenedor.

—Lee —dijo María y levanté la vista del plato—, ¿tus padres tampoco han venido?

—Vienen mañana.

Nada más decirlo, me angustió que alguien preguntara por qué llegaban tan tarde (el té de recepción del director había sido esa misma tarde), porque bajo ningún concepto iba a reconocer que venían en coche, y no en avión, desde South Bend («¿Todo el camino?», me preguntarían. «¿Cuánto es eso?, ¿doce horas?», y tendría que decirles que más bien dieciocho).

—Tú asegúrate de que lleguen cuando haya acabado el partido —dijo Rufina—. Ningún padre debería ver algo así. —Aunque éramos de tercero, Rufina, María y yo seguíamos jugando de reservas.

—Es primera vez que tus padres vienen, ¿verdad? —dijo Sin-Jun.

—Si no contamos cuando me trajeron, sí —dije, aunque esa vez solo vino mi padre.

—Colega —dijo Nick—, yo estoy feliz de que no vengan mis padres. Mi hermano va a Overfield y allí también es el fin de semana de visita.

—¿Es que prefieren estar con tu hermano? —preguntó Rufina.

—El motivo oficial es que es su primer año fuera y que es la primera visita. A mí no me molesta. —Sonrió—. En serio.

Se echaron todos a reír y yo también (en el tiempo que llevaba en Ault, había comprendido que no reaccionar en una situación en la que todos los demás reaccionaban era un gesto hostil, como si reclamaras atención), pero estaba sorprendida. ¿No tenía Nick mala conciencia?, ¿no era acaso una traición ofender a personas cercanas delante de otras que no lo eran? En las series de televisión y en las películas, era completamente normal tener diferencias poco importantes con los padres (los hombres no tenían ganas de ir a casa de sus padres por Navidad, y las mujeres discutían con su madre al

planificar la boda), pero esas situaciones no tenían nada que ver con mi vivencia. Yo conocía muy bien a mis padres, todas sus cosas: el sonido de su coche al entrar en casa, el olor del enjuague bucal de mi madre, su albornoz rojo, la marca de su queso fresco favorito y la forma en que mi padre decía el abecedario eructando o subía por las escaleras con uno de mis hermanos debajo de cada brazo. ¿Cómo iba yo a hablar de mis padres tan a la ligera, a no ser que no estuviera pensando en ellos sino en unos «mamá» y «papá» abstractos?

—¿Sabéis qué es lo que más me gusta del fin de semana de visita? —dijo María—. Que la comida está mucho más buena. No como esto... —Señaló los espaguetis bañados en salsa marinera aguada que tenía en el plato—. Mañana, sin embargo, estará todo para chuparse los dedos.

Rufina resopló.

—Y así los padres se irán diciendo «Es una maravilla cómo cuidan en Ault a los niños. Qué contenta estoy de haber enviado allí al pequeño Teddy». —Rufina lo había dicho dando un toque estirado al acento que ya tenía y el resultado era divertido; pensé que, si la imitación hubiera sido mía, habría sonado a resentida. Luego, recuperó la voz normal y le dijo a María—: ¿Crees que volverán a hacer esos *brownies*? Qué *ricos* estaban.

—Estuvimos en el té del señor Byden —explicó María.

—Hasta que nos echaron por ir con vaqueros —añadió Rufina, se miraron y empezaron a reír.

Yo, claro está, nunca había ido al té. Era para recibir a los padres, y los míos nunca habían estado en el centro. Aunque no era amiga de Rufina ni de María, sentía por ellas una especie de admiración mezclada con perplejidad, porque no parecía importarles lo más mínimo lo que pensarán los demás de ellas. No se sentían en deuda con Ault ni con lo que el colegio les regalaba (las dos estaban becadadas, ¿y no eran las becas, en esencia, un regalo?) ni se rendían a sus convenciones. Pero ellas eran dos y yo solo una, y sola no se podía ser irreverente, no de verdad. Además, mientras que yo podía pasar desapercibida, su origen racial sellaba de forma definitiva su estatus de marginadas.

—Oye —dijo Nick—. Mi hermano me ha enviado este CD de Pink Floyd. ¿Queréis que vayamos a oírlo al pabellón multiusos?

—Por qué no —dijo María.

—¿Y tú? —Nick miró a Rufina y se me pasó por la cabeza si le gustaría. Por supuesto, no querría salir con ella (los chicos de Ault casi nunca salían con chicas de minorías y, si lo hacían, siempre era una pareja de empollón y chica asiática o india, nunca negra o latina y, jamás de los jamases, el chico era un minibanquero), pero quizá le parecía guapa y eso explicaría qué hacía con nosotras. Porque la verdad es que era bastante raro que Nick Chafee estuviera con un grupo de chicas como ese. Aunque sus padres no vinieran de visita, debería estar en el Red Barn Inn con algún amigo y sus padres.

—¿Te apetece, *chica*[9]? —preguntó María y le dio un golpecito a Rufina en el brazo.

—¡Au! —dijo ella. María le dio otro golpecito y Rufina dijo—: Vale ya o te denunciaré por abuso habitacional.

Se echó a reír con la boca abierta. Rio tan alto y de forma tan desproporcionada que me di cuenta de que debía de ser feliz. No lo había advertido, no sabía desde cuándo lo era, ni si era un estado pasajero o permanente. ¿Le gustaba estar en Ault? Dejando a un lado sus constantes quejas, ¿se sentía unida a este lugar? Me asaltó la imagen de un viaje que hicimos juntas en autobús cuando íbamos a primero, a la vuelta de un partido. Estábamos a principios de noviembre, el día estaba nublado y, como el marcador había ido muy reñido (desde el segundo tiempo, Ault iba perdiendo por solo un gol), la entrenadora nos había dejado a unas cuantas en el banquillo todo el partido. Al principio hablábamos un poco y animábamos al equipo, nos levantábamos, íbamos a dar una vueltecita y estirábamos para calentar por si nos hacían salir al campo, pero al rato hacía tanto frío que nos quedamos sentadas sin movernos, apretujadas (también estaban ahí María y un par de chicas más) y sin decir nada. Cuando terminó el partido, me dio igual que hubiéramos perdido. En el autobús de vuelta, sin quitarme la ropa de deporte, me senté junto a Rufina, y el cuerpo, que tenía aterido, empezó a descongelarse. Mientras recorríamos la autopista, enmarcada a cada lado por árboles desnudos y bajo el cielo blanquecino, conseguí entregarme a aquel instante, a aquel preciso intervalo de tiempo. En cuanto llegara al colegio, tendría que debatirme primero entre el caos del vestuario (aunque no había jugado y no me hacía falta ducharme, no quería llamar la atención) y entre el

caos del comedor; luego, en la residencia, tendría que matar el tiempo en blanco hasta acostarme. Allí no tendría un momento de calma ni un respiro como aquí, donde lo único que tenía que hacer era esperar a llegar. En mi habitación era responsable de mí misma y debía tomar decisiones. Así que apoyé la cabeza sobre el reposacabezas del asiento y escuché los sonidos del autobús, el chisporroteo de la radio del conductor, las voces de las pocas chicas que no iban durmiendo o leyendo, y el zumbido de una canción irreconocible que sonaba en un *walkman*. En aquel momento, el autobús me pareció el mejor lugar donde podía estar; no era un lugar fantástico, no es que estuviera disfrutando, pero me habría costado imaginar algo mejor. Y, entonces, sentí un temblor a mi lado, me giré y vi que Rufina estaba llorando en silencio. Iba mirando por la ventanilla y solo podía verle parte del lado izquierdo de la cara, que llevaba rojo y manchado de maquillaje (cuando llegó a Ault, Rufina llevaba mucho maquillaje, incluso durante los partidos, máscara y delineador negro o morado). Tenía la mano derecha cerrada en un puño, la sostenía delante de la boca y sollozaba. ¿Cuánto tiempo llevaría llorando? ¿Debía decir algo o fingir que no me había dado cuenta?

Me giré hacia el otro lado y miré por el pasillo. Nadie más lo había notado. Oí a Rufina sorber los mocos y, sin pensar, le toqué el brazo con la punta de los dedos. «¿Quieres que llame a la señorita Barrett?».

Sacudió la cabeza.

«¿Quieres un pañuelo?». En realidad, era una servilleta que había sacado de la mochila que tenía a los pies. La había utilizado para comer un sándwich de pavo en el viaje de ida y estaba llena de migas y de manchas de mostaza.

Apartó el puño de la boca, tragó saliva, se volvió hacia mí y me tendió la mano, con la palma hacia arriba. Nos miramos a los ojos y la noté tan triste que deseé que la servilleta estuviera limpia. Echó la cabeza hacia delante, se sonó la nariz y volvió a mirar por la ventanilla. Estábamos atravesando un bosque de árboles de hoja perenne, a las sombras del ocaso, y dijo: «Solo quiero saber si esto va a ser siempre así».

No era lo que había esperado. Para empezar, no esperaba que su voz sonara tan firme, pero sí esperaba que fuera más concreta sobre lo que la afligía, algo como «Echo de menos a mi novio» (me habían dicho que Rufina salía con alguien en San Diego, un chico mayor, que estaba en el Ejército) o

«No entiendo por qué no nos ha sacado a jugar la señorita Barrett». ¿Qué podía contestar a lo que me había dicho? O no tenía ni idea de lo que estaba hablando o lo había entendido exactamente. Entre esas dos opciones, quería creer en la segunda, pero si era así no podía hacer más preguntas: si le pedía que se explicase un poco mejor, significaba que no había entendido nada de nada.

Tomé aire. «No», dije. «Creo que no».

Esperé, pero ninguna de las dos dijimos nada más. Ella continuaba mirando por la ventanilla, seguí su mirada y vi que había empezado a nevar.

Habían pasado dos años desde aquello; Rufina apenas se maquillaba y no llevaba el pelo recogido en una coleta como entonces sino suelto, hablaba mucho y de forma desenfadada, incluso delante de chicos como Nick. Me pregunté si también yo había cambiado desde primero. Si lo había hecho, no me había ido tan bien como a ella: era menos ingenua y estaba menos tensa, sí, pero también había engordado —cinco kilos en dos años— y mi personalidad parecía estar ya más o menos definida. Al comienzo, como pasaba tanto tiempo sola, pensaba que podía parecer peculiar e imaginativa; ahora, sin embargo, era una chica más, ni guapa ni fea, que pasaba casi todo el tiempo con su compañera de habitación —también completamente normal—, que no salía con chicos, que no sobresalía en ningún deporte ni en los estudios y que no hacía cosas prohibidas, como fumar o escaparse de la residencia por la noche. Ahora yo era del montón, y Rufina, feliz. Además, era muy atractiva —o bien antes no tenía esas curvas ni esa piel sedosa, o no me había fijado—. Me pregunté si ahora que era tan guapa tendría la sensación de estar perdiendo el tiempo en Ault, de estar atrapada en Massachusetts.

—Deberías pasarte —le decía Nick a Rufina, y luego se dirigió a Sin-Jun y a mí—: Vosotras también.

—No tenemos nada mejor que hacer —le dijo María a Rufina.

—Yo tengo que estudiar —dijo Rufina, y eso sí que me llamó la atención. Era como si Nick fuera detrás de ella y ella lo rechazara. Aunque él no podía ir detrás de ella de verdad, claro.

—Yo también —dije y me levanté. Nick había sido sorprendentemente amable, pero me costaba creer que en realidad quisiera que fuera con ellos al

pabellón—. Que os divirtáis —dije, intentando que sonara cordial.

Aún hoy me pregunto de dónde había sacado la idea de que, para hacer algo con otras personas, los demás deben querer muy mucho que vayas y que cualquier cosa por su parte que no sea un entusiasmo rayano en la histeria quiere decir que sobras. Es más, ¿de dónde había sacado la idea de que estar de sobra importe algo? A veces, pienso en todas las oportunidades que dejé pasar (ir a hacerme la manicura a la ciudad, ver la tele en otra residencia o participar en una batalla de bolas de nieve). Me había acostumbrado tanto a rechazar invitaciones que luego me pareció que quedaría raro si empezaba a aceptarlas. Una vez en segundo, Dede estaba organizando un grupo de gente para ir a comer fuera antes del baile de primavera. Iba recorriendo la mesa con la mirada, nos señalaba y contaba, pero, al llegar adonde estaba yo, dijo: «Vale, tú no. Tú nunca vas a ninguna fiesta». Y era verdad, pero sí habría ido a un restaurante, me habría puesto un vestido, me habría subido al autobús, me habría sentado con mis compañeros en una enorme mesa redonda con una servilleta roja y gigante sobre las piernas, habría bebido Sprite con una pajita y habría comido panecillos calientes, carne asada y postre. Todo eso habría estado bien, pero ¿cómo podía haberlo explicado en el momento en que Dede me descartó?

Y había algo más, otro motivo, para no ir al pabellón con Nick. Por entonces pensaba que, si habías pasado un buen rato con alguien, lo mejor era dejar que pasara el máximo tiempo posible antes de volver a ver a ese alguien, para no echar a perder el primer encuentro. Supongamos que el miércoles había una charla después de la cena y que tu compañera de habitación y tú empezabais a hablar animadamente con los dos chicos que se habían sentado a vuestro lado. Supongamos que la charla resultaba tan aburrida que os pasabais todo el rato hablando en voz baja y bromeando, y que, al terminar, os separabais los cuatro. Supongamos que luego, unos cuarenta minutos más tarde, estabas mirando las fichas de la biblioteca, esta vez sola y sin el escudo de tu compañera, y te encontrabas con uno de los chicos, también sin su amigo... ¿Qué se suponía que debíais hacer entonces? Probablemente, saludaros con un pequeño movimiento de cabeza resultaría algo frío, confirmaría que lo que habíais compartido en la clase había sido algo excepcional y que habíais retomado vuestro papel habitual. Pero si eso

era frío, pararse a hablar era peor. Te sentirías obligada a alargar la jocosidad de antes, solo que ahora, sin orador del que hacer bromas, estaríais los dos solos, con unas sonrisas excesivas, buscando desesperadamente la ocurrencia con la que poner punto y final a la conversación. Pero ¿y si aún os volvíais a cruzar luego en algún pasillo de la biblioteca? ¡No habría palabras para algo así!

Tenía tanto miedo que, después de pasar un rato agradable con otra persona, pasaba mucho tiempo escondida, normalmente en mi habitación. Además, ese miedo seguía ciertas reglas de una precisión casi matemática. La primera: cuanto menos conocías a la otra persona, mayor era la presión para ser ingeniosa o encantadora en el segundo encuentro si así es como habías sido en el primero. Lo importante era reforzar esa primera impresión. En segundo lugar, cuanto menos tiempo hubiera pasado entre el primer encuentro y el segundo, mayor era la presión —de ahí la agonía del supuesto poscharla—. Por último, a mejor encuentro, mayor presión. Muchas veces, empezaba a angustiarme antes de que terminase el encuentro (solo quería que acabase mientras seguíamos pasándolo bien, antes de que se torcieran las cosas).

Cuando me alejaba ya de la mesa, Rufina gritó por detrás:
—¡Que te diviertas con tus padres!

Mis padres... Me había olvidado de ellos. Fui hacia la cocina, dejé la bandeja y los cubiertos, y sentí un nudo en el estómago. Desde que me dijeron que iban a venir, había pensado mucho en la visita y en las cosas del colegio que les enseñaría, pero ahora, que estaban a punto de llegar, su presencia inminente me parecía una interrupción, una molestia incluso. No es que no me gustara pasar tiempo con ellos, pero por fin empezaba a sentirme a gusto en Ault. ¿No lo demostraban acaso cenas como la que acababa de tener? Había ido sola al comedor y, aunque Nick estaba allí, había participado en la conversación y comido espaguetis (durante mi primer año en Ault no me había atrevido a comer pasta en público). ¿No eran esos grandes avances? Sin querer, se me pasó por la cabeza que ese yo, el yo de Ault para quien comer espaguetis en público era una osadía, podía desconcertar a mis padres. Cuando iba a sexto de primaria, en South Bend, gané la medalla de oro en un concurso de comer tartas en el carnaval de la escuela. Me zampé la tarta sin

manos, levanté en alto un trofeo de plástico de color dorado, vomité en una papelería y nada más vomitar me monté en una atracción llamada «Cambio de sentido» con mi amiga Kelli Robard y nos pusimos a dar vueltas y más vueltas. Desde entonces había cambiado mucho; yo era otra persona. Y, sin importar lo que pensarán mis padres, este yo, el yo de Ault, se había convertido en mi yo real.

Fuera estaba oscuro y hacía frío. Las estrellas eran lucecitas blancas, y la luna brillaba en lo alto casi llena. El pronóstico para los próximos dos días era de un agradable tiempo de finales de octubre, soleado, pero no caluroso, y el campus lucía hojas de oro y rojo. Todos los cursos, el tiempo había sido igual de perfecto para el fin de semana de visitas y a mí me resultaba lo más natural del mundo. Ault se parecía a las personas que siempre consiguen lo que quieren.

No tenía nada en contra de esta suerte del centro; muy al contrario, me sentía agradecida de ser una de sus habitantes. Aunque personalmente no siempre conseguía lo que quería, sí formaba parte del universo privilegiado de Ault; conocía las palabras de paso y su saludo secreto. Puede que nunca me hubiera sentido tan parte de ese lugar como aquella tarde, y no sé si en ese momento me di cuenta —más adelante sí me resultó evidente—, pero que sucediera entonces no fue ninguna coincidencia. Fue porque mis padres iban a venir y porque sabía que ellos no formaban parte de todo aquello. Creo que a veces todo se reduce al contraste: solo cuando caes enferma te preguntas por qué no has valorado la salud en todos los meses que has estado en plena forma.

Al principio me senté en los escalones de piedra de la puerta de entrada del ala norte del edificio de la escuela, porque mis padres entrarían por el portón que quedaba a unos cincuenta metros. Habían dicho que llegarían a eso de las nueve. A las seis de la mañana, cuando aún estaba en la cama, sonó el teléfono de la sala común y bajé a toda velocidad las escaleras para contestar, porque sabía que solo ellos podían llamar tan temprano. Acababan de pasar por Pittsfield, Nueva York, dijo mi madre, papá había ido a por un café, estaban deseando verme.

Llevaba una falda plisada de algodón de color beis que me llegaba por la

rodilla y que dejaba pasar el frío de los escalones, un jersey de lana de color azul y mocasines sin medias; estaba leyendo el manual de física, o más bien lo sostenía sobre las piernas. Habían cancelado las clases del sábado y a esas horas no había casi nadie despierto. La mañana era fresca y soleada, y el rocío cubría la glorieta de hierba y los campos de deporte que había más allá de los edificios. Pensé en todas las cosas que podría hacer si no fueran a acudir mis padres, como salir a correr o ir de pícnic (por supuesto, me estaba engañando a mí misma: no me gustaba correr y jamás haría un pícnic... ¿Qué haría, ir a la ciudad y comprarme una barra de pan?).

Intenté imaginar qué esperarían mis padres del fin de semana. Iba a dar un paseo con ellos por el colegio y sabía que mi madre querría conocer a Martha. Mi padre era más complicado. Me parecía mucho más fácil adentrarme en su mundo (pasar el rato en su tienda, ayudarle a barrer el patio por la tarde o llevarle una cerveza del frigorífico mientras veía el partido; durante años, Joseph y yo nos peleamos por abrir la botella) que confiar en que él pusiera un pie en el mío. Cuando estaba en el colegio, no solíamos hablar por teléfono ni por carta. Solo me había escrito una vez desde que estaba en Ault —tres veces si contaba las postales de Pascua que firmaban todos—, mientras que mi madre me escribía una carta más o menos cada quince días. Eran unas cartas llenas de cotilleos y muy aburridas («La semana pasada me encontré con la señora Nielsen y Bree en el centro comercial, me preguntaron por ti. Bree me dijo que este año le da matemáticas Pertoski (¿?) y que es muy duro. Yo le dije que no me sonaba que te hubiera dado clase...») y cuando recogía del buzón un sobre con su nombre no solía abrirlo inmediatamente. A veces incluso encontraba cartas que llevaban tres o cuatro días sin abrir en la cartera. Pero, en cuanto las abría, las leía muy atenta y las guardaba todas. Me parecía mal y me hubiera puesto muy triste tirar a la basura un trozo de papel escrito por mi madre.

En cuanto a las cartas que les escribía yo a mis padres y a muchos de los comentarios que les hacía por teléfono, eran mentira. Venir a Ault había sido idea mía, yo misma había rellenado las solicitudes con la vieja máquina de escribir de mi madre y lo único con lo que habían ayudado mis padres era con los formularios de financiación. Por eso, cuando no solo me aceptaron en varios centros, sino que también me ofrecieron becas —la más generosa, la

de Ault—, no tuve más opción que aceptarlo. Si al final no iba, ¿para qué me había tomado tantas molestias? Además, estuvo claro desde el principio que para mis padres ir a un internado era más una «oportunidad» que una idea realmente buena. Por todo esto, nunca podría mostrarles mi infelicidad, ni al principio, cuando era más intensa, ni más tarde, cuando se había suavizado y había pasado a ser algo cotidiano. Aunque creía que me gustaba Ault, mi padre seguía preguntando de cuando en cuando: «¿Por qué no vuelves a casa y vas al Marvin Thompson?» o, cuando le dije lo del apodo: «¿Aún no te has hartado de esos *cacachusets*?». Quizá, al fin y al cabo, no fuera infeliz del todo si estaba tan resuelta a quedarme.

A las nueve menos diez, se me ocurrió que tal vez mis padres no verían esa puerta, que pasarían directamente a la siguiente y que acabarían perdidos por el colegio en mi busca. Me los imaginaba como a Hansel y Gretel adentrándose en el bosque, y me vi llamada a protegerlos. Bajé corriendo los escalones y me apresuré hacia el otro portón. Esta vez, me planté directamente delante, para que no pudieran pasar sin que los viera. A no ser, claro está, que hubieran entrado ya y, totalmente desorientados, estuvieran llamando a la puerta de una residencia de chicos en ese preciso instante.

Pasé unos minutos apoyada contra una columna de ladrillo coronada por una bola de hormigón. Cuando había dejado de pensar en su visita, oí una bocina. Estaban a seis metros, a tres y directamente a mi lado en su —nuestro— Datsun polvoriento. Mi madre bajó la ventanilla del acompañante, mi padre dijo «Hola, holita» desde su asiento, mi madre sonrió generosamente y asomó la cabeza y los brazos; yo me acerqué, me incliné y mientras nos abrazábamos me sentí incómoda, con nuestras caras en contacto y la mejilla aplastada contra sus enormes gafas de plástico, hasta que recordé que era mi familia y que las normas de incomodidad habituales no valían para esa situación. «Lee, estás maravillosa», dijo mi madre; mi padre sonrió y dijo: «Yo no la veo tan guapa», a lo que mi madre repuso: «Ay, Terry».

Llegó un Saab plateado y se detuvo detrás del coche de mis padres, sin tocar el claxon.

—Deberíais apartaros —dije—. Voy a subir.

Abrí la puerta de atrás y al entrar sentí el olor a viaje en coche, un aire viciado y agrio. Sobre el asiento había una bolsa vacía de Burger King y

varias latas de refresco tiradas por el suelo. No pude evitar compararlo con el tipo de comida que traían los padres de Martha cuando venían a visitarla desde Vermont: termos con sopa de verduras, pan blanco crujiente y macedonia de frutas que comían con la cubertería de plata de su casa. Tras el asiento iban encajadas las maletas de mis padres, dos enormes bultos de imitación de piel en color azul claro. De pronto me vi con mi hermano Joseph jugando a que las maletas eran cuevas, echábamos unas mantas por encima, nos metíamos dentro y dejábamos caer la tapa por encima de la cabeza, como si fuera el techo. El recuerdo me hizo sentir un extraño agotamiento, como si me quisiera blindar de lo que estaba por venir: todo lo que tenía que ver con mis padres, incluso su equipaje, me recordaba algo o me hacía sentir de alguna forma.

Mi padre aceleró y atravesamos las puertas de Ault. Habían pasado más de dos años desde que me había traído en primer curso. Quiso girar a la izquierda como había hecho la otra vez, pero le dije:

—Métete a la derecha, papá. Hay un aparcamiento detrás del refectorio.

En realidad, había otro aparcamiento a la izquierda, detrás del edificio de las clases, pero por allí pasaba más gente y podrían verme más alumnos saliendo del coche apestoso de mis padres. Ya había contado con abochornarme por el Datsun; era algo con lo que tenía que vivir sin dejar que se notara (como una novia que va camino del altar con picor en la nariz).

—Cariño, ¿cuál es tu residencia? —preguntó mi madre.

—No se ve desde aquí. Está al otro lado de ese arco.

—Qué bonito es todo. —Miró hacia atrás y sonrió. Supe que el cumplido iba dirigido a mí, como si el aspecto de Ault fuera cosa mía.

—Gira otra vez a la derecha —dije.

Al ser primera hora, todavía había muchos huecos libres. Mi padre aparcó en uno y apagó el contacto. Miró primero a mi madre y luego me miró a mí.

—¿Nos quedamos en el coche para ver si se nos queda pegado el trasero al asiento?

Normalmente me habría reído (en general, mi padre me hacía reír mucho), pero esta vez dije apresuradamente:

—Gracias por venir. Por conducir desde tan lejos.

—Cariño, estábamos deseando venir —dijo mi madre mientras

bajábamos del coche—. No le hagas caso a papá. Ahora, lo primero es ir al baño y luego nos enseñas todo.

Entramos en el refectorio por la parte de atrás y los acompañé hasta los baños. Al llegar a la puerta del de mujeres, me angustié por haber dejado solo a mi padre, aunque fuera tan poco tiempo. Quizá debería haberme quedado con él en el pasillo porque de los dos era el que podía meterse en más líos (él podía provocarlos de algún modo, mientras que mi madre, en todo caso, se encontraría con ellos), pero yo también tenía que ir al baño. Además, ¿no era ridículo pensar en esas cosas? Seguí a mi madre y me metí en la cabina de al lado. Mientras yo estaba cubriendo la taza con papel higiénico, se tiró un pedo largo y sonoro, y empezó a orinar.

—Lee, ¿vamos a ver a Martha? —me preguntó desde su cabina.

—Había pensado dar un paseo por el colegio y luego pasar por la residencia, si queréis. A mediodía es el almuerzo, y el partido de fútbol, a las dos.

—Dime otra vez contra quién jugabais.

—El Gardiner.

—¿El Gardenias? ¿Como las flores?

—No, parecido: Gardiner.

—¿Y qué nombre es ese?

—No tengo ni idea, mamá. Es un instituto de Nuevo Hampshire. —No respondió. Como me sentí mal, añadí—: Será el apellido de alguien.

Tiró de la cadena (me había tenido que concentrar tanto para hablar con ella que aún no había empezado a orinar). Oí que se estaba lavando las manos y me dijo:

—Cariño, voy a buscar a papá. —Tal vez ella también estaba preocupada por haberlo dejado solo.

Cuando salí del baño, estaban los dos mirando unos dibujos de pasteles que había colgados de la pared.

—Cariño, ¿alguno de estos es tuyo? —preguntó mi madre—. ¿Te has lavado las manos?

—Claro.

—Tu madre tiene miedo de que cojas gérmenes WASP —dijo mi padre.

Era una broma de la familia. En casa, cuando volvíamos de la iglesia y mi

madre nos decía a mis hermanos y a mí que nos laváramos las manos, mi padre decía: «Vuestra madre tiene miedo de que cojáis gérmenes católicos», pero esta versión me sorprendió: me sorprendió que mi padre supiera qué significaba WASP[10].

—Ay, para ya, Terry —dijo mi madre.

Me pregunté si ella también lo sabría.

—No hay ninguno mío —dije—. No hago dibujo este semestre.

Mis padres no eran de esos (como la madre de Conchita Maxwell) que se saben al dedillo todas las clases y las actividades de sus hijos.

—Os voy a enseñar dónde comemos. Es por aquí —dije.

Me siguieron hasta el comedor. Las ventanas llegaban hasta el techo (a casi quince metros) y la luz del sol entraba por los ventanales que daban al este. En el sur, dos escalones llevaban a una tarima sobre la que había una mesa larguísima (donde se sentaba el director en las cenas de gala, y los de cuarto, el resto del tiempo) y detrás de la mesa había colgado un blasón del colegio del tamaño de un bote de remos. El resto de pared estaba prácticamente cubierto de planchas de mármol con los nombres de todos los delegados de último curso desde 1882. En el aula magna del edificio de las clases había paneles de madera con los nombres de todos los alumnos que se habían graduado, pero esto era más especial: solo había unos pocos nombres, los habían tallado y luego los habían recubierto de oro. Las mesas ya estaban preparadas para el almuerzo, y el personal de cocina estaba doblando las servilletas a modo de abanicos. Me di la vuelta.

—Voy a enseñaros la capilla.

Mis padres no se movieron.

—Es como en nuestros vasos —dijo mi madre señalando la pared de detrás de la mesa del director.

—Sí, es el escudo del colegio. —Las primeras Navidades que pasé en Ault, les llevé a mis padres un juego de cuatro vasos de tubo de la tienda del colegio. Mi madre los sacaba para la cena cuando iba a visitarlos (como éramos cinco, uno siempre tenía un vaso distinto), pero dudaba que los usaran cuando no estaba allí.

—¿Y qué son las demás cosas que hay en la pared?

—Son las listas de los... —Mi madre no sabría qué era un delegado—.

Son como los presidentes de cada curso —dije—. Ahí están los presidentes de cuarto de cada año.

—¿Podemos verlos?

La miré atónita.

—No os sonará ningún nombre.

—¿Y qué? —dijo mi padre.

Nos miramos.

—No digo que no podáis —dije—. Es que no entiendo para qué queréis hacerlo. —Mi padre siguió mirándome—. Vale —dije. Atravesé el comedor con ellos detrás.

Lo cierto es que reconocieron algunos nombres (claro que sí y claro que se me había olvidado). En concreto, tres: un graduado de los años treinta que había llegado a ser vicepresidente de los Estados Unidos, uno de los cincuenta que había sido director de la CIA y, a finales de los setenta, un actor de cine. Ya les había hablado antes de aquellos antiguos alumnos y de otros que no habían sido delegados de cuarto pero que se habían labrado un nombre. Para la gente de fuera, lo que hacía especial a Ault era la existencia de aquellos graduados famosos (y no, por ejemplo, las notas de los exámenes de admisión en la universidad de los alumnos actuales). En casa, lo que sabrían los amigos de mis padres sobre el sitio donde yo estudiaba no era dónde estaba ni cómo se llamaba, sino los nombres de los personajes famosos que habían estudiado allí.

Nos quedamos parados junto a la mesa del director, con las cabezas hacia arriba.

—El padre de una alumna es senador —dije. No supe muy bien por qué lo había dicho, puede que porque les interesaría y porque sabía que no había estado siendo muy agradable.

—¿Cómo se llama? —preguntó mi padre.

—Tunniff. Es de Oregón.

—No me importaría conocer a un senador este fin de semana.

Me giré hacia él, pero ya estaba mirando otra vez a la pared. Aunque seguramente sintió mi mirada, siguió con la expresión tranquila. No podía saber si estaba de broma, si lo decía porque sabía que iba a enfadarme o porque no tenía ni idea.

—Si queréis ver todo el colegio, deberíamos irnos —dije.

Fuimos paseando hasta la capilla, que estaba vacía, solo había alguien ensayando en el órgano. En la nave, nos quedamos mirando el techo abovedado a treinta metros (treinta y uno y medio, para ser exactos) y mi padre dijo: «Me pinchan y no sangro». En aquel momento, mientras miraban hacia lo alto, me parecieron más unos turistas por Europa que unos personajes de cuento de hadas (no es que hubiera estado en Europa, pero en Ault podías conocer la horterada propia de algunos fenómenos, aunque no conocieras los fenómenos en sí, como los turistas por Europa, los grupos de música a capela, las mujeres judías de mediana edad y voz desgañitada, los chándales de colores llamativos y las uñas de gel).

—¿Aquí vienes a rezar por tus pecados, Lío? —dijo mi padre.

—Si quieres rezo por los tuyos —dije—. Yo no pecco nunca.

Sonrió y noté que a mí también se me dibujaba una sonrisa.

—¿Y por los de mamá? —preguntó.

—Ella tampoco peca —dije yo.

—Yo no pecco —dijo mi madre al unísono.

—¿Lo ves? —dije—. Si las dos pensamos lo mismo, debe de ser cierto.

—*Au contraire* —repuso mi padre—. Si lo que ha ocurrido esta mañana entre tu madre y el señor Burger King no era gula, que me convierta en mono ahora mismo.

—¡Si hasta me he dejado una tortita, Terry! —dijo mi madre.

—¿Sabes qué, papá? —dije—. No me había fijado en lo mono que eres.

—¿Y eso en qué te convierte a ti?

—Yo soy totalmente humana. —Y, bajando la voz, añadí—: Todos sabemos que mi verdadero padre es el señor Tonelli.

—Oh —dijo mi madre—. Sois de lo que no hay.

El señor Tonelli tenía algo más de ochenta años, y era el vecino de al lado de mis padres. Su esposa había muerto hacía unos años, pero, incluso cuando vivía, habíamos estado todos convencidos de que estaba enamorado de mi madre.

—¿Te has enterado de lo último? —dijo mi padre.

Sacudí la cabeza.

—Salieron juntos un día.

—Qué tontería. —Mi madre se había alejado unos pasos y estaba hojeando un cantoral.

—¿Adónde fueron?

—Pregúntale a ella.

—¿Adónde, mamá?

—El señor Tonelli tiene un glaucoma y no puede conducir, así que me pidió que lo acercara a por algo de cena al Jardín de Sichuan. Eso es todo.

—No es todo ni mucho menos. —Mi padre seguía sonriendo.

—Hubo un malentendido —dijo mi madre—. Pensé que quería ir a recoger algo de cena, pero en realidad quería cenar allí. No tuve más opción que quedarme, y él insistió en que me pidiera algo.

—Insistió —repitió mi padre—. Mientras, su marido y sus hijos estaban en casa esperando para cenar con ella, pero si el señor Tonelli insiste...

—Lee, me pedí unas gambas con judías negras que estaban riquísimas —dijo mi madre—. Ya sabes que no me gusta mucho el marisco, pero el señor Tonelli me lo recomendó y estaba verdaderamente delicioso.

—Mira cómo intenta cambiar de tema —dijo mi padre.

—¿Te dio un beso de despedida? —pregunté.

—Qué repelente —dijo mi madre—. Eres peor que papá.

Mi padre y yo sonreímos satisfechos. Me encantaba estar de broma y decir cochinas con mi familia. Hablábamos de diarrea en la cena; si comían algo con ajo, mis hermanos me acercaban la cara e intentaban echarme el aliento a la boca; y, otra vez, echaron a Joseph del autobús por cantar una canción sobre el escroto, y a mi padre le hizo tanta gracia que le hizo escribir la letra (llevaba la música de la Marcha del Coronel Bogey: «El escroto es un pellejín, / el escroto, para el testiculín...»). Pero en Ault nunca hablaba de esas cosas (o en todo caso solo con Martha). Al parecer, en la familia de Martha nunca decían nada así. Incluso me dijo una vez que nunca había oído eructar a su madre. El comportamiento de mi familia parecía tan auténtico como indecoroso y era otra versión de mi yo, quizá el más real de todos, pero que intentaba ocultar a toda costa. Hacía un par de meses, Martha y yo habíamos almorzado en una mesa llena de chicos que se preguntaban por qué un compañero suyo siempre llegaba tarde al desayuno. Uno de ellos puso los dedos de la mano como si estuviera agarrando algo y sacudió la mano de

arriba abajo. Otro, un tal Elliot, se volvió hacia donde estaba yo y dijo casi con amabilidad: «¿Sabes lo que está haciendo, Lee?». ¿Que si lo sabía? ¿Lo decía en serio? Me había criado en una casa donde mi padre les gritaba de una planta a otra a mis hermanos de seis y trece años: «¡Dejad de sacudíros la y bajad a cenar!». Pero cuando Elliot me preguntó, me ruboricé, como si incluso mi subconsciente participara de mi decoro fingido.

Mi padre chasqueó los dedos.

—¿Qué decís? ¿Movemos el culo?

Mi madre volvió a dejar el cantoral en el banco y nos dirigimos hacia la puerta. A la salida, nos dimos de bruces con Nancy Daley —una chica de cuarto esbelta y la capitana de los equipos de *squash* y de tenis— que llevaba a sus padres tras ella. Nos quedamos los seis parados, como en un cara a cara amistoso.

—Hola. Estos son mis padres —dije yo, y me dirigí a ellos—: Mamá, papá, esta es Nancy Daley.

Mi madre tendió la mano.

—Encantada de conocerte, Nancy.

Mi padre hizo lo mismo.

Me latía el corazón a mil por hora. Nunca había hablado con Nancy. Ni una sola vez. Solo los había presentado porque no sabía qué debía hacer; de pronto, con nuestros padres presentes, el protocolo de Ault resultaba absurdo, esto es, que pudieras convivir durante años y en un espacio tan pequeño con otras personas cuyos nombres y secretos sabías (en segundo, Nancy se había enrollado en el ala de música con Henry Thorpe, que ya estaba en cuarto, y mientras se estaban liando, Henry abrió la ventana de la clase, sacó la mano, cogió nieve, la metió dentro y se la echó a ella por el pecho), y que, aun así, podías (debías incluso, si no os habían presentado) cruzarte con ellos por el colegio sin decirles nada ni sonreírles, incluso evitando todo contacto visual. Por supuesto, ni Nancy ni yo habríamos dicho nada si nuestros padres no hubieran estado ahí. No era algo que me molestara, por muy absurdo que fuera, pero sabía que a mis padres les extrañaría y eso me aterrorizaba. (En realidad, sin embargo, ¿qué más daba que a mis padres les resultara raro? ¿Es que necesitaba contentarlos? Era a los de Ault a los que quería contentar).

Mi madre estaba saludando a los padres de Nancy. «Soy Linda Fiora», la

oí decir, y la madre de Nancy respondió: «Yo soy Birdie Daley». Mi padre las imitó y añadió: «¿De dónde vienen?».

—De Princeton —dijo la madre de Nancy. Llevaba una falda de seda marrón con estampado de cachemira y una chaqueta de punto con jersey a juego. El señor Daley vestía traje. Mis padres iban mejor vestidos que de costumbre. Mi padre llevaba pantalones de color caqui y un *blazer* del mismo color (que iban a juego, pero no formaban parte del mismo conjunto), y mi madre, un jersey de cuello alto de color rojo y un pichi de pana gris. Por teléfono, le había contado a mi madre lo elegantes que venían casi todos los padres. Lo dije titubeando y no fui capaz de pedirle que hicieran lo mismo, pero me había entendido.

—Nosotros somos de South Bend, en Indiana —dijo mi padre—. Acabamos de llegar hace una hora, estamos como locos de estar aquí.

Los Daley rieron. Los padres, porque Nancy sonrió sin muchas ganas.

—¿Tú también vas a tercero? —preguntó mi madre a Nancy.

Nancy sacudió la cabeza.

—A cuarto.

—Ay, vaya —dijo mi madre, como si una alumna de cuarto fuera algo tan extraordinario como una perla negra o una rana verde en peligro de extinción.

—Deberíamos irnos —dije rotunda—. Hasta luego.

No miré a Nancy y confié en que eso sirviera para dejarle claro que el encuentro había sido estrictamente aleatorio y que jamás intentaría hablar con ella, es más, que, para compensar ese paso en falso, procuraría evitarla a toda costa de ahí en adelante.

—Que disfruten del fin de semana —se escuchó decir al señor Daley.

Una vez fuera, me di cuenta de que llevaba a mi madre cogida del brazo y tiraba de ella. Solté la mano, eché un vistazo a la glorieta y a los demás edificios (había gente por todas partes) y me horrorizó tener que llevar a cabo la visita, por no hablar de lo que quedaba de fin de semana. Se marcharían al día siguiente después del *brunch*, solo quedaban veintidós horas y pasarían casi todo ese tiempo en el motel. Eso dejaba doce horas. ¡Pero doce horas eran una eternidad! Si nos fuéramos del colegio, sería otra cosa. Si fuéramos a Boston, por ejemplo, todo iría como la seda, podríamos visitar el acuario, pasear por el Freedom Trail o ir a un restaurante a comer crema de almejas.

Hasta dejaría que mi madre nos hiciera una foto sentados a la mesa.

Pero estábamos en Ault. Lo mejor era atenerse al programa.

—¿Martha estará allí? —preguntó mi madre de camino a la residencia.

—Supongo que sí.

—¿Y sus padres?

—Llegaron ayer, así que estarán en el hotel.

—¿Dónde se hospedan?

Tardé en responder.

—No lo sé.

—El padre de Martha es médico, ¿verdad?

—No, es abogado.

—¿Y por qué pensaba yo que era médico?

—No lo sé. —Otra mentira. Lo había confundido con el padre de Dede.

—Nos tienes que presentar a los padres de Martha en el almuerzo. Quiero darles las gracias por lo bien que se han portado contigo.

No respondí. Preguntaba, se esforzaba por ser amable... ¿No se daba cuenta de que a los del este les daba igual todo eso? Con ellos, la amabilidad por sí sola no servía de nada. Habíamos hablado sobre esto mismo durante las vacaciones de Navidad del curso pasado. Yo estaba en la mesa de la cocina leyendo el periódico y ella, en el fregadero, lavando las ollas con los guantes de goma puestos. Quería saber si en Massachusetts la gente no era tan amable como en casa. Le dije que eso era un estereotipo pero que, como casi todos los estereotipos, tenía algo de verdad (la frase se la había oído decir textualmente a un chico de cuarto, el jefe del equipo de debate, en una cena de gala en la que habíamos compartido mesa). Luego le dije que no me molestaba mucho, que te acababas acostumbrando. Me sentí lista y adulta. No estábamos comentando que los Martzler habían pintado la casa ni que Bree Nielsen había engordado y que estaba irreconocible... Estaba hablando con mi madre y no sobre chismorreos, sino sobre una idea, un concepto. De camino a la residencia, me pregunté si ella también recordaría nuestra conversación.

Llamé a la puerta de la habitación por si Martha se estaba cambiando de ropa. «Adelante», la oí decir, pero sin darme tiempo a coger el pomo, mi madre se puso delante de mí, con las gafas puestas en la punta de la nariz, y

empezó a examinar las fotografías que habíamos pegado en la puerta. Las señaló y tocó esa en que salíamos las dos metidas en una piscina, asomando solo los hombros y la cabeza fuera del agua.

—¿Dónde es esto?

—En casa de Martha.

—¿Cuándo has estado tú allí que hiciera calor?

—Este año, justo antes de empezar el curso.

—Ese no es tu traje de baño de rayas, ¿verdad?

—Es uno que me dejó Martha.

—Ya decía yo que no me parecía el de rayas, pero...

—Adelante —volvió a decir Martha desde dentro.

—Un segundo —respondí y miré a mi madre—. ¿Alguna pregunta más?

No fui sarcástica... no del todo. Pero abrió los ojos de par en par, como si la hubiera ofendido.

—Debe de estar bien tener una piscina —dijo mi padre. Lo dijo igual que había dicho que no le importaría conocer a un senador, y mi irritación se convirtió en auténtico enfado.

Abrí la puerta. Martha estaba sentada en el sofá cama, doblando la ropa de la colada y dejándola sobre el baúl que nos servía de mesa. Cuando entramos en la habitación, se puso en pie. Antes de que entraran mis padres, abrí las aletas de la nariz y entorné los ojos. Martha convirtió su sonrisa en un gesto de bienvenida para mis padres y vino hacia nosotros con los brazos abiertos.

—Por fin nos conocemos —dijo. Les estrechó la mano y les preguntó por el viaje y si les estaba gustando Ault.

—Es precioso —dijo mi madre.

Martha asintió.

—A veces me parece increíble estar viviendo en un lugar tan bonito y tengo que pellizcarme. —¿Sería verdad? Yo me sentía así, pero Martha estaba más acostumbrada que yo a estar en lugares de lujo. Igual estaba siendo educada, pero educada de verdad, no lo mínimo imprescindible por cumplir, como Nancy Daley.

—Martha, Lee nos ha dicho que te han elegido para la Junta Disciplinaria —dijo mi madre—. Menudo honor.

—Gracias —dijo Martha.

—No la han elegido. La ha nombrado directamente el director —dije yo.

—Eso quería decir —dijo mi madre—. Es fantástico. Tu padre estará muy orgulloso.

Nos quedamos unos segundos callados.

—¿No vino él también a Ault? —dijo mi madre, pero empezó a titubear—. Pensaba que...

—No, no se equivoca. Vino aquí —dijo Martha.

¿Cómo sabía eso mi madre? ¿Cuándo se lo había dicho yo? ¿Y por qué se le había ocurrido mencionarlo? Al parecer, había heredado de ella esa tendencia a acumular información sobre otras personas, aunque yo al menos tenía cuidado de no restregársela luego por las narices.

—Es curioso —seguía diciendo Martha—, porque mi padre no lo pasó muy bien aquí. Por entonces, eran solo chicos e imagino que se gastarían muchas novatadas. Cuando me puse a buscar internado, mi padre no quería que viniera, pero al final, cómo no, fue el colegio que más me gustó.

—Me alegra saber que Lío no es la única que desobedece a sus padres —dijo mi padre.

Martha rio.

—¿Lío? —repitió—. No me lo habías contado. —Y se dirigió a mi padre—: No me imagino a Lee desobedeciendo a nadie.

—Entonces es que no tienes mucha imaginación, Martha.

Rio con ganas. Casi era peor que a Martha le cayeran bien mis padres que lo contrario. Si le caían bien, me pasaría lo que quedaba de fin de semana esperando el momento en que esa imagen positiva se resquebrajara. No es que quisiera que se resquebrajara, no tenía nada en contra de mis padres, pero si les caían bien a mis compañeros, Martha incluida, lo más seguro es que fuera así porque les parecerían «refrescantes» o puede que «auténticos» (era evidente ya, al verla hablar con ellos). Lo que les gustaría de ellos es que fueran desaliñados, que mi padre utilizara expresiones curiosas y que hubieran venido en coche desde Indiana. Pero si los veían así, como a dos criaturas entrañables, pronto se decepcionarían. Mi padre, en especial, tenía ideas y deseos claros, no era como el corderito de una granja escuela que cualquiera pueda acercarse a acariciar.

—Martha, tú no juegas al fútbol, ¿verdad? —dijo mi madre.

Martha sacudió la cabeza.

—*Hockey* sobre hierba.

—Eso me parecía. ¿También juegas esta tarde?

—Hoy todos tenemos partido —dije yo.

—¿El partido de Martha es a la misma hora que el tuyo, Lee? Ay, Martha, nos encantaría verte «en acción» —añadió mi madre, haciendo el gesto de las comillas con los dedos.

—Qué amable —dijo Martha. No me imaginaba a sus padres diciendo que vendrían a verme jugar a mí, mucho menos a los diez minutos de conocerme—. Mi partido es a las dos y media. Lee, ¿cuándo juegas tú?

—Más o menos a esa hora. En la otra punta del colegio. Lo siento, mamá, no podrás ver a Martha a menos que prefieras verla a ella que verme a mí.

—Mira, no es mala idea —dijo mi padre.

—Señor Fiora —dijo Martha—, no sea malo. —Estaba claro que le caía bien. Había que salir de aquella habitación lo antes posible.

Mi padre estaba apoyado en el pico de mi mesa, hojeando una revista femenina.

—Qué alegría ver cómo hincas los codos, Lee. Ah, qué tenemos aquí... —Dio la vuelta a la revista para que todas pudiéramos verlo. El titular a dos páginas en rojo decía: «¡Oh, sí! Cómo tener el mejor orgasmo de la historia».

—Qué bruto eres, papá —dije—. Deja la revista.

—¿Bruto? ¿De quién es la revista? —Estaba sonriendo y pensé que ahí era cuando se torcían las cosas, cuando Martha descubriría que mi padre era un perverso (no es que lo fuera de verdad, pero se lo parecería).

—Vamos al edificio de las clases —dije—. Venga.

—¿Te aburres en la cama? —leyó mi padre—. A todas nos ha pasado. Los primeros meses son la caña, pero enseguida...

—Papá —dije yo—. Ya basta.

—... pero enseguida te acuestas con pijama y él empieza a quitarse los pelillos de la nariz delante de ti. Afróntalo...

—Yo me voy —dije, abrí la puerta de un tirón (ni siquiera podía mirar a Martha) y oí a mi madre decir: «Terry, quiere enseñarnos el resto del colegio. Martha, tendrás que disculparnos...». Se cerró la puerta. Me apoyé en la

pared, con los brazos cruzados, y los esperé. Cuando salieron, mi padre puso cara de niño travieso, como si hubiera hecho algo inadecuado pero adorable. Me di la vuelta y eché a andar.

—¿Qué? —dijo, y luego le dijo a mi madre—: No es para tanto. La revista era suya.

Seguí andando unos pasos por delante de ellos. Bajamos las escaleras, atravesamos la sala común y volvimos afuera. Sabía que mi madre iba por detrás a toda prisa, intantando alcanzarme.

—Lee, Martha es un encanto. Sé que me lo has dicho ya, pero no me acuerdo, ¿tiene hermanos? —dijo por detrás de mí.

—Tiene un hermano.

—¿Es pequeño o más mayor?

—Mamá, ¿a quién le importa?

—Bueno, Lee, a mí me importa —dijo mi madre con ternura.

—No hables así a tu madre —dijo mi padre, sin rastro de ternura.

Giré la cabeza.

—No me hables tú así.

—¿Qué has dicho?

La terraza que había delante del edificio de las clases, a unos cuarenta metros, estaba llena de gente —hombres con *blazers* de color azul, una mujer con un traje de lana de tartán rosa y otra con un sombrero de paja verde y un ala enorme—. A esa distancia, las voces de los demás padres llegaban como el rumor de un cóctel.

—¿Lee? —dijo mi padre. Su voz sonó fría y cortante, pero por debajo de aquella frialdad (conocía muy bien a mi padre) estaba alterado. Típico de él, no le importaba ni dónde ni cuándo. ¿Que quería dejarme las cosas claras? ¿Aquí, delante de toda esa gente? Claro, sin problema.

—Nada —dije.

Se quedó callado unos segundos.

—Nada, claro. Ya lo veo —dijo, algo más sosegado.

En la terraza, mi padre fue a recoger los cartelitos con sus nombres y yo me quedé con mi madre junto a la mesa de los refrescos. Cogió un bollito de canela y zumo de naranja.

—¿De verdad que no quieres? —Me ofreció el vaso de plástico por

tercera vez—. Está recién exprimido.

Recorrimos el edificio de las clases prácticamente sin abrir la boca. Vimos el aula magna con sus filas y filas de pupitres, algunas clases y el auditorio para las charlas de los ponentes invitados (Martin Luther King, Jr. había visitado Ault, algo que las guías se esforzaban en decir a los solicitantes, aunque no se esforzaban tanto en decir que, cuando vino, no había matriculado ni un solo alumno negro). Mi madre me hacía preguntas y yo le respondía sin ser escueta ni extenderme. Yo iba pensando en otras cosas. Primero, en el partido de fútbol, seguro que la señorita Barrett nos sacaba a jugar a todas. Y luego, en Cross Sugarman. Por supuesto, no había dejado de estar colada por él la tarde en que le corté el pelo a Aspeth. Pasé veinticuatro horas convencida de que ya no me gustaba, hasta que me crucé con él en el comedor y volvió a gustarme exactamente tanto como antes. El día anterior había visto a Cross con sus padres. Llevaba chaqueta y corbata. Nuestras miradas se cruzaron y él levantó un poco la barbilla para saludar, algo que no hacía normalmente. Pensé que lo había hecho por sus padres y que su presencia nos acercaba o resaltaba lo que teníamos en común —que los dos éramos alumnos de Ault y que todos esos adultos grandes y bien vestidos que pululaban por el colegio, no—.

—¿Así que aquí es donde terminan mis cartas? —dijo mi padre en la sala del correo y supe que me había perdonado o, al menos, que estaba dispuesto a fingirlo.

—Casi no me caben —dije—. Tendría que pedir otro buzón.

—Mientras no te cobren un plus —dijo mi padre.

Y llegó la hora de comer. Fuimos a toda prisa al comedor, que esta vez estaba a rebosar. El señor Byden dijo unas palabras, los padres rieron, el reverendo Orch bendijo la mesa y todos nos sentamos. Había pollo asado, ensalada de pasta con aceitunas negras y pimienta roja, y panecillos. Mis padres, sentado uno a cada lado, empezaron a devorarlo.

—¿No tienes hambre? —preguntó mi madre.

—Sí, sí. —Comí un poco de pasta, blanda y aceitosa.

Para alivio mío, no vimos a Martha y sus padres cuando estábamos buscando mesa. Vi unos huecos en una mesa ocupada por dos chicos de primero con gafas y sus padres. Luego, se unió a nosotros la señora

Hopewell, una profesora de dibujo que tenía el pelo fino y revuelto, los ojos llorosos y que solía llevar una bata llena de manchas de pintura sobre la ropa (ahora llevaba puesto un vestido con estampado de batik). Decían de ella que fumaba hierba con su marido, un carpintero que no daba clases en Ault y que tampoco había venido al almuerzo. La señora Hopewell era controlable. La mesa era controlable (estaba contenta de haber acabado con gente que me daba igual).

Mientras mis padres conversaban con los padres de los chicos (se llamaban Cordy y Hans y uno de ellos, aunque no recuerdo cuál, era un genio de las matemáticas), examiné el comedor hasta que di con Cross. Sus padres y él compartían mesa con su compañero Devin, los padres de Devin, el reverendo Orch y el doctor Stanchak, el director del Departamento de Latín y Griego.

—Tss —chistó mi padre y se puso las manos alrededor de la boca—. ¿Ese es el senador? A las dos en punto. —Señaló con la cabeza hacia la mesa que teníamos a la derecha—. El tipo con la nariz de borrachín.

—Por Dios, papá.

No susurraba, ni siquiera se esforzó por decirlo en voz baja.

—¿He acertado? Ese parece un auténtico lameculos —dijo riendo.

—No tengo ni idea de quién es ese —dije—. Pero Robin Tunniff no está en esa mesa, así que no creo que sea su padre.

—Entonces, ¿dónde está?

Eché un vistazo a las mesas que teníamos delante (los Sugarman y el reverendo Orch reían afablemente), luego me giré y miré hacia las mesas que quedaban al otro lado.

—No lo sé —dije.

—¿Lo juras?

Lo miré a los ojos, porque esta vez sí podía.

—Claro, te lo juro.

Cuando nos levantamos para coger el postre de la mesa donde solían estar las ensaladas (y que ahora estaba repleta de *brownies*, galletas y con una jarra de café a cada extremo), vi a Robin y a un hombre completamente anodino a su lado, con una corbata estampada con banderitas de los Estados Unidos. Estaba sola con mi padre (mi madre se había acabado mi plato de pasta y

estaba llena) y me pareció que sería cruel por mi parte negarle el espectáculo. Sería el gesto con el que le demostraría que no era una mala hija, la concesión que le haría ese fin de semana.

—Papá —susurré y le di un codazo.

Se estaba echando leche al café y se le cayó un poco en el platito.

—Eh, cuidado —dijo.

—No —dije yo—. Rápido. Eso de lo que hablábamos... nariz borrachina. Pero este es el de verdad. —Miré hacia el padre de Robin Tunniff y noté que mi padre me seguía la mirada—. La corbata —dije.

—Ya lo veo.

Nos quedamos callados en medio de todo el alboroto con la mirada fija en el senador Tunniff, y en ese instante me invadió el amor por mi padre. Esa era una de las mejores cosas de mi familia, que todos teníamos la clave para descifrar al otro.

Entonces, dejó la taza y el platito y avanzó hacia la otra punta de la mesa a grandes pasos. Sin darme cuenta, escapó a mi alcance y ya no podía agarrarle por la chaqueta, aunque seguramente tampoco lo habría hecho. «Mierda», dije. Una madre que había a mi lado me miró, pero no me dijo nada. Eché a andar y me detuve a unos pasos de él.

—... un gran admirador suyo. —Le oí decir. Y ahí estaban los dos estrechándose la mano, mi padre y el senador.

Tenía a mi padre de espaldas. Solo podía ver la cara del senador y a Robin, estupefacta entre ambos. El senador parecía verdaderamente encantador. Estuvieron hablando medio minuto, luego se estrecharon las manos de nuevo y mi padre le puso la mano en el antebrazo. El senador rio y yo deseé no haber venido nunca a Ault, o ser otra persona o, al menos, poder perder el sentido, pero sin llamar la atención, nada de desmayarme y caerme redonda al suelo... solo desvanecerme en el aire.

Cuando se separó del senador, mi padre estuvo a punto de caérseme encima. Estaba exultante y como en otro mundo. ¿Y si realmente le había gustado conocerlo? ¿Y si no intentaba enfadarme ni abochornarme? Apuntó con el pulgar hacia atrás.

—Un buen tipo.

Me quedé sin palabras. Al menos ahí. Lo mejor sería dejar en suspenso

mi enfado hasta que volviéramos a estar solos.

—Vuelvo a la mesa —dije.

—Cogeré mi café. Llévale un *brownie* a tu madre, ¿quieres?

—No quiere nada.

—Confía en mí: querrá un *brownie*. —Soltó una risita y pensé que quizá mi padre no me entendía en absoluto, porque, si lo hiciera, se sentiría mal. Si lo había hecho a propósito, debería sentirse mal.

Cuando volvimos a la mesa, los padres de Cordy se estaban levantando para irse y la señora Hopewell y los padres de Hans ya se habían marchado. No supe si los padres de Cordy nos habían estado esperando a mi padre y a mí, o si se habrían ido de todas formas, si habrían dejado a mi madre sola en la mesa, mirando a su alrededor con los ojos abiertos como platos. En aquel momento, los odié a todos: a los alumnos y a los profesores, por su indiferencia; a los padres, por su desconsideración; y a mi propia familia, por demandar una amabilidad que no les llegaba.

El comedor fue vaciándose mientras comíamos el postre. Mi padre partió una galleta de caramelo por la mitad y la mojó en el café.

—Cuéntale a tu madre lo de mi nuevo amigo.

—Cuéntaselo tú.

—¿Quién? —dijo mi madre—. ¿De quién habláis?

—Papá acaba de asaltar al padre de Robin.

Mi madre no entendía nada.

—¿Recuerdas que el padre de una chica es senador? —dije—. Bueno, pues papá se le ha acercado y se ha puesto a hablar con él.

—Tú me has dicho quién era —dijo mi padre. Todavía parecía contento.

—No lo habría hecho de saber que ibas a molestarle.

—¿Molestarle? Lee, por el amor de Dios, es un cargo público. Le gusta conocer a gente.

—¡Tú no puedes saber qué le gusta! —grité—. No lo conoces de nada. Ni siquiera sabías quién era. Viene aquí para pasar un fin de semana normal con la familia, pero vas tú y pretendes...

—Cálmate un poco. —Ya no estaba contento. Se volvió hacia mi madre y le dijo, como si yo no estuviera presente—: Es un tipo realmente simpático. Nada hipócrita.

Mi madre asintió. Al verlos a los dos, me puse tensa.

—Estás loco. —Intenté parecer tranquila.

Mi padre me miró.

—¿Qué has dicho?

—Que estás loco. Solo has hablado con él unos segundos y ahora te refieres a él como si fuerais amigos de toda la vida. Pero ¿por qué te importa? ¿Crees que puedes presumir por haber hablado con él?

—No sé adónde quieres llegar —dijo mi padre mientras mojaba la otra media galleta en el café.

Había cogido aire para seguir hablando, pero lo miré y perdí las fuerzas, como si algo me estuviera arrancando de ese instante. Él me miraba expectante, con la galleta a unos centímetros de la taza de café, mientras la parte de debajo de la galleta, empapada y oscura, empezaba a descomponerse, amenazando con caerse al líquido que tenía debajo. Me pareció desgarrador e insoportable que él no lo entendiera y yo sí. Me pareció desgarrador que le gustara el sabor de una galleta de caramelo empapada de café, que le pareciera algo especial. Esos pequeños premios que nos damos... puede que no haya nada más triste.

No pensaba de verdad que estuviera loco. Pero, mientras intentara convencerle de que se portaba como si lo estuviera, nuestros papeles estarían perfectamente definidos e inamovibles, y eso me resultaba tranquilizador. Lo peor sería verlo como lo que era: un hombre de treinta y nueve años, con sus virtudes y sus flaquezas, que intentaba abrirse camino de la única forma que sabía.

—Solo me parece que... —(¿Qué me parecía en realidad?)—. Es como pedirle un autógrafo a alguien —dije y noté que ya no parecía indignada—. Solo eso. ¿Para qué sirve? No entiendo por qué lo hace la gente.

—Tal vez no —dijo mi padre—. Pero tienes que reconocer que mucha gente no estaría de acuerdo contigo.

—El hijo de los Orschmidt tiene una colección enorme de autógrafos —dijo mi madre—. Sharon me dijo que el verano pasado estuvieron en Los Ángeles y que consiguió uno de... ¿cómo se llama? Lee, tú lo sabrás, es una gran estrella. Ay, se me dan fatal los nombres, pero Sharon dijo que el actor habló con ellos como si fuera lo más normal del mundo.

Nos quedamos los tres callados.

—Dime —dije por fin—, ¿el señor Orschmidt todavía lleva peluca? — Ahí estaba. Había cedido.

—Lee, no está bien decir eso —dijo mi madre—. El señor Orschmidt es un hombre muy agradable.

—Que lleve peluca no significa que no sea agradable —dije.

—Cariño, los hombres llevan peluquín, pero creo que no le gustaría que hablásemos de esto. En nuestros tiempos, no se hablaba de las intimidades de nadie.

—En aquellos tiempos, cuando tu madre era una niña y los dinosaurios poblaban la tierra —dijo mi padre—. ¿Verdad, Linda? —Siempre era lo mismo: superábamos el momento pisoteando a mi madre, como si se hubiera tendido a nuestros pies para ayudarnos a salvar un río de aguas bravas.

—Ay, dejadlo ya —dijo ella. Pero estábamos bien. Estábamos bien y habíamos pasado a la otra orilla.

Cuando quedaban cuatro minutos para que terminara el primer tiempo, la señorita Barrett me hizo salir por Norie Cleeham (era defensa) y volvió a sacarme a los cuatro minutos de comenzar el segundo tiempo. En el tiempo que pasé en el campo, el Gardiner marcó dos goles.

Me senté junto a María en el banco.

—¿Dónde están tus padres? —dijo.

Señalé al otro lado del campo. Algunos padres se habían traído mantas o sillas plegables, pero los míos estaban sentados sobre el suelo. Seguramente mi padre estaría arrancando hojitas de hierba y silbando con ellas. Hubo un tiempo en que ese truco me dejaba maravillada.

—Uy —dijo María—. Mamá y Papá Fiora. Seguro que están muy contentos.

—Puede ser.

—Sí, qué contentos están. Estarán diciendo «Cariño, ¿has visto cómo se ha encarado Lee con la chica del número veinte? Qué orgullosa estoy de Lee». —Si el comentario lo hubiera hecho cualquier otra persona, habría sonado a burla, pero María jugaba aún peor que yo. Ella también era defensa y en el campo se movía con toda la calma del mundo. A veces, si la delantera

del otro equipo le llevaba mucha ventaja, se paraba del todo para observar el gol, como si fuera una espectadora más. Eso sacaba a la señorita Barrett de sus casillas. Entonces, preguntó—: ¿Vas a ir a cenar con tus padres?

Asentí. Cuando mi madre me había dicho: «Papá y yo queremos llevarte a algún sitio bonito», les dije de ir a un restaurante chino porque sabía que con «bonito» no se refería a un sitio como el Red Barn Inn.

—Harás muy bien —dijo María—. Salid del colegio.

—¿Quieres venir? —pregunté. Lo solté sin pensar, solo porque me pareció que era lo que estaba buscando. Y también porque (seguro que estaba mal pensarlo, pero sería cierto) creí que a ella también le parecía bonito ir a un restaurante chino.

—Claro —dijo—. ¿Y Rufina? —Rufina estaba jugando de mediocampista en ese preciso momento, con la coleta rebotando al correr.

—Sí, claro —dije.

—Anda, mira —dijo María—. Te están saludando.

Así era: los dos. Pensé que les gustarían María y Rufina, y también les gustaría que invitara a unas amigas. Haría sentir generoso a mi padre. Siempre me animaban a que invitara a otras chicas a casa. Levanté la mano y les devolví el saludo.

Por la tarde, acompañé a mis padres hasta el motel. Habíamos perdido siete a dos y hacia el final del partido tuve la sensación de que la entrenadora del Gardiner le había dicho a su equipo que no siguieran marcando goles. Sería un gesto correcto y típico de internado, dado que los padres estaban viendo el partido.

Mi madre y yo nos quedamos en el coche mientras mi padre hacía el registro. Iban a pasar la noche en el Raymond TraveLodge, que les había buscado semanas antes en las páginas amarillas. La habitación les costaba treinta y nueve dólares, aunque el motel no podía garantizar que se tratara de una habitación de no fumadores.

—Has jugado muy bien —dijo mi madre.

Me reí desde el asiento de atrás. Seguía llevando puesto el uniforme, y el pelo, recogido en una coleta.

—¿Qué? Es verdad —dijo mi madre y rio también—. ¡Claro que sí!

—¿Qué gol de los que ha marcado el Gardiner mientras estaba yo en el campo te ha gustado más? ¿El primero o el segundo?

—Las chicas del otro equipo eran enormes —dijo mi madre—. ¿Qué podía hacer contra ellas mi delicada Lee?

Nos quedamos calladas, un silencio tranquilo y cómodo. Ahora que ya habíamos superado el almuerzo y el partido, tenía la sensación de que todo podía salir bien.

—Ay, mira. —Mi madre dio un golpecito en su ventanilla, que estaba subida—. ¿No son preciosos? —A unos metros, había dos petirrojos dando saltitos sobre el tejado de un cobertizo—. Es como si fueran a dar una fiesta y estuvieran esperando a los invitados.

—Pero les preocupa que no venga nadie.

—Oh, pero mira... —Un gorrión aterrizó sobre el tejado—. Acaba de llegar el primer invitado —dijo mi madre. Sentía debilidad por los animales. Si íbamos por la autopista y pasábamos por delante de caballos o vacas, nos daba un codazo a mis hermanos o a mí para que nos fijásemos. Hacía lo mismo cuando pasábamos junto a algún río o sobre un puente, sobre todo, si yo iba leyendo en ese momento.

—Lee, papá y yo estamos muy contentos de estar en Ault —dijo.

Justo en ese momento, mi padre salió de recepción. Por la forma en que tenía puestos los labios, me pareció que iba silbando.

—Yo también —dije.

Cuando llamé a su puerta, María y Rufina ya estaban arregladas. Rufina llevaba una falda y un jersey, y María, pantalones negros y una camisa. Un par de minutos antes me había quitado por fin la indumentaria de fútbol y me había puesto unos vaqueros sin pasar por la ducha. En mi habitación, encontré una nota de Martha: «¡Mis padres quieren conocer a los tuyos! ¿Dónde estáis? ¡¡Lláname al Sheraton esta noche!!». Mis padres estaban esperando en el coche, arrugué la nota y la tiré.

—Estáis muy guapas —les dije a María y Rufina—. Pero, chicas, no vamos a ir a... —Quizá habían imaginado que las invitaba al Red Barn Inn—. Solo vamos al Golden Wok —dije—. ¿Os parece bien?

Se miraron entre ellas y luego, a mí.

—Claro. Suena genial —dijo María. Estaba claro que pensaban que íbamos a ir al Red Barn Inn.

En el coche, mi madre les preguntó de dónde eran y si les gustaba estar en Ault.

—No mucho —dijo Rufina y se echó a reír.

—¿Por qué no? —preguntó mi madre.

—Es muy esnob —contestó Rufina—. Está lleno de esnobs.

¿Cómo lo hacía para salir siempre con la queja más obvia del mundo, sobre todo después de volverse tan guapa? (Para colmo, acabaría yendo a Dartmouth, y María, a Brown. Esto no lo sabía en ese momento, claro está, pero solo me hubiera dejado aún más perpleja: ¿qué más da todo lo demás cuando eres guapa y vas a una universidad de la Ivy League?).

—Estoy de acuerdo —dijo mi padre—. Hoy he visto a un tipo, pobrecillo, creía que se había hecho daño en el cuello. Pero no, era solo que miraba a todos los demás por encima del hombro.

—En serio —dijo Rufina—, los hijos son aún peor que los padres.

—Nada como heredar un montón de dinero para hacerte creer que de verdad lo mereces —dijo mi padre.

Me puse en tensión. Con solo oír la palabra dinero se me ponía la piel de gallina. Además, lo más seguro es que mi padre hubiera oído esa frase en un sermón de la iglesia o que la hubiera tomado prestada del *Reader's Digest*.

Pero Rufina solo contestó:

—Exacto.

—Dime, María, ¿y a ti? —preguntó mi madre—. ¿Te gusta Ault?

—A veces sí, y a veces no —dijo María—. Depende del día.

—¿Habéis estado en el almuerzo? —preguntó mi padre—. Era como una orgía de piojos, ¿eh?

Se rieron a carcajadas y yo miré por la ventanilla. ¿A qué venían todas esas tonterías? Nadie esperaba algo así de unos padres.

—¿Qué es lo de la orgía de piojos? —dijo María.

—Díselo, Lío. —Vi a mi padre sonreír en el retrovisor.

—Lo dice cuando hay mucha gente en algún sitio —dije yo.

—Es muy gracioso —dijo Rufina—. Tengo que recordarlo.

En el restaurante, Rufina se pidió gambas con salsa de langosta y para

compensar, aunque no estaba segura de que mi padre supiera que lo hacía por eso, yo me pedí verduras salteadas. Rufina y María se pidieron refrescos para beber, algo que no solíamos hacer en nuestra familia (siempre pedíamos agua en los restaurantes), pero no hubiera sido justo recriminárselo: casi todo el mundo bebe refrescos cuando va a un restaurante. Cuando llegaron las galletas de la suerte, fuimos leyéndolas en voz alta: «Te encantan el deporte, los caballos y el juego, pero sin excesos», «Tu encantadora sonrisa será tu protección», «¡Vas a ser el mejor!». La cena no había acabado en desastre y habíamos estado todos a gusto, aunque invitarlas había sido un error, porque me había obligado a estar todo el rato en guardia, expectante.

Al volver al colegio, fuimos a dejarlas en su residencia. María bajó del coche, pero Rufina se quedó en su asiento.

—La cena ha estado muy rica —dijo, y se dio unos golpecitos en la barriga.

—Ha sido un placer conocerte —dijo mi madre.

Rufina me miró, luego miró a mi padre, a mi madre y a mí otra vez.

—Supongo... Imagino que irán a pasar la noche en el Sheraton, ¿verdad?

—¿Dónde? —dijo mi padre.

—Pensaba que... —Rufina hizo una pausa—. Es que había quedado con Nick allí.

¿Nick? ¿Nick Chafee? Y, como siempre hacía cuando más sorprendida estaba, me esforcé al máximo por parecer relajada.

—Podemos acercarte. Mis padres no se alojan allí, pero no hay problema.

—¿Alguien quiere decirme de qué va todo esto? —dijo mi padre.

—Rufina quiere que la acerquemos a un hotel —dije. Volví a mirarla a ella—. No pasa nada. Podemos llevarte.

—Espera un segundo —dijo mi padre—. ¿De qué hotel estamos hablando y quién es ese tal Nick?

Rufina quiso decir algo, pero la interrumpí.

—Necesita ir al Sheraton, donde se alojan casi todos los padres. Nick es de nuestro curso, pero no van a quedarse en la misma habitación ni nada de eso, ¿verdad, Rufina?

Rufina me dio la razón. Claro que iba a pasar la noche con Nick.

Mis padres se volvieron a mirarnos y mi padre echó el brazo por encima

del asiento. María había desaparecido entre las sombras.

—¿Y se supone que tengo que creérmelo? —dijo mi padre. No parecía enfadado, pero sí empezaba a estar molesto.

—Es cierto —dijo Rufina—. Voy a quedarme con un grupo de amigas de Lee y mías.

—¿No necesitas permiso para salir del colegio?

—He presentado una solicitud en el despacho del decano esta mañana.

—Papá —dije—. No eres su padre. Llévala allí. No es asunto tuyo.

—¿Que no es asunto mío?

Ahí es cuando me habría bajado yo del coche si hubiera sido Rufina. Me llevaran o no, no habría querido estar cerca de una familia enfrascada en una discusión. Pero Rufina no era yo. Rufina iba a ir al Sheraton, se iba a emborrachar a más no poder, probablemente, y se enrollaría con Nick Chafee. Y, como esa era la recompensa, nuestra pelea no era más que un embrollo que aguantar estoicamente. Yo nunca me había enrollado con nadie, ni me había emborrachado ni nada parecido, pero sabía que, cuando te gustaba un chico, todas las adversidades cotidianas se volvían diminutas y perdían su importancia. Ibas por ahí cargando con la esperanza de volver a verlo y la reavivabas en cuanto te aburrías o te ponías nerviosa, como el preciado recuerdo de algo bueno.

—Me pregunto desde cuándo eres tú quien decide qué es asunto mío —dijo mi padre.

Ahora no, pensé. ¿No se daba cuenta de que no se trataba de nosotros? Tan solo éramos la nave que llevaría a Rufina hasta los brazos del chico que la aguardaba al otro lado de la noche.

—Terry. —Mi madre sacudió la cabeza con dulzura. Le dijo algo moviendo los labios. Creo que «Luego». Ella sí sabía cuál era nuestro cometido.

—En mi coche diré lo que quiera —dijo mi padre, pero, mientras lo iba diciendo, metió una marcha y arrancó. Aún no sé si se rindió a mí, a Rufina o a mi madre.

Cuando estábamos otra vez en la carretera, le dije:

—Está en la 90. ¿Sabes salir a la 90?

Mi padre no dijo nada.

—Papá lo sabe, porque vinimos por ahí —dijo mi madre.

Me dije que podría haber sido peor si hubiéramos tenido que parar en una gasolinera a preguntar.

Durante lo que quedaba de viaje, que fueron casi veinte minutos, nadie dijo una sola palabra. En la oscuridad del coche y en la oscuridad de la autopista, podíamos estar en cualquier sitio que no fuera Massachusetts, mi padre, mi madre, yo y esa chica tan guapa que había en el otro asiento (pasé un minuto entero sin conseguir recordar su nombre). ¿Qué estaba haciendo con nosotros? Era lógico que los demás estuviéramos juntos en ese coche, pero su presencia era extraña y desconcertante.

Luego volví a centrarme (Rufina, claro). Así que Nick y ella estaban liados. ¿Cómo es que no me había dado cuenta? Al parecer, la belleza podía a la raza. ¿Es que me equivocaba del todo con lo que pensaba sobre las parejas de Ault? ¿O había observado bien, pero había confundido las pautas con reglas? Siempre podía haber excepciones, eso estaba claro. A veces (más a menudo que no, aunque no dejó de sorprenderme hasta que no fui algo mayor), las cosas eran lo que parecían. Ves a un chico y una chica coqueteando y luego resulta que están juntos... Solo a mí podría impactarme la noticia.

Dejamos a Rufina y desapareció por unas enormes puertas de cristal automáticas tras las que podían verse una alfombra de color rosado, una mesa con un enorme jarrón y docenas de flores y por encima de las flores un candelabro. Nos marchamos y tampoco nadie dijo nada en el viaje de vuelta.

Mi padre detuvo el coche a la entrada del campus, pero dejó los faros encendidos. Eran casi las once de la noche, la hora de la recogida del sábado, aunque ese día muy pocos alumnos iban a dormir en las residencias.

Mi padre dejó las manos sobre el volante.

—Mañana no... —empezó a decir, pero como había estado callado tanto tiempo, le tembló un poco la voz al volver a hablar. Se aclaró la garganta—. Mañana no voy a ir ni a la capilla ni al *brunch* —dijo—. Nos vemos en Navidad, Lee.

—¿Estás de broma? —dije.

—¡Terry! —dijo mi madre.

—No es ninguna broma. —No nos miró a ninguna de las dos.

—Pero, cariño, ¿por qué...? —empezó a decir mi madre.

—No me merezco este trato. —La interrumpió—. Por parte de nadie, pero muchísimo menos por parte de mi hija de dieciséis años.

—Yo no... —dije, pero tampoco me dejó seguir. Seguramente había preparado lo que iba a decir durante el viaje. Su voz sonaba firme, furiosa y controlada al mismo tiempo.

—No sé qué ha pasado contigo, Lee, pero tengo una cosa clara: eres una decepción. Eres egoísta y superficial, y no nos respetas ni a mí ni a tu madre. Me avergüenzo de ti. —«Ni a tu madre ni a mí», pensé yo. Eso es lo que pensé en ese momento—. Cuando viniste a Ault —siguió diciendo mi padre —, pensé que un sitio así estaría lleno de mocosos pretenciosos, pero me dije: «Me alegro de que Lee tenga la cabeza bien puesta sobre los hombros». Pues me equivoqué. Ahora lo tengo claro. Fue un error dejarte venir. Puede que tu madre lo vea de otra forma, pero no he conducido dieciocho horas para esto.

Nadie dijo nada, mi madre sacó un pañuelo y se sonó la nariz. A veces, cuando mi madre lloraba me hacía llorar a mí también. Esta vez no quería que sucediera por nada del mundo.

Tragué saliva. Pude haber dicho muchas cosas en ese momento, pero la que elegí fue:

—Yo no os pedí que vinierais.

—¡Lee! —Mi madre estaba angustiada.

De pronto, mi padre se soltó el cinturón de seguridad, abrió su puerta, se bajó del coche y abrió también mi puerta.

—Baja —rugió—. Ahora mismo.

—No.

—Te he dicho que bajes de mi coche.

—También es el coche de mamá.

Me miró con furia y sacudió la cabeza. Al parecer, me despreciaba tanto que no tenía palabras.

—Vale —dije. Bajé, me crucé de brazos y me quedé mirándolo—. Puedes decirme lo horrible que soy. Pero quizá deberías pensar en tu comportamiento. Te parece divertidísimo abochornarme y decir tonterías delante de mis amigas, y, cuando me enfado, actúas como si no hubieras hecho nada.

—¿Abochornarte? ¿Así es como se llama ahora a invitar a esas chicas a cenar?

—Ah, ya entiendo. Tú nos llevas de cena y yo tengo que pasar por alto cómo te comportas el resto del tiempo.

—No sabía que te había pedido que pasaras nada por alto. Tengo treinta y nueve años y estoy bastante contento con mi manera de ser, Lee. Y eso es muchísimo más de lo que puedo decir de ti. Ante todo, hay una cosa por la que no siento necesidad alguna, y es pedirte disculpas.

—Me alegro por ti —dije yo—. Felicidades.

Y entonces (no recuerdo haberlo visto venir, tan solo estar aturdida porque hubiera pasado), levantó la mano derecha y me dio una bofetada. Noté la mano caliente, luego mi cara ardía y se me llenaron las mejillas de lágrimas, pero solo de dolor. Y lo que hice yo antes de mirar a mi padre a los ojos, antes de decir nada y de llevarme la mano a la mandíbula y a la mejilla, fue echar un vistazo alrededor. Estábamos cerca de la capilla y a unos diez metros, iluminado al pasar por debajo de una farola, estaba un compañero de curso llamado Jeff Oltiss. Nos miramos. No pude verle la expresión desde tan lejos, pero creí notar cierta comprensión. No conocía bien a Jeff (habíamos ido juntos a inglés de segundo con la señorita Moray; eso era todo) y no volví a hablar con él después de esto. Durante todo el tiempo que pasé en Ault, no fue más que la persona que había visto cómo me pegó mi padre. Si me encontrara hoy con él en San Francisco o en Nueva York, podría estar casado y con hijos, y ser astrofísico o contable, pero para mí no sería más que la persona que vio cómo me abofeteó mi padre. Por entonces, cuando aún estábamos en Ault y nos cruzábamos en el comedor o en el gimnasio, no nos hablábamos ni nos saludábamos, pero notaba una complicidad fugaz entre nosotros. Lo sabía.

Dejé de mirarlo y me volví hacia mi padre.

—Eres gilipollas —dije. Estaba llorando.

—Y tú eres una pequeña cabrona desagradecida. —Cerró la puerta de atrás de una patada y se metió por la de delante (antes de que cerrara la puerta, oí la voz de mi madre, pero no entendí lo que dijo) e hizo rugir el motor. Luego, se marcharon.

Para llegar a mi residencia, tenía que seguir a Jeff por el arco que daba al

patio. Pero en lugar de eso, caminé en dirección contraria, hacia la glorieta. Allí, en medio de la enorme explanada de césped rodeada de árboles, miré hacia los enormes edificios en los que solo había encendidas algunas luces y luego, a las estrellas. Ahí afuera, en la glorieta, no me encontraba mal. Cuando estuviera dentro, con luz, rodeada de muebles, revistas, almohadones y marcos de fotos, la cosa cambiaría.

El teléfono sonó a primera hora de la mañana y fue como si hubiera estado esperando esa llamada. Bajé de la cama de un salto, corrí escaleras abajo y abrí la puerta de la cabina de un tirón.

—Lee —dijo mi madre, pero estaba llorando tanto que no podía ni hablar.

—Mamá —dije yo—. Mamá, lo siento mucho. Quiero que volváis...

—Papá está devolviendo las llaves —dijo. Tomó aire varias veces—. Quiere salir temprano. Lee, recuerda que te quiere mucho y que está muy orgulloso de ti. Espero que lo sepas.

—Mamá... —La mandíbula me empezó a temblar y las comisuras de los labios se me tensaron.

—Estábamos muy ilusionados con el fin de semana. Siento mucho que haya terminado así.

—Mamá, no es culpa tuya. Mamá, por favor. No llores. —Pero yo también estaba llorando. No sé si se daría cuenta con su propio llanto—. ¿Por qué no vuelves tú? —dije—. Aunque papá no venga. Te gustará el oficio.

—Lee, no puedo. Quiere ponerse en marcha enseguida. Lo que quiero que hagas tú es llamarlo en unos días y decirle que lo sientes. Ya sé que él también se ha equivocado y que no debería haberte pegado... Me da mucha pena... —Volvía a tener la respiración entrecortada.

—No pasa nada —dije—. No me hizo daño. De verdad, mamá. No me hizo daño.

—Tengo que irme, Lee. Te quiero, ¿de acuerdo? Te quiero. —Colgó y yo me quedé con el teléfono en la mano, sin escuchar nada. Volví a la habitación y en el despertador de Martha vi que todavía no eran las seis y media.

Cuando alguna vez hemos recordado lo que pasó (en nuestra familia nunca ha sucedido nada que no acabe convertido antes o después en chiste o

anécdota), lo llamábamos el «fin de semana del infierno» y nunca quedó claro quién había sido más atroz, si mi padre o yo. En la versión de mi madre, todo comienza cuando Lee está hojeando una de esas revistas de cotilleos que tanto le gustan y papá empieza a tomarle el pelo, ya sabes cómo pueden calentarse las cosas entre dos personas tan irascibles como ellos. Además, mi madre no dejó nunca de preguntar por Rufina y por María, tanto por carta como en las conversaciones. Las llamaba «las latinas» o «la del novio y la otra».

Fue la última vez que mi padre me pegó (de pequeña me había dado algún cachete, pero solo cuando mis hermanos y yo nos habíamos pasado completamente de la raya o si estábamos siendo muy desobedientes) y marcó el comienzo de un largo periodo de tiempo durante el que no lloré delante de mis padres.

Cuando estaba en la universidad, siempre tenía teléfono en mi habitación y mi padre solía llamarme (creo que no soportaba el sistema de teléfono de pago público de Ault). Si saltaba el contestador, muchas veces no dejaba un mensaje, sino que decía alguna frase sin sentido o contaba algún chiste («¿Qué le dice un pez a otro?» o, para Halloween: «Lee, ¿cuál es el colmo de un vampiro?»). A mis compañeras, claro está, les parecía muy divertido. Más tarde, cuando ya había terminado la universidad, se compró un teléfono móvil y me llamaba todos los días. Siempre le cogía el teléfono, incluso en el trabajo, aunque tuviera cosas que hacer, y siempre dejaba que fuera él quien terminara la conversación. No es que pensara que podía redimirme por aquel fin de semana, o por haber ido a Ault en primer lugar. (¿Cómo iba a saber yo a los trece años que tenía toda la vida para separarme de mi familia? Quizá por haber ido a Ault me convertí en el tipo de persona que siempre está lejos, primero por estudios y luego por trabajo). No, no es que pensara que podía redimirme, pero sí pensaba que merecía ver que lo intentaba, que se lo debía. En cuanto a mi madre, nunca me castigó por ello ni me lo recriminó. Y precisamente por ello, porque a diferencia de mi padre nunca quiso nada a cambio, jamás podré devolverle todo lo que le debo. Es un océano, un planeta entero.

En una visita a mis padres, mientras curioseaba en la habitación de mi hermano Tim, me llamó la atención un cartelito que tenía colgado en el

tablón de corcho, un rectángulo de color crema con un enorme lazo rojo en la esquina de arriba y el blasón de Ault a la izquierda. «Timothy John Fiora», decía, y debajo: «hermano de Lee». Después de mi nombre, se leía el año de mi graduación. Cuando escribieron la fecha, quedaban casi dos años para que llegara. Cuando yo la vi, había quedado diez años atrás y el propio Tim había terminado el instituto y ya había empezado la diplomatura. Lo que me sorprendió fue que el nombre de mi hermano no llevara su letra, sino la de mi padre. Cuando fue a buscar los de ellos dos, debió de coger un cartelito de más, de escribir el nombre de Tim (y seguramente el de Joseph) y de dárselo a mi madre para llevárselos a Indiana. ¿O los llevaría todo el sábado metidos en el bolsillo de su *blazer* caqui teniendo cuidado de que no se doblaran al sentarse? ¿Y en el viaje de vuelta los dejó en un sitio donde estuvieran bien protegidos, en el salpicadero quizá o en el asiento de al lado? Más tarde me enteré de que hicieron todo el viaje del tirón y de que mi padre condujo todo el trayecto. Habían pensado hacer una parada cerca de Erie, pero mi madre se quedó dormida y él decidió seguir adelante. Poco después de medianoche, mi madre se despertó sobresaltada. El motor estaba apagado y mi padre, a su lado, crujía los nudillos y miraba por la ventanilla.

—¿Dónde estamos? —preguntó mi madre.

—En casa —le dijo él.

6

PUEBLERINO

INVIERNO DE TERCERO

La ambulancia llevó a Sin-Jun a urgencias a primera hora de la noche, más o menos cuando empezaba la cena de gala. De hecho, Tig Oltman y Daphne Cook —dos chicas de segundo que vivían en su misma residencia— se toparon con ella cuando iban hacia el refectorio. Justo cuando abrían la puerta para salir de la residencia, Sin-Jun apareció tambaleándose y cayó desplomada al suelo, mascullando algo ininteligible y con el brazo apretado con fuerza sobre el abdomen, como si llevara un montón de piedras o de granos de maíz recogidos en la camisa y no quisiera que se le cayeran.

Era miércoles y después de la cena había organizada una charla para todos los alumnos (a cargo de la coreógrafa negra de una compañía de danza). La señora Morino, responsable de la residencia de Sin-Jun, nos salió al paso cuando Martha y yo nos disponíamos a entrar en el salón de actos. Este es el momento que siempre recuerdo cuando pienso en lo que sucedió, incluso en todo lo que quedaba de aquel invierno —estábamos a finales de febrero—. Iba hablando alegremente con Martha sobre cualquier tontería y atenta a Cross Sugarman, que caminaba unos pasos por delante, para ver dónde se sentaban él y sus amigos y colocarnos cerca de ellos, aunque no demasiado, para que no se notara que lo habíamos hecho a propósito. La señora Morino vino directamente hacia nosotras y, a pesar de que nos saludó

con la mano (¿para qué iba a saludarnos a solo unos pasos si nunca nos había dado clase ni entrenado, y casi no la conocíamos?), me sobresalté cuando se detuvo frente a nosotras y me agarró las manos.

—No sé cómo decirte esto —dijo.

Sentí miedo. Empecé a repasar febrilmente mis meteduras de pata recientes y me sentí aliviada —un alivio que pronto me resultó bochornoso y desalmado— cuando la señora Morino dijo:

—Sin-Jun está en el hospital. Se ha tomado unas pastillas. Los médicos han tenido que hacerle un lavado de estómago. Ahora está estable... Acabo de estar con ella, pero aún está muy delicada.

—¿Está enferma? —Miré a través de las puertas. Cross había desaparecido en el salón de actos, ya se había sentado casi todo el mundo y las luces empezaban a apagarse. Volví a mirar a la señora Morino, me sorprendía que nos hiciera llegar tarde a la charla.

—Se ha tomado unas pastillas —dijo, pero yo seguía sin entenderlo, creo que fue más por la idea concreta que tenía de Sin-Jun que por ingenuidad, aunque también puede que fuera una mezcla de las dos cosas.

—Lo ha hecho a propósito, Lee —dijo Martha, que se dio cuenta de que no lo estaba entendiendo.

—Me gustaría que vinieras al hospital —dijo la señora Morino—. Está un poco mareada, pero le vendrá bien ver otra cara conocida.

¿Que Sin-Jun había tomado pastillas «a propósito»? ¿Que había intentado suicidarse? La idea, más que impactante, me parecía inconcebible. Sin-Jun ni siquiera era infeliz; desde luego, no iba a suicidarse.

Tragué saliva.

—¿Viene también Martha?

—Por esta noche, no —dijo la señora Morino—. No quiero que Sin-Jun se agobie. Lo entiendes, ¿verdad, Martha? Tú ya puedes ir dentro si quieres. —La señora Morino señaló con un gesto de la cabeza hacia el salón de actos—. Lee, nosotras nos marchamos. Tengo el coche aparcado justo a la puerta.

Eché a andar por el pasillo y la acompañé. Miré hacia atrás y vi que Martha seguía en la puerta del salón de actos, desconcertada y desencajada. Nos miramos a los ojos, levantó la mano para decir adiós y fui su reflejo: la saludé igual de desconcertada.

En los diez años siguientes, la coreógrafa que habló aquella noche se fue haciendo cada vez más conocida a nivel nacional (su compañía solía tratar cuestiones políticas, en especial raciales) y tuve la ocasión de leer varios artículos sobre ella en diversas publicaciones. Siempre que veía su nombre sentía exactamente el mismo vértigo que entonces, cuando me dijeron que Sin-Jun se había tomado esas pastillas, esa sensación única mezcla de descubrimiento y de aturdimiento que se adueña de ti cuando te dan una mala noticia, pero aún no conoces los detalles.

La señora Morino tenía una ranchera de color azul oscuro. El salpicadero iba plagado de pegatinas ambientadoras, y el asiento estaba lleno de arriba abajo de pelos de perro. La señora Morino daba clase de geometría y el señor Morino, de historia de América (ninguno de los dos me había dado clase) y tenían tres hijos. No sabía cómo se llamaban, el mayor tendría seis años y, a veces, aparecían en el comedor, llorando, comiendo Cheerios o revolcándose por el suelo. La señora Morino tenía sintonizada una emisora de música clásica a un volumen tan bajo que solo se escuchaba cuando dejábamos de hablar. Como era de noche, solo podía intuir el paso de campos y bosques al otro lado del cristal.

—Una pregunta —dijo la señora Morino—: ¿alguna vez viste a Sin-Jun deprimida cuando vivíais juntas?

—Creo que no.

—¿Alguna vez dijo algo de autolesionarse?

—No.

—¿Le preocupaba alguna cosa?

Intenté recordar si la había visto llorar y recordé una sola vez, por la nota de un examen de inglés. Me acerqué a su mesa, le di unas palmaditas en la espalda y pude ver la nota, escrita en azul en la parte de arriba de la hoja: un notable bajo, ni en inglés ni en ninguna otra asignatura sacaba yo más nota. Aunque estoy muy segura de que Sin-Jun no me lo había contado, sabía que antes de venir a Ault fue la primera chica de Corea en ganar un campeonato nacional de ciencias y matemáticas.

—Le preocupaban las notas —le dije a la señora Morino—, pero, aparte de eso, nada.

Sin-Jun y yo no intimamos demasiado, ni siquiera cuando compartíamos habitación. Aun así, cuando vives con alguien es inevitable llegar a conocerlo. Cuando Sin-Jun se despertaba por la mañana, con su negro pelo suelto y revuelto, y la cara pálida, era imposible hablar con ella más de quince minutos; su aperitivo favorito eran unos guisantes secos y picantes que iban metidos en bolsitas de aluminio, o cualquier cosa que llevara caramelo; tenía pavor a las serpientes, aunque fuera en fotografía; y la persona a la que más quería en el mundo era su hermana Eunjee, que tenía cuatro años menos que ella y que aún vivía con sus padres en Seúl. Sin embargo, me dije, quizá todo eso no era más que información y no conocimiento de verdad. Además, desde que habíamos dejado de ser compañeras de habitación hacía dos años, cada vez habíamos coincidido menos. En segundo, Sin-Jun pasó a compartir habitación con Clara O'Hallahan, y yo, con Martha. Ni siquiera estábamos en la misma residencia.

—¿Ha habido algún cambio últimamente en la vida de Sin-Jun? — preguntó la señora Morino—. Con su familia, o aquí en Ault.

—Creo que no.

—¿Y algún problema con los profesores, o con otros alumnos?

—¿No lo sabría mejor Clara que yo? —¿Estaba dando a entender que yo era una mala amiga? ¿Es que era una mala amiga?

—En teoría, sí —dijo la señora Morino—, pero Clara está bastante afectada. Fue con Sin-Jun en la ambulancia y sigue con ella.

No había mucho más que decir. No parecía oportuno empezar una charla trivial, y estaba claro que no podía responder a sus preguntas. Durante el viaje, tan pronto pensaba en lo raro que era estar en el coche de la señora Morino como en Sin-Jun. La señora Morino estaba convencida de que había tomado a propósito muchas pastillas (aspirinas, al parecer); por lo que sabía, no había barajado otra posibilidad. Mientras pensaba en eso, me distrajo la realidad física, la señorita Morino que iba sentada a mi lado: ¿de dónde era? ¿A qué edad se habría casado con el señor Morino? Por su aspecto y por la edad de sus hijos, estaría a punto de cumplir los cuarenta. Mientras hacía cálculos, volví a pensar en Sin-Jun. ¿Había dicho o hecho algo alguna vez que apuntara al suicidio? ¿Lo habría hecho para llamar la atención? Nunca me había dado esa impresión.

Intenté recordar cuándo la había visto por última vez, con un gesto tan rutinario como cuando te pones a pensar en cómo ibas vestida el día de antes o qué hubo de cena. En el hospital, pasamos por la entrada principal, unas puertas automáticas de cristal bajo un porche de entrada cubierto bien iluminado. Era un hospital pequeño de solo tres plantas y parecía acogedor (seguramente, si Sin-Jun hubiera estado en grave peligro la habrían enviado a Boston en helicóptero).

Dentro, la luz blanca y brillante se reflejaba en el suelo de linóleo también de color blanco. Nos registramos en un mostrador de la primera planta y subimos en ascensor hasta la tercera, atravesamos unas puertas dobles y pasamos por delante del puesto de enfermería. Nada más cruzar la puerta, oí un gemido, como de locura, ¿acaso estábamos en el Pabellón de Psiquiatría? Entonces fue cuando asimilé de verdad todo lo que había dicho la señora Morino. Sin-Jun había intentado suicidarse y estaba en el hospital. No es que hasta entonces creyera que me había mentado, era solo que no podía creer que todo eso hubiera pasado o, más bien, que estuviera pasando. Siempre había sido incapaz de reconocer los grandes momentos, los momentos importantes, porque nunca daban la sensación de ser grandes ni importantes. Mientras suceden, a ti te entran ganas de ir al baño, o te pica el brazo o te lo dicen de una forma que te resulta exagerada o melodramática y tienes que reprimir una sonrisilla. Tienes una idea de cómo deberían ser esas situaciones (ante todo, imponentes), y no lo son. Pero entonces miras atrás, y fue eso; sucedió.

Casi todas las puertas estaban abiertas y al pasar por las habitaciones se escuchaban risas enlatadas y las voces chillonas de la televisión. Entonces, lo recordé: el viernes anterior. Aquel día hablé con Sin-Jun por última vez. Habíamos ido a almorzar juntas después de química y estuvimos hablando sobre las vacaciones de primavera, que iban a ser en marzo. Me dijo que se quedaría con una tía suya en San Diego. No hubo nada que me llamara la atención en la conversación, ninguna mirada ni nada raro en el tono de voz. ¿Ya lo estaría planeando entonces o lo de las pastillas había sido un acto impulsivo? Y volvió la pregunta: ¿por qué? ¿No tenía una vida perfecta? No era popular, pero tenía amigas... Era impensable que le cayera mal a nadie. Y, encima de todo eso, le iba bien en los estudios. Su inglés seguía siendo sorprendentemente tosco, pero no tenía problemas para comunicarse con

nadie. Y sus padres, por lo que vi cuando íbamos a primero, eran buenas personas y, aunque no lo fueran, estaban muy lejos. ¿Podría ser eso? ¿Podría ser la distancia? ¿O es que echaba de menos a su hermana? Pero eso tampoco tenía sentido: no te tomas pastillas por echar de menos a nadie.

Entramos en la habitación y encontramos a Sin-Jun en la cama, con la cabecera elevada, de forma que estaba casi sentada. Tenía la mirada fija al frente, sin ninguna expresión en particular y llevaba puesta una bata de hospital de color azul claro. Como me había advertido la señora Morino, tenía la piel alrededor de la boca manchada de negro, por el carbón con el que los médicos le habían vaciado el estómago.

Pero no fue ella la que reclamó nuestra atención, sino Clara, de la que emanaba el gemido que oímos nada más pasar por la puerta. Clara estaba llorando sin control, como una niña. Tenía la cara con marcas rojas, le caían las lágrimas por toda la cara, le moqueaba la nariz, tenía la boca abierta con hilillos de baba entre los labios y dejaba salir un llanto sin palabras, un alarido a veces sostenido y a veces interrumpido por jadeos entrecortados, tan grotesco como cautivador. Estaba sentada en una silla a la derecha de la cama de Sin-Jun, echada hacia delante y con las dos manos apoyadas al borde del colchón. Como el colchón estaba casi treinta centímetros más alto que la silla, era como si le estuviera rezando suplicante a Sin-Jun, que parecía ignorarla por completo.

—¡Mirad a quién he traído! —gritó la señora Morino por encima del ruido. Me agarró por el hombro y sonrió generosamente.

—¡Hola! —grité yo.

Sin-Jun no nos miró.

No supe si abrazarla o no. Me acerqué a ella, puse una mano sobre el colchón, junto a sus pies, y por fin me miró.

—Hola, Lee —dijo con la voz cansada, pero sin más expresión, ni avergonzada, ni arrepentida, ni triste.

—Me alegra verte —dije. Sin-Jun no había alzado la voz y pude oírla bien, pero, aun así, me sentía como impelida a gritar.

Al parecer, la señora Morino tenía la misma sensación.

—Vuelvo corriendo al colegio —dijo a voz en grito mientras le acariciaba a Clara la espalda—. Tengo que echar a dormir a los niños. Lee y Clara,

cuando el señor Morino me traiga para pasar la noche con Sin-Jun, os llevará a las dos a casa. ¿Os parece?

No dijimos nada.

—Estaréis de vuelta en la residencia a tiempo para la recogida —dijo la señora Morino—. Sin-Jun, queremos que te pongas bien. ¿Puedes hacerlo por nosotras?

Cuando la señora Morino se hubo ido, Clara dejó de llorar y estuvo sollozando un poco, como para recuperar el aliento. Sentí el mismo alivio que cuando un bebé para de berrear, pero la misma angustia también, sabiendo que eso no era el final sino un paréntesis.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí? —pregunté.

—No lo sé —dijo Clara, con la voz temblorosa y alargando las palabras.

Quise preguntar «¿Y cuánto tiempo llevas llorando?». Estar tan descompuesta me pareció agotador, y Clara estaba rellenita... Estaba claro que no podría mantener ese esfuerzo indefinidamente.

Volví a mirar a Sin-Jun. Me miró a los ojos y casi me asusté. Me miró tan desesperanzada y tan agotada que casi pareció despreciarme. Se me ocurrió que podría haberla subestimado. Quizá no la había creído capaz de tener una opinión o de estar insatisfecha... de ser como yo. En cualquier caso, no podía hacer nada por ella. Seguía sin creer que hubiera querido morir de verdad, pero, aun así, se había tomado esas pastillas; así pues, no le faltaba la voluntad necesaria.

—Me quedaré aquí a pasar la noche —anunció Clara—. No me lo podréis impedir.

Por primera vez desde que había llegado, Sin-Jun se volvió hacia ella y le dijo:

—No quedas en hospital.

—No te queda otra. No me marcharé a ningún sitio.

—El señor Morino vendrá a llevarnos a la recogida —dije.

—¿A la recogida? —Clara se me quedó mirando—. Sin-Jun ha estado a punto de morir hoy, ¿y a ti lo único que te importa es la recogida?

Sin-Jun no reaccionó de ninguna manera a la referencia directa a la muerte (totalmente inadecuada, en mi opinión).

—Sin-Jun, ¿tú quieres que nos quedemos? —pregunté.

—Quiero dormir —dijo Sin-Jun y miró a Clara—. Vuelve a colegio.

—¡No! No me voy a ir. Voy a llamar a los Morino ahora mismo para decirles que me quedo. Pediré que me pongan una cama supletoria, como la señora Morino. Me quedo. ¿Me oyes? —Se puso de pie y empezó a ir hacia la puerta, pesada y melodramáticamente, como si esperara que Sin-Jun fuera a saltar de la cama para impedirselo.

Yo estaba a los pies de la cama, casi junto a la puerta, y cuando Clara se acercó, me eché para atrás. Iba tambaleándose y farfullando, y no quería que me tocara.

Cuando se marchó, la habitación parecía un remanso de paz. Estaba aliviada, pero también temerosa por quedarme a solas con Sin-Jun. Me senté en la silla de Clara —ya me levantaría cuando volviera— y nos quedamos las dos calladas hasta que, por fin, dije:

—Sin-Jun, ¿te arrepientes de haber venido a Ault?

Se encogió de hombros.

—No estás obligada, ¿verdad? Si les dijeras a tus padres que no quieres estar aquí, no te obligarían a quedarte.

—No tengo que decir nada a padres. Señora Morino llama ya y padre viene mañana.

Aunque no había pensado en ello, era lógico que intervinieran los padres. De hecho, me sorprendió un poco que la señora Morino nos dejara solas y sin adultos, aunque fuera por poco tiempo. ¿Cómo íbamos a saber nosotras qué hacer?

—Clara está muy mal, ¿no? —dije, y enseguida añadí—: Estamos todos muy preocupados por ti, Sin Jun.

Pensé que sonaba como si estuviera leyendo una tarjeta postal. Pero vi que a Sin-Jun se le llenaban los ojos de lágrimas. Al parpadear se le deslizaron por los párpados.

—Ay, Dios —dije—. Lo siento.

Sacudió la cabeza.

—¿Sin-Jun?

Abrió la boca, pero no dijo nada y no supe si debía arrancarle las palabras o impedir que hablara. Siempre tenía la sensación de que quería enterarme de algún secreto o que sucediera algo —quería que mi vida arrancara de una vez

—, pero, en los raros momentos en los que parecía que algo podría cambiar de verdad, me entraba el pánico.

—No te hace falta decir nada —dije—. Pero te traeré algo de agua.

Se secó los ojos con las manos.

—Seguro que tienes sed —dije, y salí corriendo de la habitación. Mientras yo buscaba un vaso de plástico (me lo dieron en el puesto de enfermería) y lo llenaba en una fuente, Clara volvió a la habitación. Dejé el vaso en la mesita que había junto a la cama de Sin-Jun y vi que ya había otro, medio vacío y con una pajita.

—¿Ha dicho el señor Morino que puedes quedarte? —le pregunté a Clara.

—Claro, ¿y por qué no? —Clara parecía algo recompuesta. Al menos ya no estaba derramando líquidos por todos los orificios de la cara y Sin-Jun también había dejado de llorar.

Miré la hora. Eran las ocho y media y la recogida iba a ser a las diez. Aún faltaba por lo menos una hora para que llegaran los Morino.

—Debería bajar —dije—. No quiero hacerles esperar.

Ni Clara ni Sin-Jun me estaban prestando atención.

—No voy a dejarte sola —estaba diciendo Clara, y noté que era solo cuestión de tiempo que volvieran a abrirse las compuertas.

—Sin-Jun, espero que te mejores —dije—. ¿Vale? Yo... —Me acerqué a la cama y la abracé. No me devolvió el abrazo, y entre mis brazos me pareció ingrátida y quebradiza—. Hasta luego —dije—. ¿Vale? Nos vemos.

—Hasta luego, Lee —dijo por fin.

No me despedí de Clara y ella tampoco me dijo nada cuando me marché.

Estaba tan desesperada por marcharme de aquel hospital que, en cuanto llegué a la primera planta y a pesar de todo el tiempo que debía esperar, fui directamente al porche y me quedé allí con los brazos cruzados, mirando hacia el aparcamiento. El colegio estaba a ocho kilómetros, pero si no hubiera estado tan oscuro, habría echado a andar.

No había cogido el monedero ni llevaba dinero encima. Si hubiera tenido dinero, me habría sacado un refresco de cola. Luego pensé que, si Sin-Jun no quería morir, ¿es que quería acabar aquí? Lo de las pastillas debía de haber sido algo impulsivo, cuestión de «esto no; cualquier cosa salvo este

momento».

Así que Sin-Jun también... Jamás lo habría sospechado. No es que hubiera podido cambiar las cosas de haber sido así. Después de todo, no podías hablar de estos asuntos con nadie. ¿Cómo ibas a explicarle a otro cómo te sentías? Podías disfrazar las cosas, pero siempre llegaba un momento en el que la luz cambiaba o el tiempo se volvía lento (los domingos sobre todo y también los sábados por la tarde, si no tenías partido) y entonces veías que no eran nada en realidad. No eran más que algo interminable, siempre lo mismo, y conseguir o no algo no marcaba diferencia alguna. ¿Qué te quedaba entonces? La habitación insoportablemente conocida en la que vivías, tu cuerpo y esa cara tan horribles, y el desdén de los demás, su indiferencia y la impresión que les causarías si intentaras explicarte, entre rara y aburrida, ni siquiera original. ¿Por qué sus vidas eran tan fáciles? ¿Por qué había que demostrarles las cosas o convencerles de algo, y no al revés? Además, que lo intentaras no quería decir que lo fueras a conseguir.

¿De qué hablábamos en las cenas? De profesores, de películas o de las vacaciones de primavera. No hacías otra cosa que socializar y relacionarte. Y las cosas que decías, el camino de la capilla al edificio de las clases, la mochila, los exámenes... no eran más que un puente con el que salvar lo que sentías de verdad. Se trataba de aprender a ignorar lo que quedaba por debajo. Estaba bien si encontrabas a alguien como tú, pero debías aceptar que nadie podía hacer nada que te hiciera sentir mejor. Curiosamente, los intentos de suicidio me parecían ingenuos (no había pensado así en primero pero sí lo hacía dos años después). No conseguían nada y solo ponían en marcha un drama que con toda seguridad no podía sostenerse en el tiempo. En la línea de llegada siempre estaba tu vida normal, de la que nadie más podía librarte.

Alguien se acercó a la máquina de refrescos y deseé que se fuera. Se dio la vuelta, me saludó con un «Hola» y yo asentí sin sonreír.

—¿Estás bien? —dijo. Era un hombre joven y llevaba una niña pequeña en brazos.

—Sí, estoy bien.

—Pareces preocupada por algo.

No respondí.

—No quiero molestarte —dijo enseguida él. Y añadió—: No me has

reconocido, ¿verdad? Perdona, debería haber... Espera. —Llevaba una camisa de franela de manga larga y una camiseta blanca con cuello de pico debajo. De entre las dos, sacó una tarjeta de plástico que llevaba colgada de un cordón al cuello. Me la enseñó mientras con la otra mano agarraba a la niña, que nos observaba impasible, y una lata cerrada de Pepsi.

Estaba a un par de metros y tuve que ponerme de pie y echarme hacia delante para leer la tarjeta. Estuve a punto de no levantarme, pero lo hice, más por curiosidad que por cortesía, y me alegré de haberlo hecho. «Colegio Ault», se leía en la tarjeta. Tenía sobreimpreso el escudo de Ault y, en una esquina, había una foto de carné donde salía él sonriendo y con la barbilla levantada, como si hubiera estado bromeando con el fotógrafo. Por debajo de la foto, decía: «David Bardo, Dpto. de Alimentación».

—Lo siento —dije—. Me suena, pero es que no... —Me callé.

—Trabajo en la cocina.

—Ah, sí; es verdad.

Y era cierto que me sonaba, de esa forma imprecisa en que te suena alguien a quien nunca has prestado atención. Me dio vergüenza lo cortante que había sido con él. No me costaba ser grosera con los desconocidos, sobre todo si me abordaban en un lugar público, pero jamás lo habría sido con alguien que trabajara en Ault. Quien no conozca un internado podría pensar lo contrario, que los alumnos tratan con altanería a los conserjes o al personal de Secretaría, pero no es ni mucho menos así: en los últimos cinco años, los de cuarto habían dedicado el anuario dos veces a Will Koomber, el jefe de los jardineros y una especie de figura de culto. Will era un hombre negro de unos sesenta años nacido en Alabama. Decían que iba fumado todo el día y eso no hacía más que crecer el mito. Era especialmente popular entre los chicos y no era raro verlos por donde estaba Will echando el abono y oírles decir cosas como «¿Cómo está su esposa, Will?» o «Hay que estar siempre atento a la poli, ¿eh?». La verdad es que siempre que oía esas conversaciones me ponía nerviosa (los cumplidos me parecían algo falsos y creía que en cualquier momento podrían decir algo ofensivo, y que Will podría responder, o querer responder sin poder hacerlo), pero también pensaba que Will y los chicos de Ault se llevaban bien de verdad. Yo era la que le daba demasiadas vueltas a la relación, no ellos. Cada vez que me cruzaba con Will, sobre todo si iba sola,

me regalaba alguna frase en tercera persona («Pues sí que lleva prisa» o «Qué falda tan bonita lleva hoy»), y yo bajaba la cabeza sonriendo para mostrarle mi gratitud por hablar también conmigo, y no solo con los chicos deportistas y las chicas guapas.

Pero el personal de cocina era otra cosa. Al parecer, no los conocía casi nadie, al menos yo no. Cuando estaba en el comedor, me limitaba a decidir qué iba a comer y dónde sentarme, y no prestaba mucha atención a lo que quedaba fuera de mi entorno. Allí, delante de David Bardo, intentando recordar a las personas que trabajaban en la cocina, no pude más que dar con grupos genéricos, del tipo: mujeres de veintitantos y mujeres de cincuenta (en mi cerebro, todas las mujeres de ambos grupos tenían los ojos azules y el pelo claro recogido con redecillas o debajo de un gorro blanco, todas tenían sobrepeso y antebrazos blancos y rechonchos). En una sala llena de vapor contigua a la cocina, estaban los adolescentes friegaplatos. Solían escuchar *heavy metal* a todo volumen y, siempre que dejaba los platos sucios en la cinta, me sorprendía que pudieran poner esa música y a semejante volumen. Casi todos aquellos chicos eran flacos, tenían la piel estropeada y el pelo rapado. Uno de ellos estaba muy gordo, con las mejillas tan infladas que le achinaban los ojos. El jefe de cocina (sabías quién era porque llevaba uno de esos sombreros altos) parecía haber cumplido los cuarenta y tenía barba rubia. A veces se ponía al final de la cola de la cafetería, nada más pasar los entrantes, detrás de la vitrina de cristal, haciendo comentarios que parecían las sugerencias que haría el camarero de un restaurante fino, aunque su tono siempre tenía un deje hostil: «Esta noche debería probar el lenguado» o «Sería una auténtica pena no comerse ese timbal de berenjena» (por supuesto, nadie quería lenguado ni timbal de berenjena; lo que queríamos todos eran perritos calientes y queso gratinado).

Y, además de todos ellos, al parecer, estaba David Bardo. Tendría unos veinte años y no era especialmente alto (mediría uno setenta y cinco), pero tenía el pecho y los hombros anchos. Era moreno, y su cara, rojiza, con barba de algunos días. Parecía una de esas personas que van a jugar al *hockey* sobre hielo a un estanque helado o que tienen un camión y saben arreglarlo si se avería.

—Sí, te he reconocido nada más verte —decía—. Te he visto y he dicho,

mira, a esa la conozco, va al colegio. ¿Estás en segundo?

—En tercero.

—Ah, vale, porque llevas allí desde que entré a trabajar, y eso fue en enero del año pasado. ¿De dónde eres?

—De Indiana.

—Vaya, qué lejos. Pero también hay gente de California, ¿verdad?

—Puede ser.

—No estaría mal ir a California alguna vez. Tengo un amigo que se marchó a Santa Cruz y no quiere volver. ¿Has estado alguna vez?

—No. —No sé bien por qué, pero deseé haberlo hecho, deseé ser todo lo que ese tipo imaginaba que era un alumno de Ault, para empezar, alguien viajado.

—Estoy pensando en ir este verano. Puede que en julio o en agosto. Hacer un viaje por carretera y pasar algunas semanas por ahí.

Aunque no tenía nada que decir, intenté parecer interesada.

—¿Alguna vez has cruzado el país en coche?

Sacudí la cabeza.

—Yo sí —dijo de pronto la niña, y David Bardo y yo nos echamos a reír. La niña tendría unos dos años, el pelo rubio y revuelto, y pendientes en forma de corazón.

—¿Te gusta viajar en coche? —le pregunté—. ¿Vas a ir a California con tu papá?

—No, no —dijo David Bardo—. Kaley no es mi hija. No eres mi hija, ¿verdad, peque? —La miró y le acarició la mejilla con el pulgar, luego volvió a mirarme a mí—. Es mi sobrina. Su mamá tiene algunos problemas de asma.

Debió de cambiarme la expresión de la cara.

—No, se encuentra bien —dijo—. Le han dado algo para respirar y está descansando. ¿Verdad, Kaley? ¿A que mamá está descansando? Le pasa un par de veces al año.

Pero no fue el asma lo que me hizo reaccionar así, sino saber que la niña no era hija suya y la sospecha repentina de que ese chico tenía una edad más parecida a la mía de lo que había pensado en un primer momento. Pensé que podía parecerle que estaba coqueteando con él y me puse muy nerviosa. Tenía que poner punto y final a esa conversación.

—¿Qué haces en el hospital? —dijo—. Si puedo preguntar.

Me acordé de Sin-Jun, dos plantas más arriba, echada en la cama con su camisión azul.

—No tienes que decirlo si no quieres —añadió.

—He venido a ver a una amiga que está enferma.

—Vaya, lo siento. —David Bardo sonrió sin separar los labios, una sonrisa de lástima, y se le marcaron unas arruguitas cerca de los ojos—. Los hospitales son un asco, ¿verdad? Oye, ¿necesitas que te lleve al colegio?

—Los Morino... Unos profesores van a venir a buscarme. Pero gracias.

Miré por la ventana (no podía ver mucho más allá de la entrada iluminada) y noté que David Bardo me estaba observando. Me volví hacia él y nos quedamos callados unos segundos. Entonces, puede que solo por terminar ese silencio, dije algo así como «Esto, debería...» y señalé hacia donde había estado sentada (una silla vacía rodeada por más sillas vacías), como si algo allí demandara mi atención.

—Claro. Me ha gustado conocerte. Aunque no nos hemos presentado de verdad, ¿no? Soy Dave —dijo, y me tendió la mano.

A las diez y veinte (esto es, veinte minutos después de la recogida), los Morino seguían sin hacer acto de presencia. Fui a buscar una cabina, pero, cuando la tuve delante, recordé que no llevaba dinero, ni tarjeta prepago (en la residencia siempre llamaba a casa a cobro revertido o iba echando monedas de veinticinco centavos) y, desde luego, no iba a subir a pedirles unas monedas a Clara y a Sin-Jun. Me acerqué al mostrador de recepción para preguntar si podía usar el teléfono, pero una mujer con una trenza de raíz rubia casi blanca me dijo que había una cabina en el vestíbulo.

—Ya lo sé —dije—. Pero no llevo dinero encima. Le prometo que no tardaré mucho.

Sacudió la cabeza.

—No está permitido hacer llamadas.

La mujer dejó de mirarme y se puso a escribir algo. Y, aunque no tenía ni la menor idea de qué podía hacer, curiosamente su falta de cooperación me tranquilizó. Cuando una situación pasaba a estar absolutamente fuera de mi control, cuando había agotado todas las posibilidades, quedaba totalmente

libre de culpa.

Volví a la sala de espera y, de camino a las sillas, vi a David Bardo — Dave—, con su sobrina y una mujer que supuse que sería su hermana. La hermana era delgada, tenía el pelo largo y castaño, y vestía vaqueros y una camisa de franela parecida a la de Dave. Me pareció que la niña se había quedado dormida en los brazos de su tío y llevaba la cabeza caída hacia un lado.

Cuando estuvimos cerca, Dave sonrió.

—¿Aún por aquí?

Asentí.

Se detuvo y yo también, pero su hermana siguió adelante.

—¿Está todo bien? —dijo.

En serio, ¿qué iba a hacer? ¿Pasar toda la noche en el hospital? No tenía culpa de nada, era cierto, pero eso no hacía menos lamentable tener que dormir en la sala de espera.

—Habías dicho que podías acercarme al colegio, ¿verdad? —dije—. Bueno, si no te importa, quiero decir, si no es mucha molestia...

A él la situación parecía hacerle cierta gracia, y yo me sentía tan cohibida como en nuestra primera conversación, con una mezcla de incomodidad (¿qué miraba él con tanta atención?, ¿acaso llevaba una mancha de boli en la mejilla?, ¿había alguien por detrás haciendo muecas?) y halago. Me sentía halagada porque me estaba prestando atención, sabía que para él no era una chica equis, sino yo, alguien en concreto.

—Claro, si necesitas que te lleve no hay problema —dijo—. Oye, Lynn.

Su hermana se dio la vuelta. Iba muy despacio, así que no se había alejado más que un par de metros.

—Espera —dijo—. Tenemos otra pasajera. Te presento a Lee. Lee, esta es mi hermana Lynn.

—Hola. —No supe si debía darle la mano y, mientras dudaba, volvió a girarse y siguió andando.

En el aparcamiento, Dave sentó a la pequeña en su sillita, esta se despertó y gimoteó con los ojos medio cerrados.

—Hola, Kaley —dijo Dave con voz suave, como canturreando—. No pasa nada, peque. Todo está bien.

A Kaley dejaron de temblarle los labios, cerró otra vez los ojos y se llevó el pulgar a la boca. Dave miró hacia atrás (él estaba junto a la puerta de atrás, y yo, a su espalda), nos miramos, me guiñó el ojo y levantó el pulgar.

—Mejor que cualquier piruleta.

Se dio la vuelta, abrochó el cinturón de Kaley y, mientras me daba la espalda, estuve a punto de sonreír con suficiencia. Pero, por favor, ¿a quién le iba a sonreír yo en un aparcamiento de hospital en medio de la noche? ¿A quién iba a darle yo a entender que un guiño era una cursilada siempre y en todos los casos?

Miré hacia la hermana de Dave, que estaba a unos pasos del coche, y me quedé atónita al verla fumando. Nos miramos las dos. Dio una calada larga, tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el pie. Entonces, se acercó al coche y abrió la otra puerta de atrás.

—Espera —dije—. Ya me siento yo atrás, puedes ponerte tú delante.

—Da igual —dijo y se metió dentro.

Dave cerró la puerta del lado de Kaley (el coche era un Chevy Nova marrón claro con techo de vinilo marrón oscuro y las llantas de atrás oxidadas) y me abrió la puerta del acompañante. El coche de al lado estaba tan cerca que yo no podía subir al coche con Dave delante. Nos quedamos mirando, frente a frente.

—¿Me aparto? —pregunté.

—Buena idea.

—¿Hacia ahí? —Señalé hacia atrás.

—Hacia aquí. —Me agarró por los hombros y me empujó (con suavidad, y solo con las manos) hacia el otro coche. Se deslizó por mi lado y se volvió a mirarme.

—¿Todo bien?

Solo tenía que responder «sí» o «bien», pero me quedé callada. Estaba aturdida. Quería volver al instante en que me tenía agarrada por los hombros y estaba tan pegado a mí. Quería que estuviéramos solos nosotros dos, sin hermana ni sobrina. Y así, quizá, me echaría hacia delante, él inclinaría su cabeza hacia la mía o apretaría su cuerpo contra el mío. Estaría duro, fuerte y caliente, y, cuando le agarrara los brazos, mis dedos se verían pequeños y finos, como los dedos de una chica con novio.

Tragué saliva.

—Sí, bien —dije.

En el coche, estuvo manipulando la calefacción hasta que, desde el asiento de atrás, dijo su hermana:

—Ya te he dicho que no funciona.

—Solo estoy probando.

—Lenny va a arreglarlo este fin de semana, pero, si no paras de tocarlo, vas a estropearlo más.

Mientras decía esas palabras, salió un chorro de aire por las salidas del salpicadero.

—¡Ja! —gritó Dave—. ¡Milagro!

—Lo que sería un milagro es que hicieras caso alguna vez.

—Pero ¿lo he arreglado o no? —La miró por el retrovisor. No parecía estar atacando, solo bromeando. Se dirigió hacia mí—: Tus profesores te han dado plantón, ¿eh? Eso no está bien.

—Tienen un montón de niños. Igual han tenido lío en casa.

—Dime, ¿te gusta el colegio?

Creo que era la pregunta más complicada que podían hacerme. No sabía qué responder sin tener que contar toda mi vida.

—Claro —dije.

—La gente está bien.

No sabía si me preguntaba o lo estaba afirmando.

—Algunos —dije.

Se echó a reír.

—Hay una chica... —dijo, y me dio un vuelco el corazón, me iba a confesar que le gustaba alguien—. Es rubia, con el pelo un poco rizado. Diría que es... —Sacudió la cabeza—. No la aguanta nadie. Se planta ahí «alante» y no para de quejarse de la comida. ¿Es que no se da cuenta de que la oímos? ¿Hola? No estamos sordos.

Me reí para que no se notara lo que había pensado al oír el «alante». Seguramente lo había dicho a propósito, pero no lo tenía claro.

—Pero casi todos estáis bien —siguió diciendo Dave—. Lynn también ha trabajado en el colegio.

—¿De verdad? —dije—. ¿Cuándo...? —Me volví a mirarla, pero vi que

ella y Kaley estaban dormidas.

Dave también miró hacia atrás.

—Está agotada —dijo—. No es fácil cuidar sola a Kaley. Bueno, en fin, Lynn me consiguió el trabajo. Les habló bien de mí. Seguramente pasaré ahí un par de años, al menos hasta que me gradúe.

—¿Vas al instituto o a la universidad?

—Mujer, te has pasado.

—¿A la universidad?

—¿Es que aparento quince años?

—No. —Me costó esfuerzo decir lo que dije a continuación, porque suponía admitir algo que no me gustaba admitir («te he estado mirando, te he estado prestando atención, tú también eres alguien en concreto para mí»), porque me comprometía—. No aparentas quince años —dije en voz baja.

—¿Cuántos años crees que tengo?

No supe qué decir.

—¿Veinte?

—Veintiuno. Y sí, voy al East Rock State, en Rivertown.

Asentí como si hubiera oído ese nombre alguna vez.

—Estoy pensando coger la rama de ADE, para no cerrarme puertas. Después, creo que iré a la Universidad de Fairfield. Ese es el plan.

—¿Para el posgrado?

—Para la licenciatura. En East Rock me dan la diplomatura y luego convalidaré los créditos.

—Ah, vale. —No es que no conociera los grados técnicos (mis primos estudiaban eso) pero no estaba acostumbrada a oír hablar de ellos en Ault.

—¿Dónde irás tú? —me dijo—. ¿A Harvard?

—Sí, claro.

—Seguro que eres lista. De las que sacan sobresaliente en todo.

—Lo más probable es que vaya a... —Me interrumpí. Cuando Martha y yo sacábamos mala nota en algún examen, decíamos: «Quizá debería ir enviando ya mi solicitud a la Universidad de Massachusetts», pero ahora mismo nombrar la Universidad de Massachusetts como el último recurso sería mala idea—. Quizá vaya a una escuela para perros —dije animadamente.

—¿Qué? —Dave se volvió a mirarme.

—Una escuela de adiestramiento —dije.

—¿Tienes perro?

—No, no. «Yo» soy el perro.

Volvió a mirarme, con una mirada que recordé siempre, mucho después de aquella noche y mucho después de marcharme de Ault. Estaba confundido y asimilando lo que acababa de descubrir: que tenía delante a una chica que decía que era un perro, aunque fuera de broma. Fue una buena lección para mí. Aún tardé mucho tiempo en dejar de insultarme de forma indiscriminada, y nunca dejé de hacerlo del todo... pero, aun así, fue una buena lección.

Sin embargo, en ese momento, lo único que dijo fue:

—Así que el perro, ¿eh?

Como sabía que había metido la pata y quería cambiar de tema lo antes posible, dije:

—No diría nada si tu hermana estuviera despierta, pero creo que no sale aire caliente por la rejilla.

Sostuvo la palma de la mano delante.

—¿Esto no es caliente?

—Prueba en este de aquí.

Sin soltar el volante con la mano izquierda, se echó hacia mí. Puso la mano delante de la salida de aire de mi lado, con el brazo por encima de mis piernas y la cabeza a solo unos centímetros de la mía. Si quisiera, podría haberle tocado el pelo.

—Mierda —dijo, y volvió a incorporarse (cuando se echó sobre mí no me preocupó ni por un segundo que diera un volantazo, parecía totalmente de fiar, no un atolondrado que pudiera tener un accidente; y, en caso de tenerlo, sabría mantener la calma, nada de entrar en pánico). Empezó a girar los botones y dijo—: Al menos, sé de qué parte estás. Quieres protegerme de Lynn, ¿eh?

—Eso parece.

—Debes de tener frío, ¿verdad?

—Estoy bien.

—Si quieres... —Titubeó durante una fracción de segundo y luego señaló con la cabeza el asiento que había entre los dos—. Si quieres puedes ponerte

esos guantes.

—Oh... —Como siempre, mi instinto fue decir que no educadamente, pero él cogió uno de los guantes y me lo pasó. Era enorme, acolchado y de nailon, un guante para ir a cortar leña en medio de una tormenta de nieve. Me lo puse.

—¿Ves? —dijo Dave—. Mejor ahora, ¿verdad?

Llevar su guante era un gesto tan íntimo y tan extraño que me sentí cohibida. Apenas podía hablar, mucho menos hablar sobre llevar el guante, y fui incapaz de ponerme el otro.

—Es impermeable —dijo.

Yo estaba tan desesperada por cambiar de tema que dejé escapar:

—¿Te parece raro que la gente vaya a un internado?

—Depende, imagino —dijo—. Irse de casa tan joven... Yo casi no sabía vestirme solo cuando empecé el instituto.

—En mi clase hay un par que tampoco saben —dije, pero cuando Dave rio (a carcajadas) pensé en mis compañeros de curso; la mayoría vestían de forma impecable, y yo me sabía de memoria toda su ropa por verlos un día tras otro. En Ault no podía quitarme de encima la sensación de que no conocía mucho a los chicos de mi promoción, pero aquí, en el coche de Dave Bardo, me resultaban tan familiares como mis hermanos.

Ya habíamos atravesado la ciudad y estábamos bajando la colina que daba al campus. Al otro lado del parabrisas podía ver ya el campanario de la capilla. Tendría que haberle dicho por qué puerta entrar y dónde dejarme, pero no quería sacar el tema, igual que no había querido hablar sobre el guante. Al hacerlo, habría centrado demasiado la atención en lo que estaba pasando.

Entró por la puerta del sur y se metió al aparcamiento del refectorio. Incluso puso el freno de mano antes de decir:

—Ay, espera, ¿dónde está tu residencia? Te llevaré.

—Aquí está bien —dije—. Muchas gracias. —Ya había cogido la manija.

—¿Seguro?

—Sí, seguro. Gracias. —Bajé del coche—. Nos vemos, gracias.

Sonrió.

—Eres muy amable.

Sería una hipócrita si dijera que no me di cuenta de que llevaba su guante hasta que estaba en la otra punta del campus y ya era tarde para volver atrás.

La señora Morino vino a hablar conmigo cuando la recogida estaba a punto de terminar.

—Siento lo de la otra noche —me dijo.

Para entonces, la responsable de mi residencia, la señora Elwyn, ya me había dicho que no se habían olvidado de mí. Al hablar con Clara, la señora Morino entendió que yo también quería quedarme a pasar la noche, así que no volví al hospital hasta pasadas las once.

—No pasa nada —dije—. ¿Cómo se encuentra Sin-Jun?

—Ya casi ha vuelto a ser la de antes. De hecho, me preguntaba si querrías pasarte a verla esta tarde y ayudar a su padre a traerla aquí, a la enfermería.

¿Quién iba a vigilarla para que no lo intentara de nuevo? ¿Una enfermera?

—Aún no sabemos si se quedará en Ault —dijo la señora Morino—. El señor Byden, sus padres y yo misma hablaremos con ella. Pero, hasta entonces, sería fantástico si pudieras pasarte por su habitación y prepararle una bolsa con algunas cosas.

—¿No sabría mejor Clara qué cosas coger?

La señora Morino suspiró.

—Está claro que no lo sabes, pero Clara y Sin-Jun no se llevan muy bien últimamente.

No me sorprendió demasiado. En primero, cuando Clara también vivía en la residencia de Broussard, yo había intentado evitarla desde el primer momento. No había sido porque fuera evidente que ella nunca llegaría a ser popular o, al menos, no solo por eso. Es que me sacaba de quicio. Tenía la piel muy blanca y el pelo rubio oscuro, cortado a media melena y con un flequillo tupido. Era gruesa, sobre todo en el pecho y los muslos, y le encantaba llevar pantalones vaqueros desteñidos muy ceñidos o faldas de tubo largas hasta los pies. Daba la sensación de vivir en el país de las piruletas, y de ser indolente y conformista. Y cada uno de esos rasgos me sacaba de quicio. Pero no creía que muchos más pensarán lo mismo. Era de ese tipo de personas de las que cualquiera diría: «No le haría daño a una

mosca». Creo que lo que más me molestaba de ella era que se hiciera pasar por insegura, cuando en realidad no lo era.

En la recogida, si te tocaba sentarte a su lado empezaba a hablar como si hubierais estado charlando antes y os hubiera interrumpido alguien, o como si acabaras de preguntarle algo. Lo hacía con todo el mundo, conmigo, con Aspeth, con Amy Dennaker, incluso con Madame Broussard. Lo más característico de sus historias era que nunca te daba el contexto y que tú, por miedo a darle una excusa para seguir hablando, jamás preguntabas. Por ejemplo, podía contarte algo que había pasado en clase: «No tenía ni idea de que hoy había control. Así que le pregunté a Shelly: “¿Había dicho el profesor que iba a haber control?”, y me dijo que no. Además, recuerdo perfectamente que a principio de curso nos dijo que no hacía controles sorpresa...». Y, mientras hablaba, tú te preguntabas «¿Shelly? ¿Qué Shelly? ¿Es que hay alguien en Ault que se llame Shelly?».

Además, Clara tarareaba y canturreaba en alto y sin ningún complejo. Lo hacía mientras se lavaba la cara a tu lado antes de ir a la cama. No podía quitarme la idea de la cabeza de que buscaba algún tipo de respuesta, que elogiaras lo bien que cantaba o que te interesaras por la canción que estaba tarareando. O puede que quisiera parecer alegre y despreocupada. No obstante, de la misma forma que ese canturreo me resultaba agresivo, no dejaba de advertir cierta ingenuidad en ella. ¿Y si realmente cantaba por cantar? ¿Y si era alegre y despreocupada de verdad? Esa posibilidad la hacía más insufrible si cabe.

Aquella tarde, me encontré con ella en la puerta de la habitación que compartía con Sin-Jun. Llevaba una taza de té en la mano.

—He venido a coger las cosas de Sin-Jun —dije.

—¿Para qué? ¿Se va a casa? —Lo dijo agitada, y me dio la impresión de que iba a echarse a llorar allí mismo.

—La llevan a la enfermería. ¿No ha hablado contigo la señora Morino?

—Parece que no. —Prefería a la Clara sarcástica que a la Clara gimiente, aunque tampoco demasiado.

—Tengo que cogerle algo de ropa —dije—. ¿Puedo pasar?

Clara no contestó. Pero se puso delante de mí y abrió la puerta. La seguí. No tenían literas como Martha y yo, sino camas individuales con una mesita

en medio. La colcha de Clara tenía unas enormes rosas de color rojo, melocotón y naranja, y la de Sin-Jun seguía siendo la de primero, de color azul con ribetes verdes. Pensé que la última vez que había estado ella en esa habitación fue la noche que se tomó las pastillas.

—¿Dónde está su bolsa de viaje? —pregunté.

Clara señaló bajo la cama sin moverse, así que tuve que agacharme yo a cogerla. Vale, iba a tener que hacerlo todo yo sola. Una vez de pie, abrí el cajón de la cómoda de Sin-Jun; supe que era suya porque reconocí sus cosas —la loción de manos coreana con un bebé dormido en la etiqueta y el perfume que olía a uva—. Mientras metía en la bolsa la ropa interior y las camisetas de Sin-Jun (había olvidado que no llevaba sujetador), notaba la mirada de Clara clavada en mí. Cuando cerré el cajón, me dijo:

—Te olvidas del pijama.

—¿Dónde está?

Clara volvió a abrir el cajón, sacó una camiseta gris y unos *boxers* a juego, y me los dio. Luego, volvió a echarse para atrás y se cruzó de brazos.

Fui abriendo un cajón tras otro, sin decir nada. También metí varios artículos de aseo en la bolsa.

—Se saldrá el champú y le manchará la ropa —dijo Clara—. Esas cosas hay que meterlas dentro de una bolsa de plástico.

—No voy muy lejos —dije. Eché un vistazo por la habitación, por si había algo más que pudiera hacerle falta a Sin-Jun, y me di cuenta de que debería haberle comprado algún regalo—. Bueno, creo que ya está —dije—. ¿Se te ocurre algo más?

Clara me observaba con recelo.

—No habías estado en nuestra habitación ni una sola vez en todo el curso.

—¿Y?

—Pues que no deberías hacer como si Sin-Jun y tú fuerais uña y carne.

—No lo hago.

—Ha cambiado mucho desde que compartisteis habitación. Apuesto a que hay muchas cosas que no sabes de ella.

—Clara, la señora Morino me ha pedido que venga. ¿Qué querías? ¿Que hubiera dicho que no?

—Yo solo digo que estás siendo una falsa.

—Bueno, lamento mucho que pienses eso. —Una forma de hablar muy de Ault, diplomática en apariencia, pero completamente distante. Aun así, comprendía a Clara. ¿Cómo reaccionaría yo si Dede, por ejemplo, usurpara de repente mi papel en la vida de Martha? No es que hubiera tenido en ningún momento la intención de hacerlo con Sin-Jun, pero lo cierto es que había pasado.

—Espera —dijo Clara—. Dale esto. —Me lanzó un conejito de peluche blanco. No lo atrapé al vuelo y tuve que recogerlo del suelo—. Dile que no coma demasiados daiquiris de melocotón. Ella sabrá lo que significa.

Curiosamente, en aquel momento me identifiqué con Clara más que nunca. Tenía la cara roja y desencajada, y me miraba de frente. De su aspecto habitual, de aquella felicidad tan manifiesta, no quedaba ni rastro.

La señora Morino me había dicho que el señor Kim me estaría esperando en el edificio de las clases. Al llegar, vi una berlina de color crema aparcada delante. El señor Kim bajó del coche, colgó el teléfono móvil (fue el primero que vi en mi vida) y me dio la mano sin afectación. Lo había visto en otras dos ocasiones. La primera, el fin de semana de visita de primero, y la segunda, ese mismo año, cuando tuvo que ir a Boston por un viaje de negocios y se pasó por el colegio. Las dos veces fui con ellos a cenar, las dos veces, el señor Kim insistió para que me pidiera un filete, y yo, incapaz de encontrar un motivo para negarme, lo obedecí. El señor Kim sería unos cinco centímetros más bajo que yo y delgado, vestía siempre traje gris, camisa blanca sin corbata y una gabardina beis que no parecía abrigar demasiado. Tenía la piel oscura y empezaba a clarearle el pelo, sobre todo por la frente, donde solo tenía un par de mechones que parecían, y olían, como si se los hubiera peinado hacia atrás con gomina.

Los asientos del coche eran de cuero en tonos claros y la calefacción estaba encendida. Siempre me olvidaba de lo agradables que pueden ser las cosas caras. Salimos del colegio y pasamos varios minutos sin decir nada. Se me pasaban por la cabeza cosas que podía decir («¿qué tal el vuelo», «¿cuándo ha llegado?»), pero hacer esas preguntas sería evitar lo que nos ocupaba de verdad. Aun así, no iba a ser yo quien sacara el tema, eso lo tenía claro.

Al otro lado de la ventanilla, veía árboles sin hojas y esqueléticos y, a los lados de la carretera, había apilada nieve sucia de la semana anterior. Me gustaba lo desolador que era el invierno; era la estación del año en que estaba permitido ser desdichada. Si fuera a suicidarme, me dije, sería en verano.

—Si no te gustara Ault —empezó a decir el señor Kim (así que estaba pensando más o menos en lo mismo que yo)—, ¿dirías a padres?

—Igual no. No querría preocuparlos, porque no podrían hacer mucho por ayudarme.

Nos quedamos callados otro minuto. Luego, el señor Kim dijo:

—Pero sí contarías a profesor o director.

—Seguramente se lo contaría a mi compañera de habitación. —Admitir eso me pareció una traición a Sin-Jun.

El señor Kim no respondió y volvió a cernirse sobre nosotros el silencio de antes.

Cuando entró en el aparcamiento del hospital y aparcó el coche, dije animadamente:

—¿Los hospitales de Corea son como los de aquí?

—En ciudades grandes, sí. En pueblos, no tan modernos.

—Allí también es invierno, ¿verdad? ¿Las estaciones son las mismas que aquí?

—Sí —dijo—. Estaciones son las mismas.

Una vez dentro, nos registramos y subimos por el ascensor.

—¿Cuál es su estación favorita? —pregunté.

Guardó silencio, hasta que al final dijo:

—Cuando Sin-Jun era pequeña, llevamos una vez a fiesta. Casa de amigos tenía muchas ventanas. Durante cena, mujer de mi amigo dijo: «Mira». Sin-Jun estaba delante de ventana. Como estaba oscuro, Sin-Jun veía reflejo, pero no sabía que era ella. Pensaba que era otra niña. Saludó y niña saludó. Sonrió y niña sonrió. Baila y niña baila. Sin-Jun estaba muy contenta. —El señor Kim no parecía contento ni triste, solo desconcertado—. Estaba llena de gran felicidad —dijo.

El ascensor había llegado a la tercera planta, se había parado, había perdido un poco de altura y sabía que las puertas estaban a punto de abrirse. Los dos mirábamos hacia el frente. Los hombres adultos, los padres de otra

gente, eran muy extraños. Normalmente no entendía bien a qué se dedicaban durante el día y, por supuesto, no tenía ni idea de qué se les podía pasar por la cabeza. Podían bromear contigo, hacerte preguntas o, incluso, ser tus entrenadores de fútbol en primaria, pero solo te prestaban atención de forma fugaz antes de volver a centrarse en las cosas verdaderamente importantes. Tú, por tu parte, querías que esa atención fuera fugaz porque lo contrario te daba repelús. Ahora, sin embargo, parecía ser al revés, como si el señor Kim quisiera algo de mí. Pero ¿qué iba a darle yo? El padre de otro chico podía hacerte una hamburguesa, inflarte la rueda de la bici, sacarte la maleta del coche, pero ¿qué podía hacer yo por este padre? ¿No era presuntuoso (presuponiendo que se sintiera de verdad necesitado y vulnerable) ofrecerle consuelo?

—Seguro que se pondrá bien —dije cuando se abrieron las puertas.

Sin embargo, Sin-Jun no parecía estar demasiado bien. Al salir del hospital, su padre quiso dejarle su gabardina (no había caído en cogerle un abrigo de la habitación), y Sin-Jun le dijo algo enfadada en coreano (fue el gesto más lleno de vida que le había visto hacer desde que se tomara las aspirinas). No se puso la gabardina, ni siquiera la cogió, así que el señor Kim se la echó sobre los hombros y me dijo:

—Quedas aquí con Sin-Jun y yo busco coche.

Cuando desapareció, Sin-Jun salió del porche de entrada y yo la acompañé.

—Creo que tu padre quiere que esperemos dentro.

Me miró con cara de pocos amigos.

—Necesito tomar aire.

No sabía cómo tratarla. Mi instinto era actuar como si estuviera enferma físicamente (hasta cierto punto, me sorprendió que estuviera ya vestida y esperándonos junto al puesto de enfermería, y que estuviera de pie y caminara a nuestro lado, en lugar de ir sentada en una silla de ruedas), pero había una parte de mí que no la consideraba enferma en absoluto. Quería agarrarla por los hombros, sacudirla y decirle que lo dejara ya. Su apatía me parecía ridícula, la parodia de una adolescente deprimida. Por supuesto, no iba a agarrarla, no tanto porque fuera inadecuado sino porque, en su nuevo

yo, Sin-Jun me intimidaba. La imaginaba menospreciándome por dentro. Había hecho algo temerario y dramático, de lo que hablaba todo el mundo en el colegio. La psicóloga iba recorriendo las residencias, primero las de las chicas, para hablar con los alumnos en el pase de lista (Sin-Jun, la callada e inofensiva Sin-Jun, puso en marcha esas reuniones); además, los que sabían que había compartido habitación con ella se acercaban para preguntarme por lo sucedido. Las chicas, al menos, fingían preocupación («¿Está bien?» o «¡Es horrible!»), pero los comentarios de los chicos eran más fríos: «Menuda mierda. ¿Por qué lo ha hecho? ¿Siempre ha estado mal de la cabeza?». En cualquier caso, y esa era la clave, ni las chicas ni los chicos parecían indiferentes. Sin-Jun se había tomado pastillas y eso la hacía interesante. Se estaba convirtiendo, podía sentirlo, en un fenómeno, en otra historia más que sería contada. Ya no era un acto de desesperación, al menos no de desesperación penosa o sensiblera. Y ahora que gran parte de Ault veía a Sin-Jun con otros ojos (estaba claro que, aunque no hubiera vuelto al colegio todavía, podría sentir ese cambio de estatus; seguro que, cuando eres guay, eres mínimamente consciente de serlo desde el primer momento) me dio miedo parecerle una pringada.

—¿Te apetece jugar al *gin rummy* esta noche? —le dije.

Sin-Jun sacudió la cabeza.

—Mañana, si quieres —añadí (era una pringada; tenía motivos para pensarlo).

Estaba a unos pasos de mí, con la vista clavada en el aparcamiento, y no podía verle la cara.

—¿Te alegras de salir del hospital? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Te encontrabas mal, ¿verdad? ¿Aún estás mal o ya te encuentras mejor? —Pude preguntárselo gracias a que me estaba ignorando casi por completo. Para sentirme cómoda, solo podía haber una persona exteriorizando sus sentimientos en cada momento. Si ella hubiera estado llorando o abriéndome su corazón, yo me habría mostrado distante y habría intentado tranquilizarla sin demasiado entusiasmo.

—Estoy bien —dijo.

—Yo también he estado deprimida alguna vez.

Sin-Jun me miró de frente.

—¿Estás deprimida?

—Claro —dije.

Me sentí una mentirosa. Mis depresiones, si es que lo eran, habían sido siempre efímeras. Podía olvidarme de ellas pasando el rato con Martha, en la reunión de la capilla o incluso viendo la televisión (así que no podían ser para tanto).

—Hay cosas que me ponen muy triste —dije.

—¿Qué cosas?

—Ault es muy estresante —dije yo—. Hay mucha presión. —Estas eran las cosas de las que se quejaba todo el mundo y eran unas auténticas sandeces. En esos tres años no había pensado «Estoy sometida a mucha presión» ni una sola vez.

—Las notas —dijo Sin-Jun—. ¿Eso preocupa a ti?

—No tanto como deberían, creo.

Me miró perpleja, no supe si pensaba que estaba de broma o si no le hacía ninguna gracia. En ese instante, recordé un día de nuestra primera semana en Ault. Nos habíamos arreglado para la cena de gala mucho antes (cuando eres nueva en un sitio, siempre tienes mucho tiempo muerto), así que nos quedamos sentadas en la cama, esperando. Era aún tan pronto que me sentía intimidada incluso con Sin-Jun, porque todavía no había determinado las jerarquías que la clasificaban como inofensiva.

No recuerdo dónde estaba Dede (seguramente en la ducha), pero en la habitación solo se oía un ventilador y los ruidos del exterior. Ni siquiera me atrevía todavía a escuchar música, por si mis gustos sacaban a la luz algo humillante. Decidí lo que quería decirle a Sin-Jun, que era «Me gusta tu falda», ¡pero a veces hablar cuesta tanto! Es como dar un salto cuando estás quieta. Fui ensayando la frase en mi cabeza, para ver si le encontraba algún fallo.

Por fin, dije: «Llevas una falda muy bonita. Me gustan los lunares». Sonrió y lo hizo con una sonrisa tan apagada que me di cuenta de que no me había entendido.

«¿Sabes qué son los lunares?», pregunté. «Son los puntos, como... mira, esto de aquí». Me levanté y le señalé la falda. «Ahh», dijo, «lunares».

«Yo tengo calcetines de lunares», dije. Los saqué del cajón de mi cómoda y se los enseñé. «¿Lo ves?». «Muy excelentes», dijo, «gustan también».

Volví a sentarme en la cama, ya más animada, y dije: «Tu ropa es muy bonita». Había visto que Sin-Jun tenía un par de Levi's y me había preguntado si ya los tendría en Seúl o si se los compraría para venir a Ault.

«Puedes preguntarme más palabras, si quieres», añadí. Así que a veces lo hacía (solían ser palabras que había oído pero que no sabía cómo se escribían para buscarlas en su diccionario coreano-inglés, como «ciempiés» o «procrastinación»); sin embargo, había muchas más veces que me sorprendía que sí conociera el significado de palabras como «piña», «sarcasmo» o «luna de miel». Me preguntaba si Ault sería mucho más duro para ella que para mí, porque para ella era un mundo totalmente extraño y no solo algo desconocido. O, al contrario, si al ser de otro mundo le sería todo más fácil. Quizá ella podía ver los dramas con distancia, incluso ignorarlos del todo.

En cambio, en aquel instante, ahí de pie en el aparcamiento del hospital, tuve claro que se tomaba su vida en Ault muy en serio, que no la veía como «los años en América» o «los años del instituto», sino como su vida, en todos los sentidos.

—Sin-Jun —dije.

Se volvió a mirarme.

—Tengo que decirte una cosa. Es un mensaje de Clara. Dijo que no comieras demasiados daiquiris de melocotón.

Sin-Jun me miró atenta, como buscando algo en mí.

—Sabes lo que quiere decir, ¿verdad? —dije.

—Sí.

—No quiero ser entrometida, pero ¿qué pasa entre Clara y tú?

—No pasa nada.

—No digo que sea mala persona —dije—. Pero imagino que tiene que ser difícil vivir con ella.

Sin-Jun me cogió la mano y la apretó. El señor Kim había aparcado en frente de nosotras y estaba bajando del coche.

—No hablar más de esto —dijo Sin-Jun.

Cuando dejamos las cosas de Sin-Jun en la enfermería, el señor Kim dijo que nos iba a llevar a cenar al Red Barn Inn. Eran las cuatro y media de la

tarde. De camino, encendió un cigarrillo (en Ault no veías fumar a ningún adulto) y, al llegar al restaurante, pedimos tres filetes. El señor Kim se comió la mitad del suyo, Sin-Jun no comió casi nada y yo me terminé el mío, hasta no dejar nada más en el plato que grasa y hueso.

Al día siguiente, cuando el comedor se había quedado casi vacío, volví a entrar en la cocina. Llevaba el guante de Dave Bardo metido a presión en el bolsillo de los vaqueros.

—Perdone —le dije a una mujer joven que estaba cubriendo de celofán una bandeja llena de peras partidas por la mitad—. ¿Sabe si Dave Bardo está por ahí?

—Acaba de salir a tirar la basura. ¿Sabes dónde está el contenedor?

Cuando estaba a punto de salir de la cocina, la oí decir:

—Ahí mismo hay unas escaleras.

Señaló hacia una puerta de color rosa claro que no había visto nunca. Tenía una abertura redonda en la parte de arriba, protegida por una rejilla de alambre. Abrí la puerta y salí a unas escaleras con las paredes de ladrillos de color canela. Me recordaron a un gimnasio, y el olor también. Tuve la extraña sensación de no estar en Ault. Ningún otro sitio del colegio, ni siquiera el gimnasio, se parecía a esto.

Al final de las escaleras había otra puerta; la empujé y salí fuera, en medio de la noche invernal, sobre unos escalones de hormigón. Dave estaba abajo, en camiseta y delantal. Pude ver los músculos de sus brazos, el vello que le cubría los antebrazos (moreno, como el de un adulto, pero no me desagradó en absoluto).

—Hola —dije.

—Eh, ¿qué tal?

Al hablar, nos salía vaho por la boca.

—Te estaba buscando —dije.

—¿Y ha sido difícil encontrarme? —Sonrió, con esa sonrisa tranquila y como de expectación. Al verla supe que la había conservado en el recuerdo tal y como era.

Por supuesto, al decir eso no me ayudó a estar más tranquila.

—Toma —dije mientras sacaba el guante del bolsillo y se lo ofrecía.

Entornó los ojos. Había una lámpara en la esquina del tejado del refectorio y otra sobre la puerta de la que acababa de salir, pero no llegaba mucha luz y los objetos oscuros quedaban desdibujados.

—Es tu guante —dije—. Me lo llevé sin darme cuenta cuando me trajiste del hospital.

—No te preocupes. Me imaginé que me lo devolverías. ¿Qué tal todo?

—Bien.

—¿Solo bien?

No supe qué responder y dije:

—Hoy el puré de patatas estaba muy bueno, ¿sabes?

Se rio.

—Gracias.

—¿Se encuentra mejor tu hermana?

—Sí, ya está bien otra vez. Le digo que se tome las cosas con calma, pero ya sabes cómo es la vida de las madres solteras.

—Mi amiga también está mejor —dije—. Ayer tuve que volver al hospital para ayudar a su padre... Bueno, no sé, es una historia bastante larga. ¿No tienes frío sin abrigo?

—Estoy bien —dijo él—. Tú tampoco llevas abrigo.

—Pero llevo puesto un jersey. —Le enseñé un brazo agarrando el puño con los dedos, a modo de prueba.

—Bonito jersey —dijo—. ¿Es de cachemira? —Lo dijo bien pero como haciendo una gracia, como si nunca hubiera utilizado esa palabra. En realidad, el jersey era de lana acrílica, pero dio por supuesto que era rica (ya había tenido esa sensación y ahora estaba segura), una de las auténticas alumnas de Ault. Quizá eso explicara que me prestara atención.

—No sé de qué es —dije.

—Parece suave.

—Supongo.

Aún tenía el brazo estirado y, justo cuando iba a suceder, me di cuenta de que iba a tocarme, a mí o al jersey, y me sentí como si el sol brillara en mi interior. Sin duda, fue una sensación agradable, así que no sé por qué volví a retirar el brazo. Él pasó la mano por el hueco donde había estado la mía y yo me puse roja. Me costaba mirarlo. Cuando lo hice, vi que me estaba

observando con curiosidad.

—Han dicho que igual nieva —dije en voz muy alta—. ¿Lo habías oído? Que nevaría esta noche, ya tarde.

Seguía mirándome.

—Menos mal que te he devuelto el guante —dije—. Por si lo necesitas para quitar la nieve de tu entrada. —Quise disculparme, decirle que lo sentía, pero es difícil rectificar con palabras algo que ha quedado implícito; normalmente, no hace sino empeorar las cosas—. No te molesto más, si quieres entrar —dije, pero no nos movimos.

—¿Sabes qué? —dijo por fin—. Ese puré de patatas no estaba bueno. El puré de esta noche estaba... malo de narices.

—A mí no me parece que estuviera tan malo.

—¿Has comido alguna vez puré de patatas de verdad?

¿Qué tenía que responder a eso?

—¿Has ido alguna vez a Chauncey's? —me preguntó.

La verdad es que sí, en segundo. Por lo que recordaba, era un restaurante del montón... algo mejor que una cafetería, pero nada especial. Aun así, dije:

—Creo que no.

—Tenemos que ir.

—¿Ahora?

—Ahora no puedo, estoy trabajando.

—Claro, sí.

—¿Te apetece mañana? Mañana es sábado, ¿no?

—Creo que tengo deberes. —Ya estaba pensando demasiado. Lo que estaba pensando era que el sábado tenía un matiz que no tenía el viernes. El sábado por la mañana había clases, así que el viernes era día de colegio, pero el sábado era fin de semana en todos los sentidos. Si salía con Dave el sábado por la noche, sin duda, era una cita.

—¿Y el domingo? —dijo—. El domingo es mi día libre.

Lo único que necesitaba era tranquilizarme. Solo tenía que elegir las palabras que iba a decir a continuación, concentrarme en la tarea que tenía inmediatamente por delante y no rendirme a la sensación de que ese momento era una flor palpitante y monstruosa, una rosa geométrica verde y morada como las de los caleidoscopios.

—El domingo está bien —dije—. Si quieres quedamos aquí.

—¿En el aparcamiento?

—Mi residencia es difícil de encontrar —le expliqué—. Y son muy raros con lo de dejar pasar a chicos.

—Lo pillo. ¿Qué tal a las siete? ¿Te viene bien?

Asentí.

—Vas a comer el mejor puré de patatas de tu vida. Se han escrito poemas sobre ese puré.

«¿Los escribiste tú?», quise preguntarle, para buscarle con mis bromas. Pero estaba tan nerviosa que no pude, la flor giraba y giraba sin parar, así que dije: «Tengo que estudiar». Al bajar los escalones podría haberme caído en sus brazos, pero por entonces me parecía que había gestos con los que te comprometías, que eran vinculantes, así que me quedaban por aprender muchos trucos. Me puse de perfil para pasar a su lado sin que nos tocáramos.

Cuando hube pasado, se giró y me dio una palmadita en el hombro.

—Sé buena, Lee.

A mi yo de dieciséis años me gustaría haberle dicho que le respondiera «Lo intentaré» o «No haré nada que no harías tú». ¡Eso no sería comprometerse a nada! Sin embargo, lo que dije fue:

—Ya tienes tu guante otra vez.

Le conté a Martha lo que había pasado.

—¡Tienes una cita! —dijo a voz en grito y saltó de la silla para abrazarme.

—Pero es el domingo.

—¿Y qué? —Me señaló con el dedo y dijo canturreando—: Tienes una cita con Dave Bardo, tienes una cita con Dave Bardo.

Quería que parase. No es que tuviera miedo de que se gafaran las cosas, sino que sonaba raro. No me lo podía creer.

—Casi no lo conozco —dije.

—Y por eso vas a cenar con él, para conocerlo mejor.

—¿Por qué me habrá pedido salir?

—Lee, no puedo leerle la mente. Igual le pareces guapa, así de sencillo.

Me estremecí. Esa posibilidad no era ni mucho menos halagüeña, sino

aterradora. Un chico podía pensar de mí muchas cosas sin equivocarse del todo, como que era simpática o de fiar o, quizá, interesante. No es que lo fuera siempre, pero había momentos en que era concebible. Pero pensar que era guapa era un error de base. Para empezar, no lo era y, además, no me cuidaba como lo hacían las chicas guapas. Tampoco era una de esas chicas que no son guapas pero que pasan por guapas con esfuerzo y dedicación. Si un chico creía que mi valor residía en mi aspecto, o estaba confundido por algún motivo y acabaría desengañándose o tenía el listón muy bajo. En el caso de Dave, lo que quería saber era si se había fijado en mí antes de verme aquella noche en el hospital o si se había interesado al hablar conmigo. Pero entonces ¿por qué se había fijado en mí antes?, ¿o por qué se había interesado después? ¿Era yo lo mejor a lo que podía aspirar?

—No tengo ni idea —dije. Me imaginé sentada a la mesa enfrente de Dave en el Chauncey's, tirando el vaso al suelo al ir a coger el pan. Lo peor sería cuando él intentara tranquilizarme y me dijera que no pasaba nada. Por supuesto, la cosa no mejoraría si él también tiraba un vaso. No me serviría de consuelo que me dijera con dulzura y con una sonrisa solo para mí (de hecho, la dulzura y la sonrisa solo para mí eran la peor parte): «Es que yo también estoy nervioso» o «Yo tampoco sé lo que hago». Lo ideal sería que se limitara a hacer bien las cosas y a tener la boca cerrada.

—¿Qué te da miedo exactamente? —dijo Martha.

—Sí, ya lo sé, me estoy portando como una tonta.

—No, en serio. Respóndeme. ¿De qué tienes miedo?

Tenía miedo de que Dave hubiera escogido el Chauncey's porque le pareciera bonito, cuando no lo era. Tenía miedo de que le contara a la camarera algo gracioso que en realidad estuviera dirigido a mí (mientras lo contara, yo me estaría preguntando cuándo llegaría la gracia y si, de no llegar, sería capaz de fingir una risa creíble así que, para no meter la pata y no saltarme el momento culminante, empezaría a reírme a mitad de la historia). Tenía miedo de tener la sensación de que se me estaba pelando la piel alrededor de la boca, a pesar de haberme dado crema hidratante antes de salir, y de que esa sensación pusiera en marcha otra conversación dentro de mi cabeza, un murmullo ininterrumpido que cada vez sonara más alto, en paralelo a la conversación real. Iría exigiéndome cada vez más atención, más,

casi toda mi atención, hasta terminar con la cabeza vuelta de medio lado para que él no pudiera mirarme de frente y luego salir corriendo al baño para quedarme tranquila (como si a los treinta segundos de salir del baño no fuera a empezar otra vez con lo mismo). El problema era que me resultaba muy complicado estar a gusto con otra persona y que nada me garantizaba que mereciera la pena.

—En la primera cita siempre se pasan muchos nervios —dijo Martha—. Y, cuando llevéis saliendo seis meses, os reiréis al recordar cómo era todo cuando aún no os conocíais.

—¿Voy?

—Pues claro. Y ponte el jersey de cuello alto, porque te hace unas tetas enormes.

—Puaj —dije yo.

—Si mis tetas parecieran tan grandes como las tuyas con ese jersey, te lo quitaría. —Martha levantó las cejas de forma lasciva.

Que te gustara un chico era como cuando creías que querías saber algún secreto: era mejor cuando te rechazaban y te atormentaba la curiosidad o la soledad. En cambio, en cuanto sucedía algo, todo se tambaleaba. Era agotador tener que preocuparte por si se te pelaba la cara o tener que reírte por cosas que no te hacían gracia. En ese momento pensé que lo único que me apetecía de verdad era quedarme en la residencia, haciendo el tonto con Martha.

Martha se había marchado a la biblioteca y yo estaba estudiando álgebra (mejor dicho, hojeando las páginas del manual sin asimilar nada). Entonces, Adele Sheppard, de cuarto, asomó la cabeza en la habitación.

—Teléfono —dijo, volvió a desaparecer y cerró la puerta.

Me puse tensa. Mi familia no me llamaba los viernes. ¿Sería Dave para charlar un poco? (¿Acaso tendría el número de la residencia de Elwyn? No me pareció muy probable). Peor aún, ¿sería la señora Morino o una enfermera para decirme algo de Sin-Jun? (Que se habían equivocado al dejarla volver al colegio y que había encontrado una cuchilla o atado una sábana a una tubería del techo). Al coger el teléfono, escuché la voz de la propia Sin-Jun:

—Lee, quiero pedir favor. Me voy en domingo con padre.
—¿Para siempre?
—Igual sí.
—Vaya, lo siento... ¿O estás contenta?
—Igual mejor estoy en casa. ¿Puedes buscar pasaporte? Está en escritorio, cajón de centro. ¿Puedes ir?
—Sí, claro, ningún problema. ¿Lo necesitas ahora?
—Mañana está bien. Lee, tengo tripa muy gorda ahora. ¿Sabes por qué?
—No tienes la tripa gorda.
—Está llena de caramelos. He comido bolsa llena.
—Suena delicioso —dije y de pronto me di cuenta de cuánto echaba de menos a Sin-Jun, incluso en ese mismo instante.

Los sábados había muy poco tiempo entre el final de las clases y el comienzo de los partidos de la tarde, así que ese día no había un auténtico almuerzo, sino relleno para sándwiches, fruta y galletas. Podías comerlo allí o meterlo en una bolsa de papel y llevártelo al autobús. Ese día el partido era en casa, así que no tenía que darme prisa. Me preparé un sándwich de pavo y me senté con Dede, que jugaba al baloncesto conmigo, con Aspeth, que jugaba a *squash*, y con un par de chicos más. Ahí sentada, empecé a relajarme por la llegada inminente del fin de semana. Incluso me entraron ganas de jugar el partido (íbamos a enfrentarnos al Gordon y les habíamos ganado por más de veinte puntos en diciembre).

Estaba metiéndome una patata frita en la boca cuando noté una mano en la espalda, me giré (tranquilamente, suponiendo a nivel inconsciente que sería Martha o alguien sin importancia) y me quedé paralizada de miedo al ver que era Dave Bardo. Llevaba un delantal, tenía la cara roja y sudorosa, y le caían gotas de sudor por la frente.

—Lee —dijo—, escucha.

Estaba sentada entre Dede y Devin Billinger. Para ver a Dave tuve que girarme hacia la izquierda y estirar el cuello; Dede se había dado la vuelta hacia la derecha y también lo estaba mirando. Seguramente lo estuviera mirando (nos estuviera mirando) toda la mesa, pero no iba a comprobarlo.

—Lynn necesita el coche mañana —dijo—. ¿Podemos dejarlo para otro

día?

Tardé un par de segundos en darme cuenta de que estaba esperando una respuesta.

—Está bien —dije, tragando saliva.

—Cualquier día de la semana que viene me va bien. Libro el martes y el jueves, pero, si tú no puedes, le diré a Sandy que me cambie el turno: me debe uno. Así que soy bastante flexible.

—Vale.

—¿Vale para qué noche?

—No... No lo sé. —Podía notar que mi voz sonaba embotada y apagada.

—¿Todo bien? —dijo—. ¿Estás...? —Se calló y recorrió la mesa con la mirada.

—Estoy bien —dije.

—Pues vale. Lo pillo. No quería interrumpir. Nos vemos, ¿vale, Lee? —dijo cuando volvió a mirarme y sonó sarcástico (la única vez que fue sarcástico).

Cuando se marchó, volví a girarme hacia la mesa. Sin mirar a nadie y con la mano temblorosa, cogí otra patata frita.

—¿Quién es tu novio? —dijo Aspeth.

—No es mi novio.

—¿Estás segura? A mí me parece que sí.

—Oh, sí —dijo Devin. Le estaba respondiendo a Aspeth, no a mí, pero la situación era insoportable.

Mis pensamientos iban a mil por hora. ¿Se enteraría más gente (Cross Sugarman compartía habitación con Devin)? ¿Qué pensarían? ¿Cómo especularían sobre la relación de Lee Fiora con el chico de cocina? Aunque la pregunta de verdad era: ¿cómo no me había dado cuenta de que iba a pasar esto? ¿Por qué había dado por sentado que Dave sabría que había que ser discretos?

—Por lo menos, dinos cómo se llama —dijo Aspeth. Me sentí febril, desesperada por que acabara ya.

—Este atún está rancio —dijo Dede a mi lado.

—¿No has visto el cartel? —dijo Devin—. Decía: «Consumir bajo su responsabilidad».

—Me parto y me mondo —dijo Dede—. Muy gracioso.

Más tarde, antes de comenzar el partido, Dede se me acercó en el vestuario y me preguntó si estaba saliendo con él. Cuando le dije que no, me respondió:

—Seguro que es majo, pero eres alumna de Ault. Tu vida está en este lugar, no en una bolera de Raymond o dondequiera que vayáis juntos. Igual te parezco esnob, pero solo digo la verdad. No creo que quieras separarte del resto de la promoción. —No dije nada—. Si sales con él, lo harás. No tengas ninguna duda de que todos dirán que estás saliendo con un pueblerino.

Eso es lo que Dede me dijo luego, en el vestuario. Pero en el comedor, fue ella quien cambió de tema. Sé que en ambas ocasiones (a veces pretendía lo contrario, pero Dede no era mala chica) estaba intentando ayudar. Aunque se equivocara, aunque solo se equivocara en una pequeña parte, no me estaba diciendo nada que yo no pensara ya.

Después del partido, volví a pasarme por la habitación de Sin-Jun y me alegré al comprobar que Clara no estaba. Encontré el pasaporte de Sin-Jun donde me había dicho y fui hacia la enfermería. Llevaba el pelo mojado y tenía frío; intenté no pensar en lo que había sucedido con Dave, centrarme en mi cuerpo, en el frío, en ir caminando entre árboles y edificios, bajo el cielo cada vez más oscuro de la tarde. Desde ese momento, me dije, pasaría por la vida de puntillas, sin dejar huella ni enredarme con nada. Cuando me marchara de un sitio, no dejaría rastro alguno.

En parte, me sentí aliviada de no tener que salir con Dave al día siguiente, ni nunca. En parte, me enfadé con él por haberse acercado con tanta gente delante y por haberme obligado a portarme mal con él (¿es que había imaginado que nos confabularíamos para encontrarnos siempre en secreto, por la noche y ocultos tras edificios?). En parte también, por supuesto, me sentí avergonzada. Pero mi vergüenza, a pesar de ser la mayor y más auténtica de todas mis emociones, era la que menos atención demandaba. Era como una enorme piedra que llevara atada al cuello y de la que jamás me desembarazaría.

Así que lo que más notaba era alivio. En aquella etapa de mi vida, no había final malo. Cuando algo terminaba, se acababan también los anhelos y

las preocupaciones. Puede que me avergonzara de mis errores, que no parase de darles vueltas, pero la caja estaba sellada, la puerta, cerrada, y ya no estaba inmersa en medio de la confusión.

En la enfermería, me presenté ante la misma enfermera que había estado de guardia cuando fui con el señor Kim a dejar a Sin-Jun tres días antes.

—Sois buenas amigas —dijo la enfermera—. Es imposible que se sienta sola con tantas visitas.

Llamé a la puerta de Sin-Jun, giré el pomo y me quedé paralizada nada más entrar en la habitación. Estaban las dos en la cama, retorciéndose, clavándose las uñas y jadeando (iban completamente vestidas; si no lo hubieran estado, creo que me habría desmayado), y Clara estaba echada encima. Como era mucho más grande que Sin-Jun y yo jamás había hecho nada así con otra persona, lo primero que pensé fue que la estaba aplastando. Clara estaba chupándole el cuello a Sin-Jun y la agarraba con fuerza por la espalda; la cama se sacudía como si se estuvieran embistiendo. Durante mucho tiempo, pensé que el sexo siempre era así de frenético. Había pensado, si es que había pensado en eso alguna vez, que sería diferente ver a dos chicas que a un chico y una chica, pero no era así. En este punto, me gustaría poder decir que todos somos un poco *voyeurs*, pero quizá debería decir que yo lo soy, sin duda alguna. Me encantaba estar ahí mirando. ¿Quién lo habría pensado? Incluso con Clara, resultó que el sexo era sexi.

Clara se puso de rodillas, bajó la cara del cuello de Sin-Jun al pecho y del pecho al ombligo y, justo cuando levantó la camiseta de Sin-Jun y dejó su piel a la vista, Sin-Jun echó la cabeza a un lado, abrió los ojos, me descubrió mirando y se puso a gritar. Clara levantó la cabeza y se me quedaron las dos mirando. Sin-Jun, aterrorizada y furiosa, y Clara, desorientada.

—Lo siento —dije—. Perdón, yo solo...

—¡Aigo! —gritó Sin-Jun—. ¡Nagar-ra! ¡Fuera! ¡Fuera!

—Lo siento —dije otra vez. Dejé caer el pasaporte al suelo y salí corriendo al pasillo y fuera de la enfermería. «Qué raro», pensé, «cuando en primero le daba tantas vueltas a mi interés por Gates Medkowski, no tenía ni idea de que mi compañera de habitación no solo pensaba en besar a chicas, sino que lo hacía de verdad». Todas las veces que ese día pensé en Sin-Jun y Clara, y fueron muchas, era como si lo hubiera visto en una película, como si

algo tan apasionado (¿de qué otra forma podía describirse?) jamás pudiera suceder en Ault.

No volví a ver a Sin-Jun antes de que se marchara con su padre y pensé que probablemente no iba a volver a verla, pero me equivocaba: regresó al otoño siguiente, para hacer cuarto. Ese verano, entre tercero y cuarto, recibí una carta suya, con la dirección de la casa de mis padres escrita con cuidada caligrafía en un sobre internacional de color azul claro. Mi madre me dijo que lo guardara en el álbum; al parecer, no recordaba que ya no coleccionaba recortes.

«Sabes que tengo relación amorosa con Clara, pero acabó», decía la carta. «No tendré habitación con Clara en año que viene. Espero que no digas a nadie».

Había firmado la carta como «Sin-Jun, tu amiga para siempre» y dibujado una sonrisa junto a su nombre. Cuando volvimos a vernos en septiembre, nuestra relación siguió siendo igual que había sido antes de que se tomara las aspirinas, es decir, seguimos tratándonos con cariño y sin hablar jamás de nada importante. Pero al tiempo (Sin-Jun fue una de las pocas compañeras con las que mantuve el contacto al terminar Ault), cuando ya había salido del armario y todo el mundo sabía que era lesbiana salvo sus padres (llevaba el pelo corto y de punta, y aros de plata en una oreja), me enteré de toda la historia. Ella había ido detrás de Clara. Estábamos en la terraza del apartamento de Seattle que Sin-Jun compartía con su novia Julie. Por entonces, Sin-Jun trabajaba en un laboratorio de investigación de neurobiología a las afueras de la ciudad. No hubo ningún punto de inflexión ni nos sinceramos en ningún momento; creo que, simplemente, fuimos madurando por nuestra cuenta, en la universidad y después con el paso del tiempo, y algunos temas no los tratamos, pero no porque fueran tabúes sino porque habían dejado de ser importantes.

—Pero ¿por qué Clara? —pregunté.

—Compartíamos habitación —dijo Sin-Jun—. Era muy cómodo.

Estuve a punto de echarme a reír. En ese momento, Clara ya estaba casada (fue una de las primeras de la promoción) e incluso tenía un hijo. Había conocido a su marido en la Universidad de Virginia. Al parecer, era de

Virginia Occidental y se mudaron allí después de la boda para que él pudiera supervisar las minas de carbón de su familia. Se publicó una foto de los dos en el boletín trimestral de Ault. Clara salía con las tetas enormes, con un vestido largo y velo y a su lado había un tipo corpulento, de cabello claro y vestido de frac.

Sin-Jun me dijo que había sabido todo el tiempo que Clara era hetero, pero también sabía que era maleable y, cuanto más tiempo llevaban juntas (empezaron poco después de Navidad), más culpable se sentía. Sin embargo, cuando intentaba terminar la relación, Clara se ponía histérica.

—Decía que yo le gustaba mucho —dijo Sin-Jun—, pero creo que solo le gustaba el sexo.

Entonces sí me eché a reír (no pude evitarlo) y Sin-Jun se rio conmigo. Aun así, no pude dejar de sentir cierta admiración por Clara. No me parece que solo fuera tonta o calenturienta; creo que también fue valiente.

Yo no volví a hablar con Dave Bardo después de aquel almuerzo y lo evité durante todo el curso. Incluso evitaba que nuestras miradas se cruzaran, aunque tampoco me resultó muy complicado. Casi al final del semestre, por primavera, sentí algo de remordimiento o puede que sintiera ese remordimiento desde el principio y que solo se hiciera más intenso entonces. Empecé a mirarlo con disimulo detrás del mostrador. A comienzos de junio, empezó a estar bronceado (debía de pasar mucho tiempo al aire libre) y solía bromear con sus compañeros. Nunca me miraba y se me ocurrió que quizá por eso me había sido tan fácil evitarlo tantos meses. En cuarto, dejó de trabajar en Ault, aunque regresó su hermana Lynn. Quise preguntarle varias veces dónde había ido (quizá se había marchado a California y le había gustado tanto que se había quedado allí), pero me daba miedo tener que recordarle quién era yo.

Ahora creo que habría sido mejor si Dave hubiera sabido que tenía una beca. Puede que hubiera comprendido, aunque no lo aceptara, por qué me porté como lo hice (si Aspath Montgomery hubiera salido con él, no hubiera pasado nada, podría haber tenido algo de irónico; pero el coche de mis padres solo era un poquito mejor que su Chevy Nova). Por supuesto, en aquel momento no me imaginaba tener una relación de verdad con ningún chico: pensaba que quedaba descartada solo por el hecho de ser yo.

Aunque nada de lo anterior justifica mi comportamiento. Me equivoqué, la cagué (no hay otra manera de decirlo). Pero aprendí mucho con Dave. Más tarde, después de todo lo que pasó entre Cross Sugarman y yo, pensé que con Dave había practicado para Cross. Me preparó, igual que Conchita me había preparado para tener una amistad con Martha. Hay personas a las que tratamos mal y así nos preparamos para tratar luego bien a otras. Puede parecer egoísta, pero estoy agradecida por esas relaciones y espero que haya justicia. Seguramente yo también, sin saberlo, habré servido para que otras personas practiquen.

También es posible que me equivoque de pleno al reducir a Dave a algo simplemente simbólico, como un paso previo a Cross. Puede que Dave merezca tener entidad propia y que todo debiera haber salido de una forma completamente diferente. Si su hermana no hubiera necesitado el coche aquel domingo y hubiéramos seguido adelante con nuestra cita... quizá eso fue lo que decidió todo. Había visualizado las mil y una formas en que la cena podía acabar en desastre, pero ¿y si en mi imaginación no solo estuviera la imagen etérea de la cita que fue un despropósito, sino también la de la cita que salió bien? Nos encontramos detrás del refectorio. Él lleva un jersey de lana, está tranquilo y charlamos de manera desenfadada. Se deshace en atenciones, me abre la puerta para entrar en el restaurante y no hace nada que me abochorne: no lleva demasiado perfume, no se resbala sobre el hielo en el aparcamiento y no me ofrece probar su postre con el tenedor. Aunque el restaurante no es elegante, la mesa está iluminada con velas. La luz centellea. La comida está buena. No hablamos demasiado ni demasiado poco, incluso reímos alguna vez. Una risa sincera. Me paso toda la noche pensando que lo más importante es si al final nos daremos un beso o no, sin comprender que lo realmente importante es que he entrado en ese mundo y que comprenderé mucho antes (en mi vida imaginaria que en la real) que las citas no son para tanto. Que las únicas alternativas no son la obsesión o la nada, el amor o el desinterés. Que también hay zonas de grises. En invierno, sobre todo, es agradable sin más arreglarte un poco y salir por ahí con alguien.

7

DESBROCE

PRIMAVERA DE TERCERO

Propusieron a Martha para delegada de cuarto en una reunión que tuvo lugar a finales de mayo de nuestro tercer curso. Fue a la hora del recreo, pero yo no pude asistir porque el decano Fletcher me había llamado al despacho para hablar de mi suspenso en matemáticas. Nada más sonar el primer timbre, fui corriendo a ver a Martha (nos encontramos en el pasillo del tercer piso, ella iba a clase de historia del arte y yo, de español).

—¿Qué te ha dicho Fletcher? —me dijo.

—Ya te lo contaré luego —dije, sacudiendo la cabeza.

—¿Tan malo ha sido?

—No —dije.

Martha se me quedó mirando.

—Bueno, un poco —me corregí.

—Esta noche has quedado con Aubrey, ¿verdad? —Aubrey me daba clases de repaso de matemáticas y era de primero (lo que resultaba ciertamente humillante estando ya en tercero).

Asentí.

—Dile que quieres repasar las ecuaciones polares. Que se explique un poco mejor.

—Martha, no es culpa de Aubrey que yo suspenda.

Sonó el segundo timbre, el que venía a decir: «Ya deberíais estar en vuestro sitio con el cuaderno abierto y el boli en la mano». Martha puso cara de pena.

—Ya seguiremos hablando de esto —dijo—. Pero no te agobies mucho.

Asentí.

—En serio —dijo—. Sé que puedes aprobar.

Asentí otra vez.

—¿No me dices nada? —dijo.

—¿Algo de qué?

Se echó a reír.

—Bueno, con eso me vale. Me tengo que ir —concluyó.

Se marchó corriendo por el pasillo. Cuando abrí la puerta de la clase de español, el peso de la puerta y el de mis preocupaciones parecieron la misma cosa.

Martha no dijo una palabra sobre su candidatura. De hecho, me enteré por Nick Chafee, que me preguntó a la hora del almuerzo:

—Bueno, ¿qué te parece tu compañera?

—¿En general? —respondí.

Nick se me quedó mirando como si hubiera dicho algo rarísimo y yo no entendí por qué.

—No —dijo—. Por lo de la candidatura.

—¿Candidatura de qué? ¿No querrás decir que han propuesto a Martha para delegada de cuarto?

—Justo.

—¿De verdad?

—Eh —dijo—, no te pongas nerviosa.

No soportaba que me dijeran eso, sobre todo un chico. Me hubiera gustado decirle «Puede que haya subido un poco la voz, pero no hace falta que te pongas a cubierto... No voy a saltar de mi silla para darte un abrazo, ni siquiera voy a dar gritos de alegría». Aunque, si había un momento perfecto para ponerme a dar gritos de alegría, era ese.

Y es que ser delegada de cuarto, incluso el mero hecho de ser propuesta, no era poca cosa. Había dos delegados por curso, un chico y una chica (el

colegio tuvo que hacer esa norma, que entró en vigor la primavera anterior a ir yo a Ault, porque cuando solo había un delegado por curso siempre era un chico). Además de dirigir el pase de lista por la mañana, los delegados de cuarto estaban al frente de la Junta Disciplinaria y, cuando se graduaban, grababan sus nombres en los paneles de mármol blanco del comedor, con las letras de oro. Para mí, lo mejor de todo eran los paneles. Incluso a mis padres les habían llamado la atención cuando habían estado de visita. Otra ventaja era que los delegados de cuarto siempre iban a Harvard. Dos años antes, y para sorpresa de todos, habían rechazado la solicitud previa de Driscoll Hopkins, pero luego la admitieron en el plazo de admisión ordinario.

La candidatura de Martha no debería haberme pillado por sorpresa (era inteligente y formal, le caía bien a todo el mundo y era representante de tercero en la Junta Disciplinaria desde comienzo de curso), pero la verdad es que era asombroso. Y es que Martha no era guay. Era justo el tipo de chica que en Ault era subestimada y no recibía lo que merecía, mientras que ser delegado era la mayor recompensa que podía concederte el colegio, un símbolo de reconocimiento que te ponía en la línea de salida para el resto de tu vida (tu nombre iba a estar en la pared del refectorio para siempre y con letras de oro). Los puestos de delegado también eran tan valorados porque no podías presentarte sin más; igual que en los cursos anteriores, te tenía que proponer alguien. Pero que tus amigos te propusieran hubiera sido vanidoso y cutre, así que tenías que esperar a que te cayera una candidatura del cielo y que la secundara alguien. Además, una vez que te proponían, no dabas discursos ni colgabas pósteres. De hecho, la expresión «hacer campaña» se utilizaba como arma arrojada, en un sentido muy parecido al de «chupar traseros». Durante años, seguí disimulando a toda costa que algo me interesaba. Por supuesto, ni sombra de deseo. Cuando me gradué en la universidad, mi padre me dijo que estaba muy preocupado porque en las entrevistas de trabajo yo no mostraba ni un ápice de entusiasmo. Y me sorprendió. ¿Acaso había que mostrar entusiasmo? ¿No era eso una bajeza? ¿No era un signo de codicia o de necesidad? Estaba claro que querías el puesto: tú lo sabías y el entrevistador lo sabía; no hacía falta nada más. Si no, ¿para qué habías ido a ese despacho?

—¿Quiénes son las otras candidatas? —le pregunté a Nick.

—Aspeth —dijo— y Gillian, por supuesto.

Los dos nombres eran previsibles: Aspeth era la reina de la promoción, y Gillian Hathaway, nuestra representante electa (ya había sido delegada en segundo y tercero). Gillian era buena en todo, pero con discreción, sin llegar a molestar: se le daban bien los deportes, sobre todo el *hockey* sobre hierba y el *hockey* sobre hielo, era atractiva sin resultar espectacular, suficientemente inteligente y, lo más importante, nunca había parecido estar nerviosa ni tener un momento incómodo, ni en clase, ni en el comedor ni en ningún partido. Todas esas cualidades me impresionaron en los primeros años, hasta que hacía poco, apenas un mes antes, había compartido mesa en el almuerzo con Gillian y su novio, Luke Brown. Era séptima hora, ya era tarde para almorzar, y cuando llegué al comedor eran ya las dos. Eran los únicos alumnos de tercero que seguían allí, lo que me hizo temer que fuera una especie de cita romántica y pudiera molestarles. Pero su conversación me dejó claro que no era así. Primero, se pasaron unos buenos veinte minutos hablando sobre golden retrievers y labradores, pero no sobre unos perros en concreto, las adorables mascotas que tuvieron de niños, sino de las razas, cuál de las dos era más inteligente y por qué las dos sufrían displasia de cadera (yo no tenía ni idea de qué era la displasia y tampoco pregunté). Esta conversación derivó en otra sobre el esquí, si se podía notar la diferencia entre la nieve de verdad y la nieve artificial, y luego pasaron a comentar que los neumáticos de nieve del todoterreno de Luke no tenían la misma huella que los de su hermano, aunque a él no le habían dado ningún problema. Además de no tener nada que aportar sobre esos temas, no hubiera sido capaz de decir nada, porque estaba conmocionada. ¿Siempre eran tan aburridos? ¿Cómo podías hablar de esas cosas con una persona con la que llevabas saliendo un año? ¿Es que no querían hablar sobre personas o cosas que les interesaran? ¿O sobre lo que les había pasado desde la última vez que se habían visto? Pensé que tal vez Gillian había parecido siempre tan agradable porque no tenía ningún interés en la vida, porque jamás se había cuestionado su lugar en el mundo. Esta idea hizo que me empezara a caer un poco mal y esa sensación se hizo más fuerte pocos días después. En la cena, un grupo debatía sobre un escándalo político: habían descubierto que la niñera del gobernador de Massachusetts era inmigrante ilegal. Gillian dijo riendo: «¿Es que a estas alturas le sorprende a

alguien que un liberal sea hipócrita?». Ni se planteó la posibilidad de que alguien no pensara como ella. «Tienes dieciséis años, ¿cómo puedes ser ya republicana?», me pregunté. Puede que el único motivo por el que yo era demócrata fuera que uno de mis primeros recuerdos era el de mi padre lanzando improperios al televisor durante la investidura de Reagan; era cierto, pero aun así... no me caía bien Gillian Hathaway. Y, ahora que era la rival de Martha para delegada, creo que hasta la odiaba.

—Aspeth, Gillian y Martha —dije—. ¿Ya no hay más chicas? ¿Solo tres?

—No teníamos mucho tiempo —dijo Nick—. ¿Quieres saber quiénes son los chicos?

—Claro.

—Yo.

—¿En serio?

—Gracias, Lee. Muy halagador.

—No, es que... No sabía si estabas de broma.

—Oye, John —dijo Nick—. ¿Me han propuesto hoy para ser delegado de cuarto?

John Brindley estaba sentado al otro lado de la mesa. Alzó la vista.

—Chafee, no te votaré ni en sueños.

Se echaron a reír los dos.

—No necesito tu voto, ya tengo el de Lee. Dice que va a ser mi directora de campaña. ¿No es cierto, Lee? —Me dio un codazo sin disimulo, para que John pudiera verlo (en Ault, por supuesto, no había nada parecido a directores de campaña). Si hubiéramos estado solos, Nick no me habría dado un codazo; ni siquiera me habría tocado. A veces me halagaba ese tipo de bromas (después de todo, era una forma de atención) y otras veces me desagradaba profundamente que los chicos me utilizaran para sus juegos, que me convirtieran en la ayudante del mago que se mete en la caja y sonrío al público mientras el mago la parte por la mitad y hace bromas y gestos despampanantes.

—¿Quiénes son los otros? —pregunté.

—A ver. —Nick fue contando con los dedos de la mano derecha—. Pittard, Cutty, Sug, Smith y Devoux.

Ninguno de esos nombres, como los de Aspeth y Gillian, era una

sorpresa. Eran todos minibanqueros, salvo Darden Pittard, pero a cambio él ya era el delegado de curso. Era el equivalente masculino de Gillian. Lo más probable era que ganara él o Cross (Sug). Desde luego, yo votaría a uno de los dos: a Darden porque lo respetaba de verdad, o a Cross porque estaba coladita por él. Lo que tenía claro era que no iba a votar a Nick Chafee.

Después del entrenamiento de remo, Martha fue a hacer pesas y volvió a la residencia a última hora de la tarde, con el tiempo justo para ir a la cena de gala. Yo estaba sentada en el sofá cama leyendo, mientras Martha, de espaldas, elegía la ropa para la cena.

—¿He echado a lavar la camisa de manga corta? —preguntó.

—¿Cuál?

—La azul.

—La llevo puesta yo.

Martha se dio la vuelta.

—Me la puedo quitar —dije.

—No pasa nada. —Ya estaba otra vez mirando hacia la cómoda. Sacó una camiseta rosa con lazos del mismo color en las mangas y el cuello.

Me puse de pie.

—En serio, Martha, puedo cambiarme.

Curiosamente, aunque siempre me ponía su ropa, nunca nos había pasado eso. Podría haberle ofrecido algo mío, pero ella no se ponía mi ropa (un asunto del que no se hablaba).

—No digas tonterías. —Metió la cabeza en la camiseta rosa, tiró de la tela hacia abajo, levantó un brazo y se olió la axila—. Tan fresco como la brisa de las montañas. —Sacó de la cómoda una falda blanca con espirales verdes y fucsias y la sostuvo a la altura de la cadera sin quitarle la percha—. Esto pega, ¿verdad? Bueno, cuéntame lo que te ha dicho el decano Fletcher... Oh, Lee, ¡qué bonita!

Por fin se había fijado. Le había hecho una corona con su papel de impresora, su cinta adhesiva y mis rotuladores. Había dibujado unas joyas enormes en morado, verde y rojo, y líneas amarillas alrededor de la base y en las puntas triangulares. En color negro, había escrito: «Martha Porter. Delegada de cuarto y reina del mundo».

Se puso la corona en la cabeza.

—¿Me queda bien?

—Perfecta. Deberías ponértela para la cena. —En realidad, me habría horrorizado si se la hubiera puesto. Sería justo lo que esperaban todos: las dos pringadas mostrando su alegría por la chiripa que había tenido Martha. Añadí —: Es muy emocionante.

—Bueno, es bonito que me hayan propuesto. Pero no voy a ganar.

—Puede que sí. —Quizá debería haberlo dicho con más entusiasmo, pero lo más seguro era que no lo consiguiera y no me gustaba fingir con Martha. Solo estaba bien fingir con todo el mundo si tenías al menos a una persona con quien ser tú.

—Creo que va a ganar Gillian —dijo—. Aspeth no le cae bien a mucha gente.

—¿Y si os eligen a ti y a Cross y tenéis que pasar muchas noches reunidos y estáis juntos todo el tiempo?

Martha rio.

—Yo no soy la que está enamorada de Cross. Pero ¿sabías que me ha propuesto él? Qué raro, ¿eh?

A diferencia de mí, Martha tenía algunas clases con Cross y a veces me contaba cosas de él: «Devin ha tirado el mechero Bunsen de Cross en química y la mesa se ha prendido fuego» o «Cross va a pasar el puente en Bowdoin, para ver a su hermano». Pero no me daba la impresión de que hablaran mucho.

—Y Conchita ha secundado la propuesta —añadió Martha. Eso no era tan raro en realidad. Conchita y yo apenas habíamos hablado desde primero, pero ella y Martha habían seguido siendo amigas.

—Igual le gustas a Cross —dije, intentando no mostrar cuánto me horrorizaba la idea.

—Por favor... —Martha sonrió—. Deberíamos ir a la cena —dijo, se quitó la corona y volvió a dejarla sobre la mesa—. Algún día conocerás a un chico que te ame perdidamente y te preguntarás por qué perdiste el tiempo en el instituto lloriqueando por ese idiota egocéntrico.

—Vale, para empezar... —dije y noté que me estaba embalando. Hablar de esas cosas alimentaba mis sentimientos, hacía que Cross estuviera presente

en mi vida, aunque ni siquiera intercambiásemos una palabra—... para empezar, ¿por qué dices que es egocéntrico? Y segundo, cuando dices que algún día voy a pensar que fue una pérdida de tiempo, ¿es que sugieres que nunca voy a gustarle?

Afuera, la gente iba camino del refectorio, algunos con el pelo mojado. Las chicas, con blusas en tonos pastel, faldas de flores y alpargatas; los chicos, con camisas de color blanco o azul claro, corbatas y pantalones cortos de color caqui. En Ault, las tardes eran el mejor momento del día.

—Es un engreído —dijo Martha—. Sabe que es guapo, sabe que se le da bien el deporte y sabe que gusta a las chicas. Genial, ¿y? No es para tanto.

—A mí no me parece un engreído —dije—. De verdad que no.

—Bueno, pues inseguro precisamente no es. ¿Y cuál era la otra pregunta? Ah, sí, ¿crees que tú y Mono Azul saldréis juntos algún día? —Mono Azul era el nombre en clave para hablar de Cross fuera de nuestra habitación—. Voy a mirar en mi bola de cristal. —Martha se puso las manos delante de la cara como agarrando algo redondo—. Lee, ni siquiera os habláis. Si quieres que pase algo entre los dos, deberías probar a hablar con él.

—Pero no creo que él quiera hablar conmigo —dije—. No me parece que sienta un vacío que llenar en su vida.

El optimismo, la sensación de posibilidad que nacía al hablar de puras conjeturas, se había esfumado de la conversación. Me hundía lentamente. Y Martha no corrigió lo que acababa de decir.

—Aún me tienes que hablar de la reunión con Fletcher —dijo en su lugar—. Y esta vez no cambies de tema.

Ahora que habían salido a relucir las matemáticas, la caída fue en picado. Solo estábamos yendo a cenar y, aunque era una cálida tarde de mayo y el sol teñía de rosa y naranja el cielo por detrás de los campos de atletismo, cuando llegáramos al comedor habría hígado para cenar, me tocaría estar en una mesa llena de chicos de segundo que no se esforzarían por disimular que estaban discutiendo si Aspeth Montgomery llevaba sujetador o no, Martha no sería elegida delegada de cuarto y Cross no me pediría salir nunca. A ratos, podía olvidarme de todo eso pensando en el tiempo o en algunas canciones, pero, al final, siempre seguía siendo la misma.

—La señorita Prosek le dijo a Fletcher que tengo una media de cincuenta

y ocho —dije—. Quería saber qué habían dicho mis padres al leer la carta de los parciales. Le he dicho que me dijeron que estudiara.

En realidad, lo que dijo mi padre fue: «Con esas notas, espero que por lo menos no hayas ni asomado por clase». Cuando le dije que no había faltado ni un solo día en todo el curso, añadió: «¿Entonces ibas a clase drogada?». Después de eso, mi madre le quitó el teléfono y me dijo: «Lee, ¿te acuerdas de que la señora Ramírez nos dijo que eras la mejor alumna de matemáticas que había tenido?». Lo recordaba, pero, como apunté a mi madre, eso había sido en cuarto de primaria.

—Lo raro fue que Fletcher... —Me interrumpí.

—¿El qué? —preguntó Martha.

—Me dijo: «Ya sabe que es un miembro muy importante de nuestra comunidad, aquí en Ault», o alguna chorrada por el estilo. Y luego me soltó: «Pero estamos muy preocupados. Si no puede mejorar las notas, deberíamos plantearnos si Ault es el mejor lugar para usted». —Lo dije con la voz temblorosa.

—Oh, Lee —dijo Martha.

Tragué saliva. Estábamos pasando por la capilla, aún nos quedaban unos treinta y cinco metros para llegar al refectorio. «Mostrador de ensaladas», pensé. «Servilleta». «Cubito de hielo». Volví a tragar saliva. Ya. No iba a llorar.

—No tienen motivos para desbrozarte.

—Oh, no —dije yo—. Fletcher no dijo nada de eso.

Martha se volvió hacia mí. Noté su mirada y me giré yo también.

—Piénsalo bien —me dijo—. Se refería a eso, aunque no lo dijera.

Esta vez, no sentí el temblor que anunciaba las lágrimas, sino un golpe en el pecho.

—Yo no estaba ahí —añadió Martha—, pero te prometo que ningún profesor te dice «Estamos pensando en desbrozarla, señorita». Eso solo lo decimos nosotros.

De pronto, se me pasaron por la cabeza todos los alumnos a los que habían echado con el desbroce desde que estaba en Ault. En primero, Alfie Howards, que también estaba en primero y era el desaliño andante. Al abrir la mochila se le caían hojas que tenía sueltas por dentro, llevaba la camisa por

fuera del pantalón, le moqueaba la nariz y siempre llegaba tarde a todas partes; cuando todos íbamos hacia la capilla después de desayunar, él iba hacia el refectorio, a contracorriente. Seguramente ni siquiera debería haber llegado a ir a Ault (no debería vivir sin sus padres) pero era la cuarta generación de su familia y, solo por ese motivo y a pesar de todo lo demás, me sorprendió que lo desbrozaran. Ese mismo año, compartió su destino Maisie Vilayphonh, una chica medio finlandesa medio laosiana de tercero. Decían que sus padres eran espías y que había ido de un internado a otro desde los siete años. Hablaba seis idiomas, una vez se compró una máquina masajeadora de pies de mil dólares por catálogo, la dejó en la sala común después de utilizarla un par de veces, se olvidó de ella hasta que empezó a salirle moho y entonces la tiró en una pieza a la basura. Pero no la desbrozaron por eso. Se rumoreaba que fue porque el colegio sabía que pasaba cocaína, aunque no habían podido pillarla, pese a que la responsable de su residencia, la señora Morino, se pasaba por la habitación de Maisie a cualquier hora, para preguntarle si había visto a su gato o para recordarle que el domingo no había capilla por la mañana, sino por la noche.

Lo que distinguía el desbroce de la expulsión común y corriente era que siempre se hacía en verano, cuando el curso ya había terminado, y que no había un motivo único y considerable (nunca pillaron a Maisie esnifando) sino por una suma de muchas pequeñas razones.

Después de segundo, habían desbrozado a otras dos personas. La primera, una alumna de primero llamada Lenora Aiko. Lenora era de Hawái y, por lo que decían, se pasaba el día durmiendo y la noche en vela, hablando por teléfono en la cabina (si alguien quería usarla, se ponía a dar saltos histérica, diciendo que estaba esperando una llamada), viendo anuncios en la tele o asando carne en el horno de la sala común. La otra fue Kara Johnson, una externa de mi curso que apenas llegué a conocer. Kara era guapa, con unos rasgos marcados, puede que incluso salvajes. Tenía la piel clara, era delgada y olía a tabaco. Siempre llevaba delineador negro y vaqueros del mismo color, aunque no se podían vestir en clase (una vez, una profesora le dijo que fuera a cambiarse a la residencia, a lo que Kara respondió que no podía, porque era externa; la profesora le dijo que llamara a sus padres para que le trajeran otros pantalones, y ella respondió que no podía ser, porque los dos

trabajaban). Íbamos juntas a clase de español y nunca traía los deberes hechos, ni había traducido ni leído los textos, pero a veces intentaba con vehemencia demostrar lo contrario (yo, al revés, siempre hacía los deberes, incluso los de matemáticas; aunque en mi caso solían estar siempre mal). Unas cuantas veces, vi a Kara en la puerta de la biblioteca justo antes de la recogida, imagino que esperando a que vinieran a por ella sus padres, hablando con algún chico de tercero o cuarto. Los gestos solían dejar claro que el chico siempre estaba mucho más interesado en la conversación que Kara. Parecía tener una vida complicada, estar muchas veces de resaca, haberse peleado con alguien o estar mintiendo y, sobre todo por el hecho de ser tan atractiva, todas esas circunstancias le conferían un cierto halo de glamur. Hasta que una noche la vi sentada junto a la biblioteca, estaba sola y hacía frío; aunque no llovía, al verla allí encorvada me acordé de nuestro perro King, antes de que lo atropellara un coche. Cuando mi madre y yo lo bañábamos (era un terrier escocés), con el pelo mojado y aplastado, parecía abultar la mitad, tiritaba de frío y daba una pena terrible solo con verlo. Si ayudaba a mi madre a bañarlo, era para no dejarla a solas con esa pena. Creo que a nadie le importó que desbrozaran a Kara. No tenía amistad con ninguna chica y, aunque los chicos iban a por ella cuando la tenían delante, no creo que pensarán demasiado en ella en su ausencia.

Todos los anuarios incluían una página titulada «Perdidos, pero no olvidados», con las fotos de los alumnos que se habrían tenido que graduar ese año, pero que no lo habían hecho. En su foto, Alfie (lo vi en primero de carrera, cuando recibí mi anuario de Ault por correo ese otoño) seguía siendo un chico de catorce años —la edad que tenía cuando se marchó de Ault—. A diferencia de todos los demás, no se había hecho mayor. La fotografía de Kara estaba algo borrosa y ella salía algo girada, dejando ver solamente tres cuartas partes de la cara (sus ojos almendrados, la mandíbula angulosa y parecida a la de un zorro, y una boca sin sonrisa). En la página había cuatro personas más: Little Washington; George Rimas y Jack Moorey, que se marcharon en abril de segundo y noviembre de cuarto después de que los pillaran bebiendo dos veces (en el caso de las faltas relacionadas con el alcohol, el tabaco, la hierba y los medicamentos, y las infracciones de las visitas, es decir, con todas las faltas menores, tenías dos oportunidades; en el

caso de las faltas graves, esto es, consumo de drogas duras, trampas y mentiras, te expulsaban a la primera); y Adler Stiles, que no regresó de las vacaciones de invierno de tercero. Las personas que, como Adler, no regresaban por decisión propia me resultaban un misterio. Casi las admiraba. Por muy infeliz que yo fuera en Ault, jamás hubiera podido volverle la espalda.

Martha y yo habíamos llegado al refectorio y había gente agolpada en la entrada. La posibilidad de ser expulsada (poder tener algo en común, aunque fuera eso, con Alfie Howards, Maisie Vilayphonh o Kara Johnson) me parecía descabellada. No la podía asimilar entre tanta gente, tenía que pensar en ello a solas.

—No es por asustarte —dijo Martha—, pero si Fletcher se refería a eso, deberías saberlo.

—Sí, claro.

—Pero no pueden tratarte como si fueras una mala hierba —dijo—, porque no lo eres.

Habíamos entrado en el comedor, era el momento de separarse y buscar nuestras mesas. Martha me estaba mirando.

—Divide y vencerás —dije, porque siempre lo decíamos una de las dos justo antes de una cena de gala.

Y funcionó. Martha sonrió y yo también sonreí, para que pareciera que estábamos del mismo humor. Pero creo que no conseguí engañarla. Y volví a tener la sensación de que algo me arrancaba de lo que estaba sucediendo y que me llevaba muy lejos, aunque también es posible que fuera yo la que me escapara. Todo se fue haciendo enorme y distante al mismo tiempo, como lo que sucede muy muy lejos, una mancha informe de alumnos bien vestidos que avanzaban hacia mesas con manteles blancos y fuentes de plata. Quizá en unos meses, de vuelta ya en el instituto Marvin Thompson de South Bend, justo esa sería la imagen que recordara cuando estuviera estudiando por la noche sobre mi cama: el instante preciso en el que fui consciente de que había perdido mi lugar en Ault.

Cuando iba a ver a Aubrey, al pasar por la biblioteca vi a Dede al otro lado de la puerta acristalada de la hemeroteca. Estaba inclinada sobre una

revista; no iba a pararme, pero ella alzó la vista, vocalizó un «Hola» y la saludé con la mano. Cometí el error de sostenerle la mirada, así que levantó un dedo, dijo: «Espera» con los labios, dejó la revista en la mesa y abrió la puerta.

—¿No es una pasada lo de Martha? Me he quedado de piedra. —Sonó alegre y completamente amigable.

—No es tan sorprendente —dije—. Martha sería buena delegada.

—Sí, bueno, es «responsable». —Hizo las comillas con los dedos, para sugerir no sé muy bien el qué... ¿Que Martha no era responsable? ¿Que ser responsable te incapacitaba para el cargo?—. Pero no tiene ninguna posibilidad.

Martha había dicho exactamente lo mismo unas horas antes y no me pareció más que la triste verdad. Ahora, al oírsele a Dede, la predicción me pareció una calumnia.

—No tienes ni idea de quién va a ganar —dije.

Dede me devolvió una sonrisilla y me entraron ganas de darle una bofetada. En nuestra enemistad siempre había habido algo de la intimidad de unas hermanas; un día, en primero, Dede me había tirado del pelo en medio de una discusión, un gesto tan infantil y tan puro que rompí a reír. Sin entender nada, empezó a decir: «¿Qué pasa? ¿Qué?», pero se echó a reír ella también y tuvimos que dejar de discutir. A veces, pensaba que Dede y yo éramos antagonistas y, por tanto, inquietantemente parecidas: ella fingía entusiasmo y yo, indiferencia; ella se pegaba como una garrapata a gente como Aspeth Montgomery y Cross Sugarman, y yo me aseguraba de no hablar con ellos semestre tras semestre.

—Seguro que piensas que Aspeth ya lo tiene en el bolsillo —dije—, pero, en serio, si gana será una sorpresa. —«No utilices la palabra “zorra”», pensé... Eso sería demasiado—. Es que es... —Me interrumpí—. Básicamente, es una zorra.

—¿Perdona? —dijo Dede—. ¿Me he perdido algo?

—Yo no he dicho que crea que es una zorra —dije—. No nos perdamos en los detalles semánticos. —Cuando estaba en Ault, creía que apuntar a un desacuerdo sobre cuestiones semánticas me hacía parecer muy inteligente—. Dede, no quiero ser maleducada, pero tu devoción por Aspeth empieza a dar

vergüenza ajena.

Se me quedó mirando perpleja.

—¿Sabes lo que eres tú? —Noté que estaba buscando un insulto especialmente hiriente—. Eres exactamente la misma que en primero.

Aubrey estaba esperando en la sala de estudios donde solíamos quedar. A través de una ventana, lo vi mordisqueando un bolígrafo de plástico, con la cabeza echada hacia el techo. No estaba haciendo nada raro, pero era la postura de alguien que cree que está solo, así que me dio vergüenza seguir mirando. Di unos golpecitos en la ventana antes de abrir la puerta.

Aubrey se sacó el boli de la boca y se sentó bien, dijo mi nombre y asintió con la cabeza. Se había portado siempre con absoluta formalidad. Seguramente lo educaron así, o puede que fuera para compensar que a los catorce años medía un metro y medio y pesaba unos cuarenta kilos. Tenía el pelo castaño y encrespado, y una nariz pequeña y respingona, llena de diminutas pecas. Sus manos también eran minúsculas y llevaba las uñas de los dedos anulares estropeadas. Mientras Aubrey escribía alguna ecuación, yo me dedicaba a observarlo y a preguntarme si al dar el estirón los chicos crecían siempre bien proporcionados o si podía darse el caso de que alguna parte de su cuerpo (las manos, por ejemplo) no recibiera el mensaje y se quedara como estaba, como el vestigio de su yo más pequeño. Estaba convencida de que Aubrey era más listo que yo, no solo en mates sino en todo, y de que llegaría a ser algo así como corredor de bolsa y que ganaría montones de dinero.

Me senté a su lado y, mientras sacaba el cuaderno, el libro de matemáticas y una calculadora, le dije:

—¿Qué tal, Aubrey?

—Muy bien, gracias. ¿Qué tareas tienes para mañana?

Le pasé el cuaderno. Había escrito con lápiz: «Página 408. Repaso del tema. Todos los problemas».

Aubrey abrió el libro y leyó en silencio, asintiendo para sí. Cuando terminó, se volvió hacia mí.

—¿Entiendes lo que te piden en el primero?

Eché un ojo al problema.

—Más o menos.

—Empieza tú y yo te ayudo cuando no sepas seguir.

Seguí mirando la página 408 o, al menos, seguí con la cara en dirección a la página 408. No era ningún secreto que se me daban mal las matemáticas. Cuando llegué a Ault, llevaba un curso de retraso. Casi todos los de primero daban geometría, mientras que otros cuatro compañeros y yo dábamos clases de recuperación de álgebra. Este año, en matemáticas para el cálculo, yo era la única chica de tercero y todos los demás eran de segundo. Aun así, nadie, ni siquiera Aubrey, parecía haberse dado cuenta de lo poco que entendía la materia. Matemáticas para el cálculo había sido la peor asignatura de todas. No sería exagerado decir que no entendía casi nada de lo que habíamos visto desde finales de septiembre. Había perdido el hilo la primera o segunda semana de clase y después no había podido reengancharme. Admito que yo era la gran responsable, pero el problema era que para entender lo nuevo tenías que comprender todo lo anterior, todo se iba acumulando, así que dos semanas de un semestre eran un tiempo insalvable. A esas alturas, las páginas de mi libro eran como un mapa de Rusia con todos los nombres escritos en cirílico. No es que creyera que no tenían ningún sentido, pero no encontraba la forma de descifrar lo que querían decir.

—Lee —dijo Aubrey.

—Sí, no lo tengo claro. No sé muy bien por dónde empezar.

Alcé la vista y miré por la ventana que teníamos delante. Como estaba oscuro, solo vi mi propio reflejo. Si hubiera habido luz, habría tenido una vista perfecta de la entrada de la enfermería. Una tarde de domingo, en invierno, vi a Aspeth Montgomery acercarse a la enfermería, se quedó parada ante la puerta y se dio media vuelta sin llegar a entrar. Durante el resto de la hora que pasé aquel día con Aubrey no me pude quitar de la cabeza ese cambio de idea por parte de Aspeth.

—El foco de la sección cónica está en el origen, ¿verdad? Y tiene que cumplir estas condiciones. —Aubrey señaló donde decía «parábola, directriz $y = 2$ »—. ¿Y qué es lo que quieres hacer tú?

Silencio. Y más silencio.

—Quieres averiguar qué es y, ¿verdad? —dijo Aubrey.

—Eso.

—Así... ¿Lo entiendes?

—Sí —asentí—. Está claro.

—Y ahora pasas esto aquí.

—Vale —dije yo.

—Intenta hacer tú el siguiente, ¿te parece?

Pasé un rato mirando el problema, de verdad que sí. Pero luego me vino a la cabeza Gillian Hathaway, ¿su novio y ella se dirían «te quiero»? ¿Cómo se sabe cuándo quieres a alguien? ¿Sería una corazonada, como un buen olor que no puedes identificar, o llegaba un momento en que tenías pruebas? ¿Sería como ir recorriendo una casa? Es decir, ¿como si, al cruzar una puerta determinada, pasaras a querer y ya estaba, ya estabas en el amor? Puede que después entraras en otras habitaciones, claro, y que os pelearais o incluso que rompierais, pero siempre estarías más allá del amor, habrías pasado por él, no sería algo por llegar. Mi interés por las parejas era casi antropológico. Aunque me gustara Cross y quisiera que Martha dijera que me imaginaba saliendo con él, yo era incapaz de visualizarme con él. Desde luego, no me veía siendo una presencia diaria en su vida, ni a él en la mía, no me imaginaba que nos convirtiéramos en dos personas que conversan, hacen cosas y se sientan juntas en la capilla. Cuando pensaba en Sin-Jun y Clara (lo que hacía a menudo) lo que más me costaba comprender era cómo podían haber sido pareja y compartido habitación. ¿Cómo sabían cuándo tocaba enrollarse y cuándo sentarse a hacer los deberes? ¿No habría sido demasiado intenso y agotador estar siempre cerca de la persona a la que quieres impresionar? ¿O quizá demasiado familiar? Puede que en las distancias cortas renunciaras a la esperanza de causar sensación y te pusieras a quitarte cera de los oídos, sin preocuparte por estar guapa. Pero ¿no se perdía algo también? Si eso era a lo que se refería la gente al hablar de intimidad, no me parecía muy seductora. Era como tener que luchar por el aire con el otro.

—¿Gillian te parece guapa? —dije en voz alta.

—Lee, concéntrate, por favor —dijo Aubrey.

—Gillian Hathaway —dije yo—, no Gillian Carson.

—No está mal. Si fuera tú, empezaría aislando *x* aquí. ¿Qué información te dan sobre *x*? —Pero Aubrey se había sonrojado, en un rosa intenso que le cubría toda la cara y que le llegaba hasta el cuello.

—¿Guapa de verdad o solo medio guapa? —dije.

Se giró hacia mí.

—No voy a hacerte los deberes.

—No te lo he pedido.

—Si no entiendes esto, no aprobarás el examen final.

—En realidad, eso estaría mejor aún —dije—. Si no apruebo el examen, al desbroce.

—¿De qué hablas?

—Es cuando te expulsan, pero esperan a...

—Ya sé lo que es el desbroce. —Me interrumpió y me dejó algo sorprendida, yo no lo supe hasta que empecé segundo y Alfie y Maisie ya no estaban. Aubrey añadió—: ¿Quién te lo ha dicho?

—Fletcher me llamó hoy a su despacho.

—Es horrible.

—No sería culpa tuya.

—Ya lo sé —dijo Aubrey con tanta seguridad que me dieron ganas de retirar lo dicho—. ¿Y qué harás? —me preguntó.

Lo miré con los ojos entornados. Estaba convencida de que no me respetaba demasiado, pero aun así la pregunta se las traía.

—Bueno, cerca de casa de mis padres está el instituto Marvin Thompson.

—No, Lee —dijo y acercó su mano diminuta hacia mi brazo, aunque no llegó a tocarlo. Creo que no se atrevió a tocarme, así que retiró la mano y dijo —: Lo que quiero decir es qué vas a hacer con el examen. ¿Cómo lo vas a preparar?

—No sé si eso importa mucho —dije—. A ver, siendo realista, ¿tú crees que puedo aprobar? —Me pareció una especie de confesión.

Se quedó callado unos segundos.

—Si estás dispuesta a esforzarte... —dijo por fin.

Si se hubiera limitado a decir que no, no habría sido tan malo. Podía dedicarle tiempo, podía sentarme en la mesa con el libro de mates abierto, pero esforzarme... La única opción que tenía era empezar desde el comienzo del libro. Siempre me había encantado esa parte de las películas en la que se concentra toda una empresa, puede que incluso la vida entera de un personaje: el montaje, al ritmo de una música cargada de emoción, muestra a

unos atractivos muchachos multirraciales aparcando sus diferencias y arreglando la casa de ese anciano, arreglando las persianas desvencijadas, pintando la fachada, cortando el césped y regando los parterres; o sale una veinteañera que por fin ha adelgazado, bailando en clase de aeróbic, secándose la frente subida a una bicicleta aerostática con una toalla blanca al cuello, saliendo del cuarto de baño aseada, tímida pero guapa (sin saber, por supuesto, hasta qué punto está guapa) y abrazando a su mejor amiga antes de marcharse a esa cita o a esa fiesta que va a ser su triunfo. Quería ser esa persona, quería estar en ese momento de cambio en el que haría progresos, en el que todo sería fluido y sencillo, acompañada por una música alegre. Pero estudiar matemáticas para el cálculo en la realidad llevaría esfuerzo y sería aburridísimo. Además, tampoco estaba garantizado que fuera a salir bien. En marzo había llegado a un 58, pero solo porque la señorita Prosek me había dejado hacer un proyecto especial para subir la nota y presenté una cronología de mujeres matemáticas en la historia: «Hipatia de Alejandría, n. 370: descubridora del astrolabio, murió linchada con trozos de cerámica por una turba de cristianos. Émilie du Châtelet, n. 1706: aristócrata francesa y autora de *Instituciones de Física*. Fue novia de Voltaire». Cerré la lista con la propia señorita Prosek y pegué en la cartulina una foto que saqué de la guía del colegio. A su lado, escribí: «Valerie Prosek, n. 1961: profesora de matemáticas para el cálculo e inspiración para jóvenes alumnos de matemáticas de todo el mundo». La señorita Prosek colgó la cronología en el aula, encima de la pizarra, y me puso sobresaliente alto.

—Si fuera a esforzarme —dije—, ¿por dónde empiezo?

—No te vendría mal repasar aspectos básicos de las gráficas de ecuaciones. Puedo ponerte ejercicios si quieres.

Aubrey apuntó varias cadenas de números en mi cuaderno y me lo pasó. La primera decía:

$$\begin{aligned}3x - y &= 5 \\2x + y &= 5\end{aligned}$$

Sabía que era muy sencillo. Había dicho que empezaríamos por lo básico. Pero no tenía ni idea de qué hacer. Y admitir mi ignorancia habría sido

mostrar lo atrasada que iba de verdad.

—Mira —dije—. Estoy pensando... Siento haberte hecho prepararme esto, pero... igual es mejor si me concentro en los deberes de mañana porque solo eso ya me va a llevar mucho tiempo, ¿no te parece?

Aubrey no supo qué responder.

—Me llevaré estos problemas a la residencia y los haré allí —dije—. Gracias.

Volví a mirar el libro y leí en voz alta el siguiente problema: «Escribe la forma de la descomposición en fracciones parciales...». Igual de esta manera, si Aubrey escuchaba mi voz, parecería que estaba participando de manera activa. De hecho, funcionó y cedió. Todas nuestras clases eran así: el prelude, la persuasión y la capitulación de Aubrey, que terminaba haciéndome los deberes, aunque había dicho que esa vez no lo haría. Aun así, avanzábamos despacio. Él me explicaba todos los pasos que daba, me hacía preguntas y esperaba mientras yo intentaba darle alguna respuesta. Muchas veces, ni siquiera acertaba con la categoría; si Aubrey esperaba oír «factor cuadrático irreducible», yo le decía «siete».

Aunque a veces le pinchaba o no ponía nada de mi parte, sabía cómo le gustaba que me portara: intentándolo, aunque sin conseguir nada. O quizá fuera sin conseguir nada, pero intentándolo a pesar de todo. En cualquier caso, la reacción de la otra persona era lo único que me importaba. Los números eran obstinados e imparciales, pero las personas desprendían calor, respiraban y se las podía persuadir. No era raro que metiera la pata con la gente, ciertamente, pero no solía ser porque me hubiera hecho una idea equivocada de ellos, sino porque me ponía nerviosa o porque entendía demasiado bien que yo no era lo que querían. De hecho, en lo que sobresalía era en ser una decepción. Puede que fracasara en ser lo que el otro buscaba, pero como fracaso cumplía con todas sus expectativas. Podía ser servil u hostil, triste, sincera o absolutamente callada. Si hubiera tenido que apostar, habría apostado a que Cross sabía que estaba colada por él y que, al no querer hablar con él y al buscarlo de vez en cuando con la mirada y contar un segundo para volver a apartar la vista, me estaba portando exactamente como esperaría que se portara una chica que estuviera loca por él pero que no era correspondida. Puede que me echaran, sí, pero me iría con todo el mundo de

mi parte: Aubrey, Martha, la señorita Prosek e incluso el decano Fletcher se quedarían tristes y conmovidos.

Pensaba que habían elegido a los candidatos a delegados de cuarto en la reunión de casas, pero esta se celebró al día siguiente. En el recreo, nos reunimos todos los de tercero en el salón de actos. Llenamos las primeras filas, y el decano Fletcher se sentó al borde del escenario, con las piernas colgando. Nos soltó el mismo discurso de todos los años, que era imposible contentar a todos, tal y cual, pero esta vez añadió algo nuevo: cuando estuviéramos en cuarto, seríamos los responsables del ambiente que se respirara en nuestras residencias. Al terminar la reunión, Martha fue a mirar el correo y yo empecé a rellenar nuestras solicitudes. Habíamos decidido que queríamos seguir en la residencia de Elwyn, igual que ese curso. Me puse el papel sobre la pierna, escribí el nombre de Martha y luego el mío. ¿Tenía sentido lo que estaba haciendo? Si no iba a volver a Ault, no servía de nada solicitar habitación. Pero es que era sencillamente inconcebible no volver. Si dejara de ser alumna de Ault, ¿en qué cosas pensaría? En el Marvin Thompson, el suelo de la cafetería era de linóleo de color mostaza, con motas negras y grises; los equipos eran los Vikings y las Lady Vikings; y siempre se estaba debatiendo sobre si las chicas embarazadas deberían seguir yendo a clase cuando se les empieza a notar la barriga.

—Siempre he pensado que las habitaciones de la Elwyn huelen a pis de gato, pero imagino que a ti y a Martha os da igual.

Levanté la vista y vi a Aspath Montgomery sentada a mi derecha, tan cerca que sentí esa incomodidad física que normalmente solo experimentaba con los chicos. (¿Vería que mis poros eran enormes? Me había dejado el protector labial en la habitación y me había estado mojando los labios sin parar. ¿Se me estaría pelando la piel alrededor de la boca?). Nos miramos a los ojos y yo estaba tan histérica que me volví a mojar los labios.

—No me había dado cuenta —dije.

—Normal, en la Broussard tuviste un buen tiempo ese calamar en la habitación, ya sabes, antes de hacer que expulsaran a Little. Debes de estar acostumbrada a la peste.

No dije nada.

—Así que no te parece que sería buena delegada —dijo inmediatamente después.

Ya había pensado que Dede podía contarle a Aspeth lo que había dicho de ella, pero me pareció demasiado previsible (infantil y vengativo, demasiado fiel a la Dede que conocía), así que decidí que no lo haría. La gente no solía actuar exactamente igual que como una espera.

—No lo niegas —dijo—. Jesús, Lee, no tienes vergüenza. —Se recostó, pasó el brazo izquierdo por el respaldo de la silla y no parecía estar enfadada. Más bien, parecía estar divirtiéndose; no tenía nada que hacer hasta el final del recreo, así que se dedicaría a pincharme.

—Probablemente Dede habrá sacado las cosas de contexto —dije.

—¿Eso crees?

—¿Qué quieres, Aspeth? —pregunté—. ¿Qué más te da lo que le haya dicho a Dede?

Aspeth pareció haberse equivocado conmigo. Retiró el brazo del respaldo, se sentó bien y cruzó las piernas.

—¿En serio piensa Martha que puede ganar? —preguntó, con una voz que ya no sonaba relajada ni provocadora.

—¿Qué estás haciendo? —dije yo—. ¿Campaña?

Adoptó una expresión extraña (como si intentara recuperar rápidamente el gesto de antes) y empecé a ver claro que había dado en el blanco con lo de la campaña.

—Martha no va a ganar —dijo—. Te contaré lo que va a pasar. La mitad de la promoción votará a Gillian, puede que un poco menos. Y un poco más de la mitad de la promoción me votará a mí, salvo que, por ejemplo, una décima parte de la gente vote a Martha. ¿Entiendes adónde voy? Se llevará mis votos y Gillian ganará.

Se me escapó una sonrisa.

—Tú misma has dicho que votarán a Martha. Serán sus votos, no los tuyos.

—No lo estás entendiendo. ¿Quieres que Gillian sea la delegada de cuarto?

Me encogí de hombros.

—Claro que no quieres. Gillian es un grano en el culo. Pero todos los

zoquetes del curso la votarán porque ha sido delegada en segundo y tercero, y porque van en masa y sin iniciativa, como borregos.

—¿Por qué no te cae bien Gillian? —pregunté. Gillian y Aspeth compartían más o menos el mismo grupo de amigos, y nunca había oído que tuvieran roces.

—¿Es que le cae bien a alguien? —preguntó Aspeth—. Es soporífera.

Aspeth no había bajado el volumen en ningún momento de la conversación y tampoco lo hizo para decir eso, aunque había docenas de compañeros arremolinados frente al salón de actos. Admiré ese descaro.

—La única persona más aburrida que Gillian es Luke —siguió diciendo Aspeth—. Seguramente se quede dormida mientras lo hacen.

Por un instante, deseé que Aspeth me preguntara qué pensaba yo de Gillian para poder decirle que estaba totalmente de acuerdo. Pero no lo hizo.

—Martha tiene que retirar su candidatura —dijo Aspeth—. No tiene ninguna posibilidad. Si la tuviera, sería otra cosa, pero todos sabemos que no es así.

Volvió a impresionarme la claridad con la que exponía su arrogancia, la absoluta falta de intención de adular a nadie o de llegar a acuerdo alguno. Martha debía abandonar la carrera porque Aspeth era Aspeth, así de sencillo. Y, por ese mismo motivo, Aspeth acabaría siendo la elegida.

—¿No deberías hablar con Martha en persona? —dije.

—¿Para qué? Ya he hablado contigo.

Aspeth estiró las piernas (eran las piernas más largas de toda la promoción, unas piernas realmente fantásticas, y llevaba una falda de color caqui que terminaba unos buenos quince centímetros por encima de la rodilla) y se puso en pie. Al parecer, ya había terminado conmigo. Parecía que iba a marcharse, pero se me acercó y se inclinó hacia mí. Su pelo de color miel me cayó por delante de la cara, puso un dedo en los formularios que seguían sobre mi regazo y sentí la punta del dedo en el muslo, a través del papel.

—Yo me pensaría mejor lo del pis de gato —dijo, volvió a mirarme, teníamos la cara tan cerca que fue inevitable pensar en besarla. Me dio unos golpecitos más con el dedo y sonrió con complicidad—. Te lo aconsejo como amiga.

Y se marchó, aunque el aroma de su champú siguió suspendido en el aire.

Sabía qué champú era el suyo porque Dede utilizaba el mismo, aunque en ella no olía como en Aspeth. Mientras estuve en Ault, esa fue para mí la fragancia de la popularidad y, cuando me gradué, se convirtió en el olor de la propia Aspeth. Una tarde después del trabajo, con veintitantos, estaba en una perfumería, le pasé un frasco a una amiga y le dije: «Para mí, este es el champú que mejor huele del mundo». Ella me miró perpleja y me dijo: «Pues cómpratelo». A esas alturas, pensaba que había dejado atrás hacía ya mucho tiempo mi yo de Ault, pero su sugerencia fue toda una revelación. Cuando estaba pagando en la caja, me sentí como al comprar alcohol por primera vez nada más cumplir los veintiuno, cuando aún llevas dentro la sensación de estar haciendo lo que no debes.

Después del almuerzo, estaba saliendo con Martha del comedor cuando vi a la señorita Prosek a unos treinta metros, caminando sola. Agarré a Martha del brazo y nos paramos.

—Espera —dije—. Deja que se aleje un poco más.

Justo en ese instante, la señorita Prosek miró hacia atrás. Al vernos, me hizo señas para que me acercara.

—¿Es que me ha oído? —pregunté.

—Imposible.

—Qué cosa más rara.

—Corre, ve con ella. Te está esperando. —Martha me empujó un poco hacia delante—. Todo irá bien. —Cuando di unos pasos, añadió—: Respira hondo.

—Te estaba buscando —dijo la señorita Prosek cuando estuve a su lado—. ¿Cómo va todo?

—Bien. —Mientras caminábamos, la miré de reojo.

—Sé que ayer estuviste hablando con el decano Fletcher —dijo—, si es eso lo que te estás preguntando. Me gustaría saber cómo te encuentras.

No dije nada (sinceramente, no sabía qué decir) pero, cuando me sentí más incómoda por el silencio que confundida por no saber qué decir, respondí:

—Estoy bien.

Entonces fue la señorita Prosek la que no dijo nada.

El problema era que la señorita Prosek no solo era la profesora de la asignatura que estaba cateando y que podía suponer mi expulsión, sino que, además, era mi tutora y hasta hacía poco, incluso cuando las notas de matemáticas ya estaban cayendo en picado, nuestra relación había sido bastante estrecha. Había conocido a la señorita Prosek en primero, porque entrenaba al tercer equipo de baloncesto. Cuando perdíamos un partido, no se lo tomaba como algo personal, como otros entrenadores. Incluso una vez nos prometió, no sé muy bien por qué, que si ganábamos alguna vez haría tres mortales en el campo (había sido gimnasta en la universidad). Y cumplió su promesa. Fue el día que jugamos contra el Overfield. Al terminar, algo mareada, con el pelo revuelto y con el otro equipo mirando boquiabierto, nos dijo: «Debería haberme puesto otro sujetador». Cuando no jugábamos contra el mismo colegio que el primer y el segundo equipo, no íbamos en autobús sino en una furgoneta que conducía ella misma y, en el camino de vuelta al colegio, siempre parábamos en un McDonald's.

Había dos cosas que admiraba profundamente de ella y que, además, se apuntaban entre sí. La primera era que parecía bastante liberal (era feminista, aunque por entonces todavía no comprendía del todo el significado de esa palabra) y, aunque no llegaba a ser beligerante, era firme a la hora de expresar sus puntos de vista. Una vez llevó a un grupo de alumnas a Boston en furgoneta para una reunión por el derecho al aborto (yo no fui porque aún estaba en primero y no sabía si podía), no se maquillaba y los domingos se recogía el pelo con un pañuelo de color azul. Lo segundo que me llamaba la atención de ella era que tenía un marido increíblemente apuesto. Se llamaba Tom Williamson, trabajaba en Washington D. C. redactando los discursos de un senador demócrata, y solo solía aparecer por el colegio los fines de semana, aunque a veces se presentaba en alguna cena de gala con traje y corbata. Cuando alguna vez salían los dos juntos a correr, las chicas se daban codazos al verlos pasar y decían: «Ahí va el marido de la señorita Prosek. Qué guapo es». La señorita Prosek era atractiva, pero no guapa (puede que ni siquiera le pareciera bonita a la mayoría de la gente), así que me resultaba un misterio que no fuera guapa pero que él la quisiera; que fuera lista y con ideas propias y que él la quisiera; y que, por la forma que tenían de hablarse y de

tocarse (en los pequeños gestos cotidianos, no especialmente románticos; por ejemplo, cuando él pasaba el brazo sobre el respaldo de su silla y le rozaba el hombro con la punta de los dedos, o cuando inclinaba la cabeza hacia ella como si le estuviera diciendo algo mientras bajaban las escaleras al salir del comedor después de la cena), era como si él la quisiera mucho, y ella a él.

—Voy a serte sincera —dijo la señorita Prosek—. Estoy preocupada por ti. ¿Aubrey y tú habéis preparado un programa de repaso?

—Algo así. Pero no entiendo por qué Fletcher ha esperado a amenazarme con la expulsión cuando solo queda una semana para el examen.

Quería que desmintiera la amenaza. Sin embargo, en su lugar, dijo:

—¿Quieres decir que habrías hecho las cosas de otra forma solo de haber sabido las consecuencias?

—No —dije, y noté que me había puesto a la defensiva.

—Lee. —La señorita Prosek me cogió por el hombro, yo me puse en tensión y volvió a retirar la mano. Habíamos llegado a la entrada del edificio de las clases y dejamos de andar, como si hubiéramos acordado de antemano no seguir con la conversación una vez dentro.

La miré con lo que intenté que fueran unos ojos receptivos y bien abiertos. Lo de ponerme tensa había sido involuntario.

—Céntrate en las matemáticas. Quiero que entiendas bien las funciones exponenciales y logarítmicas, ¿vale? Ya nos ocuparemos del resto cuando llegue el momento.

«Eso es fácil decirlo», pensé, pero no me gustó sentir ese rencor hacia la señorita Prosek. Desde que comenzara el otoño y hasta marzo, había ido a su casa todos los domingos por la tarde, cuando su marido se había marchado ya a Washington D. C. para pasar la semana (aunque una vez él seguía allí, me abrió la puerta, me dijo: «Hola, Lee», aunque no nos habíamos visto nunca, y yo me puse tan contenta que podría haber echado a volar). La señorita Prosek y yo repasábamos la lección y, si estaba preparando algo de sopa o un chili de verduras, me daba a probar un poco. Cuando hablábamos de matemáticas, intentaba concentrarme, por puro respeto hacia ella, pero solía distraerme, igual que me distraía con Aubrey. Aunque recuperaba la atención en cuanto pasábamos a hablar sobre alguna charla reciente de la capilla, sobre un artículo de *La voz de Ault* o a cotillear sobre otros alumnos y profesores. La

señorita Prosek jamás daba su opinión, y solía sacudir la cabeza cuando yo criticaba a alguien, aunque lo hacía con una sonrisa y yo sabía que le parecía interesante. Después de todo, puede que no me gustara por tener ese marido, ni por sus opiniones políticas ni por su deportividad... Quizá fuera porque me encontraba interesante y porque con ella, más aún que con Martha, me sentía interesante. Pero una tarde, poco después de las vacaciones de primavera, la encontré algo apagada y no paraba de desviar la conversación hacia las matemáticas. Cuando llegué, había dicho que le dolía la cabeza y pensé que sería por eso, pero, al cabo de media hora (cuando estaba explicándole por qué pensaba que el señor Corning estaba enamorado de Madame Broussard, la responsable de mi antigua residencia), me dijo: «Lee, quiero decirte algo. He tenido que enviarles una carta a tus padres. El semestre pasado pude evitarlo porque acabaste aprobando el parcial y parecía que ibas a remontar. Pero ahora estoy muy preocupada».

Pensé en decirle que no tenía por qué preocuparse, que mis padres no eran de esos que se volvían locos al recibir ese tipo de cartas. Pero no estaba muy segura de que se refiriera a eso. Aunque tampoco estaba muy preocupada por la nota. Lo que me angustió fue haber estado chismorreando tan relajada, como si estuviera en casa. Había pensado que estaba encantada conmigo, cuando no era más que una mala estudiante que devoraba su tiempo libre haciendo comentarios inapropiados sobre sus compañeros de trabajo.

«El semestre pasado sacaste un suficiente justo», me dijo la señorita Prosek entonces. «Eso no te da mucho margen de maniobra. Si suspendes este semestre, suspenderás el curso entero. Y, por ahora, estás suspendida. Tienes un 49».

Aunque sabía que iba mal, no pensaba que tanto como para un 49.

«Voy a ofrecerte un trato», me dijo aquel día en su apartamento. «Les ofreceré lo mismo a todos los alumnos, pero...». No terminó la frase porque no hacía falta, lo que quería decir era: «pero lo hago por ti». El trato era que hiciera un trabajo para subir la nota y por eso hice la cronología. La señorita Prosek se echó a reír cuando vio que la había incluido en la lista, pero las cosas no volvieron a ser igual entre nosotras. Al despedirnos la tarde que me dijo que había sacado un 49, no me confirmó que nos veríamos el domingo siguiente, como siempre hacía al marcharme. Podría haberle preguntado en

clase cualquier día de la semana, pero no lo hice (no quería ser una carga para ella) y, como no le pregunté nada, tampoco fui a verla el domingo. El lunes siguiente, nos miramos a los ojos mientras ocupaba mi asiento, ella juntó los labios como para decir algo, pero no lo hizo. Además, ya había llegado más gente. Por supuesto, seguí viéndola casi todos los días, pero fuera de clase no nos veíamos más que de pasada o con otras personas (por ejemplo, en abril, cuando empezó el buen tiempo, nos llevó de pícnic a todos los de su tutoría).

Ahora de pie, delante del edificio de las clases, le dije:

—Pero, esto... Yo no soy una mala hierba, ¿no?

—Claro que no.

—Sé que no se me da bien el deporte y que no soy muy valiosa para Ault. Pero no incumplo las normas. Creo que me merezco al menos el beneficio de la duda. No entiendo por qué este examen tiene que marcar la diferencia entre quedarme o no.

Suspiró.

—No sé por qué dices que no eres valiosa para el colegio. Tienes tantos apoyos como cualquier otro. Además, no quiero que lo veas como un castigo. Pero es que Lee, en matemáticas ya vas un curso por detrás de toda tu promoción. El colegio tiene ciertos requisitos y, para poder graduarte dentro de un año, tienes que cumplirlos. ¿Y qué nos hace pensar que no te pasará lo mismo en cálculo integral el año que viene? Llega un momento en el que no me parece justo ponerte por encima de tu nivel.

—No será así en cálculo integral —dije.

—¿No?

—Si tuviera que repetirlo, sería distinto —dije—. Estoy segura.

Se quedó callada otra vez, hasta que dijo:

—Yo también lo creo. Creo que deberíamos dejarlo correr por ahora. Pero tienes que comprender que nuestras preocupaciones son académicas, no personales. —Estaba de cara al sol, con los ojos entornados, así que no supe interpretar su expresión cuando dijo—: No creo que vayan a desbrozarte en serio.

Lo primero que pensé fue «¿Vayan? ¿Quiénes son ellos?». Quizá cuando llegara el momento, la señorita Prosek no iba a poder salvarme, pero ¿pretender que no podía evitar que la situación llegara a eso no era lo mismo

que mentir? Si quisiera, podría ponerme un suficiente. Podría amañar la nota y no decírselo a nadie, ni siquiera a mí.

Lo segundo que se me pasó por la cabeza fue que tenía que decírselo a Martha: al contrario de lo que me había dicho, los profesores sí utilizaban esa expresión.

Las clases terminaron el viernes, aunque no hicimos mucho en toda la semana. En latín, la señora Pfaff nos trajo barritas de arroz inflado que había preparado su hija de diez años, y en español, estuvimos viendo telenovelas mexicanas. En las residencias, la gente había empezado a recoger sus cosas y yo lo odiaba. Al ver las paredes desnudas y las superficies limpias, recordaba lo pasajero que era todo y lo ilusorio que era pensar que algo de eso nos pertenecía.

Aunque ya no había clases, seguí quedando con Aubrey todas las noches, incluso el sábado, y, para mi sorpresa, tenía ganas de que llegara la hora de verlo. Al no tener clases, los días parecían alargarse más de lo normal, como una goma desgastada por el uso. Estaba bien tener unas horas organizadas al día. Además, hacía muy buen tiempo y eso solo servía para ponerme todavía más nerviosa. Todos iban a nadar al río, salían a correr en grupo o se marchaban en bici a la ciudad a por un helado. Pero participar en esas actividades habría sido como pavonearse de algo. Aunque no estuviera estudiando de verdad, cuando suspendiera quedaría mejor si no hubiera salido de la residencia.

El miércoles por la noche, la víspera del examen de matemáticas, votamos a los delegados de cuarto en la terraza del refectorio. No estuvo ningún profesor, y Gillian y Darden repartieron trocitos de papel ellos mismos. También iban a encargarse de recotar los votos después.

—No me sorprendería que Gillian hiciera trampas —le dije a Martha mientras volvíamos hacia la residencia.

—La expulsarían —dijo Martha—. No merece la pena arriesgarse.

—¿A quién has votado tú? —pregunté.

—A Aspeth, por supuesto. Tiene madera de líder.

—Ja, ja —dije—. Me refería a los chicos.

—Ah, vale. A Darden. ¿Y tú? ¿Has votado a tu cariñito Cross?

—Martha. —Chisté. Jenny Carter y Sally Bishop venían justo por detrás.

—Perdona, quería decir a Mono Azul. Espera, te lo compensaré. Sube. —
Se había agachado y me ofrecía la espalda—. Móntate —dijo mirando hacia atrás.

—¿Que me suba encima de ti? —dije sin saber qué hacer.

—Te regalo un paseo en el «marthasaurio».

—¿Estás borracha o algo?

—No creo, a no ser que hayan echado algo en la jarra de zumo de la cena.
Vamos.

Me volví a mirar a Jenny y Sally, y las dejé pasar.

—Hola —les dije, y las dos sonrieron—. Creo que peso mucho —le dije a Martha.

—¿No te has fijado en esto de aquí? —Martha dobló un brazo (llevaba una camiseta de tirantes de algodón rojo con el cuello en ondas) y se le marcó el bíceps. Era un par de centímetros más baja que yo, y más delgada, pero también estaba más fuerte, de eso no había duda.

—Muy bien —dije—. Prepárate. —Di un paso adelante y la rodeé con mis brazos. Al levantarse, me agarró las piernas, y mis corvas encajaron con sus codos. Se tambaleó un poco y yo solté un gritito ahogado, pero recuperé el equilibrio enseguida.

—¿Adónde quieres ir? —dijo—. Elige tú.

—¿A Boston?

Martha resopló.

—Bueno, vale. ¿Qué tal Bombay? —Probé a decir con acento indio.

—Mucho mejor.

—¿Y qué tal a la Madre Rusia? —dije esta vez, imitando igual de mal el acento ruso. Martha se echó a reír—. ¡A mi dacha! —grité, y le di unos golpecitos en los costados con las piernas—. *Andiamo!*

Intentó ir al galope, pero se reía demasiado. Se paró, desternillándose de la risa, y yo, que seguía sobre su espalda, podía notar cómo se le sacudían los hombros. Al sentir su risa, me eché a reír también.

—¡Al París de *fin de siècle!* —grité.

—Creo que acabas de escupirme en el pelo —dijo Martha de manera entrecortada.

Eso fue sin duda lo más surrealista que hice en público en Ault. Aún había luz y gente a las puertas de la biblioteca y pasándose el balón en la glorieta. Para mi sorpresa, no pareció que nadie nos prestara atención. Por fin, Martha se incorporó y yo dije:

—¿Te estoy ahogando?

—Sí, pero no pasa nada.

En el patio, justo en la entrada de la residencia de Elwyn, me bajé.

—Gracias por el paseo —dije—. Ah, y por cierto, estás loca de remate.

—Lo sé. La culpa la tienen mis padres.

—No estoy de broma. Estás majareta.

—Lee, todo el mundo lo está. Te lo prometo.

—No te creo —dije.

—Pues tengo razón.

En ese momento, nadie sabía lo que iba a pasar con las votaciones ni con el examen de matemáticas. Las probabilidades no estaban de nuestra parte. Nos encontrábamos en ese pequeño instante justo antes de que se muestren las cartas, cuando aún se puede tener un golpe de suerte, aunque lo más seguro es que no. Pero entonces, mientras subíamos las escaleras de la residencia, no me preocupaba la incertidumbre. Era una suave noche de primavera y, al menos por un poco, casi resultaba agradable no saber en qué acabaría todo.

Después de la capilla, cuando todos iban en masa hacia el edificio de las clases para el pase de lista, Aubrey surgió de la nada a nuestro lado.

—Tengo algo para ti —me dijo y miró a Martha.

—Os dejaré solos. Te espero dentro, Lee.

Aubrey me pasó un sobre de papel manila con mi nombre escrito en letras mayúsculas.

—¿Son las respuestas del examen? —pregunté.

Me miró horrorizado.

—Estaba de broma —dije. Dentro había una tarjeta hecha a mano. Por la parte de delante había escrito «¡BUENA SUERTE!» en letras finas y puntiagudas de chico. Por dentro, decía: «¡Espero que te vaya muy bien en el examen, Lee! Aubrey». No había adornado el papel con flores, estrellas o

globos, como habría hecho una chica.

—No me llevó mucho tiempo. —Estaba sonrojado—. ¿Tienes alguna pregunta antes del examen?

—Creo que no. Pero gracias... Me gusta mucho la tarjeta, Aubrey.

Me gustaba de verdad y también estaba confundida. Era una de esas cosas que yo haría por otra persona, me habría pasado la tarde haciéndola en lugar de los deberes de mates. Pero nunca lo habían hecho por mí.

—Cuando estés aislando una variable, recuerda ir paso por paso. Solo te lías cuando intentas resolver las dos variables a la vez.

Acabábamos de entrar en la sala de estudios. Como era de primero, Aubrey tenía asignado un pupitre para el pase de lista. Los de tercero y cuarto nos quedábamos de pie al fondo o sentados en las cajas de madera que cubrían los radiadores de la pared.

—Gracias por tu ayuda, Aubrey —dije.

Se quedó parado.

—Bueno, supongo que ya está, ¿no? —dije.

Siguió sin moverse y, como no sabía qué hacer, le tendí la mano. El pase de lista estaba empezando. Nos estrechamos la mano.

Me quedé junto a la puerta escuchando los avisos. La cena de fin de curso de la Unión de Minorías Escolares iba a ser el domingo por la noche en el pabellón multiusos. La señora Morino nos recordó que felicitáramos a Adele Sheppard por el premio al civismo que le habían concedido en el Centro Asistencial Raymond, donde trabajaba de voluntaria cada semana desde segundo. Cuando el señor Byden dio un paso adelante (en el pase de lista se quedaba de pie detrás de los delegados y, si tenía que dar algún aviso, lo hacía el último), me dio un vuelco el corazón. Iba a decir quién había ganado las elecciones, seguro. El curso pasado lo había anunciado en una cena de gala, pero, haciendo cuentas, debían de haber votado antes, porque este curso no iba a haber ya más cenas.

Carraspeó un poco.

—Como saben, todos los cursos eligieron ayer a sus delegados. Voy a darles los resultados.

Mientras anunciaba los resultados de las demás promociones, fui buscando a Martha por la sala, hasta que la encontré apoyada en la pared del

fondo. Esperé a que me mirase, pero tenía la vista clavada en el señor Byden. Busqué a los demás candidatos y vi a Darden casi a mi lado. Tenía una sonrisa plácida y tranquila en la cara, una expresión afable. Sentí una punzada en el estómago por él, sabía que no había ganado, pero tenía que actuar con deportividad a la vista de todos.

—Por último, los chicos de cuarto del año que viene —iba diciendo el señor Byden—. Den todos la enhorabuena a sus nuevos delegados: Cross Sugarman y Martha Porter.

La sala estalló en alegría. Todos gritaban y chocaban los cinco (¿por qué estaba bien demostrar que te importaba el resultado *a posteriori*, pero mal hacerlo de antemano?) y yo también aplaudía, aunque no estaba eufórica. La verdad es que ni siquiera estaba contenta. Estaba estupefacta. ¿Que Martha había ganado? ¿Martha? Para mí había sido fácil apoyar a Martha porque era mi compañera de habitación, porque Martha era fantástica, aunque nadie más se diera cuenta... porque nosotras dos éramos unas perdedoras. Ahora, por lo que parecía, no lo éramos las dos.

Volví a mirar a Darden, que aplaudía con entusiasmo y seguía sonriendo, aunque le temblaba un músculo de la mandíbula, uno pequeño por debajo de la oreja.

—Darden. —No me oyó y repetí—: Darden.

Se dio la vuelta.

—Siento que no hayas ganado —dije. Había votado a Cross, ¿estaba siendo hipócrita?

—No pasa nada —dijo, sacudiendo la cabeza—. Oye, menuda alegría lo de tu compañera, ¿no?

—Es una locura —dije intentando sonreír.

Darden y yo nos quedamos ahí de pie unos segundos, con nuestras sonrisas forzadas, hasta que nos dirigimos hacia el fondo de la sala, casi a la vez. Fue fácil localizar a Cross porque era alto, pero había tanta gente alrededor de Martha que ni siquiera podía verla. Sobre la tarima, el señor Byden volvía a hablar, pero creo que nadie de cuarto le estaba prestando atención.

Si hubiera sido buena amiga, buena persona, me habría abierto paso a través de mis compañeros para estrujar a Martha entre mis brazos. De hecho,

ese instante, el instante del abrazo, era factible. Lo que me daba miedo era lo que vendría después: su vértigo, su incredulidad y la desbordante transparencia de sus sentimientos. ¿Y si tuviera que convencerla yo de que se lo merecía? O, peor aún, ¿y si estuviera feliz? Quizá solo quería disfrutar del momento, que nos pusiéramos a pensar quién la había votado y quién no, o a elucubrar cómo sería ser la delegada. Nada de eso estaría fuera de lugar (¿con quién ibas a presumir y a disfrutar del éxito mejor que con tu compañera de habitación?) pero no me sentía capaz de digerirlo. Salí de la sala. No miré alrededor, así que no sé si me vio alguien.

En el ala de matemáticas, entré en un aula que estaba vacía (no en la de la señorita Prosek, sino en la de enfrente) y dejé las luces apagadas. Empecé a hojear el libro. Ya era tarde, pero me sentí bien haciendo algo.

Eran las nueve menos cuarto. Teníamos que recoger el examen en el aula de la señorita Prosek a las nueve, llevárnoslo a la sala de estudios o a nuestra habitación, y devolverlo antes de mediodía. En poco más de tres horas terminaría todo y mi destino quedaría sellado. Después, haría algo para Martha (le haría una tarjeta o le compraría unas flores en la ciudad), que para entonces ya estaría más calmada. Ella también tenía que hacer un examen, de historia, y eso sin duda apaciguaría las cosas. Además, después del examen seguro que hablaría de la elección con alguien, por ejemplo, de camino a la residencia. Para cuando nos viéramos, podría entregarme su reacción perfectamente envasada en un diminuto paquete, como una porción individual de lasaña en un táper hermético, y no me obligaría a entrar en una cocina entera, mugrienta y llena de salpicaduras de salsa de tomate. No me hacía falta estar allí mientras lo recogía todo y se recomponía.

Cuando el señor Byden nombró a Martha para la Junta Disciplinaria, me alegré mucho por ella (no era una gran cosa; en cierto sentido, no era más que un reconocimiento por ser una santurrón, pero no dejaba de ser un reconocimiento, y la felicité de corazón). Y hubo más cosas. El verano de segundo a tercero, cuando empezó a salir con Colby, un amigo de su hermano, me fascinaba cómo se desarrolló todo, en una especie de baile coreografiado. Durante un par de semanas, hablaba por teléfono con Martha cada noche, para interpretar el comportamiento de Colby y darle consejos, como si tuviera alguna idea de lo que se le pasaba por la cabeza a un chico.

Cuando se besaron, pasé días teniendo arranques de alegría y siempre necesitaba un par de minutos para recordar que eso tan bueno no me había pasado a mí, sino a Martha. También me alegraba cuando Martha sacaba buenas notas: estudiaba mucho, se lo merecía.

Sin embargo, ser delegada parecía fruto del capricho. Antes de que Cross la propusiera, jamás habíamos hablado de ello; creo que ni siquiera se le había pasado por la imaginación. Y luego, sucedió sin más, sin que se lo propusiera de verdad. Por último, pensaba ¿y si me hubieran propuesto a mí para delegada de cuarto? ¿Y si ese día no hubiera estado con Fletcher sino en la reunión y alguien, por qué no Cross, hubiera pensado en mí? ¿Y si hubiera sido yo el comodín en lugar de Martha? Quizá yo también les caía bien, quizá me respetaban en secreto o me hubieran visto como una alternativa para no votar ni a Gillian ni a Aspeth. No era algo inconcebible. Porque, en serio, ¿este giro de los acontecimientos no era más una derrota de las otras dos que una victoria de Martha? Si me hubieran elegido a mí, sería la compañera de Cross, hablaríamos todos los días, nos sentaríamos juntos delante de todo el colegio. Sabiendo que todos creían en mí, sería otra persona, más segura. Por fin podría relajarme. Y desde luego, no me desbrozarían... ¿Cómo iban a desbrozar a una delegada de cuarto?

Todo eso era muy bajo y me avergonzaba solo de pensarlo. Estaba claro que solo era capaz de apoyar a alguien con sinceridad si lo que quería no me interesaba a mí o si pensaba que no podría conseguirlo nunca. Era lo contrario de lo que yo quería ser. Me habría gustado ser leal, sincera, fiable, sencilla e íntegra. En cambio, no era más que envidiosa y resentida.

El pase de lista había terminado y la gente empezaba a llegar al ala de matemáticas. Se me pasó por la cabeza una idea perversa: que ser expulsada podría ser más fácil que ver a Martha convertida en una persona perfecta.

Martha volvió a la habitación a las once y media. Yo estaba echada en el sofá cama, bocabajo, comiendo nachos rancios. Tenía la cabeza colgando por el borde del cojín para que las migas cayeran al suelo, así que se me estaba bajando la sangre a la cabeza. Además, como había dejado de hacer el examen a los quince minutos de empezar y había pasado llorando una hora, estaba deshidratada y algo afónica.

—Hola —dije—. Enhorabuena por ser delegada.

No había planeado decirlo así. Había pensado en mostrarme entusiasmada, casi sin control, y ponerme a gritar «¡Te he estado buscando por todas partes!», pero ya estaba, ya lo había dicho.

Martha miró al escritorio, donde estaba el examen abierto por la segunda página. Luego, me volvió a mirar a mí.

—¿Qué haces?

La pregunta era demasiado imprecisa.

—Comiendo algo —dije por fin y le ofrecí la bolsa de nachos—. ¿Quieres un poco?

Cogió el examen y lo hojeó. Había escrito mi nombre por debajo del juramento de Ault de la primera página que aparecía en todos los exámenes: «Con esta firma, doy mi palabra de que no he prestado ni recibido ayuda alguna para hacer este examen...». En la página siguiente, había hecho el primer problema. Estaba claro que la señorita Prosek lo había puesto tan fácil para que nos tranquilizáramos. Había escrito algunos números en el siguiente problema y luego, aunque no tenía nada que ver con lo que me pedían, había anotado la ecuación cuadrática, por si me hacía falta en algún momento. Después, de la página dos a la siete, no había escrito absolutamente nada. A medida que pasaba de página, la expresión de Martha fue cambiando de la confusión a la consternación absoluta.

—Vale. —Giró la muñeca para mirar el reloj y puso el examen otra vez sobre la mesa—. No puedes entregarlo como está.

—¿Ah, no?

—Por favor, Lee, ¿qué pasa contigo? ¿No comprendes lo que está en juego? Para empezar, siéntate bien.

Me senté, obediente.

—Límpiate la boca —dijo.

Lo hice y se me quedaron unas migas pegadas a la mano.

Volvió a coger el examen.

—Ven aquí —dijo y, cuando me puse de pie frente a ella, señaló la silla. Cuando me senté, me puso el examen delante, abierto por la segunda página—. Algo de esto sí sabrás, ¿verdad? Aquí, donde te dice que escribas la ecuación. Eso sí sabes hacerlo, ¿no?

Parpadeé.

—A ver. La directriz y es igual a dos... ¿Verdad, Lee?

La miré.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No sé hacerlo. —Lo dije apagada, pero no temblorosa. No iba a romper a llorar.

—Pero has hecho el primer ejercicio.

—Míralo, Martha. No son matemáticas para el cálculo. Es álgebra.

—Entonces, ¿vas a rendirte? ¿Vas a entregar todas estas páginas en blanco, así sin más?

—No sirve de nada hacer más.

—¿Y las notas parciales?

—Creo que no lo entiendes —dijo—. No sé hacer los problemas. Podría escribir cosas, pero no serían más que tonterías.

—No me lo creo.

Por cómo lo dijo, no supe si no lo creía de verdad o solo expresaba su frustración.

—Aparta —dijo. Nunca la había oído tan enfadada.

Me eché a un lado para que se sentara en la mitad de la silla. Cogió un trozo de papel que había sobre el diccionario, vio que estaba escrito por una cara y le dio la vuelta (lo que había escrito era una lista de palabras en español que quería utilizar para estudiar, pero no me atreví a decir nada).

—Pásame la calculadora —dijo.

Empezó a hacer el segundo problema y escribió la ecuación a lápiz en la hoja de papel. Por un momento, pensé que era imposible que estuviera haciendo lo que parecía. Pero no, lo estaba haciendo. Estaba claro.

—No sé si es una buena... —empecé a decir.

—Ni me hables. Nos queda menos de media hora —dijo ella.

Cuando pasó al tercer problema, me dijo:

—Empieza a copiar. Y dame más papel.

Abrí el cajón del escritorio (tal y como estábamos sentadas las dos nos tuvimos que echar para atrás), saqué un cuadernillo y se lo pasé.

—Pero ¿no será muy sospechoso si respondo a demasiadas preguntas bien?

—Sacarás un bien o un suficiente alto. Es imposible que termine todo. Además, estoy poniendo algunos errores.

No dijimos nada más. Solo se oía el sonido de los lápices y a Martha, que dejó escapar un «Mierda» una vez que se equivocó en algo y se puso a borrar. Era ella quien miraba el reloj y, cuando quedaban menos de cinco minutos para las doce, me dijo:

—Tienes que entregarlo. —Había llegado al comienzo de la sexta página.

Me levanté, agarré el examen y cuando llegué a la puerta, miré hacia atrás.

—Martha...

—Tú vete —dijo, sin dejar de mirar a la pared que había frente a la mesa—. Entrégalo.

Cuando volví a la residencia, Martha se había ido a almorzar y no apareció por la habitación en toda la tarde. Volvió después de la cena, me levanté al verla entrar y le dije:

—Muchas gracias, Martha.

Levantó la mano y sacudió la cabeza.

—Lee, no puedo. Lo siento, pero no puedo.

Me quedé callada.

—Vale —dije—. Bueno, es genial que vayas a ser la delegada de cuarto. Estoy muy orgullosa de tener una compañera de habitación tan lista. —Lo curioso es que a esas horas del día era totalmente cierto. Parecía que hubieran pasado siglos desde que me marchara del pase de lista. Por la tarde, ya me había acostumbrado a la idea de que Martha fuera a ser la delegada.

—Gracias. —Martha parecía agotada. Mientras estuvo fuera, la había imaginado celebrando su victoria, puede que con Cross, lanzando confeti y dando volteretas. Ahora, me parecía bastante improbable.

—No pareces muy contenta —dije.

—Ha sido un día muy largo.

Nos quedamos mirando. Me resultaba difícil no volver a darle las gracias o a disculparme.

—Estoy segura de que serás una delegada estupenda —dije—. Serás justa.

Martha hizo un mohín y se echó a llorar. Se llevó una mano a la frente, como si se estuviera protegiendo del sol, pero con la cara hacia el suelo.

—¿Martha?

Sacudió la cabeza.

Crucé la habitación y le puse la mano en la espalda. ¿Qué podía decir? ¿Qué más podía hacer? Solo podíamos esperar, dejar que pasara el tiempo y alejarnos del momento en el que Martha estaba escribiendo las respuestas del examen. Comprendí que para ella el día había quedado reducido a eso. Ya no era el día en que la habían elegido delegada, sino el día en que había hecho trampas. Ni siquiera creo que pensara en que tenía mucho que perder, aunque era así, porque si nos pillaban no solo no sería delegada, sino que la expulsarían. Nos expulsarían a las dos. Además, daría mucho que hablar, dado que Martha estaba en la Junta Disciplinaria. Sin embargo, estoy segura de que no lloraba por miedo a las consecuencias.

Por lo que habían dicho, resultó que Martha había ganado las elecciones por goleada. El resultado había sido ajustado entre los chicos, pero no en el caso de las chicas. No sabía qué significaba eso. ¿Que Martha era guay después de todo? ¿Que ser guay no era tan importante como pensaba yo? Cuando nos graduamos, grabaron las letras de su nombre en mármol en el refectorio y luego las pintaron en oro.

Tampoco sé qué significa que no sintiera ningún tipo de culpabilidad hacia Ault ni hacia ninguna persona (ni hacia la señorita Prosek, ni mucho menos hacia el decano Fletcher) que no fuera Martha. Al día siguiente, cuando salíamos de la capilla, me dieron unos golpecitos en el hombro. Me giré y vi a la señorita Prosek que me susurró: «Setenta y dos» con una sonrisa enorme en la cara. Asentí y no fingí ni sorpresa ni alegría. Noté que me perdonaría y que, después de haber aprobado, entre nosotras dos las cosas podrían ser como antes. Pero, ahora que había salido a la luz lo frágil que era nuestro lazo, ¿qué sentido tenía recuperarlo? Una cosa era que alguien que apenas me conocía se mostrara distante conmigo, y otra muy distinta, que alguien se alejara de mí después de haber intimado. Además, no sabía si aún la respetaba. En lugar de haberse mostrado más contundente o de haberme hablado con franqueza, había decidido actuar al estilo de Ault, con decoro y evasivas. Tal vez no debería haberme sorprendido; después de todo, en las

tardes que pasé en su apartamento siempre fui yo la que se sinceró, no ella. Aquel otoño, pedí que mi tutor fuera un profesor de física de sesenta y dos años llamado Tithrow.

Aubrey (el pobre Aubrey, con su paciencia infinita y mojigata) siguió siendo mi tutor de cálculo integral, y en cuarto nunca bajé de bien en matemáticas. Ese curso, Aubrey siguió sin crecer. Creció más tarde. Cuando yo ya estaba en segundo de carrera y él, en último curso de Ault, me llegó un ejemplar del boletín trimestral para antiguos alumnos. Salía en una foto con otros miembros del equipo de *lacrosse* y no mediría menos de 1,80. Era atractivo, aunque no quedaba ni rastro de la antigua delicadeza de sus rasgos. Era como si un hombre hubiera emergido bruscamente del niño que era, llevando consigo una barba de tres días.

Que fuera tan atractivo me resultó irónico, y fue por algo que sucedió el día que me gradué en Ault. Después de la ceremonia de graduación, los profesores y los alumnos de cuarto nos colocamos en fila en la glorieta y, frente a nosotros, los alumnos de los demás cursos, como cuando termina un partido y los dos equipos se dan la mano, solo que con veinte veces más personas. De esta forma, cada alumno de cuarto tenía que despedirse de todos los alumnos de los demás cursos, aunque no los conocieras de nada. Cuando terminaban de pasar los alumnos, pasaban también los profesores. Se tardaba varias horas en terminar, y había abrazos y llantos. Cuando le tocó el turno a Aubrey, lo envolví entre mis brazos (era bastante más alta que él) y le di las gracias efusivamente. Me resultaba tan extraño haber conseguido graduarme que estaba exultante. Él asintió con gravedad y dijo:

—Te echaré de menos, Lee. —Me pasó un sobre cerrado y añadió—: Léelo luego.

Como no me picaba la curiosidad por ver qué decía y como tenía mil cosas más en la cabeza, tardé en abrirlo varios días. Era una tarjeta (otra) con un birrete y una toga negros dibujados en la solapa y las palabras «¡Enhorabuena, graduada!» escritas dentro. Por debajo, Aubrey había escrito de su puño y letra: «Me gustaría decirte que estoy muy enamorado de ti. No espero que suceda nada entre nosotros y tampoco hace falta que respondas. Pero quería decírtelo. Te deseo lo mejor en el futuro. Eres muy atractiva». Era lo más bonito que me habían escrito en mi vida, y nunca respondí.

Durante un tiempo quise hacerlo, pero no sabía qué debía decirle una chica a un chico que estaba enamorado de ella sin ser correspondido. Lo que sí hice fue guardar la tarjeta. Todavía la tengo.

En cuanto a Martha... Mientras estuve en Ault nunca entendí por qué yo le caía tan bien como ella a mí. Creo que aún no lo tengo del todo claro. No podía ofrecerle ni la mitad de lo que ella me daba, y, aunque eso debería haber creado un desequilibrio entre nosotras, no fue así, y no sé por qué. Más tarde, cuando ya no estábamos en Ault, me reinventé, no de la noche a la mañana, sino poco a poco. Ault me había enseñado todo lo que necesitaba saber sobre cómo atraer y alejar a otras personas, qué cantidad exacta de confianza, sentido del humor, información, curiosidad y entusiasmo (en su momento) había que añadir a la mezcla. Además, el público de Ault fue el más complicado con el que me he encontrado jamás, hasta el punto de que después hubo veces en las que ganarme a alguien me resultó decepcionantemente fácil. Si Martha y yo nos hubiéramos conocido cuando teníamos veintidós, por ejemplo, no hubiera tenido problemas para aceptar que le caía bien. Pero a ella le había gustado antes de que me convirtiera en digna de aprecio. Eso era lo raro.

El primer mes de cuarto curso (nos tocó la mejor habitación de Elwyn, la más grande, con tres ventanas que daban a la glorieta), Martha y yo rompimos dos espejos de cuerpo entero en menos de una semana. Había un radiador bajo las ventanas y dejamos el primer espejo por encima, entre dos ventanas, así que un golpe de viento lo tiró al suelo. Fuimos a la ciudad, nos compramos otro espejo, lo pusimos en el mismo sitio y todavía nos sorprendimos cuando también se cayó y se rompió en mil añicos. Martha colgó el tercer espejo de la puerta con un clavo, y lo dejamos allí cuando nos graduamos.

Todavía recuerdo el día en que se rompió el segundo espejo. Después de entrenar, nos encontramos en el gimnasio y fuimos juntas hasta la residencia dando un paseo. Al entrar en la habitación, lo vimos las dos a la vez.

—Mierda —dije yo.

—¿Es que somos tontas? —dijo Martha.

Levantó el espejo y lo apoyó contra el radiador. Estaba roto por todas partes, algunos trozos se habían caído y sobre la moqueta había esquirilas en

forma de Tennessee y de Carolina del Norte. Yo estaba junto a Martha y mirábamos nuestros múltiples reflejos en el cristal. Sus ojos, su nariz y su boca me resultaban tan familiares como los míos propios.

—Catorce años de mala suerte —dije, y me pareció un periodo inconmensurable, no solo por su duración, sino por la forma en que iban a cambiar nuestras vidas en ese tiempo. En catorce años, tendríamos treinta y uno. Tendríamos trabajo y puede que estuviéramos casadas y con niños, y viviríamos vete tú a saber dónde. Seríamos adultas, con todas las letras.

Martha fue la mejor amiga que he tenido nunca. Como siempre, en aquel momento lo único que me preocupaba era lo inmediato (quería pedirle prestada la falda amarilla para ir a la cena de gala), y era demasiado joven para saber que algo tan sencillo como la distancia o el tiempo puede separar a dos personas. Por eso, no debería haberme preguntado lo que me pregunté al mirar nuestros reflejos en el espejo roto, que fue si habría algo, aunque fuera la mala suerte, lo bastante fuerte como para mantenernos unidas por el resto de nuestras vidas.

8

BESOS Y MÁS BESOS

CUARTO CURSO

Cross Sugarman regresó a mi vida cuando llevábamos cinco semanas del cuarto curso. Era sábado y Martha había ido a pasar el fin de semana a Dartmouth con su prima, para decidir si iba a enviar solicitud a esa universidad. La puerta de nuestra habitación se abrió a eso de las tres, cuando llevaba horas acostada. Cross debió de pasar un minuto ahí de pie, con los ojos acostumbrándose a pasar de la luz del pasillo a la oscuridad de la habitación. Entonces, me desperté. Al ver la alta silueta de un chico en el umbral de la puerta, se me aceleró el corazón (por supuesto), pero a esas alturas ya sabía que, si pasa algo raro en un internado, es por la noche. Además, como en la residencia no había cerradura en ninguna puerta, ya me había acostumbrado a que irrumpieran en la habitación.

Me debí de mover un poco, porque Cross dijo un «Hola». Lo dijo con ese tono ronco que está entre el susurro y la voz normal, pero que no es hablar normal, no tanto por el volumen con el que se dice como por lo que implica.

—Hola —le dije también, sin saber todavía quién era.

Dio un paso adelante y la puerta se cerró tras él. Me senté en la litera de abajo, intentando verle la cara.

—¿Me puedo echar? —dijo—. Solo un minuto.

Entonces supe quién era, aunque seguía desorientada por el sueño.

—¿Te encuentras mal? —pregunté.

Se rio y, mientras lo hacía, se quitó los zapatos y se metió en mi cama, bajo las mantas, y yo me apreté contra la pared. Al movernos, sentí su olor (olía a cerveza, a desodorante y a sudor, es decir, que me olió a cielo) y pensé: «Dios mío, es Cross de verdad». Me parecía lo más increíble del mundo.

Cuando nos acomodamos, yo me quedé mirando la parte de abajo del colchón de Martha y él, echado a mi lado, me miraba a mí. El olor a alcohol debería haberme hecho pensar en estaciones de autobús y en viejos con ropa harapienta y ojos inyectados en sangre, pero tenía diecisiete años, era virgen y vivía nueve meses al año en un campus con edificios de ladrillo, colinas boscosas y campos de deporte con un césped perfecto, así que en lo que pensé fue en fiestas de verano en clubs de campo y en una vida llena de maravillosos secretos.

—Me gusta tu cama —dijo.

¿Cómo había sucedido eso? ¿Qué hacía allí? ¿Y si hacía yo algo mal y se marchaba?

—Aunque hace mucho calor —dijo y retiró las mantas, levantó el cuerpo como si fuera a empezar a hacer abdominales, se quitó el jersey y la camiseta por la cabeza y las lanzó al suelo—. Así, mucho mejor.

Volvió a tumbarse, se tapó y yo sentí un profundo alivio. Había tenido miedo de que se marchara, pero ahora (¡no llevaba camiseta!) parecía que iba a quedarse.

—Bien, así que esto es lo que se siente al ser Lee Fiora —dijo.

Desde primero, apenas habíamos hablado, aunque yo había imaginado miles de conversaciones entre nosotros. Ahora me estaba dando cuenta de que no había acertado con ninguna.

—Sí, seguramente no es tan emocionante como ser tú —dije y, nada más decirlo, me pregunté si habría sonado a coqueteo o a inseguridad.

—Oh, estoy seguro de que ser tú es mucho más emocionante. —Vale, había coqueteado—. No dejo de preguntarme por qué mi vida no será tan interesante como la de Lee.

—Mucha gente se pregunta lo mismo —dije, y cuando Cross se rio me pareció que era lo mejor que me había sucedido en toda la vida. La situación

me resultaba perfectamente llevadera, quizá por lo extraña que era, porque estábamos solos, porque fue en medio de la noche, porque nunca lo había planeado ni había imaginado algo así.

—Oye, Lee —me dijo.

—Dime.

Tardé unos cuatro segundos en comprender que no debería haber dicho nada. Que lo que tenía que haber hecho era volver la cabeza para que, quizá, me besara. La idea me pareció tan inconcebible como incontestable; al mismo tiempo, me alegré de no haber vuelto la cabeza, aunque tuve miedo también de haber perdido mi única oportunidad.

Suspiró y sentí su aliento a cerveza (me gustaba su aliento a cerveza y por él todavía me gusta en los hombres adultos).

—Así que Martha está en Dartmouth, ¿eh?

—¿Cómo lo sabes?

—Vamos a ver. ¿Será porque hablo con ella diez mil veces al día?

Era cierto, eran los dos delegados. En verano, me había preguntado si, al volver al colegio, su nuevo lazo afectaría de alguna manera a mi relación con Cross, pero no había sido así. Hacían juntos el pase de lista, claro está, y muchas veces Cross se acercaba para hablar con Martha cuando estábamos en el comedor o saliendo de la capilla, pero solían intercambiar unas pocas palabras o se iban juntos a hablar aparte. En esos momentos, sentía unos celos enfermizos y luego me detestaba por tener celos de mi mejor amiga que, por su parte, nunca sentía celos por nada.

Sin embargo, ahora que estaba en la cama con Cross, no podía dejar de pensar que quizá su nueva relación con Martha sí hubiera cambiado la nuestra, después de todo. Quizá cada vez que se acercaba a hablar con ella se acordara de mí, aunque ni siquiera mirase hacia donde estaba yo.

—¿Sabes qué me parece? —dijo Cross—. Creo que Martha te está contando todos los asuntos secretos de los delegados. Apuesto a que sabes todo lo que se cuece en la Junta Disciplinaria.

—Claro que no —dije yo—. Eso iría en contra de las normas.

—Ya, bueno.

—¿Es que tú le cuentas todo a Devin?

—A Devin no le interesa. Pero creo que a ti sí.

—¿Y por qué iba a interesarme a mí y a Devin no?

—Porque sí —dijo Cross—. Lo sé. ¿O crees que no te conozco?

—No sé cómo vas a conocerme. Prácticamente no hemos hablado en...
¿Cuánto tiempo? ¿Cuatro años?

—Yo diría que tres. En realidad, menos, porque el festivo sorpresa fue en primavera.

Creo que se me paró el corazón, aunque fuera un par de segundos. Se acordaba, ni siquiera intentó disimularlo, y sabía que yo también lo recordaba.

Quizá debería haber intentado arrancarle alguna confesión más, pero siguió hablando.

—Por ejemplo, seguro que Martha te ha contado todo lo de Zane.

Arthur Zane, de tercero, había sido expulsado hacía unas semanas, en el primer mes de curso. No había sido por beber alcohol ni por consumir drogas, sino por colarse en la casa del director una tarde, cuando todo el mundo estaba entrenando, y ponerse ropa de la señora Byden. Lo de colarse en la casa lo habían dicho en el pase de lista. La parte de la ropa era secreto.

—Creo que sé lo mismo que todo el mundo —dije. (Se había puesto los pantalones y el pintalabios de la señora Byden y, aunque se marchó de la escuela, técnicamente no fue expulsado; como era su primera falta disciplinaria y, además, era la tercera generación de su familia en venir a Ault, solo le invitaron a que buscara un sitio que fuera «más de su agrado». Le pregunté a Martha qué quería decir eso, a lo que respondió que al señor Byden le aterrizzaba que Arthur fuera el primer alumno de la historia de Ault en salir del armario. Por entonces, Martha y yo identificábamos travestismo y homosexualidad, y dimos por sentado que Arthur era el único homosexual que conocíamos... Todavía no entendía que Sin-Jun lo era).

—Mientes fatal —dijo Cross—. ¿Te lo habían dicho alguna vez?

Noté que empezaba a sonreír.

—Pero esta es la pregunta que de verdad importa —siguió diciendo—: ¿lo pillaron con un vestido negro sin tirantes o con uno rojo de lentejuelas?

—La señora Byden jamás se pondría un vestido de lentejuelas —dije, y era cierto: solía llevar faldas plisadas casi hasta los pies y chaquetas de lana.

—Así que te quedas con el vestido negro sin tirantes. ¿Estás segura de

que no quieres cambiar la respuesta?

—¿No llevaba una falda de pana marrón y una blusa?

—Eres lo peor de lo peor —dijo Cross—. Martha te lo larga todo, lo sabía.

—No me cuenta nada.

—Te lo cuenta todo.

—Bueno, vale —dije—. Pero, si la señora Byden tuviera un vestido de lentejuelas rojo y un vestido negro sin tirantes, cualquier travesti que se enorgulleciera de serlo habría elegido las lentejuelas.

Llamar travesti a Arthur no era lo peor que podía haber hecho, pero tampoco fue precisamente simpático por mi parte. Sin embargo, lo que me llama la atención ahora es que no tenía ni idea de hasta dónde estaba dispuesta a llegar para coquetear. ¡Eso no era más que el principio! Durante años, hice cosas por los chicos que jamás habría hecho en mi vida normal (bromas que jamás contaría, lugares a los que jamás iría, ropa que jamás me pondría, bebidas que jamás bebería, comida que jamás comería, o comida que sí comería, pero jamás delante de ellos). A los veinticuatro, el chico que me gusta y yo hemos salido con un grupo de gente; el conductor está borracho, y los cinturones de seguridad están sepultados entre los asientos. Aun así, me monto con ellos porque, por lo que parece, lo que quiero que me dé ese chico vale mucho más que cualquier otra cosa en el mundo. Debe de ser eso, ¿no?

Cross se quedó callado. Me pregunté si no le habría hecho gracia mi broma sobre el travesti. Y al rato me pregunté si se habría quedado dormido.

Y entonces, muy parecido a como lo había hecho en el taxi aquella tarde de lluvia de hacía casi tres años, empezó a acariciarme el pelo. Me puso los dedos sobre la frente y los echó hacia atrás, extendiéndome el pelo sobre la almohada, y luego vuelta a empezar. Deslizó la punta de los dedos por entre mi pelo una y otra vez. Creo que nunca he sentido un placer tan sencillo y tan puro. No podía hablar porque tenía miedo de echarme a llorar si lo hacía, o de que él parase. Cerré los ojos.

Después de un buen rato, dijo:

—Tienes un pelo muy bonito. Es muy suave. —Deslizó los nudillos por la línea de la mandíbula, hasta terminar debajo de mis labios—. ¿Estás despierta?

—Más o menos —murmuré. Me costaba hablar.

—¿Puedo besarte?

Se me abrieron los ojos como platos.

Por supuesto, estaba obsesionada con los besos. Pensaba en besos en lugar de en verbos en español, en lugar de leer el periódico, de escribir cartas a mis padres o de prestar atención a las series en el entrenamiento de fútbol. Sin embargo, soñar con eso y tener a Cross a mi lado dispuesto a besarme eran dos cosas muy distintas. Me daba pavor tener que besar de verdad a alguien, pero nada sería tan humillante como besar mal a Cross.

Se había incorporado sobre un codo.

—No te pongas nerviosa. —Se inclinó y me besó en la mejilla—. ¿Lo ves?

Cuando por fin sus labios tocaron los míos, me recordaron la piel de una ciruela.

—Tú también puedes besarme —dijo.

Junté los labios y se los ofrecí. Nos estábamos besando. Costaba más de lo que había imaginado, y el placer era menos inmediato. De hecho, estaba más centrada en ver lo que pasaba que en disfrutarlo: cómo nos movíamos, cómo se solapaban las partes húmedas y secas de nuestras bocas y caras, cómo sabía la suave acidez de su boca (me parecía muy íntimo estar saboreando la boca de Cross); además, era complicado abstraerse del momento, me hubiera gustado ponerlo en pausa para tomar conciencia de lo que estaba pasando, quién sabe si me hubiera echado a reír. Besarme no me parecía divertido, pero tampoco serio; desde luego, no tan serio como pretendíamos.

Se movió y se echó sobre mí, a horcajadas sobre mis caderas, en equilibrio sobre las rodillas y las palmas de las manos. Me di cuenta de que tenía una erección, y me sorprendió un poco. Por supuesto, me habían dicho que todos los chicos querían sexo, que pasaban el día masturbándose y que lo harían con cualquier chica, aunque fuera un esperpento. Pero yo no pertenecía a ese mundo; nadie había intentado nunca nada conmigo.

Hasta ahora, y ahí estaba Cross. ¿La erección sería por mí o por la situación? Y si era por mí... ¿tenía que hacerlo con él? No me pareció que fuera muy buena idea.

Me agarró los pechos por encima del camisón y me estrujó uno; luego puso la cara encima y me chupó el pezón a través de la tela de algodón. Me reí (me pareció ridículo, como si le estuviera amamantando), pero Cross no pareció darse cuenta de que era una risa, y supongo que fue mejor así.

—¿Te gusta? —preguntó.

Si me hubiera gustado mucho, no habría sido capaz de admitirlo. Pero como solo me parecía que estaba bien (desde luego, no me gustaba más que el que me acariciara el pelo), dije sin levantar la voz:

—Sí.

Se movió hacia el bajo del camisón (era blanco y me llegaba por debajo de la rodilla, de los que llevábamos las chicas en Ault) y empezó a levantarlo. Me puse rígida.

—No pasa nada —dijo—. Solo quiero que disfrutes.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió—. ¿Qué pregunta es esa?

Ya había metido la pata. Solo era cuestión de tiempo.

—Da igual —dije.

Pensé que me insistiría, que me diría «No, dilo». Pero no tenía ni idea de cómo funcionaban las cosas, así que, en lugar de decir nada, deslizó la mano sobre mi vientre, sobre el hueso de la cadera por la izquierda, hasta llegar al muslo y luego volvió a subirla al vientre. Tenía el camisón apretujado alrededor de la cintura, por encima de las bragas, y sabía qué era lo que iba a pasar luego, en una mezcla de incertidumbre y certeza.

Lo hizo con dos dedos y yo me apretaba contra su mano, como si quisiera ayudarlo a encontrar algo por ahí dentro. Todo estaba húmedo y caliente. Sin darme cuenta, quedé a su merced, fui consciente de que algo había cambiado y de que me había rendido, pero me gustaba tanto que casi ni me importó. No sé cuánto tiempo duró, solo que me sentí desbordada de deseo, hambre y éxtasis. Cuando terminó y volvimos a besarnos, me resultó mucho más fácil, porque era como volver a lo conocido. Y luego, poco a poco, nos fuimos calmando, comprendí que no íbamos a hacerlo (¿cómo pude decepcionarme si había decidido que no quería?) y él apoyó la cabeza sobre mi pecho, justo a la altura del corazón. Las piernas debían de quedarle colgando al final de la cama. Sentía el peso de su cuerpo sobre el mío, era casi demasiado pesado,

pero solo casi. Podía hacerme a él. Esto también lo supe luego: que hay chicos que nunca te echan todo el peso encima. Cross, sin embargo, parecía seguro de que yo era lo bastante fuerte para soportarlo y de que, además, lo quería así. Y era cierto. Le puse las manos sobre los hombros y le acaricié la espalda, con un leve susurro de roce.

Después de un tiempo, oímos pasar un coche. Podría ser el del guarda nocturno que vigilaba el colegio (ya eran más de las cuatro) o el de un profesor que llegara muy tarde a casa o que se marchara muy pronto. Fuera quien fuera, nos devolvió a la realidad y rompió el momento.

—Debería marcharme —dijo Cross.

No dijimos nada ninguno de los dos y tampoco se levantó inmediatamente. Miré hacia donde tenía la cabeza. Levemente, muy levemente, subía y bajaba al ritmo de mi respiración.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, hubo unos segundos antes de abrir los ojos en los que recordaba que había pasado algo bueno, pero no podía recordar el qué. Y entonces, me vino a la cabeza: Cross. Abrí los ojos. Había luz en la habitación (eran poco antes de las nueve y la capilla del domingo, de asistencia obligatoria, iba a ser a las once) y todo parecía de lo más normal: las mesas y los pósteres, el sofá cama y el baúl que nos servía de mesa lleno hasta arriba de revistas, bolígrafos, casetes, una bolsa abierta de Chips Ahoy y una naranja al borde de la putrefacción. No había ni huella de Cross (había pensado que, si se había olvidado la camiseta o el jersey, no diría nada, pero se había acordado de coger las dos cosas) y empecé a deslizarme hacia esa mezcla tan conocida de desconfianza y desorientación. Era como si hubiera quedado con alguien en la biblioteca y no hubiera aparecido, y al estar a punto de llamar a la puerta de su habitación me hubiera preguntado «¿Acaso lo de la cita habían sido imaginaciones mías?». A veces ni siquiera era capaz de devolver las llamadas, porque me convencía a mí misma de que, si me habían llamado, era porque les había forzado yo de alguna manera.

Pero Cross había estado allí. Lo sabía. Me di la vuelta y me sentí dolorida, y ese dolor era una prueba. Sabía que debía alegrarme por lo que había pasado (por fin había besado a un chico y ese chico era Cross, nada

menos) pero, cuanto más lejos quedaban el sueño y la noche, más extraño me parecía lo que había pasado. ¿Quién había sido la chica que dejó a Cross meterle los dedos, que se había retorcido y gemido debajo de él? No podía haber sido yo. Quería hablar con Martha, pero no iba a volver hasta la tarde.

Casi todo el mundo se saltaba el desayuno del domingo por la mañana, pero Martha y yo íbamos siempre. Íbamos a eso de las nueve y comíamos despacio, y mucho, y leíamos los periódicos con los pocos compañeros que aparecían por ahí. Entre los habituales estaba Jonathan Trenga, que siempre se apropiaba de las secciones más sesudas de *The New York Times* (sus padres eran los dos abogados en Washington D. C.). Jonathan no solo podía conversar sobre cualquier cosa que estuviera sucediendo en el mundo, ya fueran guerras en países con nombres impronunciables o crisis emergentes en el mercado de la droga o de la energía, sino que tenía una opinión clara y decidida sobre lo que había que hacer. Una vez le pregunté si era demócrata o republicano, a lo que me contestó: «Soy progresista en lo social, pero conservador en lo económico». Al oír eso, Doug Miles, un jugador de fútbol americano que también venía a los desayunos del domingo, pero solo leía la sección de Deportes y pasaba de todo el mundo, levantó la cabeza y dijo: «¿Eso es como ser bisexual?». Me pareció muy gracioso, aunque estaba convencida de que Doug era un capullo.

También acudía siempre el compañero de habitación de Jonathan, Russell Woo, que tampoco hablaba mucho, aunque su presencia era más amable que la de Doug. Por motivos que no sería capaz de concretar (no eran mucho más que miradas), tenía la sensación de que Russell estaba enamorado de Martha. Yo se lo decía a ella todas las semanas al salir del comedor y ella siempre lo negaba. Prácticamente lo único que sabía de Russell es que era de Clearwater, en Florida, pero a veces deseaba que estuviera enamorado de mí para poder acompañarlo allí en las vacaciones de primavera.

Los otros alumnos de cuarto que solían aparecer eran Jamie Lorison, el chico que en primero había hecho su presentación sobre arquitectura romana justo antes que yo en la clase de la señora Van der Hoef; Jenny Carter y su compañera de habitación, Sally Bishop; y, si se había levantado temprano para estudiar, Dede. Cuando aparecía, llevaba puestas las gafas y un pantalón de chándal azul marino. Me parecía curioso, porque era muy presumida el

resto del tiempo y, aunque los domingos por la mañana no te veía mucha gente, alguien sí te veía.

Yo nunca me arreglaba demasiado para el desayuno de los domingos, pero tampoco lo hacía ningún otro día. Aquella mañana, después de lavarme la cara y cepillarme los dientes (los domingos no solía ducharme), me puse los vaqueros, una camiseta de manga larga y un forro polar. Y me quedé allí de pie, en medio de la habitación, sintiendo la ausencia de Martha. Si no hubiera pasado nada aquella noche, habría ido a desayunar sola sin darle más vueltas. Pero ¿era adecuado ir como si todo fuera como siempre? ¿Acaso era todo como siempre? Puede que sí, después de todo.

Salí de la residencia y, cuanto más me alejaba del edificio, más podía sentirlo: nada era como siempre. Me iba envolviendo la ansiedad, como si fuera humo. Para cuando llegué al comedor, me estaba ahogando en ella. No podía entrar. ¿Y si casualmente ese era el único domingo en que Cross bajaba a desayunar? ¿Y si me veía con esas pintas, de día, a plena luz? (¿Por qué había salido de la residencia sin ducharme?, ¿por qué mi impulso era ser así de dejada?). ¿Y si le pillaba por sorpresa, recordaba que no era guapa y se arrepentía de todo? O tal vez él no le diera ninguna importancia, así que ni siquiera llegaría a contar como error. Eso era lo que más necesitaba saber: si para él había significado algo. Me di la vuelta y eché a andar hacia la residencia, más rápido cada vez, y mientras atravesaba el colegio a toda velocidad (no solo no quería cruzarme con Cross, sino que no quería cruzarme con nadie, ni siquiera con ningún profesor), eché de menos a la que había sido hasta aquella noche. Habría ido a desayunar con Martha, habría hablado con otros compañeros, o no, habría repetido ración de tortitas y no me habría importado nada. Durante las primeras semanas de curso, mi último curso, había estado más relajada que nunca. No había habido presión, no había tenido que demostrarle nada a nadie, ni había ido detrás de nadie. O quizá sí (por supuesto que había ido detrás de Cross), pero, en los momentos en que había necesitado pensar que no se fijaría nunca en mí, había sido capaz de hacerlo. Todo estaba en mi cabeza. Ahora, sin embargo, había algo que sí importaba, había algo que podía echar a perder.

En la habitación, me eché otra vez en la cama. Me protegían las mantas, me protegían los ojos cerrados. Tumbada y arropada, podría relajarme,

incluso podría recordar fragmentos de la noche pasada y sentir otra vez una pizca de felicidad. Su voz, su mano en el pelo, sin nada que le hiciera dudar, salvo (y me avergoncé al recordarlo) cuando dije: «¿Por qué? ¿Por qué quieres que disfrute?». Quería que se hiciera otra vez de noche, que terminara el día luminoso e implacable: comidas en las que tenías que masticar alimentos, pantallas de ordenador, cordones de zapatos y todas esas chácharas espantosas, incluso esas en las que no participabas, pero que tenías que escuchar, esperando a que terminasen. Pero en la noche... en la noche podías dejar de lado todo lo desagradable o irrelevante. Solo estabais tú y esa otra persona, vuestra piel cálida y cómo os hacíais disfrutar el uno al otro (¿había hecho disfrutar a Cross? Seguramente podría haberme esforzado un poco más, pero no sabía muy bien cómo).

Seguía en la cama cuando dieron las diez y continuaba pensando que iba a ir a la capilla (al menos no había decidido lo contrario). Pero luego dieron las once y no me hizo falta seguir fingiendo. Era la primera vez que iba a faltar a la capilla.

Cuando me levanté otra vez de la cama eran ya las dos de la tarde y solo lo hice porque tenía que ir al baño. Me comí una bandeja entera de galletas saladas, que iba cogiendo directamente del envase, abrí el libro de historia y me senté en el sofá cama, mirando la habitación y sin dejar de pensar en Cross. Dieron las cinco y Martha seguía sin regresar, lo que quería decir que no iba a ir a cenar. En la sala común, puse agua a hervir y, mientras estaba junto al fuego, pasó a mi lado Aspeth Montgomery. No vivía en la residencia de Elwyn, pero, como vivía en la de Yancey, a veces se pasaba por aquí para ver a Phoebe Ordway.

—¿Fue Sug a tu habitación anoche? —dijo. No me hubiera sorprendido tanto si me hubiera pedido prestado mi sujetador de deporte.

—¿El qué?

—Dijo que se iba a pasar a eso de las tres de la mañana. Le dije que de qué iba, que ya estaríais durmiendo. Además, Martha se hubiera vuelto como una loca si incumpliese las normas de visita. Aunque, oye, igual no era tan mala idea, y les echaban a los dos y el señor Byden se cagaba en los pantalones. ¿Estás cocinando *ramen*?

—¿Cross iba a ver a Martha? —pregunté indecisa.

—Vaya, ¿no se pasó? Qué bien. —Eché a andar—. Olvídalo.

Normalmente, me habría descolgado en este punto de la conversación, sobre todo con Aspeth, que me hacía sentir incómoda cuando ni siquiera había abierto la boca. Pero estaba muy interesada.

—¿Dónde estabais a las tres de la mañana? —dije.

—Jugando al póquer. Vinieron unos cuantos chicos, Devin y Sug se pillaron una mona, cómo no, y entonces Sug dijo que iba a ver a Martha. Pensé, vaya hombre, ¿no estás llevando lo de ser delegado un poquito lejos?

Pero Cross sabía que Martha estaba en Dartmouth, lo había dicho él. Puede que se le hubiera olvidado y que lo recordara al estar en la puerta y ver la cama vacía. Pero estaba casi segura de que lo había sabido desde el principio (nunca se lo pregunté; tuve muchas oportunidades de hacerlo y me hubiera encantado hacerlo, pero no fui capaz, porque detrás se ocultaba otra pregunta mucho más importante y tenía miedo de conocer ya la respuesta. Solo intentas atrapar a alguien cuando no es tuyo, cuando no puedes).

—El agua ha empezado a hervir —dijo Aspeth, y, cuando retiré la cazuela del fuego, ella ya estaba subiendo las escaleras—. Ojo con el glutamato, no te dé dolor de cabeza.

Naturalmente, Aspeth sabía jugar al póquer. En el colegio habría unas cinco chicas que sabían y por supuesto no sorprendió a nadie que fuera una de ellas. Seguramente también se le daba bien. Apuesto a que ganaba a los chicos y se reía con su risa de Aspeth al coger el dinero. Lo peor de todo es que, si yo fuera un chico, Aspeth sería el tipo de chica guapa, viperina e inalcanzable que me gustaría. Desde luego, no me buscaría a una chica del montón para luego tener que ir rebuscando cualidades ocultas en ella.

En aquel momento entendí qué era lo que estaba mal en lo que había pasado entre Cross y yo. No es que estuviera mal moralmente, pero no encajaba; era algo que pedía una explicación. Como cuando se mete un pájaro en el supermercado, un retrete no deja de soltar agua o abres la puerta de un coche pensando que es tu amiga que viene a buscarte y ves a un extraño, y tienes que disculparte.

La reunión con la señora Stanchak era a última hora. Ya me había reunido con ella un par de veces (en Ault, el asesoramiento universitario comenzaba

en la primavera de tercero), pero esta iba a ser la reunión definitiva, cuando tenía que enseñarle la lista de universidades a las que quería presentarme.

Me senté junto a su mesa, abrió una carpeta de papel manila, se puso las gafas en la punta de la nariz (los cristales eran rectangulares, con montura de plástico azul, y llevaba las gafas sujetas con una cadenita alrededor del cuello) y miró una hoja de papel. Sin levantar la vista, dijo:

—¿Cómo te va este año, Lee? ¿Has empezado bien?

—Bastante bien.

—¿Qué tal las matemáticas?

—Por ahora llevo notable bajo.

—¿En serio? —Alzó la vista y sonrió—. Es fantástico. ¿Sigues quedando con Aubrey?

Asentí.

La señora Stanchak tendría poco más de sesenta años, estaba casada con el doctor Stanchak, el director del Departamento de Latín y Griego. Llevaba el pelo que me habría gustado llevar a su edad: unos ocho centímetros de largo, prácticamente blanco y echado hacia atrás como si acabara de bajar de un descapotable, aunque no parecía llevar gomina. Era algo achaparrada, tenía la cara llena de arrugas y siempre estaba morena, incluso en invierno. En vacaciones, ella y el doctor Stanchak viajaban a lugares como China o las islas Galápagos. Sus tres hijos habían ido a Ault (el más pequeño se había graduado diez años antes que yo) y, en las fotos que había visto, tenían el pelo claro y eran espectaculares. Me gustaba la señora Stanchak; de hecho, tenía algo que me encantaba, pero cada vez que estaba en su despacho no dejaba de pensar, incluso cuando yo misma estaba hablando, en que todos decían que te tocaba con ella si no estabas entre los favoritos de Ault. El otro consejero, el señor Hessard, tendría cuarenta y tantos. Era el profesor de inglés, alto y sarcástico (la señora Stanchak no daba clases y solo trabajaba como consejera a media jornada), y había ido a Harvard, mientras que la señora Stanchak había estado en la Universidad de Charleston, en Carolina del Sur, adonde, por supuesto, no iba nadie de Ault (sabías dónde habían estudiado todos los profesores y el qué porque aparecía en la guía docente). Al parecer, cada primavera se encendía el debate sobre el señor Hessard y la señora Stanchak, justo cuando los de tercero iban a saber qué consejero les

habían asignado. Y, cada primavera, los demás profesores trataban de sofocarlo. En clase de historia, el decano Fletcher oyó a alguien hablando del tema y dijo: «No vuelvan a hablar de semejantes sandeces». A lo que Aspeth repuso: «Fletchy, vigile ese lenguaje».

Pero luego nos distribuyeron, y a Martha le tocó el señor Hessard, igual que a Cross, igual que a Jonathan Trenga e igual que a todos los chicos de la promoción que eran listos o valorados. La única persona remotamente inteligente que fue con la señora Stanchak fue Sin-Jun, pero creo que en su caso no importaba tanto a qué universidad acabara yendo como que no se intentara quitar del medio antes de graduarse. Lo más extraño de todo esto fue que me sorprendió que no me tocara el señor Hessard. Por supuesto que pensaba lo peor de mí, pero... no tanto. Siempre esperaba que en algún momento me demostraran que estaba equivocada.

La señora Stanchak anotó algo antes de hablarme.

—Veamos esa lista.

Se la pasé y le echó un vistazo. Mientras la leía, no hizo ningún gesto de aprobación.

—Lo que más me preocupa es que no hay muchas apuestas seguras en esta lista. Un lugar como Hamilton, por ejemplo, sería una buena opción en tu caso. Pero Middlebury o Bowdoin... es más complicado.

—¿Y Brown?

—Lee. —Se echó hacia delante, me tocó el brazo, volvió a recostarse y se puso las gafas sobre la cabeza, reposando sobre el cabello—. Te va a encantar la universidad, ¿lo sabes? Te va a encantar. No puedes ni imaginar cuántas universidades hay realmente maravillosas. Pero al oír hablar a la gente aquí parece que solo haya ocho o nueve. ¿Me equivoco?

Había dado en el blanco. Eran exactamente ocho, porque Penn y Cornell no contaban como universidades de élite, pero Stanford y Duke podrían entrar en el grupo.

—Eso es una tontería —continuó la señora Stanchak—. Sé que tú también lo sabes.

—Entonces, ¿cree que no me cogerían en Brown?

—No te digo que no lo intentes. Hazlo, claro. Adelante, ¿por qué no? Pero también quiero que te plantees otras opciones. ¿Has pedido la guía de

Grinnell como te dije? Grinnell es una universidad fantástica. Igual que Beloit.

—¿En qué estado estaban?

—Grinnell está en Iowa y Beloit, en Wisconsin.

—No quiero ir a una universidad del Medio Oeste —dije—. Me gusta más estar aquí.

—Lee, quiero que te sientas cómoda con las decisiones que tomemos. Pero tienes que ayudarme y, para ello, tal vez tengas que reconsiderar algunas opciones.

—¿Y si escribiera un ensayo realmente bueno para Brown?

Suspiró.

—Lee —dijo (nunca había dicho mi nombre con tanto cariño), y a mí se me puso un nudo en la garganta y se me empañaron los ojos—. Estuviste a punto de suspender matemáticas para el cálculo. Compites contra tus propios compañeros, que solo sacan sobresalientes y no bajan de 1.600 en las pruebas de acceso. Pero, además, estarás compitiendo con los mejores alumnos de institutos de todo el país. Y eso sin contar el tema de la ayuda económica. Solo quiero evitarte decepciones, Lee.

No dije nada.

—Cualquier universidad a la que vayas estará encantada de tenerte —dijo, y yo rompí a llorar.

Cuando salieron las primeras lágrimas a borbotones, pensé en Cross (en realidad, llevaba pensando en él casi todo el día y casi todo el tiempo desde que se marchara de mi habitación hacía poco más de treinta y seis horas) y me dio la sensación de que también lloraba porque no había vuelto a saber de él, porque quizá lo que tuvimos fue puramente aleatorio e irrepetible, porque nunca iba a volver a tocarme el pelo, ni a tumbarse sobre mí, porque no lo valoré lo suficiente mientras estaba sucediendo, porque Cross, al ser delegado, acabaría yendo a Harvard y porque la señora Stanchak quería enviarme a Wisconsin para separarnos.

La señora Stanchak me pasó una caja de pañuelos.

—Coge los que quieras —dijo.

Mi llanto no pareció preocuparla tanto, después de todo. (Luego, cuando le conté a Martha que había llorado en el despacho de la señora Stanchak, me

dijo: «Oh, yo ya he llorado dos veces con el señor Hessard. Es como un rito de paso»).

—Es un momento complicado —dijo la señora Stanchak—, ya lo sé.

Pasamos al menos un minuto oyéndome llorar. En ese tiempo, conseguí fantasear con que la señora Stanchak iba a preguntarme qué me preocupaba tanto y que, cuando se lo contara, me diría algo sobre Cross y sobre lo sucedido que sería sabio y cierto. Creo que los adultos olvidan cuánta fe pueden tener depositada los adolescentes en ellos, lo dispuestos que están a creer que los adultos, por el mero hecho de serlo, conocen verdades absolutas, o incluso que es posible conocer verdades absolutas. Pero entonces, al otro lado de la ventana de la señora Stanchak, vi a Tig Oltman y a Diana Trueblood yendo hacia el gimnasio con sus palos de *hockey* y recordé lo insensato que sería en Ault confiar en alguien que no fuera Martha. No hubo nada en concreto en ellas dos que me lo recordara, nada de lo que desconfiara en especial, solo... su presencia. No es que pudieran oír nada, pero, si tenías un momento de vulnerabilidad en Ault, siempre había alguien que lo acabaría descubriendo. En cuanto algo salía de tu cabeza, dejaba de ser privado.

Volví a mirar a la señora Stanchak, que aguardaba pacientemente y, en ese momento, no confié en que tuviera grandes verdades que enseñarme.

—Lo siento —dije.

—No te preocupes —dijo—. No te preocupes por mí. Tienes que pensar en ti.

Se me pasó por la cabeza decirle que prácticamente era lo único que hacía.

—Creo que deberías cambiarlo —dijo mientras me devolvía la lista de universidades—. Tómame unos días y piénsalo bien. Habla con tus padres. Ve a pasear. Intenta no dejarte cegar por los nombres. ¿Lo harás por mí?

—No es que quiera ir a Brown solo porque sea prestigioso —dije. Me miró dando a entender que no me creía y que no me culpaba por mentir. Pero solo mentía en parte—. Quiero ir a Brown porque allí va gente interesante. Y porque está en el noreste y no tiene requisitos de distribución de créditos.

(Quería ir a Brown porque, si iba a Brown, significaba que era digna de estar allí. Y, además, porque si era una persona digna de estar allí, si era

oficial de algún modo, todo lo demás iría bien).

—Son muy buenos motivos —dijo la señora Stanchak—. ¿Sabes lo que quiero que hagas? Yo me voy a poner la misma tarea. Quiero que busques cinco universidades más que encajen en esa descripción. Ten en cuenta que las solicitudes de beca se pueden presentar desde noviembre y que tus padres tienen de plazo para entregarlas hasta enero. Y sabes que de momento no solicitas prematrícula en ninguna. ¿Lo entiendes?

Asentí. Era surrealista estar hablando tan abiertamente sobre el dinero, cuando me había acostumbrado a considerarlo el peor tema posible. Era como ir al ginecólogo (empecé a ir cuando estaba en la universidad): me sentía profundamente avergonzada al ponerle la vagina al médico a un palmo de la cara, hasta que recordaba que no había nada que esconder, que había ido para enseñarle la vagina, y entonces me parecía tan liberador como extraño.

—Puedes quedarte aquí un ratito si quieres, para calmarte un poco —dijo la señora Stanchak.

—Estoy bien. —Me levanté. Me mortificaba haberme echado a llorar. Además, quería salir del despacho mientras aún seguía llorosa por si me veía Cross, para que se preguntara si me pasaba algo—. Gracias, señora Stanchak.

—Gracias a ti, Lee. ¿Sabes por qué te estoy dando las gracias? —Sacudí la cabeza—. Porque, si vas a ir a la universidad, es gracias a ti.

Aquella mañana encontré en mi buzón una nota del decano Fletcher para reprenderme por no haber ido a la capilla del domingo e indicarme que acudiera al refectorio a las cinco de la tarde para limpiar las mesas antes de la cena. Después del entrenamiento de fútbol, puse rumbo al comedor con el pelo mojado. Nunca me habían impuesto ese castigo y seguramente era la única alumna de cuarto en poder decir lo mismo, Martha incluida. Atravesé la glorieta, el aire olía a rastrojos quemados y el campus estaba bañado por esa luz ambarina que solo se ve en otoño. Tuve esa sensación habitual en Ault, como si no mereciera estar allí, como si toda esa belleza no me perteneciera.

Justo antes de entrar en el comedor, oí la voz de Cross. Me sobresalté tanto que estuve a punto de marcharme por donde había venido. En realidad, no debería haberme sorprendido, ya que, además de ser el delegado de cuarto, Cross también era uno de los tres delegados de comedor y, al parecer, aquella

noche estaba de servicio.

Entré en la sala. Habría otros veinte alumnos limpiando mesas y poniendo manteles. Cross llevaba una hoja de papel y un boli. Estaba charlando con dos chicos de segundo y reía. Aunque solo estaba a un metro de él, pareció no darse cuenta de mi presencia.

—Perdona, Cross —dije.

Me miró y, con él, los otros dos chicos.

—¿Te puedo ayudar? —preguntó Cross, y no sonó del todo afable.

—Tengo que limpiar las mesas. —Señalé hacia la hoja que llevaba en las manos—. O eso creo. Fletcher me ha mandado una nota.

Cross miró el papel.

—No me había dado cuenta de que eras una delincuente —dijo, y esta vez sonó más distendido—. Chicos, deberíais poner os manos a la obra —les dijo a los otros dos—. Nada de chapuzas. —Uno de los dos hizo como si se estuviera masturbando al marcharse.

—¡Eh! —dijo Cross—. Un poco de respeto, Davis. —Pero se estaba riendo al igual que ellos.

Cuando se marcharon, me dijo:

—¿Necesitabas una excusa para hablar conmigo?

—¡No! Es que no fui a la capilla.

—Era broma. —Miró el reloj. También llevaba el pelo mojado y, mientras estábamos allí parados, tuve la absurda sensación de que era como si nos hubiéramos duchado juntos. Me ruboricé—. Mira, la cena no empieza hasta dentro de cuarenta minutos y ya hay mucha gente. Puedes marcharte.

—¿Seguro?

—Tacharé tu nombre de la lista, si es lo que te preocupa.

—¿Y me marcho sin más?

—A menos que no quieras.

—No, no quiero. No es que no quiera irme, eso sí. Gracias.

Me di la vuelta y, al hacerlo, me tocó levemente en el punto exacto entre la cadera y la espalda, y supe que habría algo más entre nosotros. No es solo que lo quisiera, sino que iba a pasar. Lo supe porque puso la mano muy abajo. Si hubiera sido un poco más arriba, habría significado «¿Sin rencores?» o simplemente «Nos vemos por ahí». Pero a esa altura, en el

coxis, hasta yo me di cuenta de que tenía cierta promesa de futuro y algo difusamente territorial. Me giré, pero ya estaba hablando con otra persona.

—Que te haya dejado marchar no es una mala señal. —Martha estaba frente al espejo de cuerpo entero cepillándose el pelo, y yo, sentada en el sofá cama—. No lo entiendes porque tú nunca has tenido que limpiar las mesas, pero es bastante humillante. Sobre todo, si estás en cuarto. No es que no quisiera tenerte por allí cerca y te haya dicho que te vayas. Más bien, te estaba haciendo un favor.

—Pero no dijo nada sobre la otra noche —respondí yo—. Ni una palabra.

—¿Y qué iba a decir? Había más gente.

—Puede que ni se acuerde. Como estaba borracho.

—Se acuerda. —Martha dejó el cepillo y cogió un frasco de perfume. Roció un poco en el aire por delante de ella y dio un paso adelante, para sumergirse en la rociada (yo le había copiado el truco a Dede en primero y luego se lo pasé a Martha)—. En realidad, no creo que estuviera tan borracho. A muchos chicos..., ya sabes, no se les levanta si van muy borrachos.

—¿En serio?

—El alcohol es un depresor del sistema nervioso central.

—¿Le ha pasado alguna vez a Colby?

Martha y Colby llevaban saliendo más de un año. Colby estaba en tercero en la Universidad de Vermont y hablaban por teléfono una vez a la semana, los lunes. También pasaban juntos parte de las vacaciones, y se había acostado con él (su primera vez) a los seis meses de empezar a salir. Antes, él tuvo que hacerse una prueba del sida porque se había acostado con sus dos novias anteriores. Era alto, agradable y le gustaba Martha, pero era paliducho, tenía la nariz aguileña y, para mi gusto, tenía muy poco sentido del humor. Cuando Martha iba a casa, hacían cosas juntos, como excursiones de cincuenta millas en bici o leer por turnos sus partes favoritas de la *Odisea*. No me daban ninguna envidia.

—Colby no bebe mucho porque rema —dijo Martha y me miró—. No deberías darle tantas vueltas.

—No lo hago. —Puse los pies en el baúl y me miré las piernas. Llevaba medias negras tupidas y zapatos de baile del mismo color. ¿Serían cutres los

zapatos? Últimamente casi todas las chicas llevaban cuñas.

—¿Qué te gustaría a ti que pasara? —preguntó Martha—. En serio.

Quería que Cross me contara sus cosas. Quería parecerle guapa. Quería que supiera qué cosas me gustaban (comer pistachos, las sudaderas con capucha y la canción de Dylan «Girl from the North Country») y quería que me echara de menos cuando estábamos separados. Quería que, cuando estábamos juntos en la cama, creyera que no podría haber un lugar mejor en el mundo.

—¿Te lo imaginas saliendo conmigo? —pregunté.

Cuando me respondió, Martha se estaba poniendo la chaqueta, dándome la espalda.

—No. —Como no me veía la cara, creo que no se dio cuenta de cuánto me asusté. Cuando se dio la vuelta, me esforcé por no parecer ni asustada ni herida—. Estoy segura de que puedes enrollarte otra vez con él si quieres. Pero, por los comentarios que hace, me da la sensación de que está muy centrado en los estudios este curso. No creo que quiera atarse. Además, en serio, ¿Cross y tú? —Hizo como si algo oliera mal—. ¿Ves alguna posibilidad?

—Si no nos ves saliendo juntos, ¿por qué acabas de preguntarme qué es lo que quiero? —Intenté hablar con un tono normal, de pura curiosidad. Sin lugar a dudas, era lo peor que Martha me había dicho nunca, pero, si lo hubiera sabido, se habría sentido muy mal y no habría seguido siendo sincera.

—Es que no creo que debas quedarte de brazos cruzados. Eso es lo que me preocupa de ti, que parece que lo dejes todo en sus manos. Deberías decirle lo que quieres y, si no puede dártelo, es problema suyo.

—Pero ¿por qué debería intentar algo si sabes que no lo voy a conseguir?

—Yo no sé nada. ¿Cómo iba a saberlo? Lo único que sé es que llevas colada por Sug prácticamente desde que estás aquí. Él se te ha acercado, os habéis enrollado y tienes una oportunidad. Te debes a ti misma ver qué pasa. No es que sea escéptica porque te considere poca cosa para él. En todo caso, serías demasiado buena. Lo que pasa es que no sé si él se da cuenta.

—Entonces, ¿qué debería decirle? ¿Y cuándo?

—No es difícil de encontrar. Ve a su habitación en la visita.

—Jamás iría a su habitación.

—Pues espera a verlo por el colegio y dile que quieres hablar con él.

—¿Para decirle el qué?

—Lee, no existen las palabras mágicas.

Martha se puso unos zapatos exactamente iguales a los míos, y se encendió mi rencor hacia ella. Casi siempre me encantaba compartir habitación con ella, me encantaba la transparencia y la cercanía de tener una única mejor amiga. Pero en algunos momentos, y exactamente por el mismo motivo, me sentía atrapada por mi dependencia hacia ella, por su pragmatismo y su franqueza. Si Dede hubiera sido mi menor amiga y hubiera tenido esa misma conversación con ella (y si, por supuesto, Dede no hubiera estado colada por Cross desde hacía años), ya estaría animándome y urdiendo algún plan. No me desmoralizaría, como estaba haciendo Martha.

Además, ¿por qué narices era lo correcto y lo razonable que Martha tuviera novio y yo no, que ella fuera la delegada y yo una doña nadie? Lo era, literalmente: no era ni delegada de capilla, ni editora del anuario, ni capitana de ningún equipo (Martha también era la capitana de remo). Aquel verano había repasado la lista de la promoción para ver si había alguien con tan pocas distinciones como yo, y solo había encontrado dos nombres: Nicole Aufwenschwieder y Dan Ponce. Decir que los dos eran aburridos era poco... Eran prácticamente invisibles.

En el comedor, antes de ir hacia nuestras mesas, Martha dijo: «Divide y vencerás», y la detesté por ser normal y feliz, cuando en Ault todos éramos una cosa u otra, o normales o felices.

Cuando Cross vino a verme por segunda vez, creí que mi cuerpo desprendía tales oleadas de deseo que habían atravesado el patio y habían llegado hasta su habitación. Era sábado de madrugada. Sería alrededor de la una de la mañana, creo, porque Martha ya se había acostado. Normalmente se quedaba despierta hasta tarde estudiando y me despertaba al apagar la luz para charlar un rato. Cuando Cross apareció, ya había pasado todo eso y las dos estábamos dormidas.

Esta vez, entró en la habitación sin esperar a que me despertara, se agachó junto a mi cama y me tocó el brazo.

—Lee —susurró—. Lee, soy yo.

Abrí los ojos y sonreí. La sonrisa fue un acto reflejo. Antes de meterse en la cama, se inclinó hacia mí y me besó en la boca. Y luego vinieron besos y más besos, y me di cuenta de que eso era besarse, de que eso era lo que le gustaba a la gente, sentir la lengua húmeda y viscosa del otro. No supe muy bien cuándo se me echó encima.

Al notar la erección, me retorcí por debajo de él hasta que quedó entre mis piernas y lo abracé con ellas. Se frotó contra mí con tanta fuerza que pensé que iba a romperme la ropa interior (¿y qué más daba?). Se quitó la camiseta, y sentí su piel caliente, suave y aterciopelada.

Creo que él fue el primero en oír los muelles del colchón de Martha sobre nuestras cabezas. Cross y yo nos quedamos petrificados, y ella bajó de la litera y salió de la habitación sin decir nada.

—¿Se habrá enfadado? —preguntó Cross cuando se cerró la puerta. En aquel momento, estaba claro, no era su compañera delegada sino mi compañera de habitación.

Me daba igual si se había enfadado. Estar así con Cross era lo único que me importaba. ¿Qué podía decir? Hay momentos en la vida en los que eres egoísta. Así de sencillo.

—No te preocupes por eso —dije.

Y no seguimos hablando. Hubo un momento en el que me oí haciendo el mismo gemido que había oído en las películas y me pareció increíble que un sonido como ese hubiera estado durmiendo en mi interior todo ese tiempo.

—¿Por qué no me dijiste nada el lunes en el comedor? —dije al cabo de un rato.

—Sí que hablamos —respondió.

—No de verdad.

—Te pusiste muy roja.

Y ya no le pregunté nada más. Mucho después, cuando todavía no había luz, pero ya no estaba tan oscuro, más cerca de la mañana que de la noche, y sabía que estaba a punto de marcharse, le dije:

—No se lo vas a contar a nadie, ¿verdad?

Se quedó callado unos segundos.

—Vale.

—Cuando nos veamos por el colegio, podemos actuar con normalidad —

dije.

—¿Qué es eso de actuar con normalidad? —Lo dijo como si le divertiera o, quizá, como si no pudiera creer lo que oía.

—Que no me acercaré a darte un beso en el desayuno —dije—, si es eso lo que te preocupa.

Volvió a quedarse callado, hasta que dijo:

—Vale.

—Tampoco espero que me regales flores. —Había querido que sonara a ejemplo absurdo (estaba claro que Cross no iba a regalarme flores), pero no sonó lo bastante absurdo. Hubiera sido mejor decir «Tampoco espero que me compres un collar de diamantes».

—¿Algo más? —dijo.

—No quiero parecerte rara.

—Ya lo sé —dijo al rato, y estaba claro que la conversación no le había hecho ni pizca de gracia.

Por la mañana, cuando nos estábamos vistiendo, Martha me dijo:

—No me parece buena idea que se presente así.

—Lo siento. ¿Estás muy enfadada?

—Que me despertéis Sug y tú haciéndolo y tener que ir a dormir a la sala común no es que me vuelva loca, la verdad. —Me pareció mezquino por su parte. Parecía haber olvidado que era el primer chico al que había besado nunca. ¿No podía alegrarse un poco o, al menos, darme un poco de tiempo para aprender a actuar? Además, ¿no era propio de un internado escuchar a tu compañera enrollarse con un chico?—. Pero el problema de verdad es que, si alguna vez lo pillan aquí, podrías implicarme a mí. Yo no puedo decirle qué debe hacer, pero soy responsable de lo que haga yo.

No dije nada.

—¿Va a volver? —preguntó.

—No lo sé —dije—, pero seguramente.

Al decirlo me sentí tan bien que casi me olvidé de lo mal que me había hecho sentir Martha. Tuve que esforzarme por reprimir una sonrisa.

—¿Entiendes que me estáis poniendo en una posición muy complicada? —dijo.

—Sí.

—Técnicamente, debería informar de esto, porque estáis infringiendo la visita. Imagino que nadie espera que lo haga, pero hablo casi a diario con el señor Byden o con Fletchy, y parten de la idea de que soy sincera. Tú no eres la que tiene todas esas reuniones con ellos, ni les miras a los ojos mientras hablas sobre la integridad del centro.

—Martha, ya te he dicho que entiendo tu posición.

Martha suspiró.

—Sé que te gusta mucho.

Nos quedamos calladas.

—¿Quieres decir que no puede pasarse? —pregunté por fin.

—No me conviertas en tu madre. No es justo.

—Pero eso es lo que estás diciendo, ¿no? Que te gustaría que no volviera a poner un pie por aquí. —¿De verdad había sido siempre tan severa?

—Espera —dijo—. Tengo una idea. Podéis ir a la habitación de la externa.

Al principio no me pareció buena idea, aunque no sabía muy bien por qué. En cada residencia había una habitación para los externos. Solía ser más pequeña que las demás habitaciones, y solo tenía una cama y un par de mesas. La de nuestra residencia quedaba a tres puertas de la nuestra, y la única alumna externa asignada a la Elwyn era Hillary Tompkins, una chica de tercero que no aparecía mucho.

—¿Le pregunto a Hillary? —dije, y Martha se echó a reír.

—Si te parece, le preguntas también a Fletchy —dijo (antes de cuarto, siempre lo llamaba «decano Fletcher», y a Cross, «Mono Azul», no «Sug». Ahora hablaba un poco como Aspeth).

—Supongo que no —dije.

—Dudo mucho que a Hillary le importe —dijo Martha—. De todas formas, no serán muchas veces, ¿no?

¿Por qué pensaba eso?

—¿Estamos discutiendo? —preguntó Martha.

—No —dije sin pensar. Luego, añadí—: Eso es imposible. Martha y Lee no discuten nunca.

No estaba muy segura de que todos pensarán eso, pero yo sí. Martha y yo

éramos las únicas alumnas de cuarto que habíamos compartido habitación tres cursos. Los chicos seguían juntos, pero entre las chicas era más raro.

—Pero me han dicho que Martha es una zorra —dijo Martha.

—¿Qué dices? Lee es lo peor de lo peor —dije yo—. Es insegura y no para de quejarse. Todo el tiempo. Es muy pesimista. No hay quien trague a los pesimistas.

—No saben que cuando se cierra una puerta, se abre una ventana —dijo Martha.

—Los pesimistas tendrían que dejar de gruñir y sonreír un poco —dije—. Oye, Martha.

Me miró.

¿Qué hubiera dicho otra persona? «Valoro mucho tu amistad. Te quiero». Martha y yo nunca nos habíamos dicho que nos queríamos. Las chicas que lo decían, sobre todo si lo decían a menudo, me resultaban afectadas y huecas.

—Me alegro de que no te hayas cabreado conmigo —dije.

Fue como si, paseando tranquilamente por la acera de un barrio residencial, al pisar en una baldosa del pavimento, se hubiera abierto el suelo bajo mis pies para lanzarme a un abismo de negro infinito con relucientes estrellas blancas girando a mi alrededor. No quería más que volver a la acera donde empezó todo y ver un poste telefónico lleno de azulillos, el aspersor funcionando al otro lado de la calle y yo con un corte en la rodilla o un cardenal en el antebrazo, la prueba de que había ocurrido algo, sí, pero mucho menos de lo que imaginaba. Sin embargo, eso no sucedió, y seguí cayendo y cayendo sin más.

En parte era por lo poco que dormía las noches que venía Cross a verme. Todo se vuelve extraño cuando no duermes bien. Además, comía menos. No comía casi nada, no es que tuviera anorexia, pero comer, como casi todo lo demás, me parecía secundario. Me moría por comer algunas cosas, como aguacates. Tenía tal antojo que iba hasta la ciudad en la bici de Martha, me compraba cuatro, dejaba que madurasen en el alféizar de la ventana, los pelaba con la navaja de Martha y me los comía a mordiscos como si fueran manzanas. Lo mismo con el helado de vainilla. Todas esas cosas tenían algo puro, se deslizaban suavemente garganta abajo y no se quedaban

enganchadas en las muelas. Los guisos, por el contrario, me daban ganas de vomitar.

Mis notas subieron. Hacía todas las tareas. Me podía concentrar en ellas porque no eran parte de mi vida, no me importaban realmente y solo eran algo que tenía que hacer para actuar con normalidad. Así que me sentaba, abría los libros y leía el tema o memorizaba las ecuaciones (lo que fuera), mientras que antes me sentaba y me ponía a mirar el techo y a divagar sobre si me pondría un segundo nombre al ir a la universidad o si alguien me avisaría si tuviera mal olor corporal crónico.

Cross vino a mi habitación por tercera vez, se echó encima de mí y nos enredamos (me sorprendió lo caótico que era enrollarse con alguien y que ese era precisamente uno de sus atractivos: nuestros cuerpos no actuaban con elegancia y precisión, como en una rutina de natación sincronizada, sino que seguían siendo nuestros cuerpos y podías hacerte daño en el brazo si el otro distribuía mal el peso o te podías golpear la nariz con su clavícula, y esa torpeza me hacía sentir en casa, como si Cross y yo fuéramos amigos). Entonces, le dije:

—No podemos quedarnos aquí. No podemos... —Me interrumpió para besarme—. No, Cross, en serio... —Y, mientras nos besábamos, oí que Martha se daba la vuelta y dije—: Sígueme. Levántate y sígueme.

Salir a la luz del pasillo fue terrible. Lo había sacado de la cama y lo había arrastrado a través de la habitación, pero al abrir la puerta, nos soltamos, y fue horrible estar así con luz y sin tocarlo. Lo eché de menos y, al mismo tiempo, me dio vergüenza tenerlo detrás. ¿Y si llevaba el pelo revuelto? ¿Sabía Cross qué aspecto tenía yo con luz? Desde luego, no iba a darme la vuelta para que lo descubriera.

—Espera —susurró detrás de mí y yo abrí la puerta de la habitación de la externa.

La persiana de la ventana estaba subida y dejaba entrar la luz de una farola. Sobre la cama había un saco de dormir y me eché encima. Luego me incorporé, tiré de Cross hacia mí y volvió a echarse encima, con los pantalones de color caqui, la hebilla del cinturón, los botones de la camisa, mi cara en su cuello, justo por debajo de la oreja izquierda, la barba incipiente, qué bien olía, qué caliente estaba, cuánto me gustaba estar con él.

Ya entonces reconocí lo triste que es tener a otra persona echada encima de ti. Antes o después, acabará marchándose (¿qué iba a hacer?, ¿quedarse ahí para siempre?) y es inevitable sentir lo inminente de la pérdida.

Me pareció, y me lo siguió pareciendo mucho tiempo, que querer a un chico era esa obsesión. Por la mañana me levantaba pensando «Te quiero muchísimo, Cross», y saber que otras personas no considerarían amor lo que ocurría entre nosotros dos (por supuesto que no) solo me reafirmaba en ello. Cuando llegaba por la noche, me daba un golpecito en el hombro, cruzábamos el pasillo hacia la habitación y volvíamos a acostarnos con nuestros cuerpos amontonados y envolviéndolo entre mis brazos, necesitaba mucha fuerza de voluntad para no decirle que lo quería. Y lo mismo cuando estaba a punto de marcharse. ¡Cuánto lo quería! Más tarde, con otros chicos, pensaba «¿Lo quiero? ¿Esto es el amor? ¿Se quiere diferente a cada persona?». En cambio, con Cross, jamás tuve ninguna duda. No había nada en él que no me gustara. Los demás chicos, los posteriores, podían ser igual de altos, pero estaban tan delgados como una chica, escuchaban música clásica, bebían vino y les gustaba el arte moderno, me parecían unos blandengues. Puede que tuviéramos temas de conversación para toda una tarde o que fuéramos a ver un partido de béisbol, pero siempre costaba un esfuerzo. No es que tuvieran los dedos... rechonchos, pero tampoco eran lo bastante largos y firmes. Si besaba a esos chicos, me preguntaba si lo hacía por obligación, si estaba poniéndome en una posición de la que luego tendría que sacarme. No es que no fueran atractivos, pero eran aburridos. Sin embargo, Cross no me lo pareció en ningún momento, jamás tuve que justificarlo ni defenderlo ante mí misma. La verdad es que me daba igual de qué habláramos. Nunca tuvimos que cumplir.

No sé si él tuvo que hacerlo en algún momento, pero yo jamás.

Cuando alguien me preguntaba, y no lo hicieron muchos, decía que me quedaba ese puente en el campus para preparar las solicitudes para la universidad. En realidad, me quedaba en el colegio porque lo asociaba con Cross. Él se marchaba, claro está (no lo sabía porque me lo hubiera dicho él, sino porque en el comedor oí que iba con un grupo de más chicos a pasar esos días a Newport con la madre y el padrastro de Devin), pero el colegio

era el sitio donde había estado y adonde iba a volver, mientras que la casa de Martha en Burlington, donde había pasado todos los puentes desde primer curso, no era más que un desvío. Lo único que haría yo allí sería quererme marchar.

Martha iba a ir en el mismo autobús en el que tantas veces habíamos viajado juntas. Poco antes de coger el que la llevaría a la Estación Sur de Boston junto a otros alumnos, se plantó delante de mí en la habitación.

—¿Seguro que no quieres venir? —preguntó—. Prometo no distraerte.

—Es mejor que me quede —dije—, pero saluda a tus padres de mi parte.

Martha se me quedó mirando.

—¿Estás bien? ¿No te pasa nada?

—Tú vete —dije, y la abracé—. Vas a perder el autobús.

Me sentí aliviada al ver partir los autobuses. Una vez sola en la habitación, me eché en el sofá cama, sin leer, ni dormir, ni siquiera cerrar los ojos. Y pensé en Cross. Siempre estaba pensando en él, por supuesto, pero mientras hacía otras cosas, y cuando quería pensar en él por la noche, solía quedarme dormida. En cambio ahora, tumbada en el sofá cama a solas, era casi como meditar. Podía pensar en todo lo que había pasado entre los dos, en cada palabra y en cada vez que me había tocado, dedicándole más tiempo de lo que había durado en realidad.

Por un momento, me alegré de que anocheciera, de que el colegio estuviera casi vacío. Los únicos que se habían quedado a pasar el puente eran los que no tenían invitación para ir a ninguna parte o no tenían dinero para viajar, o las dos cosas. Había un puente por trimestre, y en primero me quedé en el colegio las tres veces, aunque casi no me acordaba de qué había hecho... Imagino que leer revistas, esperar a que fuera la hora de comer y sentirme sola. Quizá estaba a punto de empezar una racha de buena suerte; puede que, a partir de aquel momento, empezara a conseguir todo lo que quería, aunque tenía la sensación de que no había nada que quisiera más en el mundo que a Cross.

Llevaba casi tres semanas pasándose por mi habitación y habíamos estado a punto de hacerlo. Hacía unas noches, nos habíamos quitado los dos la ropa y noté que el pene se me clavaba con fuerza en el cuerpo, pero no sentí dolor, sino deseo. Le abrí las piernas y no dijimos nada, porque, si lo hubiéramos

hecho, solo habríamos podido reconocer lo que estaba sucediendo.

Al final, dije:

—¿Quieres...?

Me estaba besando el hombro. Aunque no dijo nada, sé que me oyó.

Seguimos igual hasta que se apoyó sobre los codos para mirarme. Yo lo estaba cogiendo por los costados, pero al verlo me dio vergüenza y crucé los brazos, como si quisiera parar una pelota que fuera directa hacia mi pecho. Me gustaba que no dejara escapar una. Cada vez, era como empezar desde el principio. No es que le estuviera poniendo a prueba. Más bien, necesitaba una certeza (quieres estar aquí, quieres tocarme). Cuando me paralizaba o me ponía vergonzosa, él me decía: «No vale tener vergüenza», me agarraba con fuerza y «vergüenza» pasaba a ser una palabra bastante generosa para lo que yo sentía.

—¿Que si quiero qué? —dijo sonriendo.

¿Cómo podría expresar con palabras cómo era la cara de Cross cuando estaba sobre la mía, con aquella sonrisa? Por abajo, los movimientos punzantes se habían suavizado un poco, pero seguíamos retorciéndonos.

Volvió a echarse encima de mí y dijo:

—Tienes el pelo más suave del mundo.

Me encantaba ese cumplido. Era algo sobre lo que yo no podía influir de forma alguna, así que parecía sincero, no como si me echara perfume y él alabara mi olor.

Siguió abriéndome las piernas y empezó a meterse dentro y sentí el destello que no es dolor todavía, pero que lo anuncia. Aun así, no noté que me estaba resistiendo hasta que me dijo:

—¿Qué? —Después añadió—: No pasa nada.

Por un momento pensé que me estaba asegurando que no pasaba nada si no quería seguir adelante. Pero no era eso, y siguió abriéndome las piernas con las suyas.

—No me parece que... —dije y se detuvo. Me alegró que parara, aunque también me decepcionó. Estuve a punto de decirle que lo sentía, pero sabía que no debía hacerlo. Así que dije—: No es que no quiera.

—¿Eso es que quieres?

—Sí —dije muy bajito.

—Entonces, ¿qué pasa? —preguntó con dulzura, sin reproches.

No respondí.

—¿Tienes miedo de que te duela?

A veces, me preguntaba si Cross sabía la poca experiencia que tenía. Con aquella pregunta, me demostró que sí. Al menos, sabía que era virgen.

—Iré muy despacio —dijo.

—Ni siquiera tenemos condón.

—Ya sé que te lo han dicho en educación sexual. Pero puedo dar marcha atrás. Tendré cuidado.

En realidad, no era por no tener condón. Pero me costaba explicar qué pasaba de verdad. Y me costaba creer que estuviera sucediendo eso, que Cross intentara convencerme para hacerlo con él y que yo no quisiera. Curiosamente, no me sentía contenta, sino extraña y amenazada.

—Podemos hacer otra cosa —dije.

No contestó, pero esa frase lo cambió todo. Había llegado a lo más alto del balancín, estaba suspendida en el aire y ahora me precipitaba hacia el suelo, llamando a gritos a Cross.

—Quiero que disfrutes —dije, y hasta que no lo expresé no me di cuenta de que era lo mismo que había dicho él la primera vez que vino a mi habitación.

Si me hubiera preguntado por qué (intencionadamente y para recordar aquella conversación), me habría parecido genial. Habría querido que viéramos películas malas, ir juntos a la bolera, comer hasta estallar y contarnos anécdotas bochornosas. Habría pensado que teníamos el mismo sentido del humor, lo que no era el caso (no es ninguna queja; Cross ya me daba mucho, más que suficiente).

—Quiero que... —No pude decir «te corras».

—¿Que me corra? —dijo.

Me quedé callada. No había llegado ninguna de las veces que nos habíamos enrollado (venía a verme más o menos cada tres noches, ya iban cinco veces, y entre visita y visita siempre había estado convencida de que esa vez había sido la última). Solo le había cogido el pene una vez con la mano y no tuve ni idea de qué se suponía que debía hacer con él. Tantos años leyendo revistas femeninas y no podía recordar ni los principios básicos de

una paja. De lo único que fui capaz fue de cerrar los dedos y moverlos arriba y abajo. Me eché de lado y él empezó a acariciarme el muslo y la cadera, hasta que deslizó los dedos dentro. Que las dos cosas pasaran a la vez me pareció demasiado confuso (seguro que a la mayoría le resultará gracioso), incluso caótico. No sabía si me estaba dando a entender que parase de mover la mano. Por si acaso, la solté y me acerqué mucho a él. «Te gusta estar muy cerca, ¿eh?», me preguntó. Y es que, en cuanto el saco de dormir asomaba entre los dos, lo quitaba de un tirón, y cuando hacíamos la cucharita, me aseguraba de pegar hasta el último centímetro a él. Pensaba que a él también le gustaban esas cosas, pero lo cierto es que en realidad no sabía casi nada de Cross ni de nosotros dos. Pensé en decirle a Martha que Cross nunca se había corrido, pero me dio miedo que su explicación sacara a la luz que era una auténtica incompetente, algo tan humillante que lo mejor era no compartirlo con nadie, ni siquiera con ella (¿los chicos de instituto no se corrían tan rápido que hasta había bromas sobre el tema?). Además, tenía la sensación de que Martha y Cross eran de los que censuraban que se contaran detalles íntimos. Si fuera algo que solo hubiera molestado a uno de los dos, sí que se lo habría contado a Martha, pero me frenó la idea de enfrentarme a la desaprobación de ambos.

—¿Qué ibas a decir? —preguntó Cross.

No respondí. Yo no había hecho ninguna propuesta, pero al parecer él se lo había tomado así y ya no había vuelta atrás. Tenía que seguir adelante. No porque me obligara ni porque me quisiera hacer ver que estaba poniendo a prueba su paciencia, sino porque realmente estaba poniendo a prueba su paciencia. Además, había sido yo la que había sacado el tema.

—Ven —dije. Cambié de posición y él conmigo. Se tumbó de espaldas, me subí a sus rodillas, me eché el pelo por delante de la cara (como para tapar mi tripa desde esa nueva perspectiva) y me moví un poco para atrás.

Era muy diferente estar desnuda por encima del saco de dormir de Hillary Tompkins, bañada en una oscuridad que no era cerrada, que estar desnuda debajo de él. Estaba sentada a horcajadas sobre sus rodillas. Y, entonces, me sentí como cuando tienes que hacer una presentación en clase y echas de menos una señal para saber cuándo empezar, como cuando tocan el silbato en una carrera. Pero no pasa nada y todo se queda en suspenso, esperando a que

tú empieces y lo más parecido al silbato que se oye es cuando repites «vale» varias veces: «Vale. Vale. Bueno... La guerra franco-india, o guerra de los Siete Años, comenzó en 1754...».

Incluso llegué a decir «vale». Luego me agaché y, al hacerlo, pensé que seguramente habría mujeres que lo hacían a la luz del día, con el trasero a la vista, apuntando hacia el techo, y decidí que nunca, jamás de los jamases, iba a ser una de ellas. Aunque no me había dado cuenta, había estado esperando siempre ese momento, aunque pensaba que sería distinto: te metías algo en la boca que era más grande que todo lo que te metías normalmente. Te costaba respirar. No me gustó (no me gustó lo más mínimo). Pero entonces, esa incomodidad me hizo sentir parte de una aristocracia, que tenía unos lazos con todas las chicas que habían hecho lo mismo por los chicos que les gustaban (me acordé de Sophie Thruler, la novia de Cross en primero) y me quise por estar dispuesta a hacerlo y quise a Cross por ser la persona por quien estaba dispuesta a hacerlo. Me hizo sentir adulta, como luego me sentiría al beber vino, antes de que me gustara su sabor.

Me agarró por los hombros, con suavidad y, de cuando en cuando, bajaba a uno de mis pechos, le daba un cachetito (nunca me había parecido reservado, pero ahora menos que nunca) y hacía unos ruidos guturales, a veces tan agudos que casi no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Todos los chicos harían esos ruidos? Me alegré de que Cross fuera el primero en verme así, porque él jamás me podría desagradar ni irritar. Si hubiera sido otro chico que no tuviera tanta experiencia o tanto aplomo como él, podría haberle juzgado y atribuido su comportamiento a su falta de experiencia o de aplomo.

Y entonces, justamente en medio de todo (había venido haciendo con la boca más o menos lo mismo que con la mano, un movimiento constante arriba y abajo), recordé el consejo de una revista: «Imagina que el pene es un delicioso cono de helado». Me lo saqué de la boca deslizándolo todo lo largo que era y empecé a lamerlo por los lados, moviendo la cabeza de arriba abajo y hacia los lados. En menos de un minuto, Cross se estremeció y un líquido caliente y lechoso me cayó sobre el pecho. Si se hubiera corrido en mi boca, me lo habría tragado. Seguro al cien por cien. Me buscó con las manos, tiró de mí hacia él y, cuando estaba echada sobre su pecho, me acarició la espalda, me apretó el culo y los brazos y me besó en la frente. «Qué bien la

chupas», me dijo, y me sentí más orgullosa que si hubiera sacado un sobresaliente en matemáticas. ¿Y si tenía un don? ¿Y si se me daba tan bien como cortar el pelo (o mejor) y el que no me gustara demasiado no tenía la menor importancia? Cuando eras muy buena en algo, lo hacías sin más, porque sería un desperdicio no hacerlo. Al segundo, claro está, me pregunté si no estaría haciéndome sentir bien, pero, un segundo después, pensé que tener a Cross ahí intentando que yo me sintiera bien ya era motivo más que suficiente para ser feliz.

Eso había sucedido esa misma semana. La primera noche del puente, tumbada en el sofá cama, el recuerdo aún era vibrante y denso. Aún no sabía cómo se iría diluyendo y deshilachando a medida que volviera a él día tras día, reduciendo a puro ejercicio mental lo que había sido un encuentro físico con otra persona.

Estaba muy oscuro (había empezado a anochecer a las cuatro y media) y pensé en acostarme ya, pero, si lo hacía, me despertaría a las once de la noche, desorientada y hambrienta. Me levanté, di la luz y bajé las persianas. Entonces fue cuando por primera vez me dolió la soledad, el palpito de que haberme quedado en el colegio podría haber sido un error. Encendí el ordenador de Martha y abrí mi carpeta de ensayos para la universidad. Dentro de ella, abrí el archivo llamado «Solic_Brown». Me senté y miré el único párrafo que había escrito, todavía sin terminar: «Mi cualidad más notable es que, aunque soy del Medio Oeste, llevo tres años viviendo en Nueva Inglaterra». Ojalá estuviera mirando a Cross en lugar de a esa pantalla, y me levantara el camisón o me metiera la mano por dentro de las bragas.

Me dolía la espalda y no sabía por qué. Estaba claro que no era el momento de ponerme a redactar el ensayo. Cerré el archivo y la carpeta y puse la pantalla en espera. Seguro que estaría más inspirada después de la cena.

En el comedor solo había otros dos alumnos de cuarto: Edmundo Saldana y Sin-Jun. Estaban compartiendo mesa con un grupo de tercero: tres chicos negros (solo había cuatro chicos negros en toda la promoción) y Nicky Gary, una chica blanquecina y pelirroja de la que decían que era evangélica. Lo curioso de la historia era que sus padres no lo eran: se había convertido ella por su cuenta. Los chicos se llamaban Niro Williams, Derek Miles y Patrick

Shaley. En las demás mesas, había grupos un poco más numerosos de alumnos de primero y segundo, y en una última mesa había algunos profesores que se habían quedado en el colegio a pasar el fin de semana.

Al mirar alrededor, recordé algo en lo que no había pensado desde primero: cómo cambiaba Ault en los puentes. No era realmente Ault, no estaba lleno, no había prisas, no me encontraba con gente que me fascinara o a la que temiera. Solo había edificios vacíos. No había nada que te pudiera sorprender ni entretener durante días. (A veces temía que el resto del mundo fuera así, y no andaba del todo desencaminada. No importaba demasiado si te habías peinado para ir al supermercado o si trabajabas en una oficina, te daba prácticamente igual lo que los demás pensarán de ti salvo, quizá, un par de compañeros. En Ault estar siempre preocupada por todo resultaba agotador, pero también vivificante).

Cuando me senté, Niro y Patrick estaban charlando animadamente sobre un videojuego y no hablaba nadie más. Sin-Jun y yo intercambiamos algunas palabras (también estaba preparando las solicitudes y acababa de decidir que iba a enviar una solicitud a Stanford), pero nuestra conversación se apagó rápido y a los pocos minutos (antes incluso de que acabara yo de comer) se levantó para irse. Al quedarme con Edmundo, Nicky y los chicos de tercero, pensé que debería haberme ido a Burlington con Martha. Volvió la vieja y desagradable sensación de no importarle a ninguno de los que había allí. Me sorprendió que volviera tan rápido, como salida de la nada. Me di cuenta también de cuánto había cambiado la imagen que tenía de mí misma. Seguramente el cambio comenzó cuando Martha y yo nos hicimos amigas. Fue lento y gradual hasta mayo, cuando la eligieron delegada y yo pasé a ser la compañera de habitación de la delegada. Y había vuelto a cambiar hacia unas semanas, cuando Cross y yo nos besamos por primera vez. No me sentía guay (seguramente nunca me vería así), pero sí pensaba que me había convertido en el tipo de persona que me habría interesado cuando estaba en primero y segundo. Lo que significaba que podría haber alguien de primero o segundo interesado por mí... Si no fuera porque no había visto nada que me llevara a pensarlo y porque las personas interesantes no se quedaban en el colegio los puentes. Como mínimo, se iban a Boston.

Además, nadie sabía que Cross y yo nos estábamos enrollando. Al menos,

no oficialmente. Al pensarlo, también me di cuenta de cuánto había confiado en que el secreto iba a salir a la luz, porque era lo que siempre pasaba en Ault. Devin, su compañero de habitación, debía de saberlo; puede que también lo supiera alguna chica de la residencia que se hubiera cruzado con Cross al ir al baño a las cinco menos cuarto de la mañana (por supuesto, si alguien se enteraba, tenía que ser por Cross, no por mí). Había sido sincera cuando le pedí que no hablara con nadie sobre lo nuestro, pero era porque daba por sentado que lo básico iba a salir a la luz, habláramos de ello o no.

Por supuesto, también era posible que a Niro, a Patrick y a Edmundo les diera completamente igual el asunto. Pero me parecía mucho más probable que no estuvieran al tanto. Porque de estarlo, se les habría notado de alguna manera, de eso estaba segura. Al menos, se me hubieran quedado mirando un segundo más cuando me había sentado. Después de la primera visita de Cross todavía era todo muy incierto y pensaba que si se enteraba alguien solo diría «¿Ella?». Pero hubo otra vez y luego otra, y parecía estar claro que Cross no venía por puro azar, sino que elegía venir. Y, aunque saberlo no cambió mi manera de actuar, sí influyó en el papel que ello me atribuía en el escalafón social de Ault. De pronto, mi forma de ser de siempre me parecía encantadora y fascinante. Se me podría haber subido a la cabeza gustarle a Cross, pero no, qué va, yo seguía siendo tan modesta como siempre. No empecé a sentarme junto a Aspeth Montgomery en la capilla ni esperaba que me invitara a ir a Greenwich con ella.

—¿Me puedes pasar el ketchup? —preguntó Derek Miles.

Me lo quedé mirando.

—Lo tienes ahí —dijo.

Le pasé el bote. No tenía ni idea. Estaba claro que no era la comidilla del colegio. ¿Lo sería al menos en la promoción?, ¿en el círculo de amigos de Cross? ¿Lo sabría Aspeth Montgomery? Si no lo sabía ella, no lo sabía nadie. Y no, me dije, no lo sabía. No lo sabía porque, de saberlo, se lo contaría a Dede, y, si Dede lo supiera, me lo echaría en cara; no podría contenerse.

De vuelta a la residencia, la única luz que había encendida era la que había dejado yo en la habitación. Esa noche dormí doce horas e hice lo mismo las dos noches siguientes, esperando a que volviera Cross. El domingo, la señora Parnasset fue en furgoneta al centro comercial de

Westmoor. Sin-Jun y yo fuimos a ver una película sobre una familia que vivía a las afueras de una gran ciudad y que perdía a su hijo. Todo en la película me recordaba a Cross o, mejor dicho, me hacía pensar en él y, al pensar en él, me ponía a pensar en cosas sobre él que no tenían nada que ver con la película.

El domingo hubo fiambre para cenar. La temperatura esa noche cayó bajo cero por primera vez en todo el invierno. Y, luego, llegó el lunes, y Cross y todos los demás volvieron al colegio.

Lo hicimos un par de días después, porque era inevitable, porque había vuelto al colegio y quería todo de él, porque lo quería, porque tenía miedo de perderlo, porque me iba a hacer sentir bien o, al menos, porque hasta aquel momento todo me había hecho sentir bien y era lo que tocaba luego. En realidad, claro está, el dolor me hizo clavarle las uñas en los brazos, justo por debajo del codo, y echar hacia atrás la cabeza hasta hundir la coronilla en el colchón. Para mi sorpresa, no me propuso dejarlo, pero quizá fue mejor así porque, si me lo hubiera dicho, habría aceptado la oferta y no habría hecho más que aplazar el dolor. Había traído un condón y después fue al baño a por papel para limpiarme la sangre de los muslos. El papel estaba caliente. Pensé que en mi residencia tardaba mucho en salir el agua caliente y que debía de haber estado esperando de pie junto al grifo.

Estábamos sudorosos y pegajosos y nos quedamos tumbados sin movernos sobre el saco de dormir de Hillary, que era de algodón a cuadros, no de esos de nailon que repelen la humedad. Pero estar tan pegajosos me importaba tan poco como tener el ombligo pegado a su cadera, cosas que en su día me habrían avergonzado, pero ya no. Era como si todo el tiempo que había pasado en Ault hubiera estado sumergida en una disparatada espiral de preocupaciones, hasta llegar a ese momento en el que todo había terminado y no sentía más que una profunda calma. Me costaba creer que esa sensación no fuera a durar para siempre. El sexo propiamente dicho no era tan distinto a enrollarse como había imaginado. Aunque tampoco era exactamente lo mismo, porque después ya no tenías la sensación de haber interrumpido algo, sino de haberlo terminado. Ahora, cada vez que se hiciera mención al sexo en una revista, en una película o en una conversación, podría asentir con la

cabeza o, al menos, limitarme a escuchar, en lugar de desviar la mirada para que no se notara que no tenía ni la menor idea. Incluso podría no estar de acuerdo, aunque no lo dijera con palabras.

Me acarició el pelo y no había nada que quisiera decirle o que quisiera que me dijera. No quería otra cosa. Estaba tan dolorida que no sabía cuándo podría volver a hacerlo, pero el dolor no me hacía sentir mal. Era como las agujetas después de una excursión. Estaba satisfecha de lo que había hecho. Dos días después, fui a buscar mi primer paquete de píldoras anticonceptivas a la enfermería. Me pareció tan extraño que, al mirarme al espejo, no me habría sorprendido nada ver a una mujer divorciada de cuarenta años con dos hijos, a una vaquera o a una profesora de aeróbic de un crucero por el Caribe. Lo único real era estar en la cama con Cross.

Antes y después de mi relación con Cross Sugarman, me habían dicho y me dirían una y mil veces que ningún chico, ningún hombre, puede hacerte feliz, que tienes que estar feliz contigo misma para poder ser feliz con otra persona. Lo único que puedo decir es que ojalá fuera cierto.

En noviembre empecé a ir a sus partidos de baloncesto. Nunca se pasaba a verme antes de un partido. Me sentaba en las últimas filas de las gradas, muchas veces con Rufina, que iba ver a Nick Chafee. Los partidos de los sábados por la noche se llenaban de gente (incluso conseguía que Martha me acompañara a esos), pero los de las tardes solían coincidir con los de otros equipos, así que la mayoría de los espectadores eran padres que vivían cerca, algún profesor o jugadores de los segundos equipos. Yo podía acudir porque los alumnos de cuarto teníamos derecho a un tiempo de descanso sin entrenamiento y yo lo había cogido ese invierno. Lo más curioso era que, aunque llevaba tres años en el equipo de baloncesto, al ver a Cross me parecía otro deporte. Casi era como si estuviera descubriendo algo nuevo e incluso, por primera vez en mi vida, llegué a entender por qué le gustaba a la gente.

En los partidos que jugaban en casa, llevaban un uniforme blanco con el ribete de color marrón. Cross era pívot y tenía el número 6. Llevaba botas de color negro y unos calcetines blancos altos que le hacían las piernas aún más largas. Con la camiseta puesta, se le veían los brazos pálidos y musculosos.

Cuando jugaba yo, solía estar amodorrada y, en lugar de prestar atención al otro equipo, lo que me preocupaba era si se me estaban subiendo los pantalones o si me repetían los *nuggets* de pollo que había comido en el almuerzo. Pero cuando jugaba Cross, estaba atenta al partido en sí: el chirrido de las suelas de los jugadores, los pitidos del árbitro, las protestas de jugadores y entrenadores cuando les pitaban una falta equivocada... En los partidos de los sábados, la gente cantaba en las gradas: «¡Vamos, Ault, vamos!», y cuando Cross llevaba el balón vitoreaban todos: «¡Sug, Sug, Sug!». Yo nunca me sumaba a los cánticos (con las luces y rodeada de una multitud enfervorecida, estaba tensa y hasta me mareaba un poco). Al principio, me sorprendió que les importara tanto el partido. O quizá lo que me sorprendió fuera que no tuvieran la menor intención de disimularlo.

Al parecer, en los partidos era aceptable mostrar que había cosas que te importaban. Quizá podías darlo todo precisamente porque no te importaban de verdad (no dejaba de ser irónico); y, aunque al darlo todo, pasaban a importarte, seguía siendo aceptable. La gente se enfadaba mucho (una vez le pitaron falta técnica a Niro Williams por tirar la pelota y marcharse, en lugar de pasársela al árbitro) y se aceptaba que te frustraras y te salieras de tus casillas. Podías gruñir, tropezar, retorcerte y poner cara de cabreo mientras intentabas arrancarle el balón a alguien de las manos y todo era aceptable. Cuando jugaron contra el Hartwell, el equipo rival de Ault, el marcador estuvo muy ajustado durante todo el partido, hasta que el Hartwell marcó ocho puntos en los últimos noventa segundos. Cuando sonó el silbato, miré a Cross y me quedé de piedra al verlo llorar. Aparté la mirada en un acto reflejo. Cuando volví a mirarlo, tenía la cara arrugada y roja, se secaba las lágrimas con gestos bruscos y sacudía la cabeza, pero no corrió hacia los vestuarios ni hacia ninguna parte para esconderse. Darden Pittard se puso a su lado y al poco acudió también Niro. Darden le decía algo (parecía amable) mientras le cogía por el brazo.

Llegué a la conclusión de que en el deporte se hallaba la verdad, la verdad silenciada y sobrentendida (qué rápido nos condenamos en cuanto empezamos a hablar, qué insignificantes e ignominiosos parecemos siempre) y me costaba creer que no lo hubiera entendido antes. Los deportes retribuían naturalidad y desinhibición. Confirmaban que, en efecto, existe una jerarquía

de habilidades y valores, y que todo el mundo lo sabe (cuando veía que sustituían a los chicos a dos segundos de acabar un tiempo, pensaba que los entrenadoras de las chicas nunca eran tan despiadadas). Mostraban que no hay nada mejor en el mundo que ser joven, fuerte y rápido. Al jugar un buen partido de baloncesto en el instituto (lo sabía, aunque no me había pasado nunca), te sentías vivo. ¿Qué hay comparable a eso en la vida de un adulto? Están las margaritas y no hay que hacer los deberes, sí, pero también te esperan unos *bagels* poco cocidos a la luz cegadora de la sala de conferencias, la visita del fontanero y hablar del tiempo con tu aburrido vecino.

Una vez, en el cuarto tiempo de un partido muy reñido, Cross tiró a canasta por detrás de la línea de los tres puntos y, cuando el balón cayó en la red, sus compañeros lo rodearon y empezaron a darle golpecitos en el trasero y a ofrecerle las manos para que chocara con ellos. Nadie de las gradas me miró como miraron a Rufina cuando encestó Nick (incluso los profesores la miraron, puede que sin darse cuenta). Cross no era mío y, al verlo sobre la cancha, me di cuenta de que tampoco lo sería, aunque fuéramos novios.

No sé si Cross llegó a darse cuenta de que iba a verlo jugar. No se lo dije, porque me dio miedo que creyera que estaba rompiendo nuestro acuerdo o parecerle pegajosa o indiscreta. Él tampoco me habló nunca de ningún partido, aunque, si se pasaba después de ganar alguno (nunca venía si habían perdido y solo se pasó alguna vez después de ganar), estaba más efusivo de lo normal, justo como crees que son los chicos cuando tienes once años (que te van a arrancar la ropa para meterte mano y magrearte). A decir verdad, yo siempre estaba dispuesta a que me metiera mano y me magreara. Después, al intentar entender cómo lo había echado todo a perder, se me ocurrió que tal vez me había resistido demasiado poco y no se lo había puesto lo bastante difícil. Quizá se sintió decepcionado. Quizá fue como cuando reúnes todas tus fuerzas y te lanzas contra una puerta pensando que está cerrada y se abre sin más (desde luego, yo no estaba ni remotamente cerrada), entonces te quedas plantada en medio de la habitación, intentando recordar qué era lo que buscabas ahí dentro.

En primero fui a casa en Acción de Gracias, pero no lo hice más. Solo

había tres semanas entre Acción de Gracias y las vacaciones de Navidad, y los billetes de avión eran caros (una vez me dijo mi padre: «Te queremos, pero no tanto»). En casa de Martha, como todos los años, nos quedábamos despiertas hasta tarde viendo películas en la tele, nos levantábamos a las once de la mañana y comíamos pastel de calabaza para desayunar. En las camas de su habitación, las sábanas eran de percal de doscientos hilos, y los edredones, de un blanco immaculado, así que siempre andaba muy preocupada por no dejar ninguna mancha de boli. En los aparadores y armarios había repuestos de todo (toallas, papel higiénico, cajas de cereales...), incluso había un frigorífico extra en el sótano. Cuando estaba en casa de los Porter, solía preguntarme si mi contacto con ese estilo de vida sería algo completamente pasajero o si algún día viviría en una casa tan bonita como esa y si conseguiría ser tan espléndida con otras personas como ellos lo eran conmigo. Parecía realmente verdad que a la señora Porter no le importaba tener que hacer más crema de langosta por estar yo allí o tener que comprar una entrada de más para el concierto de la iglesia (por supuesto, a nadie se le pasó por la cabeza que me pagara yo la entrada, y no digamos la ración de crema). Solía pensar en otros chicos de Ault, chicos que venían de familias más pobres que la mía y que acabarían ganando mucho más dinero que yo (acabarían convertidos en cirujanos o banqueros de inversión). Pero ganar dinero parecía estar fuera de mi alcance. Había conseguido llegar a Ault, pero no confiaba en poder llegar más lejos. No era tan lista ni tenía la disciplina de esos chicos, y tampoco tenía ambición. Probablemente, siempre sabría de vidas como esas, pero jamás tendría una. Estar familiarizada con ellas no me daba derecho a reclamarlas. No podía confundirlo.

El día de Acción de Gracias vinieron las primas de Martha. Ellie, que tenía ocho años y que era inexplicablemente cariñosa conmigo, se sentó en cuclillas en el sofá por detrás de mí y empezó a hacerme trenzas. Cuando se aburrió, cogió unas uvas de la bandeja del queso e intentó convencerme para que abriera la boca para lanzarme unas cuantas dentro. Y lo hicimos, cuando ni los adultos ni Martha ni el hermano de Martha nos miraban. Me gustaba Ellie porque me recordaba a mis hermanos. El señor Porter fue a buscar el pavo con un delantal que llevaba escrito «Un beso para el cocinero», aunque, por lo que yo sabía, la señora Porter y su hermana eran las que habían

preparado todo. Todos comimos demasiado, y después del postre repetí puré de patatas y Martha me acompañó, aunque no era propio de ella.

Fue un bonito día de Acción de Gracias. Estaba muy contenta de conocer a la familia de Martha y de ser su compañera de habitación. Pero en ningún momento dejé de tener a Cross en la cabeza.

Martha recibió una carta de Dartmouth el 14 de diciembre. La habían aceptado. Le hice un cartel y, cuando la felicitaban, ella actuaba exactamente igual que cuando la eligieron delegada: como si le diera algo de vergüenza, como si, en lugar de felicitarla, la hubieran pillado sacando la basura con la bata de estar por casa. Al día siguiente, admitieron a Cross en Harvard. Vino a verme un par de noches más tarde y, cuando lo felicité, respondió con distanciamiento y pura cortesía. Me dio las gracias y, de hecho, no dijo nada más, y tuve la sensación de que no era una de las personas con las que hablaría de algo tan personal y tan de todos los días como la universidad. Cómo serían sus compañeros de habitación, en qué se iba a especializar, si lo cogerían en el equipo de baloncesto... Era mucho más probable que hablara con Martha sobre todo eso que conmigo. Lo que me contaba a mí no eran más que anécdotas y cosas inconexas: que cuando tenía trece años suspendió el examen de acceso a una escuela privada porque dijo que los elefantes tenían cinco patas (pensaba que la trompa contaba como pata); que cuando tenía once había hecho truco o trato en su edificio de Nueva York y una señora de la primera planta le había abierto la puerta con un picardías negro y zapatos de tacón (ni siquiera tenía caramelos, así que les dio un paquete abierto de Oreos a su amigo y a él). Esas historias me despertaban una especie de instinto maternal. Lo adoraba. Pero también me hacían sentir la enorme distancia que nos separaba.

En Ault, la misa de Navidad se celebraba la noche antes de comenzar las vacaciones, y Cross y Martha hicieron de Reyes Magos. Los delegados de cuarto siempre eran los Reyes Magos, y los acompañaba algún otro alumno destacado de último curso. Por supuesto, ese año le tocó a Darden Pittard. Cuando nos levantamos para cantar «We Three Kings», los tres avanzaron por el pasillo de la capilla vestidos con túnicas y coronas, y con sus obsequios en las manos (a Martha le había tocado el incienso). Esa noche, cuando

estaba con Cross en la cama de Hillary Tompkins, le dije:

—Estabas muy guapo con corona.

No solía decirle esas cosas, pero íbamos a pasar dos semanas sin vernos y pensé que podía permitírmelo. Ya lo habíamos hecho dos veces esa noche, y reinaba entre nosotros esa especie de generosidad y cariño que surge cuando estás a punto de separarte de alguien.

—Apuesto a que no sabías que también soy actriz —dije—. En cuarto de primaria, hicimos una obra en el colegio sobre Cristóbal Colón. Fui la protagonista.

—¿Eras la reina Isabel?

—¡No! —Le di un codazo—. Hice de Colón.

—¿En serio?

—¿Qué pasa? Lo hice muy bien. Y llevaba bombachos.

—Seguro que lo hiciste muy bien —dijo Cross—. Es que pensaba que Colón lo habría hecho algún chico. —Me puso la boca junto al oído—. Pero lo de los bombachos suena muy sexi.

Después, esa noche me pareció la más bonita de todas las que pasamos juntos. No porque tuviera nada especial, sino precisamente por no tenerlo. Porque no hubo tensiones ni expectativas, porque lo hicimos, pero también fuimos algo así como amigos.

Al día siguiente las clases acabaron a mediodía y al terminar me subí al autobús que llevaba a Logan. Nos recogía delante de la casa del señor Byden y, cuando arrancó, miré por la ventana y pensé: «No, no, no».

Cuando estaba facturando el equipaje en el aeropuerto, me sentí más que nunca una alumna de colegio privado. Mi edad, mi ropa, los libros de mi mochila, seguramente también mi postura... todo indicaba mi pertenencia a un grupo al que solo me sentía pertenecer cuando me arrancaban de él. Cuando dejé el equipaje, me dirigí al baño y los espejos que cubrían el pasillo de la terminal me devolvieron la imagen de un gigante cubista que llevaba puesta mi ropa.

Normalmente me compraba un helado, me ponía a leer en el quiosco y, justo antes de embarcar, me compraba alguna revista (un número extra con muchas páginas que había evitado leer en la tienda). Solía haber otros

alumnos de Ault por el aeropuerto, claro está, y si nos cruzábamos nos saludábamos sin decir nada y nunca me acercaba a hablar con ellos. En primero me sentía cohibida (siempre había un grupo de alumnos sentados al fondo de un restaurante que servía sopa de almeja y *donuts*, fumando y hablando en voz muy alta). Ahora que era mayor, me seguía sintiendo cohibida, al menos por los fumadores, pero al mismo tiempo ya no me preocupaba demasiado. Ahora me gustaba de verdad comerme el helado y estar leyendo revistas yo sola.

Sin embargo, aquella vez, aún no había puesto un pie dentro de la heladería cuando me dieron un golpecito en el hombro. Me di la vuelta.

—¿Cuándo es tu vuelo? —Era Horton Kinnelly, la compañera de habitación de Aspeth, de Biloxi—. Ven con nosotros.

Señaló con la cabeza hacia el restaurante de las almejas y los *donuts*. Hasta entonces no había visto el cartel que había encima de la puerta y que decía Hot'n Snacks.

—Estoy bien —dije sin pensar. Horton me estaba mirando, pero las dos hicimos como si no acabara de rechazar la invitación. Entonces añadí—: Sí, claro. ¿Estáis ahí dentro?

Asintió con la cabeza.

—Estamos Caitlin, Pete Birney, yo y algunos más. ¿Has hablado alguna vez con Pete Birney? Es para troncharse.

—No tardo nada.

En cuanto se alejó y entré en la heladería, me di cuenta de que no iba a comprar nada, ¿qué iba a hacer? ¿Ponerme a comer el helado sentada con ellos? ¿Engullirlo a toda prisa antes de ir? Además, ¿qué quería de mí Horton? En todos esos años, mi camino se había cruzado muchas veces con el de Aspeth, pero con Horton no había hablado casi nunca.

Entré en el Hot'n Snacks y los vi sentados al fondo, donde sabía que estarían. Además de Horton, Caitlin Fain y Pete Birney había dos o tres alumnos más, riéndose entre una nube de humo. Horton me llamó «Hola, Lee» y pensé que iba a buscarme una silla (después de todo, era la anfitriona), pero lo que hizo fue ponerse a hablar otra vez con Pete. Cogí una silla de otra mesa y me senté entre Suzanne Briegre —una chica de tercero con el pelo moreno, largo y liso— y Ferdy Chotin —también de tercero, que

aún llevaba aparato, pero lo compensaba al estar en el *ranking* nacional de tenis—. Estos dos hicieron un gesto a medio camino entre asentir con la cabeza y sonreír. Estaban hablando sobre una mujer que salía en una película vestida solo con botas y un sombrero de vaquero. (Mientras escuchaba la conversación me pregunté si eso sería lo que le gustaría a Cross, una chica con botas y sombrero de vaquero. Tendría la piel tersa y bronceada, y nunca se abrumaría pensando en cómo chuparla. Empezó un runrún en mi cabeza: ¿qué hacía conmigo? ¿Qué hacía conmigo? ¿Por qué estábamos juntos?).

Observaba a mis compañeros con respeto reverencial, me fascinaba su amplio repertorio de comportamientos. En el colegio, iban a la capilla y redactaban trabajos. Aquí, fumaban pitillos y armaban barullo. Y no es que todos fueran del grupo de los populares. Desde luego no tanto como Horton. Sabía que Caitlin quería llegar virgen al matrimonio, pero allí estaba ella, rompiendo con alegría las normas del colegio y mostrando otra cara suya, mientras que yo siempre era la misma. No le veía sentido a portarme de forma distinta que en Ault solo por estar en un aeropuerto y solo por estar en grupo. Había fumado una vez. Fue en segundo, en casa de Martha, cuando decidimos fumar un pitillo cada una. Martha apagó el suyo después de un par de caladas. Le pareció asqueroso. Yo fumé hasta el final, para practicar. Me di cuenta de que había practicado para una situación como esta. Pero eso había sido hacía mucho tiempo, la práctica había sido incompleta y no iba a coger un pitillo si me lo ofrecían, porque, a plena luz y delante de gente que apenas conocía, fumar habría sido casi lo mismo que besarme en público.

—No era castaña —decía Horton—. Tenía el pelo rubio platino.

Seguían hablando de la mujer de las botas y el sombrero de vaquero.

—No en todas partes —dijo Ferdy muy despacio y sonriendo.

—Horton —dijo Pete (Pete era de tercero y había ganado al asesino el curso anterior); cuando Horton lo miró, se llevó el dedo a la sien—. No estamos diciendo aquí arriba.

Horton se quedó mirando a Pete un segundo y luego puso cara de asco.

—Qué desagradable, señor Birney —dijo, y los chicos echaron a reír.

—Es broma —dijo Pete—. No te enfades. ¿Te has enfadado?

Horton lo miró impertérrita. Al final, dijo con la voz queda:

—Puede.

—¡Puede! —exclamó Pete con teatralidad, y me pareció que le gustaba Horton, aunque también puede que solo estuviera desplegando otra pieza de su repertorio (es decir, que podía coquetear con ella si coincidían en algún sitio, pero que habría estado igual de entregado con cualquier otra chica guapa). Se pusieron a hablar y me arrepentí de no haberme ido a comer el helado sola. Quizá si me quedaba ahí sentada bastante rato, podría evaporarme sin que se notara.

Justo cuando estaba pensando en eso, Horton se inclinó sobre la mesa y me ofreció un paquete de cigarrillos.

—¿Quieres uno?

Sacudí la cabeza.

—No, gracias.

—¿Por tus padres? —dijo Horton. Se metió un pitillo en la boca y lo encendió con un mechero de plástico de color rosa. El mechero parecía barato, pero por eso mismo molaba mucho. ¿Cómo podía saber ella esas cosas? ¿Por qué no era solo cutre?—. Yo les digo a mis padres que el restaurante estaba lleno y que tuve que ponerme en la zona de fumadores —me dijo.

—O les dices que tus amigos estaban fumando, pero tú no —dijo Suzanne muy diligente—. Así pareces muy sincera, al contarles lo de tus amigos.

Sonreí sin convencimiento.

—Horton —dijo Pete—. Si me das el que acabas de encender, te encenderé otro yo.

—Sí, claro, muy lógico.

—Lo es, porque...

Dejé de escuchar. Él quería tocar con sus labios lo mismo que habían tocado los de ella. Quería tener un intercambio con ella, que se rozaran los dedos, acercarse el uno al otro. En cierto modo, entendía mejor a los chicos que a las chicas. En los chicos, todo era caza, deseo e intento. En muchas chicas, parecía tratarse de recibir o no recibir. Nada de intentarlo. Había que decir «sí» o «no», pero nunca «por favor» o «venga, solo esta vez».

Entonces llevaba menos de diez minutos en la mesa y esperé otros quince para irme (dije que iba a embarcar). Me desearon todos feliz Navidad. Esperé un poco por si Horton quería decirme algo, pero no fue así; al parecer, no me

había llamado por nada en especial. Aunque quizá me había llamado por un motivo muy concreto que nadie dijo en voz alta: que ahora yo estaba unida a Cross. En muchas situaciones todo apuntaba a que nadie tenía la menor idea. Sin embargo, aquella tarde en el aeropuerto, cuando Horton me invitó a compartir mesa con ellos, fue uno de los escasos momentos en los que dejé de estar tan convencida.

De camino a casa desde el aeropuerto, encerradas en el coche, tuve la sensación de que mi madre notaba que algo había cambiado en mí. No tenía que saber necesariamente que me había acostado con alguien, pero sí que intuía algo en esa dirección. Si me preguntaba, no le iba a decir nada. Nunca había tenido tanta confianza con ella, sobre todo porque nunca había parecido tener muy claro qué hacer con las cosas que le contaba.

«Este verano, Mary McShay se ha besado con un chico de catorce años», le dije el primer día de clases en sexto curso. «¿En serio?», preguntó mi madre con dulzura. «Un chico de catorce me parece algo mayor». Pero no dijo nada más. No quiso saber nada más sobre el chico, ni sobre cómo había sido el beso (se habían metido la lengua) ni si yo tenía la intención de besar a algún chico de catorce años. Creo que lo hacía por una mezcla de timidez y de despiste, aunque si estaba despistada era por cosas de madre (por ejemplo, estaría pensando en que tenía que sacar la lasaña del horno), no es que estuviera pensando en cosas que no tuvieran nada que ver con la familia. En cualquier caso, no tenía la sensación de poder acudir a mi madre. No era como la madre de Kelli Robard, que escuchaba la misma emisora de radio que nosotras, conocía las marcas de ropa y sabía cómo se llamaban los chicos guapos de sexto. Mi madre era bondadosa pero no parecía enterarse de nada. En cuarto, le pregunté qué era un pibón y me dijo, con absoluta ingenuidad, que un pivote grande.

Aun así, de vez en cuando me sorprendía lo que sabía o, por lo menos, intuía, aunque no decía nada al respecto si no se le insistía. En muchos sentidos, yo quería ser como mi madre. Ella no cotorreaba ni metía baza. Pero no porque lograra reprimirse, sino porque no se le ocurría.

En el coche, dijo:

—Estoy muy contenta de que hayas llegado bien a casa. Papá llamó para

decir que había temporal en la Costa Este. Me alegra mucho que no hayas tenido retrasos.

La autopista, el Datsun de mis padres y mi madre estaban exactamente igual que a comienzos de septiembre, cuando me había marchado. Me resultó tan tranquilizador como desconcertante. A veces, esa inmutabilidad arrasaba con Ault, como si solo hubiera sido un sueño.

—¿Qué tal te ha ido en matemáticas? —preguntó mi madre.

—No respondí a todo en el examen final, pero creo que sacaré un notable bajo en el semestre.

—Cariño, eso es fantástico.

—Igual es un bien alto.

—Sé que estás trabajando mucho.

No me pareció que fuera verdad. Pero no dije nada.

—Anoche preparé unas galletas para los profesores de Tim y Joe. Tuve que triplicar las cantidades y me armé un lío monumental, así que me dije: mira, de ahí lo ha sacado Lee. Viéndome a mí, ¿cómo ibas a tener tú cabeza para los números?

—Imagino que pasaremos la Nochebuena con los Pauleczk.

—Sí, Lee. Sé que no quieres ir, pero...

—No. No pasa nada.

—Bueno, cariño. El señor Pauleczk ha ayudado mucho a papá y me parece importante...

—Mamá, he dicho que está bien.

Los Pauleczk pasaban de los sesenta. El señor Pauleczk era el dueño de unos cuantos moteles entre South Bend y Gary, y siempre había comprado los colchones en la tienda de mi padre. Llevábamos años yendo a su casa antes de la Misa del Gallo, para tomar el postre y beber ponche caliente. Ni Joseph ni yo habíamos vuelto a probar bocado allí desde que hacía un par de años encontré un pelo largo y canoso en una porción de tarta de cereza con chocolate (Joseph tenía catorce años, tres menos que yo, pero Tim seguía comiendo lo que le ofrecían los Pauleczk porque solo tenía siete años y no se enteraba de nada). Después de aquello, me daban náuseas con solo sentir el olor de esa casa. La señora Pauleczk siempre preguntaba si Ault era un colegio católico y, cuando le decía que no, me preguntaba si era episcopal.

Luego, se dirigía a mi madre y le preguntaba: «Linda, ¿el colegio de Lee es episcopal?». Su tono de voz sugería la sospecha de que podría estar ocultándoles ese sucio secreto a mis padres y que le correspondía a ella, Janice Pauleczk, sacarlo a la luz. Mi madre siempre respondía risueña y con dulzura algo así como: «La hacen ir a la iglesia seis días a la semana. ¡No se puede pedir más!».

Pero aquel año... En serio, ¿a quién le importaba lo que pensara Janice Pauleczk? ¿Qué más daba pasar unas horas sentada en su sala de estar? Ahora, mi felicidad estaba en otra parte. Cross me había besado por la noche y eso hacía soportables todas las partes de mi vida que no tuvieran nada que ver con él. Me pareció que antes de Cross era mucho más cascarrabias, siempre estaba descontenta. Cuando encontrabas la felicidad, te hacías más paciente. Comprendías que vivías muchas situaciones esperando a que desataran algo, y saberlo aliviaba esa presión. Ahora las vivías con tranquilidad, dejando que sucedieran. Además, al querer menos cosas te hacías más generosa. Sin duda, aquellas Navidades quería ser más generosa con todo el mundo con el que me encontrara en South Bend, sobre todo con mi familia.

Pasamos por delante del Kroger que había cerca de casa, por la tintorería y por el videoclub. Cuando estaba en South Bend, siempre me sorprendía lo prosaico que era todo. Me había acostumbrado a los edificios de ladrillo de Ault, a los senderos empedrados, a la torre gótica, a las repisas de mármol y las chicas rubias. Fuera de Ault, la gente estaba gorda, llevaba corbatas de color marrón o parecía malhumorada.

Entramos hacia el garaje y desde el coche vi que mi madre había colgado un letrero en la contrapuerta. Tapaba a medias la corona de flores de la puerta y decía: «¡Bienvenida a casa, Lee!». En las esquinas, había dibujado unas hojas de acebo.

—Qué bonito —dije.

—Oh, yo no dibujo así de bien. Le dije a Joe que lo hiciera, pero él se lo pidió a Danny. Así es como ha conseguido tu madre esa obra de arte.

—Eres la nueva Leonardo da Vinci.

—Más bien la nueva Leonardo da Torpe.

Y, entonces, en medio de esa conversación tan de estar por casa, sentí una

especie de presión creciente que terminaría lo más seguro en una explosión si no abríamos de una vez las puertas del coche. Sabía que me había acostado con alguien. También sabía que lo había hecho con alguien que no me quería. No estaba enfadada, pero sabía que merecía algo más. Claro que Ault era un lugar maravilloso que me tenía fascinada en todo momento. Pero ¿no me daba cuenta de que yo también era especial? «No soy especial, mamá». «Claro que sí, Lee. Puede que tú no te des cuenta, pero yo sí». Sin embargo, no estábamos hablando de verdad, ni siquiera nos miramos al salir del coche y coger la maleta del asiento de atrás, y entonces llegaron las palabras, una discusión para ver quién llevaba la maleta a casa. Discutimos más tiempo del que nos hubiera llevado entrar en casa.

—No quiero que te hagas daño —me dijo.

—Soy fuerte —respondí.

Cuando terminó ese momento, podría haberme olvidado de nuestra conversación imaginaria de antes. Pero por la noche, cuando ya le había deseado buenas noches (mis hermanos y yo les dábamos un beso en la mejilla a nuestros padres antes de acostarnos), vino a mi habitación. Llevaba su albornoz de rizo sobre el camisón (desde que tenía memoria, la había visto con una camisola de la Universidad de Notre Dame de color gris que le llegaba hasta las espinillas; a diferencia de mi padre, no le gustaban demasiado los deportes, así que se la habría regalado él o la habría comprado de oferta en el centro comercial) y tenía un rollo de papel higiénico en la mano, imagino que para llevarlo al baño de abajo. Se quedó en la puerta de mi habitación, y dijo:

—¿Te has traído los zapatos buenos?

—Sí, claro.

No se movió.

—Sabes usar una goma, ¿verdad, Lee?

—¿De qué estás hablando?

—Un condón... Supongo que así lo llamáis ahora.

—Por Dios, mamá.

—Solo te pregunto si te han enseñado.

—Sí —dije.

Debía de referirse a Ault, ¿había educación sexual en Ault? En realidad,

sí: cuatro reuniones después de clase en el invierno de segundo curso. Las reuniones se llamaban «salud humana», o SH, que la gente pronunciaba como un «sshhh» calenturiento. Yo nunca me había atrevido, para no ponerme en ridículo haciendo que jadeaba delante de otras personas (o pareciendo una aguafiestas por no hacer como que jadeaba delante de otras personas). Mis padres, por su parte, jamás me habían dado ningún tipo de orientación sexual, salvo una vez a los diez años cuando vinieron a cenar unos amigos suyos. Puede que dijeran algo así como que los chicos se volverían locos por mí de mayor y mi padre refunfuñó: «¡Se quedará virgen hasta los treinta! No hay peros que valgan. Y una cosa, Lee, que nadie te diga que el sexo oral no es sexo».

«¡Terry!», dijo mi madre, pero creo que se sintió más cohibida por los invitados que por mí. Imagino que pensaron que yo no sabía lo que era ser virgen o el sexo oral.

Ahora, de pie en el umbral de mi habitación y con el rollo de papel higiénico en la mano, mi madre dijo:

—No te estoy acusando de nada, ¿sabes?

Solo quería que se marchara. Sinceramente, oíla hablar sobre el tema con ese albornoz andrajoso hacía que el sexo pareciera repugnante. Pero no repugnante en un sentido intrigante, sino lisa y llanamente repugnante, tan común y corriente como las tareas domésticas. Era como notar el olor a la caca de otra persona saliendo del retrete mientras te estás lavando los dientes.

—Confío en ti, Lee —dijo mi madre.

—Mamá, ya lo he entendido.

—Pero no soy tonta. Las cosas no son como cuando yo tenía tu edad.

Si tenía que decir algo, diría algo así como «Pues mira qué bien».

—Tú ten cuidado... —dijo, se interrumpió y luego siguió—: si decides entregarte. —Qué torpe era mi madre. ¿Cómo es que no me había dado cuenta hasta entonces?—. Era lo único que quería decirte, cariño.

—Vale, mamá.

—Voy a desearte otra vez las buenas noches —dijo mi madre y entró en la habitación para darme un beso.

Cuando se marchó, volví a respirar tranquila y pude pensar en mis cosas sin tener que blindarme frente a ella. También me di cuenta de que había sido

injusta al actuar como si ella estuviera diciendo auténticos disparates. Y saber que era el tipo de madre que aceptaba mi farsa en lugar de reprenderme no me hizo sino sentir aún peor. Aunque quizá también lo que quisiera fuera disimular. Quizá no quería saber y se hubiera horrorizado si hubiera empezado a hablarle de Cross. Sencillamente, no teníamos un vocabulario común con el que poder tener esa conversación. Ya era tarde para contarle nada.

La mañana del 24, bajé a la cocina y, mientras me servía cereales, Joseph dijo:

—Guarda espacio para las «peloalbondis» a la bisoné.

—Eso fue hace años —dijo mi madre.

—Oye, Linda —dijo mi padre.

Lo miró.

—Dime.

—Que tengas una peluda Navidad —dijo papá.

En la Misa del Gallo (porque era medianoche, porque la iglesia olía a incienso, porque los villancicos me recordaban la infancia y porque afuera hacía frío y estaba oscuro), deseé que Cross estuviera sentado a mi lado en el banco, para estrecharle la mano y recostarme un poco sobre él. Lo haría con disimulo y nadie vería que nos estábamos dando la mano; solo quería que estuviera allí a mi lado y quedarme tranquila. Me imaginé a Cross con su hermano, su hermana y sus padres en Manhattan (su familia sería de esas que solo decoran el árbol con luces blancas y adornos de cristal), bebiendo whisky todos juntos y regalándose carteras de piel y corbatas de seda en lugar de calcetines y llaveros de plástico.

Pasó Navidad y pasó Nochevieja. No me quedaban amigos en South Bend, así que esa noche me quedé en casa con Tim comiendo *pizzay* viendo películas que le dejé elegir a él. Joseph salió con sus amigos, y mis padres iban todos los años a una fiesta al final de la calle. Antes de marcharse, mi madre gritó muy animada: «Pedidla con *pepperoni*», uno de esos comentarios que me parecían graciosos pero que también me daban ganas de llorar: por su concepto de extravagancia y lujo, por su preocupación por que me divirtiera y por sus atenciones conmigo. Al final, llegó la víspera de mi regreso a Ault.

Esa había sido para mí todo el tiempo la verdadera cuenta atrás.

Era sábado y una chica de la clase de Joseph celebraba su decimoquinto cumpleaños en una pista de patinaje. A las diez en punto, fui con mi padre a buscar a mi hermano. Me preguntó si quería acompañarlo y, aunque normalmente hubiera dicho que no, ahora quedaban menos de veinticuatro horas para marcharme. Además, ¿no me había propuesto ser más generosa esas vacaciones?

La pista quedaba a veinte minutos de casa. Mi padre se acercó a un edificio grande y de poca altura. El aparcamiento era enorme y estaba medio vacío; había unos cuantos chicos dando vueltas frente a las grandes puertas acristaladas, con gorros, pero sin abrigos.

—¿Está por ahí? —preguntó mi padre y, sin darme tiempo a responder, añadió—: Maldita sea. —Eché el freno de mano sin apartar el coche de la entrada ni apagar el motor—. Le dije que estuviera listo.

—Voy a buscarlo —dije.

Si papá iba a buscar a Joseph, su mala leche habría sido más humillante que cualquier cosa que hubiera podido decir, a lo que se sumaría la compasión de los demás chicos por tener un padre que se portara de manera tan mezquina. ¿Cómo iban a entender que, en realidad, lo que tenías era un padre al que le daba completamente igual lo que pensarán los demás? Eso, en realidad, era una forma de mezquindad, pero no extrema, ni mucho menos.

Dentro estaba oscuro y una bola de discoteca destellaba sobre la pista. Me quedé en una punta, viendo pasar a la gente, y tardé un rato en localizar a Joseph. Entonces lo vi sentado en un banco y atándose los zapatos, con otro chico a su lado. Me acerqué a ellos.

—Date prisa; papá está esperando.

—Dijo a las diez y cuarto.

—Son las diez y cuarto pasadas.

—¿Y qué te parece que estoy haciendo? No seas pesada.

—Que te den por ahí —dije, y el otro chico abrió los ojos de par en par. ¿Me había portado como mi padre? No, Joseph y yo estábamos al mismo nivel, no le estaba acosando... Era una discusión normal y corriente.

Joseph se dirigió a su amigo.

—¿Quieres que te acerquemos?

—No, iré con Matt.

—Vale. Hasta luego.

Cuando el otro chico no podía oírnos, le dije:

—No deberías haberle ofrecido venir. Ya sabes de qué humor está papa.
¿Dónde vive ese chico?

—En Larkwood.

—Eso está a veinte minutos de casa.

—Para empezar, son diez. No me sorprende que no lo sepas: ni siquiera vives aquí. Y en segundo lugar, los Petrash me llevan siempre a todas partes. Les debemos un montón de favores.

—¿Que les debemos un montón de favores? —repetí—. ¿Qué pasa? ¿Has estado viendo películas de la mafia?

Al salir afuera, se adelantó un poco, así que llegó antes al coche y abrió la puerta del asiento delantero.

—No te sientes ahí —dije.

—¿Y por qué no? —Se metió dentro—. Hola, papá. Perdona por llegar tarde. —Lo oí decir.

Dio un golpecito en el cristal de su ventanilla, me miró y dijo moviendo los labios: «Entra».

Yo sacudí la cabeza y él bajó la ventanilla.

—Papá dice que te sientes atrás —dijo—. Te estás portando como una tonta.

Se me pasó por la cabeza echar a andar, llamar a un taxi y pedirle al conductor que me llevara directamente al aeropuerto. Pero no podía hacerlo: no tenía el monedero, ni el billete de avión, ni la ropa y los libros que debía llevarme a Ault. Abrí la puerta de atrás y me subí al coche. Seguía furiosa.

—¿Es que no podías abrir la puerta de atrás? —dijo mi padre. Lo dijo burlón y sarcástico; al parecer, ya no estaba de mal humor.

—Joseph no debería ir delante —dije yo.

—Es lo justo —dijo Joseph sin mirarme—. Tú has venido aquí sentada a la ida.

—Claro, en el viaje de ida para buscarte, caraculo.

—Oh, ¿es que papá necesitaba ayuda para conducir? Seguro que le has ayudado mucho. Me han dicho que conduces muy bien. —Se rio (la gracia

estaba en que, aunque había cumplido los diecisiete en junio, aún no tenía carné) y mi padre también se rio.

—Mira, Lío —dijo mi padre—. Cuando lleguemos a casa, aparcaré, Joseph y yo nos bajaremos del coche y tú podrás ponerte aquí delante todo el tiempo que quieras.

Se rieron a carcajadas y yo los odié. Los odié porque pensaban que podían burlarse de mí e insultarme, porque sacaban lo peor de mí y porque todo eso me resultaba tan familiar y tan auténtico que mi vida en Ault parecía una mentira. Esto era yo: una persona insignificante, furiosa e impotente. ¿Cómo es que me importaba siquiera quién se sentara delante?

No dije nada en todo el trayecto. Ellos hablaron sobre la fiesta de cumpleaños (Joseph les contaba muchas más cosas a mis padres que yo), y la conversación derivó luego hacia el equipo de baloncesto del instituto rival del de Joseph. Hablaban de chicos que se me habían olvidado o a los que nunca había llegado a conocer. A mitad de camino, mi padre miró por el retrovisor, nos miramos a los ojos (desvié la mirada inmediatamente) y dijo:

—Joseph, he de reconocer que tu hermana nunca había estado tan ingeniosa en ninguna conversación.

Se echaron los dos a reír, sobre todo mi hermano.

Al llegar, bajé del coche sin darle tiempo a apagar el motor, di un portazo y entré en la casa. En mi habitación, me quité el abrigo y me metí en la cama sin desvestirme, sin lavarme los dientes ni la cara, y lloré de pura rabia. Sin gemidos atragantados, sino con largos silencios interrumpidos por estallidos de llanto. Mi madre llamó unos quince minutos más tarde, dijo mi nombre en voz muy baja y yo me hice la dormida. Abrió la puerta, pero no entró en la habitación.

—Buenas noches, cariño —dijo. Seguramente supiera que me estaba haciendo la dormida.

Estaba claro por qué era como era. En esta familia, podían reírse de ti en cualquier momento, el humor de alguien (el de mi padre) siempre estaba a punto de cambiar y nunca podías relajarte ni bajar la guardia. Sus burlas eran tan cándidas como hirientes, y podían ser sobre cualquier cosa. Por eso, no era de extrañar que nunca quisiera que Cross me viera desnuda.

Los odiaba porque pensaban que era como ellos, y eso significaba que, si

tenían razón, me había traicionado a mí misma y, si se equivocaban, los había traicionado a ellos.

Creo que empecé a pensar seriamente en las flores de San Valentín meses antes (incluso en segundo y tercero, cada año me preguntaba si habría alguna probabilidad, aunque fuera la más remota del mundo, de que Cross me regalara una y, al parecer, nunca la había habido), pero después de las vacaciones de invierno el tema se convirtió en una auténtica obsesión.

Todos los años recibía un clavel rosa (amistad) de Sin-Jun y un clavel blanco (admirador secreto) de Martha, con sus correspondientes notas. La de Martha decía, con su inconfundible letra, algo así como: «De tu fogoso hombre misterioso». En segundo también me regalaron claveles de color rosa Dede (y me arrepentí de no haberle regalado uno yo también) y la señorita Prosek, una de las pocas profesoras que participaban en el intercambio de flores. Muchos no ocultaban su desaprobación. Nunca me habían regalado una rosa, que significaba (por supuesto) amor y que costaba 3 dólares frente al dólar y medio de los claveles. La venta de flores la organizaba para recaudar fondos el CSA, el Comité Social de Ault. Cada año, al frente del club estaban las chicas más monas de tercero, que se encargaban de organizar las fiestas y el Carnaval de primavera. Y ahí residía precisamente la debilidad más previsible y más estimulante del intercambio de flores: las chicas del CSA leían todas las notas. Todo pasaba por sus manos y, cuanto más cerca se encontraba el receptor o el remitente de su círculo social, más interés ponían por esa flor en particular. Así pues, no había de verdad ningún secreto al enviar un clavel de admirador secreto.

A eso de la medianoche del 13 al 14 de febrero, los miembros del CSA (tenían permiso para saltarse la recogida, ¡tenían trabajo que hacer!) dejaban las flores en las residencias, metidas en enormes cestas de color marrón. Allí estaban las flores, en medio de la sala común, frescas y esplendorosas, como los alimentos en los refrigeradores de un supermercado, con las notas puestas alrededor de los tallos de forma que no pudieras abrir una nota que no estuviera dirigida a ti para leer lo que decía. La idea era dejar listas las flores para la mañana siguiente. La realidad era que, a las doce y cuarto como tarde, las cestas ya estaban hechas un revoltijo. Solía ser obra de alguien como

Dede, alguien que no sabía cuántas flores le iban a llegar y no podía contener la impaciencia. Por el contrario, alguien como Aspeth entraría tranquilamente en la sala común justo antes de ir a la capilla para recoger su botín. Era imposible saber si esperaba tanto para que todo el mundo viera cuántas flores le habían dado o porque realmente le daba igual. En primero, Aspeth había recibido seis claveles rosas, once claveles blancos y dieciséis rosas rojas, doce de ellas de un chico de segundo llamado Andy Kreeger que nunca había hablado con Aspeth (pensé que seguiría recordando esos números cuando ya se me hubiera olvidado la fecha de la batalla de Waterloo o el punto de ebullición del mercurio).

A principios de febrero de cuarto, estaba tan obsesionada por la entrega de flores que me sorprendió recibir el formulario para hacer mi pedido en el momento en el que, excepcionalmente, había dejado de pensar en ella. Con el formulario en la mano, me sentí como si me hubieran pillado con las manos en la masa, como si no fuera un formulario en blanco como el de todo el mundo, sino que estuviera ya relleno y a la vista de todos. Lo metí a toda prisa en la mochila.

Esa noche, en la habitación, Martha dijo:

—Te juro que es como si fuera la última vez que voy a hacer esto. ¿A ti no te pasa?

—Supongo —dije, y después de una pausa—: ¿Crees que debería enviarle una flor a Cross?

—Si quieres...

Mientras intentaba aclarar cuál sería mi siguiente idea (este tema me bloqueaba y no me dejaba pensar), Martha dijo:

—Yo sí.

—¿El qué? ¿Vas a enviarle una flor a Cross?

Asintió.

—¿De qué color?

Empezó a reír.

—Roja, por supuesto. Lee, ¿en qué estás pensando?

No me hizo gracia. ¿Cómo es que no se daba cuenta?

—Entonces, ¿vas a enviarle una de color rosa?

—Si no quieres, no se la mando.

Así me desarmaba siempre, por lo franca y abierta que era. Me dejaba elegir a mí. Dejaba la decisión en mis manos.

—No, claro. Envíasela —dije—. Después de todo, trabajáis mucho juntos, sois amigos.

¿Cómo es que estaba alentándola sobre Cross? ¿Cómo habíamos llegado a ese punto? De pronto, no quise seguir teniendo esa conversación.

La noche del simulacro (fue también a principios de febrero), Cross y yo nos habíamos quedado dormidos. La sirena empezó a sonar a un volumen espantoso y abrí los ojos aterrorizada. Al principio, porque no sabía qué estaba pasando, y luego, porque lo supe. Cross ya había saltado de la cama y se estaba vistiendo. Entre la oscuridad no del todo cerrada vi cómo le rebotaba el pene. Tenía los muslos y el pecho totalmente blancos. Lo cierto es que nunca había mirado con detenimiento su cuerpo desnudo y que, incluso cuando había tenido oportunidad, había desviado la mirada (no tenía muy claro si quería ver un pene). Tampoco estaría mirando en ese momento si hubiera habido luz o si no estuviera sonando la alarma. Pude hacerlo precisamente por esas distracciones y porque él estaba distraído. Entonces, nos miramos y me dijo: «Levántate». Igual lo dijo gritando, pero apenas pude oírlo con la alarma de fondo. Me puse en pie. Ya iba en camisón. A veces, aunque a él no le gustaba, me lo volvía a poner después de hacerlo. Se abrochó los pantalones y se puso la camiseta y el jersey. Cogió el pomo de la puerta, se volvió hacia mí y gritó: «¡Vamos!». En el umbral, se quedó parado y miró en ambas direcciones. Hacia la derecha estaba la habitación de Martha y mía, otras dos habitaciones más, el cuarto de baño y una salida de emergencia que daba a no sabía dónde. Hacia la izquierda, más habitaciones y las escaleras que llevaban a la sala común. Tras él, miré hacia el pasillo. Sorprendentemente, todavía no había nadie. Cross salió a toda velocidad. Giró a la derecha, corrió pasillo abajo y empujó la puerta de la salida de emergencia. Pensé «¡Ay, Dios!», pero caí en la cuenta de que la alarma ya estaba sonando y que no iba a saltar. La puerta todavía no se había cerrado del todo cuando Diana Trueblood y Abby Sciver salieron de su habitación, con sudaderas de forro polar por encima del camisón.

Me sentí abandonada allí, en medio del pasillo. Me pareció muy

desconsiderado que Cross hubiera salido corriendo de aquella forma, sin despedirse, sin darme un beso, sin siquiera pasarme un dedo por la mejilla o por el hombro.

Entretanto, el pasillo se había llenado de gente y, por detrás de las cabezas de Diana y de Abby, mi mirada se encontró con la de Martha. Salió de nuestra habitación, me vio, dio media vuelta y volvió a salir, esta vez con mi abrigo y mis zapatillas en la mano. Me los pasó y levantó las cejas (¿dónde está Cross?). Yo sacudí la cabeza (no nos han pillado).

Al salir afuera, el sonido de la sirena se oía amortiguado, como si la hubieran tapado con una manta. El aire estaba helado. Nos quedamos todas de pie a la entrada de la Elwyn, echando vaho al respirar; algunas chicas estaban descalzas y alguien echó una sudadera al suelo, para que se pusieran encima, apelotonadas. La señora Elwyn fue diciendo nuestros nombres y tachándolos de la lista. Las chicas se quejaban y soltaban tacos con la voz ronca, pero había buen ambiente. Los simulacros de incendio siempre tenían algo de festivo.

Había otros grupos igual que el nuestro a las puertas de otras residencias. Todas las residencias de este lado de la glorieta habían salido al patio. En algunas habitaciones seguían las luces encendidas y las persianas subidas, y se veían los pósteres colgados de las paredes y los jerséis saliendo de los cajones abiertos de las cómodas. Busqué a Cross entre los chicos que había a la puerta de la residencia de Barrow. Llevaba puesta su cazadora negra, así que había conseguido volver a su habitación y aún le había sobrado algo de tiempo. Estaba hablando con Devin y con unos cuantos chicos más, y por un momento no comprendí nada. ¿De verdad acabábamos de estar metidos en la misma cama? ¿Nos conocíamos siquiera? Lo tenía a poco más de diez metros, pero bien nos podía haber separado un lago de aguas profundas.

Casi me molestaba la rapidez con la que había desaparecido de la residencia. Se había escapado por solo unos segundos, pero lo había logrado, ese era el hecho. Y ahora era como si hubiera pasado toda la noche tranquilamente en su cama. Quería que hubiera estado tan desorientado como yo, que no se le hubiera ocurrido salir por la puerta de emergencia (solo a mí no se me habría ocurrido) y que hubiera bajado por las escaleras a mi lado, medio dormidos y esquivos los dos ante la mirada de todas las demás chicas.

Luego, se habría escabullido hacia su residencia y tal vez no lo habría pillado ningún profesor, aunque tal vez quería que lo pillaran, que nos pillaran a los dos (no nos echarían porque infringir las normas de visita era una falta menor, pero se enteraría todo el mundo). Empezó a dolerme y cada vez me dolió más y más, como siempre pasa por la noche. Todo había sucedido demasiado rápido. Había pasado muy poco tiempo desde que se esfumara la oportunidad de que todo fuera distinto. Luego, después de volver a entrar, después de irme a dormir a la habitación con Martha y después de levantarme a la mañana siguiente, pensé que cuando todavía estábamos a las puertas de nuestras residencias no había sido demasiado tarde. Que podía haberme acercado, que podía haber buscado una excusa o montado una escena, que podía haberme puesto a llorar. Habría sido como cuando estás borracha, como esas veces en las que te sientes lo bastante bebida para hacer lo que quieres, pero aún te frena el sentido de lo que es racional o conveniente. Sin embargo, al día siguiente, ya de resaca, te das cuenta de que el alcohol te había dado una oportunidad que deberías haber aprovechado. Seguramente hubiera sido bochornoso, pero, al no dar el paso, dejaste escapar algo irrecuperable.

Mientras sonaba la alarma, hacía mucho frío y casi nadie llevaba abrigo. Algunas de las chicas se pusieron a aullar hacia el cielo, como si fueran lobos.

—Dejadnos entrar —gritó Isolde Haberny sin dirigirse a nadie en particular.

—Que se acabe esto ya, por favor —dijo Jean Kohlhepp, sin levantar la voz.

Ahora me digo: «Jean, mi querida Jean, tu deseo se ha cumplido». El simulacro de incendio ha terminado. Y también todo lo demás. ¿Cómo éramos tan quisquillosas con algo que iba a terminar tan pronto? Hoy, todo ha quedado atrás. Todo, hasta las partes aburridas, cuando nos estábamos congelando afuera y la mitad de las chicas estaban descalzas. Muy atrás.

Dos días después apareció en la recogida Hillary Tompkins, la Hillary cuyo saco de dormir me parecía mío a esas alturas, lleno hasta arriba del semen reseco de Cross. No le presté demasiada atención. Hillary no solía

quedarse a pasar la noche en la residencia, pero al día siguiente había examen de química, así que supuse que se quedaría a estudiar.

Pero, entonces, levantó la mano para decir algo en los avisos y, cuando la señora Elwyn dijo su nombre, Hillary tomó la palabra:

—Ayer encontré unas bragas en mi habitación. Y no estaban limpias.

Las demás chicas se echaron a reír y, aunque Hillary también dibujó una sonrisa, estaba claro que estaba enfadada.

—Las he tirado a la basura —continuó—, así que, si son tuyas, te has quedado sin ellas. No tengo ni idea de cómo llegaron allí, pero intenta ser un poco más considerada y no dejes ropa interior mugrienta en la habitación de otra persona.

Gina Márquez, una chica de tercero bastante escandalosa, gritó: «¡Eso, escucha bien!», y empezó a aplaudir. Se le unieron casi todas las demás. Yo estaba completamente roja y me dolía un poco el pecho por la ansiedad. Miré a Martha, que no aplaudía ni sonreía. Pero tampoco me miraba, y en sus ojos no había rastro de comprensión. Martha era de esas personas que nunca se dejarían olvidada por ahí la ropa interior. Yo era de las personas que pensaban que nunca lo harían, pero acababan haciéndolo. La actitud de Martha parecía decir que el simulacro de incendio no servía de excusa.

—¿Era un tanga? —gritó Gina.

—Calma, señoritas —respondió la señora Elwyn.

No era un tanga. Eran unas bragas blancas con lunas y estrellas. Las lunas eran unas líneas de color azul, y las estrellas, pequeñas y amarillas.

Había decidido hacía tiempo que la víspera de San Valentín no saldría por la noche a rebuscar en la cesta de flores. Me echaría a dormir y recogería lo que hubiera por la mañana. Después de todo, una de cuarto no debía mostrarse impaciente.

Les había enviado claveles rosas a Martha, Sin-Jun y, al final, también a Cross. No podía correr el riesgo de enviarle un clavel blanco ni una rosa, pero tampoco podía dejar de enviarle algo. En la nota, había escrito: «¡Feliz San Valentín, Cross! Con cariño, Lee». Así esperaba calmar un poco las ganas de estar con él.

Y entonces, a las tres de la mañana, me desperté por cuarta vez entre

sueños delirantes y repetitivos sobre las flores (que no me había enviado nada, que me había enviado flores pero que no encontraba dónde meterlas, que le había enviado una docena de rosas a Aspeth, todas de un tamaño monstruoso, un ramo de dos metros de altura...). Fui al baño y, cuando me estaba lavando las manos, me miré al espejo y supe que iba a hacer lo que en realidad llevaba planeando hacer mucho tiempo.

Las luces de la sala común estaban encendidas (como las del pasillo, no se apagaban nunca), pero todo estaba en silencio. Había dos cestas de plástico y, al verlas, se me aceleró el corazón. Qué angustiioso era despejar por fin la duda que me rondaba desde hacía tanto tiempo. Me acerqué con las manos temblorosas. Miré alrededor, para comprobar que no había nadie al acecho. Me puse delante de las cestas y cogí una flor, luego otra, y otra más. Al principio, las cogía con delicadeza, para que no se notara que había estado buscando. Pero enseguida estaba rebuscando atropelladamente, apartando sin cuidado las que llevaban el nombre de otra. Para cuando encontré la primera flor con mi nombre, ya estaba totalmente descontrolada. Y, para colmo, la nota solo era de Martha (una rosa). No me molesté ni en abrirla, porque reconocí su letra. No había nada más para mí en toda la cesta.

Pasé a la segunda, que tenía la mitad de flores. Esta vez, miré primero las rosas. Entonces vi una con mi nombre escrito en mayúsculas con tinta azul, y me embargó la alegría, un estallido de euforia. Abrí la nota, me costó demasiado tiempo (en realidad, no tardé ni un segundo). Estaba emocionada, tiritando de gratitud y repitiendo en mi cabeza: «Por fin, por fin, por fin». Tan desbordantes eran los sentimientos que siguieron rebosando incluso unos instantes después de descubrir que la flor no era de Cross, sino de Aubrey (¿Aubrey? ¿Aubrey?). La felicidad que acababa de sentir todavía me hacía pensar: «Quizá Cross ya es mi novio, quizá me lo he ganado en estos meses; ha tardado un poco, pero se ha dado cuenta de lo que valgo», como de resaca. Sin embargo, en realidad ya había comprendido la verdad (era como cuando hacíamos series en baloncesto; en la última, ibas tan rápido por la pista que no podías parar directamente, aunque el ejercicio ya había terminado), así que también pensé: «¿Por qué narices me habrá enviado Aubrey una rosa?». Solo iba a segundo, y además era un chico, así que seguramente no entendía bien el significado de la entrega de flores. La nota decía: «Estás mejorando mucho

en mates. ¡Sigue así! Aubrey».

Fue vergonzoso presenciar en soledad el auge y caída de mi propia alegría. Fue vergonzoso dar tanta importancia a cosas tan insignificantes. Y, aunque esa decepción fue ya considerable, seguí rebuscando entre las flores que aún quedaban y me desilusioné de nuevo al descubrir que Cross no me había enviado nada. Nadie me había enviado nada. Solo Martha y Aubrey, ni siquiera Sin-Jun. Como después de una borrachera, me habría gustado deshacer lo que acababa de suceder. Aunque los resultados fueran a ser los mismos y solo tuviera dos flores, ¿por qué no era capaz de levantarme por la mañana como una persona normal, recordar que era San Valentín, pasarme por la sala común camino del desayuno, recoger tranquilamente mis flores, ponerlas en agua en mi habitación y olvidarme de todo?

Y la cosa aún fue a peor. Por la mañana descubrí que Martha había recibido siete flores (antes de ser delegada, nunca le habían regalado más de cuatro) y una era de Cross. Las puso todas en un jarrón y no comentamos nada del asunto. Solo me dijo: «Tu nota era divertida», pero no me preguntó si Cross me había enviado alguna flor ni me dijo que a ella sí le había regalado una. Me enteré mirando yo misma las notas cuando ella no estaba en la habitación. Le había regalado un clavel rosa. Todas sus flores eran claveles rosas. Pero, aun así. Eso quería decir que no era que Cross no hubiera enviado flores, sino que no me las había enviado a mí.

A finales de febrero, Cross se lesionó el tobillo. Después de dejar atrás el Día de San Valentín sin nada más que un escueto «gracias por la flor», hubo un periodo de ocho días sin visitas. Cuando lo vi en el comedor la noche del octavo día, pasé a su lado sin tan siquiera mirarlo. No sé si quería mostrarle que estaba molesta o justo lo contrario, pero en cualquier caso funcionó. Esa misma noche me despertó, pasamos a la habitación de Hillary y no dijimos nada, ninguno de los dos, sobre su ausencia. No tenía la sensación de que tuviera algo que ver con el clavel que le había enviado. Estaba claro que el clavel no había tenido demasiada importancia, ni para bien ni para mal.

Me preguntaba si nuestra relación se estaba descompensando. No es que las cosas hubieran estado equilibradas en ningún momento (yo estaba enamorada de él, y él era impenetrable), pero esa falta de equilibrio había

tenido su propia dinámica. Y siempre había estado claro.

Ahora, sin embargo, tenía la sensación de que debía retirarme un poco. Había dejado de ir a tres partidos seguidos y por eso no estaba allí el día en que se rompió los ligamentos del tobillo. Estaban jugando contra el Armony, con un pívot que medía dos metros. Cross realizó una bandeja, le hicieron una falta (el pívot del Armony bloqueó el disparo) y cayó sobre el tobillo. Lo tuvieron que llevar al hospital, donde le vendaron el tobillo y le dieron unas muletas. A menos de tres semanas de las vacaciones de primavera, estaba claro que la temporada había terminado para él.

Solo me enteré a las horas, cuando fui recomponiendo lo sucedido a partir de fragmentos de una conversación en la cena. Y luego, por Martha, que se enteró de lo que había ocurrido por el señor Byden, porque tuvieron que aplazar una reunión de la Junta Disciplinaria que estaba programada para aquella noche. Al escuchar la conversación de la cena, lo primero que sentí fue miedo de que le hubiera pasado algo grave. Luego, cuando supe que no, pasé a apropiarme de lo sucedido (¿el accidente no era también algo mío?).

—¿Ya ha vuelto del hospital? —pregunté.

No había dicho nada en toda la conversación y solo me miraron las dos personas que tenía sentadas más cerca. Una era Dede, y la otra, John Brindley, que también había estado en el taxi en primero.

—Seguro que ya está en la residencia —dijo John—. ¿Te vas a pasar?

Me costó darme cuenta de que hablaba conmigo. Dada mi relación con Cross, era una pregunta completamente lógica. Pero dado que la relación era secreta, la pregunta no tenía ningún sentido. Por todos los dioses, ¿qué pintaba yo en la habitación de Cross Sugarman? Casi ni nos conocíamos.

—¿Y por qué iba a visitar ella a Sug? —preguntó Dede, y John nos miró a la una y a la otra.

«¿Qué has oído?», quise preguntar. Si hubiera sido un bufón de esos que se divierten haciendo insinuaciones, seguro que habría dejado escapar algo más. Pero John era un buen chico y puede que hiciera la pregunta sin estar pensando en nada más.

—No, por nada —dijo.

—Igual me paso —intenté decir yo como si nada. Noté la mirada de Dede clavada en mí y yo evité mirarla a ella.

Durante un rato después de la cena, tuve la intención de pasar a verlo. Con su pregunta, John me había dado permiso. Después de todo, la idea había sido suya. La visita empezaba a las nueve, así que a las 20:35 me lavé los dientes, me eché perfume, me miré al espejo y me senté a esperar en la mesa. ¿Cómo iba a pasarme a ver a Cross? A saber quién estaba allí (seguro que Devin). ¿Y si Cross estaba pasando el rato en la sala común? Puede que se hubiera pedido una *pizza* y que estuviera viendo la tele con más gente. Nadie entendería qué hacía yo allí. Puede que no lo entendiera ni el propio Cross, así que, aunque no fuera grosero, podría actuar fríamente. O, al contrario, puede que intentara ser amable a toda costa y hacer como que no pasaba nada, para que yo estuviera cómoda. Sin embargo, verlo así de agobiado sería lo peor de todo. Además, al verme se quedaría de piedra. ¿Cómo iba a alegrarse? ¿Es que pensaba que podía ir allí, sentarme a su lado en el sofá y esperar a que me pasara el brazo por la espalda como si tal cosa? ¿En qué cabeza cabía, qué probabilidad había? Mínima, infinitesimal. Así que allí, sentada en la silla, me doblé hacia delante y apoyé la frente en las palmas de las manos. Querer estar con él era un tormento. Era un tormento tenerlo siempre tan cerca. Llevábamos todo el curso así, viviendo pegados, sabiendo que, si quisiera, podría acercarme a donde estaba y tocarlo. No tardaría ni un minuto. Pero, aun así, era imposible... y la idea me hacía perder la cabeza. No hay nada peor que enamorarse en un internado. La universidad es más grande y todo se diluye, y en la oficina os separáis al terminar la jornada.

Era insoportable saber que podía hacer algo que echara todo a perder. Que no podía confiar en mis impulsos. Solo quería que se hiciera de noche, que viniera a verme (ahora que iba con muletas, estaba claro que tardaría un tiempo en pasarse), que se echara encima de mí y poder dejar de desear todo lo que deseaba cuando no lo tenía cerca. Hoy en día, cuando pienso en Cross lo que más recuerdo es la espera, el confiar en que se presentase alguna oportunidad. No podía ir a su habitación, estaba decidido, lo que significaba que, para decirle lo preocupada que estaba por su lesión, tendría que salirle al encuentro en el pasillo cuando no hubiera mucha gente cerca, adivinar en fracciones de segundo de qué humor estaba y ajustar mi comportamiento en consecuencia, para que así todo fuera bien y pudiéramos seguir viéndonos.

Ahora me doy cuenta: dejé en sus manos todas las decisiones, aunque

entonces no tenía esa sensación. Estaba convencida de que las decisiones eran suyas por naturaleza, de que había unas reglas que cumplir que eran tácitas e inquebrantables.

Fui a ver la obra con Martha. Cuando Cross salió a escena, nos echamos todos a reír. La obra era *Hamlet* y, al dejar de jugar al baloncesto, le dieron el papel de Fortimbrás que la señora Komaroff, la profesora de teatro, había suprimido hasta ese momento. Sin embargo, era imposible verlo como Fortimbrás; no era más que Cross Sugarman con muletas y con un abrigo de visión anticuado. En ese momento, llevaba nueve días sin pasar por mi habitación.

Jesse Middlestadt y Melodie Ryan interpretaban a Hamlet y Ofelia. Jesse estaba en cuarto y era un chico delgado, agitado y sonrojado de Cambridge. Era de esos que les caen bien a las chicas sin llegar a gustarles (a mí siempre me alegraba compartir mesa con él en el comedor, porque hablaba mucho y era divertido) y de los que también les caían bien a los chicos. Melodie iba a tercero, tenía el pelo rubio, largo y rizado, pico de viuda y enormes ojos azules. Sabía que les gustaba mucho a los chicos y al verla siempre recordaba que en primero había salido con uno de cuarto llamado Chris Pryce y que decían que habían tenido sexo anal. Nunca supe si lo habían hecho una vez o de manera habitual. En cualquier caso, cuando la vi aparecer en el escenario pensé: «¿Es que no duele?». Luego me pregunté si a ella también le gustaría o si solo lo había hecho para contentar a Chris.

Sobre el escenario, antes de que Ofelia se ahogara, Melodie y Jesse se besaron y yo sentí celos de ellos, porque gracias a sus papeles en la obra pudieran besarse con tanta naturalidad en público y porque habían pasado todas las semanas de ensayo sabiendo que ese beso llegaría. Cada día habían sabido que iban a tocar al otro y que era una realidad que dependía de algo ajeno a ellos. No importaba nada lo que hicieran o dejaran de hacer.

Me tendría que haber matriculado en teatro, me dije, pero también para eso era ya demasiado tarde.

El mismo día en que me rechazaron en Brown y me aceptaron en Mount Holyoke y en la Universidad de Michigan (a esas alturas ya me habían

aceptado en Beloit y rechazado en Tufts, y aún faltaba por llegar el rechazo de la Wesleyana), al pasar corriendo por delante del aula del decano Fletcher, me di de bruces con Cross. Acababan de terminar todas las clases del día y estábamos solos.

—Hola —dijo—. Enhorabuena por lo de Michigan.

No tenía ni idea de cómo se había enterado.

—¿Vas a ir?

—Puede.

Sin duda, iba a ir, y el motivo era que la matrícula era mucho más barata que en una universidad privada y, además, me ofrecían una beca parcial, aunque de eso solo hablaría con la señora Stanchak y con mis padres. Mount Holyoke estaba más cerca de Boston, pero tampoco mucho, y a esas alturas ya sabía sin tener que admitirlo ante nadie, ni siquiera ante mí misma, que todo se estaba acabando. Las partes de Ault que no tenían nada que ver con Cross se estaban acabando y también las partes en las que estaba él. Y, si no era una chica con la que hablara delante de otras personas, desde luego no iba a ser una chica por la que cruzaría el estado ni a la que invitaría a su residencia de Harvard. Por todo eso, no le veía sentido a conversar con él sobre la universidad. Unas horas antes, cuando abrí las tres cartas, me había parecido lo más importante del mundo (por supuesto, lloré por Brown hasta cansarme), pero, con Cross delante, me pareció que aún quedaba todo muy lejos. Estábamos en marzo y seguíamos en Ault; las vidas que tuviéramos después parecían tan lejanas y extrañas como un bazar de Marruecos.

Señalé las muletas.

—¿Te duele?

—No mucho.

Por cómo lo dijo, pensé que debía de ser todo lo contrario. Lo dijo de buen humor. Me costaba imaginar a Cross quejándose de nada que le preocupara de verdad y, sinceramente, no sabía qué le preocupaba de verdad, aunque seguro que habría algo. Por primera vez, se me pasó por la cabeza que podía haber sido desconsiderada, incluso descuidada, por no haberle dicho nada en todo ese tiempo. Me vino a la memoria (¿por qué no había pensado en eso antes?) lo bien que se había portado conmigo cuando me desmayé en el centro comercial en nuestro primer curso.

—Siento mucho lo que te ha pasado —dije.

—No tienes la culpa.

—No, lo que digo...

—Ya sé lo que dices. Es una broma.

Me quedé mirándolo y, una vez más, me habría gustado decirle cuánto lo quería. Pero ¿cómo iba a decírselo a plena luz del día? De fuera llegaban los gritos de un chico y la respuesta a voces de otro. Eran las tres de la tarde, el momento de tranquilidad entre las clases y los entrenamientos. No puedo decir que me sorprendiera cuando señaló con la cabeza hacia el aula del decano Fletcher.

—¿Quieres que entremos?

Se me aceleró el pulso y sentí una presión en el estómago, mezcla de emoción y de angustia. En voz muy baja, le dije:

—Claro.

La puerta de la clase no estaba cerrada del todo y él la abrió con la muleta derecha y la cerró desde dentro de la misma forma. El día era gris y entraba luz de color gris por las ventanas. Cross no encendió las luces del techo. Era un aula con una mesa larga y rectangular. Sacó dos sillas de la mesa, puso una frente a la otra y, al verlo sentarse en una, pensé que la otra era para mí, hasta que lo vi poner el pie encima. Me puse a su lado, esperando instrucciones y me odié por mi nerviosismo y mi pasividad. ¿Dijo lo que dijo después porque sabía que yo quería que me dijeran qué hacer? ¿O ya lo tenía decidido antes de entrar en la clase?

En cualquier caso, le dije:

—¿Me siento encima de ti?

—Si quieres —respondió (por supuesto, nada más sentarme le pregunté: «¿Te hago daño?», y él respondió «Ninguno»).

Pensé que todo estaba bien, que solo quería tenerme entre sus brazos igual que yo quería tenerlo entre los míos, pero, cuando no llevábamos besándonos ni un minuto, murmuró:

—Estaría genial que me la chuparas ahora.

El suelo era de madera, tan duro que me dolieron las rodillas nada más apoyarlas. Además, no quería echarle todo el peso en los muslos porque... porque debía ser una experiencia placentera para él, así que tenía que

disfrutarla al máximo. No tenía que preocuparse por cómo estuviera yo.

Y entonces no hubo ninguna duda: le vi el pene, lo estaba viendo en ese mismo momento. Me preocupaba tanto que no viera mi cuerpo que había pensado que él sentía lo mismo. Estaba claro que no era así. ¿Por qué a la gente no le daba vergüenza quitarse la ropa delante de otros? Con los pantalones de pana y los calzoncillos bajados no estaba ni remotamente atractivo. Más bien parecía que estuviera en el retrete. ¿Quién se sentaría al día siguiente en esa silla sin saber que el trasero desnudo de Cross había estado justo encima? ¿Lo que llevaba días echando de menos era ese peso caliente, amargo y contundente en la boca y la presión de su mano en la parte de atrás de mi cabeza? ¿Era eso lo que se me había negado?

Con un gruñido, la sacó de la boca y se me corrió encima del jersey (era un jersey de lana marrón con motivos trenzados). Cuando todavía estaba él medio ausente, me sequé el semen con la manga y pensé que le pediría a Martha que lo mandara a la tintorería con sus cosas. Me levanté y me separé un poco. Quería marcharme (en mi residencia él era siempre el que se marchaba y yo la que le habría hecho quedarse para siempre). La situación era tan incómoda que se me podría quedar grabada en la memoria. Si lo conseguía, jamás volvería a estar a su merced.

Se había subido los pantalones, pero todavía no se había abrochado el pantalón. Sin levantarse de la silla, me dijo: «Acércate». Yo sentía desconfianza y estaba enfadada, así que me acerqué indecisa. Entonces, me rodeó con los brazos por la cintura, hundió la cara entre mis pechos, me abrazó con fuerza y a mí se me llenaron los ojos de lágrimas. No pude hacer otra cosa que apoyar las manos sobre sus hombros y acariciarle el pelo. Él siempre me decía lo suave que era mi pelo, pero nunca le dije que el suyo también lo era.

Las vacaciones de primavera se parecieron bastante a la Navidad, salvo que ahora la casa se quedaba vacía durante el día porque mis hermanos ya no estaban de vacaciones. Me pasaba el día viendo la tele sin siquiera ducharme y, algunas veces, cuando más triste estaba, abría la guía de Ault de mis padres (seguro que nunca la habían usado para nada) y leía la entrada de Cross. Había hecho lo mismo tantas veces en el colegio que ver su dirección y su

nombre impresos había perdido buena parte de su peso.

Cuando veía a algún amigo de la familia (lo que intentaba hacer lo menos posible), siempre me felicitaban por haber sido admitida en Michigan y, al darles las gracias, empezaba a interiorizar que iba a pasar allí los próximos cuatro años de mi vida. El sábado antes de volver a Ault, fui con mi madre a Ann Arbor, donde todavía estaban a bajo cero y el pavimento seguía helado. Dimos un paseo por el colegio y me compró una sudadera con capucha, aunque le dije que no me hacía falta. Volvimos a South Bend por la noche, porque mi padre nos dijo que podíamos quedarnos a dormir en un hotel si queríamos, pero no con su dinero.

Me llevó él al aeropuerto y yo, como siempre, me sentía muy aliviada por marcharme. Me abrazó junto al coche, me dio un billete de 5 dólares para comprar comida y se marchó. Después de facturar la maleta, me quedé llorando en la terminal. Cuando vas a un internado, siempre te estás separando de tu familia. No una vez, sino una tras otra. Tampoco es como cuando vas a la universidad, porque entonces ya eres mayor y casi es lo que se espera de ti. Lloré porque me sentía culpable y por lo autocomplaciente que era mi sentimiento de culpa. Hacía menos de veinte minutos que me había ido de casa, pero, al ver el escaparate de una tienda que vendía agua embotellada, tarjetas de cumpleaños y camisetas con la palabra *Indiana* en bonitos colores, los eché tanto de menos que estuve a punto de llamar a mi madre al trabajo para pedirle que viniera a esperar conmigo el avión. Se habría asustado, seguramente se habría puesto como una loca, pero habría venido. Sin embargo, si lo hubiera hecho, también se habría dado cuenta de lo que seguramente solo sospechaba: lo destrozada que estaba en realidad y lo engañados que habían estado esos cuatro años.

Estaría mejor en cuanto subiera al avión, y aún mejor, una vez en el colegio. Pero todavía seguía en la ciudad, y me parecía un error enorme haberme marchado de casa. Un error de juicio en el que todos habíamos caído.

La nota del despacho del director llegó más de un mes después de las vacaciones de primavera. Solo eran un par de frases y, aunque no parecía merecedora de tanto formalismo, iba escrita en el papel oficial del señor

Byden, con el membrete de Ault: «Me gustaría tratar de un asunto con usted. Sea tan amable de pedirle una cita a la señora Dershey». Se me heló la sangre. Así era cuando te pillaban. Estaba claro: al final, me habían cogido. Y no tenía nada de romántico ni de intrépido. Eran las 12:50 de la tarde y estaba sola. Y yo que siempre había imaginado que nos pillarían a Cross y a mí juntos. Quizá se habían chivado de mí, pero no de Cross. Puede que alguna chica (Hillary Tompkins sería mi primera apuesta) dijera que me había visto con un chico no identificado.

Subí las escaleras para salir de la sala del correo y me dirigí directamente al despacho del señor Byden. Lo mejor sería saberlo cuanto antes para quedarme tranquila. Seguramente no iban a expulsarme. Pero necesitaba saberlo.

—Es por lo del artículo, ¿verdad? —dijo la señora Dershey cuando me vio.

Se levantó y llamó a la puerta del señor Byden. Yo miré por la ventana, con vistas directas a la glorieta. Justo al otro lado de la plazoleta, frente al edificio de las clases, estaba el refectorio. La gente estaba saliendo de almorzar. Me sentía exactamente igual que en tercero, cuando me enteré de que podían desbrozarme (tu vida podía arruinarse de un instante al otro y la sensación me resultaba familiar hasta la náusea). Vi a Martha caminando con Sin-Jun. Aunque no les vi la cara, reconocí la melena oscura de Sin-Jun y la camisa de Martha, una rosa con botones.

—Lee —dijo la señora Dershey—. Puede atenderte ahora, si quieres.

—Adelante, pase —dijo el señor Byden desde su escritorio—. No se preocupe. Terminaré una cosa antes de atenderla. No tardaré.

El señor Byden intentaba mostrarse cercano con los alumnos (en segundo se disfrazó de Papá Noel en el último pase de lista antes de Navidad y todas las primaveras impartía clase de ética como optativa), pero, aun así, me intimidaba y siempre había evitado tener una auténtica conversación con él. Sabía cómo me llamaba, porque se tomaba la molestia de memorizar los nombres de todos los nuevos alumnos en el primer mes de curso. Desde primero, siempre que nos habíamos cruzado por algún pasillo me había dicho: «Hola, Lee» o «Buenas noches, Lee». A veces, estuve tentada de decirle que podía olvidar mi nombre si quería, que podía aprovechar ese

espacio en el cerebro para guardar el número de teléfono de algún antiguo alumno que estuviera forrado, por ejemplo.

Me senté en una silla con tapizado de brocado a rayas rojas y azules y brazos de madera. Había otra silla casi al lado y por detrás (eché un vistazo a su despacho mientras él seguía escribiendo) había un sofá, una mesa baja de madera de cerezo y varias sillas más. También había una chimenea con la repisa de mármol y, sobre ella, un retrato de Jonas Ault, de alrededor de 1860. Era la primera vez que estaba en el despacho del señor Byden, pero ya había visto el retrato en la guía del colegio. Jonas Ault, como nos recordaban todos los años en la capilla el Día del Fundador, había sido capitán de un ballenero, el rebelde hijo menor de una familia rica de Boston. Una noche antes de zarpar, su hija Elsa le rogó que se quedara con ella en casa, pero Ault no accedió a sus ruegos. Estando en alta mar con sus hombres, se encontraron con una tormenta tan horrible que Ault juró que, si conseguían regresar sanos y salvos, abandonaría la caza de ballenas. Sus hombres y él sobrevivieron, pero, al regresar a puerto, supo que Elsa había muerto tan solo tres días antes de escarlatina. En su memoria, fundó el Colegio Ault (no la Academia Ault, como decían mis padres; el nombre correcto era Colegio Ault). Aunque la historia tenía un cierto halo romántico que me gustaba, siempre me preguntaba por qué fundaría un colegio para chicos en recuerdo de su hija. De haber estado viva, habría tenido que esperar a cumplir 104 años para poder ir a clase.

—Estupendo —dijo el señor Byden—. Gracias por responder tan rápido. Si me lo permite, me gustaría hacerle un par de preguntas y explicarle por qué la he hecho venir. ¿Le parece bien?

—Claro —dije, y añadí—: Señor. —Aunque quería sonar respetuosa, al salir de mi boca creo que sonó sarcástico. En cambio, cuando lo decían los alumnos sureños, el «señor» y el «señora» sonaban de lo más natural del mundo.

—Vino usted en primero, ¿verdad?

No era la pregunta que esperaba. Asentí.

—¿Cómo describiría su experiencia en Ault? En términos generales. Recuerde que no estoy buscando ninguna respuesta en concreto.

Sabía que eso no era nunca así.

—Me gusta estar aquí —dije, mientras pensaba: «Que no me eche. Ojalá no me haya pillado».

—Dígame, ¿qué es lo que más le ha gustado?

Miré por la ventana y vi a varios alumnos de cuarto tumbados en la glorieta. También estaban ahí Martha y Sin-Jun. Llevaba haciendo mucho calor desde las vacaciones de primavera, y casi siempre había gente de cuarto tumbada o sentada en grupos en la glorieta. Era como si se fueran relevando para que siempre hubiera alguien allí, en una gran empresa colectiva. Yo no me había pasado ni una sola vez: habría sido como presumir de perder el tiempo. No me importaba quedarme sentada en la habitación sin hacer nada, escuchando música o mirando un punto fijo en la pared. Sin embargo, en mi cabeza, perder el tiempo sola no era tanto perder el tiempo como mantener a raya la desesperación.

Volví a mirar al señor Byden. Cross había sido lo mejor de Ault; en ese momento lo vi claro.

—Lo que más me ha gustado de Ault han sido los amigos —dije.

—La convivencia en las residencias es muy especial, ¿verdad? —dijo el señor Byden—. Se forjan lazos muy estrechos.

—Además, Martha y yo hemos compartido habitación tres años. Es muy bonito.

—Lo sé todo sobre usted y Martha, puede creerme. He oído cosas fantásticas acerca de las dos.

«¿Y quién se las ha contado?», pensé.

—¿Y qué tal las clases? —dijo el señor Byden—. Tuvo algún problemilla con matemáticas para el cálculo, ¿verdad?

Me volvió a entrar pánico. Quizá por eso estaba allí, quizá habían descubierto después de tantos meses que había copiado. Sin embargo, el señor Byden sonreía, con una expresión que parecía decir: «Menudo tostón las mates, ¿eh?».

—Este año voy mucho mejor —dije—. Mis notas han subido.

—Y va a ir a la Universidad de Michigan, si no me equivoco.

Asentí.

—Es un buen centro —dijo—. Una de las mejores universidades públicas, sin duda alguna.

Sonreí sin decir nada. Fuera de Ault podías fingir alegría por ir a la Universidad de Michigan e incluso, según con quién te comparases, sentirte feliz de verdad. Pero el señor Byden y yo sabíamos que, estando en Ault, no era ninguna suerte.

—¿Se siente preparada para ir a la universidad? —preguntó el señor Byden.

—Sí, sin duda. He recibido una educación excelente. —Era completamente cierto.

—¿Cuáles han sido sus asignaturas favoritas?

—Historia de tercero con el decano Fletcher me gustó mucho. También historia de segundo, con el señor Corning. Ah, y también me ha gustado ciencia ambiental. Me dio clase la señora McNally. Todos los profesores son muy buenos, en serio. Es a mí a quien a veces no se me ha dado bien algo.

El señor Byden se echó a reír.

—Nadie es perfecto, ¿verdad? Pero sé que, a su manera, también ha aportado mucho a nuestro colegio.

¿Qué narices quería de mí?

—Iré directo al grano. *The New York Times* quiere publicar un artículo sobre el colegio.

—Caramba.

—Bueno, sin duda es una gran oportunidad. No obstante, tener la atención de los medios siempre es un arma de doble filo. Conviene abordarlo con cautela, sobre todo en estos tiempos; la opinión pública no está precisamente enamorada de los internados. El *Times* es un diario de primera, por supuesto, pero a veces los medios tienden a reforzar los estereotipos existentes, en lugar de tomarse la molestia de contar la realidad. ¿Sabe a qué me refiero?

—Creo que sí.

—En Ault, estamos todos muy orgullosos de nuestro colegio y cuando el *Times* venga a hacer sus entrevistas, queremos que hablen con alumnos que

reflejen ese orgullo. No estoy diciendo, y perdóneme la expresión, que vayamos a dictarle lo que debe decir. Lo que buscamos son alumnos que puedan dar una imagen del colegio que se ajuste a la verdad. Lo que quiero preguntarle es si podría ser una de esos alumnos.

—Oh —dije yo—. Claro que sí.

—Fenomenal. Por lo que he entendido, el motivo del artículo es mostrar la transformación de los internados estadounidenses. Ault representará a otros centros como Overfield, Hartwell Academy, St. Francis y demás. Lo que intentan transmitir es que nuestros colegios ya no son cotos cerrados para los hijos de los ricos y poderosos. Tenemos chicas, tenemos negros, tenemos hispanos... A pesar de su reputación, los internados son un fiel reflejo de la sociedad del país.

—Entonces, ¿yo hablaré como chica?

—Como chica o como representante de cualquiera de los grupos a los que pertenece.

Me pregunté si pensaba que las apariencias engañan y que, en realidad, era de la tribu de los apalaches o algo así.

—¿Tengo que decir algo en especial?

El señor Byden sonrió. Aún pienso a veces en aquella sonrisa.

—La verdad, solamente —dijo.

Cross solo había venido a verme una vez desde las vacaciones de primavera, unas dos semanas antes de mi conversación con el señor Byden. Cuando volví al colegio después de las vacaciones, lo estuve esperando desde la primera noche, porque era lo que me habría gustado. Todo el tiempo me olvidaba de que no bastaba con querer algo para que sucediera. A medida que pasaban los días, lo esperaba menos y pensaba más en él. Lo primero que pensaba al abrir los ojos por la mañana era que había pasado otra noche más sin que viniera. A lo largo del día, estaba atenta a todo lo que hacía. Ya no iba con muletas, y en el desayuno, o en la capilla si se había saltado el desayuno, o en el pase de lista si se había saltado la capilla (esto no podía saltárselo porque lo hacía él junto con Martha), me fijaba en qué ropa llevaba puesta, para luego, a lo largo del día, estar al acecho de esa camisa roja y blanca o del chaleco negro de forro polar. Era como si su ropa prestara

carácter a la jornada. No hablaba con él jamás, pero me tranquilizaba verlo. Si en el almuerzo estaba a dos mesas de la mía, al menos sabía que no estaba en el hangar de remo haciéndolo con Aspeth.

Al principio, había tenido miedo de que Cross aprovechara las vacaciones de primavera para cortar la relación y no volver a pasarse por mi habitación. Por tanto, si se pasaba después, sería extremadamente tranquilizador y supondría que habría más de una visita. Pero entonces vino y sentí que, a pesar de lo que había pensado, las cosas no estaban bien. Nos habíamos distanciados: lo noté al instante. Yo estaba excesivamente atenta, y él, distante. Lo hicimos, tardó mucho en llegar (nunca había tardado tanto) y, nada más terminar, me di cuenta de que quería marcharse. Aun así, no lo hizo y nos quedamos dormidos. Al rato, noté que me estaba sacudiendo para despedirse. Ya estaba vestido, aunque eran poco más de las tres. Pensé que no debería haberme quedado dormida o que, al menos, debería haberme despertado con él para detenerlo antes de que bajara de la cama. No convenciéndolo con palabras, claro está, sino distrayéndolo físicamente, dándole un motivo para quedarse.

Se inclinó hacia mí, con una mano apoyada sobre mi hombro. Doblé el brazo, le cogí la mano y él me dejó hacerlo. Luego, me dio un apretón y se soltó.

—Aún es pronto —le dije. No susurré, pero al estar medio dormida soné quejumbrosa.

—Me tengo que ir. —No dijo nada más. No me dio ningún motivo.

Mi cabeza empezó a llenarse de preguntas, cada vez más clamorosas. «¿Dónde has estado? ¿Qué he hecho? ¿Vas a volver? Por favor, vuelve porque creo que no podré soportarlo si no vuelves». ¿Esta visita había sido de prueba y mi comportamiento no le había gustado?

—¿Todo bien? —dijo. Tiró hacia arriba del saco de dormir para taparme los hombros y me dio una palmadita en el brazo.

Claro que nada estaba bien. Aun así se marchó y, cuando me quedé sola, pensé en todas las veces que me había preguntado si las cosas no iban bien entre nosotros, si le estaba dejando de gustar o si ya no le interesaba. Cada una de esas veces, había refrenado el impulso de preguntarle y me había sentido orgullosa, porque preguntar no habría hecho sino precipitar el final. Y

también porque (eso lo entiendo ahora) no hacía falta preguntar. Cuando algo se terminaba, lo sabías.

La periodista de *The New York Times* se llamaba Angela Varizi. Había imaginado que vendría un cincuentón, macilento, medio calvo y con un traje oscuro, pero al entrar en el aula del decano Fletcher, donde estaba entrevistando a los alumnos, vi a una mujer que no llegaría a los treinta. Estaba sentada al extremo de la mesa y, cuando se levantó para darme la mano, vi que llevaba puestos unos vaqueros (en contra de las normas de vestuario del colegio), botas camperas y una camisa blanca. Llevaba el pelo recogido en una coleta y tenía las palas separadas. No era guapa, ni mucho menos, pero había algo directo y vivo en su rostro (no parecía que le preocupara en absoluto no ser guapa). Al darle la mano, me la estrechó con fuerza.

Estaba faltando a segunda hora para la entrevista. El señor Byden nos había enviado una nota con los horarios, así que sabía que acababa de hablar con Mario Balmaceda, un chico de tercero, y que luego se entrevistaría con Darden Pittard.

—Siéntate —dijo Angela Varizi.

Por un instante me vi chupándosela a Cross en esa misma clase y noté un vuelco en el estómago, aunque no sabría decir si fue de repugnancia o de deseo. Me senté en el lado de la mesa opuesto al que habíamos ocupado aquel día.

—¿Va a venir alguien más? —pregunté—. No digo alumnos, sino algún profesor, no vaya a ser que meta la pata.

Angela Varizi se echó a reír.

—¿Sueles meter la pata?

—A veces.

—Me caes bien —dijo—. Y la respuesta es no. O bien la dirección confía mucho en todos vosotros u os han seleccionado para que no hable con ningún insatisfecho. Bueno, empecemos con el asunto. Vas a cuarto, ¿verdad? ¿Has estado aquí los cuatro años?

—Sí.

—Refréscame la memoria. ¿De dónde eres?

—De South Bend, Indiana.

—Vale. Estoy viendo a tanta gente que ya empiezo a liarme un poco. Ahora te recuerdo.

¿Quién le había dado a Angela Varizi mis datos? ¿Y qué le habrían dicho exactamente?

—Vas a ir a la Universidad de Michigan, ¿verdad? Enhorabuena.

—Bueno, me presenté a Brown, pero casi suspendí matemáticas para el cálculo el año pasado, así que ya sabía que no me iban a coger.

Asintió con la cabeza y apuntó algo en su cuaderno.

—¿Está apuntando eso? ¿Ya ha empezado la entrevista?

—Lee, siempre que hables con una reportera, considéralo una entrevista.

—Creía que los periodistas utilizaban grabadoras.

—Algunos, pero muchos de los que trabajamos para diarios no lo hacemos. Los plazos de entrega son tan apretados que no tenemos tiempo para transcribir las cintas.

—Perdón por hacer tantas preguntas —dije.

—Pregunta todo lo que quieras. Y puedes llamarme Angie, por cierto. Ahora te preguntaré yo. ¿Qué les parece a tus padres que vayas a la Universidad de Michigan?

—Están contentos. Estaré mucho más cerca de casa.

—¿Han estudiado en Michigan también ellos?

—No. Mi padre fue a Western Indiana, y mi madre empezó la universidad, pero se casaron y no pudo terminar.

—¿A qué se dedican tus padres?

Tardé en responder.

—Siento volver a interrumpir, pero no entiendo qué tiene que ver el trabajo de mis padres con este artículo.

—Mira, esto funciona así: nosotras hablamos un ratito, sin más. Cuando se publique el artículo, verás que aparece alguna cita tuya. Tú te preguntarás, ¿y por qué no ha recogido Angie mis agudas reflexiones sobre tal o cual cosa? Es que muchas de las cosas que te pregunto solo son para tener un contexto. No todo sale expresamente en el artículo, pero lo nutre... si no, suena muy pretencioso.

—Mi madre es contable en una compañía de seguros, y mi padre se

dedica a las ventas.

—¿Y qué es lo que vende? —Angie miraba hacia abajo y estaba escribiendo de nuevo. Hablaba en un tono neutro, como si fuera a responder lo mismo, dijera lo que dijera yo.

—Colchones —dije—. Vende colchones.

Ningún gritito ahogado, ni nada de llevarse la mano al pecho.

—¿Y trabaja en una cadena o en un pequeño comercio?

—Es una franquicia. Es el dueño.

—Vale. Háblame de tus hermanos.

—Mi hermano Joseph tiene catorce años, y mi hermano Tim, siete.

—¿También van a ir a un internado?

—No creo. Joe ya tiene la edad que tenía yo cuando vine aquí. Además, no es algo muy normal en el sitio de donde yo vengo.

—Entonces, ¿por qué viniste tú?

Había elaborado dos respuestas habituales para esta pregunta, que modificaba en función del interlocutor.

—Es mucho mejor que el instituto público al que iba en South Bend —dije—. Los recursos son extraordinarios, desde la calidad del profesorado hasta el tamaño de las clases. Además, recibes una atención muy personalizada, y todo el mundo está muy motivado. —Mientras lo decía, imaginaba que esas serían las palabras que citaría Angie. Desde luego, era lo más elocuente que había dicho hasta el momento—. El otro motivo es que a los trece años tenía una idea bastante infantil de lo que eran los internados. Los había visto en los programas de la tele y en la revista *Seventeen*, y me parecían sitios llenos de glamur. Por eso empecé a buscar uno. A mis padres les pareció muy raro desde el principio, pero, cuando me admitieron, me dejaron venir.

—¿Así sin más? ¿No te hizo falta nada más para convencerlos?

—No, no me hizo falta. Pero la vecina de al lado, la señora Gruber, que es la mejor amiga de mi madre, es profesora de primaria y le pareció una oportunidad fantástica y apoyó mi elección. Al final, mis padres me dejaron decidir a mí.

—¿Con solo trece años?

Asentí con la cabeza.

—No está mal. Debías de ser más madura que yo a tu edad. Deja que te haga otra pregunta. No es ningún secreto que los internados son terriblemente caros.

Noté que me sonrojaba y que se me aceleraba el pulso. No había pensado que me hiciera esa pregunta. Sencillamente, resultaba demasiado... obvia.

—¿Cuánto cuesta Ault? ¿22.000 al año? —siguió diciendo Angie—. ¿Cuánto pesó ese precio en la decisión de tus padres?

Tenía las mejillas al rojo vivo.

—¿Te hace sentir incómoda esa pregunta? —dijo Angie.

—Aquí no... —Me interrumpí—. Aquí no se habla de dinero.

—Negando la mayor, ¿no?

—Exacto —dije—. La gente tiene tanto dinero que no hace falta ni mencionarlo.

—¿Notas alguna diferencia entre la gente con dinero y la gente que no lo tiene?

—La verdad es que no. No utilizamos dinero en metálico para nada. Para los libros o para coger el autobús de Boston, tan solo tienes que rellenar una tarjeta con tu número de alumno.

—¿Y tus padres pagan la factura?

—Eso es.

Nos miramos a los ojos. Ella quería que le dijera algo que ya sabía. Y yo aún no sabía que no por el mero hecho de saber lo que espera de ti alguien mayor y con más poder que tú tienes que acceder a dárselo.

—En mi caso es distinto —dije—. El caso es que yo... estoy con beca.

En cuatro años, las únicas personas con las que había hablado de esto eran la señora Barinsky, que trabajaba en Admisiones y en el Departamento Financiero, y con la señora Stanchak. Ni siquiera lo había hablado con Martha. Suponía que Martha lo sabía, pero no porque se lo hubiera dicho yo.

—Mis padres pagan mis gastos —continué—, pero creo que este curso solo han pagado 4.000 dólares de matrícula.

—Vale. —Angie asintió varias veces y volví a sentirme confundida. Estaba casi segura de que ya sabía todo eso—. Es un gran honor para ti.

—Por lo que sé, en el colegio se arrepienten de haberme admitido. En la escuela sacaba muy buenas notas, pero, desde que vine aquí, he tenido

algunos problemas.

—¿No estabas bien preparada?

—No es eso. Creo que dejé de creer en mí. Aquí era tan... normal. Nadie esperaba de mí nada extraordinario.

—Me gustaría profundizar un poco más en la cuestión de la ayuda económica. Lamento mucho que no te entusiasme hablar sobre el tema, pero ayúdame un poco. ¿Tienes la sensación de que los profesores muestran favoritismo por los alumnos con más dinero?

—No, no del todo.

—¿No del todo?

—Hay un profesor bastante joven que siempre es muy amable con unos chicos de mi curso que fueron al mismo colegio de Nueva York antes de venir aquí. Los llamamos los minibanqueros y son todos muy... bueno, bastante ricos. Ese profesor los lleva al McDonald's en coche y una vez los llevó a un partido de los Patriots. Nos pareció muy raro porque no se enteró casi nadie hasta tiempo después. Sin embargo, no creo que sea simpático con ellos porque sean ricos. Los conoce porque fue el entrenador de fútbol de casi todos.

—¿Por qué los llamáis los minibanqueros?

—Porque sus padres trabajan en bancos o, si no es así, al menos lo parece.

—¿Iría con mayúscula y con guion?

Me quedé mirándola boquiabierta.

—¿Va a poner eso en el artículo? No, por favor.

—Vamos a seguir hablando, a ver qué más se nos ocurre. Te contaré algo: yo hice la carrera en Harvard.

Recordé que le había dicho que me habían rechazado en Brown y me dio vergüenza.

—Has dicho que no hay diferencias entre los alumnos que tienen dinero y los que no lo tienen, pero eso no cuadra con mi experiencia —dijo—. Vengo de una familia de clase obrera de Nueva Jersey, y en la universidad tuve que pedir un montón de préstamos. Los chicos de Harvard, sobre todo los que venían de internados, tenían una actitud hacia el dinero que nunca había visto. En primero, mi compañera de habitación se compró un abrigo de lana

negro con el cuello de terciopelo. Era muy bonito. Yo no me fijaba mucho en la ropa, pero deseaba ese abrigo. Una semana después de comprarlo, lo perdió. Se lo dejó olvidado en el tren. ¿Y sabes qué hizo?

Sacudí la cabeza.

—Volvió a la tienda y se compró otro. Así de sencillo. Pero lo raro fue que, para pincharla un poco, le dije algo así como que podía pedirle dinero a papá, y se puso furiosa conmigo. Tardé mucho tiempo en entender que solo estaba descargando su mala conciencia conmigo.

Miré por la ventana. La luz del sol atravesaba las ramas de un haya cercana.

Cuando volvió a hablar, lo hizo con un tono mucho más suave.

—¿Te suena esa historia?

—Una vez, cuando estaba en segundo... —dije, pero me interrumpí.

—Adelante. Lee, aunque no te lo parezca, es muy importante.

—En segundo, tuve una profesora de inglés que no le caía muy bien a la gente. Un día, salía de clase con otras chicas y una de ellas dijo que era CMB. Iban hablando de su ropa.

—¿Qué significa «CMB»?

—Yo tampoco lo sabía, así que le pregunté a mi compañera de habitación. Ella nunca diría algo así, así que se sintió bastante incómoda al oírlo. Dijo que no estaba segura al cien por cien, pero que creía que significaba «clase media baja».

Martha sí lo sabía. Me di cuenta de que le daba vergüenza explicármelo a mí. Cuando le conté por qué se lo preguntaba me dijo que Aspeth era insoportable.

—Es increíble —dijo Angie.

—No es que sean demasiado esnobs; es que su idea de lo que es normal... También me estoy acordando de otra cosa, no sé por qué. Si no tienes partido, los sábados puedes ir en autobús a Boston. Antes de salir del colegio, el decano sube al autobús y nos dice que fuera del colegio también hay que seguir las normas. Al regresar por la noche, siempre registra un par de mochilas al azar. Un día, el año pasado, estaba dando una vuelta en Faneuil Hall. Faltaba poco tiempo para que nos viniera a recoger el autobús y me encontré con unas chicas de mi residencia. Entramos en una tienda de

ropa y una de ellas empezó a coger ropa de las perchas y a llevarla directamente a la caja, sin probársela, así que le pregunté a otra: «¿No se la prueba para ver si le vale?», y me respondió: «Solo está comprando cosas para tapar las botellas de alcohol». Bueno, no dijo alcohol, pero se refería a eso. Creo que se debió de gastar 100 dólares en ropa.

Angie sacudió la cabeza.

—¿Qué clase de alcohol había comprado?

—Seguro que vodka. Ese es con el que huele tanto el aliento, ¿verdad?

—Imagino que tú no bebes.

—No.

—¿Crees que al tener una beca te esfuerzas más en cumplir las normas del colegio?

Pensé en Cross y me sentí algo herida. ¿Qué pensaba ella que era cumplir las normas? Sin embargo, respondí:

—Puede ser.

—¿Y los demás becados? ¿Beben o fuman ellos?

—No pienso en la gente como becados o no becados.

—¿No sabes quién recibe ayuda y quién no?

—Lo sabes, pero no se habla de ello.

—Entonces, ¿cómo lo sabes?

—Lo sabes al ver las habitaciones, si tienen minicadena, si las chicas tienen colcha de flores o marcos de plata. Por la calidad de las cosas. Y la ropa, claro... Todos se piden ropa de los mismos catálogos y luego ves a un montón de gente con el mismo jersey y sabes exactamente cuánto les ha costado. También hay otras cosas; por ejemplo, si utilizan el servicio de lavandería o bajan a las lavadoras. Ah, y los deportes, según cuánto cueste el equipo. El *hockey* sobre hielo, por ejemplo, es un deporte carísimo, mientras que el baloncesto, no.

—¿Puedo suponer que tú no tienes una colcha de flores ni marcos de plata?

—Yo tengo colcha de flores. —La pedí por mi cumpleaños en primero. Y, en cuanto a los marcos, como con todo lo demás, Martha me servía de pantalla—. Hay otra cosa. Seguramente la mejor pista para saber quién recibe ayuda económica y quién no sea la raza. Nadie habla de ello, pero todo el

mundo sabe que es más probable que las personas de ciertas minorías estén becadadas.

—¿Qué minorías?

No supe qué responder.

—Ya se lo imaginará.

—No voy a ofenderme, Lee.

—Bueno, negros y latinos. Sobre todo, eso. La gente de otras minorías, como asiáticos e indios, no suelen tener becas, pero los negros y los latinos, sí.

—Entonces, ¿cómo sabes si un alumno blanco tiene una beca?

—No creo que sean muchos —dije—, que seamos.

Por un momento, no se me ocurrió nadie de cuarto aparte de mí, hasta que recordé a Scott LaRosa, que era de Portland y el capitán del equipo de *hockey* sobre hielo masculino. Scott tenía la cara pálida y carnosa y acento de Maine. También era alto y seguro de sí mismo. No se me ocurrió nadie más de la promoción.

—¿Por qué crees que hay tan pocos alumnos blancos con beca?

—Porque no aportamos diversidad al centro. Además, ya hay muchos chicos blancos con padres que sí pueden pagar.

—Parece que sueles sentirte excluida.

Hubo un tiempo en que esa observación me habría llenado los ojos de lágrimas (ella sabía lo que era sentirse excluida); en cambio, ahora me pareció una parte más de nuestra conversación. Además, aunque yo le caía bien a Angie Varizi, no estaba muy segura de que ella también a mí.

—Por supuesto que me he sentido excluida en ocasiones. Pero era de esperar, ¿no? —Sonreí—. Soy una doña nadie de Indiana.

—Cuando vuelves a casa, ¿te sientes distinta a tu familia?

Al otro lado de la ventana, se levantó la brisa y escuché el susurro de las hojas del haya.

—Sería un poco deprimente, ¿no? —dije. Me quedé callada y luego añadí—: ¿Recuerda que cuando me preguntó por qué vine a Ault le di dos razones? Bueno, hay otra más que no mencioné. Es algo difícil de explicar, pero seguramente sea el principal motivo. —Tomé aire—. Cuando tenía diez años, estuvimos de vacaciones en Florida. Era una ocasión importante,

porque mis padres no habían estado allí nunca. Era verano y fuimos en coche. Estuvimos en la bahía de Tampa. Un día debíamos de haber salido de excursión en coche o quizá nos perdiéramos, no lo sé. El caso es que terminamos en un barrio de casas enormes. No era una urbanización nueva; eran casas que parecían antiguas. Muchas tenían la fachada de tablillas blancas, ventanales que daban a la bahía, porches con balancines, enormes parcelas de césped verde, y palmeras. Delante de una casa, un chico y una chica, que debían de ser hermanos, jugaban al fútbol. Miré a mi padre (yo tenía esa edad en la que no sabes cuál es realmente la diferencia entre 1.000 dólares y un millón) y le dije: «Deberíamos comprar una casa de estas». Me parecían muy bonitas y pensé que seríamos felices en una. (Recuerdo que iba sentada en el asiento de delante con mi padre. Mamá iba detrás con mis hermanos porque Tim era todavía un bebé. Me sentí muy unida a mi padre y me pareció que había tenido buena idea). Mi padre se echó a reír y dijo: «No, no. Lee, la gente como nosotros no vive en esas casas. Son para gente que tiene dinero en bancos suizos, cena caviar y manda a sus hijos a internados». —¿De verdad fue por eso? ¿De verdad por eso era quien era? ¿Por eso había venido a Ault? Quizá todo se reduzca a motivos nimios, a cambios insignificantes, a conversaciones que estuviste a punto de no tener nunca o de las que solo oíste una parte—. Yo le dije a papá: «¿Mandan a sus hijas a internados?».

—Caramba —dijo Angie.

—Dudo mucho que mis padres se acordaran de esa conversación cuando me presenté en Ault y en otros colegios. Y yo tampoco se la recordé, claro.

—Querías ascender socialmente —dijo Angie.

—No sé si yo lo diría así. Solo tenía diez años. —Sabía que estábamos llegando al final de la entrevista. En algunos momentos, se me había acelerado el pulso y me había puesto roja (hablar con ella era estimulante, como si llevara mucho tiempo esperando para decir todo aquello). Sin embargo, al recordarme en el coche con toda la familia, cuando ninguno sabíamos que me iba a ir de casa solo cuatro años después, me sentí triste y vacía.

—Mira, Lee —dijo Angie—. Me has dado información que me vendrá muy bien. No puedo agradecerte lo suficiente tu franqueza. —Me entregó su

tarjeta de visita. La parte que decía *The New York Times* estaba con la misma letra que en el periódico—. Llámame si tienes alguna pregunta.

Cuando salí de la clase, me crucé con Darden Pittard en el pasillo.

—¿De qué va esto? —preguntó.

—Es bastante raro —dije yo.

—¿En el buen sentido o en el malo?

Cinco minutos antes, le habría dicho que en el buen sentido. Pero empezaba a sentirme mal. Le había contado muchas cosas sobre mí a Angie Varizi y no sabía muy bien por qué, quizá porque me había preguntado.

—No sé —dije—. Raro, sin más.

En el descanso entre tercera y cuarta hora, encontré a Martha junto al tablón de la sala de correo, que era nuestro punto de encuentro habitual. A nuestro lado, pasaban a toda velocidad otros alumnos.

—¿Cómo te ha ido? —dijo—. ¿Era simpático?

Abrió una barra de regaliz, la partió por la mitad y me ofreció una parte. Sacudí la cabeza.

—Era una mujer —dije—. Supongo que era simpática, sí, pero igual he hablado demasiado. Me preguntó muchas cosas sobre la matrícula y así. —Lo raro era que, cuanto más pensaba en ello, menos recordaba lo que había dicho.

—¿En serio? —Martha tenía la boca llena y eso le amortiguó la voz, pero arqueó las cejas y supe que estaba sorprendida. Tragó—. ¿Y por qué quería hablar de eso?

—Ni idea.

Nos quedamos mirando. Desde luego, Martha y yo deberíamos haber hablado en algún momento sobre las diferencias que había entre nosotras, pero no lo habíamos hecho y la conversación habría sido ya demasiado larga.

—Quizá eligió el tema sin más —dijo.

—¿Crees que debería preocuparme?

Martha sonrió.

—Qué va. Seguro que la tuya es la entrevista que más le ha gustado en todo el día.

Cuando algo se terminaba, lo sabías, no hacía falta preguntar, pero aun así... Aun así, podía pillarte por sorpresa, y tu visión de la realidad podía estar en desacuerdo con tus deseos. La noche del sábado, cuando estaba sentada al borde de la bañera en camiseta y pantalones cortos rasurándome las piernas, Martha entró en el baño.

—Se me ocurrió que estarías aquí —dijo.

—Hola. ¿Ya ha terminado la fiesta?

—No, pero hacía mucho calor y me estaba aburriendo. Conoces a Aspeth, ¿verdad?

—¿Te refieres a la Aspeth con la que vamos a clase desde hace cuatro años?

Martha se mordió el labio.

—Se lleva bastante bien con Sug, ¿no?

—Martha, ¿qué estás intentando decirme?

—Han estado bailando juntos. Mucho.

Los nervios me subieron del estómago hacia el pecho.

—¿Es que normalmente no bailan juntos?

—Igual no me había fijado. Pero es que esta noche era distinto. No han bailado con nadie más. Luego, los vi en el bar. Él estaba apoyado en la barandilla y ella estaba recostada sobre él.

Conocía el bar y conocía la barandilla. Había pasado por el pabellón multiusos muchas veces, pero siempre de día, cuando todo estaba en silencio y desierto.

—¿Mirándolo a él?

—No, no. Estaban los dos mirando de frente. Creo que la tenía agarrada por la cintura. —Hasta aquel momento, Martha había estado apoyada en la pared de azulejos. Al decir esto, se acercó adonde estaba yo y se apoyó en la bañera, a mi lado—. Lo siento, pero me pareció que querrías saberlo.

Me miré las piernas a medio rasurar.

—Aspeth es tonta —dijo Martha.

Aspeth Montgomery podía ser muchas cosas, pero tonta no había sido nunca una de ellas.

Después de aquello, estuve al acecho. Y era verdad que Cross y Aspeth

pasaban juntos mucho tiempo, pero no sabía si más de lo habitual. Estábamos a finales de mayo y, a medida que mejoraba el tiempo, cada vez había más gente de cuarto en la glorieta (después de comer, en las horas libres y los fines de semana). Más de una vez, pasé por allí como de casualidad y sin mirar al grupo, pero atenta a lo que decían. Un día le oí gritar a Aspeth: «¡Yo no!», y otra: «¡Qué asco!». ¿Por qué no me senté con ellos? Me habría gustado, pero habría tenido que acercarme y quedarme un momento de pie junto al círculo, habrían tenido que entornar los ojos para mirar hacia arriba, preguntándose qué hacía yo allí. Luego tendría que decir algo y elegir una postura para sentarme. Y habría sido todo insoportable. Para otras personas, todas estas decisiones no tenían ninguna importancia. En realidad, ni siquiera tenían que decidir nada. Pero yo nunca dejaba de dar vueltas a todas esas cosas.

No acababa de tener claro nada y me parecía que, al mantenerme alerta, me estaba protegiendo. Pero entonces, llegó el último número de *La voz de Ault* del curso. Las «Crónicas» incluían un editorial titulado «Sí a los pantalones cortos de tartán en clase» y, a su lado, las líneas «C. S. y M. R.: el terroncito de azúcar se deshace con una nueva melodía». Una vez al mes, repartían los ejemplares de *La voz de Ault* en el pase de lista. Siempre se armaba mucho jaleo, porque casi todo el mundo empezaba a leerlo en los avisos mientras los profesores nos decían que lo guardásemos. Yo también lo leía en el pase de lista, pero llevaba un tiempo sin leer las «Crónicas» en público, porque me aterraba (y puede que me ilusionara) que algún día hablaran de Cross y de mí, y que alguien me mirara justo cuando lo estuviera leyendo. Por eso, no leí la nota hasta la noche y, aunque al principio no la descifré del todo, sentí una nauseabunda mezcla de conmoción y aceptación. Estaba estupefacta, sí, pero no estaba sorprendida. Como era habitual, Martha no estaba conmigo (estaba en otra reunión) y no volvió a la residencia hasta la recogida. Cuando terminamos, le susurré:

—Tengo que hablar contigo.

En la habitación, le ofrecí el periódico.

—Mira esto.

Señalé el punto exacto y sus ojos se movieron por la página. Me pareció que tardó más tiempo en leerlo de lo normal.

—¿Quién es M. R.? —dijo por fin.

—Melodie Ryan. Cross hizo *Hamlet* con ella. No lo sabía, pero deben de haber... No sé. Lleva sin venir más de un mes, Martha —dije, y rompí a llorar.

Me dio unas palmaditas en la espalda.

—Tienen que ser ellos. Pero igual no, igual lo del terroncito de azúcar no va por Sugarman.

Martha puso cara de preocupación.

—No lo sé...

—¿Te ha dicho algo a ti? ¿Está saliendo con Melodie Ryan y lo sabe todo el mundo menos yo? ¿O es que está saliendo con Aspeth?

—Si Cross está saliendo con alguien, yo no me he enterado. Pero Lee, no te rompas. Las «Crónicas» no son más que boberías.

—Pero no suelen equivocarse. —Me sequé la nariz con el dorso de la mano—. ¿Te acuerdas de que hubo una sobre Katherine Pound y Alexander Héverd? Al principio nadie se lo creía y luego resultó que era verdad.

—Me creería que Melodie y Cross se han enrollado, pero no que estén juntos —dijo Martha.

Lloré todavía más desconsolada. Para mí, enrollarse y estar juntos era lo mismo. Al parecer, había convencido a Martha de que la nota de las «Crónicas» era verdad y no me había costado ningún esfuerzo.

—Tienes que hablar con Cross —dijo Martha—. Puedes preguntarle lo que quieras, tienes derecho a hacerlo, Lee. Además, ¿qué podrías perder ahora?

Sin embargo, al día siguiente era viernes y no me pareció adecuado ir a pedirle explicaciones a Cross el fin de semana. ¿Y si tenía la intención de salir con Melodie y los interrumpía? (Sí, estaba loca de atar y lo peor es que creo que volvería a hacer lo mismo si se diera el caso). Puede que le apeteciera pasar una noche romántica y le quitara las ganas. Odiaba la idea de convertirme en un grano en el culo, en una de esas chicas que siempre querían hablar. Desde luego, hablar con él era justo lo que quería hacer. Pero no pedirle explicaciones, convertirme en un lastre.

Sin embargo, más allá de todo eso, aquel no era un fin de semana

cualquiera. Era el fin de semana en que iban a publicar el artículo de Angie Varizi en el *Times*. Me había advertido de que podían dejarlo fuera en el último momento, si hubiera alguna última noticia, pero, si todo era normal, saldría el domingo.

Al recordar aquellos días, siento una especie de temor retroactivo y de instinto de protección hacia mí misma, por lo desconsolada que estaba por Cross y por lo que me entristecía pensar en la graduación. Me siento como cuando ves una película en la que una adolescente se queda sola en casa, hay tormenta y se va la luz; o en la que una joven pareja, después de una bonita cena romántica, sale a la calle en medio de una tormenta de nieve y coge el coche para volver a casa por una carretera llena de curvas. Igual que les gritarías «¡Sal de casa, muchacha!» o «¡Parad el coche!», esto es lo que me gustaría decirle a mi yo de entonces: «Vete. Si te marchas ahora, no echarás a perder tu recuerdo de Ault. Creerás que tu relación con el colegio fue complicada, pero tendrás el consuelo de pensar que fueron injustos contigo, y no a la inversa».

A ratos, recordaba el artículo y luego, lo olvidaba. El domingo, Martha y yo nos despertamos hacia las ocho, algo temprano, pero no fue por eso. De camino al comedor, íbamos hablando sobre los zapatos que llevaríamos para la ceremonia de graduación, que iba a ser la semana siguiente. En Ault, no se vestía toga y birrete, sino un vestido blanco, y los chicos, pantalones de color blanco, americanas azul marino y canotier. Luego, nos acordamos de cuando Annice Roule se tropezó en las escaleras que subían al escenario al ir a recoger el diploma el curso pasado.

En el comedor estaban los alumnos de siempre, pero lo raro fue que estaban todos sentados en la misma mesa. Los de primero, segundo y tercero se habían sentado con los alumnos de cuarto con los que siempre nos sentábamos Martha y yo: Jonathan Trenga, Russell Woo, Doug Miles, Jamie Lorison, Jenny y Sally. Además, nadie hablaba. Tenían todos la cabeza hacia abajo y me di cuenta de que estaban leyendo.

—¿Están leyendo mi artículo? —le pregunté a Martha, y cuando estábamos a unos tres metros me di cuenta de que así era. Tenían un ejemplar cada dos o tres personas. «Madre mía», le oí decir a Jim Pintane, de tercero. Cuando llegamos a la mesa, algunos levantaron la mirada y luego la

levantaron todos. Por un momento, se quedaron callados.

—Aquí está la tristemente célebre Lee Fiora —dijo por fin Doug Miles, con frialdad.

Toda la mesa me estaba mirando.

—Debo reconocer que no sabía que tuvieras unas opiniones tan extremas —dijo Jonathan, con un tono que no supe interpretar. No era hostil, pero tampoco amistoso.

—¿Qué dice? —pregunté muy despacio.

Nadie respondió.

—Esto es ridículo —dijo Martha y cogió uno de los ejemplares—. Vamos.

La seguí hasta otra mesa y Doug gritó:

—Oye, Lee.

Me volví a mirarlo.

—¿No te han dicho nunca lo de que no tires piedras sobre tu propio tejado?

Nos sentamos en otra mesa, una al lado de la otra, sin siquiera coger comida. Me iba el corazón a mil por hora y me temblaban las manos. El ejemplar que había cogido estaba abierto por la segunda página del artículo, no por la primera. Martha volvió al principio. El artículo empezaba en la portada y vi el titular: «Los internados hablan de cambio, pero los alumnos cuentan otra historia». Por debajo, y en letra más pequeña, se leía: «Cuando ser blanco de clase media te convierte en marginado». El titular iba acompañado de una fotografía bastante rara de los hermanos Pittard, que no tenían nada de blancos, sentados en un sofá de la sala común de su residencia. Darden llevaba algo en las manos y su hermano Eli, que iba a primero, se estaba riendo. Pero el primer párrafo no hablaba de los Pittard, sino de mí:

Una de las pandillas del cuarto curso del Colegio Ault de Raymond (Massachusetts) son los llamados Mini-Banqueros, un grupo de chicos llamados así, como nos explicó Lee Fiora, «porque sus padres trabajan en bancos o, si no es así, al menos lo parece».

El nombre de la pandilla es, sin duda, una referencia muy indirecta al

dinero, pero pocas más menciones le harán los alumnos de Ault. El colegio ofrece clases con pocos alumnos, campos deportivos perfectamente cuidados e instalaciones con todas las comodidades por 22.000 dólares al año, pero hablar de ese tema es tan tabú como en los demás centros de élite del noreste. Con ello, se crea un ambiente que, según apunta la señorita Fiora, favorece a los ricos a expensas de todos los demás, incluida ella misma. «Por supuesto que me he sentido excluida», afirmó la alumna que recibe una beca que cubre aproximadamente tres cuartas partes de la matrícula. «Soy una doña nadie de Indiana». La señorita Fiora es blanca, pero cree que la vida en Ault todavía es más complicada para los alumnos que no son blancos, especialmente afroamericanos e hispanos.

Y así seguía, más y más. Angie Varizi dejaba que me explayara sobre la raza (imagino que porque no lo había hecho nadie más; al menos nadie que no fuera blanco), que dijera que sospechaba que Ault se había arrepentido de darme la beca y que contara la anécdota sobre las chicas que se compraron ropa para esconder el alcohol. También me dejaba explicar cómo reconocer a los alumnos que estaban becados por las cosas que tenían o hacían. Y, por supuesto, me hacía contar la historia de la casa de Florida. A lo largo del artículo, mis comentarios iban intercalados por los calurosos elogios que habían hecho del centro el decano Fletcher, el señor Byden, una chica de segundo llamada Ginny Chu, Darden Pittard y algunos graduados recientes. Además, un alumno cuyo nombre no se recogía decía sobre mí: «No es la persona más popular de la promoción. No todo el mundo sabe sacar provecho de un lugar como este».

Solo he leído el artículo entero una vez y fue allí, en el comedor. Mientras leía, susurraba alguna que otra vez «Ay, Dios» y Martha me daba palmaditas en el hombro. Cuando terminé de leer, me cogió del brazo.

Había armado un lío tan gordo (¿yo era la única responsable?) que no era capaz de asimilarlo ni de medirlo. La persona que era en aquel momento, la persona en la que me había convertido aquel artículo, era justo lo contrario de la persona que llevaba intentando ser desde hacía cuatro años. Era el peor error que podía haber cometido.

—Vale —dijo Martha—. Nos queda una semana y luego nos

marcharemos de aquí para siempre. Vamos a seguir como si nada. Que se vuelvan todos locos si quieren. Y, desde luego, lo harán. Pero eso no es problema nuestro.

—Voy a volver a la habitación.

—Escúchame —dijo—. Vamos a desayunar.

En la cocina, fuimos a por unas bandejas, llenamos los vasos de leche y zumo y cogimos unos platos de humeantes tortitas. Me devoraba la mala conciencia. Pensaba que me había portado como una imbécil. ¿Por qué narices le había contado mis secretos a Angie Varizi? ¿Qué pensaba que iba a pasar? Siempre hacía lo mismo. En el momento, no me daba cuenta de lo que estaba pasando (que estaba cavando mi propia tumba y que la única que iba a sacar algo bueno era Angie). Cada una de las líneas de aquel artículo era una humillación. Estar becada era malo, ser infeliz era aún peor y admitir cualquiera de las dos cosas era lo peor del mundo. Me había ido de la lengua, eso es lo que había pasado. ¿Por qué no era capaz de cagarla como una persona normal y corriente? ¿Por qué no me habían pillado fumando hierba una semana antes de la graduación? ¿O nadando en pelotas en la piscina del gimnasio? Pero yo no, yo tenía que contarle mis quejas con carga política a una periodista de *The New York Times*. Y eso era de muy mal gusto.

Cuando llevamos las bandejas al comedor, pasamos por delante de tres chicas de primero. No sabía cómo se llamaban y normalmente ni las habría mirado al pasar. Sin embargo, aquella vez, no pude evitar mirarlas a los ojos. Quería saber si habían leído ya el artículo por su expresión. Pero sus caras no me dijeron nada. En aquel instante, sentí lo que seguí sintiendo hasta el momento de graduarme. Por un lado, la sospecha, que no la certidumbre, de que los demás me despreciaban y de que ese desprecio estaba justificado. Por el otro, la sensación de que quizá ni siquiera me dedicaran un solo pensamiento, después de todo.

Me había dado cuenta de que para Ault era un asunto muy importante. Al mismo tiempo, sin embargo, para la mayoría de los alumnos era algo que afectaba a otra persona, pero no a ellos. Solo era personal para mí. Puede que cuando regresaran a casa en verano alguien les preguntara «¿De verdad es tan esnob tu colegio?» o «¿Esa chica era de verdad tan desgraciada?»; sin embargo, no sería más que un tema de conversación como cualquiera y no

parte de su vida.

El domingo por la noche, me fui a la cama sin cenar (no quería seguir consciente) y a la una y cuarto, cuando ya me había despertado ocho o nueve veces y no aguantaba más, me levanté, me puse una camiseta y un pantalón de chándal y salí de la habitación dejando a Martha roncando apaciblemente. Había estado lloviendo todo el día, y el patio estaba oscuro y reflejaba la luz como un espejo. Podría haber ido por el sótano, que era el camino habitual de Cross, pero no me daba del todo miedo que me pillaran. Siempre había creído que las circunstancias extremas te protegen de los peligros ordinarios y, aunque sabía que mi creencia no era racional, seguía sin tener pruebas de lo contrario.

Al principio me pareció que la sala común de la residencia de Cross estaba vacía. Pero cuando la puerta se cerró a mi espalda, del sillón que había frente al televisor asomó una cabeza. Era Monty Harr, de primero. El televisor estaba en silencio y Monty tenía la cara macilenta.

—¿Dónde está la habitación de Cross? —pregunté.

Se me quedó mirando perplejo.

—Cross Sugarman —dije—. ¿Cuál es su habitación?

—La última habitación del pasillo, a la izquierda —dijo Monty por fin, y se quedó frotándose los ojos mientras ya me alejaba.

Había un póster de un jugador de baloncesto colgado en la puerta, un tipo de uniforme verde saltando en el aire con una multitud desenfocada tras él. Llamé, pero no respondió nadie, giré el pomo y abrí la puerta. La luz de la habitación estaba encendida y había alguien en el escritorio. Como estaba buscando a Cross, al principio me pareció que sería él, pero, cuando se dio la vuelta, vi que era Devin, su compañero de habitación. En los últimos cuatro años, Devin había pasado de ser un chico delgaducho a estar casi gordo. Tenía el pelo rubio, los ojos oscuros y la nariz chata.

La bravuconería, o lo que fuera que me había hecho atravesar el patio, se tambaleó.

—Hola —dije en voz baja. Eché un vistazo por la habitación. Las dos camas estaban sin hacer y la luz salía de una lámpara de escritorio y de una lámpara de lava que había en la repisa de la ventana. Devin estaba solo.

Dibujó una sonrisa.

—Vaya, la mujer del día.

—Devin, por favor. —Intenté recordar si habíamos vuelto a hablar desde que lo asesiné en primero. No mucho, pero ¿no éramos seres humanos los dos? ¿No le bastaba verme tan desesperada para sentir piedad de mí, aunque solo fuera esa única vez?

—Por favor, ¿qué? —dijo—. No tengo ni idea de dónde está, si es lo que me preguntas. De todas formas, ¿no es muy tarde para que una jovencita vaya sola por ahí?

—Ya sé qué hora es.

—Después del artículo de hoy, yo intentaría no darle a Byden motivos para que me expulsara.

—No te expulsan por incumplir las visitas una vez —dije.

—Perdona. —Devin sonrió con sorna—. Había olvidado que nunca habías incumplido las visitas.

—Que te follen —dije. Puede que mi error fuera que empeoraba las cosas de forma irremediable.

—Iba a desearte lo mismo, pero creo que mi compañero de habitación ya se ha ocupado de eso.

Cuando me di la vuelta para marcharme, Devin dijo:

—Una pregunta.

Me paré en el umbral (por supuesto).

—¿Eres pescado o queso?

No tenía ni la menor idea de lo que hablaba.

—Tienes que ser una de las dos cosas —dijo—. ¿Tú cuál crees?

Me quedé mirándolo.

—Es para la lista. Estamos haciendo una lista y lo comprobamos todo dos veces. —Como lo dijo arrastrando las palabras, se me pasó por la cabeza que podía estar borracho o colocado. Abrió el cajón del escritorio mientras decía —: Eres una de las que nos faltan de cuarto. Y tu compañera de habitación también, curiosamente. Estaría genial poder matar dos pájaros de un tiro esta noche.

Sacó del cajón una guía del colegio manoseada. La abrió, le dio la vuelta y me la pasó. Estaba abierta por la página con las listas de cursos y, en los

huecos entre los apellidos y la ciudad (por ejemplo, entre «Deirdre Danielle Schwartz» y «Scarsdale, Nueva York»), ponía en letras mayúsculas escritas con rotulador rojo: «PESCADO». No ponía «PESCADO» en todos los nombres. En algunos ponía «QUESO». Y no siempre en rojo: algunas veces la palabra venía escrita en negro o con bolígrafo azul. Además, el distintivo no aparecía junto a todos los nombres. Solo junto a los nombres de algunas chicas y de ningún chico. Pasé la mirada del catálogo a Devin. No entendía lo que estaba leyendo, pero sentía curiosidad. Vi que Aspeth era «QUESO». Horton Kinnelly también era «QUESO», y Hillary Tompkins, «PESCADO».

Por fin (no porque quisiera que me lo explicara, creo, sino porque se frustró al ver que no entendía nada), Devin dijo:

—Es vuestro sabor. Cada chica sabe de una manera o de la otra. ¿Lo pillas?

Me surgió una pregunta, pero se me ocurrió la respuesta sin necesidad de formularla: «Al besarlas, no. Eso no es». Al comprender lo que era la lista, tuve ganas de lanzar la guía por los aires. El problema era que seguía sintiendo curiosidad. La lista tenía un interés tan... extraño. Quizá yo también tenía algo así, en un universo paralelo.

—¿Desde cuándo la estás haciendo? —pregunté.

—Oh, yo no soy el único. No, por Dios. Personalmente, soy partidario de que es mejor recibir que dar, si sabes a lo que me refiero. Esto es un esfuerzo colectivo que se transmite de generación en generación. Por supuesto, se renueva cada año.

—Una tradición con clase.

—Mira. —Entornó los ojos—. Antes de que empieces a echar humo, quizá te interese saber quién es el custodio este curso.

No dije nada.

—¿No me crees? —preguntó y, por la forma en que lo dijo, queriendo que lo desafiara, supe que estaba diciendo la verdad—. Dado que él es el custodio, me parece muy poco generoso por su parte no completar ciertos huecos. Pero ahí reside la paradoja.

—Quizá respete la privacidad de la gente —dije, y Devin rio de una forma tan espontánea que tuve la sensación de que no lo hizo para torturarme.

—Sug el galante... Así es como lo ves, ¿no? Es genial. Un clásico.

Me tenía que marchar. Esta vez de verdad. No sacaba nada quedándome allí.

—Las cosas como son. —Esta vez, sonó a auténtica admiración—. Nadie ha dominado el juego aquí en Ault como Cross Sugarman. Casi resulta obsceno.

«Márchate, Lee», me decía por dentro, pero pregunté:

—¿Qué quieres decir?

—Que hay que reconocerle el mérito, así de sencillo. Saca buenas notas, le dan cargos, consigue a las chicas y, sobre todo, se le respeta. Seguro que casi ni lo conoces.

Quizá había estado esperando a eso: una ofensa que fuera incontestablemente cierta.

—Eres tonto del culo —dije y salí al pasillo, cerrando la puerta al salir.

Mis padres consiguieron hablar conmigo a la mañana siguiente. Me habían estado llamando desde el domingo, pero, cuando alguien venía a la habitación a avisarme de la llamada, le pedía que les dijera que no estaba. Iba un poco en contra de las normas tácitas de la residencia, porque le obligaba a bajar otra vez a la sala común, pero nadie se negó a hacerlo. Notaba que la gente me trataba con algo de deferencia debido a mi turbia fama por el artículo del *Times*. Al terminar la capilla del domingo, que me salté por segunda vez, todo el mundo lo sabía ya. No salí de la residencia en todo el día, pero podía verlo en las caras de las demás chicas.

—¿He sido la comidilla en el almuerzo? —le pregunté a Martha.

—Más o menos —dijo Martha, que fue más considerado que decir un sí rotundo.

Para conseguir hablar conmigo, mis padres optaron por llamar el lunes a las siete menos diez de la mañana. Abby Sciver llamó a nuestra puerta, nos despertó y, por su cara, supuse que también acababa de despertarse, imagino que al oír sonar el teléfono.

—Es tu padre, Lee —dijo y, sencillamente, era demasiado temprano para darle ningún mensaje o para que mi padre fuera a creer que estaba haciendo otra cosa.

No solo estaba él. Él estaba en un teléfono, y mi madre, en el otro.

—¿Qué cojones es esto? —dijo él.

—Lee, no te sientas como una doña nadie, ojalá supieras lo especial que eres —dijo mi madre al mismo tiempo.

—Mamá. Yo no... No es que... Por favor, ¿no estáis exagerando un poco?

—Solo te quiero hacer una pregunta —dijo mi padre—. ¿Por qué nos has estado mintiendo estos cuatro años?

—Cálmate, Terry —dijo mi madre.

—Me calmaré cuando me responda.

—No he mentido —dije yo.

—Nos pediste muchos sacrificios por tu educación y no nos importó hacerlos. Te pagamos libros y billetes de avión. ¿Por qué piensas que lo hicimos? Te lo diré: porque nos dijiste que merecía la pena. Nos dijiste que te encantaba vivir en una residencia e ir a esas clases tan fabulosas. Y ahora vas y dices que no, que es una desgracia, mirad cómo me tratan en el colegio. He tenido todo tipo de oportunidades, pero, eh, no era eso lo que quería. ¿Te digo la verdad, Lee? No tengo ni repajolera idea de qué es lo que quieres.

Mientras lo escuchaba, no conseguía averiguar qué era lo que más lo enfadaba. En Ault, estaban enfadados conmigo por hacer comentarios desagradables ante la opinión pública. Pero el descontento de mi padre era personal, eso estaba claro.

—Papá y yo sabemos que tienes muchas amigas —dijo mi madre—. Por el amor de Dios, Martha es la presidenta de vuestro curso, y está loquita contigo. Y también está Sin-Jun, y las latinas...

—Mamá, no hace falta que nombres a todas mis amigas.

—Pero Lee, lo que ha escrito esa mujer no es verdad. Se lo he estado diciendo a papá. No es culpa tuya si has confiado en la periodista. Es lo que el director te dijo que hicieras.

—¿Y se supone que tenemos que ir a la graduación la semana que viene? —dijo mi padre—. ¿Quieres que faltemos al trabajo y que los chicos no vayan a clase para ir allí a que nos digan «Nunca hemos apoyado a su hija, pero, eh, gracias por los cheques»? ¿Sabes cuántas ganas tengo? Ninguna. Gracias, pero no.

Mi padre nunca entendió, y nunca me esforcé demasiado por explicárselo,

que los cheques que enviaban eran insignificantes, prácticamente algo simbólico. Creo que estaba realmente convencido de que, si me sacaba de Ault, el señor Byden tendría que poner en venta el Mercedes.

—Entonces, ¿no vais a venir a la graduación? —pregunté.

—Claro que vamos a ir —dijo mi madre.

—Tienes suerte de que se termine ya —dijo mi padre—, porque tú no ibas a volver. No te volvía a enviar allí ni loco.

—Lee, tú piensa en lo bien que estarás el año que viene en la universidad, más cerquita de casa. El instituto ha sido una gran aventura y ahora podrás decir: «Bueno, al final no se estaba tan mal en casa».

Por primera vez, hubo silencio al otro lado de la línea.

—¿Os han dicho algo sobre el artículo? —pregunté. ¿Qué amigos de la familia leerían *The New York Times*?

—La señora Petrash nos dijo que su madre los llamó a primera hora de ayer —dijo mi madre—. Así fue como nos enteramos. Ya sabes, esa mujer tiene más de ochenta años, pero tiene la vista de un lince. Terry, ¿quién más ha dejado un mensaje?

—No he oído ningún mensaje. Pero con todo el respeto, Linda, ahora mismo me la refanfinfla que Edith Petrash vea como un lince.

—¿Qué quieres que haga, papá? —No estaba peleando con él; no estaba enfadada. En todo caso, estaba avergonzada.

Sabía (y por eso había evitado responder al teléfono) que les había fallado. Mi padre tenía razón: les había mentido. Pero la mentira no era la auténtica ofensa. Les había fallado por mi incapacidad para mantener la mentira. Los tres habíamos hecho un trato (si me dejáis marchar, haré como que ha sido buena idea) y había incumplido el acuerdo. Al final, tuve que lamentar mucho más la traición a mis padres que la traición a Ault.

—Deja de deslumbrarte de esa manera por sandeces —dijo mi padre.

—Lo que papá quiere decir es que ser rico no te hace mejor persona.

—Buena suerte si piensas que va a creerlo, Linda. —Le oí decir a papá—. ¿Acaso crees que doña Lee va a escuchar a los simplones de sus padres? —Y entonces añadió con el tono de voz que más me desagradaba de él—: Siento mucho que no podamos pagarte un caserón con palmeras, Lee. Siento que te haya tocado esta familia, menuda desgracia.

En el pase de lista, localicé a Cross; llevaba un polo de color azul marino, pero a la brillante luz del sol, con su energía descarnada, siempre me bloqueaba. Decidí que me acercaría a hablar con él después de la cena de gala, pero no lo vi. La semana anterior habían elegido ya a los nuevos delegados de comedor para el curso siguiente (qué rápido pasabas a ser cosa del pasado, antes incluso de graduarte; durante un breve lapso de tiempo, el colegio había sido todo tuyo, solo por estar en cuarto, pero dejaba de serlo de la noche a la mañana, así sin más) y Cross debía de haberse saltado la cena, ahora que podía. Cuando estábamos saliendo todos del comedor, me acerqué a Devin y le di un golpecito en el hombro. Se dio la vuelta.

—¿Dónde está? —le pregunté.

Devin me miró con desdén.

—Lo último que supe de él es que iba a lanzar un par de canastas.

Me acerqué al gimnasio. La luz del atardecer era amarilla y el aire olía a hierba cortada. Aunque pensé que Devin podía haberme tomado el pelo y que iba a encontrar el gimnasio cerrado, la puerta se abrió al tirar de ella. Mientras subía las escaleras que llevaban a la cancha de baloncesto, oí una pelota rebotando contra el suelo.

Estaba solo. Me quedé unos segundos parada en el umbral de la puerta, como una vez debió de estar él en el umbral de mi habitación, sin que nadie lo viera. Subió haciendo regates por la pista y disparó desde la línea de tres puntos. La pelota cayó en la red y empecé a aplaudir.

Recogió la pelota y levantó la mirada.

—Eh, hola.

Vino hacia mí, con la cara roja, con gotas de sudor en la frente y corriéndole a chorro por el cuello, los brazos y también las piernas. Yo llevaba una falda de algodón y una blusa de lino, pero habría dado cualquier cosa por un abrazo. Por supuesto, no iba a dármelo. Todavía había luz fuera, no estábamos acostados y tenía una pelota en la mano. Además, llevaba sin tocarme más de seis semanas.

—Anoche pasé a verte —dije.

—Sí, me lo dijo Devin. Siento que no coincidiéramos. —Nos quedamos mirándonos y creo que se dio cuenta de que esperaba algo más—. Estaba en

la habitación de Thad y Rob —añadió. Nunca le había oído mentir, pero parecía mucho más probable y dolorosamente lógico que en realidad estuviera con Melodie Ryan.

Y, entonces, no pude evitarlo (en realidad, habría querido entrar con cuidado en la conversación y no parecer alterada) y pregunté:

—¿Has leído las «Crónicas»?

Muchas veces había pensado que mis marcos de referencia no les decían nada a otras personas, pero Cross respondió:

—Sí, las he visto.

—¿Y bien?

—Los que escriben *La Voz de Ault* no son más que unos fracasados.

Miré hacia el suelo, observando las líneas y los cuadrados que había pintados en la reluciente madera.

—Pero ¿es verdad? —dije, con la voz entrecortada. No quería echarme a llorar delante de Cross, porque las chicas que lloran (sobre todo las chicas que lloran en las «charlas») son de lo más ordinario—. ¿Es tu novia?

—Yo no tengo novia —dijo Cross.

Parpadeé algunas veces (no había caído ninguna lágrima) y dije:

—Claro. Qué tonta soy.

No dijo nada y comprendí que, si quería decirle algo, tenía que decirlo abiertamente. No iba a arrancármelo él.

Pero saberlo no me sirvió de nada. No lograba articular palabra, porque lo que quería decir estaba tan escondido dentro de mí como las entrañas, y lo único que conseguía sacar de la boca era el aliento entrecortado.

—Supongo que la gran pregunta es si soy queso o pescado —dije al final.

—Ay, Dios.

—No, en serio. Siento curiosidad. —Intenté parecer sincera.

—Devin es gilipollas —dijo Cross—. No te enfades por lo que él te diga; es perder el tiempo.

—Si es tan gilipollas, ¿por qué compartes la habitación con él?

—Antes no era así. Ahora está amargado porque va a ir a Trinity.

Así que Cross también había tenido problemas con su compañero de habitación este curso. Podríamos haber compartido nuestras penas. Seguro que había muchas más cosas del día a día de las que podríamos haber hablado

de haberlo sabido. De lo que fastidiaba hacer cola para ducharse por la mañana, por ejemplo.

—De todos modos, eso no son más que tonterías —dijo Cross—. Es de esas cosas que dice la gente cuando está en la residencia, para alardear.

—Pero tú eres el custodio de la lista.

—¿El qué?

—Devin me dijo...

—Lee, Devin está tarado. No sé ya cómo decírtelo. —Ni siquiera al decir esto se le veía enfadado. No había hecho el esfuerzo que hubiera sido necesario para enfadarse y me dio la sensación de que lo único que quería era volver a lanzar canastas—. En serio, no entiendo de qué va esta conversación.

Supe que no tendría otra oportunidad y eso aún hizo más difícil (no más fácil) decir lo que quería.

—Es que no entiendo qué estabas haciendo conmigo —dije—. Todo ese tiempo, me refiero. A veces, trato de verlo desde tu punto de vista, pero ni aun así lo comprendo. Vienes a nuestra habitación, completamente borracho. No sé si sabías que estaba colada por ti o fue pura casualidad. No tengo ni idea, pero da igual; el caso es que yo no tengo ni idea de nada, pero hago todo lo que puedo para colaborar. Me derrito con que solo me pongas un dedo encima. Al final nos enrollamos, vale, bien. Pero vas tú y vuelves. Eso es lo que no tiene sentido. Dios te libre de decirme una sola palabra en la cena alguna vez, pero luego sigues viniendo todo el curso.

En realidad, no había sido todo el curso, solo hasta poco después de las vacaciones de primavera. Además, ¿acaso no podía sincerarme con él precisamente porque había dejado de venir? Tenía la sensación de estar intentando salvar algo que estaba totalmente perdido.

Cross cambió de mano la pelota y la apoyó en la cadera derecha.

—Dicho así lo de la cena, es como si hubiera querido esconder algo.

—Ya, ¿y?

—¿Lo estás diciendo en serio? Lee, la gente sabía que... que... —Creo que estaba dudando en decir «nosotros»—. Sabían que había algo —dijo por fin—. Estás loca si piensas que no lo sabía nadie. Además, fuiste tú la que puso las condiciones. No lo puedes negar.

—¿De qué estás hablando?

—Dijiste que no se lo dijéramos a nadie y que no me darías un beso en el desayuno. No tuve la sensación de que quisieras salir con alguien.

—¿Por eso no me enviaste una flor el Día de San Valentín? ¿Porque te dije que no me enviaras flores? ¿Fue por eso?

—Eso es justo lo que me dijiste.

—Jamás habrías querido salir conmigo —dije.

Se le tensaron los músculos de la mandíbula. Había dado en el blanco.

—No habrías querido —dije yo—. Estoy segura.

—Debe de estar bien estar tan segura de todo.

Tuve al mismo tiempo, por una parte, el impulso de no llevarle la contraria (de no negar su comentario y dejarlo como estaba, sin réplica, para poder aferrarme después a todo lo que implicaba) y, por otra, el impulso de destruir lo que había dicho por la mentira que era.

—Yo no estoy segura de todo —dije—. Pero sí de esto: jamás habrías querido ser mi novio.

Nos quedamos mirándonos bastante tiempo.

—Sí, puede que tengas razón —dijo finalmente él sin acritud.

Me eché a llorar. (Cada vez que recordaba esa conversación, al llegar a esa parte siempre me echaba a llorar, una y otra vez. Y tampoco me sentía mejor al recordar que había sido yo la que le había forzado a admitirlo).

—Lee —dijo, suplicándome—. Lee, fue... Había muchas cosas bonitas. Tú eras muy divertida. Esa era una de ellas.

Me sequé las lágrimas.

—Eras... Puede que te suene un poco raro, pero eras muy metódica. Era como si esperaras que volviera y lo prepararas todo muy bien para cuando llegara el momento.

¿Que había sido metódica?

—En la universidad te encontrarás mejor —dijo.

Lo miré perpleja.

—Creo que eres ese tipo de persona; solo digo eso.

—¿Lo dices por lo del *Times*?

—No. Bueno, no exactamente. No es que me haya sorprendido nada de lo que has dicho.

Hablar con él sobre algo que no éramos nosotros dos o si volvería a

tocarme alguna vez me parecía una pérdida de tiempo. Aun así, sentía curiosidad.

—El error en sí no fue expresar lo que piensas —me dijo—. El error fue contarlo en *The New York Times* en lugar de escribir un editorial en *La Voz de Ault* o de dar una charla en la capilla. En el *Times*, solo les das argumentos a los que piensan que los colegios privados son el mal absoluto, y eso no hará que cambie nada en el colegio.

—¿Es que tú crees que las cosas deberían cambiar?

—Algunas sí, desde luego. En conjunto, Ault lo hace bastante bien, pero siempre se puede mejorar. —Claro que pensaba así, ¡un punto de vista muy ecuánime!

—¿Te horrorizó que le contara todas esas cosas a una periodista? —pregunté.

—Lo único que digo es que podrías haber elegido otro sitio para contarlo, una vía más directa quizá. Y que me parece bien que vayas a ir a una universidad grande y menos conformista que Ault. Y con eso no digo que seas tan rara como crees que eres. —(Qué giro tan extraño había adoptado la conversación y qué cosas tan curiosas estaban saliendo de la boca de Cross) —. Confundes ser rara con pasar tiempo a solas. No obstante, cualquiera que tenga interés por algo pasará tiempo a solas. A mí me pasa con el baloncesto. Mira lo que estoy haciendo ahora mismo. A Norie Cleehan le pasa con la cerámica, y a Horton, con el *ballet*. Podría darte veinte ejemplos más. Cuando quieres ser bueno en algo, tienes que practicar y, normalmente, se practica solo. No debería parecerte raro querer estar tiempo a solas.

«Pero yo no practico nada», pensé. O, si practico algo, ¿el qué es?

—Además —continuó—, y con esto vuelvo al artículo, si tienes la sensación de que existen diferencias entre tú y otras personas, tú decides hasta dónde te molestan. Por supuesto, no siempre es así, pero muchas veces sí. Hasta Devin me dice cosas como «eh, Moisés» o «ya está el usurero», pero a mí me da igual. ¿De qué me serviría enfadarme? Lo dice sin pensar.

—Un momento —dije yo—. ¿Eres judío?

—Por parte de padre. Técnicamente es la mitad que no cuenta, pero con un apellido como Sugarman...

—¿Sugarman es un apellido judío?

—Es la adaptación al inglés de Zuckerman.

¿Que Cross era judío? Jamás se me habría ocurrido. Es que era tan popular... y el delegado de cuarto (¿lo sabría más gente?, ¿por eso le había gustado a Dede desde el principio?).

—Yo solo digo que... —Suavizó el tono—. Solo digo que las cosas serían más fáciles si te dieras cuenta de una vez de que no eres rara o si, por lo menos, decidieras que ser rara no es nada malo.

El gimnasio estaba en silencio. Me sentía tan halagada y tan avergonzada al mismo tiempo que no podía mirarlo a los ojos.

Tragó saliva y luego (había tenido la pelota apoyada en la cadera todo ese tiempo) se agachó y dejó la pelota en el suelo. Cuando se incorporó de nuevo, me llamó por mi nombre, «Lee...» y, cuando me atreví a mirarlo, vi que me observaba con el deseo de un depredador y con absoluta ternura a la vez (no me parece exagerado decir que, desde entonces, me he pasado la vida buscando una mirada como aquella y que no he vuelto a encontrar un equilibrio así entre ambas cosas; quizá no se vuelva a dar después del instituto). En aquel momento, yo quería justo lo que él quisiera, fuera lo que fuera, aunque al mismo tiempo me daba un miedo terrible. Así que crucé los brazos y dije:

—Tengo que pensar en eso.

Nada más decirlo, noté que había sonado sarcástico y no hice nada por corregir esa impresión. Supongo que quise que sonara así, porque no había nada más aterrador que una cosa: que me conociera (después de todo, me conocía) y que nos besáramos conociéndonos el uno al otro.

(Por eso también sé que no eran más que palabras y palabras, pura palabrería, y que, en esencia, no significaban nada. Él me decía cosas como «No habría salido contigo» o «Todo se acabó por esto y por esto», y yo le respondía otras como «Por eso no: por esto otro», pero, aun así, me habría besado en cualquier momento y a pesar de todo. Cuando todo iba bien y cuando todo podría haber ido bien otra vez, nuestra relación giró únicamente en torno a la irrelevancia de las palabras. Sientes lo que sientes y actúas como actúas. Más allá no hay nada. Desde que el mundo es mundo, ¿alguien se ha dejado convencer alguna vez por un argumento bien razonado?).

Después de cruzarme de brazos y de hablar con ese tono tan horrible, su

postura (estaba ligeramente inclinado hacia mí) cambió. Soltó aire por la nariz y también se cruzó de brazos.

—Vale, pues —dijo—. Hazlo.

Aún no era tarde. (¡Claro que no era tarde! Sin embargo, era difícil pensar que aún quisiera besarme únicamente porque había estado a punto de besarme tan solo medio minuto antes. Mira qué fácil había sido convencerlo. Quizá lo había malinterpretado). No, no era tarde, pero, como me pasó en el simulacro de incendio, a mí me dio esa sensación. Y, al decidir que la oportunidad se había esfumado, arrastrándome desamparada entre sus aguas, abrí las compuertas del sarcasmo.

—Bueno, pero basta de hablar sobre mí —dije—. ¿Qué hay de Melodie? ¿Es queso o pescado?

—Por el amor de Dios, Lee.

—¿No somos amigos? Tú y yo. Los amigos se cuentan sus cosas. Aunque tú nunca me has contado nada. No me parece justo.

—No seas así.

—Así, ¿cómo? —Me eché a reír, un estallido corto y amargo—. ¿Que no sea como soy? Acabas de elogiar lo divertida y metódica que soy.

—Tú haz lo que quieras, pero no metas a Melodie en esto.

Me dolió que para él lo importante fuera ella; no yo.

—Así que lo admites. Estáis... Bueno, si no estás saliendo con ella oficialmente, no sé cómo decirlo. ¿Follando? O, dado que estoy hablando de Melodie, ¿debería decir que le das por el culo?

—Esto es ridículo. —Volvió a coger la pelota de baloncesto y echó a andar hacia la canasta. Mirando hacia atrás, añadió—: Imagino que nunca has hablado con ella, pero es muy simpática.

—Tienes razón —dije yo—. Nunca he hablado con ella. —Verlo marcharse fue, con mucho, lo peor que me había pasado en toda la conversación. Levanté la voz—. No puedo valorar si es simpática o no, pero sí me parece atractiva. Puede que incluso lo bastante atractiva como para dejarte ver con ella en público.

Había empezado a regatear delante de la canasta, dándome la espalda. Se paró y se dio la vuelta (vi que se estaba mordiendo el labio), tiró la pelota contra la puerta por la que había entrado yo en el gimnasio y me miró

fijamente.

—¿Quieres saberlo? —gritó—. ¿De verdad lo quieres saber? ¡A pescado!
¡A eso sabes!

La puerta contra la que había lanzado la pelota seguía retumbando. Solo se oía eso en todo el gimnasio.

—No puedo creer que lo hayas dicho.

—¡Me lo preguntaste tú!

—Imagino que sí... —dije y me di cuenta de que estaba aturdida.

—Lee —dijo él—. Yo no quería...

Sacudí la cabeza para que se callara. Estaba a punto de echarme a llorar otra vez, pero aún no y quería aprovechar bien el tiempo que me quedaba. Con un hilillo de voz, dije:

—En South Bend, pensaba que de mayor sería una de esas chicas que les caen muy bien a los chicos, pero con las que no salen nunca. Pensaba que no era lo bastante guapa. Luego, al venir a Ault, ni siquiera hice amistad con ningún chico, para empezar. Este curso, sin embargo, viniste tú y pensé: «eh, si Cross se enrolla contigo no debes de estar tan mal». Pero el tiempo fue pasando, y no dimos ningún paso más, así que empecé a pensar que quizá estaba equivocada desde el principio y que mi vida acabaría siendo lo contrario de lo que había querido. No era por mi aspecto (eso no es lo malo en mi caso), sino por mi personalidad. Pero ¿qué parte de mi personalidad? No tenía ni idea. Intenté determinar si era solo un elemento aislado o el conjunto, qué podía hacer para arreglarlo o si podía convencerme de alguna manera. Y entonces volví a pensar que quizá sí era por mi aspecto. Igual tenía razón al principio. Pero nunca lo averigüé. Claro que no. Aunque me pasé todo el curso dándole vueltas. Y si te digo ahora todo esto es porque quiero que sepas que, en toda mi vida, nadie me había hecho sentir tan mal como tú.

¿Fue lastimero decírselo? ¿Era todo cierto? Ya no importa. Eso es lo que dije. Y luego añadí:

—Bien, imagino que ahora es cuando me marchó. —Y me dirigí hacia la puerta.

—¡Lee! —gritó él.

No sé si debería haberme dado la vuelta. El caso es que no lo hice y que él no vino tras de mí ni volvió a gritar mi nombre.

Descolgué el teléfono de la residencia. Me puse encima de una pierna la tarjeta de visita de Angie Varizi y la miré mientras marcaba. En la otra pierna, dejé el montón de monedas de 25 centavos con las que iba a pagar la llamada. Después de dos tonos, respondió una voz conocida:

—Aquí Angie Varizi, de *The New York Times*.

—Hola, soy Lee Fiora —dije yo.

No respondió.

—De Ault —aclaré.

—Claro claro. Me alegra oírte, Lee. Perdona el despiste. Ando con un millón de cosas en la cabeza.

Abrí la boca, pero todavía no tenía muy claro qué quería decir.

—¿Quieres más ejemplares del periódico? —preguntó.

—No, está bien.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—El artículo... —Me interrumpí—. ¿Por qué no me dijo que sería así? Pensaba que esas cosas solo le servirían de contexto.

—Lee, a menos que me digas expresamente que estás contando algo *off the record*, puedo utilizar cualquier cosa que me digas en una entrevista. —Le oí decir a otra persona «Puedes dejarlo ahí» y luego volvió a hablar conmigo—: ¿Te están haciendo pasarlo mal?

No respondí.

—¿Es tu problema o el suyo?

—Queda menos de una semana para la graduación —dije—, y soy la persona que ha aireado los trapos sucios del colegio.

(Había aireado los trapos sucios del colegio y había dejado pruebas. Todavía sigue habiendo pruebas. Basta con ir a una biblioteca y buscar la microficha del mes y del año en que me gradué).

—Vives en una comunidad cerrada —dijo—, pero a mí me han llegado comentarios buenísimos del artículo, incluso de graduados de otros internados. Puede que ahora estés molesta, pero seguro que, dentro de un tiempo, te parecerá que has hecho lo correcto. Deberías sentirte orgullosa.

Al oírla, me di cuenta de que había sido una tontería llamarla. Había pensado que diría algo que mejorara las cosas.

—Tus compañeros estarán a la defensiva —dijo—. Es duro para cualquiera, sobre todo para los privilegiados, verse con objetividad. Te contaré una cosa. Yo estudié en Harvard. Cuando estaba en primero, compartía habitación con una chica que se compró un abrigo de lana muy bonito, con el cuello de terciopelo. El caso es que en menos de una semana...

Sonó la voz robotizada de la compañía de teléfono pidiendo que insertara 90 centavos. Angie seguía hablando; quizá ella no oyera la voz. Yo aún tenía un montón de monedas, pero me quedé escuchando sin mover un dedo, hasta que se desconectó la llamada.

El miércoles, había una cena especial para profesores y alumnos de cuarto con la que nos iban a dar la bienvenida a la asociación de antiguos alumnos. Antes de ir, me desplomé en el sofá cama de nuestra habitación, ya vestida para la cena, pero totalmente paralizada.

—No vamos ni a discutirlo. Tú sígueme y no lo pienses más —dijo Martha.

De camino a la terraza del refectorio, tuve que contenerme para no estrujarle el brazo a Martha. Al principio, no estuvo mal. Casi conseguí pensar que era un evento más, con mi dosis habitual de timidez. Pero entonces, cuando estábamos en la cola del bufé, le oí decir a Hunter Jergenson: «... pues debería haberse largado. Nadie la ha obligado a estar aquí. No es que...». Sally Bishop le dio un golpecito en la espalda y se interrumpió. «¿Qué pasa?», dijo Hunter y se dio la vuelta. Nos miramos a los ojos. Habían publicado el artículo hacía tres días, pero parecía que, en lugar de calmarse las cosas, cada vez se hablaba más del tema. Había oído que el señor Byden había recibido un millón de llamadas de antiguos alumnos, que en Admisiones no paraban de llamar chicos que estaban matriculados para el año siguiente pero que habían cambiado de idea y que el lunes el señor Corning había dedicado la segunda hora a debatir sobre el artículo en lugar de a repasar.

En cuanto tuvimos nuestra comida, Martha y yo nos fuimos a sentar a un murete de piedra. Después de comer, fuimos a tirar a la basura los platos de plástico y, al pasar a su lado, Horton Kinnelly nos dijo:

—Vas a ir a la Universidad de Michigan, ¿verdad, Lee?

Asentí con la cabeza.

—Eso me parecía —dijo, y siguió andando.

Miré a Martha.

—¿Qué ha sido eso? ¿Cree que me he metido con Ault porque no he conseguido entrar en una universidad mejor?

—Lee, no merece la pena pensar en esas cosas.

—Me vuelvo a la habitación.

—Pero los de tercero van a venir a cantar. —Martha intentaba que la mirase a los ojos—. ¿Quieres que vaya contigo?

Claro que quería que viniera conmigo. Y también quería, lo mismo que antes de venir a Ault, ser otra persona. Quería ser una persona capaz de quedarse allí para oír cantar a los de tercero.

—Tú quédate —dije.

Al llegar al final de la terraza, la señora Stanchak, mi asesora, me salió al paso.

—Creo que has sido muy valiente —dijo ella, y me eché a llorar. Podía oír a todo el mundo hablando y riendo. Era una agradable tarde de comienzos de junio. La señora Stanchak me cogió entre sus brazos y yo me apreté contra ella, sollozando.

Había llorado muchas veces en Ault, pero nunca delante de tanta gente. Tenía los ojos cerrados y me dio miedo no poder abrirlos de nuevo. Entonces, sentí otro par de manos en la espalda y una voz conocida que me dijo:

—Salgamos de aquí.

Mientras bajábamos por la escalinata de la terraza y avanzábamos hacia la residencia, me di cuenta de que quien iba a mi lado, agarrándome por los hombros, era Darden Pittard. Solo lo constaté. Estaba demasiado desconsolada para ponerme a pensar en lo extraño que era. Acepté sin más su presencia y luego me di cuenta de que ese fue uno de los momentos en los que supe lo que se sentía al dejar que las cosas sucedieran sin más, sin pararse uno a analizarlas.

En el arco que daba al patio de la residencia, seguía llorando a borbotones y se me sacudían los hombros.

—¿Quieres seguir andando? —dijo Darden—. Sigamos andando. —Dejamos atrás las residencias y, en el edificio de las clases, nos sentamos

juntos en los escalones de la entrada. Al otro lado de la glorieta, nuestros compañeros seguían disfrutando de los postres en la terraza—. Solo es cuestión de tiempo —dijo Darden—. Pero todo irá bien. Pronto te pondrás bien.

Al rato, dejé de llorar. Se me pasó por la cabeza (nunca había pensado eso de un chico de mi edad) que Darden sería un buen padre. Vimos salir a los de tercero de las residencias y de la biblioteca, y poner rumbo a la terraza.

—Quería armar lío —dijo Darden.

Tardé un poco en saber a qué se refería.

—La culpa no es de ella. —Fue lo primero que dije en quince minutos y lo dije con la voz ronca—. Si no le dices a un periodista que algo es *off the record*, puede publicar lo que quiera.

—Me da igual. Venía con sus ideas fijas. De mí quería que fuera un chico negro enfadado. Nos había encasillado a todos antes de poner un pie en la clase de Fletcher.

—Pero tú no estás enfadado. —Lo miré fijamente—. ¿Verdad?

—No más que la mayoría.

—Entonces, ¿por qué caí yo en su trampa y tú no?

—Porque tú eres blanca.

Lo miré para ver si estaba bromeando. No me dio ningún indicio.

—Los negros que vivimos en un mundo de blancos aprendemos a no bajar la guardia —dijo—. Aprendes a no llamar la atención. —La única vez que había oído a alguien mencionar algo sobre su raza, incluido el propio Darden, fue a la señorita Moray en segundo, cuando él, Dede y Aspeth metieron la pata con la sátira del Tío Tom—. Lo diré de otra manera. No llamas la atención a menos que haya algún motivo, y más vale que sea bueno, porque, en cuanto lo haces, se acabó: pasas a ser alguien que busca problemas y ya no hay forma de cambiarlo.

—Pero, entonces, lo contrario también debe de ser cierto —dije—. Ahora mismo, el señor Byden debe de adorarte. Seguro que quiere hacerte miembro del Consejo.

Darden se echó a reír.

—¿Te ha dicho algo? A mí no me ha comentado nada —le pregunté.

—Solo de pasada —dijo Darden—. Nada importante.

—Seguro que está muy enfadado conmigo. —La verdad es que me sorprendía que el señor Byden no me hubiera dicho nada. Al salir del pase de lista el lunes, nos miramos a los ojos, pero apartó sin más la mirada.

—Si te remuerde la conciencia, escríbele una carta este verano —dijo Darden—. Por ahora, deja que pase el tiempo.

Los de tercero se habían reunido ya en la terraza.

—No quiero que te pierdas la canción por mi culpa —dije.

—Podré superarlo —dijo Darden.

Entonces sonó la música. No nos llegaban las palabras, pero sí el sonido del piano y de las voces. Parecía que estaban mucho más lejos de lo que en realidad estaban.

—Es increíble que vayamos a graduarnos —dije yo.

—Yo ya tengo ganas. —Sonrió y me pareció que lo hacía con pena. No sabía mucho de él.

Dejamos de hablar y nos quedamos escuchando la música, cuya letra no conseguíamos descifrar. Cuando terminó la canción, los alumnos de cuarto cogieron unos globos blancos, se acercaron a la glorieta y los soltaron todos al mismo tiempo. Había empezado a anochecer y los globos salieron volando como docenas y docenas de diminutas lunas resplandecientes. Se quedaron casi todos sobre el césped, con la mirada hacia el cielo, observando los globos hasta que desaparecieron. No fue el último año en que se soltaron globos, pero sí dejó de hacerse dos años después. Lo hicieron porque era malo para el medio ambiente, algo que no puedo discutir, al menos no de forma convincente. Sin embargo, los globos eran tan bonitos... No digo que deberían haber mantenido la tradición, solo que era muy bonito. Y, por lo que parece, también dejaron de hacer muchas otras cosas. Como si mis compañeros de curso y yo hubiéramos marcado el final de algo. Nosotros seguíamos escuchando música de los sesenta y setenta, pero los chicos un poco más pequeños, incluidos mis hermanos, tenían otra música, una música propia. Y lo mismo pasaba con la ropa. En cuarto, llevaba vestidos de flores que me llegaban por debajo de la rodilla. Algunos iban ceñidos a la cintura con un cinturón de tela, otros tenían mangas de farol, cuello de encaje o cuello babero con solapas de pana. Los llevaba todo el mundo, incluso las guapas. Poco después de acabar la universidad, doné todos esos vestidos y

me costó imaginar quién los cogería (la abuela de alguien, quizá). Por entonces, las adolescentes llevaban minifaldas, jerséis y faldas entalladas y camisetas muy muy ajustadas. Y luego vino la tecnología. Imagino que ya existía el correo electrónico cuando yo estaba en Ault, pero no había oído hablar de ello. Tampoco teníamos contestador, porque no teníamos teléfono en la habitación ni, mucho menos, había nadie con teléfono móvil. Al recordar ahora que en toda la residencia solo había un teléfono público y que, cuando llamaban nuestros padres, o no contestaba nadie o daba comunicando, casi es como si hubieran sido los años cincuenta. Ya sé que el mundo siempre está cambiando. Pero es como si en nuestro caso hubiera cambiado demasiado rápido.

—Darden —dije. Los globos habían desaparecido hacía rato y nuestros compañeros empezaban a marcharse. Allí sentada con él, me sentía intocable, protegida del juicio de los demás y del efecto del tiempo (mientras Darden estuviera a mi lado, seguiríamos en Ault, el futuro aún no había empezado), pero sabía que debía dejarlo marchar—. ¿Habías oído alguna vez que Cros Sugarman y yo... que nosotros...?

Lo dije en parte porque quería conocer la respuesta y en parte para que no se marchara todavía.

—Había oído algo —dijo—. Pero no mucho.

—¿Habías oído que nosotros estábamos...? ¿Qué habías oído?

(Qué discreto era Darden y qué inoportuna e insaciable era yo).

—Que os habíais estado viendo. Algo así. Yo no me preocuparía por eso.

No podía corregirlo. Si le decía que no era eso lo que quería oír para consolarme, sino justo lo contrario, haría sombra al hecho de que hasta ese momento me había comprendido a la perfección.

—De todas formas —dijo Darden—, eso fue hace meses. Además, solo un idiota se cree todo lo que se dice aquí.

¿Quería decir que estaba dispuesto a actuar como si no fuera cierto? ¿O solo me daba a entender que ya podíamos terminar la conversación? Seguramente, lo segundo.

Nos levantamos.

—¿Estás bien? —dijo.

Asentí con la cabeza y me abrazó. Era el tipo de abrazo que se daría con

Aspeth al salir de la biblioteca para ir a la recogida. Un abrazo afectuoso, pero de usar y tirar. En mi caso, sin embargo, era el primer abrazo que me daba un chico en Ault, aparte de Cross.

—Siento haber metido la pata —dejé escapar.

Sacudió la cabeza. No dijo que no hubiera metido la pata. Seguro que pensaba que sí. Y, por supuesto, seguro que había sido él quien le dijo a Angie Varizi (sin crueldad, tan solo como constatación) que yo no era popular.

—Ya lo sé. —Fue lo que dijo.

Martha vino a buscarme a la biblioteca. Como la gente se pasaba el día al aire libre, yo iba a esconderme a la biblioteca cuando ya no soportaba más estar en la habitación. Los de cuarto no teníamos exámenes, así que no había nada que hacer. Solo quedaba el día de la graduación y, después, una semana en la que iríamos de fiesta en fiesta entre Dedham, Lyme y Locust Valley. Eso marcaba el final de Ault y, como no podía hacer otra cosa, tenía la intención de no perderme nada.

Los últimos días habían sido soleados e interminables. Me daba miedo cruzarme con alguien y me sentía desolada al pensar en Cross. Me pasaba casi todo el tiempo intentando hacer las maletas, aunque sin mucho éxito. Siempre a final de curso, cuando teníamos que quitar los pósteres, desmontar el sofá cama de Martha y meter los libros en cajas que luego guardábamos en el sótano, me deprimía. La habitación se quedaba vacía, y las paredes, blancas. Ello me hacía pensar en lo efímera que era nuestra vida en Ault. Esta vez, sin embargo, doblaba un par de jerséis y, nada más meterlos en una caja, salía de la habitación, miraba por la ventana y, si todo estaba despejado, salía corriendo a toda velocidad, dejaba atrás la capilla y el refectorio, y me metía directamente en la sala de la hemeroteca. A veces, cuando estaba leyendo ya algún artículo, levantaba la mirada y me decía: «Lo he echado todo a perder». En todo el tiempo que había pasado en Ault, había tenido siempre la sensación de que tenía cosas que ocultar y por las que disculparme. Pero no había sido así y ahora me daba cuenta. Curiosamente, fue como si hubiera intuido desde el principio lo que iba a suceder con *The New York Times*, como si supiera cómo iba a terminar todo.

Cuando entró en la hemeroteca, Martha iba sin resuello, como si hubiera venido corriendo.

—Hazme hueco —dijo.

Estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. Me moví hacia un lado para que se sentara a mi lado.

—Ya sabes que la capilla de mañana es la última del curso, ¿verdad? —dijo.

Asentí.

—Al parecer, algunos de cuarto querían que alguien diera una charla para desmentir lo que has dicho tú en el artículo. Creo que han encontrado a alguien.

—¿A quién?

—Eso es lo que no sé. Dicen por ahí que buscaban a alguien de alguna minoría, o algún blanco con beca.

—Pues buena suerte. ¿Y quiénes lo han organizado?

—Eso tampoco lo sé.

La miré fijamente.

—Bueno, ¿tú qué crees? —dijo—. Horton Kinnelly y Doug Miles.

—¿Y ahora es cuando dices que debería ir? Para hacerme más fuerte, o algo así.

—Para eso no. Pero sí creo que deberías ir porque es la última capilla.

—Martha, no creo que vaya ni la mitad de la promoción.

—Yo no creo eso. —Sacudió la cabeza—. La gente se está poniendo sentimental.

—Todos no. Tú no —dije, pensando en Darden.

—Ja, tú espera. Seguro que en la graduación no pararé de llorar.

Nos quedamos calladas. Afuera se oía a alguien serrando madera. Junto a la capilla, el personal de mantenimiento estaba montando el escenario para la graduación. La ceremonia iba a ser al aire libre, así que estaban todos obsesionados por que siguiera haciendo tan buen tiempo como hasta ahora. Con toda sinceridad, a mí me daba igual. De hecho, una parte de mí habría sonreído por dentro si hubiera llovido y hubiéramos tenido que trasladarnos al gimnasio.

De igual forma, una parte de mí también se alegró al saber que quizá me

reprendieran en público, de forma implícita o totalmente abierta. Parecía lo propio de Ault, exigir responsabilidades. En todos esos años, había salido demasiado bien parada.

—Menuda se ha armado, ¿eh? —dije.

Martha se quedó callada.

—Bueno, no es que haya sido pura casualidad —dijo por fin.

Me puse tensa. «Tú también no, Martha», pensé. Era más de lo que podía soportar. Aunque me di cuenta también de que nunca me había dicho algo como «No has hecho nada malo» o «No ha sido culpa tuya». En su lugar, se había limitado a decir: «No dejes que te afecte», que no había que confundir con un «Estoy de tu parte».

—¿Acaso sugieres que quería que pasara todo esto?

—Las cosas no son o blancas o negras.

Estaba sentada justo a mi lado y la odié un poco. No es que pensara que se equivocaba. Puede que intuyera cómo acabaría todo porque yo misma iba a provocarlo. Si no, ¿cómo es que después de pasar cuatro años enteros sin darme a conocer lo había hecho saltar todo por los aires a solo una semana del final? ¿Es posible que, en secreto, hubiera estado buscando la ocasión de decirle a todo Ault: «Aunque no hable, estoy pensando sin parar; tengo opiniones claras sobre este sitio y sobre todos vosotros»? Puede ser. Quizá lo había deseado, pero, de ser así, habría querido hacerlo a mi manera. Pensé que Angie Varizi me haría parecer elocuente y persuasiva, no amargada, aislada y vulnerable.

—¿Estás enfadada conmigo porque te he hecho quedar mal delante del señor Byden? —pregunté. La idea se me acababa de ocurrir en aquel instante —. ¿Fuiste tú la que le dijo que me entrevistaran para *The New York Times*?

Martha tardó en responder.

—No creo que haya que echarle la culpa a nadie. Ha pasado sin más. Yo tomé la decisión de recomendarte, él tomó la decisión de que lo hicieras y tú tomaste la decisión de decirle a esa mujer todo lo que le dijiste.

La idea era tan horrible que casi era inconcebible: Martha pensó que me estaba haciendo un favor. Quería portarse bien conmigo y darme la oportunidad de brillar que yo no había sido capaz de darme a mí misma. Sentí una culpabilidad rayana en la náusea, pero también me enfadé. En realidad

nunca había estado tan furiosa. Por un lado, porque debería habérmelo dicho. Seguramente, habría dicho lo mismo que dije, pero, al menos, lo habría hecho sabiendo que se suponía que debía elogiar el colegio. Pero también estaba furiosa porque me di cuenta de que, desde hacía días, meses quizá, había estado alimentando el resentimiento hacia ella. Y allí, en la biblioteca, supe en qué consistía exactamente y que nunca sería capaz de decirlo en voz alta. La odiaba porque en octubre había dicho que Cross jamás saldría conmigo. ¡Lo había hecho realidad! Si hubiera dicho que nos imaginaba juntos, puede que no hubiera pasado, pero, con aquellas palabras, selló el destino. No sabía hasta qué punto creía en ella, hasta qué punto confiaba ciegamente en lo que me decía. Me había quitado toda la esperanza. ¿Se puede perdonar algo así? Pero ¿cómo iba a decírselo? Era demasiado espantoso. No era raro que yo metiera la pata y que tuviera que pedirle perdón. En cambio, si era ella la que se había equivocado, nuestra amistad se desequilibraría. No iba a explicarle nada, puede que ni siquiera pudiera hacerlo, aunque quisiera. Mi error era público y obvio, mientras que el suyo era privado y subjetivo. Yo era la única testigo. Decidido: no le diría nada. Sería la Lee incompetente de siempre, la adorable Lee con sus imperfecciones, un golden retriever que no puede refrenar el impulso de tirarse de cabeza al agua y vuelve a casa con el pelo mojado y apestoso.

—Entonces, ¿tú crees que he traicionado al colegio? —dije, y noté que sonaba enfadada, aunque un enfado era algo que podíamos superar. Y, aunque el enfado estaba muy lejos de lo que en verdad sentía, Martha no se enteraría de la verdad.

—No he dicho eso.

—Pero se deja entrever. —(¿De verdad no iba a quedar nada a salvo? Ault era historia, Cross era historia, Martha era historia).

—Lo que creo es que le dijiste a la periodista lo que querías decir, ni más ni menos —contestó Martha.

—Martha, ¿es que te han lavado el cerebro por ser delegada? ¿Cuándo llegaste a la conclusión de que criticar a Ault iba en contra de la ley?

—Eso es justo lo que digo. Tenías críticas y las dejaste claras.

—¿Y ahora debo asumir las consecuencias?

Tardó bastante en responder.

—Sí, algo así —dijo por fin.

—Pero, entonces, ¿qué haces aquí? ¿Para qué me avisas de la charla de la capilla si es justo lo que merezco?

—Eres mi mejor amiga, Lee. Puede que no esté de acuerdo con tus decisiones, pero aun así me preocupo por ti.

«Pues sí que eres complicada», pensé. Pero no dije nada. Me acerqué las rodillas al pecho, las rodeé con los brazos y apoyé la frente sobre ellos.

—¿Estás llorando? —preguntó.

—No.

Martha me dio una palmadita en el hombro.

—Olvida lo que he dicho. Es solo que... No sé ni lo que digo.

—Es lo que piensas —dije yo.

—Sí, pero ¿qué más da lo que piense?

Levanté la cabeza y me quedé mirándola.

—No quiero que lo recuerdes así —dijo—. Solo porque termine así, quiero decir... El final no es lo que más importa.

No dije nada.

—Podrías recordar otras cosas como... Vale, ¿qué tal esto? Aquel sábado por la mañana, en primavera, cuando nos levantamos de madrugada, fuimos en bici a la ciudad y desayunamos en aquella cafetería al lado de la gasolinera. Los huevos estaban casi crudos, pero estaban riquísimos.

—Era tu cumpleaños —dije yo—. Por eso fuimos.

—Es verdad. Se me había olvidado.

—Cumplías dieciséis —dije.

Otra vez el silencio y el sonido de la sierra.

—Nuestra vida en Ault fue exactamente como aquella mañana —dijo Martha.

Lo vergonzoso fue que fui a buscarlo por segunda vez. Tercera en realidad, si contamos la vez que fui a su habitación por la noche, pero solo estaba Devin. Hasta esa semana, no había estado nunca en su habitación, y entonces fui dos veces en cuatro días. Atravesé la sala común y llegué al final del pasillo a última hora de la tarde, justo antes de la cena. Estuve a punto de tropezar con Mario Balmaceda, que salía del baño y se me quedó mirando

perplejo. No me paré a disculparme ni a explicarle nada. Al final del pasillo, llamé a la puerta (aún no habían quitado el póster del jugador de baloncesto) y abrí sin esperar a que respondieran. No había nadie. Afuera todavía había luz, la habitación estaba casi a oscuras y sobre un baúl de plástico blanco que había junto a las camas sonaba el tictac de un despertador.

Al imaginarme la escena, lo había visto leyendo en la cama. Se incorporaría al verme entrar, yo me subiría en su regazo y lo rodearía entre mis brazos y piernas. Al principio, lloraría y él me acariciaría el pelo, me susurraría palabras tiernas, pero, por supuesto, la cosa pronto se volvería sexual. Sería voraz, nos clavaríamos las uñas y nos morderíamos, y tendríamos los dos exactamente las mismas ganas. Quizá se la chupara, arrodillada sobre su alfombra mugrienta, y solo llevaría puesta una camiseta, sin nada por debajo. Me atraparía entre sus piernas y me hundiría los talones en las nalgas. Haría que se retorciera.

Pero él no estaba y, allí parada en medio de su habitación, observando objetos completamente desconocidos para mí (ni siquiera sabía cuál era su cama), comprendí lo absurdo que había sido pensar (o esperar siquiera) que fuera a sentirse como yo, que me estuviera esperando. Pasé de sentirme decepcionada por su ausencia a aterrada por que apareciera y me pillara ahí. Le parecería una «psicópata» (sin duda utilizaría esa palabra, o se la dirían a él), tan desquiciante como las chicas que no paran de llorar, pero agresiva, además.

No me estaba esperando y tampoco me estaba buscando. Mentiría si dijera que solo quería verlo para quitarme el mal sabor de boca de nuestro último encuentro. Aunque sí era uno de los motivos. ¿Era un disparate pensar que él pudiera querer lo mismo? Ahora me parece que sí, que mi impulso fue puramente femenino y que la respuesta masculina (quizá, sencillamente, la respuesta más objetiva) era aceptar que, a pesar de lo desafortunado y exagerado de nuestro último encuentro, había servido para dejar claras nuestras posturas. Vernos otra vez no sería más que pura repetición y no llegaríamos a nada nuevo.

Cerré la puerta y salí corriendo por el pasillo. De vuelta en la residencia, tardé varios minutos en recuperar el aliento. Y, entonces, me di cuenta de que no había pasado nada. ¿De qué me estaba recuperando? Estaba sola en la

habitación, el ventilador zumbaba junto a la ventana y el cuarto estaba desbaratado con cajas a medio llenar. «Se acabó», me dije. «Lo de Cross se ha terminado». Lo dije en voz alta. Puede que al final consiguiera dejar de hacerme ilusiones.

La persona que iba a hablar en la capilla siempre se sentaba a la izquierda del capellán. A la mañana siguiente, el sitio estaba ocupado por Conchita Maxwell. Mentiría si dijera que me sorprendió verla. Cuando subió las escalerillas del púlpito, me fijé en que llevaba una falda de lino de color negro y una blusa blanca. Hacía tiempo que ya no se vestía tan excéntrica y se había dejado crecer el pelo. Se aclaró la garganta y dijo al micrófono:

—El artículo que apareció el domingo pasado en las páginas de *The New York Times* ha sembrado el dolor, el enfado y la confusión entre muchos miembros de nuestra comunidad. Yo soy una de esas personas. Como estadounidense y mexicana que soy, el artículo me escandalizó. No refleja de modo alguno mi experiencia de cuatro años en este lugar que ahora considero mi hogar.

Al principio, sentí aversión, pero a medida que escuchaba me fui entristeciendo. Luego, ni siquiera eso. No sentí más que indiferencia. El discurso, excesivamente retórico y no muy bien escrito, me recordaba a un trabajo de clase de historia sobre un tema que no te interesa demasiado y, sin darme cuenta, dejé de prestar atención. Me puse a pensar en cuando estábamos las dos en primero y le enseñaba a montar en bici detrás de la enfermería. Qué lejos quedaba todo aquello y qué lejos me sentía de ella. No habíamos hablado en todo el curso. Cuando nos graduásemos, nos distanciaríamos por completo y la distancia sería física y definitiva; tal vez no volveríamos a hablar nunca... Pero ahora mismo me parecía imposible. En Ault, habíamos pasado tanto tiempo todos juntos que había empezado a pensar que la vida se construía a base de acumular, que nada se borraba. Sin embargo, ahora entendía que, a medida que fueran pasando los años, el tiempo que Conchita y yo habíamos compartido juntas, como el tiempo que pasé con mis demás compañeros, tendría cada vez menos importancia, hasta acabar siendo poco más que un telón de fondo de nuestras vidas reales. Dentro de unos años, mi yo futuro, una Lee que todavía no era capaz de

imaginar, buscará en alguna fiesta una anécdota que contar y recordará aquella vez en que la madre de una chica del internado nos llevó a un restaurante y el guardaespaldas de la familia se sentó en la mesa de al lado. Al contarlo, no sentirá nostalgia ni arrepentimiento. En realidad, no sentirá nada más que el deseo de que a los demás les parezca divertido.

Cuando Conchita terminó de hablar, hubo el acostumbrado momento de silencio (nunca se aplaudía después de una charla de capilla) y luego nos levantamos todos a cantar. Era el último oficio del curso con todo el colegio. Iba a haber otra capilla la mañana de la graduación, pero solo para los alumnos de cuarto y sus padres. Antes del desayuno siempre cantábamos «God be with you till we meet again», que Dios sea contigo hasta que volvamos a vernos, y lo mismo cantamos aquel día. Cantamos las cuatro estrofas al completo (en Ault siempre cantábamos todas las estrofas) y, al llegar a los versos «cuando los males te desconcierten, deja que te tome en Sus brazos», se me llenaron los ojos de lágrimas. Otra vez no, por favor. Pero entonces, miré a mi alrededor y me di cuenta de que lo que estaban sintiendo todos en aquel momento no tenía mucho que ver con la charla de Conchita y de que, al menos en ese sentido, no estaba sola: la capilla estaba llena de alumnos de cuarto llorando.

Y luego, llegó la graduación que, como cualquier otra ceremonia, acabó siendo decepcionante. Mi familia se alojó en el Raymond TraveLodge, el mismo hotel donde se habían alojado mis padres en otoño de segundo curso. Lo primero que me dijeron nada más vernos en el aparcamiento del colegio el sábado por la noche, antes de ir a cenar a casa del señor Byden, fue que Tim había evacuado de tal manera que el retrete se había atascado y les habían tenido que cambiar de habitación.

—Solo tiene siete años —empezó a gritar Joseph—. ¿Cómo puede un niño de siete años soltar una boñiga tan monumental?

Tim estaba completamente rojo y sonriendo como si hubiera hecho una hazaña y la modestia le impidiera adjudicársela. Mi padre me ignoró al principio, pero estaban pasando tantas cosas que no resultaba práctico seguir ignorándome, así que rebajó su grado de cabreo para pasar a hablarme en tono cortante. El domingo, en la graduación, el señor Byden me dio la mano

con absoluta indiferencia (Joseph me dijo que papá había amenazado con abordar al señor Byden, pero yo supe que no lo haría). Mis padres y mis hermanos se sentaron junto a la familia de Martha en la ceremonia (por lo menos, mi madre cumplió su deseo de conocer al señor y la señora Porter) y se marcharon esa misma tarde, con el maletero lleno a explotar con las cosas que había ido acumulando en los últimos cuatro años.

Por la graduación, Tim me regaló un par de calcetines con estampado de sandías («Los ha elegido él», me susurró mi madre); Joseph, una cinta con un recopilatorio de música; y mis padres, 100 dólares de propina que me gasté la semana siguiente poniendo dinero para gasolina para ir a las fiestas (en los coches de Dede, Norie Cleehan y Colby, el novio de Martha). La última fiesta en la que estuve fue en Keene, Nuevo Hampshire. Colby acudió hasta allí en coche desde Burlington para recogernos a Martha y a mí. Después, me acercaron hasta el aeropuerto de Logan y ellos siguieron viaje hasta Vermont. Al abrazarlos a los dos (nunca había abrazado a Colby y no lo volví a ver en mi vida), sacar las maletas del maletero y comprobar que no me había dejado el billete de avión olvidado en el asiento, sentí unas ganas tremendas de que se largaran y de que todo acabara de una vez. Quería quedarme sola. Y, en cuanto se marcharon, lo estuve. Llevaba pantalones cortos y camiseta, y el aire acondicionado del aeropuerto y del avión estaba a temperatura glacial. En el vuelo a South Bend, estaba congelada y agotada por todo lo que había bebido y lo poco que había dormido en una semana, por haberme despedido de tanta gente y por la amistad vivida (esa semana, después de todo, solo unos pocos compañeros de curso se mostraron ariscos conmigo). Después de aterrizar, recoger mi equipaje y salir del edificio, donde me estaba esperando mi madre con Tim, sentí el latigazo del aire de bochorno y supe que Ault había quedado atrás. No tenía motivo para regresar, ningún motivo real. Desde ese momento, si alguna vez volvía, sería por pura elección.

Y claro que volví. Volví en el quinto y en el décimo aniversario. ¿Quieres saber qué fue de todos ellos? Por supuesto. Dede trabaja de abogada en Nueva York y, aunque con la edad ha ganado en modestia, tengo la sensación de que le va muy bien. El verano de segundo curso de la universidad, me llegó una tarjeta franqueada en Scarsdale. En el anverso se veía a Dede perfectamente conjuntada con un *lookexageradamente* universitario (falda

plisada, chaleco de rombos, camisa, gafas de montura enorme y una pila de libros en los brazos). Debajo de la fotografía decía: «El problema de una sabelotodo...» y, al abrir la tarjeta, continuaba: «... es que mete la nariz en todo». Y, debajo, añadía: «¡Sí, por fin! Mi rinoplastia vio la luz el 19 de junio a las 16:37 h. Pesó cero kilos y unos pocos gramos. ¡Bienvenida al mundo!». Después de eso, Dede me cayó bien siempre y sin condiciones, como nunca me había caído en Ault. Ahora, la visito cada vez que viajo a Nueva York, cenamos juntas y hablamos de hombres. Me hace reír y no sé si es que ella se ha hecho más divertida o que en Ault yo no estaba dispuesta a reconocer que lo era.

Al igual que Dede, Aspath Montgomery también vive en Nueva York, donde es dueña de una *boutique* de lujo, lo que me decepciona un poco... Cuando pienso en ello, me parece muy poca cosa. No me equivoqué con Darden (que también es abogado): se convirtió en miembro del Consejo de Ault a los veintiocho años. Sin-Jun, ya lo sabemos, vive con su novia en Seattle y es neurobióloga. Amy Dennaker, con la que compartí residencia en primero, es comentarista conservadora en la televisión. Aunque no suelo ver esos programas de debate político de los domingos por la mañana, cuando a veces lo hago, si estoy pasando la noche en un hotel, por ejemplo, la veo debatir con su traje de ejecutiva, muy pagada de sí misma. Me dijeron que la señorita Prosek y su guapo marido se divorciaron a los pocos años de graduarnos nosotros. Espero que lo dejara ella o, por lo menos, que fuera cosa de los dos. Básicamente, no me gustaría que la hubiera dejado él. Ya no da clase en Ault y no sé adónde habrá ido a parar. Rufina Sánchez y Nick Chafee se han casado. Se casaron dos años después de graduarse en Dartmouth y Duke, respectivamente. Me agobia (la parejita del instituto y todo eso) y al mismo tiempo me da envidia: debe de ser bonito terminar con alguien que sabe cómo eras de adolescente.

No he vuelto a ver a Cross desde que nos graduamos. En la reunión por el quinto aniversario estaba viviendo en Hong Kong, donde trabajaba para una aseguradora estadounidense. Sí pensaba venir con motivo de los diez años (ahora vive en Boston), pero su mujer se puso de parto la noche anterior. Hace poco, Martha y su marido, que también viven en Boston, estuvieron cenando con Cross y su esposa. Martha me llamó nada más terminar y me

dejó este mensaje en el contestador: «Lleva palos de golf en el maletero. No sé por qué te lo cuento, pero me parece el tipo de cosas que te gustaría saber». Sé qué aspecto tiene porque vi una foto de su boda en el boletín trimestral de Ault. Se está quedando calvo y es guapo, pero de otra forma. En la foto, lo reconocí porque sabía que era él y pude entrever sus antiguas facciones; sin embargo, si me hubiera cruzado con él en la calle, no estoy segura de que lo hubiera reconocido. Su mujer se llama Elizabeth Fairfield-Sugarman.

Martha es profesora titular de Filología Clásica y aspirante a catedrática. Fui dama de honor en su boda, pero lo cierto es que solo hablamos un par de veces al año y todavía nos vemos menos aún.

En cuanto a mí... Cross se equivocó y no me gustó demasiado la universidad. Al menos, los primeros años. Me parecía todo demasiado inabarcable y disperso. En tercero, me mudé a un apartamento con otra chica y dos chicos, aunque solo conocía a la chica, y no muy bien. Uno de los chicos no aparecía mucho por casa, pero el otro (Mark, de cuarto), Karen y yo cenábamos juntos casi todas las noches y luego nos quedábamos viendo la tele. Al mudarme con ellos, al principio me parecían CMB, pero enseguida dejé de pensar en eso. Mark me enseñó a cocinar, y aquel verano, semanas antes de que se marchara, estuvimos juntos. Así se convirtió en la segunda persona a la que besé y la segunda persona con la que me acosté. (En su día, había pensado que el primer chico con el que te liabas era una especie de iniciación y que, después de él, se activaba un interruptor y empezabas a quedar con gente sin parar; pero, al menos en mi caso, no fue así). Cuando Mark y yo nos besamos por primera vez, se lo conté a Karen, porque no tenía claro si me gustaba o no, y terminé sacando el tema de Cross. Iba a decirle que con él sí había estado segura desde el primer momento, pero, antes de que pudiera hablar, Karen dijo: «Un momento, ¿en serio estabas con un chico que se llamaba Cross Sugarman?». Se echó a reír: «¿Pero qué nombre es ese?».

En realidad, no me gustaba (no me gusta) mucho hablar de Ault. Tampoco me gusta leer el boletín trimestral, aunque siempre lo leo hasta el final. No obstante, si lo leo prestando atención de verdad, empiezo a recordar mi vida allí, a la gente con la que convivía y cómo me sentía, y me

desmorono. Si alguien me pregunta alguna vez por el internado, se me acelera el pulso y siento la necesidad de contar y explicar cosas que realmente no le interesan. Cuando iba a segundo en la universidad y salía a relucir el tema, solo hacía comentarios superficiales del tipo de «Estaba bien», «Fue duro» o «Tuve suerte». Esas conversaciones eran una especie de lago que debía salvar. Mientras no profundizara y me quedara en la superficie, seguiría a flote. Sin embargo, a veces, me extendía y entonces me hundía en sus aguas gélidas y turbias. Allí abajo, no podía ver ni respirar y algo me arrastraba hacia el fondo. No obstante, lo peor no era sumergirme, sino tener que volver a la superficie, porque el presente era tan plácido que casi resultaba decepcionante. Desde que salí de Ault, no he vuelto a estar en ningún lugar en el que todo el mundo quiera lo mismo. Ni siquiera tengo claro qué quiero para mí, salvo una moneda única mundial, y a nadie le importa si al final consigues lo que buscas o no. Por mucho que en Ault tuviera a veces la sensación de no importarle a nadie, muchas otras, me sentía observada. Después de Ault, nadie volvió a prestarme atención.

Debo reconocer, eso sí, que tampoco me dedico a observar a los demás como en su día. Cuando me marché, no llevé conmigo esa vigilancia y nunca he prestado tanta atención a los demás ni a mí misma como cuando estaba allí. ¿Cómo era capaz de estar siempre tan atenta? Al pensar en Ault, suelo recordarme desdichada. No obstante, mi desdicha siempre estaba alerta y expectante, y aquella energía era muy parecida a la de la felicidad.

Al final, todo termina. A mí me han sucedido otras cosas (trabajo, posgrado, otro empleo) y siempre es posible elaborar un discurso que describa en qué ocupas tu día a día (los acontecimientos se suceden en un orden que puedes narrar). Aunque puede que en el momento no lo sientas así, suele ser reconfortante la claridad con que suceden las cosas. También puede ser angustioso, claro que sí, pero esa sencillez suele transmitir paz.

La noche de mi graduación en Ault, los padres de Phoebe Ordway organizaron una fiesta en un club de Back Bay de su propiedad. Mis padres ya se habían marchado a South Bend, pero a primera hora aún quedaban algunos padres, para la cena; me sorprendió ver a algunos chicos bebiendo despreocupadamente delante de ellos. Luego, los padres desaparecieron y nosotros seguimos bailando y llorando. Bebí cerveza, me emborraché por

primera vez en mi vida y me pareció fantástico y temerario a partes iguales. Fantástico porque era como llevar puesta una capa de invisibilidad con la que podía observar a todo el mundo sin que ellos me vieran a mí. Cuando Martha se puso a bailar con Russell Woo (yo no bailé en ningún momento, por supuesto), me senté sola en una mesa para ocho, con una despreocupación absoluta. Sin embargo, también me pareció temerario: ¿qué iba a impedir que me acercara a Cross, que estaba en la barra con un grupo de personas, y hacer lo que tenía ganas de hacer? (En concreto: colgarme de su cuello, hundir la cara en su pecho y quedarme allí para siempre). Había tomado cuatro cervezas y, sin duda, estaba menos borracha de lo que pensaba: eso fue lo que me lo impidió.

Un poco antes de medianoche, Martha vino a decirme que estaba agotada y que quería marcharse. Yo estaba charlando con Dede, que iba como una cuba y me decía con extrema dulzura: «Siempre estabas triste y enfadada, desde primero. ¿Por qué estabas triste y enfadada? Si hubiera sabido que estabas becada, te podría haber prestado dinero. El año pasado saliste con el chico ese de la cocina, ¿verdad? Yo lo sé». No le estaba prestando demasiada atención (iba siguiendo con la mirada a Cross por toda la sala, se movía, bailaba, se marchaba, volvía, hablaba con Thad Maloney y luego se ponía con Darden). Me quedé en la fiesta para seguir observándolo. Aunque tenía que ir a dormir a casa de los tíos de Martha, en Somerville, no me marché con ella. Me pareció que, quizá, al ir borracha todo sería diferente, que Cross vendría a hablar conmigo en algún momento, a última hora. Pero, cuando el DJ hizo sonar «Stairway to Heaven» para dar por terminada la noche, Cross se puso a bailar con Horton Kinnelly. Cuando terminó la canción, siguieron los dos pegados, mientras Cross le acariciaba la espalda. Parecía incidental, pero sabía que había sido algo buscado. En los últimos cuatro minutos, habían actuado como una auténtica pareja y, aunque no se habían dirigido la palabra en toda la noche, me di cuenta de que, igual que yo había pasado horas acechando a Cross, él había estado acechando a Horton. Quizá desde hacía mucho más tiempo, quizá él también se había estado reservando algo para el final. Sin embargo, la diferencia entre Cross y yo era que él tomaba decisiones, cogía las riendas y cumplía sus planes. Yo no. Yo había esperado a que él hiciera algo y, al final, ni siquiera me había mirado. Y fue así durante

toda la semana, aunque cada vez, con cada fiesta, me iba sorprendiendo menos, hasta que al final de la semana Cross y Horton ni siquiera esperaban a que fuera tarde y estuvieran borrachos. Los vi enrollarse por la tarde en una hamaca en casa de John Brindley y en la cocina de Emily Phillip, con Cross sentado en un taburete y Horton subida a horcajadas encima.

En casa de Emily (fue la última fiesta, la de Keene), abrí la nota en la que Aubrey me hacía su declaración de amor. Eran las tres y media de la mañana y encontré la tarjeta cuando estaba buscando el cepillo de dientes que llevaba en la mochila. En medio del descampado donde estaba aparcado el coche de Norie que llevaba mis cosas, me sentí profundamente conmovida, no solo por su dulzura sino también porque (aunque era de Aubrey, del canijo y remilgado Aubrey) significaba que el artículo del *Times* no me había convertido en una repudiada y que Cross Sugarman no era el único chico de Ault que había visto algo valioso en mí.

Sin embargo, antes de llegar ahí, cuando aún estábamos en la primera noche de la semana, en el club de Back Bay, y Martha me dijo que se marchaba, yo aún no comprendía que Cross y Horton estaban juntos y quise quedarme.

—Pero solo tengo una llave de casa de mi tía —dijo Martha—. ¿Cómo vas a entrar?

—Ya se me ocurrirá algo —dije.

—Tengo una habitación en el Hilton. Puedes venir —dijo Dede.

—Gracias —dije, y Martha me miró perpleja. Le dije—: Te llamaré por la mañana.

Terminé durmiendo con la ropa puesta y en la misma cama que Dan Ponce y Jenny Carter. Jenny durmió entre Dan y yo, mientras que Dede y Sohini Khurana durmieron en la otra cama. Apagamos la luz a las cuatro menos cuarto, yo me desperté a las siete y media y me marché directamente. No me encontraba tan mal como había imaginado (pensaba que no podría levantarme ni caminar), así que quizá el alcohol no me había afectado tanto después de todo, me dije.

Cogí el metro en Copley y fui hasta Park Street. Allí tenía que cambiar a la línea roja para llegar a casa de la tía de Martha, pero al llegar a la estación me desorienté (desde que estaba en Ault, solo había cogido el metro un par de

veces) y fui de una planta a otra. En el nivel superior había mucha gente, todo era verde e iban todos con prisa. Allí no era, esa era la línea verde, de allí acababa de bajar. Volví a bajar las escaleras, aquella planta estaba un poco más tranquila, aunque no del todo. Allí de pie parada, con la misma ropa que había llevado toda la noche —zuecos, falda larga y blusa de manga corta—, miré hacia las vías y vi que se movía algo diminuto y luego otra vez, en otro sitio. La vía estaba llena de ratones, o puede que fueran ratas pequeñas, que se camuflaban con la gravilla.

Recordé que era lunes, hora punta (por eso la estación estaba tan llena). A mi alrededor, la gente iba corriendo de un lado a otro o se paraba en un punto fijo a esperar. Un hombre negro con camisa azul y traje negro con rayas blancas. Un adolescente blanco con auriculares, camiseta de tirantes y unos vaqueros que le quedaban grandes. Dos cuarentonas con coleta y uniforme de enfermera. Una mujer con media melena, flequillo, falda de seda y chaqueta a juego. Un tipo con un mono manchado de pintura. ¡Cuánta gente! ¡Eran muchísimos! Una abuela negra de la mano de un niño de unos seis años, tres blancos más con traje, una embarazada con camiseta. ¿Qué habría hecho toda esa gente los últimos cuatro años? Sus vidas no tenían nada que ver con Ault.

Es cierto que era mi primera resaca y que era tan inocente que aún no sabía lo que era una resaca, pero me admiró ver a toda esa gente a primera hora de la mañana, camino a sus reuniones, a sus recados o a sus obligaciones. Y eso era solo una estación de metro en un momento puntual. ¡Qué grande es el mundo! La conciencia que tuve en el momento de aquel descubrimiento se desvaneció casi por completo nada más subir al tren, pero ha ido volviendo en el transcurso de los años, e incluso ahora (que soy mucho mayor y mi vida es muy diferente) hay veces en que vuelvo a sentir lo maravillada que estaba aquella mañana.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi maravillosa agente, Shana Kelly, que creyó en este libro cuando todavía ni existía y me ayudó enormemente con su aliento, su esfuerzo y su buen juicio. Gracias también a Andy McNicol, de William Morris, que con su entusiasmo ha roto más de una lanza por *Una perfecta educación* y por mí. En Random House, he encontrado a la mejor editora del mundo: la sabia y divertidísima Lee Boudreaux. Gracias, Lee, por saber qué era lo mejor para el libro en cada etapa de su creación, por dejar que fuera fiel a sí mismo y por mostrar siempre tanta energía. También estoy en deuda con Laura Ford, por ser tan entusiasta del libro desde el primer momento, por ser tan paciente y una persona tan fantástica; con los colegas de Lee y Laura en Random House: Holly Combs, Veronica Windholz, Vicki Wong y Allison Saltzman; y con mi estelar equipo de publicidad (Jynne Martin, Kate Blum, Jen Huwer y Jennifer Jones), que me deslumbró con su creatividad y entrega.

He aprendido muchísimo de mis profesores, entre ellos Bill Gifford y Laine Snowman. Hace poco, en el Programa en Escritura Creativa de la Universidad de Iowa, tuve el privilegio de estudiar con Chris Offutt, Marilynne Robinson, Ethan Canin —que fue un tutor maravilloso— y Frank Conroy —un gran cuidador de la escritura de ideas muy inspiradoras—. También tuve la ocasión de aprender de mis compañeros de estudio en Iowa, en especial de Susanna Daniel y Elana Matthews —mis queridas amigas— y Trish Walsh, que siempre me animó a seguir escribiendo.

Mientras trabajaba en este libro, recibí ayuda económica de la Michener-Copernicus Society of America. Además, fui acogida (literalmente) por el St. Albans School y por sus alumnos, personal docente y demás empleados.

Si he podido mantenerme sin trabajar en una oficina ha sido solo gracias a

los encargos de diferentes editores de revistas y periódicos, como Rory Evans —mi mentor desde los diecisiete años— y Bill Taylor y Alan Webber, los editores y fundadores de *Fast Company*, que me hicieron mi primer y único contrato a jornada completa, y que me siguieron ofreciendo extraordinarias oportunidades como redactora después de abandonar su empresa.

Estoy profundamente agradecida a todos mis amigos, a los lectores y a los que son una mezcla de ambas cosas: Sarah DiMare, Consuelo Henderson Macpherson, Cammie McGovern, Annie Morriss, Emily Miller, Thisbe Nissen, Jesse Oxfeld, Samuel Park, Shauna Seliy y Carolyn Sleeth. A Matt Klam, por su aliento y por todos esos correos electrónicos tan locos y geniales. A Field Maloney, que me dio consejos siempre inteligentes y oportunos. A Peter Saunders, que supo resucitar mi disco duro y realizó otras gestas de hechicería tecnológica. Y a Matt Carlson, que me hace tan feliz en tantas ciudades.

Por último, por supuesto, a mi familia. Mi tía Dede Alexander ha sido una presencia distinguida y atenta desde que tengo uso de razón. Mi otra tía, Ellen Battistelli, es una lectora fiel, muchas veces mi única lectora, y alma gemela de mis neurosis. Mi hermana Tiernan sufrió con dignidad la humillación de ser la protagonista de casi todo lo que escribí hasta cumplir los dieciocho. Con mi hermana Jo conversé sobre muchos de los elementos que componen esta novela, como los nombres y los cargos, y (cuando no estaba en mi apartamento sentada a unos centímetros de mí y charlando «joísticamente») no dejó de insistir para que terminara el libro (e hizo bien). Mi hermano P. G. estaba en el instituto en los años que pasé escribiendo sobre Lee Fiora y supo asesorarme con inteligencia sobre matemáticas, deportes y asuntos del corazón. Por último, gracias a mis padres por todo su amor. Tengo mucha suerte de ser su hija.

NOTAS

[1] La denominada *morning chapel* es una reunión habitual en los colegios privados religiosos estadounidenses inspirada en la tradición anglicana. Cada día, antes de las clases, los profesores y los alumnos se reúnen para reflexionar sobre el día, debatir y cantar. Es un momento de encuentro espiritual y personal para la comunidad del colegio. (*Todas las notas son de la traductora*).

[2] Ault es un internado privado de enseñanza secundaria que cubre, coincidiendo con lo que sería un *high school* en el sistema educativo estadounidense, los cuatro últimos cursos previos a la universidad, que corresponden a los grados noveno a duodécimo de la escala global. Los alumnos de cada uno de estos cursos reciben un nombre característico: *freshman, sophomore, junior y senior*. Aquí se referirá a ellos como alumnos de primero a cuarto, según los cursos que se imparten en el internado.

[3] Se refiere a la Universidad de Notre Dame du Lac, una universidad católica privada cuyo campus se encuentra en South Bend (Indiana).

[4] *Hoosier* es el nombre que se da a los habitantes de Indiana. Además, el término suele utilizarse para referirse al equipo de baloncesto de la Universidad de Indiana Bloomington, los Hurrayin' Hoosiers. De hecho, el término suele asociarse con este deporte, en especial desde la película *Hoosiers: más que ídolos*, de David Anspaugh (1986).

[5] Novela de Herman Wouk publicada en 1955, con traducción al castellano en 1957 (*Marjorie Morningstar: una muchacha de nuestro tiempo*, traducida por Francisco Baldiz, Barcelona, Caralt, 1957) y adaptada al cine

en 1958 por el director Irving Rapper (en español, *Nací para ti*). Marjorie, una muchacha judía (como Dede) de Nueva York, termina convertida en la señora Schwartz (también como Dede) y mudándose a Westchester.

[6] En castellano en el original.

[7] Poema 1265: *The most triumphant Bird I ever knew or met / Embarked upon a twig today / And till Dominion set / I famish to behold so eminent a sight / And sang for nothing scrutable / But intimate Delight. / Retired, and resumed his transitive Estate— / To what delicious Accident / Does finest Glory fit!* («El pájaro más triunfal que vi y conocí jamás / se embarcó hoy en una ramita / y hasta que el reino se acabe de alzar / muero yo por contemplar una imagen de tanta majestad. / No cantó él por nada aprehensible / sino por el placer recogido. / Y marchó, recobrando la forma transitoria: / di, ¿a qué delicioso accidente / responde la más delicada de las glorias?»).

[8] Universidad de Misisipi.

[9] En castellano en el original.

[10] WASP (*White, Anglo-Saxon and Protestant*), el acrónimo en inglés de «blanco, anglosajón y protestante». Es el término que se utiliza para referirse a la élite representada en Ault.